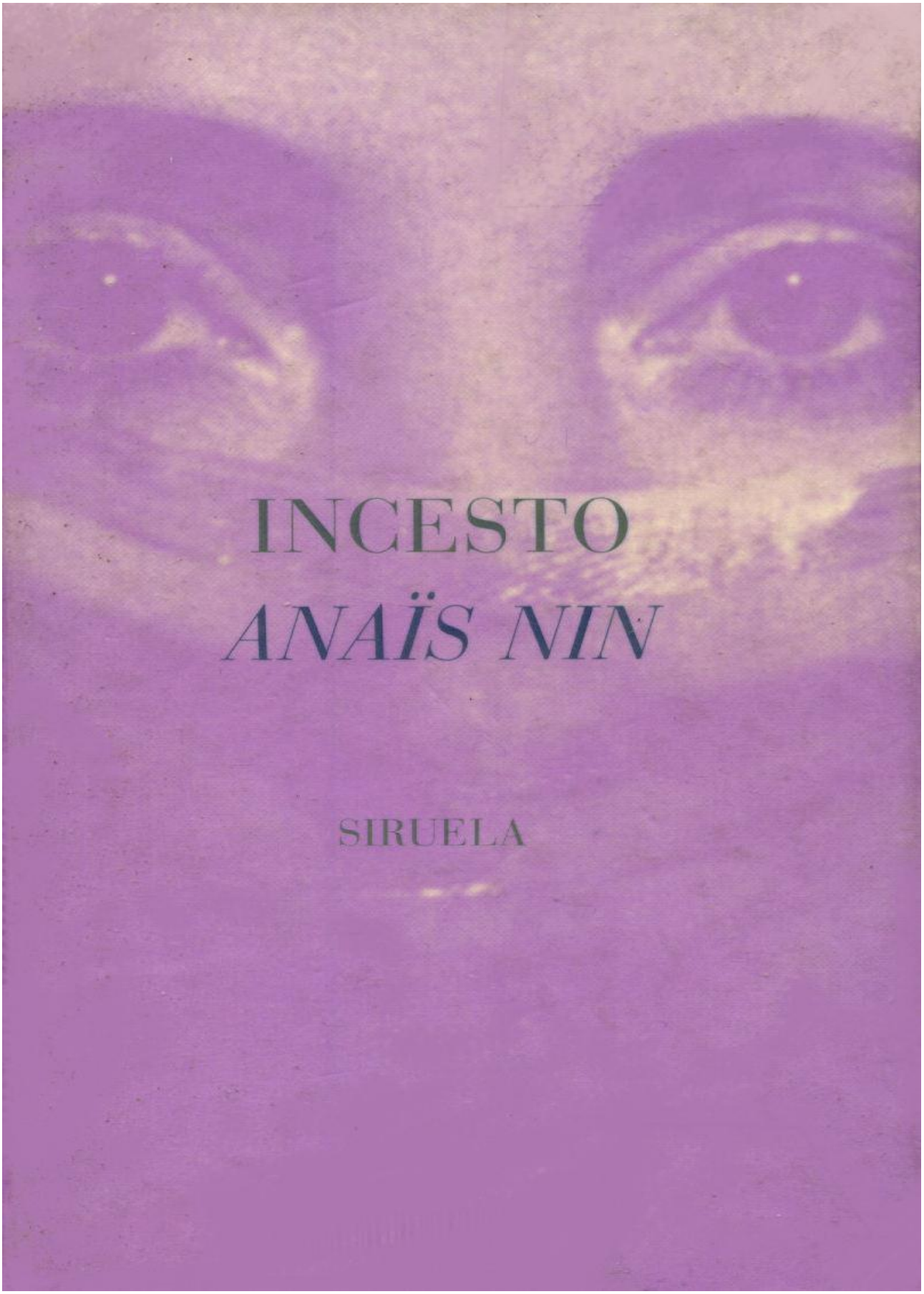

INCESTO
ANAÏS NIN
SIRUELA

ANAÏS NIN

Incesto, Diario Amoroso

Incest: From a Journal of Love (1992)

ARGUMENTO:

Pocos escritos exploran el amor de una mujer con tanto detalle y con tanta sutileza como este diario inédito y no censurado de Anaïs Nin. Es el registro de una vida que trata abiertamente los aspectos físicos de las relaciones amorosas y todo el espectro de sus ramificaciones psicológicas. He aquí una mujer que buscó la libertad de actuar desde sus deseos sexuales y emocionales con la misma libertad y abandono "amoral" que los hombres siempre han reclamado para ellos.

Cuando Nin empezó a publicar fragmentos de su diario el aspecto más francamente sexual de su vida fue eliminado, aun cuando era evidente que podría haberse dicho más de lo que apareció entonces respecto a su relación con Henry Miller y su esposa June, con el escritor y actor Antonin Artaud, con sus psicoanalistas René Allendy y Otto Rank y —lo más importante— con su padre.

Es en estos diarios no expurgados —Incesto— donde aparece por primera vez toda la parte omitida en publicaciones anteriores, toda la culpabilidad que la llevó a buscar la absolución de sus psicoanalistas y sobre todo, esa decisiva v oscura transgresión que subyace en una mente tan aparentemente libre de ataduras y prejuicios. En su cruda exposición de la lucha de una mujer para llegar a un acuerdo consigo misma, y para encontrar la salvación en él acto de escribir. Incesto desvela a Anaïs Nin sin máscaras ni secretos, aunque en el fondo permanezca misteriosa y quizá inexplicable.

SOBRE LA AUTORA:

Anaïs Nin, escritora francesa nacida en París el 21 de febrero de 1903. Murió en Los Ángeles el 14 de enero de 1977.

Hija de padres cubanos, el padre de origen español y la madre de origen danés, vivió en Cuba, París, Nueva York y Los Ángeles. Comenzó su diario a los once años, que escribiría durante toda su vida y que la hizo famosa. A los diecinueve años, trabajó como modelo y después como bailarina de flamenco. En París, en 1930 conoció a Henry Millar, estableciendo una relación amorosa que se extendió a la mujer de este, en un típico "menage a trois", y también tuvo relaciones incestuosas con su padre.

Aunque ya había escrito antes, publicó en 1939 en Estados Unidos, ya con éxito, y en 1966 se comenzó a publicar su diario. Fue nombrada Doctor Honorario en la Escuela Superior de Arte de Filadelfia en 1973, y un año después, elegida miembro del Instituto Nacional de las Artes y las Letras. Sus obras son novelas de carácter erótico y estilo surrealista, si bien es conocida por su diario, que registró una edición censurada y posteriormente una completa.

INTRODUCCIÓN

Rupert Pole

En *Incesto: Diario amoroso* Anaïs Nin continúa el relato iniciado en *Henry y June* (1986). Abarca el agitado período de su vida entre octubre de 1932 y noviembre de 1934 y completa el primer volumen (1966) de *El diario de Anaïs Nin,* del cual, por razones legales y personales, la autora excluyó buena parte de su vida amorosa. Ahora que prácticamente todas las personas aludidas en *Incesto* han muerto, no hay razones que impidan la publicación del diario de forma íntegra, tal como ella deseaba. El material se ha ordenado para que de él resulte un libro de extensión legible, sin que se haya omitido nada relacionado con la peripecia emocional de Anaïs.

Para Anaïs Nin, el diario fue su confidente último y lo escribió ininterrumpidamente entre 1914 y 1977. Hasta 1931 no aparecen en él profundas emociones amorosas. Luego, en 1932, conoce en París al escritor-amante que había buscado durante largo tiempo: Henry Miller. Este amor, cuyas fases iniciales describe en *Henry y June*, fue causa de un doble despertar, como mujer y como escritora, y se refleja con frecuencia de modo desordenado en el diario íntegro, con una prosa que algunos lectores, sin duda, encontrarán sorprendentemente distinta a la prosa poética y pulida del diario expurgado. Pero conviene tener en cuenta que Anaïs escribió su diario al calor del momento, inmediatamente después de los acontecimientos que describe.

La aventura amorosa con Henry Miller continúa en *Incesto*, pero nunca con la misma intensidad. Anaïs ha llorado la dolorosa experiencia de convertirse en mujer y, ahora, «sus ojos se han abierto a la realidad, al egoísmo de Henry».

La relación fundamental que se examina en este volumen es entre Anaïs y su padre, famoso pianista y Don Juan, divorciado de la madre de Anaïs y casado con una rica heredera cuando Anaïs era todavía una niña. De hecho, Anaïs empezó a escribir su diario en forma de cartas dirigidas al padre, suplicándole que volviera a la familia. A diferencia de su madre y hermanos, Anaïs se negó a juzgar a su padre, a verlo solamente en blanco y negro, sino que resuelve «desvelar su juego». La relación es de algún modo tragicómica: el padre cree que culmina su carrera de Don Juan intentando seducir a su hija, pero Anaïs sabe que ella actúa por consejo de su psiquiatra (y amante), el doctor Otto Rank, para seducir a su padre y luego rechazarlo como castigo por haberla abandonado siendo niña.

Al igual que el primer volumen de los diarios íntegros, éste acaba con la ya famosa historia del nacimiento de Anaïs. Pero aquí aparece en un nuevo contexto y a una nueva luz que nos permiten ver con entera claridad la relación con Henry Miller y con el padre.

Cuando la serie del «Diario amoroso» de Anaïs Nin esté acabada en su versión íntegra, dispondremos del extraordinario relato del desarrollo emocional de la vida de una artista creativa, una escritora dotada de la técnica necesaria para describir sus emociones más profundas y del coraje para exponerlas a la luz pública.

Rupert Pole
Albacea, Legado de Anaïs Nin
Los Ángeles, febrero de 1992

NOTA

El contenido de *Incesto* está tomado de los libros treinta y siete a cuarenta y seis del diario, tal como los numeró Anaïs Nin. Los títulos de estos diez libros son: «La Folle Lucide», «Équilibre», «Urano», «Schizoidïe et Paranoïa», «El triunfo de la magia blanca y de la magia negra», «Flagelación», «"Y al séptimo día descansó", cita negligente del libro I nunca leído», «Audaces», «La última aparición del Demonio» y «Flujo, infancia, renacimiento».

Aunque *Incesto* fue escrito casi todo en inglés, hay varios pasajes extensos en francés y español[1]. Quiero agradecer ajean Stewart la desinteresada traducción de esos pasajes, que están debidamente señalados.

R. P.

[1] A pesar de nuestros esfuerzos e insistencia, nos ha sido imposible obtener de los albaceas de la Fundación Anaïs Nin y de los editores norteamericanos los pasajes aludidos originalmente en francés y español, lo que nos ha obligado a traducirlos del inglés, tal como figuran en la edición inglesa y no, como hubiera sido nuestro deseo, del francés en unos casos, o conservando los originales en español en los otros, lo cual, estamos seguros, habría sido de gran interés para el lector español, dado el origen hispanocubano de la autora y su educación franconorteamericana. (N. del T.)

INCESTO
Diario amoroso

23 de octubre de 1932

Siempre creí que era la artista que llevo dentro la que hechizaba. Creía que era mi casa esotérica, los colores, las luces, mis vestidos, mi trabajo. Siempre estuve *dentro* de la concha de la gran artista que trabaja, temerosa e inconsciente de mi poder. ¿Qué ha hecho el doctor Allendy*[2]? Ha dejado de lado a la *artista*, ha manejado y amado mi alma interior, sin sus antecedentes, sin mi creación. Incluso me ha inquietado su desinterés por la artista y me asombra que se haya apoderado así de mí, tan *dépouillée* de artificios, de ropajes, de encantos, de elixires. Y esta noche, a solas, a la espera de los visitantes, contemplo esta alma renacida y pienso en cómo han contribuido a ella los regalos de Hugh*, Allendy, Henry* y June*. Recuerdo el día en que di unas joyas a Ethel*, la hermana de Hugh. Y hoy, la prima Ana María* me da piedras para mi acuario y un pez, nuevo y humorístico, con aletas verdes.

—Quiero ir a Londres contigo —me dice—. Quiero librarte de June.

Y yo me tiendo de espaldas y lloro con gratitud infinita.

Me voy a Londres. Tengo nuevas fuerzas y necesito vencer el dolor que sigue atormentándome. Necesito muchos días para aliviar un poco mi vida o para moverme dentro de mi diario, de mi historia. No puedo, en un día, librarme de la locura. Todavía me quedan horas para retorcerme de dolor, como en un horno, y me sucede cuando Henry me llama por teléfono para preguntarme si estoy bien y le contesto que sí. O cuando se cae una chincheta de un ángulo de la fotografía de «H. V. Miller, gángster-autor», y me doy cuenta de cuánto me he alejado del verdadero lesbianismo y que es sólo la artista que llevo dentro, la energía dominadora, la que se expande para fecundar a las mujeres bellas en un plano difícil de aprehender y que no tiene en absoluto nada que ver con la actividad sexual ordinaria. ¿Quién creerá en el aliento y la altura de mis ambiciones, cuando perfumo la belleza de Ana María con mi conocimiento y experiencia, cuando la domino y la cortejo para enriquecerla, para crearla? ¿Quién creerá que dejé de amar a June cuando descubrí que ella destruye en lugar de amar? ¿Por qué no me sentí arrobada cuando June, una mujer magnífica, se hizo pequeña en mis brazos y me descubrió sus miedos, sus miedos de mí y de la experiencia?

El *simoun* sopla esta noche. Todo es un torbellino. Es de noche y he sido fuerte todo el día. No debo derrumbarme sólo porque sea de noche y esté cansada.

Cuando veo que June está profundamente celosa de lo que he hecho por Henry, le digo que todo lo he hecho por ella.

Ella también me miente y dice que habría querido conocerme antes que a Henry.

[2] *De las personas citadas en este texto con asterisco (*), se ofrecen datos biográficos al final del libro y sus nombres han sido recogidos con la inicial con la que son citados.

Pero yo continúo mi mentira con una verdad: recordé la lástima que sentí cuando leí en las notas de Henry que ella trabajaba para él y para Jean [Kronski*] y que una vez, en un arrebato de cansancio y asco, les gritó: « ¡Los dos decís que me queréis, pero ninguno hace nada por mí!». Le recuerdo esto a June y deseo hacer algo por ella. Pero, tan pronto como lo digo, muere mi deseo, consciente de que es un deseo autodestructivo, que no tengo suficiente vitalidad, que he trabajado mucho para Henry y que no quiero hacer más sacrificios. Y muere mi espontaneidad, y mi generosidad se vuelve una mentira cuya frialdad me estremece, y deseo que los tres seamos capaces de admitir que estamos cansados de sacrificios y de sufrimientos inútiles.

Sin embargo, soy yo quien trabaja para Henry y June, pero con un espíritu rebelde. Consciente de que no hay razón para acusarme o castigarme, de que, por fin, estoy libre de culpa y merezco ser feliz.

June espera que yo diga lo que vamos a hacer juntas mañana por la noche; June cuenta con mi imaginación; June pretende que mi inexperiencia de la vida real me traicione. Ahora que dispongo de una noche para ella, ¿qué haré con la noche y con ella? Soy una escritora de páginas fantásticas, pero no sé cómo vivirlas.

Rene Lalou* es exuberante, enérgico, locuaz e ingenioso. Se sintió muy atraído por mí en contra de mis propios deseos, porque su estupendo equilibrio está muy lejos de mi oscuridad. Pero su exuberancia física pudo con él. Por primera vez fui consciente de mi poder para que un hombre sensato se mostrara poco serio y falto de ingenio. Contemplé cómo su claridad se hacía pedazos. Al final de la velada, Rene Lalou era un hombre con sangre española en las venas.

Me reí mucho, pero eché en falta mi amor, la cualidad más oscura, más densa de Henry. La brillantez de Lalou y su pasión por lo abstracto me interesaron, pero eché en falta a Henry, lo eché de menos.

Lalou habló en contra del surrealismo y luego me pidió lo que he escrito sobre June. Se burló de las obras para minorías y después dijo que le gustaría que me publicaran en sitios más conocidos que *transition.*

Esta mañana he recibido una bella carta de Allendy que termina *«le plus dévoué, peut-être»*, y siento qué profundos caminos ha trazado en mí su extraña devoción, cuan sutilmente me rodea, sin tragedia ni sensacionalismo. Me siento como una persona drogada, enferma, que una mañana despierta a una claridad idílica: renacida.

¡Qué gran esfuerzo para librarme de la oscuridad y la asfixia, del enorme dolor que me ahoga, de mi propia laceración inquisitiva! Allendy me examina con amor doble —sus extraños ojos, su boca y sus manos cálidas—. Pero no quiero *dar* más, sólo quiero tenderme de espaldas y recibir regalos. June tiene mi capa negra, pero con ella le di mi primer fragmento de odio. No estoy en su poder.

Ambos encontraron en mí la imagen intacta de ellos mismos, su respectiva identidad potencial: Henry vio al gran hombre que puede ser; June, su soberbia personalidad. Cada uno se aferra a su imagen buscando en mí la *vida* y la fuerza.

June, sin seguridad interior, sólo puede mostrar su grandeza mediante su poder destructivo. Henry, hasta que me conoció, sólo podía afirmar su grandeza en sus ataques a June. Se devoraban

mutuamente: él la caricaturizaba; ella lo debilitaba al protegerlo. Y cuando han logrado destruirse, matarse, Henry llora la muerte de June y June llora porque Henry ya no es un dios y necesita un dios para quien vivir.

June quiere que Henry sea un Dostoyevski, pero, involuntaria e instintivamente, se lo impide. Quiere que él cante para alabarla, no que escriba un gran libro. Pero no es culpable de su destrucción. Es su aliento, su afirmación vital, cada movimiento de su yo, lo que confunde, empequeñece y destruye a los demás. Es sincera, intachable e inocente.

Yo he magnificado a Henry. Puedo hacer de él un Dostoyevski. Le infundo fortaleza. Soy consciente de mi poder, pero mi poder *es femenino; exige combatir pero no vencer*. Mi poder es también el del artista, de modo que no necesito la obra de Henry para magnificarme. No necesito que me alabe y, como soy artista antes que nada, puedo conservar mi yo —mi yo de mujer— en segundo término. No bloquea su trabajo. Doy sostén al artista que hay en él. June no quiere sólo un artista, quiere también un amante y un esclavo.

Puedo desatender las exigencias de mi yo, rendirme al arte, a la creación. Sobre todo a la creación.

Y eso es lo que hago ahora: crear a June y a Henry. Alimentarlos con mi fe. En mi fragilidad está el simbolismo de esa frágil consecución que los obsesiona. June ve en mí a la mujer que tras visitar los infiernos sale ilesa y quiere permanecer ilesa. June no perderá su yo, *su yo ideal*.

Y Henry quiere ser el Dostoyevski ideal. El artista. Encuentra en mí la imagen de esa identidad de artista. Completa, poderosa, ilimitada.

No necesito su arte para glorificarme. Tengo mi propia creación. June, para ser más generosa, debería ser artista.

Gracias a Allendy puedo renunciar a una mera victoria. Amo. Amo a ambos, a Henry y a June.

Y June, que me ama ciegamente, busca también mi destrucción. Mis páginas sobre ella, que son una obra de arte, no la satisfacen. Ignora su fuerza y su belleza y repite la queja de que no es verdad todo lo que digo. Pero en ningún momento me dejo confundir. Con independencia de June, conozco el valor exacto de esas páginas.

Mi obra, pues, en primer lugar. Tambaleante mi poder como artista, ¿qué otro poder me queda? Mi estímulo natural, mi vitalidad, mi verdadera imaginación, mi salud, mi vida creativa. ¿Y qué hará June con ellas? Drogarías. June me ofrece muerte y destrucción. June me hechiza —habla con su rostro, sus caricias, me seduce, usa el amor que siento por ella para la destrucción—. Una muerte por partida doble. La frescura de mi cuerpo ha de destruirse para que mi cuerpo sea como el suyo. Dice: «Tu cuerpo es tan fresco y el mío tan estropeado». Y así, ciega, sin nada reprochable, inocente, matará mi frescura, lo intacto que ella ama. Matará todo cuanto ama.

¿De dónde viene este conocimiento oscuro? Del humo, de la locura, del champagne, de la intoxicación de las caricias, de los besos y de la exaltación. Estamos en el Poisson d'Or, tocándonos las rodillas, ebrias la una de la otra; y June está embriagada de sí misma. Le ha dicho a Henry que no es nadie, que ha fracasado en su intento de ser un dios y un Dostoyevski, que es ella quien sí es un dios, su propio dios. Así se realiza el milagro. El engaño. Henry, está muerto. June ha vuelto a ser aniquiladora. «Henry», dice ella, «es un niño». Pero yo protesto y le digo que creo en Henry como artista y luego confieso que lo amo como hombre.

Y entonces me pregunta: «Amas a Henry, ¿verdad?», y añade que *yo hice a Henry mi mayor regalo*. Mis ojos se empañan de dolor. Sabía que si lo admitía salvaba a Henry, porque Henry se

convertiría de nuevo en un dios. Nadie, salvo un dios —dice ella—, puede ser amado por ella o por mí. Por lo tanto, Henry sería un dios. Y ella, en la inocencia de su enorme egoísmo, me pregunta: «¿Tienes celos de Henry?».

Dios, ¿yo celosa del amor de Henry por June o del amor de June por Henry?

Es entonces cuando me siento fluida, disuelta, *fuyante*. Y huyo de la tortura que me espera como un gigantesco exprimidor de sangre que oprimiera mi carne entre June y Henry. Escapo haciendo un esfuerzo sobrehumano para librarme de la destrucción y la locura. Quedo presa por un momento. June advierte en mis ojos el infinito dolor. He hecho a ambos mi gran ofrenda. Entrego el uno al otro, dando a cada uno la más bella imagen de ellos mismos. Soy únicamente la *reveladora*, la armonizadora. Y cuando vuelven a encontrarse, a ella le doy un Dostoyevski y a él una June creativa. Yo sólo quedo aniquilada humanamente. Ambos me han amado.

Mi amor por June y Henry es menor en proporción a mi rebelión contra el sufrimiento. Creo que amo en ellos una experiencia que no pueda destruirme —en la que ya no entro del todo— porque quiero *vivir.*

Por la tarde. Ha venido Henry y, al principio, hemos estado tensos. Luego ha querido besarme y no se lo he permitido. No, no podía soportarlo. No, no debía tocarme, me habría herido. Le sorprendió. Me resistí. Me dijo que me deseaba más que nunca, que June se había convertido en una extraña, que las dos primeras noches con ella no había sentido ninguna pasión. Que, desde entonces, era como estar con una puta. Que me amaba y que sólo conmigo sentía la conexión entre la imagen de su mente y su deseo, que era imposible amar a dos mujeres, que yo había *desplazado a June*. Antes de decirme todo eso ya me había rendido —la intimidad me pareció tan terriblemente natural: nada había *cambiado*—. Me sentí aturdida, todo me pareció igual. Y yo que había pensado que nuestra relación parecería irreal, que la relación natural entre June y Henry se renovaría. Ni siquiera puede acostumbrarse a su cuerpo; debe de ser porque no hay intimidad entre ellos.

Lo miré todo como si se tratara de un fenómeno. Después de ocurrirme esto con Henry es posible creer en la fidelidad amorosa. Repaso sus últimas páginas sobre el regreso de June y las encuentro vacías de emoción. Ella ha agotado sus emociones, las ha *exagerado*. Luego, todo el asunto me parece irreal y tengo la impresión de que Henry es el más sincero de los tres y que June y yo, o yo sola, lo engañamos.

Ya no hay tragedia. ¡Henry y yo nos reímos juntos de las múltiples complicaciones de nuestras relaciones!

Tengo miedo de lo que me ocurre. Miedo de mi frialdad. ¿Acaso Henry ha agotado, también, mis emociones por la angustia inconsciente que le produce la amenaza constante de June a nuestra felicidad?

¿O es que lo que a menudo se espera *demasiado*, la alegría que se desea demasiado, me aturde y soy incapaz de sentirla cuando llega?

June le dice a Henry que he dicho que lo amo. Parece sorprendido. Quizá cree que estaba borracha cuando lo dije.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir, June?

—Oh, simplemente que te ama, no que quiera acostarse contigo.

Y los tres nos echamos a reír. Pero me preocupa también que June crea tanto en mi amor que, cuando me pregunta si tengo celos de Henry, lo que quiere decirme es que debo eliminar a Henry, odiar a Henry, a causa de mi amor por ella. Recuerdo nuestras caricias anoche, en el taxi, mi cabeza echada hacia atrás bajo sus besos, pálida ella y mi mano en su pecho. No imaginó en ningún momento la escena de hoy. Y unas veces la engañada es ella, otras Henry y otras yo.

Y Allendy y Hugo, los únicos hombres sinceros del mundo, están hablando en este momento, celosos de mí. Infeliz Hugo.

Henry no tiene celos de June, sino de mí, tiene celos y teme que yo ame a June o a Allendy.

Esta noche siento que quiero abarcar *toda la experiencia*, que puedo hacerlo sin ningún riesgo, puesto que Allendy me ha salvado. Que voy a ir con June a todas partes para adentrarme en todo.

Carta a Henry: Fue estupendo que riéramos juntos, Henry. Cualquier cosa que haya entre June y yo sólo sirve para que sienta con mayor confianza mi profundo amor por ti. Es como si estuviera pasando la mayor *prueba* de mi amor por ti. La mayor prueba de toda mi vida. Y aunque estuviera bebida, drogada, hechizada o cualquier cosa que me perdiera, siempre, siempre estarás tú, *Henry...* No quiero herirte mencionando a otros. No tienes que sentir celos, Henry; te pertenezco...

Pero mi amor por Henry es un eco profundo, una prolongación profunda de un yo interior con una eterna doble cara. Tengo una doble personalidad. Está mi amor profundo y desinteresado por Henry que puede cambiarse fácilmente por otro amor. Siento su *terminación*, igual que siento que el amor de Henry por mí terminará cuando él sea lo bastante fuerte para prescindir de mí.

He hecho la obra de un psicoanalista, una pieza viva de clarificación y orientación. Es verdad, por lo tanto, lo que la astrología dice acerca de mi extraña influencia en la vida interior de los demás.

Je prends conscience de mon pouvoir, de la fuerza de mis sueños. La misma June no tiene verdadera imaginación; si la tuviera, no necesitaría drogarse; June tiene hambre de imaginación. También Henry tuvo hambre. Y ambos me han enriquecido con sus *experiencias*. Me han dado mucho. Vida. Me han dado vida.

Allendy ha despertado en mí la inteligencia, porque los sentimientos estaban hundiéndome, la vida me estaba hundiendo. Me dio la fortaleza, gracias a la cual libero mis pasiones y mis instintos sin morir, como antes.

A veces me duele que ahora haya menos sentimientos y más inteligencia. Como si antes fuera más sincera. Pero si ser sincera consiste en arrojarse por la borda, es que era la sinceridad de la derrota. Suicidarse es fácil. Vivir sin un dios es más difícil. La embriaguez del triunfo es mayor que la embriaguez del sacrificio.

Ya no necesito *hacer* tanto para ocultar la inutilidad de mis cambios internos, *sustituir* para comprender. Necesito hacer poco, pero ese poco me exige un gran esfuerzo.

Por la tarde. Allendy espera que *rompa* con Henry. Veo adonde va con sus preguntas. Espera con ansiedad. Y hoy me siento conmovida por sus caricias. Son maravillosas.

Le digo que lo amo. No cree en ninguna dualidad. ¿Lo creería si leyera mis diarios? ¿No son algunas frases que escribo más frías que lo que él imagina de mí?

Esta vez tengo la impresión de estar jugando con Allendy. ¿Por qué? *Creo que es más sincero que yo.* Me conmueve y me da miedo. ¿Es a *él* a quien voy a *herir—el primer hombre—*y por qué? ¿O acaso todo esto no es más que mi manera de defenderme de su poder? Sentada aquí esta noche, recuerdo sus manos. Son carnosas, pero las puntas de sus dedos son idealistas. Cómo repasan el perfil de mi cuerpo, cómo hunde su cabeza en mi pecho y huele mi pelo. Cómo nos levantamos juntos y nos besamos, hasta que sentí vértigo. Henry no habría esperado para levantarme el vestido, habría perdido la cabeza.

Luego vuelvo a casa alegre y animada y Hugh me tira sobre la cama, loco de celos, me folla delirante y me rasga el vestido para morderme los hombros. Y finjo complacida, sorprendida por la tragedia de los modales cuando ya no sirven. La pasión de Hugh ha llegado demasiado tarde. Quiero estar en los brazos de Henry —*la intimidad*— o en los de Allendy —*lo desconocido*—. *¡Y yo, que siempre había querido que me desgarraran el vestido!*

Siento en demasía los alejamientos, los encuentros, las prolongaciones, los nuevos chispazos. Hay en mi cabeza un centro de control, todo diamantino, pero, cuando examino mis emociones, veo que se disparan en direcciones diferentes. Hay una tensión de superactividad, de superexpansión, el deseo de alcanzar de nuevo la cima gozosa que alcanzo con Henry. ¿Podré fundirme con Allendy? No lo creo, porque el *mayor gozo, como Henry sabe ya, es intimidad, totalidad, pasión absoluta.*

¿Cuántas *intimidades* hay en el mundo para una mujer como yo? ¿Soy una unidad? ¿Un monstruo? ¿Soy una mujer?

¿Qué me lleva a Allendy? La pasión por la abstracción, la *sabiduría*, el equilibrio, la *fuerza*.

¿A Henry? La pasión, la vida ardiente y desmedida, el desequilibrio del artista, la fusión y la fluidez de los creadores.

Siempre dos hombres: el que *es* y el que *ha de ser,* siempre el momento alcanzado y el momento siguiente, adivinado demasiado pronto. *Demasiada lucidez*.

Los celos de Hugh me halagan. Está celoso de Allendy. Mañana irá a decirle que le ha *quitado* a su esposa, le dirá que está derrotado, que me ha entendido muy bien, todo lo bien que puede un científico, pero que él, Hugh, me posee. Hugh sabe que Allendy quería provocar sus celos, de una vez por todas, para que mostrara agresividad con los hombres y no amor y complacencia, para que se salvara de su pasividad homosexual, por la cual deja que otros hombres amen a su mujer. Sabe que todo esto debe de ser un *juego* psicoanalítico con un propósito definido, pero en este caso no se trata de un juego, porque los sentimientos de Allendy están involucrados. ¡De modo que lo que Hugh le diga *herirá* a Allendy! ¡Y Hugh va a herir al hombre que más ama para afirmar su hombría y su amor por mí!

Y mientras Hugh me cuenta todo esto, con su nueva y clara intuición, yo permanezco en silencio, deseando temerosa que no haga daño a Allendy. Pienso ir a verlo y atenuar el efecto de las palabras de Hugh, la historia de Hugh sobre mi vestido roto. Aunque sé que Allendy no va a recibir daño, que está protegido por su tremenda clarividencia. Está tan *seguro* de que no amo a Hugh; y con cuánta seguridad me espera. ¡Admiro su terrible dominio de sí mismo, de la vida y del dolor!

Fin de la noche. La música de la orquesta va *in crescendo*; la sala y yo explotamos. Me levanto y me cubro la cara con los brazos y río —río como nunca he reído en mi vida— y la risa se quiebra en un sollozo, en un sollozo alto y lastimoso. Durante un minuto me vuelvo loca, completamente loca. Hugh está asustado. Acude a mi lado, tierno y sorprendido.

—Mi pobrecito sauce llorón —me dice—, has sido demasiado feliz. ¡Te he hecho feliz!

June es mi aventura y mi pasión, pero Henry es mi amor. No puedo ir a Clichy y enfrentarme con los dos. Le digo a June que es porque temo que no sepamos ocultar nuestros sentimientos delante de Henry, y le digo a Henry que es porque temo no fingir bien delante de June. La verdad es que miro a Henry con ojos ardientes y a June con exaltación. La verdad es que sufro humanamente al ver a June instalada al lado de Henry —donde yo quiero estar— porque la intimidad entre Henry y yo es más fuerte que cualquier aventura.

Allendy es el amor del mañana. El mañana puede tardar en llegar, años quizá. No quiero medir espacios ni distancias. Me dejo vivir. Hoy mis nervios están destrozados. Pero soy indomable.

Por la noche. Indomable. Gardenias blancas de June. Para June, *Ambre de Delhi*. June. June en mis brazos, en el taxi. Es mi brazo el más fuerte, es su cabeza la que cae hacia atrás, soy yo quien besa su cuello. June se deshace como un pétalo. Me mira como una niña.

— Anaïs, fíjate, qué torpe soy. Me siento pequeña entre tus brazos.

Cuando me voy, veo su cara difuminada tras la ventana del taxi. Una niña atormentada, hambrienta, deseosa y desconfiada del amor, que lucha desesperadamente para ejercer el poder mediante el misterio y la confusión.

Cree de verdad que Henry está muerto, que sólo ella lo hace vivir. Viene y enreda, crea complicaciones artificiosas, enfrenta a una persona con otra, saca a Henry de quicio y así cree que ella vive, que hace vivir a los demás, que esto es el drama, la vida. Y todo es tan infantil.

No puede creerlo salvo en los momentos febriles. Lo cree cuando la tengo en mis brazos. Y entonces se va y se esfuerza por ser objetiva. Cansados, ella y Henry hablan e intentan entenderme objetivamente, alejados ambos de los momentos de éxtasis y vértigo.

June se queja continuamente de que no puede confiar la verdad a Henry. Veo una imagen tan deformada del otro en los ojos de cada uno que tengo que hacer un tremendo esfuerzo para conservar a mi Henry y a mi June. Los dos quieren implicarme en el conflicto, lanzarme contra el uno o la otra. June quiere que lo haga porque sería otra muestra de mi devoción por ella; quiere que Henry y yo luchemos por ella. *Eso* le proporcionaría el momento de odio, o pasión, en el que sólo ella cree. No sabe vivir en el semitono, en la insinuación, en la verdad.

Dios mío, ¿soy lo bastante fuerte para ayudarla?

Allendy dice que he convertido mi gran necesidad de ayudar y crear a los demás en una especie de psicoanálisis. *Tengo* que ayudar, dar, crear e interferir. Pero no debo darme *a mí misma*, debo aprender a negarme. Y ahora compruebo que uno da cuando se niega a sí mismo, porque, al borrar el yo, se borra al mismo tiempo el egoísmo y la posesividad. De modo que doy, y como dejo

escapar menos sentimientos desgarradores, *soy más fuerte*, no me pierdo, me mantengo lúcida. *Doy* verdaderamente.

¿Qué puedo dar a June y a Henry? ¿Que vuelvan el uno al otro? No me parece que sea eso lo correcto.

June cree que Henry renace cuando se pone furioso, tartamudea y es ilógico; cree que ahora está vivo, por más que ya lo estaba antes de que ella viniera, sólo que profundamente hundido. En todo el amor que me profesa suena esta nota de celos: quiere impedir la ya segura publicación del libro de Henry porque viene de mí. Ataca a Henry porque ya no le pide consejo. Por todo esto tengo que vigilar el momento de la gran exaltación. Cuando no puede cegarme me ofrece su cuerpo.

Mi única salvación es desarmarla, penetrarla casi sin palabras, rendir su poder con sólo mirarla.

No puedo soportar que siempre se ponga ella, su ego, por encima del amor a Henry.

Por la noche. Henry ha estado aquí. Dice que hay algo que está claro: que nos necesitamos más que nunca y que tenemos que ser amables con los niños, June y Hugh.

Me sorprendió verlo como una persona mayor que ofrece protección. Para él, June es una niña patológica, interesante como tal, pero estúpida y vacía.

De pronto, surgió entre nosotros el sentimiento de una alianza firme. Un Henry cambiado, un Henry dolido de que la gente crea que sólo puede escribir «retratos de coños». Le dije cuánto le debo. Al hacerme feliz como mujer, me ha salvado de June y de la disolución y no quiero morir. Soy demasiado feliz.

Qué extraña conversación. Cómo toma Henry nuestro amor como punto de partida para tomar otras direcciones, no importa cuáles, aunque sean aventuras superficiales. Le dije luego que era cierto lo que June había dicho, que él la había sacrificado a su obra, que la había usado para el personaje que necesitaba crear, pero que eso no significaba que yo fuera a inventar o crear para él ningún misterio, porque necesitamos la intimidad y donde hay mentiras no hay intimidad.

Y así seguimos hablando, con pleno acuerdo, preguntándonos por qué no podíamos estar en desacuerdo. No. Sabemos el porqué. Estamos innegablemente unidos, tejidos en la misma urdimbre. June está muerta para él porque sólo existen su cara y su cuerpo.

Henry dice luego que sólo puede entender mi interés por June como lesbiana —por la cara y el cuerpo de June— y por nada más. Sabe que a ella no puedo darle mi mente ni mi alma. Se siente orgulloso por haber sido capaz de explicar a June mis páginas sobre Mona-Alraune, por más que sorprendan y confundan a June[3]. June interpreta de modo literal mi párrafo del hotel, es decir, sin imaginación. Para ella es la descripción de la experiencia con un hombre en la habitación de un hotel. ¡Y tiene que ser Henry, el tardoalemán, quien capte su sentido simbólico!

Ana María es sabia sin tener experiencia de la vida.

Es curiosa. Quiere saber de June. Trata de ponerse en el lugar de Eduardo*, en el lugar de un hombre, e imaginar lo que él siente con respecto a mí. Empiezo a explicarle con delicadeza y de

[3] Las páginas sobre Mona-Alraune, basadas en la relación de A. N. con June Miller, formaron luego parte de *La casa del incesto* (1936) y del relato «Djuna», aparecido en la edición original de *Invierno de artificio* (1939).

forma abstracta la *actitud masculina* de una mujer, su significado y su valor. No quiero asustarla. Quiero que sepa.

Cuando hablé de ella con Allendy, me dijo: «Quieres seducirla», pero eso era hacerme la misma acusación estúpida que se hace a los psicoanalistas: que hacen que la gente deje de controlar sus instintos. Él sabe que el proceso de seguir los propios instintos es una fase de la liberación, que la recreación consolida al ser en un nuevo nivel de idealismo y sinceridad.

Eduardo Sánchez, primo de Anaïs Nin, en París, a principios de los años treinta. Esta instantánea se encontró en uno de los originales del diario de la autora

Mientras hablaba con Ana María vi su mente límpida que se abría y escapaba de su ambiente acostumbrado. Me puse muy contenta cuando vi que su entendimiento se abría en tan pocas horas y empleaba los hechos e imágenes que yo le daba, la vida que yo le describía. Me dijo que nunca había hablado con una persona como yo, nunca de esta manera.

Cuando llegué con violetas para Tía Anaïs*, Ana María sabía que eran para ella. Y cómo me gustó su grito de placer porque yo iba vestida con más sencillez que nunca: un impermeable negro de seda con botones plateados y un sombrero masculino de fieltro como el de June. Tía Anaïs sólo vio una concesión a lo convencional. Pero yo sabía que era el profundo desarme de mi excentricidad, una excentricidad que uso como una máscara para sorprender, intimidar y hacer que quienes me temen se sientan incómodos y a disgusto.

Yendo en el taxi con Ana María, contemplé su joven rostro y me pregunté ¿cuál sería el mayor regalo que pudiera hacerle para iluminar su vida, o *para que el mundo se meza para ella*? Ese momento en que el mundo se mece y la cabeza de June cae pesadamente como una flor cortada

de su tallo. Todo arte se esfuerza por conseguir de nuevo semejante momento y los hombres sabios conspiran para diluir su esencia. Y odié la sabiduría de Allendy y prometí secretamente: ¡Si puedo, Ana María, haré que el mundo se meza para ti!

Hugh, convertido en astrólogo, estudia en mi escritorio. Y ahora estoy en paz con él. Esta nueva pasión saca a la luz sus mejores virtudes. Su nuevo amor, violento y posesivo, ha hecho de él un hombre poderoso. Lo amo por los esfuerzos que ha hecho para disipar la vaguedad y la tenebrosidad, cualidad pasiva esencial de su carácter que me ha atormentado. Henry dice que Hugh ha empleado conmigo la técnica del jujitsu, que ha utilizado mi propia fuerza para destruirme, que ha dejado que me aplaste la cabeza contra el suelo, cuando era yo quien quería aplastársela a él. Ha evitado inteligentemente mi peso y mi presión, ha eludido toda resistencia, y yo he sentido el vacío, la disciplina, la ausencia de propósitos. Es la misma *fidelidad* la que lo hace invariable, taciturno, reservado. Pero estoy en paz. No le causaré más dolor. Temo que *conozca* mi obra. Quiero que sea humanamente feliz. *Humanamente, es un ser perfecto*. Su perfección sólo me limita a mí. Su *existencia* me limita. Quizá sea mi salvación, porque la vida a la que constantemente renuncio por Hugh es la única gran disciplina que he conocido siempre. Estar siempre dándome contra las paredes que me aprisionan ha sido el único elemento que me ha obligado a adentrarme en la sublimación. Ahora siento temor y tiemblo cuando Henry habla de la publicación de su libro y de irnos juntos a España. Espero que surja una catástrofe que impida que Henry me diga: «Ahora, sígueme».

Eduardo se ha retirado: ofendido y desairado —así se ve él— por la vida. Enamorado de Allendy a sabiendas de lo inútil de su pasión. Nunca resignado a no haber podido dominarme. Incapaz de entregarse, como André Gide, a una homosexualidad fecunda y gozosa.

Charla amarga y cruel con él y con Hugh, en la cual revelo mi agotamiento completo de lástima y ternura por Eduardo. Aborrezco la «espiritualidad» de que se jacta. La aborrezco porque me hace daño.

Cree que vive porque ha avanzado desde el psicoanálisis a la astrología, cuando sé que Allendy interpreta lo mismo como una retirada y que, incluso si fuera un ascenso en su desarrollo mental, permanece en estado de racionalización.

Su fracaso personal, me doy cuenta ahora, además de su imposibilidad de amar, estriba en *la corta duración de su fe.* No aporta suficiente fe para conseguir el milagro. No hay milagro posible sin fe.

Sé que la conversación no le sirvió de ayuda. Simplemente sacamos a la luz una hostilidad que a los dos nos sorprende. Odia la influencia que ejerzo en su hermana Ana María, y yo detesto pensar que he desperdiciado tantos años imbuyéndole mi fe.

Si Allendy y yo juntos no podemos salvar a Eduardo, nadie podrá salvarlo.

Anoche fue mi último intento. Y no lo hice por amor, sino por el amargo resentimiento de que *éste* debe de ser uno de los hombres que he amado, un hombre a quien nunca podré borrar de mi vida. Y eso es lo que quiero hacer: borrarlo de mi vida junto con todo mi doloroso y vacío pasado. La vida empieza *hoy*. España con Henry, quizá; el amor sabio de Allendy; la influencia dominante de la luna que me hace sensual e impresionable. Sabiduría y sensualidad, éstas serán mis grandes alas que me salvarán en última instancia de la nebulosa y mediática influencia visionaria de Neptuno, mi ascendente planetario.

Sueño: Espero la boda de alguien. Atraigo la atención de un hombre alto, de cabello gris. Me invita a cenar. Charlas sobre su amor. Algunas mujeres imitan mi forma de vestir. Caricias maravillosas del hombre. Me despierto bañada en sudor y con el corazón palpitante.

En el horóscopo de Hugh encuentro lo que nos separa: él es fundamentalmente Mercurio o «mental», *no sometido a la luna*. Su gran influencia es *poder*, es un hombre rey, ¡la pasión es secundaria!

Me siento inflamada por lo que dice Elie Faure [en *La danza sobre el fuego y el agua*]: «Es la imaginación del hombre la que provoca sus aventuras, y el amor ocupa aquí el primer lugar. La moral reprueba la pasión, la curiosidad y la experiencia, los tres peldaños sangrientos que ascienden hasta la creación».

Allendy es el hombre que cristaliza, equilibra, limita: inmóvil, pura sabiduría. Henry es el hombre que conoce «la obediencia al ritmo». «El ritmo», escribe Faure, «es ese secreto acuerdo con el latido de nuestras venas, el sonido de nuestras pisadas, las exigencias periódicas de nuestros apetitos, la alternancia regular del sueño y la vigilia... La obediencia al ritmo nos eleva hasta la exaltación lírica, la cual permite que el hombre alcance la moral más alta al inundar su corazón con el sentimiento vertiginoso de que, suspendido en las tinieblas y en la confusión de la génesis eterna, está solo bajo la luz, deseando y buscando la libertad».

30 de octubre de 1932

A Henry: Tú representas todo lo que Faure atribuye al gran artista; es para describirte para lo que se han escrito estas líneas. Algunas de aquellas palabras son tus propias palabras, y por eso te inflaman, y me inflaman. Veo más claramente que nunca la razón y la riqueza de las guerras que libras, y sé por qué me he sometido a tu liderazgo... Todo esto es una explicación de ti mismo como rompedor de moldes, como revolucionario, el hombre que describes y proclamas en las primeras páginas de *Trópico de Cáncer*. Emplearé algunas de aquellas líneas para defender tu libro...

Lo que me gustaría es unir nuestras fuerzas para enfrentarnos a guerras mayores y dramas inmensos, trabajar juntos en ese arte que *sigue* al drama y domina los «elementos desencadenados», *y los domina sólo para seguir adelante, para continuar*, para zambullirse de nuevo, no para descansar o cristalizar... Nos necesitamos para nutrirnos mutuamente. Lo que June ha llamado tu «período muerto» fue tu período de reconstrucción mediante el pensamiento y el trabajo en medio de una efusión de sangre. El período fructífero que sigue a la guerra. El período de la explosión lírica. Y quizá, cuando hayas agotado todas las guerras, empezarás una contra mí y yo una contra ti, y luego la más terrible de todas, contra nosotros mismos, para componer el drama de nuestro último reducto, de nuestro éxtasis y nuestro amor...

A Eduardo: Contemplemos objetivamente nuestra nueva relación: Hay una guerra entre nosotros. Nos odiamos cordialmente. Nos odiamos porque somos diametralmente opuestos en la emoción y la actitud. Hasta ahora habíamos cometido el error de mostrarnos tiernos el uno con el

otro por nuestra *necesidad* de amor. No tuve fuerzas para borrarte de mi vida cuando biológicamente, planetariamente, emocionalmente, físicamente y psicoanalíticamente, tendría que haberlo hecho. Ya ti te faltó fuerza para odiarme cuando era exactamente lo mejor que podías haber hecho. Deberías aborrecer mi positivismo, mi absolutismo y mi sensualidad, del mismo modo que yo aborrezco tu pasividad, tu espiritualidad y tu negatividad. Somos más sanos y más fuertes como honrados adversarios que como amigos. Quiero que me borres de tu vida. Anoche fue mi última interferencia, y no la motivó el afecto, sino el odio: el deseo de que el hombre que he amado hubiera sido de otra manera. Eso es egoísmo, no amor. Señal de que el amor ha muerto. Ambos somos lo suficientemente fuertes para tratarnos sin la acostumbrada ternura, pues era sólo una costumbre, como el vínculo matrimonial. El significado de la ternura hace tiempo que ha muerto. La otra noche tuvimos el suficiente coraje para admitirlo. Vi odio en tus ojos cuando viste otra vez una manifestación de mi poder (Ana María), y viste mi desdén cuando mencionaste la palabra «sociedad» como un insulto deliberado a mis soberbias amistades (Oh, Señor, qué insulto tan mezquino; ¿no pudiste encontrar otro mejor?) . ¿He de suponer que habrías impedido que Ana María conociera a D. H. Lawrence por ser hijo de un minero? Quizá algún día te sorprenda saber que me he casado con el hijo de un sastre porque tiene genio y entrañas.

Las personas como Eduardo, que no pueden *avanzar o vivir*, se convierten en grandes esterilizadores, en grandes frenos para la vida de los demás. Eduardo quiere paralizar a Ana María. Está frenético porque no puede ejercer su *protección negativa*, mientras yo ejerzo en cierto modo una influencia positiva.

La otra noche pude escuchar *Sweet and Lovely* sin estremecerme. ¡Estaba sentada en el Poisson d'Or con June! Mi impresionabilidad prolonga más tiempo de lo necesario los ecos de otros amores y, a veces, confundo sus repercusiones con el verdadero impulso, como me ocurrió con la reaparición ocasional de John Erskine* durante mi vida con Henry.

Y ahora me doy cuenta: John es el hombre con quien yo estaba en *guerra* (en contraste con mi entendimiento con Henry) y temo que ahora estoy en guerra con la supersabiduría de Allendy. Impide mi gran deseo de seguir adelante, de dispersarme en la pasión, de diluirme en la pérdida de mi yo; impide las aventuras que ansia mi imaginación: los peligros. Pero sé que estoy atada a él. En cada momento de equilibrio amaré a Allendy. Pero me alejaré de él, apasionadamente, para hundirme en la confusión y el caos fecundo de Henry. Sacaré *inspiración* de Henry, como él de June.

Soy extraordinariamente feliz. Va a salir el libro de Henry; ahora escribe sobre Lawrence y Joyce. Me pide que vaya a verlo, que me arremangue para ayudarlo y criticarlo. June es un «estorbo» —dice— y, de pronto, también se convierte en un estorbo para mí. Henry y yo y nuestro trabajo. Henry grita: «Ojalá se fuera June a Nueva York. ¡Necesito libertad!».

Quiero salir corriendo de casa para ir a la suya. Hoy es fiesta. Hugh está en casa. Tengo que esperar. Nunca se me ha hecho tan largo el día. Estoy que echo humo. Con la rapidez de una película, veo sus libros, veo su amabilidad, veo al peligroso y eruptivo Henry, me veo con él en España. Y todo se empaña, se distorsiona y magnifica por el gran demonio que nos arrebata, el demonio de la literatura. June es un personaje, es material, aventura, pero esta copulación de hombre y mujer dentro del mismo crisol de la creatividad es la nueva monstruosidad de un nuevo

milagro. Afectará el curso de los planetas y alterará el ritmo del universo, y «dejará una cicatriz en el mundo».

Si Neptuno me da poderes de médium y me hace superimpresionable (¡peligro en las pasiones, sentimientos que te arrebatan; voluntad debilitada!), entonces me doy cuenta de que las influencias planetarias me afectan de manera muy clara y que estoy en perfecta sintonía con ellas. Por eso no puedo resistirme a Allendy, mentalmente más fuerte que yo; pero he preferido que me hipnotice Allendy y no June.

Si no tuviera sentimientos, sería la mujer más inteligente sobre la faz de la Tierra. Tan pronto como soy fría, mi visión se hace acida y mordaz. Hoy he escuchado durante dos horas la charla de June, a punto de exasperarme de aburrimiento, y ni su cara ni su cuerpo me han afectado.

Y entonces me convierto en la mujer peligrosa que ella teme. Podría escribir sobre ella más destructivamente de como lo ha hecho Henry. Sobre su inteligencia —que es nula—, sobre la inflación de su ego. Despiadadamente. Frases de Henry que hieren su vanidad y provocan esta charla asfixiante, ataques irrelevantes y, de vez en cuando, aquellos relámpagos de la intuición que fueron la esperanza de Henry. Esta noche, mi mente se extiende en lo alto, por encima del cielo, y no soy un ser humano. Soy una serpiente que revela en su silbo la fatuidad y la vacuidad de June, diosa y ramera. Restituyo al vacío, a la nada, los mismos regalos que le he hecho.

A pesar de estar yo bebida, de que los ojos de June seguían siendo fogosos, de la blancura de su fuerte cuello, de sus rodillas tocando las mías, mi dureza y clarividencia fueron inmensas. Pude oír las palabras de Henry anoche: «Soy como una muralla de acero».

Cuando me encontré con Henry en el café (antes de que llegara le escribí una nota frenética sobre mi amor a su obra, preguntándole qué más podía hacer, entendiendo su humor extraño y abstracto, su nervio), su mirada era oscura y dura. Era el *supremo egoísta* en expansión, sólo el artista, necesitado de mi inflación, de mi ayuda. Y cómo lo entendí. No hubo sentimentalismo. Sólo su obra, devorándolo todo. Sentí escalofríos por la espalda. Y sus comentarios sobre June. June estaba completamente descartada, rechazada —como también lo estaré yo, algún día— por su inutilidad cuando él tiene una nueva necesidad. Todo el mundo está sujeto a la ley del movimiento, a la aniquilación. Y entendí esto y me complació, porque me parece que yo hago lo mismo, aunque en menor escala, y que el dolor que causo a Hugh es trágico, aunque inevitable en toda progresión vital.

June no es lo suficientemente sutil para ver que, cuando me rindo a una afirmación de Henry, soy como una serpiente que ya ha mordido. Me retiro del combate abierto a sabiendas del lento efecto del veneno. Es retirándome por caminos tortuosos como llego a la razón de Henry. No le llevo la contraria ni me irrito ni me dejo llevar por la emoción. Y él puede pensar y estar o no de acuerdo con su verdad sin que su yo se vea perturbado.

June es directa y ruidosa. Su «discusión» es una mera descarga visceral. Las consecuencias son la hostilidad y la ineficacia.

Al mismo tiempo, forja su conducta imitando la mía. Anoche, en lugar de pasar la noche fuera, regresó dócilmente para decirle a Henry que ahora lo entendía. ¿Y para qué? Para que al día siguiente pudiera hablarme de reconciliación, de victoria: «He conseguido que Henry trabaje y se sienta feliz». Con qué confianza se deja guiar por sus instintos de mujer. Aunque no llegará lejos.

No se da cuenta de que Henry no la necesita más. No lo cree cuando le dice: «Márchate, regresa a Nueva York. Déjame solo».

No quiero que mi relación con June degenere en una de sus guerras favoritas. La pasión y la compasión serían lo mejor. Como enemiga no es bastante poderosa ni bastante peligrosa. Sólo temo que revele el disgusto de Henry —y el mío— por el absolutismo. Ninguno de nosotros tiene el coraje de decírselo. Ni Henry ni yo podemos herir a June. Todo cuanto quiero descubrir es: ¿Ama June a Henry?

Recordé la noche en que le dije a Henry que si un día descubría que June no lo amaba, cometería un crimen para liberarlo.

Pero las mentiras de June me impiden saberlo. Sus celos son egoístas (una cuestión de poder, su poder frente al mío). Su amor por Henry el artista es puramente egoísta (deseo de autoglorificación).

La otra noche, respiré por primera vez el brutal mundo que los rodea. June se puso muy enferma. Se despertó a mitad de la noche, temblando. Le pido a Henry que la abrazara. Esta imagen de June me conmovió. Henry me contó: «Sabía que estaba enferma. Y lo sentí por ella, pero eso fue todo. Me sentí más fastidiado que otra cosa».

Y cuando veo a June, me pregunto por qué no se puede sentir lástima de ella. Es demasiado fuerte. Tiene sus momentos de debilidad, pero a la mañana siguiente vuelve a ser tiránica, pletórica de salud, invencible y maravillosamente segura de sí misma.

El poder de la insensibilidad entre ellos es nuevo y admirable. Me gusta estar allí y compartir el intercambio de golpes, sentir mi propio poder.

Comprendo la hostilidad de Allendy. Allendy es la civilización; Henry es la barbarie, la guerra. Allendy está más que celoso de Henry: aborrece su fuerza destructiva. No hay otros dos hombres tan opuestos. Y sé que Allendy *espera que yo rompa con Henry*. ¿Por qué me ama?

Esta noche vuelvo a estar trastornada. El vértigo es tan intenso que la música me hace llorar. He estado leyendo *Avant et après* de Gauguin. Me recuerda a Henry.

Hugh estudia serenamente astrología. Bella serenidad: inalcanzable. Le he regalado un compás. Trazo círculos para él. Me encanta maravillarme de sus conocimientos, impenetrables para mí.

En el tren, cinco pares de ojos masculinos me observan... obsesivamente.

Hay una fisura en mi visión, en mi cuerpo, en mis deseos, una fisura permanente, y la locura la empuja adentro y afuera, adentro y afuera. Los libros están sumergidos, las páginas arrugadas; cada perfección piramidal arde totalmente al impulso de la sangre.

El esfuerzo que hago para perfilar, cincelar, demarcar, separar y simplificar es una idiotez. Debo *dejarme fluir multilateralmente*. Por lo menos, he aprendido algo grande: a pensar, pero no demasiado, de modo que pueda dejarme ir, sin que haya levantado una barrera intelectual que se oponga a los acontecimientos que puedan venir y sin interferir con una preparación crítica en el movimiento de la vida. Pienso sólo lo suficiente para mantener vivo un estrato superior de inteligencia vigilante, igual que cuando me cepillo el cabello, me arreglo la cara, me pinto las uñas

o escribo mi diario. Nada más. El resto del tiempo, trabajo, escribo, trabajo. Y me dejo llevar por el impulso. Canturreo; protesto contra los taxistas que se enfrentan a las oleadas del tráfico; escribo una nota a Henry media hora después de haberlo dejado, y atosigo a Hugh a medianoche para que vaya en coche al centro de París y entregue la nota a Fred Perlés* para Henry... ¡Una nota de amor para su trabajo!

Es este divino deslizamiento el que permite que Henry me tire sobre la cama de June y lance al aire, como un sedal de pesca, la conversación sobre Lawrence y Joyce mientras nos mecemos sobre la Tierra.

Hugh me tiene apretadamente entre sus brazos, como una gran pepita de oro, y su horizonte es celestialmente esperanzador porque le he traído un compás.

J'ai présagé des cercles. El motivo del círculo en mi novela de John. La fascinación de la astrología El círculo marca la rotación de la Tierra, y todo lo que me importa es el supremo gozo de girar con la Tierra y morir ebria, morir mientras *se gira*, que no morir retirada, mirando la Tierra que gira sobre mi mesa, como uno de esos globos terráqueos de cartón que venden en los almacenes Printemps por 120 francos. No iluminado. Esos son más caros. Quiero ser la luz dentro del globo y la dinamita que explota sobre la máquina del impresor justo antes de poner el precio sobre la página. Cuando la Tierra gira, mis piernas se, abren a la lava emergente y mi cerebro se congela en el Ártico —o viceversa—, pero debo girar, y mis piernas siempre se abrirán, incluso en la región del sol de medianoche, porque no espero a la noche —no puedo esperar a la noche—, no quiero perder ni un solo ritmo de su curso, ni un solo laudo de su ritmo.

Sueño: Hugh y yo caminamos en la niebla nocturna. Juntos. Lo dejo. Entro en la casa y me echo en la cama. Sé que me busca, que se vuelve frenético, que corre como un loco en medio de la niebla, flotando en ella. Estoy inerte. Sé que estoy en casa. No se le ha ocurrido pensar que estoy en la cama. Yazco intocada por su desesperación. Soy al mismo tiempo la niebla. Soy la noche que envuelve a Hugh; mi cuerpo yace sobre la cama. Soy el espacio que rodea a Hugh. Corre en este espacio, y me busca.

Por la mañana. Mi amor más tierno es para Hugh, algo inalterable, que no cambia, fijo: el niño. Tiene el lugar más seguro, *el más suave*.

Querría darle a June todo cuanto Henry ama en mí, añadirme a ella. No puedo creer que le he arrebatado al único hombre que ha amado de verdad.

Siento una piedad abrumadora por el sufrimiento histérico y primitivo de June, por la gran confusión de su mente. Pero nunca es un sufrimiento como el mío, nunca el dolor por perder a Henry, sino el dolor por el fracaso.

Fue terrible que me diera cuenta de mi fortaleza mientras recordaba mi lealtad siempre que hablo de June a Henry.

Pobrecita June, ¡es tan vulnerable! No tengo otra cosa que darle salvo mi amor, que necesita. Invento mi amor por ella, como un regalo. La mantengo viva fingiendo mi amor, que no es sino lástima. Escucho su charla rudimentaria, busco pacientemente relámpagos de verdad, esperando

que se encuentre a sí misma, que en mí encuentre fuerzas, aunque, al hacer esto, siento que soy la mayor traidora sobre la Tierra. Confía en mí y soy quien la deja sin Henry.

Al mismo tiempo, no sabe lo que hago por ella para expiar mi culpa. ¡Me niego a que Henry le cuente, le pida su libertad para casarse conmigo! Ayer, media hora antes de verme con June, estaba sentada en un café con Henry. Me dijo: «Cuando salga el libro, rompemos con todo, se acabaron los compromisos. Arreglaré las cosas con June y me caso contigo».

Me eché a reír: «No quiero casarme otra vez». Y luego: «Sería terrible privarla de su última fe en dos seres humanos».

June me ha presentado a Dick, el escritor homosexual con ojos de niño desvalido, que habla como escribe Aldous Huxley. Visitamos a Ossip Zadkine*, el escultor (un personaje del *Trópico de Cáncer* de Henry).

Dick y yo retrocedimos ante la perspectiva desagradable de un nuevo contacto, cada cual a su manera. El, con su ligereza; yo, con mi silencio. Pero nos agradamos mutuamente. Estaba predispuesto en mi contra porque soy amiga de Henry y él lo aborrece.

Henry hizo un monstruo de June porque tiene una mente creadora de monstruos. Es un loco. Ha sufrido con June las torturas que él mismo se ha inventado, porque el amor que June sintió por Henry no fue en absoluto monstruoso, sino, probablemente, tan simple como el que, yo siento por ella. Yo sí que adopté la creencia de Henry en la monstruosidad de June. Ahora veo el sufrimiento del ser humano que es June; y veo el fracaso de los dos en entenderse... aunque June es la más débil, porque los fantasmas de Henry la han vuelto loca. Los fantasmas de Henry no me confunden; me interesan objetivamente. Fascinan mi inteligencia y mi imaginación.

Me di cuenta del proceso de deformación cuando Henry explicó mis páginas sobre June y me revistió de grandes misterios y monstruosidades. Su imaginación es incansable y fértil; capta a un ser humano y lo deforma, lo realza, lo magnifica y lo mata. Es un demonio que anda suelto por el mundo, laberíntico, que conduce a la locura. Henry podría volver loca a la gente.

Hasta ahora no me he extraviado; he sido más fuerte que June. Sólo me vuelvo loca cuando quiero, como cuando deseo emborracharme, así que puedo trabajar. Igual que Henry se excita con el odio y la crueldad, yo me excito y me estimulo cuando me libero de la presa excesivamente estricta de la lógica implacable. Giro como una peonza para ser menos lúcida y más alucinada, para escuchar mis *intuiciones*.

Me seduce jugar con Henry a este peligroso juego de la *deformación imaginativa*. Gracias a que Allendy me ha integrado y me ha revelado mi modelo de conducta fundamental, Henry y yo somos dignos adversarios.

Despojadme de las exteriorizaciones, de la teatralidad y del masoquismo, y encontraréis la simiente, el núcleo, la artista, la mujer. Pero despojad a June de sus galas y encontraréis a una mujer bella y corriente que cree en ilusiones, sacrificios, ideales y cuentos de hadas... pero sin contenido.

Debe seguir siendo el personaje, la curiosidad, la rareza, una forma ilusoria de la personalidad.

Pero, cuando llora, siento que merece la felicidad de cualquier ser humano.

Después de todo, también mi imaginación ha jugado a su capricho con los dos, con Henry y con June. Con una diferencia: necesito por encima de todo la verdad y sucumbo a la piedad. La verdad

me impide distorsionar, porque *comprendo*. Tan pronto como comprendí a Henry, dejé de hacer un «personaje» de él (el submundo brutal de mi *segundo* concepto de él, hinchado por sus libros). Mi *primer concepto* es verdadero siempre: mi *primera* descripción de Henry en el diario le sigue correspondiendo hoy, y mi primera descripción de June es más verdadera que mi composición literaria. Cuando empiezo a amar como un ser humano el *juego* cesa.

Para un escritor, un *personaje* es un ser con quien no se siente ligado por el sentimiento. El verdadero amor destruye la «literatura». Por eso, también, Henry no puede escribir sobre mí, y quizá nunca escriba sobre mí —por lo menos, hasta que nuestro amor se acabe y, entonces, yo me convierta en un «personaje», es decir, en una personalidad alejada, no *fundida* con él.

Me pongo triste cuando miro la fotografía de Allendy... Estoy siempre entre dos deseos, siempre en conflicto. Pertenezco a Henry, a June y a Allendy. Hay veces que me gustaría *descansar*, estar en paz, elegir un refugio, un amor, para resguardarme en él... hacer una selección final. No puedo. Algunas noches, como ésta, a la hora del decaimiento, me gustaría sentir la *totalidad*.

La característica de mi lealtad con Hugh es fácilmente definible: consiste en *no causarle daño*. Incluso en cuestiones relacionadas con Henry (podría obligar a Hugh a ayudar a Henry), sigo siendo leal a Hugh, tanto que ni siquiera le impido que alcance su propia *masculinidad*, cosa que podría hacer interfiriendo en su nueva agresividad, en su nueva codicia, cautela, celos y posesividad.

Es extraño contemplar el amor de otro por una y conservarse intacta. Los bellos sueños de Hugh sobre mí. Los escucho, pero jamás pienso en ellos cuando Henry me acaricia. Es absolutamente cierto que nunca pienso en Hugh cuando estoy con Allendy o con Henry, como tampoco pienso en Henry cuando estoy con Allendy. Una especie de separación tiene lugar en ese momento —una *totalidad* pasajera—, que impide cualquier duda o parálisis. Es sólo después, cuando se revela la mezcla y el conflicto. No veo nada malo en acostarme con Henry en la cama de Hugh, como tampoco vería nada malo en entregarme a Allendy en la misma cama. No tengo ninguna moralidad. Sé que la gente se horroriza, pero no yo. Ninguna moralidad mientras el daño hecho no se manifieste por sí mismo. Mi moralidad no se reafirma cuando me enfrento con el dolor de un ser humano... Le devolvería Henry a June si ella me lo pidiera. Al mismo tiempo, soy consciente de la estupidez de mi capitulación, porque June puede pasar sin Henry mucho mejor que yo, y ella es dañina para Henry. Del mismo modo que sería infinitamente estúpido que, por mor de Hugh, volviera a mi vida neurótica, vacía y desasosegada de los años anteriores a mi encuentro con Henry.

Ahora experimento una continua *plenitud* que también me permite dar plenitud a Hugh. Deseo que Hugh pudiera *creerme, entenderme, perdonarme*. Ve mi contento, mi salud, mi productividad. Y estoy aún más preocupada por su felicidad que por la de cualquier otra persona.

9 de noviembre de 1932

Bar Side-Car. June está de un humor alegre y saca a relucir los aspectos débiles de Henry: su infantilismo, su incapacidad para responder inmediatamente a los acontecimientos de la vida, su deseo de ser dominado y tiranizado. Me canso de decirme a mí misma que Henry es diferente

conmigo; y no tengo más remedio que recordar que yo me he quejado en voz alta de lo mismo, aunque para mí Henry es un líder, más que para June, porque yo tengo al líder-artista —el gran escritor que puede aniquilarme— y al hombre sensual.

10 de noviembre de 1932

Hugh toca la guitarra y canta. *Il chante faux*. ¿Debe importarme que desafine? Sabe cómo amar. Desafina, toca titubeante; sabe cómo amar. Bostezo. Acabo de encontrar el tema para tejer mi libro: Las mil y una noches de Montparnasse, cada noche unas cuantas páginas intentando apartar a June de la droga. Y le contaré todo a June, incluso mi amor por Henry, *eso* lo dejaré para la última noche.

Hugh ha confesado que tenía celos de mi escritura. No podía soportarla, no podía soportar mi actividad, ahora compensada con su astrología. También Eduardo. Todo lo que Eduardo sabía hacer mientras yo trabajaba desesperadamente en mi libro sobre Lawrence era quejarse de que lo tenía abandonado. Una mujer.

De *esto* me liberó Henry. No podía *molestarlo*, ¡no a él! Pero, incluso entonces, tuve que actuar *con tacto*. Oh, la ironía. Esta noche bailo con mi ironía, que es como el chisporroteo de una estrella fugaz.

Uno de los cuentos de las mil-y-una-noches trata de besos en los taxis, de una ciudad alarmada por un psicoanalista, de las esculturas en madera de Zadkine, del asesinato de una mujer que grita pidiendo ayuda. Y así, en mi diario, hablo de asuntos domésticos, de los menús, de la opinión de la *femme de ménage* (Emilia* comenta que todos los amigos de la señorita son calvos), y entrego al mundo una gardenia en papel de plata. La fantasía es para mí una forma de disfraz. El mundo me obliga a la fantasía y ni siquiera yo deseo ver el rostro recién despierto de mis actos. No son únicamente Henry y June quienes están aquí *en plus beau*[4].

Veo la mirada calculadora de Hugh, y debo anotar aquí que su jodienda es soberbiamente vehemente y magistral, de una calidad que satisfaría a una mujer normal, pero no soy una mujer normal. En el sexo, sobrepasa mi capacidad. Soy la única escritora que no se contenta con la literatura erótica —escribo en el mismo nivel en que vivo—, en lo cual hay una curiosa coherencia. Qué bien he sabido librarme de Eduardo, cómo lo he sacado de mi vida. Nunca antes tuve el valor de desdeñarlo. La otra noche, cuando vino a cenar, podía mirarlo con una indiferencia de acero templado, vigorosa y vivificante como un paseo por el bosque. A medida que me vuelvo menos sensible, gano *embonpoint.* Nadie echa de menos mi sensibilidad. A todo el mundo le complace la buena salud, como un búcaro de flores en una habitación. Una se vuelve cínica cuando se la admira por su fácil invulnerabilidad.

Síncopa... arrastrar de pies, canturreo, síncopa. Este es el *único acento ligero* de este diario que ya ha cumplido dieciocho años, y cuyos acentos graves, líneas color púrpura y perfume a lágrimas saladas asombrarán al mundo como una obra maestra de la autoflagelación y el escorpionismo. Mientras corto las páginas de los libros de astrología de Hugh, me juro a mí misma que ésta es una

[4] Aquí, probablemente, debiera escribirse au plus beau, «de lo mejor». (N. del T.)

ciencia en la que nunca pondré mis manos, porque quiero que sea motivo de satisfacción exclusivo de Hugh.

June dijo ayer que estaba buscando a alguien a quien domesticar, porque Henry siempre fue dócil (siempre que conservara su prerrogativa para escribir, el derecho a difamar siempre retrospectivamente). El escritor es el duelista que nunca acude a la hora prevista, que recoge el insulto como una curiosidad más, lo pone sobre su mesa y sólo entonces lo combate, a solas. Algunos llaman a eso debilidad. Yo lo llamo aplazamiento. Lo que en un hombre es debilidad, en un artista es la gloria, su rasgo característico. Lo que vierto en las conversaciones, en mis actos, raramente lo recupero en la escritura. Lo que se retiene, lo que se guarda, es lo que luego explota en la soledad propicia. Por eso el artista es la persona más solitaria del mundo: porque vive, se esfuerza, lucha, muere y resucita *a solas, siempre a solas.*

Hugh dice que el arte procede de la fermentación, sin que importe a qué se refiere la fermentación. No puedo negar que lo mejor lo he escrito *ahora*, mientras fermento con la victoria y el poder.

Lo que he amado en la música no es su austeridad, sino esa *inflación* del sonido, esa amplitud de las notas hinchadas hasta lo extravagante, el desbordamiento de las proporciones, el hechizo de la resonancia y la distensión, el flujo y el efluvio, la mayólica, el ciborio, la caída desde los carámbanos a los puntos estelares, desde las cítaras a los sarcófagos, desde la cera de las abejas a las víboras.

(Paso esto inmediatamente al libro que escribo. Mi libro y mi diario se pisan constantemente. No puedo divorciarlos ni reconciliarlos. Hago el papel de traidora en ambos. Pero soy más fiel a mi diario. Pongo páginas del diario en el libro, pero nunca páginas del libro en el diario, mostrando así la fidelidad humana a la autenticidad humana del diario.)

Esta noche, el jazz casi me provoca un orgasmo.

¡Partir! ¡No más pausas en medio de la plenitud de la vida, no más períodos muertos!

¡Cómo puedo quedarme *esta noche* en Louveciennes! Maldigo la sublimación. Me he vaciado en la escritura, pero estoy más llena de vida que nunca.

Para Hugh es un recrudecimiento del amor, un volver a empezar. La victoria sobre la mujer que necesitaba para reafirmarse la ha intentado conmigo y no con otra, tal como Allendy esperaba. Ha afirmado su agresividad sexual. También me ha inundado de su necesidad de aventura. Quiere que salgamos. Vamos al cine y después a bailar. Jugamos a que es la primera vez que nos vemos.

—Soy astrólogo —me dice.

—¿Nos veremos *aquí* la próxima vez?

—No aquí —contesta Hugh—. Quiero viajar contigo. ¿Vendrías a Egipto conmigo?

No puedo continuar con el juego. Necesito llorar. Su actitud me emociona y me hace daño. En el coche acaricia mi pierna como un amante caprichoso. Conduce distraído. Me ha despertado una profunda ternura... nada más. Pero alimento su ilusión y le estoy *agradecida* por la vida. Toda la empalagosa dulzura, el empalagoso idealismo; mientras a sus espaldas me hundo con Henry y June en una vida salvaje, áspera, odiosa y desapacible.

Henry me está probando hasta el límite. Inhumano con June y conmigo, duro y egoísta. A medida que me llegan sus páginas, flaquea mi interés intelectual. Necesito caricias. Soy una mujer.

Soy tan profundamente mujer como June. No puedo soportar esta austeridad estoica de vivir. Ahora mismo me dejaría acariciar por *cualquiera*.

Esta noche saldré con June. Me sumiré en una atmósfera femenina —*la sed constante de amor*, la perpetua dependencia del hombre. Señales de amor, atenciones, llamadas telefónicas, pequeños regalos, detalles, ningún *trabajo rival*—. Ese amor que ahora tengo de Henry (el libro es secundario, es *para* mí; la astrología también es para mí una ofrenda que no quiero, aunque hago esfuerzos sobrehumanos para corresponder).

La casa de Louveciennes, en las afueras de París, donde la familia de Anaïs Nin vivió a principios de la década de 1930

Siento que la distancia entre nosotros cae como un ciborio diabólico, una distancia que roe todo cuanto nos une. Tengo miedo de mi libertad. Hugo es el hombre a quien debo la vida. Le debo cuanto de bello he tenido; su dedicación ha sido mi punto de apoyo para *todo* lo que hoy tengo: mi trabajo, mi salud, mi seguridad, mi felicidad, mis amigos. Ha sido mi único y verdadero dios munificente. Estoy en deuda eterna con él, por su fidelidad conmovedora y magnífica. Sólo podría liberarme si fuera cruel, duro, mezquino... pero por ahora no tengo ninguna excusa. Es el hombre más grande del mundo, el único capaz de *amar y ser generoso. Il est facile pour les autres à donner*. Para mí, qué fácil es darme, con mi superabundancia de ideas, inventiva, arte y emociones; pero, para él, un hombre no excesivamente dotado de arte, cuanto da lo extrae de un fondo de afecto y fidelidad profundos, de amor puro... ¡no de amor a sí mismo!

12 de noviembre de 1932

Hay una divergencia en el tiempo, una dislocación rítmica entre la sabiduría de la mente y el ímpetu de los instintos y la inevitabilidad de su cumplimiento. Estoy en paz con el hombre, con

todos los hombres que me han herido con su debilidad. Mi Padre*, Eduardo, Hugo, John e incluso, hasta cierto punto, Henry (si Henry fuera fuerte, June estaría ahora en Nueva York) están más que expiados, y me han dado más amor del que me han negado. Estoy en paz conmigo misma, y mi entendimiento me dice que mis sufrimientos por el abandono de mi Padre, la homosexualidad de Eduardo y el puritanismo de John no vienen de ellos, sino de mi propia manera de ser interior, que se niega a entender las causas naturales de estas debilidades y se niega *a no sufrir.*

Pero, en otro plano, el instinto de odio y venganza continuará su curso hasta que se haya agotado el veneno que destila.

June y yo «déversent»[5] en el mundo el odio que sentimos por el hombre, insultamos a la sociedad, a las convenciones, *a los hombres*. Nos aliamos para desahogar nuestra gran desilusión no en aquellos que amamos, sino en desconocidos o en símbolos.

Ahora veo que algunas de las páginas que he escrito sobre June, sencilla y humanamente penetrantes, son artísticamente más grandes que las deformaciones de Henry, porque comprenden las heridas con más profundidad que las monstruosidades. He sido, con respecto a June y a Henry, más *humana*, más comprensiva, más verídica; y, quizá, al final, haya sido más artista.

June: la mandrágora, una planta euroasiática, de flores púrpuras y una raíz ramificada que recuerda a un cuerpo humano, de la que se extrae un narcótico. Se cree que la mandrágora del Génesis tenía —y tiene— propiedades mágicas.

Mientras bailábamos juntas, June me decía cuánto le gusta el nombre de la mandrágora en alemán, y que es mi nombre para ella: *Alraune.*

Cuando escucho el relato que hace June de la primera visita que me hizo, de su timidez, de su miedo a encontrarse con la mujer «bella y brillante» (los calificativos son de ella), y el comentario de Dick sobre mi hermosura y «rareza», siento un pánico súbito. Veo esta imagen mía en los ojos de los otros (Osborn, Henry, June y Dick) y siento el mismo susto que ante una sombra gigantesca. Aquella misma noche, June esperaba que yo descubriera mis defectos y sólo cometí un error: una observación frívola —«Qué americana»— cuando el idealismo de June me puso enferma. Pero lo que me maravilla es cómo una persona como yo, que salía de mi gran soledad, de mi inexperiencia, de mi vida de ensueños, pudo enfrentarse a la experiencia de June y Henry sin cometer errores, con encanto, desarmando su dureza, y los amó y fue amada por ellos como una igual en poder y experiencia, mientras, día a día, iba creciendo, salvando mi gran ignorancia y mi gran inocencia a cada paso que daba. Ninguna equivocación frente a las continuas pruebas y ninguna pérdida de integridad. Adaptabilidad sin pérdida de mi yo. ¡Pero esta integridad se la debo a Allendy!

Cuando alabo a Hugh por su humanidad, me dice que no quiere ser humano —*el único entre nosotros*—. ¡Pues se quedaría solo! (Escrito a petición suya, porque me reí tanto cuando me lo dijo.)

[5] Aquí el verbo déverser, «desahogar, derramar, verter», debiera conjugarse en primera persona del plural: June y yo déversons en el mundo el odio que sentimos... (N. del T.)

Obsérvese mi truco cuando leo mi diario a Hugh: Sé de antemano lo que va a venir y, o bien sustituyo todo un pasaje entero por otro que me invento sobre la marcha, o cambio el nombre, por ejemplo, digo «Hugh» en lugar de «Henry», y Hugh se siente aludido, o altero la frase mientras voy leyendo.

Mientras estudia astrología contemplo la bella severidad de la boca de Hugh y sé cuan profundamente lo amo. Es mi niño, mi hijo. *Noble*. Nunca quiero herirlo. Cuando estoy junto a él me gana su limpia nobleza. Se ha entregado por completo, en cuerpo y alma. Es más susceptible que todos nosotros al *dolor mortal. Le he oído decir a Allendy que se mataría si me perdiera.*

Debo arroparlo con confianza y amor. Debe estar protegido y defendido. Todos los demás, Henry, June y yo, tenemos un corazón egoísta. Nos damos a los demás, pero el gran ego central sabe también cómo restituirse. Hugh no sabe. No es ego, *es* amor, la esencia y el símbolo de un amor grande.

16 de noviembre de 1932

La otra noche, cuando estaba con June, se enfadó porque Henry ha pagado una deuda a la antigua amante de Osborn* con el dinero que yo, con tantos apuros, había podido enviarle. Le ha ocurrido lo que ella llama la satisfacción de la estúpida conciencia masoquista de Henry, sacrificándola a ella, lo cual le indigna con toda razón. No hay cosa peor que el sadismo. «June tuvo que empeñar sus vestidos y fregar suelos para que yo pudiera devolverle el dinero a Osborn. ¡Esta deuda pesaba en mi conciencia!»

Yo estaba también furiosa por la monstruosidad de esta *lógica*: su *conciencia* referida a una deuda.

Si nos metemos en el aspecto moral, ¿no estaba antes su deber de proteger a la mujer que ama? No. Primero la satisfacción de una necesidad puramente egoísta, el impulso inmediato de generosidad y honradez con un dinero obtenido no importa cómo... de su mujer, no de su trabajo.

En este momento de mi vida intento ser tolerante y comprensiva hasta el *límite*. Me digo: a menudo he dado a Henry lo que *debía* haber dado a Hugh, simplemente porque en ese momento *me* causaba mayor placer dárselo a Henry. Con frecuencia he dado dinero a otros, dinero que he sacado del duro trabajo de Hugh y que, de haberlo guardado, habría salvado a Hugh de algunas preocupaciones. Porque era algo que yo *quería*. Compré el acuario en lugar de comprarle corbatas a Hugh. Porque yo tenía una necesidad.

Esta conducta se parece a la de Henry, excepto que en Henry es menos justificable, menos lógica, *más* egocéntrica. Y yo no he herido a Hugh, mientras que Henry deja que June o yo pasemos *hambre* para satisfacer cualquiera de sus deseos.

Très bien. Que Henry sacrifique a la gente a su voracidad, a su codicia y su ambición. Que sacrifique a sus inferiores. Que devore a Fred, que únicamente vale para servir, que necesita a los demás para sentirse satisfecho. Pero, a June y a mí, no.

Me asombró mi rebeldía. Al principio fue sólo mero pesar, dolor, la sensación de que Henry no podía hacerme aquello a *mí*, que lo había hecho incitado por su odio hacia June, que June no sabía comportarse con él y provocaba sus instintos de antagonismo y mezquindad. Cuando me enteré,

recordé el par de medias nuevas que le regaló a Paulette[6]* y se me saltaron las lágrimas porque yo llevaba unas medias zurcidas. Me pareció que su generosidad inmediata y ostentosa era débil, superficial, no profunda; que la verdadera generosidad llega más lejos, es más desinteresada. Que Henry estaba demostrando su incapacidad para amar profundamente, que la ausencia de esa profundidad provoca en el otro una gran *dureza autoprotectora*, que, con la acumulación de semejante egoísmo, Henry había paralizado mi fe, que aquel mismo incidente del dinero dado a la amiga de Osborn había quebrado mi confianza, que el fantasma de su superficialidad aparecía detrás de sus gestos, de sus regalos. Recordé una de las descripciones de June: «Me hablaba y parecía un muñeco lejano, haciendo gestos raros y ridículos que no podían conmoverme».

Oh, Dios, ¿por qué me entrego a quienes son incapaces de amar? Porque es excesivo el sufrimiento que soporto en mi interior. Este es mi último llanto.

Me siento tan cansada, tan vacía; me siento tan vacía como June.

Leo las soberbias páginas de Henry y sé que están amasadas con la suave carne de June, y con la mía.

Le dice a June que el sacrificio que ha hecho la engrandece y, por lo tanto, no hay deuda. No, no hay ninguna deuda, sólo amor, del cual nada sabe Henry. Lo que he dado a Henry también me ha engrandecido —no hay ninguna deuda— sólo falta de amor, *ausencia de amor.*

Me retiro. Esto no es ningún *matrimonio*, ninguna interpenetración verdadera. Es canibalismo.

Comprendí o acepté desde el principio la *sacralidad individual de las necesidades individuales*. Cuando por primera vez di una gran suma de dinero a Henry y a June y se la gastaron en una noche, *bebiendo*, me sentí herida humanamente, pero mi comprensión estaba disciplinada. Lo di porque quise y, al mismo tiempo, les di libertad. De otra forma, no hubiera dado, habría *recibido* (te doy quinientos francos, pero compra comida y alquila una máquina de escribir). Había sido la *objetividad* divina, perfecta, inhumana. Más adelante, le di amor: haz lo que quieras, úsame. Te amo. Quiero servirte, alimentarte. Henry hizo un uso maravilloso de mi amor. Lo empleó para hacer libros. Algo bello, creativo. Me proporcionó alegría y, con el éxtasis, fuerzas para darle más amor, más alimento. Pero cuando el amor y el dinero se emplean miserablemente, mezquinamente, la ilusión, la fuerza y el éxtasis te abandonan. Sí, he perdido mi éxtasis.

Envié un telegrama a June, sólo para decirle que *tiene razón* en defenderse de Henry, del enemigo; sólo para decirle que creo que es una mujer mucho más grande que yo porque ha tenido más amor y más fe, y que yo, a causa de mi maldita inteligencia, veo las cosas con demasiada rapidez. Lo que ha costado años para que June se dé cuenta, yo lo he sabido enseguida, por instinto y no por propia experiencia.

Hugo es realmente el único hombre que he esculpido partiendo de su oscuro caos. A Henry también, como artista (y quizá como hombre ha estado *más cerca* del amor que nunca en su vida).

[6] En julio de 1932, Alfred Perlés llevó al piso de Clichy, que compartía con Miller, a Paulette, una jovencita francesa, que permaneció con ellos varios meses. Cuando se marchó, Miller supo que la chica sólo tenía quince años. (Véase *Una pasión literaria*. *Correspondencia de Anaïs Nin y Henry Miller* (1932-1953), Siruela, Madrid 1991, pág. 120.)

Eduardo y John fueron mis fracasos. Sin embargo, el otro día Eduardo y yo dejamos de lado nuestro odio, considerándolo una chiquillada, y conseguimos una bella reconciliación basada en la absoluta franqueza del uno con el otro. Tan pronto como vuelve a haber comprensión, se elimina el conflicto. Dice que cuando haya recorrido mi vida de sensaciones (Henry y June) y llegue verdaderamente al reino de Neptuno —que consiste en vivir de la pasión, la intuición y el amor, en otro plano—, me convertiré en una mujer extraordinaria, poseedora de un extraño magnetismo.

Mi viaje maravilloso terminó en un mar de vómitos. Por primera vez en mi vida comprendí lo sublime de la medida que yo había escarnecido: ser capaz de permanecer al borde de la borrachera sin beber demasiado para no vomitar, beber lo suficiente para gozar de la propia borrachera. No fui yo quien vomitó. June lo hizo en mi lugar.

Empecé con la borrachera de la charla, de las ocurrencias, del duelo de palabras —*la plus belle des ivresses*—, en la cual no participaba June. Nos escuchaba, a Henry y a mí, intercambiando tóxicos abstractos, y se sentía perdida, así que se puso a ingerir tóxicos concretos y se zambulló de la única manera que sabe para sentir el vértigo. Yo llegaba al vértigo cuando hablaba de Gide y Lalou, cuando defendía mi lenguaje; June sólo lo alcanzaba cuando yacía inerte en el suelo, ahogada en su vómito. Mi borrachera de ideas, mi efervescencia, mi fermentación eran más afiladas cuando Henry se aturdía y el cuerpo de June se hacía visiblemente flojo y grosero, tan visiblemente que mis ojos, mis ojos ciegos, lo veían. Henry se sentía agotado y caía dormido; June se convertía en una puta y yo hacía de *femme de ménage*. Les di el último insulto triste de mi simpatía. Y conservé lo que hoy me queda, un gran divorcio con el mundo animal que no sabe vivir en el espacio y se arrastra por la tierra. Yo sólo me arrastraré por la tierra en busca de fuerza, pero, en los demás momentos, me alejaré de ella.

Dios mío, ¿por qué lo vi todo de pronto, por qué no dejé de verlo? Visión inexorable. Vómito en el mismo final de la vaciedad total.

Necesite mi soledad, mi paz, mi suspensión en el aire, el equilibrio que desprecio. Necesito encontrar de nuevo mi luz y mi alegría —expansión, canto, *éxtasis*—, un éxtasis sin vómitos, un éxtasis que sea continuo, no uno que llene mi ser de veneno que luego tengo que vomitar en el lugar donde he bailado y cantado.

El día anterior, mentí a Allendy, y fue una mentira causada por una discrepancia en el tiempo. Quiero decir que fue una mentira en el momento en que la dije, y que anoche dejó de serlo.

Fui a verlo en lugar de a Hugh, que se ha ido a Berlín. Le dije (fue tan dulce esto, mientras estaba en sus brazos) que había roto con Henry; que lo amaba, a Allendy y a su vida; que aceptaba y entendía su sabiduría; que anhelaba tener fuerzas; que me daba cuenta de lo pueril de las cosas que había perseguido. Estuvo exultante de alegría, como hombre y como psicoanalista. Surgió sin disimulo su odio por Henry, ahora que creía que podía manifestarlo. Mostró su inmensa hostilidad, su desprecio, sus celos y su ira. Dijo que si Henry me hubiera hecho algún daño (aludiéndome en sus escritos o usando mis cartas) ¡habría ido y lo hubiera azotado con un látigo!

Fue maravilloso ver al sabio en plena erupción. Agresividad, celos, desprecio. Reí complacida, un placer femenino.

Siempre dispongo del truco de desvanecerme. Me voy de Clichy, desaparezco. Llevo en mi bolso una carta de amor de Fred en la que me pide que no lo tome por una persona frívola: «Eres la única mujer que amo», y pienso en todas las mentiras que le dije acerca de la noche en casa de Lalou. Lalou dijo durante la cena: «A veces Gide se deja caer por aquí». Lo cual me hizo imaginar de inmediato una visita de Gide. Reuní todos los detalles que me contó Lalou acerca de Gide y se los expuse a Fred en la cocina de Clichy, como si realmente me hubiera encontrado con Gide. Coloreé, sin falsificarlo, un retrato de Gide que me pareció perfectamente adecuado. De nuevo una mentira profética, porque este encuentro *tuvo* lugar más adelante.

Entretanto, lo cierto es que, no estando Hugh, me fui a casa de los Lalou, y experimenté el frío placer de la inteligencia electrizante, y algo más. Además de la conversación, que fue un ramillete de fuegos artificiales, se estableció una corriente entre Lalou y yo. Aún vibraba sensualmente con las caricias de Allendy cuando llegué a este lugar de sencilla vida doméstica: libros, niños y un asado que madame Lalou cogía por el hueso para trincharlo. Ya que no estaba Hugh, pensamos que estaría bien que estuviera Joaquín. Sugerí que fuéramos a buscarlo en un taxi y Lalou, que es un hombre siempre en el cráter de un volcán, aplaudió la idea porque así iría conmigo.

De modo que Lalou y yo hemos atravesado la ciudad en coche. Nuestra charla ha sido hábil, como el tejido de una tela de araña. Al regresar, ya había hilos tendidos entre Lalou y yo. Y con uno de esos hilos, su energía, su *fougue*, su vitalidad, ha rozado mi carne lánguida y turgente: el menor roce, el menor atisbo de tocarme, de aproximarse, era como un abrazo absoluto a punto de explotar. Lalou ha estado muy cerca de besarme y yo muy cerca de recibirlo complacida. La inteligencia ha impedido que nos precipitáramos, pero todo llegará.

Humanamente, ha sido cruel que no haya vuelto esta noche a Clichy. June me crispaba diciendo que era cansancio, falta de resistencia. Los he dejado deprimidos, en un estado de sórdido estancamiento, sabiendo que Henry pensaba que iba a acostarme con Allendy. Los dejé con la sensación desvalida de su inferioridad. Ha sido cruel. Quizá me estoy vengando; quizá no soy más que una escritora, porque, sentados a la mesa del desayuno, ya había perdido mi interés por ellos y añoraba Louveciennes y mi diario. Me vine a casa después de haber dormido sólo unas pocas horas, me fui a la cama y escribí. Almorcé, dormí como un tronco, me masturbé y reemprendí mi escritura.

¿Catarsis? Necesidad de vaciarme. Exceso de escenarios. Fastidiada sólo porque he olvidado incluir la escena de Vilmorin. Agobiada por los fragmentos, tan insistentes, de las frases. Incapaz, realmente, de *seguir viviendo*. Confusa. Al final, sólo he vuelto a casa para escribir, aunque mi ausencia de Clichy esta noche, lo sé, sigue siendo enigmática e insultante.

Sólo pienso en la gigantesca mansión feudal de los De Vilmorin* —laberíntica, antigua—, un universo por sí sola —la familia orgullosa, el amor incestuoso, el peculiar estilo picante entre los dos hermanos y la hermana—, un incesto nacido en intelectos armoniosos, tejido indisolublemente por la semejanza de inteligencia y brillantez. Y ella —centro de adoración, camino de la locura—, una artista tan resuelta como yo a exteriorizarse, a expresarse.

Me dejo llevar hasta Clichy, y Henry y June se emborrachan porque ahora saben que escapo de ellos. Saben que, aunque soy libre de quedarme, llegará un momento en que, por voluntad propia, subiré al tren. Los abandono. Ambos se me aferran, suplican, hacen reproches... Estoy lista para

enfrentarme con su odio, su rabia y su condena (nunca soportaré que me condenen); deben venir a donde estoy, a Louveciennes, a vivir mi vida. No quiero los suyos —sus éxtasis—, los míos son como la axinita[7], cuyo cristal presenta un borde tan afilado como el de un hacha.

June acierta cuando se considera un personaje puro de Dostoyevski —Stavrogin, causante de males y crímenes, y que raramente es dueño de sus actos— y acierta cuando piensa que Henry, con toda su laboriosa dedicación, no ha sabido comprenderla.

Los esfuerzos de June para explicarse, para aclararse, fracasan porque es un ser inconsciente y, hasta ahora, incapaz de analizar o sintetizar. Anoche ocurrió un milagro. Por alguna extraña influencia de mi mente en la de ella, habló durante *cinco horas*, con entera lucidez y sintetizando, y todo su modelo de vida salió a la superficie. Entiendo el recelo de Henry por la mentalidad de June a causa de sus eclipses emocionales. Yo misma los he observado. Henry sabe que, en ocasiones, he podido traducir, que poseo flexibilidad lingüística para hablar un idioma con él y otro con June. Toda la autoconfesión surgió de una conversación con Henry, en la cual June reconoció mi agudeza con respecto a Henry, el *mayor alcance* de mi comprensión. Analicé la falta de conocimiento que tiene de sí mismo (además de su falta de comprensión del mundo). Utilicé uno de los temas fundamentales de Allendy con una claridad, énfasis e incluso perfección de lenguaje, que yo misma me quedé sorprendida. Henry dijo: «Ahora me estás diciendo algo». June sabía que le estaba diciendo todo. Aplaudió, enardecida de entusiasmo. Sufrí mucho cuando Allendy le dijo a Hugh —de una manera más efectiva— *todo* lo que yo, torpemente, *le había dicho*, despertando en él comprensiones que, en mi ignorancia, me había esforzado por despertar, viendo que Allendy clarificaba todo aquello que yo había tratado de hacer ver a Hugo desde mi torpeza: su dedicación exagerada al banco, el manejo masoquista del dinero propio, su temor femenino a los matones, su sumisión y coquetería con los hombres, la forzada dureza con su departamento, su vaguedad, su falta de apego por la vida mental y espiritual, su desentendimiento de mi trabajo. De modo que, en este momento, cuando hacía de Allendy con Henry —es decir, era más clara, más fuerte, más sabia y más efectiva—, me volví varias veces para mirar a June y comprobé su alegría porque se daba cuenta de que yo estaba repitiendo casi todo lo que ella había querido decir. Henry estaba tocado, afectado, porque apunté a su ego, a la sobreafirmación de sí mismo en sus libros, a su falta de criterio, que hace que viva siempre guiado por su reacción *contra* la actitud de otra persona, nunca guiado por una profunda convicción propia. Y vive negativamente, dije, y siempre se supervalora o se desprecia. Y dije más: el autoconocimiento está en la raíz del entendimiento y la sabiduría. Ataqué todo: su dependencia de la crítica y la opinión de los demás (observada conmigo); su necesidad de estar rodeado de grandes inteligencias (para medirse siempre no desde dentro sino frente a algo); su necesidad de mucha experiencia, mucho estímulo, muchas conversaciones, para eludir el combate con el significado (Keyserling, Proust).

Luego June y yo nos quedamos solas. Me dijo que había estado maravillosa, espléndida, que era la primera vez que alguien le hablaba a Henry acertadamente, sin ponerlo demasiado alto ni demasiado bajo. También conseguí cosas maravillosas de ella, todos los fragmentos de nuestras conversaciones y nuestros cortos encuentros fundidos en un monólogo que siempre había soñado que June alcanzara, una June que ya no habló histéricamente o meramente desbordada, sino tranquila, flexible, consciente, clara y sabiamente.

[7] El original dice *aximite*. Supongo que querrá decir *axinite*, «axinita» en castellano, mineral compuesto de sílice, ácido bórico, calcio, hierro y otras sustancias, que se presenta en grandes cristales. *(N. del T.)*

Curiosamente, sentada en la cama de Henry, escuchando reiterativamente lo que June era, en qué se había convertido, todo el daño que Henry le había hecho y aquella especie de testamento que me hacía, lo que me desconcertó fue que me dijera lo que tenía y lo que no tenía que hacer por Henry. Abdicaba, ¿por qué? Una rendición sin causa aparente. Pero todo esto se basaba en el conocimiento de un Henry muerto.

Mezcló observaciones pérfidas con otras generosas —siempre esforzándose en destruir al hombre y al artista, tanto para mí como para ella—. Es su deseo de protegerme lo que le hace decir: «Esta noche te has mostrado más fuerte que Henry. No dejes que destruya tu alma y tu obra. Recuerda que tu obra está en primer lugar». ¿Es un pacto entre mujeres o envidia de mi *fe*? ¿O ambas cosas? ¿Por qué, mientras mi intelecto desconfía de las distorsiones de su mente, mis sentimientos creen en sus sentimientos? Me parece que June y yo, durante esta noche de la que nunca podré escribir todo, hemos intercambiado la comprensión más generosa que tenemos de la otra. Me pareció que lo que June había conseguido era la eliminación de la envidia primitiva, que la suprema prueba de su comprensión sería permitir que Henry me amara y yo lo amara.

Cuando, tensas, haciendo una pausa, reflexionamos, ya amanecía. June se metió vestida en la cama. Empezó a besarme, diciendo: «Qué pequeña eres, qué pequeña eres. Quisiera ser como tú. ¿Por qué soy tan torpe, tan desgarbada? Podría partirte en dos». Nos besamos apasionadamente. Adapté mi cuerpo a cada curva de su cuerpo, como si me fundiera con ella. Gimió. Su abrazo me rodeó con una multitud de brazos; el mío fue una rendición embriagadora. Me perdí. Perdí la conciencia en este lecho de carne. Nuestras piernas estaban desnudas y entrelazadas. Rodamos y nos empujamos unidas. Yo, debajo de June, y June, debajo de mí. Me llovieron sus besos de mariposa y los míos la mordieron.

June Miller

—En este momento eres bella —me dijo.

—Déjame ver tu cuerpo, déjame besar tu cuerpo —le pedí.

Vagamente, sentí que todo se detenía. June dijo la frase equivocada.

—Todavía no, no es suficientemente bello... las mujeres son tan criticonas.

Me quedé aturdida. «Las mujeres son tan criticonas...», *en este momento*, ¿por qué esta observación tan consciente cuando estamos tan voluptuosamente entregadas la una a la otra? Conciencia. Me desperté.

Y pedí excusas.

—He perdido la cabeza. Estaba borracha, June.

June me miró.

—No te preocupes; me hubiera gustado ser yo la borracha. Es maravilloso... perder la cabeza —parecía triste, apesadumbrada—. Me hubiera gustado que nos hubiéramos emborrachado antes. Soy torpe, Anaïs, asustadiza —se echó sobre mí—. Además, quiero tenerte para mí sola. No quiero compartirte. Vámonos juntas, donde haya mucha nieve, ¿quieres...?

Su voz se hizo arrastrada. Y me besó violentamente, pero yo ya estaba tranquila, calmada, alerta. Se tranquilizó ella también y me acarició los cabellos.

—Debería estrangularte.

Yo estaba completamente sometida, inocente, de una manera que creí que ella no compartía. Sentí dos corrientes en ella, una ausencia parcial del momento en medio de su conciencia. Algún pensamiento la turbaba.

Mientras desayunábamos juntas, June admitió su eterna inseguridad, cuya falta en mí envidiaba. Admitió que era consciente de cada palabra que pronunció la noche de su borrachera, de cada palabra pronunciada en su fantasía o exaltación. Siempre. Volvimos a la habitación, nos echamos en la cama y empezó a sacarme confidencias. ¿Amaba yo a Allendy? Al instante me puse en guardia. Cuando me di cuenta de que su instinto le hacía ver que no amaba a Allendy del todo, decidí lanzarme a una verdad a medias, porque sabía que mi voz, mi tono y la expresión de mi cara serían así más convincentes. Describí la clase de amor que sentía por Henry, pero deformando completamente todos los hechos referidos a Henry. Para guiarme; me referí a John, un escritor que vivía en Nueva York y era muy conocido. Esa era la razón, confesé, por la que había querido irme a Nueva York con June. Los hechos eran falsos, pero sabía que si pensaba en Henry, mi cara, mi voz y mis ojos mostrarían suficiente pasión y veracidad para convencer a June, en contraste con la falta de pasión que había mostrado cuando hablé de Allendy, porque cuando digo que amo a Allendy es casi igual que cuando digo que amo a Hugo. Es como la aceptación de una necesidad ideal, no el desbordamiento de un claro instinto. Y June podía distinguir demasiado bien. June guardó silencio. Para darle la mayor naturalidad a mi confesión, le pedí consejo: ¿Debía renunciar a todo por este amor, como ella había hecho por Henry? Le dije que a menudo comparaba mi amor con el de ella por Henry, que quería imitarla corriendo los mayores riesgos por mi única y mayor fe. Como me atenía a la imagen de Henry y lo que decía era sólo una pantalla, podía hablar, preguntar y pedir consejos con naturalidad, para que June hiciera el papel de árbitro.

Al salir, me acompañó hasta la escalera y nos volvimos a besar. Olvidé su brazalete.

Cuando Henry se despertó tarde aquella mañana, June le dijo: «Lo sé todo. Sé que amas a Anaïs y que Anaïs te ama. Pero ¿por qué hiciste esa comedia conmigo?». Henry lo negó una y otra vez.

June se fue de Clichy aquel mismo día. Henry se vino corriendo a Louveciennes. Yo dormía y la casa estaba a oscuras. Creyó que yo había salido. Tuvo toda la tarde para decidir a solas si iba en busca de June. Se fue a dormir. Se ha pasado aquí un día y dos noches. Extrañas horas. Dos veces lloró recordando el pasado, pero fuimos felices estando juntos. Nos hundimos en el trabajo, dos

brillantes conversaciones sobre su obra, Spengler y el psicoanálisis. A la mañana siguiente, se despertó cantando. Sentimos de nuevo aquel instante del matrimonio que convierte la separación en una experiencia penosa. El regreso de Hugo rompió un clímax delirante de diálogo y fusión.

June dijo que «había provocado el acto de lesbianismo» simplemente para descubrir lo que quería, pero que la puse enferma con mis mentiras. Yo dije que intenté «provocar el acto de lesbianismo» para saber si June amaba a Henry. Pero si nuestro amor por Henry había sido el propósito final de todas nuestras conversaciones, nuestros sentimientos hacia la otra evitaron un duelo que, en otras dos mujeres, podría haber acabado en muerte. No nos matamos, ni individualmente ni en Henry. Ni June ni yo luchamos para borrar a la otra del ser de Henry. June poseía ocho años de experiencia de Henry y yo poseía al Henry que trabaja apoyándose en la experiencia. Reconocimos la necesidad histórica de la otra, aceptando el destino.

Lo que ahora me pregunto es quién de las dos ha puesto el máximo o el mínimo de *sentimiento* en su papel. En un momento de aquella noche, June pareció envidiar mi plenitud y estar enfadada por su conciencia despierta, pero en otros momentos (cuando lloraba mientras caminábamos sobre las hojas muertas) era ella quien estaba conmovida y yo la consciente y sin emociones. Tenemos ambas los momentos fríos de Henry, cuando probablemente él siente más afecto por su trabajo que por June o por mí. Yo tuve los míos cuando arrojé las violetas de June y cuando besaba a Allendy para romper el yugo de la importancia primaria de Henry sobre mí, un esfuerzo de desafío e independencia de alguna manera paralelo al de los dos años de June con su amante en Nueva York.

Relatividad. Henry ve la escena de mi charla con él en presencia de June como el esfuerzo final, aunque inconsciente e instintivo, para acabar con la situación, para librarme de June, para definir y revelar mi victoria. Dice que mostré la alegría y la energía irreprimibles de quien es consciente de su *victoria* y que June debió de verlo claramente. Sin necesidad de aquella escena, ya había demostrado mi comprensión de Henry, mi devoción por él, mis consejos para interferir en su vida, desplazando simultáneamente a June en un plano de «influencia», una demostración que debió de influir en que ella se diera cuenta poco a poco del lazo existente entre Henry yo, *a pesar* de *nuestro* pacto, de nuestra admiración (entre June y yo), de mi preocupación por ella, de nuestras confidencias. Y, a pesar de la confianza de June en ambos, en Henry y en mí, su intuición se hizo más clara y definida y cristalizó aquella mañana. Si hubo algún sentimiento que me hiciera creer que June iba a renunciar absolutamente a Henry en lugar de luchar por conservarlo, es algo que nunca sabré. O si en todo esto nuestros sentimientos recíprocos eran meramente una extensión de nuestro tremendo amor por Henry. Amo a June porque ha sido una parte de Henry. NO. Nos amamos como dos mujeres que saben reconocer el valor de la otra. *Hay* semejanzas entre nosotras.

La honda alegría que sentí por tener a Henry para mí sola no fue en realidad una alegría de victoria, porque vi *en Henry* la evolución que me lo había traído, sus nuevas necesidades. Pero June, June no *se da cuenta* de la impersonalidad de esto. June no se sitúa *por encima* de esto. Temo que se considere ofendida, engañada. Cree que mi amor por ella ha sido sólo una comedia traicionera, que me he ganado a Henry con mi inteligencia y no con mi amor. Lo que me hiere es su rechazo de este *sino*. Cuando Henry vino el otro día, encontró *mi* carta de amor a June

mezclada con los regalos que le hice: anillo, pendientes y brazalete; detrás había escrito June: «Por favor, divórciate inmediatamente». Y la última mañana, le había dicho a Henry: «No me dejé engañar por la carta de Anaïs ». Y «provoqué un acto de lesbianismo».

Cuando Henry y yo acostumbrábamos a imaginar lo que sucedería cuando regresara June, nunca imaginamos *esto*.

Me gustaría que June *supiera*.

Pero el deseo de June de ver como derrota, como ofensa, un acontecimiento tan radicalmente inevitable y tan profundamente enraizado es como el deseo de Henry de imaginarse una June infinitamente cruel: masoquismo, el latente *deseo de sufrir*, de ser humillado; la obsesión por la herida que uno *teme* más, que en June es la crueldad y el abandono. Este miedo, hondo y terrible, *se materializa ahora en su deseo*. Ha conseguido probablemente la mayor de sus autolaceraciones, mientras que yo consigo la *mayor victoria sobre el temor a mí misma*. Ahora estoy más allá de ese miedo, preocupada por ella, deseosa de ella, cuyos tormentos son como fantasmas míos. Mi pequeña June, no te lo creas; imaginas odio y crueldad donde sólo hay destino. Te castigas a ti misma, te castigas a ti misma por haber amado también a tu padre. Te castigas a ti misma cuando destruyes el amor que más necesitas.

26 de noviembre de 1932

Henry, amor mío, amor mío, Henry, me he esforzado y luchado para ser digna de ti, para ser mujer, para ser fuerte, para no tener miedo. Henry, mi amor, mi amor, merezco la honda alegría que siento esta noche. Te he amado *contra* el miedo y sin esperar alegría; me he arriesgado a la mayor herida, a la rivalidad más peligrosa. No fue por valor, sino por amor, amor. Te amé tanto que arriesgué perderte. No miré al mañana —no tenía fe en la victoria—, ningún deseo de victoria, a pesar de la desgarradora necesidad de ella. *¡Pedía tan poco y he dado demasiado!*

Hablo con Henry de todo esto y le sugiero que escribamos una carta a June, pero dice que esto es precisamente lo que ella no entenderá, y ahora me doy cuenta de que si lo entendiera un solo instante, no lo relacionaría con su vida durante más de un minuto. No hay ninguna clase de conexión entre su modo de ver las cosas y su vida. Si la hubiera, no me habría repudiado como a una embaucadora.

Juntos, vemos ahora el contraste: June y su gran vitalidad física, poco *absorbente*, de modo que la tragedia no la *mata*; y yo, toda vitalidad mental, de modo que puedo mantener una respuesta a la actividad creativa de Henry.

Lo curioso es la muerte de la vitalidad sexual de June. Henry me revela un descubrimiento sorprendente: su creencia en que June *simulaba* estar excitada, como una puta. A la vez, era ella quien lo buscaba, probablemente como prueba de amor, o esperando probarse que aún estaba viva.

Esto corrobora las propias palabras de June: «Estoy sexualmente muerta». Pero no es Henry, como ella dice, quien la ha matado. ¿Fue ella siempre verdaderamente *frígida* (como sospecha Allendy) o se mató por exceso o masturbación? Es curioso que la idea del onanismo de June me venga de pronto a la cabeza.

Lo *maléfico* de June aparece ahora con claridad: «Si estoy sexualmente muerta, debo *matar* también la sexualidad de Henry. Voy a hacer que crea que está perdiendo su virilidad (¡el golpe mortal!)». Afortunadamente, la virilidad de Henry vive vigorosamente conmigo. ¡Y él lo sabe!

Otro acto maléfico: June le da a Henry mi carta de amor, pensando que con ella destruirá la fe de Henry en mí, pero ignora que Henry me conoce demasiado bien, sabe lo que motivó esa carta, y sabe también que esa carta era una prueba de mi amor protector hacia June y que ella debió de agradecerla y creer en ella.

Entretanto, junto con el desenredo de la perversión de June, nuestra vida sigue su curso. Cuando llego a Clichy, Henry está trabajando en una síntesis magnífica, *Forma y lenguaje*, y leo las páginas a medida que las saca de la máquina de escribir. Hablamos incansablemente de su trabajo, siempre de la misma manera, Henry, fluido, efusivo, desbordante, disperso, y yo, tejiendo tenazmente. Termina por reírse de mi tenacidad.

Henry no entiende la intensidad con que, siendo una niña de once años, lamenté la brillante vida que había perdido con la marcha de mi Padre. ¿Cómo pude darme cuenta del valor de esta vida? ¿Cómo pude aferrarme a ella tan obstinadamente (páginas de añoranza y pesadumbre en los primeros diarios)?

La conciencia de un niño se basa en la intuición, no en los hechos; nunca vi a mi Padre vivir y conversar intelectualmente, brillantemente, ni nunca escuché las vigorosas blasfemias y obscenidades de las que Madre* se quejaría después; pero era suficiente captar un atisbo del rostro de Padre cuando pasaba a mi lado para salir de casa o dirigirse a la sala, aquella cara despierta, alerta y vital; era suficiente con oler el aroma de los libros que cubrían la pared, haber oído de lejos los ecos de las charlas animadas y de la música, suficiente para crear una atmósfera que, a partir de entonces, he soñado y deseado recuperar, una atmósfera de *rigurosidad*, de sustancialidad (mental, intelectual y artística), perdida con mi madre y mi hermano en la espiritualmente árida escena americana, perdida en mi matrimonio en tono menor, buscada en mi combate con John (la voz exterior y la *apariencia* de plenitud), encontrada con Henry, en Clichy.

El incesto estaba allí, acentuado por la convergencia del intelecto, del arte; y una vez los «profundos tesoros de la reflexión» (páginas sobre June) absorbieron todo esto, la hondura de la impresión creó esa perdurabilidad, de la misma manera que soy incapaz de desprenderme de la breve relación entre June y yo (llena de perdurables significados para mí y sólo de una efímera impresión sensual para ella). Su devolución de mis regalos fue como rechazar un abrigo, con una mordacidad en el gesto que corresponde a la impresionabilidad, no al espacio o a la hondura que inevitablemente se relacionan con la raíz. La necesidad que no se entierra en el suelo desaparece, no echa raíces. Por eso June está desarraigada, es puro movimiento, no penetración; y es por eso por lo que el *todo* no se eleva como un edificio con cimientos profundos, sino que arde como un fuego de artificio, y lo que cae al suelo son cenizas, las cenizas de su ser sexual, de sus emociones, de sus amores.

El estado diario y continuo de respuesta a la vida de Henry —su actividad sexual—, que una vez creí que fuera negativo para la creatividad, ahora creo que es un rasgo que lo diferencia de Proust, Joyce y Lawrence, si es que puede ponerse al día consigo mismo y completa tanto el recuerdo del pasado (June) como la continuidad del presente, como hago yo en menor escala en mi diario.

Es echada en el sofá con Henry, escuchando los acordes de la guitarra, cuando experimento emocionalmente la sensación de que mi amor por Hugh ha terminado, y no por el cúmulo de

meditaciones sobre sus cartas amarillentas o por su arrugada manga de la chaqueta. Es al cocinar en Clichy cuando me doy cuenta del significado de mi infancia, y no cuando leo el prefacio de Freud al diario de una jovencita. Esta abdicación de la vida, exigida al artista, debe lograrse sólo relativamente. Casi todos los artistas se han *retirado* demasiado absolutamente; se vuelven herrumbrosos, inflexibles al fluir de las corrientes (como Allendy que nunca, al contrario que Henry, se deja *lavar de arriba abajo).*

27 de noviembre de 1932

Anoche, Henry y yo nos casamos. Quiero decir con ello una ceremonia particular que une a dos personas hasta que se divorcian. He permitido que lea casi todo mi diario (incluso la mitad referida a los besos, etc., de June). Fue un terremoto para los dos. Mostró la más amable y afectuosa tolerancia, me *exoneró* de todo, pero condenó a June. Está seguro de que June *me engañó*. Que aunque fuera verdad que se excitaba sexualmente (sentía su humedad en mis piernas), se atenía *por entero* a su papel: averiguar algo de la traición de Henry.

Joaquín Nin, padre de Anaïs Nin,
aproximadamente en 1908, pocos años antes de abandonar
a su esposa, a Anaïs y a los hijos pequeños

Henry se enfureció pensando en el sufrimiento inútil que había soportado y al ver que la *verdad* (aunque siga siendo un misterio) era un profundo *alivio* para sus años de ceguera. Horrorizado, vio

claramente que toda la experiencia que June le había proporcionado no se la había *dado* realmente, en sentido estricto, porque con las mentiras *de ella* lo había *estafado* en su conocimiento. Henry estaba aturdido, desesperado, *bafoué*, *cocu*, en un laberinto de deformaciones, perdido como hombre y como artista; y ayer, *una mujer se le entregó lealmente por primera vez*. Eso era el matrimonio. Un hombre que da a una mujer su fuerza y su visión, y una mujer que da a un hombre su fuerza y su visión.

En aquel momento, Henry *me conmovió tan profundamente*, me llegó tan a lo hondo de mi ser, que todas mis entregas anteriores me parecieron mezquinas; y esa noche, en sus brazos, casi lloro por aquella *absoluta aniquilación de mí misma*, esta absoluta disolución de mí dentro de él.

Tan preocupada por amarlo, no advertí su escasa respuesta. Más tarde, se me ocurrió pensar en su tranquilidad, pero no porque dudara de su amor —simplemente porque comprobaba serena y tristemente que era tardo en su expresión inmediata (instintivamente doy por sentado que me ama), que había agotado en June la riqueza del amor fogoso, que el pasado, amargo, odioso, monstruoso, todavía lo ocupaba con mayor vehemencia que su vida presente (la explosión de amargura por la actitud de June era más poderosa que sus celos de Allendy) —. Fui tan lejos en mi extraño talante desinteresado que llegué a pensar en lo buena que podía ser esta explosión de rencor para renovar su interés por su novela ¡y como acicate para escribir sobre este pasado!

Fue una sorpresa volver con Henry para encontrarlo preocupado por la desproporción en las emociones de la pasada noche, y yo tratando de tranquilizarlo. Sí, conocía su lentitud, conocía su falta de expresividad, y sabía que estaba aturdido por las revelaciones de mi diario (que termina por despejar todas sus dudas acerca de June). Pero cuando dice que me encuentra tan maravillosa para conversar que casi se olvida de follarme, siento con resignación una extraña punzada —la aceptación de que mi mente eclipsa a la mujer y sitúa la pasión en segundo término—. Inmediatamente, los aspectos del amor más profundo de Henry —preocupación, protección, adoración— siguen a este aserto, y me inclino ante la fatalidad. Tengo lágrimas en los ojos.

Henry habla de la profunda serenidad que siente conmigo y que tanto anhelaba y necesitaba. Le digo que todas las mujeres son fundamentalmente putas y quieren ser tratadas como tales. «¡También puedes meter un poco de adoración!»

Esto le hace reír. Antes me había dicho: «Eres una gran mujer y temo que tendré que adorarte».

Ninguna derrota. Ningún dolor suicida. Únicamente la tristeza de saber, entender y aceptar. *Les feux d'artífice ne sont pas pour moi*, por más que, como una niña, me fascina todo lo que brilla. ¡A June se le ha dado todo lo que brilla y a mí el alma de los hombres, y ambas nos sentimos defraudadas!

Pero ahora soy tan vieja que, en lugar de rebeldía, hay en mí una especie de resignación irónica, seria e impersonal. Vuelvo a reír: «No voy a hacerte una escena de June y obligarte a que me contestes, ¿me amas?, ¿cuánto me amas?, y sacarte o exprimirte una de tus afirmaciones y demostraciones extravagantes. Todavía no te pido nada. Tengo lo que quiero».

Bromas. Y pocos minutos después, Henry se siente molesto porque está preocupado por mí, por mi vida y por mi relación con Hugh, por mi prisión. Paseamos juntos y estamos de un humor sombrío, y dice que somos un par de niños abandonados, que aborrece la idea de entregarme esta noche a Hugh. Hay algo trágico y de derrota en nosotros dos ante las curiosas injusticias y

dislocaciones de la vida. Todo este acopio de amor, entregado a la cara y al cuerpo de June, cuando debieron entregarse a la cara y al cuerpo de mis sentimientos, de mi mente, de mi amor, de mi ser. Pero no es un nuevo amor lo que echa raíces en Henry por estas cosas mías, ¿por qué buscar la repetición, la semejanza y no una nueva experiencia? (¿Qué diría Allendy si escuchara esto?)

Siempre debe haber uno que da y otro que recibe. June recibió de Henry y dio ajean; Henry recibe de mí; yo recibo de Hugh y doy a Henry... *L'important est d'aimer, d'aimer grandement, profondément, souvent, de se donner...* La contestación, la respuesta, es únicamente la alegría humana —la desproporción es sólo la prueba divina de la veracidad del amor de uno... *donner sans compter et sans mesurer*—. Henry me enseñó a amar. ¡Dios, pero qué mujer tan afortunada soy!

Y Allendy. Yo recibo de Allendy. Y Eduardo recibió de mí. La reciprocidad es el equilibrio: el equilibrio es inhumano. El reconocimiento de las discrepancias, de las paradojas y de las injusticias es lo que me envejece. Envejecí tanto anoche que hoy estoy cansada. Me siento débil y rota. Cuando dejo de correr y de desangrarme, me siento en la montaña de mis diarios, otro desbordamiento del mismo amor maldito.

¿Qué me ha hecho June para que ahora la odie? Es una de las que *exigen* en voz tan alta que todo el mundo ensordece y se ciega. En lugar de eso, escribo silenciosamente — ¡quizá otra manera de exigir!—. El mundo entero llorará y me amará cuando vea que mis olímpicas renuncias de amor me han servido para ocultar un gran fracaso humano.

¡Siempre la seriedad excesiva! El menor pretexto para hundirme en la tragedia. Pero sé por qué. El pretexto es inconsecuente, pero el ansia de tragedia es una necesidad profunda. Es el descenso a las minas de carbón, la exploración. Me dejo ahogar meramente para alcanzar la Atlántida. Vieja costumbre. Mi plomada. Mi bola y cadena. Mi brújula. Mi barómetro.

Me da risa.

Henry está asustado por haberse liberado de June, de una vida sin su dolor acostumbrado. No termina de creérselo.

Ahora me río de mi *miedo* al análisis. La posesión de *conocimientos* mata en la mayoría de la gente el sentido de lo maravilloso, pero tal *sentido* de lo maravilloso y lo misterioso es como el temor del salvaje al *fuego*, hasta que descubre sus principios y el modo de dominarlo. Estoy convencida de que, después de saber todo lo que hay que saber, sigue habiendo misterios y maravillas de un orden más profundo. Por ejemplo: la idea monstruosa de Henry sobre el lesbianismo de June. *Déroute de l'imagination*. Lo físico y limitado, cualidad de lo que él imaginaba; la chupada y los gestos, como los de follar. Descubre al leer mi diario que sin la chupada y los gestos existe en él *un mundo suspendido de sensaciones* que no acaban de culminar, que es más misterioso y profundo que el que suponía que existía entre June y Jean, y entre June y yo.

Por la noche. Hablamos. Me doy cuenta de que Henry está perdido en un laberinto de ideas, que se siente inseguro y ha terminado por paralizarse, exactamente igual que yo cuando pensaba demasiado. Veo que mi instinto es acertado, verdadero, y que ahora *me toca* a mí restaurar el movimiento y la vida. Así que me echo a reír y seguimos sin parar explicándolo todo.

Henry dice algo que revela su *sensibilidad*: cree que imagino que ha existido una conexión sexual tan poderosa entre él y June que yo no puedo darme cuenta de que, en un sentido, era incluso más fuerte (o más *continuada*, como la calificó una vez durante nuestra semana de verano) que conmigo. Dice que nunca había conocido a una mujer cuya conversación durante horas le complaciera tanto, que temía que yo tomara esto como un insulto a la *mujer* y que era consciente de esto. Qué intuitivo ha sido Henry al percibir mi miedo más oculto, un miedo, sin embargo, que ya había desaparecido. Me sorprendió ver a Henry pensativo e inseguro. Rechacé sus caricias, pero vio que estaba dispuesta a la risa.

Lo que me sorprende es esto: Según Allendy, el miedo de una persona crea en la otra un cierto psiquismo equivalente. Sin embargo, estoy plenamente convencida de que he sido absolutamente natural, es decir, que he gozado con nuestras charlas y no me he sentido ignorada como mujer. De hecho, he salido de ellas completamente satisfecha. Pero quizá Henry es consciente de mi susceptibilidad básica —de modo general— a ser apreciada más por mi inteligencia y talento y como artista, que como *animal.* Pero todo esto es algo ya pasado, una vieja historia. Y el último eco de una duda.

Cuánta lucha para *renacer* y no tropezar de nuevo con el *mismo obstáculo*.

La victoria siempre es triste. Siempre revela la deformidad de la imaginación, que crea un fantasma con el perverso propósito de *atemorizarse*. Una vez destruido el fantasma, lo que queda es un montón de cartones, unas plumas de pollo, *colle fer*, calabazas agrietadas, sábanas y cadenas.

Más páginas añadidas al diario, pero páginas como los pasos que un preso da arriba y abajo en los dos metros de espacio que le han concedido.

Creo que Henry es quien busca ahora lo que más teme —la crueldad, el abandono, mi engaño—. En el momento en que me ve más entregada, siente el afán diabólico de crear un distanciamiento. Creo que estoy bien y que hago todos los actos normales del amor confiado, rechazo las dudas y me niego a creer que Henry desea que yo actúe como June. Pero cuánto riesgo hay en su ambivalencia. ¡Y sobre todo porque mi propia fe es *nueva* y delicada!

Sueño: Soy Henry. Toco mis ojos y siento su pequeñez, el tacto exacto de ellos (tal como los he sentido cuando los he besado). Sigo los perfiles del rostro de Henry con mis manos—los rasgos de gnomo e incluso la edad—. Soy Henry, y sé que alguien, como en una travesura, quiere arrojarme al mar. Ya me habían tirado antes. Yo digo: «Oye, no me empujes. Estoy cansada. Quizá no vuelva a salir la próxima vez». Y siento una terrible tristeza.

Asociación: La inmensa lástima que el otro día sentí al ver tanto cansancio en Henry, que me desarmó. El violento deseo de tenerlo ayer aquí, para protegerlo y amarlo. El darme cuenta de que vuelvo a ser demasiado posesiva, que, tan pronto como me dejo ir, quiero vivir muy cerca de

Henry, envolverlo, servirle. Miedo a esto. Identificación total con Henry. Es parte de mi propio ser. Sufro porque sufre.

Sueño: Estoy en un gran hospital. A Joaquín lo están operando. Quiero ver al doctor. Llego a la puerta por una ruta aérea, como un funicular suspendido en una montaña (es la segunda vez que sueño con ascensores colgados de cables). Me dicen que el doctor sólo puede verme a las siete y que incluso a las siete hay mucha gente que espera delante de mí. Estoy profundamente disgustada. Veo una lista de médicos. Veo los nombres, pero no puedo recordarlos. Veo un nombre que empieza por *H* y dos enes. Digo: «No, éste es demasiado caro». Encuentro chinches en la cama. La clínica es como el hotel en la costa de Mallorca.

Asociación: Ninguna, excepto que haya temido la pérdida de Allendy, que se pondrá furioso cuando sepa que amo a Henry.

Escribo mientras me visto, me baño, etc., y al mismo tiempo estoy leyendo *Le problème de la destinée* de Allendy, un libro estupendo.

La última palabra sobre Hugh: Es el hombre que lo *entiende todo*, pero pasivamente. Henry es esencialmente activo. Hay una diferencia entre entendimiento y *respuesta*. Busco la respuesta y la resistencia. Los ataques de Henry al psicoanálisis me dan más fuerza para defenderlo, y esta noche, gracias a Henry, empiezo mi libro sobre el artista y el psicoanálisis. Quiero ser la psicoanalista de los artistas.

Anoche, gracias a L. V., el esquema de mi libro lírico ha cristalizado. Muerte. Desintegración. Perversión. Las profecías de Spengler desenmarañadas: lesbianismo, June (temas secundarios en relación con las mentiras, el aborto, el primitivismo y el psiquismo de June), incesto (el de los De Vilmorin), Eduardo, la homosexualidad y la parálisis, mi muerte, holocausto. Un libro completamente neurótico, con todos los síntomas, fenómenos, descripciones de actitudes, sueños, locuras, fobias, manías y alucinaciones. Cuadro de desintegración, *más descarado* que el tratamiento de la homosexualidad por Lawrence, que el tratamiento del lesbianismo por Radclyffe Hall, porque de esta idea mía, que es reflejo de la actitud de Jung frente a Freud (si pudiéramos entender el significado del símbolo sexual tendríamos la clave de muchísimos embarazos y abortos, fecundaciones e impotencias) *a partir de* la raíz sexual, el mundo imaginario, así, por ejemplo, el incesto no significa tan sólo la posesión de la madre o de la hermana —útero de la mujer— sino también de la Iglesia, de la Tierra, de la Naturaleza. El hecho sexual es sólo el plomo que mantiene la red hundida. El *drama* tiene lugar en el espacio. El gesto es sólo un símbolo de amplísimo significado (incluso se puede encontrar el sabor de la muerte en la cópula). Todas las neurosis —amplificados los miedos de Eduardo, los míos (hacer el amor a mitad de la noche, medio dormida, es mi placer supremo), ¡los de Henry, los de June!—. Exagerar todas las tonterías de cada uno (el miedo de June al metro, la sordera de Louise, mi ceguera). Personaje en un Gran Guiñol de drogadictos —*délire de persécution*, complejo de inferioridad, tema de los Johns recurrentes (mujer en Suiza), odio, guerra de sexos—. Un gran libro.

¡Y liberación! Henry como figura rabelaisiana, un gigante. Allendy el salvador, destino, proyección, imagen, mi lucha por la vida. La escena del vómito. Hacer el amor como mejor medicina. Pero no absolutamente. Natasha*. La languidez de Louise.

¿Qué significa todo esto? Ayer, a las cinco, estaba ocupada ayudando a Emilia a preparar la comida con los De Vilmorin. Al mismo tiempo, peinaba mi cabello, me vestía, etc. Delante del espejo del cuarto de baño, sentí de pronto una tremenda *ansiedad* por Henry. Necesitaba desesperadamente que viniera a Louveciennes, llevarlo al estudio del sótano y pedirle que trabajara allí. Incluso pensé en salir corriendo hacia París, en un taxi, buscarlo y traérmelo. Disponía exactamente de una hora. Era imposible. Así que le envié un telegrama por teléfono: «Telefonéame antes de las seis o, si no, mañana».

Pero Henry había salido y no recibió mi telegrama. Pero a las siete me telefoneó porque sentía la misma *ansiedad* por mí.

Hoy he tenido que verlo (cuando me telefoneó fijamos una cita apresurada) para que descubriéramos que los dos estamos perfectamente bien, ambos escribiendo. Le sugerí que ayer, a la misma hora, June debió de manifestar su gran odio o tramaba una venganza. Henry y yo *estuvimos* en peligro. Pero Henry se rió de mi ocultismo.

¿Es meramente nuestra costumbre de imaginar peligros, de sentirlos, de atraerlos hacia nosotros, como habría dicho Allendy?

Je suis affreusement inquiète.

Me repito una y otra vez: El conocimiento y la inteligencia no son peligrosos si una tiene suficiente emotividad y suficiente sexualidad para mantenerse en movimiento. Se matan quienes son débiles emocional y sexualmente (como Eduardo). Henry no puede soportar la ceguera; su sangre es demasiado espesa. A mí me ocurre lo mismo.

En résumé. Soy la mujer que da ilusión y recibe a cambio la imaginación del hombre. Situación que una puta envidiaría. *Si me sintiera bien conmigo misma*, como me ocurre cada vez y día tras día, debiera sentirme altamente satisfecha, porque nadie puede reinar en dos reinos al mismo tiempo y la puta reina en la realidad: ella da realidad. La mujer que soy recibe una amplia adoración, y fue únicamente mi falta de fe (el constante énfasis puesto en mi valor), fue únicamente mi duda, las que provocaron mi necesidad de demostraciones anormales, la necesidad de obscenidad y violencia para *destruir* el elemento mítico excesivamente poderoso. Es como cuando June decía que la primera noche necesitaba destruir la actitud adorante de Henry, ¡y se le ocurrió levantarse la falda!

Veo el persistente aspecto mítico, y veo en los hombres la última y eterna adoración de la ilusión. ¡Cómo se sentiría herido Henry si me viera sentada en cuclillas sobre el bidé, si me cogiera el «coño» con las manos como si fuera un ramo de flores! La sabiduría consiste en dar a cada ser humano lo que quiere y en hacer el propio papel con elegancia, sin arrepentirse, porque una sólo puede realizar su propio karma y yo, probablemente, ¡no sabría hacer de puta!

Necesito tener éxito al experimentar las dos clases de actitudes que llevo dentro: la introvertida y, ahora, la extrovertida: «la inclinada a la ternura» y «la inclinada a la dureza» (releyendo dos ensayos sobre psicología analítica de Jung). Hay que incluir ambas porque «no podemos dejar permanentemente que una parte de nuestra personalidad se sienta atraída simbióticamente por la otra» (mi dependencia de Henry).

Cuando observo mi manera normal de reaccionar, debiera darme cuenta del engaño de mi propia unicidad. Descubro que es corriente que el paciente atribuya al médico poderes extraordinarios, como los de un mago o un criminal endemoniado, o bien lo ve como la personificación de la bondad, como un salvador.

Tarde placentera con Henry. Ha estado escribiendo sobre putas para superar su ataque de inseguridad. Me pliego a su humor cuando no tiene ganas de hablar, y me voy con él a la cama para tranquilizarlo. Pero me siento agitada y turbada por la imagen que tengo de Henry como hombre sin conciencia sexual. Recuerdo las palabras de Allendy: «No has elegido realmente a un hombre animal, campesino y apegado a la tierra: está teñido de literatura, de intelectualidad».

Bueno, no necesito a un Mellors —estoy demasiado *teñida para eso*—. Necesitaba un igual con quien medirme y, como resultado, sufriré *sus* neurosis, complejo de inferioridad, inseguridad y masoquismo. O, mejor dicho, lo he sufrido y no lo sufriré más porque ya lo *sé* todo. Anoche observé su terror, esperando que June llamara a la puerta, su ansiedad por su ataque de inseguridad, justo cuando yo decía: «Henry puede soportar el conocimiento».

Temo que Henry y yo estemos castigándonos, destruyendo nuestra alegría por haber engañado a June. Anoche soñé con el castigo, es decir, que June regresaba y llamaba a Henry, como la noche en que se emborrachó. El contestó inmediatamente y la besó.

Por otro lado se siente afectado por la manera obsesiva que tenía June de decir «Ha perdido su virilidad». Está lleno de dudas.

Creo que la súbita y superintensiva vida introspectiva de Henry ha dañado su salud y su fluidez.

Esta mañana, por poco doy lugar a una catástrofe. Estaba medio despierta de mi desagradable sueño con Henry y June y, en este estado, creí que era Henry quien estaba a mi lado, no Hugh. Estuve a punto de decir: «Henry, he tenido un sueño terrible». Cuando me desperté del todo, me di cuenta de que murmuraba cosas de mi sueño a Hugh y tuve que arreglármelas para colocar el sueño bajo un enfoque apropiado. Con qué frecuencia, ahora, medio dormida, es a Henry a quien siento a mi lado y no a Hugh.

Ahora lo entiendo: Henry *toujours*, como amante o como amigo, fuente de inquietud, de creación, de dolor y fermentación. Le pertenezco por todas las corrientes que me arrastran fatalmente hacia la tragedia, por más que no seré *derrotada* por mi destino. Hoy mi alegría era profunda y grave, con la resignación de la madurez.

Miré por la ventana del ático las estrellas y los ojos de Allendy que, para mí, son el firmamento.

Y Hugh y yo reímos juntos bulliciosamente. Hugh dice: «Soy divinamente feliz».

Así que ahora estoy en la irónica situación de ayudar a los demás en sus miedos y dudas, ¡yo, que apenas estoy curada! Henry canta y trabaja, fluidamente, y yo agoto mi fuerza recién nacida sobre él. ¿*Quién* es la fuente de mi fortaleza? Allendy. Y esta noche lo necesito. Necesito su fuerza. Es mi padre, mi dios, todo en uno. Todo lo que sé es que, en los momentos lúgubres, lo necesito.

Leyendo a Jung me di cuenta de que mis primeras sensaciones de poder y confianza pueden haber sido, en parte, sólo inflación. Mi fe en Allendy fue tan exaltada que me dio un gran impulso, suficiente para luchar con June, con Henry y conmigo misma, pero esta noche me siento terriblemente cansada y tan nerviosa que me doy cuenta del esfuerzo sobrehumano de voluntad que he tenido que hacer para ser fuerte. Allendy fue prudente al dudar de mi confianza. Tanta voluntad, tanto deseo, no sólo para ser fuerte, sino para dar fuerza a los demás.

Debí permanecer en silencio, retirada, alimentando cuidadosamente mi nuevo yo, no exponiéndolo enseguida a todo tipo de pruebas, al esfuerzo, al trabajo. Demasiada prisa. De pronto, me derrumbo y vuelvo a ser una niña. Allendy, Allendy.

Un sueño que revela mi *actividad*: Me veo en un rancho de animales salvajes. Algunos se refugian en la casa. No los temo. Le abro la puerta a una pantera y es dócil conmigo, amable, como mis propios perros. Los propietarios quieren que les dé una suma de dinero —250.000 dólares— y yo me niego tajantemente porque sé que quieren estafarme. Luego me voy a vender vino. Llevo mi sencillo impermeable y mi sombrero negro. Tomo la decisión de entrar en la imponente mansión de los Vanderbilt. Me recibe el *maître d 'hotel*. Es muy afable y me hace un pedido de sesenta y dos botellas. Anoto su encargo. Llega una mujer que se interesa exageradamente por mí. Empieza a hablarme, a confiarse en mí, me enseña fotografías suyas (recuerdo una, en una pose erótica, con un vestido vaporoso: irreconocible). Nos hacemos amigas y salimos a dar un paseo. Le confieso que, aunque vendo vino, lo que me importa es escribir y le hablo de mi libro.

Asociaciones: La suma de dinero es lo que Hugh acostumbra a mencionar como algo necesario para su jubilación. Habría querido ayudarlo pero, en lugar de eso, le di a Henry el otro día el primer cheque que me han pagado por mi libro [Lawrence], para que lo gastara en las cosas que necesite. En aquel momento recordé, con un sentimiento de culpa, mi antiguo deseo de ayudar a Hugh.

La casa de los Vanderbilt se parecía a la de los De Vilmorin y no me intimidaba, como habría sucedido antes de mi análisis.

Sé que el vino es *Vida*.

No sé interpretar la amistad con la mujer, salvo que me pareció que la otra noche le interesé a Louise V. por mi gran capacidad de trabajo.

Todas estas «crisis» quizá no sean más que un pretexto para ver a Allendy.

Cruce de caminos: Llego a París, rendida al deseo de ir y ver a Henry, también preocupada por la severidad de Allendy al teléfono, porque había deseado que yo fuera débil y fuera a verlo a pesar de mi promesa (esperar hasta que Hugh esté curado) . Indecisión total, cosa rara en mí. Cojo un taxi y doy la dirección de Clichy; luego, cambio de idea y voy a American Express y me entero de que June sigue en París, lo cual me aflige. De nuevo tomo un taxi para ir a Clichy, pero siento que no quiero seguir amando a Henry más *activamente* de lo que él me ama (dándome cuenta de que nadie me amará nunca de esa manera superabundante, superexpresiva, superreflexiva y sobrehumana con que yo acostumbro a amar a la gente), así que esperaré a que me llame. Le digo al taxista que me deje en las Galeries Lafayette y me pongo a buscar un nuevo sombrero y a hacer las compras de Navidad. ¿Orgullo? No lo sé. Una especie de prudente retirada. *Necesito demasiado a la gente*. Por eso sepulto mi defecto gigantesco, mi desbordamiento de amor, bajo trivialidades, como una niña. Me divierto con mi nuevo sombrero.

Ya no se trata de una cuestión de amor. Es una cuestión de pasividad y actividad. Mi actividad hace que los demás sean pasivos. Quiero ver a Henry, y mi acto de quererlo despoja a Henry de su liderazgo *agresivo; y yo elijo ese tipo de hombre*, siempre. El hombre pasivo. La ironía consiste en que Henry es *también sexualmente pasivo*. Hoy tengo muy claro que lo que le aturde es que estuviera acostumbrado a que June «lo montara» siempre (June y las putas), y que yo, que soy completamente latina y *sexualmente pasiva*, nunca llevo la batuta; espero su placer. Y Henry no está acostumbrado a esto, a asumir la responsabilidad de su deseo.

Descubrir esto me produjo una gran conmoción (a lo que hay que añadir sus historias de ser acosado, cortejado por las mujeres, seducido por June). Me sorprende algo tan femenino, casi tanto como en Hugh o Eduardo, y lo que me ha despistado ha sido la gran sensualidad de Henry, pero más me sorprende ahora su énfasis en ser follado, su afán por enseñarme a «atacar», a ser líder.

Todo esto ha producido una gran rebelión en mi *feminidad*. Maldigo mi ceguera. Ahora me doy cuenta de que apenas me he alejado de mi «tipo» de hombre, el hombre débil cuya debilidad me mata. ¡Hice todo para encontrar un líder! Y de nuevo he resultado burlada. Quizá Henry y yo podamos «recomponer» la situación, podamos buscar un compromiso. Si yo pudiera ser más agresiva. Pero la grieta, la fisura, está ahí. Y no voy a aceptarla. No amaré a un hombre débil, de ninguna manera. Esa sensación de ser invencible, a la que estoy tan acostumbrada, ha vuelto a apoderarse de mí de un modo terrible, imponente. Y voy a derrotar al destino. Voy a escapar de esta fatalidad.

Todo el día con la conciencia de la fisura, la fisura en nuestra armonía, las dudas. Dudas. El enorme deseo de escapar. Son verdad todas y cada una de las acusaciones de June a la pasividad de Henry. Pero yo contaba con que Henry volviera a ser un hombre cuando se enfrentara con una mujer de verdad, una hembra realmente *pasiva*. Y está desconcertado, desconcertado por mi sumisión. La había anhelado, pero ahora está desconcertado, perdido. Me siento torturada, porque lo amo, sólo a él, pero debo abandonarlo.

Debo, insolentemente, abandonarlo como amante. No quiero ser el líder. Me niego a ser el líder. Quiero vivir oscura y muellemente en mi feminidad. Quiero un hombre que se eche *encima* de mí, siempre *encima* de mí. Que *su* voluntad, *su* placer, *su* deseo, *su* vida, *su* trabajo, *su* sexualidad sean mi piedra de toque, el mandato, mi punto de apoyo. No me importa trabajar y conservar intelectual y artísticamente mi propia vida, pero como mujer, oh Dios, como mujer quiero ser dominada. No me importa que me digan que vuele con mis propias alas, que no me aproveche de otros, soy capaz de hacer todo *eso*, pero me han de perseguir, follar y poseer por la voluntad de un macho, a *su* tiempo, cuando él lo ordene.

Je suis effroyablement triste.

Y pensar que en cualquier momento yo podría encontrar lo que quiero en un *hombre de mi propia raza*, y que no lo quiero de ellos, porque no puedo someter mi mente a la de ellos. *Cualquier* español me trataría como yo quiero que me traten sexualmente... *C'est stupide*.

7 de diciembre de 1932

Siempre Henry. Ayer, hacia las cuatro, cuando me atormentaba el deseo de ir a Clichy, me telefoneó de un modo frenético, necesitaba verme. ¿Por qué no obedecí a mi instinto?

Ahora lo espero sentada, espero sentada a mi bien amado.

Se estaba volviendo *loco*, soñaba con la muerte, los ruidos lo aterrorizaban, era incapaz de cruzar la calle.

Me cuenta el sueño que ha tenido conmigo: «Estabas en Louveciennes, vestida espléndidamente, como una princesa, y la casa estaba llena de gente. Estabas muy arrogante. Comí mucho y me emborraché. Me sentí muy mal, como si me despreciaras. Vi a Haridas (un

hindú hermoso, a quien Henry conocía) mariposeando a tu alrededor. Luego se me acercó y me dijo: "Henry, todo ha terminado para ti. Te deja y se viene conmigo"». Gran aflicción. Henry me pregunta: « ¿Me engañaste el lunes por la noche? ¿Qué ocurrió el lunes por la noche?».

Y hablamos de todo, de todo lo que había escrito, de mi deseo de abandonarlo. A medio terminar, ya me estaba besando, desabotonando mi vestido. Y nos perdimos el uno en el otro. Y olvidamos todo con el hambre que sentíamos por el otro. Felicidad. Leo el testamento formal que ha escrito y nos reímos. ¡Me deja todo! ¡Tan seguro estaba de que iba a morirse! De rodillas delante de él, acordamos que cuando yo vaya a Londres por Navidad, él vendrá también. Necesita estar cerca de mí. Y necesita unas vacaciones.

Su locura de estos días me conmueve más profundamente que el poder y el equilibrio de Allendy. A pesar de eso, necesito a Allendy.

Sueño: Hugh y yo paseamos por un camino bello y oscuro. Llevo puesto mi camisón negro. Le digo: «Cuando no haya nadie en el camino, me levantaré el camisón para que puedas ver mis muslos al andar». Veo la blancura de mi cuerpo en la noche. Pasa un perro lobo, me muerde la mano y no puedo soltarme. Hugh le corta un trozo de rabo y sólo entonces suelta el perro su mordisco. Seguimos caminando y luego descendemos por unas dunas de arena —maravillosa sensación de deslizamiento etéreo—, arena color naranja, vaporosa. Aterrizamos en un mar seco. El lugar parece yermo, prehistórico. Pero cuando levanto la mirada, veo un bello cielo, todo un horizonte de cúpulas, minaretes y domos dorados. Conduzco a Hugh hacia allí. Vegetación exuberante. Me viene a buscar con una silla de manos Luis XVI que transportan unos hombres. Me presentan a una mujer que me besa amorosamente. Es bella, pero me disgusta. Cuando la miro de cerca, advierto que sus ojos son como los de Paulette, las mismas comisuras de párpados apretados, y me doy cuenta de cuánto me desagrada Paulette.

No estoy segura de quién me acompañaba, porque la sensación de deslizarme, cayendo por las dunas, se parece mucho a la sensación que tengo cuando me derrito y me abandono en los brazos de Henry. El mismo *glissement* naranja cálido entre nosotros. Nunca he sentido con otro la suavidad de Henry; me recuerda un relato de Lawrence.

Mi complacencia con Henry se pierde tan completamente dentro de su suave humedad que todo lo que sé es mujer y pene, como si estuviéramos dentro del seno materno, los dos, nadando y girando en la carne y la humedad, sintiendo la suprema caricia, la sensación que es el clímax de la experiencia única de nacer en el agua, tacto de seda, vibración de orgasmo. Es esa desnudez, esa oscuridad, esa ciega sensación de carne y humedad, que es el *sexo*, desde donde surjo como del más mágico baño. Y no tiene fin, porque durante días sigo viviendo en la percepción carnal; porque durante días la vida no llega a mi cabeza, sólo me toca y me rodea, exactamente igual que él me toca; la vida es continuación de sus caricias. Me deja en la piel, en mi útero, la impronta de su carnal visita, y durante días sólo conozco mis piernas... el mundo vivo, oscuro y húmedo.

7.30. En el salón de Allendy, esperando a Hugh. Ya no sé lo que tengo que hacer. Lo que sí sé es que no quiero perder a Allendy y, por lo tanto, no puedo contarle lo de Henry. Debo decir que he roto con Henry porque, en cuanto estoy en los brazos de Allendy, necesito a Allendy. Y hoy nos hemos besado loca, locamente. Estaba frenético porque me marchara, repetía que tenía que curar a Hugh rápida, rápidamente, para así poder verme, para estar conmigo. A cada momento, durante el resto de la tarde, cuando recordaba su proximidad, sentía vértigo.

Una hora más tarde, me fui de casa de Allendy al trabajo de Henry; mi buen Henry, mi buen Allendy... y yo sintiéndome como un demonio. Un demonio. Henry en el trabajo. Allendy en el trabajo. Mi Henry, muerto de frío en su abrigo de entretiempo. Allendy severo. Allendy, que me ama más que yo a él, ahora menos prudente, impetuoso, que encuentra encantador todo cuanto digo, cuando sé que me comporté como una coqueta. Henry dijo que se separó de mí cantando, y yo también cantaba. Sigo cantando y soy extraordinariamente feliz. Allendy. Rene Allendy.

En el Café Terminus. Ayer me emborraché y vuelvo la mirada a la hora que pasé en la Sorbonne escuchando una conferencia sobre «La metamorfosis de la poesía» (Allendy presentaba al conferenciante) y al gran divorcio que he alcanzado con el mundo intelectual por culpa de mi sensualidad. Cómico. Increíble. Aquella hora de borrachera en brazos de Allendy, en su enormidad, su firmeza y su poder, la embriaguez de sus caricias, su mano en mis piernas, en mis pechos; y lo que permanece más grabado en mi memoria es que no hubo pausa ni interrupción, ninguna vuelta a la realidad. Cuando oí el timbre del siguiente paciente, eché a correr pero, en la puerta, en el momento de salir, Allendy seguía besándome en los ojos, en las comisuras de mi boca, en mis orejas, y lo dejé así, cuando los dos estábamos en la cresta del vórtice de la confusión, un vórtice que me ha seguido devorando toda la tarde, toda la noche, todo el día de hoy.

En la Sorbonne. Atmósfera de aula; castidad, severidad. Aparece Allendy. Es la primera vez que lo veo de lejos. Es más furtivo, más tímido que en su despacho. Camina encorvado. Su boca triunfante y sensual está oculta tras la barba. No puedo oír lo que dice. Murmura algo, doctor, profesor, científico. Qué diferente este Allendy del mío, el Allendy que deja a un lado la realidad en busca de su *sueño*, el sueño de su isla exótica, *le grand, le serieux, le beau* Allendy, el *mayor* del tejido Eduardo-Hugh, porque *todos ellos* son hermanos, hombres de Neptuno, del mismo tipo básico, con la misma imagen, reflexivos, mentalmente activos, místicos, románticos, idealistas, ávidos de saber.

Tengo el cuerpo magullado. Siempre un poco vencida. Noche febril, fatiga, pero todo cuanto hago es traer mis alegrías a la cama, donde el calor del fuego de la chimenea, la botella de agua caliente y el edredón me revivifican, por lo menos para que pueda contar mi historia. Todo está bien. Pero cómo iba a dormirme sin mis confidencias. Qué pesada carga. Así que me desquito del frío de todo el día (Henry, mi amor, tengo que comprarle un abrigo de invierno), y me rodeo y me arropo con mis éxtasis, para conservarlos gota a gota, palabra a palabra, en el diario.

Si sigo amando a Henry es porque no necesitaba una victoria, sino al hombre que amo.

June no fue lo suficientemente soberbia, generosa y lista para dejarnos en la última escena de su marcha. Tenía que volver para comportarse y hablar como una vulgar puta de Broadway. ¡June! Me puso enferma con cada una de sus frases. *Realidad*. Ahora soy la «mujer-banquero». Le dice a Henry: «Tienes ahora a una mujer, una hembra y, pronto lo verás, una araña que terminará por devorarte. Es mucho más lista que tú. Va en busca de otro Guiler, sólo le interesa su comodidad. No se conformará con ser pobre contigo, vendrá cuando seas rico. Por supuesto que yo todo esto hace tiempo que lo sabía. Por eso me fui a Nueva York. Hice teatro todo el tiempo. Pero anda que el papelito que hizo conmigo, haciéndome pasar por el hazmerreír de ella. ¿Piensas que he llevado

alguna vez sus joyas? ¿Su pañuelo de coral? Acostumbraba a tirarlos al retrete. Y el día que bailamos juntas, temblaba por el odio que le tengo. Podía haberla matado. Me dio asco. Es astuta y diabólica. Aquella noche última, me puso enferma con sus mentiras. Sus mentiras. Y es vieja, ya lo verás. Ahora la ves con los ojos de la ilusión. Es una vieja que has rejuvenecido temporalmente.

Mírala de cerca. Ni siquiera me creo que haya conocido a Gide».

Y como eso, más. No sólo neurótica, anormal y loca, sino vulgar y baja, estúpida y destructiva. Incluso las faltas de uno, las neurosis de uno, tienen posibilidades de belleza. Las de June muestran el rostro mezquino y desconfiado de la judía avara. «June el colador», como la llamé cuando Henry me preguntó ¡cómo podía sonreír al decirnos adiós después de aquellas doce horas de charla!

Fred teme y piensa que todo esto me afecte. Tiene razón. Estoy asqueada y furiosa por haber vuelto a adornar las cosas, a confiar. La muy puta sacacuartos. No. Esto lo digo porque me domina la ira. Sólo es una pobre mujer.

Me di cuenta de lo cómico de todo cuando ella puso en duda que yo conociera a Gide. Pero por una sola mentira, se inventa ciento para impresionar a Henry. No tengo sentimientos de culpa. Sólo ganas de reír. Y más cuando Henry empieza a decir, delante de Fred, que Jean ha abandonado a June, tan desilusionada de ella que quiso suicidarse. Le escribió una bella carta a June, que Henry ha leído, diciéndole que apretó dos veces el gatillo del revólver y no funcionó. Al oírlo, Fred se enfada de pronto: « ¿Ha escrito eso Jean? ¿Dice eso ella?». Fred ha amado a Jean y guarda un gran recuerdo de ella. Henry se reafirmó en lo dicho.

—Bien —dice Fred—, esto es el colmo. Fui yo quien intentó suicidarse. Fui yo quien apretó dos veces el gatillo. Había cargado el revólver con sólo cinco balas, y cabían siete. No sabía que, en ese caso, había que empujar las balas. Y Jean, Jean le escribe a June que fue ella quien hizo todo eso!

Estaba asombrado. Y yo me retorcía de risa... convulsa. Henry también. ¡Oh, la falsedad, la falsedad, los niños, los niños, los niños que se creen sus propias mentiras!

¡Igual que he creído en mis propias mentiras y mi Padre creyó en las suyas!

Henry, pobre Henry, no pudo decir mucho frente a la marea del discurso de June. Pero anoche fue un amante ferviente y yo fui feliz. Cuando descansamos me acurruqué entre sus brazos. Estábamos amodorrados, relajados, extasiados, suaves, cálidos. Por primera vez me dormí en aquel momento, sin pensar en nada, sin pensar en nada, confiada. Y muy hondo, la tristeza, el asco por June, la alegría porque Henry se ha librado de ella y está a salvo. No me importa lo que pase ahora. *Él* está a salvo.

Henry *sabe* que me ha resucitado —me ha dado la vida— porque es verdad que estaba moribunda —la vida estaba vacía para mí, vacía intelectual y físicamente—. Pero no tengo nada que reprocharme, porque, cuando Henry me revivió, vine a la vida para amarlo como pocos hombres han sido amados.

13 de diciembre de 1932

Por la noche. June habla de nuevo con Henry, en un *desesperado esfuerzo por destruir las ilusiones que tiene puestas en mí*. Y con qué *malignidad* femenina. ¡Ésta es la verdadera prueba del amor de Henry!

Menuda tarde la que hemos tenido Henry y yo. Los *golpes bajos* de June hacen que olvide la prudencia y las virtudes de la sensatez. Estoy tentada de ponerme al mismo nivel y luchar con las palabras y los modos de ella. Pero hoy me siento más calmada. Henry y yo empezamos follando, maravillosamente, al unísono, hasta caer casi dormidos. Y entonces noto que las palabras de June están en su cabeza, amargándolo. Primero me dice que June le ha llamado homosexual y a mí, lesbiana.

En su cabeza bullen aquellas palabras. Quiere contármelo porque no puede evitarlo. Duda. Me pongo sobre él y le suplico. Luego me dice: «Lo peor fue cuando dijo que estás muerta, vacía, aburrida, tan muerta que te hubieras ido con *cualquiera*, pero dio la casualidad de que me conocieras, eso es todo. Que querías sensación a cualquier precio. Que estás tan muerta que tu cuerpo no huele, no tiene aroma. Que sin duda soy un homosexual cuando puedo amar a una mujer sin pechos».

Esperaba algo terrible, pero aquello no me afectó. Y sé por qué. Le dije a Henry: «Escucha, esto no debe herirnos porque está muy lejos de la verdad. No me preocupa si estoy viva o muerta o si busco sensaciones. Una caricatura hiere cuando se acerca a la verdad. Lo que me hiere es que June ataque mis limitaciones físicas, porque es una verdad a medias. *No* podría hacer todo lo que ella ha hecho. No tengo una salud a toda prueba. *Eso* es verdad. En cuanto a estar viva, bueno, eso lo sabes tú mejor que nadie. Y en cuanto a mi olor, sí, sé que lo has notado, supongo que es parte de mi fragilidad, de mi complexión ligera, que, como no estoy gorda, no transpiro. En cuanto a mis pechos, al tener el cuerpo, como tú dices, de una muchacha, mis pechos son proporcionados». Y en ese momento me estaba riendo, riendo con lágrimas en los ojos. De pronto, Henry se puso extraordinariamente más serio: « ¿Sabes?, *nunca* como en este mismo momento, cuando estamos hablando de lo peor que June puede decir de ti, *he sentido* tan agudamente tu *carácter ilusorio*. Me veo, como me vi el primer día que vine a Louveciennes, como si no te conociera en absoluto, como si no te hubiera poseído ni estuviera familiarizado contigo. Mientras hablábamos de estas cosas y tenía que preguntarme si es que estoy ciego, he visto que eres una mujer *sólida, real,* sentada delante de mí. Al mismo tiempo, como si fuera una película proyectada bobina sobre bobina, superpuestas, veo todas tus caras diferentes, hasta el infinito, tu variedad, nuestra intercambiabilidad de papeles, y aun así, te veo perfectamente enfocada, coincidentes la ilusión y la realidad, porque en realidad creo que te conozco bien, íntimamente, y no creo equivocarme...».

Tuve la rara sensación de lo mágico, un momento semejante al de las comedias de Barry, la sensación definida de un viento que nos roza, de un mundo invisible sobre nosotros, velos, cortinas, encantamiento. Sentada allí, en trance, sólo mirando y escuchando a Henry. Dije: «En el centro del foco estás tú».

Tenía los ojos húmedos —empañados— pero era la *totalidad* de mí ser la que miraba a Henry.

Recordé cuándo Allendy decía cosas crueles de Henry, cuándo me afectaban (si eran parcialmente verdad), y cuándo no; y comprendí cómo los dos habíamos intentado vernos con los ojos de los demás, *vernos sin nuestras ilusiones*. Y ahora, este momento ignoraba todo un año y nos retrotraía al primer día en que nos conocimos, a nuestra primera ilusión, al primer sueño. Y con todo, entre nosotros hay un año de intimidad, de *intimidad* humana. Pruebas. No puedo escribir. Tengo que volver a esto. Todavía estoy flotando.

Henry y yo nos despedimos en la puerta, como si no nos hubiéramos visto antes. Nuevos amantes. Toda la realidad ha pasado sobre nosotros sin sumergirnos. Intentamos abrir nuestros ojos y mirarnos: ¿Quién eres? ¿Eres el hombre que escribe mierda? ¿Eres tú la mujer que está muerta, no huele y no tiene pechos?

Trato de elevarme para alcanzar el flujo de aquel momento, de aquel trance. ¿Qué me sucedió? Desperté tan etérea y tan ligera de la posesión de Henry que todo el dolor falible y humano se desvaneció, toda la ira, las emociones humanas —todo el resentimiento, el deseo de defenderme, de atacar a June—, todo esto me abandonó, se disolvió. *La Ascensión*, el misterioso alejamiento de la vida humana, ¡la cumbre! Santidad. Mi cuerpo tan ligero, el cuerpo que por un momento se había sentido humillado y derrotado, es ahora transparente, y todo mi ser se eleva, se eleva exaltado, intangible, como después de la Crucifixión. Después del dolor, esta divina partida, esta trascendencia. Me aterra. Rotos todos los vínculos, todas las conexiones con la tierra, todo el odio y el resentimiento, toda la realidad. Siento este pasar del viento, este escuchar del aire, esta suspensión de presencias ajenas. Siento oídos y ojos a mi alrededor, figuras, música, susurro de hojas, canción de olas; siento cielos y telones. Flotando. Transportada. Me elevo. Camino. Sigo a cuanto me rodea. Estoy poseída. Ascensión vertiginosa.

Me fui a la cama. Me derrumbé. Hundida en las tinieblas.

Le dije a Hugh: «Me estoy muriendo». Mi corazón parecía que dejaba de latir. Y esta mañana me sentí inútil. No sé lo que significa todo esto.

Soy feliz porque sé que mañana veré a Allendy. Amo su fuerza. Henry y yo estamos abrumados por la vida, por la realidad. Cuánto le ha herido que June le llamara homosexual.

Qué divina tonta fui cada vez que creí a June, cuando me desnudaba delante de ella. Con qué frialdad me miraba. ¡No sabe que Henry me amaría igual si yo fuera fea! ¡No sabe qué es el amor!

Antes de ver a Allendy sabía que el choque con la realidad me había vuelto a sumergir en el sueño. Mis ojos se debilitan y no puedo ver muy bien. Mis ojos están enturbiados, como si estuviera ebria. Hablo en el coche como si galopara en un caballo y el mundo se tambaleara.

En este estado voy en busca de Allendy y sus besos no acaban de despertarme. Le cuento mis preocupaciones con la realidad, cómo me parece que siempre la pierdo. O sueños o sensualidad. No hay vida intermedia. Sueños o sensualidad. Como en mi escritura. Sólo los armónicos o la nota callada.

Cualquier cosa que se diga de Allendy queda siempre como una suposición. Tiene una forma muy peculiar de permanecer en silencio, de quedar en suspenso, de no contestar nunca a lo que se le pregunta directamente. Y me digo: ¿hasta dónde llega su imaginación? A veces, cuando me dice que yo podría tomar drogas por esnobismo, o que debo tener en cuenta las ventajas materiales de mi matrimonio, o que podría salir por el mero gusto de salir, me da la impresión de que no me entiende. Hay en Allendy la tenue raya divisoria del convencionalismo burgués. Si conociera algunas de mis extravagancias, liberalidades e indignidades, me consideraría más un personaje de Dostoyevski que una mujer latina.

Hoy di a Henry la experiencia de la seguridad, de la suficiencia. Está gozando de una nueva sensación, la de poseer dinero, ropas y libros. Esta mañana se va a Londres para huir de June. Iré a reunirme con él el lunes, después de Navidad, la noche de su cumpleaños. Pero ya empezó a viajar ayer, pensando en Londres. Me dijo: «Imagíname, mañana, en la habitación de un hotel, tumbado en la cama y pensando en todas las cosas que debía haberte dicho y no pude».

Pero no me las dice.

Nos besamos delante del apartamento de mi Madre. Luego, siento el terrible desgarramiento de su partida. Siento su ausencia. Hoy el mundo ha cambiado para mí porque Henry está en el tren, Henry, que es la mitad de mi vida.

Puedo distanciarme y verme actuando en mi «papel» delante de Allendy. Para hacerme con él, dejo que crea que el psicoanálisis ha puesto punto final a mi devoción masoquista por Henry. Y con qué detalle y cuidado he elaborado la historia de este final. Cuando, al principio, me lo preguntó, con aquel tono de ansiedad, y yo le contesté que sí (que había roto con Henry), me gustó su arranque de condena. Tres niveles diferentes de mi mente trabajaron simultáneamente. En un primer nivel, compuse el cuadro de mi ruptura con Henry; en un segundo nivel, registraba el hecho de que Allendy nunca entendió a Henry, porque lo consideraba un enemigo; en el tercer nivel tuve plena conciencia de mi perfidia y ésta permitió que me diera cuenta de que, ahora, a Allendy, el psicólogo, podía engañarlo con mis mentiras. Fue un descubrimiento científico, uno que me conmovió humanamente. Allendy es ahora incapaz de pensar objetivamente. Lo estoy engañando. Y todo porque no tengo el coraje de decirle: «Siempre amaré a Henry y también puedo amar a otros hombres. Pero Henry sigue siendo el centro de mi vida. ¿Aceptas compartirme?».

Frente a las expresiones y la sinceridad de Allendy, tengo a veces la misma sensación que cuando estoy con Henry: una oscura humildad y adoración por la integridad que no poseo.

Por eso, por mi cobardía, empiezo a mentir. Allendy, el psicoanalista, me cree sencilla y pura. ¿Y qué pensaría de mis mentiras? La ruptura con Henry se convirtió en un conflicto tan vivo dentro de mí que hubo momentos en que creí que había ocurrido realmente, y me dolió tan profundamente que eso mismo me probó que era imposible que me separara de Henry. Para contárselo a Allendy, hice un juego completamente imaginativo. Las dos veces que me enfadé con June, transferí mi agitación y la atribuí a escenas con Henry. Henry actuando como en el sueño que me contó, destrozado y abrumado. Y se lo cuento a Allendy como un hecho real, una afirmación que es verdad en todos los aspectos, menos en el temporal: Nunca tendría el valor de abandonar a otros, porque conozco demasiado bien el dolor de ser abandonada. Lo he hecho, pero necesito fuerzas para mantener esta decisión.

La «fuerza» que tengo está en los argumentos de Allendy: «Fue sólo tu neurosis la que hizo que amaras a Henry, tú, una mujer tan extraordinaria, tan poco común».

Cuando repaso esto, veo que su único valor reside en la devoción sincera de Allendy; pero a mí me parece ridículo a la luz de un conocimiento más profundo de Henry. Hace unos pocos años, podía sentirme obligada a reconocer la sabiduría de Allendy y a reconocer una y otra vez que mis ilusiones me cegaban por completo. Pero nada de lo que ahora haga Henry puede sorprenderme —ni el mayor crimen—, *lo conozco*; podría perdonarle cualquier cosa.

Ayer sí que le dije a Allendy que en psicoanálisis podrían no darse todos los detalles, lo cual hace que una afirmación sencilla resulte poco veraz. Son demasiado simples sus frases, a veces demasiado literales.

Mientras escribo, mi vida choca súbitamente con la tremenda revelación de la falta de carácter de Henry.

Cuando le di el dinero para que fuera a Londres, tendría que haber sabido que lo ponía a prueba. Sabía que si June lo pillaba se lo iba a quitar. O que podía gastárselo en putas y bebidas. ¿Por qué lo hice? Para eso exactamente, para saberlo. Y pasó que June lo cazó la noche anterior a su marcha, y como una perfecta aventurera y chantajista, lo asustó, lo amenazó y le vació la cartera.

Muy bien si esto se debiera a una caridad inteligente, pero Henry sabe, y así lo dijo el otro día, que le pone enfermo la manera estúpida que tiene June de tirar el dinero. Por lo tanto, conoce la estupidez de su gesto, la falta de carácter que supone. Simplemente, June me está *chantajeando*. Eso es todo.

La carta que me ha enviado Henry muestra su debilidad. Muchas declaraciones de furia, de valor para arrostrar lo peor. Nada. Todo está falto de carácter, nada más. Debilidad. ¡Y es el hombre a quien amo!

Le he rogado que se vaya a Londres, porque la imagen de Henry, tan cobarde, escuchando cómo June me insultaba, sin que él la hiciera callar, me resulta intolerable.

Completamente deshecha, le pedí que viniera a Louveciennes y esperara. Telefoneó: «Estoy enfadado, furioso conmigo mismo. Por supuesto que estás dolida. Odio a June. Salgo esta noche para Londres. Fred ha venido en mi ayuda. Me voy para que no vuelva a suceder lo mismo. Me pareció bien entonces... es todo lo que sé. Olvídalo. No te preocupes, Anaïs ».

Su carta: Después de una conversación amarga, nauseabunda, me sentí humillado, profundamente avergonzado. Te cubrió de fango. Fue una agonía lo que pasé. Y por qué lo toleré, no lo sé, a menos que tuviera un sentimiento de culpa. June ha perdido la razón, se ha vuelto loca. Amenazas y reproches, los más viles. Eres tú quien me preocupa. Fuiste tú la engañada y me usa para engañarte. Por eso me vine abajo y me eché a llorar. Es capaz de todo... te amo y eso es lo que importa.

Debería entender todo esto, era de esperar. Soy débil. Débil en mi amor por Henry. Es una debilidad mía que ame a un hombre como Henry. Lo perdono inmediatamente. Y deseo reunirme con él en Londres.

Podría haber resuelto la situación con June. Dios, soy débil en el amor, pero no me falta valor para cualquier otra cosa. June no habría podido asustarme con sus amenazas. Mi pobre Henry, cuánto me necesita, cómo fracasa en protegernos, a él y a mí. Veo ahora que no puede enfrentarse con la vida, que no puedo abandonarlo. Y sé lo duro que sería Allendy si se enterara de esta historia. Ahora piensa que Henry emplea toda clase de artimañas para engatusarme y desarmarme. A Allendy, que es fuerte, le duele que yo haya desperdiciado tanto amor con Henry, y yo sufro por todo el amor que Henry ha desperdiciado con June.

La impotencia que siente una persona fuerte para ayudar a la que es débil. Anoche, después de la conversación que mantuvimos, cuando me despedí de Henry y lo besé, él debería haber sido lo bastante fuerte para vencer a un dragón. Es cierto que June puede ser terrible en su violencia, en su apasionamiento, pero Henry no tiene agallas ni espíritu de lucha. No sabe luchar... tiene que

echar a correr. Ahora está en Londres y estoy dispuesta a enfrentarme y luchar con quien sea o con lo que sea. Mientras Henry, mi amor, esté a salvo, lejos. A partir de ahora es muy sencillo. He de asumir el liderazgo. No debo contar con Henry. El amor protector es el mío. Acepto el desengaño, la derrota de no encontrar nunca a mi hombre completo. Henry es lo más cercano que puedo alcanzar. ¡Me ha dado tanto! Es lo más cerca que puedo llegar del *amor absoluto*. Exigir todo, exigir la perfección, *eso* es muestra de ignorancia. ¡No exijo nada más!

Pagaré mi deuda de amor por la fortaleza de Allendy, pagaré mi tributo. Quiero intentar amar a un hombre fuerte. Quiero no hundirme con Henry. Necesito a los dos. Necesito la fuerza de Allendy. En cuanto la vida me aterra, pienso en él, lo necesito. Mi feminidad lo necesita. Necesito al hombre. Y los hombres me han protegido tanto (tan bien, incluso cuando han sido débiles) que los necesitaré siempre, que confieso esta necesidad, esta dependencia del hombre, y que, a cambio, ofrezco el único don de la mujer: amor, amor, amor.

En medio de esta vida enfebrecida, es asombroso lo cuidadosa y tierna que puedo ser con Hugh, cómo nunca lo «ignoro», qué consciente soy de sus pequeños triunfos, de su escaso autodominio, de sus despertares, de cada uno de sus sentimientos y pensamientos. Vive con la sensación de que es amado y apreciado. *Il y a assez pour tout le monde*. Cuidado, cuidado. Hay que ser prudente. Regalos. No olvido nada, tanto si soy feliz como si no lo soy. El paso de un papel a otro me enloquece a veces. Quisiera salir esta noche y ver a Henry, pero debo esperar a Hugh, que vendrá temprano a casa porque está cansado. Me he puesto el vestido que le gusta, estoy asustada porque sé que me ha deseado los últimos días y que no puedo eludirlo por más tiempo. Y tengo de Allendy un ejemplar de Spengler y le escribo cartas sobre sus propios libros.

Oh, Dios, no puedo procurarme la felicidad. Como para compensarme siempre de mis eternos anhelos, pienso en detalles extraordinarios que adornen la vida de los demás. ¡Diablos! ¿Por qué menciono estas cosas? ¡En este momento, cuando estoy indeciblemente mimada por el amor! ¡Simplemente porque me parece injusto que Henry, mi Henry, sea un hombre débil! Bien, bien. ¿Y qué? Lo fundamental de la vida se basa en irónicas injusticias. O quién sabe si en la justicia. También podría decir que todo se confabula para recompensar el amor de Hugh —el más grande—, ¡conservarme para él e impedirme que descubra a mi verdadero esposo!

Le pregunté a Henry si estaba molesto con mi diario: «No —me contestó—, porque lo normal es que yo convierta a los demás en personajes de mis libros, y me gusta que lo hagan conmigo también. ¡Por supuesto, quizá sea porque hasta ahora he sido un personaje muy halagador!».

He sido absolutamente sincera con Henry (le he dejado leer el diario rojo, casi todos los que le siguen —los negros— y casi todo lo de éste). Qué sensación de darme a mí misma. ¡Arriesgo tanto! Mientras lee, sufro mil torturas. Sudo y tiemblo. Es un sufrimiento angustioso. Mi diario es mi único secreto.

¿Qué haría Allendy si supiera la verdad? Siempre dice que las mentiras se notan. Pero no adivina que sigo siendo la amante de Henry. No puede decir que amo a Henry. A no ser que me tomara por una persona más superficial de lo que soy. O que espera que lo ame más. No tengo escrúpulos, porque hasta ahora soy una aventura de Allendy. No está en peligro mortal. Soy el drama, el exotismo, la isla que nunca ha visto.

Hugh (Hugo) Guiler,
esposo de Anaïs Nin

Soy lo ignoto. Es lo que podría llamarse una aventura de alta sociedad. Pero es una aventura. Realmente no nos conocemos. La superficialidad que le atrae de mí no es muy diferente de la que me atrae de él. Ahora bien, cuando le hablo, tiene que interrumpirme para besarme. ¡No escucha! *Voilá*. Es lo que quería. Y lo tengo. ¡Y luego me pongo furiosa porque creo que no sabe cuán profunda soy!

Por supuesto, cuando hablo de la clase de amor con Allendy, quizá lo infravaloro neuróticamente porque no posee ninguna extravagancia, ninguna depresión. Allendy sabe dominarse. Pero ahora sé lo suficiente. Estoy bastante segura para creer. Tan pronto como estoy segura de los demás, empiezo a estar insegura de mí misma. ¿Amo a Allendy tanto como él me ama? Inversión humorística. Saludable.

¿Por qué no sé imaginarme su vida, o si lo hago, no me gusta, del mismo modo que no me imaginaría la vida de John, que tanto me desagrada? De la misma manera, mi vida le es ajena.

¿Por qué esta obsesión mía de interpenetrarme con la gente? ¿Por qué no sé vivir más en la superficie y aceptar a Allendy sin esa minuciosa lucha por entenderlo del todo? Todo lo que Henry hace me resulta comprensible. Para mí, la comprensión y el amor están indisolublemente unidos. Para mí, el entendimiento es amor. Por eso dudo de que alguna vez tenga una *expérience depassage*, la aventura de una noche.

June, a fin de cuentas, no es muy lista. Está dejando una impresión de despedida que ciertamente no es nada elegante. Revela tal fealdad que dejará su huella en la candidez sentimental de Henry. Su egoísmo. El dinero. El ansia de explotarme. Todo eso le repugna a Henry. Su crueldad. (Habría que ser como ella para entenderlo.)

No se puede tener lástima de June porque es muy capaz de cuidar de sí misma, tan agresiva y exigente. ¡Ahora *exige* que le dé dinero para volver a América!

18 de diciembre de 1932

Fred le dio dinero a Henry para que se fuera a Londres porque, al poco de marcharse June, se dio cuenta de que no se había librado de ella, que aquella escena se repetiría y acabaría violentamente. Aquella noche, se habrían matado. June fue bastante lista para asustarlo conmigo, amenazando con tirarme vitriolo a la cara, dispararme, aplastarme, patearme la cara, chantajearme.

El sábado por la mañana fui corriendo a Clichy y fue un alivio saber que Henry ya se había ido, que estaba a salvo. Espero que ella se mueva. Recogí toda mi correspondencia de Clichy después de que un hombre me dejara un mensaje por teléfono para que tuviera cuidado con todos los documentos incriminatorios. Y que cerrara las puertas con llave. *Très bien*. Fred y yo hemos desayunado juntos. Me gustó su manera de despachar a Henry para Londres. Ahora, como June no puede dañar a Henry, tampoco puede dañarme. Pienso constantemente en Henry, espero su carta, vendo cosas para conseguir dinero y enviárselo.

Y flotando sobre todo esto, la máxima frivolidad: el casino, Cabaret Montmartre, cenas, películas, el Café Colisée, elegancia, aristocracia, charlas con Louise, citas con el modisto. Irreal para mí. June, con su capa negra, buscando quizá la última sensación de venganza por todas las humillaciones de su raza y de su vida, incapaz de entender, de trascender el significado y la causa de su derrota. Y yo la zahiero ocasionalmente, no por un sentimiento de culpa, no, porque soy muy consciente de haber salvado a Henry, el único merecedor de salvarse, sino por *lástima*. Sí, parece increíble, todavía puedo sentir lástima por June, que quiere destruirme. Y sé que es mala y criminal; sé también que no es *del todo* mala... me gustaría poder odiarla. Sólo la odio cuando se trata de defender a Henry. Sé que su dolor es sobre todo egocéntrico, que no es que quiera a Henry, sino el triunfo de ella (si consiguiera a Henry ahora, no se quedaría a vivir con él). Y cuando yo solía hablar de aceptar a June y compartir a Henry, necesitaba tanto a Henry que estaba dispuesta a sufrir cualquier tortura —la peor tortura para una mujer es estar en segundo término—. No sabía entonces que iba a convertirme en la favorita y luego en la única mujer, porque ahora Henry sólo me puede ser infiel sexualmente, eso es todo.

Tengo la impresión de haber tenido muchos hijos: Joaquín*, Thorvald*, Eduardo, Hugh, Henry, y un esposo de vez en cuando.

Me siento sola esta noche. Es Allendy el esposo del presente, el hombre en quien me apoyo. Pero también creo que esto es una ilusión, porque... bueno, ¡porque no está interesado en mi hijo preferido, Henry!

Me siento en el sótano y pienso en cuánta poesía hay en Henry cuando me mira con sus ojos azules y fáusticos y me dice: «Manos como música...». ¿Dónde está esta noche, y en qué estará pensando?

—Tengo unos buenos asientos en el tren —dice Hugh—. Quiero que este viaje [a Londres] sea como una luna de miel. Vienes conmigo. Es tan maravilloso que pueda llevarte conmigo. Quiero que te sientas muy cómoda.

No quiere oír hablar de dinero. Y pienso cuánto me gustaría tenerlo para Henry.

He decidido que tengo que ganar dinero, ser capaz de dar, de proteger siempre a Henry.

Qué mimada estoy, qué mimada. Cuánta compensación por el vacío de mi vida pasada. Rica en amor, rica en amigos, rica en mi casa y en cosas bellas, rica... tan llena, tan llena de planes, libros e ideas. Cuando miro mi máquina de escribir, me doy cuenta de que no puedo alcanzar el nivel de lo que escribo.

21 de diciembre de 1932

Henry, mi amor, acaba de dejarme. Incandescente. ¡Lo detuvieron en la frontera inglesa por llevar muy poco dinero! Interrogado. Esposado. Deportado. Llevaba su vestido más pobre.

El lunes, cuando me entero de que está en Louveciennes, corro a casa. Lo convenzo para que se quede a pasar la noche y calmar así mi inquietud. Y luego ocurre lo acostumbrado: se establece un fluido entre los dos, quedamos entrelazados. Por la noche, tengo que fingir soberbiamente para calmar los celos de Hugh. Leemos los tres juntos a Rank* —su libro *Arte y artista*—, ¡el libro que yo quería escribir! Aunque Hugh sabe estar —lúcido, alerta, comprensivo—, son muchas las corrientes entre la mente de Henry y la mía. Lo que leemos me lo ha dicho o me lo ha escrito Henry. ¡Y a veces he sido yo quien lo ha dicho o escrito!

Al día siguiente, Henry me da los buenos días poniendo su mano dentro de mi batín de satén real, y permanecemos de pie, juntos en el vestíbulo, mientras Emilia pone la mesa para el desayuno.

Otro día de charla y lectura con Hugh. Hugh dice: « ¿Cuándo se va el amigo Henry?». Me regaña, me critica. Pero me siento divinamente feliz. Cuando es para Henry, hasta cocinar es una delicia. A medianoche, me recojo la cola del batín en la cintura y preparo café y bocadillos. El contenido de nuestras conversaciones fermenta en mi cabeza. Podría verter en mi diario la lectura y las cosas que dice Henry, sería un simposio de metafísica moderna, psicología, arte, ciencia, biología. Gigantesco.

La mañana trae buenas noticias. No tengo que ir a Londres.

Hugh irá solo. Henry se quedará en Louveciennes. Trabajaremos juntos.

Henry y yo hablamos de Hugh. Ha sido una conversación rara, fría. Para Henry, Hugh, en el mejor de los casos, es un hombre con limitaciones. Desde fuera, a ojos de los demás, parece como si yo fuera parte de la mundanidad de Hugh, de sus posesiones terrenas, que, esencialmente, él es quien manda, que el *sol* (éxito) es su planeta dominante. Yo soy un bien adquirido, un instrumento

para su *orto*. Ha elegido a una artista, una mujer que posee encanto. Me usa (la vida social, en proporciones excesivas, siempre invade mis horas de trabajo). A cambio, me protege, me ama, me mima. Pero también me tiene prisionera. Soy artista, pero no vivo como una artista. Soy esposa, mujer de sociedad; tengo mil deberes. Tengo que luchar para ver a los muy pocos amigos que he *elegido* (June y Henry, mis únicos estímulos).

Para Henry, esto explica mi rebeldía (siempre estoy despotricando de la vida social), la experiencia de mi diario como excrecencia de la frustración (oh, los años de frustración), y explica también mi decisión calculada de viajar, tomarme la libertad que necesito, porque debo vivir como una artista y, humanamente, he sido la criada de Hugh, lo he compensado lo mejor que he podido. Está orgulloso de mí, en la senda del éxito, del poder. Yo no quiero el poder, sólo el arte. El arte y la pasión. Prueba de ello es que si hubiera querido poder y vida social, lujo, me habría casado con un cubano rico, y lo que hice fue casarme con Hugh, creyendo que me casaba con un poeta, un intelectual, un artista. Creyendo que el banco ahogaba al artista, intenté distanciar a Hugh del banco. Y esto fue un error. Hugh se interesa por el arte, pero no es un artista. Soy la justificación ideal de su amor por el poder. Soy el objeto, el receptor ideal de este tributo. Pero se expresa a sí mismo mediante el poder. Tengo a veces esta sensación, sobre todo cuando me dice: «Eres una gran inversión. Eres una gran ayuda para mi trabajo. Me gusta que todo el mundo te conozca. Luego piensan más en mí. Estoy muy orgulloso de ti».

Pero cualquier mujer atractiva podría hacer este papel. Henry no lo cree así. Dice que Hugh, que posee el sentido del valor, eligió una mujer valiosa, una mujer con la impronta del genio, un *article de luxe*. Por supuesto, ninguna de estas cosas estuvo planeada. Vinieron solas. Nos guió el instinto. Toda clase de instintos egoístas. También es muy posible que fuera mi instinto el que me dijera que cualquiera de mis pretendientes cubanos no me habría protegido fielmente, porque ninguno sabía apreciar sutilmente a la artista.

Una hace cosas aparentemente inocentes, pero que revelan cierta autoprotección escondida. Henry parece que cree que soy presa de una vida inadecuada para mi desarrollo artístico, una vida corriente. ¡Presa, engañada! Le preocupan mis páginas que esperan, mientras voy de compras para la familia de Hugh, atiendo a los clientes de Hugh y, mientras, Hugh y Allendy discuten la manera de impedirme que vuelva a mezclarme con la chusma de Montparnasse. ¡Allendy confunde a Henry con un bohemio de Montparnasse! Por lo menos, Hugh sale en defensa del intelecto de Henry. Y yo, interiormente, me rebelo contra el mundo limitado de Allendy. La artista se rebela. Y Henry me salva. Henry me alimenta, fortalece a la artista con su bella manera de pensar. Se preocupa por mí, piensa en mi trabajo. Es increíble la fe que pone en mí.

—Nadie hace cosas como éstas —me dice—. Extáticas. Maravillosas. Lo que Jolas y los demás quisieran escribir. Tu único defecto, Anaïs, es que pierdes demasiado tiempo ayudando a los demás. A menudo sin sentido crítico. El mismo hecho de pensar que Hugh era un gran intelecto, un escritor...

—Igual que tus esperanzas con respecto a June —digo bromeando.

Très bien. Pero tan pronto como Hugh llega a casa, el telón cae sobre mi lucidez y encuentro muy injusto mi juicio objetivo, y me siento culpable, exactamente igual que Henry se siente culpable con respecto a June, porque los dos somos soñadores excesivamente tiernos y delicados. Y mientras más semejanzas encuentro entre Henry y yo, más profundo es el entendimiento entre nosotros y mayor es mi antiguo miedo a que lo alejen de mi lado. Hay momentos, cuando lo veo tan preocupado, tan profundo, tan pensativo, tan bueno, que me pondría a llorar. Y en esos momentos lo adoro. Y cuando los demás lo ven tan sexual, todo carne, empapado de vino,

expansivo y sudoroso, me pongo frenética. Siempre encuentro en él al erudito, al filósofo, al sensualista, y lo amo y me amoldo a él.

Se sorprende al descubrir en mí una nueva faceta. Una faceta burlona, traviesa, picaresca. Hugh advirtió que los radiadores daban demasiado calor y habló muy serio de la estupidez de Emilia*. Muy severo, bajó al sótano para ver qué ocurría. Me puse de pie, delante de Henry, y le dije: «Henry, los radiadores están demasiado calientes. Eso es serio, pero que muy serio». Y me incliné como un gnomo, riendo a carcajadas, haciendo muecas, toda una burla. Henry me respondió enseguida con su propia pillería. Se echó a reír y pasó sus manos entre mis piernas.

Me dedico por entero a despachar a Hugh con toda comodidad. He pasado horas pensando, planeando y trabajando para los regalos que lo harán popular entre la gente del banco. Cuido los mil detalles —todos prácticos— con la máxima minuciosidad. Ningún cabo suelto, ninguna carta sin contestar. Y todo esto lo hago porque Henry y yo vamos a pasar diez días juntos, diez días, ¡diez días!

Henry, los libros, nuestro trabajo, nuestro trabajo, nuestras conversaciones y la gran y suave cama oriental. Todo es perfecto.

Sin embargo, estoy triste, porque todo es perfecto, pero relativamente. Hugh, por ejemplo. Hugh, tras una semana de duro trabajo, debe abandonarme para estar junto a su familia, con la cual no se siente feliz. Hugh, que querría quedarse a mi lado. Así que me doy tres golpes de pecho, en contrición perfecta, con regalitos, atenciones y mucha comedia. *Mon Dieu!* Voy a ponerme la bata de satén que le gusta y voy a estar tan amorosa, tan amorosa, que será mi penitencia de mañana. Henry telefonea cada día temiendo que cambien nuestros planes. Y con un divertido sentido de la propiedad, está tomando posesión de Louveciennes y de mí. ¡Va a decirle a Emilia cómo quiere que le haga el filete!

Mucho de lo que leo de Rank ilumina lo que yo pensaba del artista. ¡Qué esfuerzos hago para entender! Hay momentos, cuando Henry me habla, en que me siento verdaderamente cansada, como mujer que se esfuerza por entender los conocimientos más difíciles. Tiemblo pensando que un día fallará mi mente, que no estará a su altura. Sin embargo, como Louise, tengo la sensación de que puedo llegar a entender todo, que a la edad de Rank podré escribir un libro como el suyo, pero soy mujer, lo sé, y la mente de la mujer es imperfecta o, mejor dicho, es insuficiente. No debiera ser tan ambiciosa. Mi ambición me agota. Necesito que Rank, Henry y Allendy hagan las grandes tareas. Yo haré mi tarea de mujer. Aprenderé lo suficiente, entenderé lo suficiente para que Henry pueda hablar conmigo.

El *pendant* de la observación de June acerca de mi falta de olor: Emilia va a limpiar después de haber tomado yo un baño y dice: «Es maravilloso entrar en el cuarto de baño después de haber estado la *señora*[8]; huele bien —fragante—. Antes, con las dos señoras para las que trabajé, odiaba entrar después de que se bañaran, tan mal olía».

La adoración que Emilia siente por mí se basa en mi «bondad», en mi «rareza» y en mi «belleza». Le encanta acariciarme el cabello porque es sedoso, admira mi elegancia, mis ideas, mi altura. Recoge todas las fotos mías que tiro y las guarda en su alcoba. Le gusta Henry y la alegría

[8] En español en el original. (N. del T.)

que nos une. Miente por mí, me sirve, me protege, haría cualquier cosa por mí y trabajaría por nada.

Nochebuena. Sólo una anotación. Cambio de atmósfera, de vida. Henry está sentado en mi escritorio, eligiendo entre las numerosas notas para que yo pueda encuadernarlas. Mi mesa está cubierta de manuscritos suyos. Sus libros de consulta están alineados delante de él. Está en mangas de camisa. Aquellas notas que tan abrumadora impresión me produjeron cuando las leí por primera vez, en el reverso de sus cartas desde Dijon. Aquellas notas sobre sus aventuras, su bohemia, su vida *Bubu*, que él vive con una plenitud raramente experimentada por un hombre.

Estoy echada en el sofá, con el número surrealista de la revista *This Quarter*.

Es la primera vez que escribo en mi diario delante de Henry. Me siento incómoda y torpe. Al mismo tiempo necesito escribir, igual que un borracho necesita beber. Todo centellea dentro de mí, como si alguien me presionara en los párpados cerrados. Centelleo. Cuatro o cinco imágenes superpuestas: Hugh en Londres con su familia. Allendy en la Sorbonne. Madre sola, triste por los grandes cambios de su hija. Ya no hay más deberes. Ya no hay Navidades. Sólo Henry y yo, trabajando juntos en la paz de Louveciennes. Suenan las campanas de las iglesias. La serenidad que da saber lo que es la suprema y divina perfección. El mundo, por fin, está enfocado. Esto es el centro. Y, es curioso, el centro sólo puede serlo de un círculo cerrado, por supuesto, lo que nunca supe antes, porque yo era sólo una luna creciente, un semicírculo, curvado y abierto, con doloroso anhelo, inclinado al vacío circundante, brazos extendidos a la nada, línea inacabada, vida no redondeada, curva incumplida, suspendida sobre el mundo, pálida en su angostura, ahora brillante y redonda, redondeada, completa en su geométrico esplendor, en su totalidad, en su plena magnificencia. En la Nochebuena brilla la luna llena y por eso es sagrada; por eso tocan las campanas, surge la música y la gente sube con pasos quedos la escalinata de la catedral; por el milagro de la plenitud, grande y redonda, entre el hombre y la mujer, por el milagro de la totalidad.

Henry dice a veces, cuando está de un humor disparatado: « ¡No pongas eso en tu diario!».

Henry y yo nos hemos puesto a trabajar. Escribo tres páginas con material de sueños. El trabaja en su folleto. Llueve. Pongo índice al diario. No sé acostumbrarme a esta plenitud. Nado en ella, la exploro. Miro con ojos abiertos su exuberancia: hace cabriolas en mi cuarto, desnudo. Nos hablamos aturdidos. Tengo dosis fantásticas de ideas. Ideas sobre una suave cama de carne. Estoy maravillada. Me hundo en mi placer con oriental delicadeza.

26 de diciembre de 1932

Aquí, mis pensamientos corren paralelos a los de Rank: «En la homosexualidad griega, el maestro, fuera filósofo o escultor o, en otras palabras, artista de la vida o de la forma, no se contentaba con enseñar al discípulo o protegido sus doctrinas o conocimientos. *Sentía el verdadero impulso artístico de transformarlo a su propia imagen, de crearlo».*

Miro lo que escribí acerca de Ana María: «Me doy cuenta de cuánto me he alejado del verdadero lesbianismo y que es sólo la artista que llevo dentro, la energía dominadora, la que se expande para fecundar a las mujeres bellas en un plano que es difícil de aprehender y que no tiene

en absoluto nada que ver con la actividad sexual ordinaria. ¿Quién creerá en el aliento y la altura de mis ambiciones, cuando perfumo la belleza de Ana María con mi conocimiento y experiencia, cuando la domino y la cortejo para enriquecerla, para crearla?».

Henry escribe a máquina como un loco. Se detiene para deslumbrarme con sus palabras. Horas y horas de charla y trabajo. Henry es tan sabio conmigo y con mi trabajo —*es bueno para el artista*—, se preocupa porque cree que soy demasiado femenina, que dedico demasiado tiempo a la casa, a él y a los demás, que eludo la gran obra final de mi arte, que la evito con mi diario. No es que crea que debo dejar el diario, sino que, simplemente, un problema desplaza al otro y que el arte debe eclipsar al diario. El diario es una huida de mi problema artístico, me facilita lo que me falta de comunicación con los demás, la camaradería, pero ahora experimento la necesidad de hacerlo más artístico o convertirlo en un cuaderno de apuntes para mi obra creativa.

Sin embargo, cuando dispongo de media hora libre, la dedico al diario. Es como un camino en círculo hacia el libro. La página del diario es *mi punto de partida*. Henry quiere verme *salir*, libre, y que produzca más *arte* y menos *diario*. Creo que tiendo a hacerlo.

Ahora, precisamente, me siento como una mujer en el paraíso, llevando la casa, subordinando todo al trabajo de Henry. Está escribiendo maravillosamente bien, con amplitud y profundidad. Es un placer ver su mesa atiborrada. Está todo tan bien que creo que es la primera vez que se siente seguro y dispone de todo lo que necesita para trabajar, sin miedos ni interrupciones.

No creo que la artista que llevo dentro esté en peligro, porque, ciertamente, todo cuanto doy a Henry me lo devuelve con creces.

Por supuesto, no he trabajado. He flotado en mi contento como mujer. Peligro, peligro, supongo. Pero Henry vigila. Y, después de todo, *como mujer*, exclusivamente como mujer, he sido raramente feliz con esta plenitud.

«Llevamos una vida cómoda», me dice Henry, mientras me habla de Jung, *Ulises* y Rank. Me hace que le lea a Spengler mientras sus ojos descansan del trabajo. Me mantengo siempre alerta. He sido sacada de mi universo en miniatura de mujer, siempre dando vueltas alrededor de *personas*—Joaquín, Hugo, Eduardo, June, Henry, Allendy, Ana María— y floto en unos mundos nuevos y extraordinarios.

1 de enero de 1933

Dejé a Henry en el sótano, a solas con mi diario, y me preparé para irme a la cama, porque quiero estar descansada para cuando llegue Hugh. Henry se bebió una botella de Anjou y escribió lo siguiente:

Día de Año Nuevo, cuando doy los toques finales a mi cuaderno de París, los apuntes de mis tres primeros años, en la paz y tranquilidad de Louveciennes. Anaïs se maquilla los ojos, peina su cabello sobre mis páginas sueltas, los sobres del Tirol y los fragmentos de la habitación de [Howell] Cresswell en el Hotel Odessa. Todo esto revive en mí la imagen caleidoscópica de mis aventuras en París, de modo que, en cuanto acabe de juntar los fragmentos, mi intención es sentarme y escribir inmediatamente un libro. Cuando salí en el tren para Louveciennes, tenía la imagen del campo indeleblemente grabada en mi mente. Conozco el trayecto en cada palmo del terreno, y en cada valla publicitaria, en cada rótulo, en cada casa de locos, carretera o cine, incluso en un corral de

gallinas, en un cementerio o en un solar, hay un revoltijo de asociaciones. Por eso, cuando Anaïs me dice que es raro que nunca escriba nada de mis experiencias en Louveciennes, creo que es sólo porque todo está todavía muy vivo y cargado de significado, todo está todavía inconscientemente explotado. Cuando reúno mis notas para mi primer libro de París, tengo una sensación de pesar, sentimental y tierna, de poner en la carpeta lo que fue una vida rica y palpitante, que la literatura nunca reproducirá, como, en efecto, no debe. Pero, mientras juntaba estas notas dispersas, me alegré cuando vi que, en esa caótica masa de hechos, acontecimientos, incidentes y fenómenos, eran pocos los recuerdos de Louveciennes que podía insertar —como si fueran ecos apagados de una vida sosegada—, hasta una bagatela como el programa de mano del *cinéma* de Louveciennes, que siempre trae a mi memoria los paseos hasta el *tabac* del pueblo, o hasta la *épicerie* en busca de una «buena botella de vino» —Châteauneuf, Barsac, Meursault, etc.—. No, si no he escrito sobre Louveciennes es sólo porque no escribo la historia, la hago. Soy muy consciente del carácter fatídico de Louveciennes.

Ésa es la razón por la que, por ejemplo, escucho tan ilusionado a Anaïs cuando, al pasar por la hacienda de Coty, me explica la historia de Madame du Barry, la cabeza del amante arrojada por encima de la tapia del jardín, la delicada figura de ella, los pastores y pastoras de Watteau. En Louveciennes se ha fraguado de algún modo una gran unidad, un propósito. He madurado aquí. Incluso si es una sucia imagen de *Frou-Frou* lo que discutimos, al momento nos conduce a un tema elevado.

Aquí, en la gran sala de billar, donde alguna vez corretearon las ratas, nos sentamos Anaïs y yo, o yo paseo arriba y abajo, gesticulando, mientras le hablo de la bancarrota de la ciencia, de la crisis antropológica. Aquí, en la mesa de ella, cubierta de materiales fulgurantes para el futuro, elaboro trabajosamente mis pensamientos e imágenes impetuosas. Aquí damos rienda suelta a todas las imágenes que nos absorben e invaden, y se establecen nuevas fronteras cosmológicas.

Mis notas. Cuando pienso en ellas esta noche, como en cosas embalsamadas, es cuando me doy cuenta de la insuficiencia de la expresión humana. Ningún artista podrá nunca estar a la altura de su vida. Aquí, mil pensamientos irrumpen en mi cabeza al oír una simple frase. Nunca podrá llevarse nada a una conclusión. Lo importante, pensaba esta noche, es que Louveciennes queda *fijada* históricamente en mi biografía, porque en Louveciennes se inicia la época más importante de mi vida. Y, en el tren, pensaba en lo extraño que era que, sólo recientemente, me empiece a preocupar tanto por el relato de mi vida.

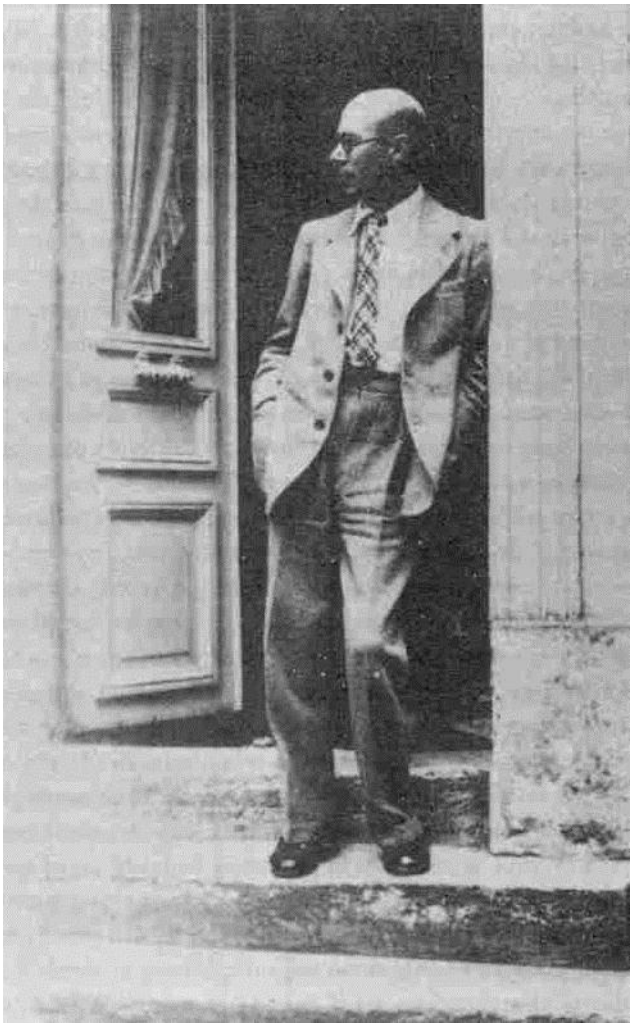
Filosofía de la responsabilidad de Spengler[9], que los chinos tenían, y los egipcios ¡y todos los pueblos históricos! Aquí, en Louveciennes, todo está «categorizado», «etiquetado», «archivado», «anotado», «delimitado». Aquí hay el alma de un «yo» romántico, consciente de su gran destino, que atrae a los espíritus afines, sí, que atrae incluso a sus futuros historiadores y biógrafos, como si su voluminoso diario no fuera suficiente. Aquí basta con dar la vuelta a la fotografía para que el esposo se vea a sí mismo, el amante se vea a sí mismo, el amigo se vea a sí mismo. Aquí se da siempre el lujo de verse a uno mismo, mientras miles de ojos te miran, te estudian, te graban. Aquí el ojo mira al ojo que mira al ojo... *ad libitum, ad infinitum*. Aquí el gran proceso cosmológico se desenreda, se enreda, se ata y se desata. Aquí, todas las cosas, gran proceso cosmológico, se desvelan artísticamente: un caos que se reordena cada mañana.

[9] El original en inglés dice: *Spengler's philosophy of Care*... De todos los posibles significados de la palabra *care* me ha parecido «responsabilidad» el más apropiado. *(N. del T.)*

« ¿Has dormido bien?» «No, el carácter prelunar de mis sueños me ha tenido agitada.» « ¿Qué dijiste que ha dicho Rank sobre el tatuaje?» Y así, a la hora del desayuno, comienza la cosa, desde el tatuaje al tabú, pasando por todas las variaciones de la prohibición del incesto, por todos los estratos del «yo» geológico, para diluirse al final en tinta, páginas 50-99 del diario de mi vida. Con todo, esta actividad de tejido de araña, esta geometría Du Barry de los *novecentisti*, es el aliento vital de todos los artistas sedientos. Mientras uno medita, las palabras salen danzando de las paredes, se apuntalan los argumentos, destilan los aromas del elegante papel perfumado y hasta quizá Madame de Staël está apuntalando una alfombra rota o poniendo una nueva silla de tocador en el retrete. Y cuando Madame de Staël regresa, quizá venga con la cabeza llena de aquellas imágenes primordiales que Salvador Dalí nos ha resucitado: excremento, masturbación, amor. Los peces de colores, que suelen nadar a noventa kilómetros por hora en el estanque de cemento que hay fuera, son reemplazados por monstruos de cristal en un acuario eléctrico, pez psicológico sin problemas, excepto el Tiempo y el Espacio. Pez del urbanícola final que nunca será engañado, ni morderá el anzuelo, ni saldrá del agua. Pez que nada inmóvil para sustituir a la vida. Vidas cristalinas, traslúcidas, iluminadas desde abajo por el brillo del cuarzo y el cristal de roca.

Louveciennes, por lo tanto, surge en el horizonte de mi mente como una especie de laboratorio del alma. No es casual que los problemas que discutimos aquí sean como son. Aquí lo más importante es el alma. Todo lo demás ocupa un lugar secundario. De tal modo que la vida aquí se expande hasta el infinito, unos pocos días alcanzan la magnitud del tiempo y el menor acontecimiento adquiere significado.

Me he interrumpido un instante. Anaïs lee por encima de mi hombro las líneas que acabo de escribir, y teme por un momento que, si me deja solo, puedo volver las páginas y echar una mirada en sus pensamientos secretos. ¡Pero si nunca se me ha ocurrido hacerlo! Y, sin embargo, me detengo un momento para reflexionar y me doy cuenta de que, quizá, en la página precedente, estas palabras mías puedan encerrar una catástrofe.



Henry Miller en Louveciennes

¿Es que no me importa? No puedo decir eso. Pero, en un sentido, es verdad, en el sentido de que no me importa demasiado lo que se haga fuera de los lazos que hemos establecido juntos. Si importara demasiado sería un desastre. Este mundo no está hecho sólo de amor, fe, esperanza, etc. Este mundo refleja una dualidad eterna, la del pensamiento y la acción. Las mayores bajezas se inspiran algunas veces en la bondad. Es inútil que se quiera controlar las vidas, los pensamientos, lo que acaece. Libertad: es el máximo exigible. Y quienquiera que tenga el gran deseo de ser libre, respetará ese deseo en los demás. ¿Y qué de los grandes dramas emocionales humanos? Son innegables. Ocurrirán una y otra vez. Pero ocurren en la medida en que uno se rinde a su yo biológico. Incluso si mañana este rico mundo de Louveciennes, que yo deseo con todo mi ser haber perpetuado, estallara en mis oídos, refrenaré mi preocupación. Creo, si es que hemos aprendido algo de tantísimas experiencias, que la mayor victoria del hombre es su conquista del miedo. Pocos dejamos de darnos cuenta de lo poderoso y dominante que es el miedo. Es el miedo el que hace tan dramáticas nuestras vidas, y principalmente el miedo a uno mismo. A esta clase de miedo, sin nombre, indescifrable, incalificable, debo la terrible imagen de mi vida con June. Miedo a perderla, miedo a estar solo, miedo a combatir el mundo, miedo de todo. Y el día en que descubrí que ella no podía aterrorizarme más, me convertí en un hombre libre, en un individuo por derecho propio, aunque ocurriera en un momento, a los ojos del mundo,

en que yo era el más triste espécimen de hombre que se pueda imaginar. Pero ¿quién sabe la fuerza que sentí en mis huesos? ¿Quién sabe qué debajo de mi apariencia miserable y desaseada había un alma poderosa? ¿Fue porque me di cuenta tan intensamente de que ninguna cadena podía esclavizarme por lo que me infligí tantos estragos? La gente decía a menudo que yo era un individuo peligroso. Destilaba peligro (mal inglés). La gente percibía una cualidad destructiva en mí, aunque era poco lo que yo hablaba —o quizá eso es mentira—. Quizá era a *mí* a quien escuchaban, y yo pensaba todo el rato que era yo quien escuchaba a los demás. Quizá cuando hablaba conmigo mismo era cuando tenía mayor audiencia. Quizá aquí, en este período, cuando ciertamente sabía el significado de lo que se llama «salvación», lo que hacía era lo que June aconsejaba: establecer contacto con la «psique colectiva». ¿Y cuál es ahora mi mayor deseo? Que, cuando por fin me vea con un eminente psicoanalista, pueda mandar al diablo, de una vez por todas, esta cuestión de los falsos valores, lo que llaman la «inflación». Y en mi mente surge de inmediato la frase «Ver la vida con ecuanimidad es verlo todo». Y con ella otro curioso y fugaz pensamiento: ¿habrá alguna vez un psicoanalista lo suficientemente tenaz y paciente, con bastante conocimiento y hondura, para escucharme cuando yo rompa las barreras de la comunicación? ¿Habrá suficientes plumas dispuestas para escribir lo que yo tenga que decir? Porque ¿quién sabe mejor que yo el miserable e insignificante compromiso que es el arte para mí? ¿Por qué mi constante lamentación por la «puesta al día de mi vida»? Porque soy demasiado consciente de lo que significa vivir, de los mundos que atravieso en pocos minutos, de los volúmenes que surgen de mí en un momento de éxtasis. Y para mí es como si todo lo demás en la vida fuera soporte y preparación de esos momentos, sin otro valor o significado. Esos momentos de inspiración son eternos e inconmensurables. No pueden pesarse, juzgarse o examinarse e interpretarse psicológicamente. Es en esos momentos cuando las cosas nacen, cuando el mundo se recrea y las psicologías se tambalean y se derrumban. Del mismo modo maravilloso que describe Spengler la evolución, o apariencia, de la ciencia física como «un incidente» en la era diluviana de la historia de la corteza terrestre, así veo yo la psicología, tal como la conocemos hoy, como un fenómeno transitorio e inmanente entre las demás ciencias, que el artista puede hacer añicos con su simple aliento, y no digamos si sopla con fuerza.

Porque la gran cuestión estribará siempre en la personalidad: el poder, el valor individual, la fuerza. Todo lo demás es esquematismo, explicación, sistema, causa y efecto, interpretación. Hay algunos que tienen el sentido del destino y no necesitan ninguna psicología ni ningún ismo, cultos, teorías, etc. Son aquellos que *hacen* el mundo.

Oh, Dios, cómo se devana la madeja: veo un cristal roto en el suelo, con una gran mancha de Anjou, Anjou en mi vestido de satén negro, y mis piernas blancas separadas. Henry está sentado como un sabio en un sillón, delante de la chimenea y me cubre la cara con besos alados. Estoy cosiéndole un botón de los pantalones. Está echado en mi majestuosa cama, copiando pasajes de Spengler. Su color es azul China. Es romántico con las mujeres, pero se levanta por la mañana y escribe a su amigo Emil Schnellock* que lo que le ocupa más tiempo es «bajarse los pantalones». Una noche observa mi cara y jura que en ese momento parezco egipcia, morena, invulnerable, inflexible, con ojos helados. Otra vez, cenando, me dice que nunca en su vida ha conocido nada tan maravilloso con una mujer como esta vida nuestra. Saca a Banco para dar un paseo. Defiendo el psicoanálisis y le proporciono nuevos modos de resistirse, nuevas ideas para combatirlo. A veces me plagia, como yo lo plagio. Quiere convertirse en psicoanalista para ganarse la vida.

Fred vino una tarde. Henry y yo habíamos vivido tan intensamente juntos que no sabíamos de qué hablar con Fred. Se nos hizo larga la tarde. Habíamos perdido contacto con la totalidad del mundo, tan absortos estábamos en el otro, en nuestras ideas y en el trabajo. Fred nos instó a que nos casáramos. Nos quiere a los dos en Clichy. Esta conversación sobre el matrimonio me pareció increíble. En ese punto mi imaginación se frena. No quiero encarar el problema. Henry pensaba que era sólo un problema económico y le decía a Fred que teníamos que esperar a que se publicaran sus libros. Pero entonces dije que eso sólo era la mitad del problema: tengo mi problema *humano*, un problema irresoluble que Henry entiende. El, que nunca habría abandonado a June, sabe que no puedo abandonar a Hugh y que, como él, espero que el otro haga algo y espero que algo suceda. Nunca asestaré un golpe mortal a Hugh, por mucho que haya en juego. Y sé que ahora es toda mi vida la que está en juego, porque deseo vivir con Henry, sin que me importe cualquier sufrimiento, precariedad o inestabilidad. Estos días de perfección han sido para mí una revelación. Es de la salud de Henry, como artista y como hombre, como intelectual y como sensualista, de la que yo estaba hambrienta, tan hambrienta que veo mis pasados veinte o treinta años de vida (¡desde que nací!) como años de hambruna. ¿Apetito anormal? ¡Quizás!

Y ya se acaban los diez días. Echada en la cama, me preparo para mañana. Hugh se ha retrasado un día, así que dispongo de una noche y un día para prepararme para mi nuevo papel. Otras veces la transición ha sido demasiado violenta. Esta noche tengo la sensación de estar viajando. Viajo. Viajo por mar y tierra, lejos de Henry, en busca de Hugh. Cierro las puertas a Henry. Tiene que retirarse. Está en Clichy. Y mientras mi escritura crea esta distancia y esta oscura noche, con millas de tierra y agua de por medio, mi *déchirement* es cada vez más terrible, como si Henry fuera la misma savia que me abandona. Pienso en un bosque de árboles hendidos, con la savia derramándose en copas. ¡Traed mil copas! ¡Páginas, páginas que acojan mi anhelo por Henry! Mis recuerdos. No tengo *ninguna visión del futuro*. Miro la cara hostil del mañana. ¡Hugh! El extraño, el extraño con quien me casé siendo tan joven, el hermano. Y porque soy una de aquellas «románticas históricas», conscientes del destino, el pasado es más *potente*, y no puedo cambiarlo, no puedo destruirlo, aun cuando signifique destruir a un ser humano en provecho de dos artistas. Esta noche me aterroriza mi propia *bondad inexorable*. Siempre permanezco en el umbral, siempre, y es sólo el *ideal* lo que me ahoga.

Lo que me asusta es que Henry necesita un hogar, una esposa, una mujer siempre presente. Henry, en el fondo, también necesita un secreto privado e íntimo, un mundo compartido de dos seres del cual saque fuerzas para crear y vivir. Esta noche soy una gran Madre —útero, casa y cama; resplandor, calor, luz y fuego; coraje y pasión—. Y alimento. Soy todo eso. Y lo que me resulta intolerable es que Henry vuelva solo a Clichy.

Trabajo y, a cada momento, imagino la vida con Henry como repudio de todo, salvo el arte y la pasión. (Clase, vida social, comodidad, refinamiento, ¡al diablo!) Todo es vaciedad, *todo* salvo esos diez días, la mesa, los libros, la máquina de escribir, la cama, la comida de cada día. Aborrezco las mentiras, la doble vida, la continua insinceridad, los cambios, la transición, el engaño. Necesito la plenitud, la plenitud con Henry. Necesito lo absoluto. Odio este flotar prudente e intelectual sobre la vida, este equilibrio, este cuidado por mantener tantas vidas y amores, este vivir en tres o cuatro planos.

5 de enero de 1933

Llegan Hugh y [su hermana] Ethel. Estoy sumergida en la nueva vida, *dépaysée* al principio. Escena de amor con Hugh, como en una comedia. Interesante el contacto renovado o, mejor dicho, el nuevo contacto con Ethel. Pero he dejado atrás mi primer interés por ella. Cuando la vi me di cuenta de lo mucho que he vivido en un año. Me siento vieja.

Tarde con los Millner, admiradores de mi libro. Lluvia de cumplidos. Son rusos. Piensan que soy rusa, por mi triste mirada. Que me parezco a George Sand. El escribe tres volúmenes sobre Spinoza. Cena en el Majestic, Boule Blanche, La Coupole. Cuando llego a casa, vomito. Rechazo los cumplidos recibidos, porque no quería brillar delante de Ethel. Quería pasar desapercibida y que ella triunfase. ¡Complejo de culpabilidad!

Me da vergüenza ver a Allendy. No sé qué decirle o qué hacer. La vida con Henry ha sido un sueño. Estoy hecha trizas, desdibujada, flotando. Quiero volver a mi trabajo. Sufro demasiado con esta sensación de tanto viajar, de que la gente cambie con tanta rapidez ante mis ojos, como si fuera el panorama cambiante visto desde un rápido tren expreso. Me deslizo apresuradamente por superficies, sedienta de profundidades. No tengo mucho éxito como extrovertida, me encuentro *dépaysée* en la vida extrovertida, pierdo mi alma, mis sueños. Me gustaría reposar en el fondo del mar, vivir allí, *au fond des choses, toujours au fond*.

Anoche eché en falta a June. June es la única mujer a la que siempre amaré de la manera en que amé a June: de un modo fantástico, erótico, literario e imaginativo. La única mujer que me ha conmovido profundamente como artista, que hace que las demás palidezcan, no tengan vida. Me falta. La echo de menos.

6 de enero de 1933

Henry, Henry, noto su falta. Cuando me telefonea, me derrito de añoranza. Ha estado enfermo. Sólo puedo verlo el domingo durante unas pocas horas. Dice: « ¿Por qué no te quedas por la tarde? Hace tanto tiempo». Seis días. Es la primera vez que Henry *pide*, exige. Y sé de inmediato que correré todos los riesgos para *responder* a su petición.

Ethel y yo podemos hablar con franqueza sobre el pasado, de John y June, pero de nadie más. Con Henry, me freno. Hablo mucho con ella, porque necesita entenderse a ella misma. Inconscientemente, trata de seducirme. Pero no estoy interesada en Ethel. Y es mi nuevo yo, que ahora exige demasiado de las personas, ¡que se da menos a sí mismo sin sentido crítico! Esto se lo debo a Allendy.

Cuando, impulsivamente, me acuesto junto a Hugh y le digo que lo amo, es porque me mueve el remordimiento y un oscuro sentimiento de culpabilidad: la piedad. Me gustaría encontrarle defectos, odiarlo, pero no tiene defectos. Me conserva por mi sentido de culpa, de

responsabilidad, por mi incapacidad de infligir dolor. ¿Por qué no se ha dado cuenta Allendy de que debía haber asentido, tolerado mi separación de Hugh? ¿Por qué no ha advertido que mi esposo es Henry? El interés personal ha cegado a Allendy.

Vi a Henry una noche y me recibió arrojándome de inmediato sobre la cama. Tuve una impresión de tristeza al *visitarlo*, me sentí burlada por la enorme alegría de nuestra fusión, afligida por el contacto efímero. Luego Henry se fue de viaje durante unos días con Fred y yo fui a ver a Allendy.

Allendy ha pensado que no tiene bastante que darme, que una mujer como yo necesita todo, que estaba aprisionado en su propia vida, que no era libre para darme bastante. Pero, entretanto, yo, con mi habitual falta de confianza, empezaba a pensar que no me amaba lo suficiente. Allendy lucha desesperadamente contra esta falta de fe. Cree que ha fracasado como psicoanalista por ceder al atractivo que siente por mí antes de terminar el tratamiento (antes de separarme de él).

En este momento me doy cuenta de que me he alegrado cruelmente de esta misma victoria, derrotando al psicoanalista y trastornando al hombre, que era esto lo que había querido, mi gentil venganza sobre el hombre de quien dependo en gran medida para ser feliz. Sin embargo, nunca hago un uso cruel de mi victoria. Me conmueve mucho la vulnerabilidad de Allendy.

He temido un momento esta nueva vida de triunfos sobre los hombres a quienes empiezo a descartar, abandonar, traicionar y herir. Empecé abandonando a Hugh, después a Eduardo y ahora a Allendy. Dios mío, no puedo soportar esto. Allendy, el noble, el héroe. Un hombre demasiado civilizado. ¿Por qué no me tomó en sus brazos cuando estaba bajo su hechizo, envió al diablo la prudencia y me conoció, aun cuando todo condujera a la tragedia?

Vuelve Henry y tenemos tal escena de pasión en la cocina, está tan excitado. Y yo sigo estando tan embriagada, tan endemoniada que Henry observa la diferencia y dice: «Eres más natural».

Creo que si puedo renunciar a Allendy, renuncio al último de los idealistas, de los héroes que he amado; que, de ahora en adelante, seré una persona liberada, ¡y esto puede ser mi salvación o mi muerte!

Henry y yo poseemos esta terrible facultad de sumergirnos en una atmósfera, hasta el punto de olvidarnos de nosotros mismos y de nuestro amor. Cuando estuve en el Tirol, Henry se me hizo irreal, y mientras él estuvo en Luxemburgo, me hice «irreal», increíble; le era imposible creer que conociera a una mujer llamada Anaïs. Anoche, cuando llegué, me miró como yo lo miro después de pasar una hora con Allendy, extrañada. ¿Es ésta la última veleidad, la susceptibilidad al momento que llamamos debilidad?

17 de enero de 1933

Anoche empecé a hablar febrilmente, diciendo que quería tener hijos, una creación humana. He soñado que llevaba *en mi seno la cabeza de Henry*. La hija mayor de Louise (tiene cinco años)

me echó impulsivamente los brazos al cuello. Esto despertó en mí un caos de sensaciones. Mi fuerte instinto maternal, *protector*, está frustrado. Rompí en sollozos. Hugh se quedó pasmado.

Cuando Henry me telefonea y quiere verme, el mundo empieza a cantar de nuevo, el caos cristaliza en un deseo. Todos los impulsos, fermentos y constelaciones se unen en el rico sonido de su voz.

Vestida con mi quimono, subo corriendo las escaleras y añado cinco páginas al libro del sueño. Sólo obedezco a los instintos, a los sentidos, que están subyugados por Henry. Salgo de nuevo a flote. Hijos. ¿Qué son los hijos? Abdicar ante la vida.

Aquí, pequeño, te transmito una vida de la cual he hecho un completo fracaso. No. No. ¡Qué femenina soy! Ya, hasta hijos. Anoche debía de estar cansada. *Allons done*. Anímate, tú, artista impostora.

Incluso cuando poseo *todo*, amor, devoción, pareja, Henry, Hugh, Allendy, me sigo sintiendo poseída por el gran demonio de la inquietud que me arrastra continuamente. Sigo precipitándome, voy a ser causa de sufrimiento, nadie puede encadenarme, soy una fuerza ciega y todo el día me siento empujada, empujada. Lleno páginas y más páginas febriles, rebosante de éxtasis, pero no es suficiente. Paseo arriba y abajo en el sótano. Tengo a Henry y aún tengo hambre, aún busco, aún cambio. No puedo dejar de cambiar. Allendy es afortunado al escapar del dolor real que causo. Su sabiduría lo ha salvado *de una mujer que no conoce*, la mujer de los repentinos impulsos destructivos, de los súbitos estallidos. Conoce mi yo bello, no mi yo peligroso. Sólo Henry presiente al monstruo, porque él también está poseído. También yo dejaré una cicatriz en el mundo.

El psicoanálisis sólo me ha despertado. Ha despertado un monstruo lleno de un poder peligroso y poco fiable. Sólo estoy empezando, soy como una rueda que empieza a girar. ¡Mi propia fuerza me mata! ¡Me ahoga!

Nota para Henry: ¡Adivina adivinanza! Hugh es hostil o está preocupado porque no está seguro de mí, por eso sospecha de lo que escribo. Destruiría esta *alegría* cuyo origen sospecha. Como tú destruías las alegrías de June porque sospechabas su origen. Tú y yo, aunque no menos celosos, estamos más *seguros* del otro. Conscientes de esto, nos podemos permitir ser más generosos, incluso tolerantes, ¡hasta indulgentes! Estamos seguros de lo fundamental. Cuando se lucha, se combate el propio miedo y se ataca a molinos de viento, como atacaste las historias aparentemente inocuas de June, como Hugh sospecha de lo que escribo, mis historias...

Ahora que hablo de por qué Hugh ataca lo que escribo. Henry atacó las historias de June sobre sus éxitos diarios. ¿Por qué no ocurre eso entre Henry y yo, que nunca nos peleamos? Me burlo de su nombre, *Henry*. Le dije que debiera llamarse Otto. Le conté que los aristócratas se llaman entre ellos con diminutivos tan ridículos como *Lulu, Pompón o Lolo, afectando* informalidad y simplicidad.

Cuando anoche le leí a Hugh mi libro del sueño, fue porque quería saber si me había acostado con June, no porque le afectara el tono o el lirismo de mi *obra*.

El otro día, Hugh me llevó a la habitación de un hotel para follarme, simulando una aventura. «Tú, puta. Tú, puta.» Le gustó la novedad, y hubo un momento, cuando toqué su cuerpo, en que me pareció el cuerpo de un extraño, pero para mí fue un juego sin alegría. Estoy obsesionada físicamente con Henry. Temo que, después de todo, soy una mujer fiel.

¡Me he vuelto mala! Para engatusarlo, le digo a Hugh: «Haz el horóscopo de Henry; verás cómo no armoniza con el mío». Y aún estoy húmeda de las caricias de Henry. Me río. Me río también cuando Henry dice: «Es la tenacidad de Hugh la que hace que su interés por las cosas resulte aburrido. Tiene una buena cabeza, pero no es lo suficientemente flexible, no es sensible, no se adapta. En cuanto Hugh se ocupa de un tema, éste pierde su fluidez, su vivacidad». Y es cierto. En Henry y en mí hay astucia, un movimiento rápido, una conciencia de los sentimientos de los demás. A menudo soy consciente de la tenacidad de Hugh en compañía y consciente del escaso interés de los otros, es entonces cuando lo interrumpo. *«J'ai été mechante souvent; je ne m'en repens pas.»* Creo que de ahora en adelante mi diario será más interesante. Creo que Henry me da la necesaria libertad.

Sospecho que estoy la mayor parte del tiempo *en estado onírico*. Que lo que veo en la vida, durante el día, son los personajes parciales que menciona Freud. El hombre que tiene una voz como la de John, y el pintor ruso que tiene los ojos con unos párpados pesados como los de John, para mí dejan de ser ellos mismos, y entro en un estado hipnótico en el cual trato de experimentar otra vez las emociones que sentía cuando escuchaba la voz de John o me miraba en sus ojos. No trato el parecido como un mero parecido, sino que me someto al personaje parcial que me estimula en mi vida onírica. A pesar de eso, el propio John, en la realidad, ha dejado de existir para mí. Por lo tanto, es obvio que prolongo una serie de sensaciones, como ocurre en los sueños, de una manera irrelevante, fantástica e incongruente, conservando todavía regiones de profunda susceptibilidad a impresiones y emociones surgidas hace tiempo, con una especial sensibilidad en las regiones del cuerpo que guardan un recuerdo. Exactamente como cuando Henry acaricia mis nalgas, experimento vivamente mis primeras impresiones de placer sexual: tenía yo nueve años, y con cuatro o cinco niños, vecinos míos en Uccle, nos encerramos en un oscuro porche y decidimos enseñarnos los traseros. La mano de un niño en la mía fue el primer estremecimiento de misterio sensual.

André de Vilmorin me dice al teléfono, rígidamente, como un marqués: *«Je vous présente mes hommages, madame»*. E inmediatamente añoro Clichy, la cocina, Henry en mangas de camisa... y me doy cuenta de que ante cada nueva persona, ante cada nuevo mundo, estoy dubitativa, insegura y aborrezco pasar de una persona a otra, aborrezco incluso la aventura que quiero gritar en las noches de desasosiego, y todo es por falta de coraje.

El miedo, la falta de confianza, ha estrechado mi mundo, limitado el número de personas que he conocido íntimamente. La dificultad de comunicación. ¿Quién es él? ¿Qué es él? La educación es como un escudo. La cultura es como un escudo. Amamos nuestro amor porque es *nuestro* amor, porque es nuestro.

Sueño diurno de reemprender el proceso del psicoanálisis —quizá con Rank— para ver si puedo completar mi confianza medio nacida. En estos momentos me es imposible la sublimación. Estoy en pleno movimiento, voraz, desesperada, completa, y no puedo sublimar. Ya no puedo recibir de

Allendy ninguna dirección analítica. De él sólo quiero los besos. He pensado en él todo el día, he querido telefonear, escribirle. ¡Anoche estuve despierta, pergeñando cartas, planeando escenas, mentiras!

Sueño: mis cabellos se vuelven blancos.

19 de enero de 1933

Regocijo anoche en el Poisson d'Or, irreprensible, bullicioso. Regocijo; mucha, mucha animación. Embriagada por el efecto insólito que produzco. El jefe de los zíngaros se fija en mí y me invita a bailar.

Hugh me despierta en mitad de la noche con sus sollozos. Soñaba. Lo beso y lo despierto tiernamente. «¡Soñaba que los zíngaros te habían llevado!»

¡Quisiera quitarme de encima mi preocupación por mis triunfos, mis placeres infantiles! ¡Es demasiado para mí; pierdo la cabeza después de tanta pesadumbre y tanta soledad!

Sábado por la tarde. Anoche Hugh descubrió que, astrológicamente, él y yo estamos unidos por místicos lazos neptunianos y que con Henry estoy unida por el signo más fuerte que puede existir entre dos esposos. Me río del descubrimiento, pero me siento abrumada. Conocía mi destino.

¿Qué sentiría Allendy esta noche si supiera que estoy unida astrológicamente a Henry por los lazos más fuertes, mi luna en la séptima casa?

El enigma del destino. Allendy dijo una vez: «Buscas hombres débiles». Iba a curarme para que pudiera amar la fuerza. Ahora está escrito en el cielo que soy la esposa de Henry. Recuerdo las desoladas noches, meditando tristemente sobre la debilidad de Henry, rebelándome contra su debilidad. *Ce soir j'aipeur—je me sens faible—j'ai besoin deprotection*. Si Allendy me tuviera apretadamente entre sus brazos y me ayudara a luchar contra mi destino, a vencerlo, a escapar de él. Mi sino.

Esta noche veo una vida problemática, peligro, dolor con Henry. Siento el temblor de la tierra, todo se derrumba. ¡Llamé a la aventura! *La voici.*

Henry fuerte —ah, entonces qué vida sería—. ¡Qué esplendor! ¡Qué conflagración!

Allendy dice que soy la mujer más maravillosa que jamás ha conocido. ¡Emplea superlativos! Me explica su horóscopo con un brazo alrededor de mi cintura y una mano en mis rodillas, debajo del vestido. Nos besamos mientras hablamos y me maravillo de los miedos de los seres humanos, de sus misteriosas debilidades. Allendy nunca fue feliz con una mujer. Confiesa que siempre que me veía se sentía molesto, desequilibrado, no podía hablar como quería. No tuvo el valor de rendirse y, como analista, era consciente de las insuficiencias y deficiencias de su naturaleza que me habrían hecho daño. «Quizá sea una enfermedad mía, pero nunca he sido un hombre apasionado, nunca sentí por las mujeres otra cosa que no fuera ternura.»

Bien, es casi cómico. Eduardo y Hugh yendo a Allendy para curarse la pasividad. ¿No sospeché algo varias veces de Allendy? ¿El sentimiento entre Eduardo y Allendy?

Sin embargo, voy a juntar todos mis fragmentos de Osiris, dondequiera que los encuentre. No quiero ya a Allendy como a un trofeo, sino como al hombre por quien me siento ciega y poderosamente atraída, el tipo de hombre que me ha perseguido toda la vida, a quien mi lado masculino corteja: los medios hombres. Y siento una extraña confianza en Allendy. Creo en su sensualidad (aunque, oh, ¿no creí también en la sensualidad de John?).

No quería que basara en él todas mis esperanzas. Creía que fiaba en él toda la felicidad de mi vida. No. He aprendido que soy dos personas distintas, una de ellas enamorada de los hombres, místicos y la otra de los hombres terrenales, ardorosos y marciales. Y esta noche vuelvo a aceptar esta división, esta ruptura, y dejo fluir la doble corriente. En Allendy, amo fraternalmente a Eduardo y a Hugh. En Henry, al amante, al amante y fecundador insaciable.

Acepto mi división interna porque así nadie se sentirá engañado. ¡Tengo amor bastante para todos!

Allendy dice que *no* estoy conectada astrológicamente con Henry.

Anoche escondí a Henry en el cuarto de invitados. Cuando Hugh llegó a casa, a medianoche, me encontró escribiendo en el diario. Esta mañana, Henry dormía, y yo pensaba en Allendy. Estos hombres, cuya feminidad los hace pasivos y elusivos, me aturden. Me resigno a hacer el papel del más fuerte. Allendy quiere que lo llame por teléfono, que le escriba, que sea activa, exactamente igual que quieren de mí Hugo, Eduardo y Henry. Henry se aflige cuando no llevo la batuta. Muy bien, acepto este papel que mi feminidad aborrece. Lo que es timidez, delicadeza y rendición en ellos, despierta mi fuerza, me tienta. Estoy destinada a ser *el amante*—yo—, qué trágico sino.

Allendy habló del velo que hay entre él y la realidad, entre él y el placer. Nunca pudo gozar de la vida —todo le era borroso— hasta hace unos pocos años, cuando empezó a ver los colores.

Henry está sentado a la mesa, la de laca negra de China. Trabaja. Revisa su novela. Ahora veo tan claramente la finalidad, el talante y el temple de su obra, que puedo ayudarlo a modificarla, a cortarla, a cambiar el orden de los capítulos. Juntos, creamos siempre.

Henry sólo piensa en su trabajo y en mí. Se acabaron las putas, se acabó el vagabundeo. Dice que el hecho de que lo deje libre, que nunca interfiera en su libertad, nunca lo tiranice ni le haga preguntas, lo hace absolutamente fiel, consciente de su gran responsabilidad, contento de tener un lastre en nuestro amor, sin el cual le sería demasiado fácil ir a la deriva, y ahora goza de su vida más intensa. La primera mitad de su novela es puro incidente (antes de nuestro amor). La segunda es todo exaltación, éxtasis, penetración, significado.

Nunca diré bastante de la influencia que hemos tenido en el otro, yo en lo artístico de la obra de Henry; él, en la materia, la sustancia y la vitalidad de la mía. El me ha dado el impulso y yo le he dado la hondura. Y qué obstinada soy y despiadada con sus fanfarronadas infantiles.

Vivo bajo el terror de que descubran mi diario. Henry se quedó aquí (Hugh salió anteanoche y anoche. Cuando volvía a casa, Henry se encerraba en el cuarto de invitados. Estuvimos dos días juntos).

Por la noche, al regresar Hugh, yo ya dormía y quiso despertarme con su deseo. Semiinconsciente, lo rechacé violentamente. A la mañana siguiente estaba dolido y me pidió explicaciones (¡Henry! ¡Henry! Mi amor, mi pasión, Henry). Me inventé una pesadilla. Le dije que había soñado que él me clavaba un puñal entre las piernas, que el dolor en mi sueño hizo que lo rechazara, que habría querido que me hubiera despertado, que estaba sufriendo.

Desde entonces, he tratado de borrar el efecto doloroso de esta escena. Con todo, cuando se me acercó anoche, me volví histérica de risa, y volví a herirlo. ¡Hay un límite en mis comedias, un momento en que los nervios me traicionan! Oh, Dios, ¿qué va a ser de él? Henry piensa constantemente en el día en que empiecen a venderse sus libros, de modo que podamos casarnos. No me asusta que la sensualidad de Henry lo haga inevitablemente infiel. Eso es sólo una excursión, un incidente, una fase. No tengo miedo, aunque sufra de celos, porque sé que me pertenece y ¿acaso no lo he engañado yo? ¿Es que no veo que mis sentimientos por Allendy son sólo un *petit détour*? ¿Que pertenezco a Henry como no he pertenecido a ninguno y que estoy unida a él por vínculos vitales, apasionados, creativos e intelectuales?

Es Henry quien ha vertido sangre, músculos, órganos y glándulas en mi yo mítico, quien ha jodido al ídolo y lo ha convertido en ser humano. En otros diarios, soy una *linotte*, un fantasma, un fauno, una princesa, un espíritu, una creadora, pero hasta que la sangre de Henry no fluyó generosamente en mi interior, no fui humana. Hugh acostumbraba a disertar sobre la humanidad, me rogaba que echara raíces, pero el milagro sólo ha acontecido gracias a la sangre y a la alegría.

Recibí de Allendy una muy necesitada absolución religiosa por mi pasado. Tengo la sensación de estar ahora en situación de atreverme a vivir mi propia vida (fiel a Henry), a pesar de toda su sabiduría, sus advertencias, ruegos, enseñanzas y poder personal sobre mí. No quiero creer que mi pasión por Henry sea mera pasión física y deseo. Pero tiemblo porque creo que la proximidad del espíritu aborrecible y belicoso de Henry haya despertado ecos en mí y que esté súbitamente inundada del odio a los idealistas, del gran deseo de destruir el idealismo, de herir al mundo con la herida que nos ha infligido, de aliarme con Henry, de liberar las fuerzas instintivas y apasionadas del mundo en contra de la mística que ha destilado y controlado esas fuerzas, no tanto por su idealismo, sino por la composición del ser que lo hace apto para su sublimación.

Demasiadas, demasiadas maldiciones egoístas. «Sólo cuando uno se libera del ego, empieza uno a amar», escribí a Allendy. ¡Demasiados dolores egoístas!

Me doy cuenta, y con cruel lucidez, de que mi psicoanálisis no ha terminado, que trato de ponerme bien mediante un gran esfuerzo de *voluntad* y una especie de amor por Allendy que me hace desear desesperadamente que salga victorioso como analista y como hombre, porque sé que si fracasa conmigo, su vida emotiva quedará destruida por el miedo y su orgullo de médico, herido por su propia debilidad. Por su debilidad ante mí, como mujer, es por lo que lo amo. No quiero que tenga que arrepentirse de su arrebato, de su olvido de sí mismo. Quiero darle la confianza y la felicidad que no ha tenido. Oh, pero hay momentos, cuando mi hipersensibilidad parece insoportable, cuando vacilo entre mis deseos de ser una anarquista sangrienta o una santa, en los que sé que me espera muy poca felicidad amorosa. ¡Aquellas terribles cartas de Eduardo, y mi lucha por domeñar mi naturaleza superardiente en 1921! Las crueles dudas de Hugo («Creo que todavía no te amo lo suficiente»), la noche de nuestro primer beso. Las antiguas dudas de Henry

(«¡Este sentimiento vivaz que esperas, nunca podré darlo a una mujer!»). Con todo, me han amado, durante años, celosa y tenazmente. Y yo, que despotrico, desvarío y cometo varias formas de suicidio según la circunstancia, los engaño a todos. Al mismo tiempo. Al final terminaré creyendo que, dentro de sus respectivas capacidades, todos me han amado sinceramente. Cuando Eduardo pensaba que lloraba por él y estaba en uno de sus momentos de adoración, yo ya amaba a Hugo. Cuando Hugo me escribía cartas, espaciadas pero ardientes, desde Europa, yo ya estaba galvanizada por Ramiro Collazo. John, bueno, a John traté de sustituirlo por Eduardo, y cuando el amor de Eduardo alcanzó su clímax, yo era la adorada querida de Henry. En la época en que Henry estaba absolutamente seguro de no poder vivir sin mí, yo seducía a Allendy, cuyo amor entero quería, por más que a él lo engañaba con Henry. ¿Es tan sólo que todos han sido un poco lentos y que yo los castigaba por eso?

Demasiados pensamientos. En el fondo, me siento muy confundida y perdida por la diversidad y multiplicidad de mis sentimientos.

Me divierte el hecho de que la única manera de quitarme de encima las amenazas neuróticas a mi amor sea preguntarme si amo *bien* (¡o fielmente!), e insistiendo en mis supercherías. Entonces puedo reírme un poco y desechar mis arrebatos suicidas.

El momento más imponente de todos es la marcha hacia la catástrofe, la lenta acumulación de detalles, acontecimientos y personas que engrosan la procesión, la progresión, bajo una luz lívida y misteriosa, la marcha de un fatalismo imperioso e inexorable. Veo toda mi vida, siempre avanzando en esa dirección y sólo un pequeño incidente impide una conflagración. Si no hubiera amado verdadera y profundamente a Henry, si sólo hubiera sido una aventura, si Allendy hubiera conseguido separarnos y si yo hubiera volcado toda la fuerza de mi amor, esperanzas, sueños y aspiraciones en Allendy, con el terrible impacto que tiene mi impulso, ¡qué enorme catástrofe de nuevo! ¡El peligro de la totalidad! He aprendido a ser cautelosa. Qué medida ésa, tan despreciable. Me niego a morir otra vez, como morí por John, y recelo de lo absoluto. Siempre dejo abierto un resquicio, una manera de escapar de la tragedia.

No quiero creer que mi incapacidad para enfrentarme con los mayores dolores del amor sea la causa de mi miedo a lo absoluto. Es cierto que no tuve ningún miedo de amor absoluto por Henry, por más que entonces contaba con el cuidado *paternal* de Allendy, y fue a él a quien me dirigí, presa del pánico, el día en que regresó June.

Dios mío, qué vulnerabilidad mórbida. La superchería y el engaño son mi defensa frente a una vida traicionera, demasiado trágica y destructiva, demasiado terrorífica para mí.

Y la ironía es que es a Allendy a quien debo este conocimiento de cómo abortar el peligro, eludir el suicidio, escapar de la tragedia.

El efecto que me produce la timidez sexual de Allendy es más intenso que el que me produce mi felicidad con Henry, porque me retrotrae al primer dolor inefable del abandono de mi Padre, del cual aún no estoy liberada. Todavía siento las raíces de este dolor desgarrado cuando acontece algo que puede recordármelo lejanamente. Por más inverosímil que pueda parecer la conexión entre la observación de Allendy «No me puedo expresar libremente con la mujer que amo idealmente» y la marcha de mi Padre aquel día, a pesar de mi histeria, para mí hay una conexión entre los sentimientos: *la détresse est la même*. Sin embargo, lo que ahora sé es que todas las dudas sobre el amor de mi Padre y todos los demás amores están basadas erróneamente en mi

miedo distorsionado, mórbido y neurótico. Esa es la razón por la que otra vez estoy estancada, sufriendo la fijación del pasado.

Pensé que tras la poetisa que soy se esconde una realista feroz. El realismo es en particular sexual. Esta noche siento más desesperadamente este sabor a tierra, como una venganza de las altas esferas a las que Allendy me arrastra, y no consigo entenderme. Creo que hombres como Eduardo, Hugo, John y Allendy empujan al suicidio a las mujeres sexualmente normales. Cuando pienso en la plenitud de mi vida con Henry, me pregunto qué me disuade de no seguirlo a donde sea.

Además de mi miedo a destruir la seguridad de la Madre, la felicidad de Hugo y el amor de Joaquín, ahora tengo el miedo a herir a Allendy. Oh, Dios, hablo como una tonta: ¿Qué merece entonces Henry? ¡Allendy ha vuelto a hacerme cristiana! *C'est impardonnable!*

Anoche corrí precipitada a mi pasión, a Henry, y nos complacimos en una jodienda tan orgiástica que no deseo despertar de ella. Y reímos juntos, repitiendo yo las palabras obscenas que él decía. Después, tumbados en la cama, hablamos seriamente del libro de Dandieu sobre Proust.

Luego, hoy, en Louveciennes: astrología, en *À Rebours*, «El teatro de la crueldad de Artaud», de Huysmans (artículo de la revista que me ha dado Allendy), y besos y besos. Henry está sentado en la silla y yo me siento en sus rodillas, y soy yo quien folla salvajemente y él está extasiado. Me levanta mientras seguimos unidos y me da el delirio.

Nos despertamos después de un corto sueño y no estoy cansada. Me sorprende tanta energía. Debo de ser una supermujer sexual a quien, como ha escrito Rank, la vida sexual la estimula en lugar de agotarla. Me siento arder. Cuando Hugo vuelve a casa, hablo profusamente, con brillantez. Escribo cuatro páginas de mi libro. Todo me parece claro: filosofía, historia, metafísica, psicología, Rank, Dandieu, Proust. Ahora veo claro que no hago trampas a los hombres sino a la vida, porque no me da lo que le pido, por eso acepto estos juegos de manos y mi modo de manipular trapaceramente la vida. Es a la vida a la que guardo rencor, por su falta de perfección, de integridad, de absolución. Viviré mis mentiras con valentía e irónicamente, dual y triplemente. Sólo de esa manera puedo liberar todo el amor que llevo dentro.

Me río tristemente de las trampas que hago para actuar en la vida, de mis engaños y mentiras para encontrar tesoros y conservarlos, después de tantos, tantos años de hambruna. ¡Cuánta hambre, oh, Dios mío, cuánta voracidad! Una vez me engañó el amor de mi Padre y no quiero que me engañen más. ¡Tengo tanto que dar! Nadie querría todo cuanto tengo en exclusiva, porque sería demasiado lo que tendría que devolver. Tengo el deseo de viajar por todo el mundo, satisfaciendo, mágica y cuidadosamente, los sueños de las gentes, prestándoles la atención más minuciosa y tierna. La doy a mis amores en la vida diaria.

Sueño: Thorvald y yo vemos una obra de teatro. El escenario es un acuario, una reproducción gigantesca del mío. Las actrices se deslizan en el agua. Dorothy*, vestida de blanco, bellísima, nada en el agua. En el acuario, parecen frágiles, como Kay, traslúcidas y transparentes, fluidas. Thorvald (o quizá Joaquín) y yo queremos comprar licor. Y copas de licor. Las miro. Quiero que me den una

copa de licor por nada, pero Thorvald tiene que pagar 180 francos por dos copas grandes y toscas. Estoy sorprendida y furiosa.

Sueño sobre todo con agua y cristal y, o me siento como un pez nadando en el agua, sintiendo agradables sensaciones, o recogiendo preciosas botellas de cristal.

¡Al infierno, al infierno con el equilibrio! Rompo vasos; quiero *arder*, aunque me rompa. Vivo sólo para el éxtasis. Ninguna otra cosa me afecta. Las dosis pequeñas, los amores moderados, todas las *demi-teintes* me dejan fría. Me gusta lo extravagante, el calor... ¡la sexualidad que revienta el termómetro! Soy neurótica, pervertida, destructiva, ardiente, peligrosa —lava inflamable y desenfrenada—. Me siento como un animal de la jungla que escapa de la cautividad. Sé muy bien que este sentimiento se parece mucho al *délire de persécution* de June.

Allendy me habla del trabajo de investigación que puedo hacer para él en la Bibliothèque Nationale.

Volviendo a casa en coche, me apoyo en el complacido pecho de Hugo, con mi sombrero ladeado sobre una oreja, y hablo como una borracha. Observo los cambios en el cielo desde que era niña: los avances de los anuncios eléctricos, las estrellas son rojas, las luces de las emisoras de radio parpadean. Y las estrellas de cobre, las auténticas, se emplean como faros de automóviles. ¡Dónde hemos llegado, Dios mío, en qué tiempos vivimos!

4 de febrero de 1933

Es la primera vez en mi vida que mi trastorno menstrual no afecta a mi humor, no me hunde, no me deprime. Es como si, por fin, hubiera conquistado mi cuerpo. Pero mi felicidad de anoche me asustó. Cuando Hugo y yo nos fuimos a la cama, me eché sobre la colcha desvariando como una persona delirante, fantaseando, contándole cuentos, diciéndole que había venido al mundo únicamente para satisfacer los sueños de los demás, que estaba poseída por poderes mágicos.

Fui a ver a Allendy encaramada al pináculo de mi euforia. Y me di cuenta de que no lo amo en absoluto, que él es otra carga insoportable, enorme, inerte, antiéxtasis. Gris, apagado, asustadizo. Mi impulso cesó de inmediato. Me pregunté por qué estaba allí, sentada en sus rodillas, por qué me preparaba para ayudarlo en sus libros. Buscó mis caricias y se las di calladamente.

El modo que un hombre pasivo emplea para poseer a una mujer es mantenerla alejada de la vida. Los celos de Eduardo eran enormes; le habría gustado matar a todos los hombres que me rodeaban. Hugo también me quiere para él. Allendy destruiría a Henry, porque Henry es el único hombre que puede apartarme de él.

El neurótico es quien interpreta todos los hechos en su *contra*. Por ejemplo, June pensaba que Henry y yo le ocultábamos nuestras relaciones para burlarnos de ella, en lugar de entender que nada tenían que ver con nuestros sentimientos hacia ella. El mismo Allendy piensa que he elegido

a Henry (su antítesis), para reprocharle su vida sublimada, porque sus logros hieren su orgullo (está obsesionado comparando sus logros con los de Henry, número de libros, etc.).

Hoy, por fin, he entendido a estos hombres fríos y saturnales, tan reflexivos, pacientes y controlados, a quienes con tanta pasión y constancia he amado. Entiendo su manera de amar. Puedo tener con ellos una relación afectuosa y fraternal y con los demás una relación apasionada. *Tout va bien*. He llegado a un acuerdo con la vida, la relatividad del amor.

Cuando las cosas se pongan feas, me tomaré un whisky. Pero soy feliz.

Se me hace tarde para la cita con Allendy. Me pongo de pie de un salto, como una putita despreocupada, mientras Henry sigue tumbado y yo le pregunto qué magia negra ha usado conmigo (¡está muy celoso de la magia de Allendy!). Cuando salgo, todo es suave, primaveral, como la primera vez que salí del Hôtel Cronstad para comprar pan y vino a la vuelta de la esquina. La primavera está encima, inesperada, embriagadora. Acostumbraba a esperarla y ahora me sorprende; me coge con el vestido desabotonado, despeinada, corriendo en busca de un taxi, impuntual con mi cita. En el taxi me siento tan confundida que aún me creo en los brazos de Henry; lo imagino con tanto ardor que experimento un segundo orgasmo y me echo hacia atrás, jadeante, mientras el taxi se adentra en la primavera.

Cuando llego a casa, le doy a Hugo un beso que lo complace. Un beso de gratitud.

Con qué claridad veo la influencia oscura y sofocante de Saturno (en Hugo y Eduardo, y un poco en Henry, no en mí), cómo derroto a Saturno con mi luminosidad y alegría tremendas. Este es el *libro de la alegría*, de una *luminosidad* que anhelo difundir sin medida. Los títulos que escribí, los subtítulos de «Schizoidie» y «Paranoia» se refieren a mi creencia en que la vida me ha hecho trampas (una afirmación metafísicamente incorrecta, porque yo creo en la *fatalité intérieure*) y en las cuadruplicidades del amor. Hablar de las trampas de la vida es como la esposa que enumera los defectos del marido para justificar sus amantes, ¡porque creo que soy yo quien hace trampas a la vida y a los hombres!

No creo que yo *naciera* melancólica, sino que me he vuelto así por accidente, que, de momento, soy por lo menos fructífera, abundante, una Venus placentera.

Me despierto con la palabra «Guerra» en los labios. «Guerra.» Creo que el Marte de Henry ha disparado el mío, que la ignición causará explosiones, incendios y terremotos.

Para no hacer daño, decido dejar el hogar y a Hugo durante una semana. Me invento que me voy a Holanda con Natasha, pero desde hoy pasaré una semana con Henry.

Estoy inconscientemente —o, mejor dicho, mi inconsciente está— en abierta rebeldía. Eso es lo que quiero decir cuando hablo de romper vasos. Anoche, mientras Hugo estudiaba astrología, me emborraché de whisky, que tomo porque tengo una neuralgia atroz. Me caí del sofá al suelo, igual que June; desvarié, le pedí a Hugo que me *devolviera el corazón*, reí, grité y lloré. Muy en el fondo me daba cuenta de mi borrachera. No podía controlar mis gestos, mi equilibrio, mis palabras, pero sabía que estaba *siendo* June. Hice gestos extravagantes, pero sabía que los sollozos y las risas eran como los de June. Hugo me tendió sobre la alfombra negra, delante de la chimenea. Estaba enfadado. Le asusta terriblemente lo que él llama mi exaltación. Estaba allí, tendida, creyendo que seguía cayendo, porque necesitaba caer, hundirme en la difamación, en la degradación.

Necesitaba desesperadamente arrastrar, insultar, escupir, vomitar el idealismo que me mata. Necesitaba destruir el alma que me persigue de noche, la maldita alma que hace que ame a estos hombres, tan llenos de alma, ¡pero tan débiles de sexo!

Sería bueno que, con la propia ayuda de Allendy, pudiera dar la espalda a ese tipo de hombres. Pero me sigue acosando una insatisfacción gigantesca. Porque soy consciente de que los demás seguirán perturbándome, afligiéndome, como si hubiera herido o vuelto la espalda a mi propia alma, a la mitad de mí.

Esta imperfección, este enigma, esta oscilación en la vida, es lo que me lleva a una gran amargura, a una formidable rebelión, a una oscura ira. Ira contra mí misma por sentirme atraída, asida, hechizada por hombres que no tienen sobre mí ningún poder físico, ningún poder físico para conquistarme.

14 de febrero de 1933

Victoria final y formidable de Allendy, triunfo del psicoanalista. Con toda mi *voluntad* y mi mente quería entender, pero no lo he conseguido hasta hoy. Y todo es tan simple. De una frase suya surgió la luz: «*Pour moi les* gestes *ne comptent pas*». Una simple palabra: «Gestos».

Los gestos no cuentan.

El gesto sexual que yo exigía de Eduardo como prueba de su amor. Mi necesidad de gestos. Mi glorificación con la ardiente expresividad de June. Mi tormenta de rebeldía cuando Allendy, a *pesar* de su amor, no hacía el gesto final. Mi resentimiento contra John. Mi necesidad, mi necesidad de gestos. Situación agravada por el hecho poco habitual de ser yo tan expresiva, tan demostrativa. Me exteriorizo constantemente, al instante doy forma o expresión a cada uno de mis sentimientos, de tal modo que Eduardo, Hugo y Allendy, comparados conmigo, me parecen inertes. Pero la necesidad de gestos procede de la falta de confianza. Si me hubiera dado cuenta a tiempo de que Eduardo me amaba, de que Hugo me amaba, igual que Allendy —de hecho, todos ellos con más hondura de lo que Henry ha amado nunca—, la ausencia de gestos no me habría ofendido. Henry me bendice con sus gestos... Sin embargo, siempre he sabido que su amor es menos profundo. Allendy, a sabiendas de que esto es *exactamente lo que no acepto*, que para satisfacerme tengo que poseer al hombre en cuerpo y alma, que no escucho razones, compromisos, deficiencia y neurosis que hacen la fusión imposible, que mi *posesividad* es tan enorme, en proporción a mi miedo a ser abandonada, tuvo que luchar para imponerme este darme cuenta, para que definitivamente pudiera liberarme del *dolor*.

Vi claramente con cuánta desesperación había tratado de *poseer completamente* a Allendy, como un trofeo, cuando lo que quería era un padre, un amigo. Cómo sintió él todo esto, cómo luchó, cómo se borró él mismo para curarme. Hoy, el poder de su voluntad y la agudeza de su intuición me han asombrado. Porque lo seduje, lo encanté; temblaba en mi presencia, tartamudeaba al hablarme. Y triunfó soberbiamente.

Cuando lo dejé que me di cuenta de todo, caminando sin rumbo por las calles, hablando conmigo misma. ¡Gestos! Ciertamente he ganado en confianza, sí, pero todavía necesito gestos, trofeos, victorias.

Ahora recorro el entero curso de mi vida, elijo lo más sobresaliente y descubro acontecimientos que nunca había advertido: El día en que mi Padre estuvo a punto de pegarme, después de pegar a mis dos hermanos y, al ver la expresión de mi cara, histérica, insoportable, mi pesar por la humillación, no me hizo nada, me miró tiernamente, casi conmovido; el día en que me trajo un compás estando yo enferma y me dejó trabajar en su habitación. Sus cartas desde Francia, cuando yo estaba en Nueva York: *«Ma jolie!».* Recordando esto, ya no siento terror de su frialdad, de su sadismo, su incalificable crueldad, su cinismo.

La devoción de Eduardo, toda su vida, tímida, rara, difícil. Sus cartas.

Las palabras de Allendy: «Quiero darte más que Eduardo, más que Hugo. Eduardo tiene esas frías crisis de narcisismo. Hugo, bueno, Hugo, no lo sé. Hugo ha tenido tu ayuda y la mía para salir de su caos y su despiste, pero puedo ver que no es suficiente para ti».

Cuando Allendy menciona la palabra *«culpa»,* me río, porque la escena que cruza por mi mente es la de una noche anterior. Hugo se trajo a casa a cenar a dos «magnates». Yo había estado tosiendo grave e histéricamente durante tres días y lo puse como pretexto para no irme con ellos. Apenas habían salido, ya le estaba abriendo la puerta a Henry. Me trajo un regalo y yo olvidé mi tos; le serví algo del pichón que había sobrado de la cena y el mejor vino, mientras bailaba a su alrededor y me burlaba de los magnates. Le di uno de los carísimos puros y gocé de su comida y del puro como si fuera yo quien comía y fumaba. ¡Toma, toma todo! Una fiesta de alegría.

Luego, a medianoche, instalo a Henry en el cuarto de invitados y espero a Hugo echada en la cama de Henry, que se escandaliza por mi temeridad. Cuando oigo a Hugo abrir la puerta me marcho, no sin antes darle a Henry el beso de las buenas noches, lo cual lo asusta tanto que luego sueña que Hugo nos sorprende, se sulfura y empieza a pegarme y, aunque acude en mi ayuda, sabe que Hugo sólo está haciendo ¡algo *moralmente* justo! Mi temeridad reaviva en Henry la honrada moral germano pro testante de la que June solía quejarse. Cuando, a la mañana siguiente, me contó su sueño, me eché a reír.

Del mismo modo que los celos obsesionaron a Proust, ¡a mí me obsesionan las *potencialidades*, los misterios de las vidas no florecidas, las secretas oscuridades y el peso agobiante e inerte de Saturno! Y del mismo modo que el dolor eternamente recurrente de los celos provocó en Proust paroxismos de clarividencia, análisis y búsqueda, este dolor de dificultad recurrente para sacar de las cavernas a mis hombres medio vivos me ha provocado paroxismos de ira, de desesperación y tenacidad. Iluminar el caos, crear desde el caos; levantar masas; abordar los misterios, la elusividad y la inercia; despertar y conquistar la *pasividad*: todos estos deseos me han causado grandes dolores y grandes alegrías. Me han destruido, pero han fascinado mi inteligencia e imaginación. ¡Las potencialidades de John! ¡De Eduardo! De Henry también, que en gran medida es creación mía. El amor, la pasión y la creación brotan de mí simultáneamente. Debo perfumar la boca que beso; debo quedar deslumbrada por el hombre que adoro; soy Pigmalión, siempre a la espera del milagro. Las misteriosas y narcisistas desapariciones de Eduardo; los misteriosos silencios de Hugo; la misteriosa evasión en las profundidades de John, y las promesas de sensualidad, simulada y atenuada, de Allendy. Voy como un farolero, encendiendo luces; impulso barcos en alta mar; descubro los objetos preciosos escondidos bajo tierra; quito la pátina de las pinturas oscurecidas; afino, armonizo, moldeo, saco a la luz, enciendo, apoyo, sostengo, inspiro; planto semillas; registro cavernas; descifro jeroglíficos; leo —solitaria— en los ojos de las

personas, sola en mi actividad. Marte ataviado con túnica de color sangre y pulsera y collar de acero.

18 de febrero de 1933

Cena suntuosa en casa de los Allendy. La señora Allendy, pesada, terrenal, activa, inteligente, marcial y dominante. Allendy, con una secreta risa de perlas como la de Eduardo, encorvado, con la cabeza sobre los hombros como un toro. *No puedo soportar mirarlo a los ojos*. Estoy deslumbrada. Me asusta que todo el mundo se dé cuenta ahora de lo mucho que lo amo. Se ha acordado de que fumo cigarrillos Sultane. Tiene los ojos de un niño que escucha cuentos de hadas. No habla mucho. Está nervioso. La señora Allendy habla mucho, igual que el señor Bernard Steele*, el editor. Hugo da la impresión de sentirse viejo, inerte, aplastado: una regresión a su estado anterior. Ningún éxtasis. Ningún éxtasis. Tampoco en Allendy. Nada de nervios, ningún roce, ninguna insinuación, ninguna locura.

Para sorpresa mía, me muestro ingeniosa, maliciosa, picante. Pero no puedo dirigirme a Allendy, porque siento el loco impulso de besar sus largas pestañas y su boca de mujer.

Es como si todavía estuviera sentada con mis hermanos, contándoles historias. Lo aparto de su vida organizada y comprometida. Tiene miedo de mirarme. Tiembla su mano cuando enciende mi cigarrillo y, como si yo fuera una reina imperiosa e impaciente, me acerca un cenicero. Me asusta tanto el amor que siento por él que me vuelvo hacia la señora Allendy y la encanto cuando le digo que comprendo su gran contribución al ascenso de Allendy, su secreta contribución sin brillo ni forma ni belleza (¡la tiranía del mecanismo doméstico!), sin un gesto, sin ilusión —el mero alimento—, este alimento que yo quisiera ser para Henry.

Escribí a Eduardo una carta en la que por primera vez lo perdono verdaderamente: *«Mon petit frère chéri...»*.

¡Me siento inagotable! Esta noche amaré a mi Henry. Me gustaría ser su esposa, tener un hogar con él, hacerlo sumamente feliz; nos perdonaríamos mutuamente nuestras pequeñas chifladuras con los demás; trabajaríamos y leeríamos juntos, haríamos banquetes informales y bohemios, pero exquisitos, nos rodearíamos de Eugéne Jolas*, Otto Rank y putillas. Trabajar, trabajar con aquel éxtasis en ambos, suficientemente grande para acabar con el mundo.

Veo en la cara roja de Madre y en la picara Louise las caricaturas de mi fuerza, y olvido que la mía se esconde tras la delicadeza y el tacto, tan suavemente envuelta que el efecto que produce es el contrario del que consigue la combatividad de Madre y la tiranía de Louise. En lugar de provocar enemistad, seduzco; en lugar de provocar ira, enternezco a los demás. Este miedo a mi fuerza ha impedido siempre que me luciera, que tuviera salidas brillantes, salvo en raras ocasiones. Anoche me encontraba incómoda. Tuve miedo de eclipsar a la señora A. Afortunadamente es una mujer dominante. Temía que Hugo se sintiera inferior (y, por desgracia, así fue; lo trataron como al «financiero»). No me atreví a hablar con Steele de libros que Allendy no conocía.

Esta mañana Hugo ha sido generoso en sus comentarios. Dice que mi humor y falta de recato fueron sorprendentes, como los de una niña, encantadores y divertidos.

Estamos descansando muellemente en la cama y le cuento a Henry lo que he escrito, que quiero ser para él lo que la señora Allendy ha sido para Rene. Me dice: « Anaïs, cuando me hablas así, me dan ganas de llorar». Y se siente muy apurado. Luego añade: «Eres maravillosa, una mujer maravillosa».

Dice: «¡Esta noche me siento lleno de júbilo!».

Ya en el taxi, camino de casa, estaba extasiada. Encontré a Hugo estudiando astrología y enfadado por su exploración del museo apache y la sala de baile del Moulin Rouge.

Allendy estaba muy contento de la velada. Y celoso de la admiración que causé en la señora Allendy. Le gusta el acuario que le llevé. Va a colocarlo junto a su cama, para que sea lo último que vea antes de dormir. He visto su cama, un soberbio diván estilo Imperio puesto en la alcoba, y me gusta imaginar sus ojos puestos en ese bello y parpadeante cristal de Atlántida.

Es fácil oscilar entre Henry y Rene, permanecer receptiva, limitarme a responder, pasiva, dejándome llevar por el ritmo de las mareas. Sin desear a Allendy —ni hombres ni objetos— sino recibiendo: paciente, femenina, sin discutir, sin tomar iniciativas, libre ya de fijaciones neuróticas, de la esforzada defensa de la vida, del duelo con las dificultades, de la fuerza del destino, de la furia impotente, de las ambiciones estériles y masoquistas.

Calma. Alegría. Satisfacción por entender. *Je ne veux plus rien*. Y sonrío levemente, como una madre fatigada sobre quien pesan las muchas travesuras de sus numerosos hijos. ¡Me siento madre total, útero y Tierra, con enormes alas protectoras! La pasión y la maternidad se funden: la madre como la noche, cubriendo el mundo, arropándolo, sosegando su dolor. Y, como la noche, de nuevo estoy sola, activa, independiente, incansable. Hugo duerme en su seguridad, Henry trabaja en el lecho de mi pasión; Allendy duerme en el plumón de los matrimonios oníricos; Eduardo duerme en el calor de mi carta. *Je suis suprêmement heureuse*. Soy la noche que los vigila con ojos muy abiertos a través de las ventanas encortinadas.

Por la mañana me despierto cantando, porque sé que todos ellos han dormido profundamente, sosegados por las mentiras que les he contado, mentiras siempre bellas, necesarias, creativas, ¡cuentos de hadas!

Mentiras: Explicar a Henry por qué no puedo estar esta semana con él. Inventos. Color. Drama. Explicar a Allendy por qué sigo saliendo una noche a la semana. Mentiras a Fred para atenuar el efecto de las furiosas crueldades de Henry, porque Fred me roba un beso de vez en cuando. «Te amo fraternalmente», lo cual no es cierto. La sensibilidad de Fred es como un barómetro, pero tiene la ligereza de una pluma.

Mentiras para ocultar al mundo mi lucha contra mi mala salud. Como siento a menudo cansancio para arrostrar todo un día, me invento quehaceres y lo que hago es irme corriendo a casa para tomar un baño de sol. Mentiras sobre la fuente de ingresos que entrego a Henry a costa de grandes sacrificios, porque un empleo sería más atractivo que los robos y sisas que tengo que hacer. Y no puedo comprometerme con un empleo porque me faltan fuerzas para eso. Mentiras a

Hugo para preservar su seguridad. Mentiras a Emilia. Mentiras a Joaquín para calmar sus celos. Mentiras de enfermeras nocturnas, doctores y utópicos.

Sólo dejo de mentir a mi diario. Pero, por mucho afecto que sienta por él, hay veces que le miento por omisión. ¡Y son muchas las omisiones!

Lo que me preocupa con frecuencia son mis pequeñas aunque múltiples infidelidades. Dorothy*, tranquilizada por Allendy, tan deseosa de caricias, me da lástima, y me conmueve el beso que me da. Los homosexuales, los lindos jovencitos del salón de té Smith, llaman mi atención. Veo una cara por la calle y la sigo durante varias manzanas. Los hombres me siguen y eso me divierte. Zadkine, el escultor, me dice: «Salgamos una noche. Necesito ver más de usted». Debería estar trabajando pero, en lugar de eso, pienso en el amor, como una jovencita que empieza a vivir.

Debe de ser que estoy empezando a vivir. Con qué impaciencia juvenil espero a mañana, a mi visita a Allendy. Cuando pienso en él, mi sangre hierve.

Cuando tenía diecisiete años y escribía tanto, sentada cerca de una ventana, viendo caer la nieve, ¿por qué no vinieron a mi lado Nietzsche, Henry, June, Allendy, Rank, Spengler y todos los Titanes? ¡Hacía tanto entonces para merecerlos!

21 de febrero de 1933

Mi trigésimo cumpleaños empieza con un regalo de Henry, una página desenfrenadamente cómica en la cual ha escrito notas recordatorias para él mismo, como «Roba buenos libros de la Biblioteca Americana. Sé Tauro. En los días de frío, pinta las paredes del dormitorio con furia[10]. Llévale *À Rebours* a Anaïs. Invita a Zadkine a cenar». Luego me telefonea.

Paso una hora placentera con Allendy.

Los dos últimos días han sido soberbios, un poco agobiada por las tareas que me he impuesto. *Un poco envejecida por mi amor a lo eterno*. Ya a mis trece años era vieja, cuando sentí por primera vez los horrores de la vida y empecé a hacer de madre de mis hermanos. Un punto de semejanza con Allendy es que él también ha dado su vida a los demás. Fundamentalmente, yo todavía no vivo para mí misma. Lo que realmente quiero es abandonar a Hugo, a Madre, a Joaquín, a Allendy y a Eduardo, para entregarme a Henry y a la aventura. Y nunca lo haré. No haré con otros lo que hicieron conmigo, ¡nunca!

Hay una gran continuidad en mis relaciones con las personas o, mejor dicho, en mis devociones. No me gustan los contactos rápidos, casuales o despreocupados. En esto no hay trazas de Marte, ningún gusto por la interrupción, la guerra o la acción; sólo un esfuerzo paciente, soterrado y delicado para acabar con la soledad de los seres humanos, una preocupación por los detalles, por el acabado total. Pongo en esta creación un cuidado que no pongo en otras. No es por casualidad que mis amores y amistades ocupen en mi vida un lugar tan inalterable e importante.

Todo esto que refiero, *todos* los lugares, personas e incidentes se convierten en algo como una aventura, como un viaje, cuando estoy tendida en la cama de Henry, con la cabeza de él reposando en mi pecho. Duerme pesada y pacíficamente, cogido a mi mano, y yo permanezco

[10] En español en el original. (N. del T.)

tendida, maravillada de mi contento, de mi sensación de haber llegado, de haber alcanzado el fin y el propósito de mis actividades. Me parece que aquí estoy en mi hogar, y eso me aterra, porque no sé si Henry cree en la misma *finalidad*, en este matrimonio. Quizá sólo sea una etapa de su vida. Pero se despierta y me doy cuenta de cómo se aferra a mí. Pero la vida me da pavor. Comprendo los temores de Allendy. Sigo amando demasiado, me aferró demasiado. Mi amor no pierde intensidad ni siquiera dispersándolo.

Otro —el último— pináculo de mi vida: ¡Cuando descubrí cuánto ha sufrido mi Padre por mi abandono! Me ama entonces.

—Es muy sensible —me dice de él Gustavo Duran*—, muy femenino y, por supuesto, muy egoísta. Necesita que lo amen y lo mimen. Un día vino y hablamos durante horas de su dolor por haber perdido a sus hijos, a quienes adora (dijo que a veces relee tus cartas). No puede entender por qué lo abandonaste, ha sufrido mucho por esto.

—Escríbele que lo veré cuando venga a París —le digo.

Cuando llegué a casa, miré el fuego de la chimenea y me sentí alucinada. Me invadió una alegría *insoportable*, la sensación de que había llegado al *final* de mi vida, que, por el exceso de dolor y esperanzas imaginadas, había hecho de la felicidad humana un clímax al que no podría sobrevivir. Darme cuenta de mis veintiún años de hambruna, sueños, renuncias y separación era una consumación peligrosa e irresistible. *Todos mis deseos se habían realizado*. Mi alegría es tan grande cuando contemplo todo lo que se me ha dado que *me siento preparada para la muerte*. Le dije a Hugo que me sentía como una mujer en su lecho de muerte, rodeada de todas las personas amadas. Próxima a todos. El amor de mi Padre, de mi Madre, de Allendy, Eduardo, Henry, Hugo, Joaquín. Demasiado, ¡demasiado para que lo pueda resistir un ser humano! Estoy acostumbrada a necesitar, no estoy acostumbrada a la satisfacción. Me destruye. ¡La alegría me mata!

Gustavo Duran, físicamente hermano de Eduardo en edad y rubicundez. Sólo que Gustavo es resuelto, activo, apasionado, voluptuoso y terrenal. Era el joven mimado, festejado y estimado cuyos atractivos ya he comentado alguna vez. Me atraía su juventud, su dinamismo y su complexión fresca y rubia. A él le atrajo aquel raro fenómeno: una mujer agradable de mirar y capaz de *pensar*. Joaquín le prestó mi primer diario y ¡Gustavo se inflamó! Podía recitar páginas enteras. La otra noche lo invitamos por Dorothy, pero sólo tuvo ojos para mí. Me pidió que nos viéramos a solas. Lo he visitado hoy. Me leyó su diario: inquietud, insatisfacción, oscilaciones entre el misticismo y la sexualidad. Lee a Bergson. La mundanidad de Gustavo solía asustarme. Ahora veo el hambre, la melancolía. Hablamos mucho durante una cena anodina en el restaurante Godoy. Es un conversador soberbio, brillante, egotista, magnético. Dice que en mi primer diario siempre rozaba el sentimentalismo, pero que nunca caía de lleno en él. Instinto de artista.

La otra noche leía sobre el signo Escorpio.

—Qué lástima que no conozcamos a nadie nacido bajo este signo —dije—. Es fascinante.

Tan pronto como Hugo observó la admiración de Gustavo por mí, le hizo el horóscopo. ¡Ha nacido bajo el signo de Escorpio!

He visto las pinturas de Néstor de la Torre*. El primer pintor moderno que me ha apasionado y emocionado profundamente.

Debo hacerme creer siempre que estoy haciendo un sacrificio por alguien. Si me curo es para que Allendy sea feliz. No muero cuando quiero porque no quiero herir a Hugo. Y no lo abandono por la misma razón. Las razones humanas me refrenan. Ni siquiera creo que esté equivocada en las cosas que necesito (entregarme a Henry). Sé que no estoy equivocada. Pero me guío por el dolor que pueda causar a los demás.

Al mismo tiempo, veo con claridad que, con unas mínimas supercherías, puedo conseguir relativamente todo lo que quiero y sin herir a nadie. Como quería ver a Gustavo a solas, porque él también lo quería, empleé trucos y mentiras. Hubo un momento en que estuvo a punto de descubrirse mi mentira, así que me inventé otra mejor. Y todo funciona bien. Empleo verdadera ingenuidad y listeza. Recurro a las medias verdades, lo mejor de todo, porque desvía la sospecha. Me muestro expansiva y confiada, nunca reservada. Mi convicción de que ninguna de mis mentiras es maligna me produce un sentimiento de seguridad e inocencia que resplandece en mi cara.

25 de febrero de 1933

Cerré suavemente la puerta al mundo. Y eché el largo y místico cerrojo. Cerré las contraventanas inoxidables. Silencio. He aprisionado en mi interior la admiración del luminoso, testarudo Eduardo; la música con ritmo de sangre de Stravinski; el casto rostro de Joaquín al piano; una nueva comprensión de Thorvald, mi hermano largo tiempo perdido; ¡pensamientos de un Padre «femenino»!

Qué extrañamente inocente me siento mientras me lavo delante de Henry, me visto rápidamente, me empolvo otra vez, salgo corriendo y cojo un taxi para ir a casa de Madre, donde me espera Hugo. ¡Llevo mi alegría a todos como un aroma!

Los taxis son mis alas. No puedo esperar a nada. Es maravilloso llegar con el tren a las 3.25, bajar deprisa las escaleras, atravesar la ciudad soñando, llegar a la consulta de Allendy a las 3.35, justo cuando está a punto de echar la oscura cortina. Correr al café donde me espera Henry. *Ningún arte puede ser igual a la vida*. Si hablo mal de la vida es porque mi pasión por ella me asusta, por su fragilidad.

Tarde. Horas de hechizo con Henry. Trabajo. Charla. Un largo encuentro sensual. Sueña con seguirme a Nueva York cuando vaya con Hugo. Quiere ver a sus antiguos «amigotes», sobre todo a Emil Schnellock. Tan pronto como *quiere* algo, siento la necesidad de dedicar toda mi vida para dárselo. A menudo se trata de algo que yo no quiero, porque Nueva York quizá signifique June y escenas con June. Pero cuánto me gusta ver a Henry lleno de entusiasmo, riendo de oreja a oreja, con nostalgia del hogar, anhelante. Eso, para mí, es lo más importante.

Encuentro ayer con Eduardo. Se fue para escapar del dolor, del dolor de su vida negativa. Puede llevar una vida extrovertida lejos de mí, pero recupera el dolor en cuanto vuelve a verme. Soy su vínculo con el dolor.

Soy yo quien, habiendo aprendido la lección, le señala las dos maneras de interpretar el hecho de que Allendy no contestara a su carta. La manera neurótica: que Allendy lo ignora. Le demuestro que eso no es cierto. La segunda manera, la normal: que Allendy, creyendo que ha fracasado en curar a Eduardo, está dolido inconscientemente y quiere castigarlo un poco. Esta segunda explicación, la *humana*, es la que Eduardo puede aceptar intelectualmente. Pero emocionalmente se siente ofendido y marginado. Mi intuición resulta acertada: Allendy expresa una gran alegría al ver a Eduardo, una alegría que, sin embargo, me duele un poco.

Eduardo está asombrado por mis insospechados *conocimientos* de astrología.

Anoche, reaparición de mi amor por Hugo, porque parece un poco maltratado por la vida, muy *humano*, muy humanamente apasionado conmigo (como Allendy)... y en este momento lo amo, amo las arrugas de su cara, el sudor de su frente, la mirada ardiente de sus ojos, sus celos intensos de Eduardo, su sexualidad estremecida.

Veo en Eduardo al demonio verde del dolor, inactivo en su inglés y en su vida vegetativa y superficial; este demonio verde se despierta con mi presencia, y soy consciente de la guerra, de las convulsiones, del dolor que traigo *junto con la vida.*

Henry permanece en el centro de mi vida y es —fijamente— la pasión de mi vida. Tengo *miedo de la totalidad* del amor que siento por él, miedo de que mi amor lo estorbe. Por eso me desparramo en amores pequeños, definitivamente más pequeños, como constelaciones. El eje es Henry, siempre Henry. Esta noche he intentado hacer literatura de las páginas que he escrito sobre él, y no pude, son cosas demasiado *vivas*, demasiado humanas. No podría resistir manipularlas. Me emocionaron profundamente, hasta llegar a pensar en él, y recordé que el 8 de marzo hará un año de mi primera visita a su habitación, *un año increíble*. Mi pasión por Henry es como un sol que lanza sus rayos sobre los demás: Allendy, Hugo, Eduardo, Joaquín, Padre.

Llamada telefónica de Henry: entrevista con Otto Rank, éxito total. Rank se ha hecho *amigo suyo.* Vuelvo a sentirme loca de contento. La ascensión de Henry.

Eduardo dijo que lo que llamé a los De Vilmorin se puede aplicar a mí: Soy una *¡decadente lujuriosa!* No tengo ni un solo signo *tierra* en mi horóscopo. Casi todo es agua.

Henry pasó una tarde con Walter Lowenfels*, el poeta. Hablando de Lawrence, Lowenfels dijo: «El único libro sobre Lawrence digno de leerse lo ha escrito una mujer con un nombre raro, Anaïs. Es fragmentario, pero iluminador».

Estoy aturdida, en medio del estudio, pensando en Henry y en Rank, sintiéndome como una visionaria, sintiendo con qué intensidad y fanatismo he deseado la ascensión de Henry. Oyéndole decir «Eres demasiado rápida, Anaïs », el día en que hablé exultante («Este hombre, Rank, sabrá apreciarte. Tienes que verlo»). Recuerdo a Henry, algo incómodo por mi «exaltación», pero *confiado,* confiado en mí también, cuando hice que se viera con su agente y su editor. Lo amo por su *fe*: sabe *dónde* y *cuándo* debe ceder. Y entonces se eleva gloriosa y majestuosamente en su

obra. Dios mío, qué feliz me siento por haber encontrado a Henry, un genio a quien servir y adorar. Alguien suficientemente grande para *emplear* mi fuerza, para someterla a sus complementos. Dios, Dios, *matrimonio*-matrimonio, un matrimonio *fecundo*. No hay fecundidad en mi matrimonio con Hugo. No *creamos* nada. Debería haber tenido hijos. Pero soy una artista, no una madre.

Hugo, bromeando, dice que tengo un harén. A todos les digo «Eres mi favorito». El verdadero rey es Henry. Mi harén me da muchas ocupaciones, mantenerlos felices a todos. Soy feliz, feliz, feliz. Es primavera. No ando sobre la tierra, vuelo, vuelo por la casa con el amor y la adoración por mi harén. Hoy, Allendy, Eduardo y Henry: me gusta verlos a todos en un mismo día. Hace que me sienta rica. ¡Estoy pletórica!

Por la tarde. Hoy, mi estupenda felicidad humana por la felicidad de Henry. Anoche me escribió una carta sobre su encuentro con Rank, que leo entre lágrimas, en el café, delante de él:

Si esto contiene algo de revelación, de sabiduría o de visión auténtica, tómalo como un regalo que sólo tú has hecho posible que pueda ofrecerlo. *Tú* has sido la maestra... No Rank, ni siquiera Nietzsche ni Spengler. Todos éstos, desgraciadamente, reciben el agradecimiento, pero en ellos está el esqueleto muerto de la idea. En ti estaba la vivificación, el ejemplo vivo, la guía que me condujo a través del laberinto del yo para desenmarañar mi propio enigma, para llegar a los misterios. Y ése es el significado del recorrido por el laberinto, lo que significa la llamada exploración del yo. No del yo, sino de la frontera del misterio, el no-yo mediante el cual se puede saber, si es un saber, lo que yo sé. Lo mejor es la simple adivinación, atisbar en éxtasis los lugares lejanos y elevados, el relámpago en la oscuridad que sustenta la ilusión dentro de nosotros. A menudo, cuando deplorabas tu incapacidad para actuar como psicoanalista, tuve atisbos de lo que ahora percibo con claridad. En un trecho corto y para una cura vulgar, puedes ser un fracaso, pero es porque el precio es demasiado innoble. Pero si uno va todo el camino junto a ti, uno *puede* cubrir todo el camino y ciertamente uno recibe una recompensa completamente diferente, algo, me gusta decirlo, *irreal*. Uno tiene el privilegio al final de beber sabiduría. Digo esto muy, muy románticamente. Es puro romanticismo hablar en estos días del valor de la sabiduría, porque es un valor que hoy no se aprecia. No tiene ninguna eficacia en este mundo de realidad que se ha creado, porque este mundo de realidad es un mundo de muerte. Es la irrealidad amarga, el mundo que existe fuera de la pluma de los psicoanalistas, el mundo al cual nunca *debiéramos* adaptarnos del todo, al que tú me has conducido[11].

9 de marzo de 1933

Predicciones astrológicas para marzo: Depresión temporal. Aburrimiento.

El mes empezó con una neuralgia paralizante.

[11] Para un relato completo de la visita de Henry Miller al doctor Otto Rank, véase Henry Miller, Letters to Anaïs Nin, págs. 80-86.

Debacle financiera en el mundo. Grandes preocupaciones. Escenas con Hugo, como aquellas del gran *crac*[12]. Para que no se hunda, me mantengo dura y firme. Hoy sólo los artistas son ricos. Hugo, hasta anoche, era pobre, carente de valores auténticos. Lágrimas, discusiones, ira. Lo abofeteé en la cara, abofeteé su terquedad y cerrazón escocesas que le impiden que se guíe por mi intuición. Ahora debo estar pendiente de él, pendiente de su *depresión eterna*, de su ser *eternamente oscuro*, de su *pesada carga*, del peso de estar atado, que cuando pierde su dinero cree que pierde su poder y la razón de su existencia. Cómo he luchado para liberarlo del *miedo*. Es extraño que yo, obsesionada en mi imaginación con un millón de miedos, haya podido hacer acopio de fuerzas en este momento de crisis y no sienta ningún miedo. Mi pobre amor. Esta noche hemos hecho las paces. Es feliz porque lo he salvado de la humillación, de su sentido del fracaso. Y ahora esperemos lo peor, ¡que nos pongamos filosóficos!

En qué lío se ha metido el mundo. Siempre que puedo le vuelvo la espalda. *Apesta*. Nunca leo los periódicos. No quiero preocuparme por la política. Cuando la guerra llegue a mi puerta, bien, entonces actuaré. Sólo me interesa aquello en lo que pueda ayudar, ¡curar, hacer el bien, amar, servir directamente a las personas amadas, a las que adoro!

Hugo se ha salvado de la ruina. Todo está bien. Retozo como una ardilla por París y me río de las predicciones astrológicas. Mi máquina interior funciona totalmente, con sus elementos perfectamente engranados bajo control, con esta mano firme en el timón, señalando el camino a los vacilantes: Gustavo, en busca de sí mismo; Louise, temerosa hasta la locura. Todos aquellos que han desperdiciado sus vidas, enervados por una visión irresistible y todopoderosa, acuden a mi alrededor —la *catalizadora*—, y así sublimo mi vanidad de mujer, que es enorme, y atenúo la desmesurada alegría que me invade cuando el amor me rodea.

Las personas extraordinarias que me rodean (pues así las veo, todas son *très grandes*) necesitan darse cuenta, de una manera u otra, de su engrandecimiento bajo la lupa de mi idealismo, de mi energía vital.

Eduardo, a quien le gusta mucho mi libro de los sueños, cree que he encontrado mi estilo, que mi escritura erótica, canalla y decadente es lo contrario de mi tremenda inocencia rimbaudiana (creyendo tantos en mi inocencia, ¿los decepcionaría este diario?), que me estoy saliendo *afuera,* imaginativamente, *afuera* y más allá de mi horóscopo.

Escribo a Henry y le pido que sea severo conmigo, que tengo miedo de tantos halagos. Era mejor para mí cuando estaba sola.

¡Qué raro es que no hubiera signos de Tierra el día en que nací!

12 de marzo de 1933

En casa de los Allendy: Artaud*, el rostro de mis alucinaciones. Ojos enloquecidos. Rostro afilado, con rasgos cincelados por el dolor. Soñador, diabólico e inocente, frágil, nervioso y potente. Tan pronto como se cruzan nuestras miradas, me sumerjo en mi mundo imaginario. Es, verdaderamente, perseguidor y perseguido.

[12] Se refiere a la crisis económica de 1929. (N. del T.)

Tengo miedo de conocerlo, porque días antes había leído unos escritos suyos y me parecieron extraordinariamente parecidos a los míos. Henry dijo que aquellas páginas podía haberlas escrito yo. Sabía que iba a conocer a mi hermano en imágenes y estilos. Pero no esperaba aquel rostro. *«Je suis le plus malade de tous les surréalistes.»* Nos lee el esbozo de su obra teatral. Es un decadente tembloroso, roto, otro «decadente lujurioso». Opio, quizás. Cómo trascienden sus ojos lo que miran. La cara encendida, la malicia, la pasión, la violencia. Estaba hipnotizada, temerosa de hablarle. Pero fue amable y él también estaba hechizado. Dijo: «Parece usted una sacerdotisa de los incas». Sus ojos seguían todos mis gestos. Tan absorta estaba que me olvidé de los demás. Nuestras miradas convergían constantemente.

Hoy estoy sumergida en las escasas páginas de Artaud y estoy intentando escribirle.

Durante toda la semana pasada no eché en falta a Allendy, y me di cuenta de lo efímero del impulso que me llevaba a él, que su sabiduría ha aplacado mi impetuosidad. ¿Cómo voy a decírselo *ahora*, cuando ha empezado a tener celos, cuando ha empezado a exigir? Qué anhelante estaba anoche.

También he terminado, en un sentido, con Gustavo. No me gusta. Es dogmático, tiránico, supersano, superequilibrado, demasiado simple, demasiado mental y demasiado lúcido. Con una conversación hay suficiente. También es literal, aunque inteligente, hiperrealista. Le gustan los modelos, las perfecciones, la meticulosidad, igual que a mí antes de conocer a Henry. Ahora me siento más despreocupada, más bohemia —más artista y menos dama—, menos *lógica*, menos ordenada. Y he roto y salido del cascarón de la forma donde me ahogó mi Padre, la elegancia y la forma de cristalizar que producen la aridez.

No estoy en *contra* de nada, porque tengo mi manera propia de usar todo, de convertir todas las cosas en alimento. ¡Hasta nuestras veladas con vicepresidentes de banco han dado origen a páginas imaginativas!

Estos días escribo páginas sobre Louise, sobre «ojos» y miradas. El caos me ha enriquecido y me alimenta. Es todo lo que sé.

Me gustaría reunir todas mis experiencias y ofrecérselas a Henry. *Entendería todo*. Pero lo amo demasiado para crearle inquietud. Dudaría él de la *solidez* de mi amor, cuando es el centro de mi vida. Lo cómico de esto es que, a veces, él es igualmente impresionable, igualmente infiel. Ahora es maravillosamente fiel porque busca ideas, no experiencias, y quien tiene experiencias soy yo: Artaud (el dramático personaje del Artaud actor, el creador del teatro surrealista), Nellie*, Allendy. Es la contrapartida de la vida activa, bullidora y polifacética de Henry con June, la contrapartida de sus días plenos, de la vida llena que un día me maravilló.

Los visitantes se han marchado. Estoy sola, sentada en el estudio. Una asfixiante y sorprendente timidez echó a perder mi noche, porque la ocasión significaba demasiado para mí, porque las expectativas fueron demasiado intensas. No hay avances, no los hay. ¡Tener a Rene y a Artaud aquí! En parte, fue como un sueño, y dejé que hablaran por mí la casa, el jardín, los

cristales. Artaud estaba profundamente conmovido: «La casa es mágica; el jardín es mágico. Todo es un cuento de hadas».

Pero estoy triste y sola. Otra vez desconectada, sorprendida por mi estado de ánimo. ¡Oh, el esfuerzo para comunicarme! El esfuerzo desgarrador.

Artaud habló ardorosamente de leyendas, mitos, cábala, magia. No estuvo de acuerdo con las explicaciones psicoanalíticas de Rene. Pusimos en la picota a Marie Bonaparte. La mirada de Artaud expresó entonces fastidio, malicia y su rostro severo se hizo más penetrante.

De pronto, tuve la profunda sensación de ser *sólo víctima de un estado de ánimo*, que se habían ido contentos, llevándose unas imágenes, que, quizá, ellos también, perdieron la confianza porque se sintieron en un ambiente exótico. La primera vez que vino, Rene dijo: «Me siento en un país lejano».

Ya sola, me echo a reír, porque recuerdo las cosas agradables.

¡La *infidelidad* de los artistas! Tal como predije, Henry se siente estimulado por Walter Lowenfels, mientras que a mí me estimula Artaud, y es *solamente*, porque yo, también, viviendo multilateralmente, ¡puedo entender la nueva idolatría de Henry! Sus páginas extravagantes sobre Lowenfels son la contrapartida de mis páginas extravagantes sobre Artaud.

Por eso, esta noche estoy preparada no sólo para participar de su entusiasmo (en lugar de frenarlo o echarlo a perder con mis celos), sino también para asimilar a Lowenfels, para aprender, para hacerle sitio, para desplegarme, *permitiendo* que Henry se despliegue al mismo tiempo. ¡Si vives, sabes *dejar vivir*!

Cuando Lowenfels escribe en un inglés extremadamente excéntrico, Henry lo admite, pero si fuera yo quien lo escribiera, lo llamaría un mal inglés (¿porque hay una diferencia entre «la deformidad del dibujo de uno que no sabe dibujar y la deformidad voluntaria del artista que sí sabe»?). ¡Es necesario que el mundo no sepa que yo no he mamado la lengua inglesa! Me río al escribir esto.

Describí la poesía de Lowenfels como la mirada de un hombre bizco. No es que no me guste. Es original, pero desenfocada. Y es precisamente en esta falta de enfoque de Lowenfels donde Henry encuentra un caos fecundo, exactamente igual que yo encontré un apoyo en el caos de Henry.

En casa. De nuevo en el paraíso. Henry trabajando en mi mesa, luchando con Lawrence, buscando entre montañas de anotaciones, suspirando, fumando, maldiciendo, escribiendo, bebiendo.

Es tan dulce venir a casa para encontrar su ternura. Sus manos siempre están prestas a la caricia, sin que importe que hable del significado del arte, de la aparición de la esquizofrenia, del universo de la muerte, del ciclo Fausto-Hamlet, del Destino, del Alma, del macro-microcosmos, de la civilización de la megalópolis, de la capitulación de la biología.

Emplea todo, incluso lo que le dije de los celos de Eduardo, que él relaciona con los de Proust.

16 de marzo de 1933

Me despierto esta mañana para recibir un libro de Artaud, *L'Art et la mort*. Y también una lastimosa nota de Eduardo. Nunca entenderá la desinteresada «tiranía» del creador. Es miope. Su visión es femenina y miope.

Cuando Henry y yo vivimos juntos, sopla constantemente un viento poderoso de creatividad. En el apasionamiento de anoche, los dos buscamos una interpretación definitiva de la pintura de Lawrence y luego caímos el uno en los brazos del otro, con la alegría de las ideas conseguidas. Henry dice, con su típica exageración: «Con esto, escribes tu libro». Pero éstas son únicamente las chispas de la fricción, del esfuerzo compartido. Está creando un fresco gigantesco, un fresco cósmico.

¡Yo aporto migajas, como una hormiga infatigable, y él usa, bebe, fecunda y come con el mismo abandono con que ofrece sus ideas y conocimientos!

La manera de Eduardo de ponerme furiosa es hablarme de «clases» y de lo absurdo de mi alianza con Henry. Entonces exploto indignada porque no creo en las *clases*, sino en la sensibilidad y el talento, y lo que creo es que Henry tiene más sensibilidad y talento que Eduardo, que tras el aspecto grosero de Henry se esconde un ser más tierno, más amable y más delicado que el del mismo Eduardo.

A Henry le preocupa Artaud. Pero no se opone a él ni es mezquino cuando se refiere a él. Los dos aceptamos los entusiasmos del otro. Henry *vaga*, como yo, se pierde, explora, se disuelve, me olvida, superficialmente, en un gran movimiento imperativo que yo comprendo. Cada uno posee su propia alma y respeta el ego del otro; aunque, humanamente, podamos sufrir torturas.

Profunda tristeza cuando ayer me separo de Allendy. Un Allendy torturado por los celos. Tan apasionado. Me sentí abrumada y no pude hablar. Es asombrosamente intuitivo y mis mentiras ya no sirven.

Mientras me adentro en mayores complicaciones («Todo el mundo te amaba la otra noche», dijo Rene), son los celos del otro los que ahora me preocupan, porque conozco su horror. Y cada vez me cuesta más hacer feliz a cuatro hombres.

Dejo a Rene para encontrarme con Henry en la estación y venirme a *casa* con él. Estremecimiento de gozo y ternura al vernos. Sin embargo, me siento melancólica pensando en Rene, también en cuánto lo necesito y en lo imprudente de mi impulso, porque Rene es casi como Eduardo, otro obstáculo al movimiento, otro hombre muerto.

18 de marzo de 1933

Final de cuatro días de vida con Henry. También ha conocido conmigo, *por primera vez*, la absoluta *satisfacción*, el *contento* absoluto (¡mi emoción echada en su cama, en Clichy!). Él, echado en mi cama, sintiendo el final de su inquietud.

Tristesse inouïe después de unos extraños días de trabajo y charla. Y la insoportable dulzura de la conclusión, de la satisfacción, de dos seres tan inquietos, tan insatisfechos.

Cuando llega [de Londres] el telegrama de Hugo, Henry se queda de piedra. Por la mañana, nuestro sentimentalismo se ha acorazado.

Me voy corriendo a mi trabajo de investigación, medio despierta mentalmente, todavía tendida sobre aquel sustrato biológico, con la sangre aún fermentando. En la Biblioteca Americana robo para Henry el libro de la Muerte Negra, porque él ha robado el de Elie Faure. Porque en mí resuena la frase de Rabelais: *«Fay ce que vouldras»*. Porque para mí no hay freno, ni tengo sentido crítico. Soy amoral. Porque la vida de Henry —aunque no *toda* me sea necesaria, necesaria para vivir— *es* vida, porque simplemente se extiende y fluye, *sans accrochage*. Porque, como dice sabiamente Rank, ¡hay una diferencia entre privación y renunciación!

Pero mi maravillosa prudencia vaciló un poco cuando descubrí que el libro de Rank, que había dado a Henry antes de haberlo leído, ¡se lo ha prestado a Lowenfels!

No puedo casarme con Henry a causa de Hugo y porque los dos juntos pasaríamos hambre. Hay veces en que, ante esta evidencia, me desespero como una niña, porque la sabiduría consiste en aceptar una felicidad relativa. Pero lo absoluto me persigue, me acosa.

Y esta noche me refugio en la belleza. Echada en la cama, espero a Hugo, contemplando estúpidamente la belleza de la habitación, catalogando los detalles y el ambiente, su aspecto legendario. Las pequeñas sandalias al lado de la cama. El camisón de satén color siena, mis senos entrevistos bajo el encaje negro. La botella árabe cerca de la cama. La caja lacada abierta, rebosante de collares y brazaletes de acero, de corales. No pienso en nada. Pero oigo la voz de Henry, profunda y aterciopelada como la piel de un animal, la suave ronquera, y veo sus hombros anchos, su cuerpo atlético, musculado, vigoroso, aunque, en ciertos momentos, de apariencia frágil. Suena el timbre. Hugo está en la puerta.

¡Oh, Dios, hay momentos en que mi sinceridad y mi totalidad me matan! ¡No puedo *fingir* más! ¡No quiero fingir más!

20 de marzo de 1933

El final de Allendy. Rebelión contra su falta de imaginación, su sentido práctico, sus celos paralizantes, su forma de convertir mis *hechos* poéticos en hechos, su forma de hacer ciencia, de hacer medicina. No deseo darle nada más, salvo una huida que lo proteja de aquello que constantemente me engaña, porque soy una visionaria que quiere hacer un poeta de un médico, un hombre vivo de un cadáver, *siempre tentada por lo inalcanzable y lo difícil.* Y me siento herida en el proceso de la *creación humana*, siempre que quiero crear seres humanos, me siento humanamente herida. Cuando creo artísticamente nunca sufro daño. He sido herida por el

nacimiento frustrado de Eduardo, la inactividad y peso inerte de Hugo, incapaz del éxtasis. Sólo Henry nació plenamente. Hugo ha nacido para satisfacerse, pero no a mí.

Demasiado masoquismo y demasiadas tareas sobrehumanas. Hoy lo veo claramente, un Allendy que se esfuerza por dominarme mediante su poder de «juez», siempre *contra* Henry.

Y lo hace para poseerme, como Eduardo, de una manera inhumana. Cuando me habla de «pureza», me da náuseas. He ido mucho más lejos que él. Estoy fuera de su alcance. Estoy hechizada por la imaginación de Artaud y la fuerza vital de Henry. No me gusta el lenguaje de Allendy (nunca me gustó), su aridez, el *vacío* que deja.

Quiero emplear esta energía humana que me empuja a relaciones humanas insatisfactorias para encontrar el arte, pues el arte es plenamente satisfactorio. En el arte, en todo lo que *me crea,* encuentro lo absoluto.

De este modo, después de desperdiciar mucho tiempo, mucho tiempo, empiezo a trabajar de nuevo.

Siempre porque la vida me ha herido.

Huidas. *Todas las relaciones humanas* son relativas, inseguras y poco fiables. Todo lo que puedo decir es que Henry y yo tenemos más coraje que Eduardo, que rechaza la vida, más incluso que Allendy, que ha optado por la sublimación y la muerte. La huida de Eduardo a Londres, la huida de Allendy al análisis y la objetividad, la mía al arte, son viajes más o menos largos de los seres humanos, según la resistencia y el coraje de cada uno.

Miedos. Cuando Hugo regresó de Holanda y encontró la casa a oscuras (yo dormía), imaginó que yo lo había abandonado y que habría dejado una nota en la puerta.

Escribo a Artaud[13]:

En las pocas líneas que he leído antes, he adivinado el tono, y ahora en *L'Art et la mort* he descubierto la expansión y plenitud de tu escritura. Nunca había leído nada tan farádico, tan fluido, tan penetrante. Tengo la impresión de que has vivido todas las experiencias de la ficción, que has visitado las regiones cuya existencia sólo podíamos sospechar, como los planetas invisibles a nuestros ojos. Tengo una impresión casi dolorosa de la exhaustividad de tu expresión, como afirmaciones definitivas, como visión absoluta. Soy incapaz de decir tan sólo «me gusta tu libro», porque la multiplicidad de intención y percepción en cada una de tus palabras produce vértigo (que es lo que buscas); también miedo, como el que se tiene de los mitos. Una ve demasiado. Una visión implacable y casi intolerablemente aguda...

De momento, no puedo hacer más que esto: abdicar como escritora y volver a tus propias frases, recordarte que lo que has escrito de las drogas puede decirse igual del efecto de tu obra, describe su efecto. Cuando salga de este deslumbramiento quizá diga algo más.

P. S.: Te di «Alraune» porque converso escribiendo, pero olvidé decirte que no está terminada, que las tres mujeres son la proyección de la que surge de la muerte, gracias al hombre y a la liberación del yo. Una trilogía del narcisismo.

[13] La correspondencia entre Anaïs Nin y Antonin Artaud recogida en el diario aparece en francés.

25 de marzo de 1933

Henry ha venido y se ha reído de mi humor sombrío. Dijo que era *inocente* de cualquier infidelidad.

—Tú sólo eres fiel al impulso del momento —le dije—. Yo engaño y hago trampas, pero tú permaneces en el *centro*, inamovible.

Se mostró tierno y verdaderamente irresponsable. Se rió porque dijo que yo entendía las grandes libertades y tropezaba con los pequeños obstáculos (que prestara a Lowenfels mi libro de Rank). ¡Me di cuenta de que tenía razón con respecto a su inocencia). Me envió una copia de su carta a Lowenfels, ¡pero yo no envié a Henry una copia de mi carta a Artaud! Pero eso se debe a mi deseo de no herirlo con mis huidas y extravagancias. Soy consciente y Henry es inconsciente. A eso se le puede llamar despreocupación, pero qué arrepentido estaba, qué amable. Es imposible sentirse herida. Me cura intensamente.

—No puedo serte infiel —me dijo— porque vivo *en ti*. ¡Estoy obsesionado contigo! Nunca te olvido. Lo demás es literatura. Estoy chupando de Lowenfels. Casi he terminado con él.

Me doy perfecta cuenta de que su poesía no justifica lo que he escrito.

—Por cierto —le dije, sintiéndome escritora por encima de todo—, lo que has escrito era bastante bueno.

Reímos. Nos acostamos juntos y follamos suave y amablemente, flotando, y por primera vez alcancé el orgasmo sin buscarlo, casi pacíficamente, como un despacioso amanecer, como una lenta floración de mi sosiego, mi entrega y mi abandono. Sin ningún esfuerzo, cayendo como la lluvia, floreciente, embriagando la mente.

Sueño: Entro en una lujosa *grande maison de couture*. La vendedora principal es la Comtesse de Vogüé. No sé cómo debo tratarla ni quiero que se dé cuenta de mi embarazo al ver que tiene que trabajar. Me esfuerzo por parecer indiferente. Las modelos son muy feas. El salón de desfiles es también el salón de Nellie, y hay visitantes. En el sueño tengo la impresión de que Nellie es muy disoluta y decadente. Enseña con descaro las rodillas y los pechos. Hay un gran ventanal en la sala, como la ventana de Mélisande, cara al mar, al espacio. De pronto, Nellie me acusa de haber robado unas raras piezas de oro. Me enfado mucho. Digo: «No me importa que me llamen ladrona. Robar me parece bien. Robé un libro de la Biblioteca Americana. Pero, oro, ¿es que crees que yo robaría oro?». En un gesto de elegancia, un anciano admite ser el autor del robo. Por la ventana veo a varios hombres en un campo de brezos y arbustos, dispuestos a asustar a una mujer con algo parecido a una serpiente que mantienen en alto como un poste. La mujer es muy valiente y empieza a golpear a la serpiente con un palo, pero cae en manos de los hombres, que la muerden. Atmósfera de catástrofe, de color sulfuroso. Tengo miedo. Sufro por la mujer. Vacío mi pequeño monedero negro en las manos de ella. Sé que no me quedará dinero para regresar a casa, pero no me importa. Camino. Me encuentro con Nellie y su familia en una especie de sala de masajes al aire libre —pequeñas habitaciones, camillas, etc. —. El padre de Nellie se dispone a proyectar una película. Nellie se sienta en una camilla como si estuviera en el palco de un teatro. El padre dice: «Tienes que ver esta película antes de que la venda». Momentos antes de esto,

Nellie y yo estamos junto al ventanal y vemos, silueteada contra el cielo, una mano, enorme y gigantesca, que señala amenazadora a nuestra izquierda. Pero sé que está hecha de cartón y manipulada con hilos, como las sombras del teatro balines. Ahora la mano se mueve por el horizonte, siguiendo el perfil desigual de las crestas montañosas, etc., y veo que no se desliza suavemente, como el sol, sino como una muñeca de guiñol, a tirones. No me impresiona, pero sí a Nellie. Me siento como en un teatro.

En el momento de despertar, la mano indicadora sigue en mi mente, supersticiosamente, como la mano de Dios o algo parecido. Hugo cree que aludo al ocaso de los aristócratas y que me río del fatalismo y de los aspectos catastróficos de nuestra época.

Me complazco en contarle a Henry una fantástica historia sobre los preparativos de Hugo para irse a Suramérica y dirigir allí una hacienda de maderas preciosas (Hugo le estuvo dando vueltas a esta idea durante los días de la depresión, porque un cubano rico le había ofrecido dirigir esa empresa). Detalles realistas. Hugo ha dado aviso al casero; el contrato expira en octubre (lo que Hugo hizo realmente fue pedir una rebaja del alquiler). Me gustó ver el pánico de Henry y oír cómo me decía en voz baja: «No puedes irte, cómo, no podría vivir sin ti. Cuando me quedo en Louveciennes me doy cuenta de que únicamente contigo puedo vivir plenamente... Todo está bien cuando estamos juntos. Tendrás que decirle a Hugo la verdad y romper con todo esto. Es lo que quiero».

Al mismo tiempo veo que le gusta hacerme repetir (¡Cuántas veces me hace la misma pregunta!) que no puedo vivir sin él, que si me viera forzada a tomar una decisión, lo seguiría a *él* ¡Saborea mis palabras y también mis promesas! Mundo humano, humano; y, hasta donde puedo ver, oh, Dios, un mundo *dominado* por los *celos*: los celos, el tema dominante del dolor de todos nosotros. Seguir a Henry significaría exponerse al *máximo* dolor y a mi máximo *miedo*. Cada vez que pienso en esto¡ tiemblo aterrorizada, con la mayor y más abyecta cobardía.

Sé que mi mayor defecto es la *hipersensibilidad... incurable.*

Henry cree que está pasando por una gran transición, desde el interés romántico por la vida al *interés por las ideas*. Se ha vuelto prudente, filósofo, metafísico. Su cabeza trabaja continuamente. Nos sentamos en un café y bebe, pero no deja de hablar de Spengler. ¡Me siento orgullosa, pero me siento burlada por mi *aventura*, por el mundo subterráneo de las tribulaciones más vulgares, por el placer, por los valores secundarios aunque románticos!

Por esta razón, el sábado por la tarde, en casa de Zadkine, acepto las atenciones y la invitación de un pintor inglés. Para ver, para oír, para explorar.

Muy en el fondo, soy feliz, feliz de haber encontrado un absoluto relativo. Me gustaría ponerme a prueba viviendo con Henry, ver si soy suficientemente grande, suficientemente valiente.

Henry, Henry. *Sólo vivo plenamente cuando estoy contigo*. Esto es frustración, media vida, como tú dices. ¿Cuánto tiempo podré resistirlo?

Cuando vino Hugo, me mantuve en silencio, retraída, con todo mi ser clamando mi adoración por Henry. Henry. El inmenso resonar de mi ser que me deja sorda ante el mundo. Quise correr tras Henry cuando se marchó, *quedarme con él*. ¡No me importa nada el dolor que me cause!

Hago ingeniosos planes para que, si estalla la guerra, Henry pueda ponerse a salvo. Salgo de mi mundo de sueños sólo para *fingir*, con una gran firmeza. Luego, vuelvo a olvidar la realidad y regreso para hundirme en *mi* mundo. Henry necesita mi coraje, mi sentido práctico, mi capacidad de decisión. Son su apoyo. Su desamparo en la realidad provoca en mí una feroz guerra por él. La idea de la «guerra» lo acobarda. Sólo ha vivido dentro de sus libros. Por el contrario, a mí, los grandes miedos me despiertan el coraje, la astucia. Henry está cansado de la lucha, de la inseguridad, de las guerras y del dolor.

Soy todavía una niña y la vida me desconcierta. Me parece que nací prudente y me he vuelto romántica. Que estoy en la cima lírica y apasionada de mi vida, que nada, salvo el absoluto (Henry), puede apaciguarme, que rechazo los fragmentos, los juegos, las diversiones y los bocados sueltos. No sé. Allendy me ha dicho: «Quiero enseñarte a jugar con el amor, a que te diviertas». Y eso es exactamente lo que no puedo aprender. No puedo cambiar mi yo fundamental.

¿Por qué Henry puede escribir ordinarieces que repugnan a Allendy y a mí me ilusionan, mientras que Allendy, con toda su finura, me produce una impresión de literalidad?

Intento racionalizar mi *¡no!* Aborrezco decir no.

Creo que no entiendo la vida ordinaria, que hay una deformación en mi manera de ver las cosas que ninguna inteligencia puede curar.

Puedo *«faire l'amour»* en un momento culminante. No puedo hacerlo prudentemente, atenuadamente, debidamente dosificado. Henry es el único hombre que cosecha el fruto en el momento adecuado. *Conoce* la fiebre, y conoce el abandono, y conoce el éxtasis. No estoy hecha para emparejarme con hombres prudentes.

Día de autocrítica sobre mis mentiras, sobre mi amor para probar mi *puissance*, avergonzada por la sinceridad de Allendy. Culpable de seguir un juego. Desde que supe que no amaba a Allendy, debí interrumpir el juego.

Este caos que tengo que vivir.

A Henry le parece ahora que mi *obediencia* a su deseo sexual —nunca llevo yo la batuta, y sólo lo tiento coquetamente cuando creo que quiere ser tentado— es la actitud correcta de la mujer. En ese sentido, es el dueño y señor. Siempre espero. Y ahora se siente *libre*, libre del amor de la mujer, de su exigencia, de su *voluntad* y apetito. Surge como *hombre*, hombre que así es dueño y señor del sexo, como debe ser. Pero, al mismo tiempo, esta obediencia sólo es posible en la mujer a quien el dueño y señor *satisface*. *Sé* que no tengo que aguardar mucho tiempo. ¡Puedo *contar* siempre con su pene incansable, siempre ardoroso!

¡La noche! ¡Qué noche! Aula de la Sorbonne. Artaud y Allendy en el podio. Allendy críptico, directo, objetivo. Artaud, poeta esencial: tenso, contraído, dramático. El público medio en contra, medio divertido, no entiende.

Estaban conmigo Henry, Hugo, Boussie*, Davidson*, Lalou y Madame Lalou. Todos, menos Hugo y Henry, se mofan y abuchean. Hay protestas e insultos. La gente se marcha con descaro, ostentosamente.

Artaud, cuando todo se acaba, viene casi directamente hacia mí y me besa la mano. Me pide que lo acompañe a un café.

Hugo no podía venir porque tenía que atender a Davidson, que no sabe francés. Así que me quedé con Artaud hasta que lo dejaron solo.

Andamos, andamos por calles oscuras. Está herido, lastimado, confundido por el público. Hablamos. Nos sentamos en La Coupole y charlamos. Olvida la conferencia. Relee la carta que le envié, se la traduzco. Le gusta lo que le he escrito. Me dice que ha sido adicto al opio durante quince años. Describe sus sensaciones, sus miedos, sus luchas para llegar a la obra. Recita poesía. Dice que mis ojos son verdes y, a veces, de color violeta. Hablamos de la forma, el sueño, su obra, el teatro. Mi extremada timidez hace que lo escuche en completo silencio. Nos entendemos mutuamente y caminamos y charlamos durante horas.

Hoy, Henry. Le confieso la gran conmoción que anoche me produjo el ver a un artista sensible frente a un público hostil. Cuánta *brutalidad* en el público, cuánta fealdad en el público, que no sabe cuándo tiene delante a un artista sincero ni sabe respetar su sinceridad.

Henry admira a Artaud y se sintió emocionado por lo que dije. Henry es el *hombre menos mezquino que conozco*. Me conmovió su generosidad, porque esta actitud acompaña a otro sentimiento que me confesó: En el momento en que Artaud apareció en el aula, Henry reconoció al poeta y vio y entendió, como en un relámpago fugaz, que yo podía amarlo. Y diciendo esto, qué dulce y qué conmovedor era.

De todas formas, ¡pasamos una tarde emotiva! La carta de Padre llegó a media tarde —una carta bella y tierna que me hizo llorar—. Hice prometer a Henry que escribiría un día a su hija. Traduje la carta a Henry. Estaba abrumada por su belleza.

Luego, Henry y yo hablamos de los celos y de lo agradecido que está porque no acudo a los celos para tiranizarlo. Hago tanto para preservar su seguridad porque en esta seguridad trabaja, se expande, encuentra el equilibrio y se encuentra a sí mismo. Eso es importante. Se ha encontrado a sí mismo porque no lo he esclavizado. He respetado su entidad, cree que nunca he traspasado los límites de su libertad. Y de esto nace su fuerza. Y con esta fuerza me ama, totalmente, sin guerras ni odios ni reservas. Es curioso cómo he podido hacer a Henry el mayor de los regalos: el de *no apresarlo*, el de mantener nuestras almas independientes, aunque fundidas. Es el máximo milagro del amor *prudente*. Y es esto lo que él también me da.

Es esto lo que Allendy no ha podido darme. Anoche, por celos, se mostró mezquino y tiránico. Tuve que hacer un esfuerzo para telefonear y decirle: «A pesar de la gente que estará conmigo esta noche, recuerda que sólo pensaré en ti». Pero cuando vio que Henry me encendía el cigarrillo, se acercó severamente, como un policía, para decirme que estaba prohibido fumar. No me gustó la mezquindad de sus celos.

—¿Ves? —dice Henry—. No soportaré lo que Lawrence tuvo que soportar. Me he liberado porque te tengo. ¡Me he negado a ser destruido por la mujer!

Me negué a hacer el papel torturante de la mujer, a torturar a Henry, y lo he liberado. He sido la mujer creativa. No necesité sus celos para satisfacer o probar mi *puissance*. Creo en su amor, en su gran amor egoísta, como él dice. Mi gran egoísta hace lo que quiero.

¡Por primera vez, en medio de nuestra charla, nos besamos casta y tristemente! ¡Después nos relajamos, nos tumbamos juntos, él y yo, seres decadentes, extrañamente vigorosos! Henry y yo, solos en el mundo moderno, poseemos imaginación deformada, hipersensibilidad, neurosis, todos los estigmas de los años y, con todo, tenemos *salud* —la salud resultante de nuestra actividad sexual— en raro contraste con lo anterior. ¡Una mente convenientemente enferma en un cuerpo razonable y sano!

La carta de Padre, la próxima visita de Padre, está como una flor en las páginas de un libro. En el centro de mi libro, de mi diario, de mi vida. Mi primer ídolo.

Mi vida, río grandioso y tumultuoso, se arremolina a mi alrededor...

Lo que me entristece es que Allendy me ha dado vida y he sido incapaz de pagárselo. Me ha dado más de lo que he podido dar. Odio abandonarlo en este estrecho, apretado y doloroso mundo. Me habría gustado que conociera la alegría.

Anoche, su magia flaqueó, vaciló, palideció, se oscureció. Los celos, los celos, su única expresión, lo oscurecieron, lo apartaron.

La *aventura* está muerta.

Il reste l'amitié.

Los ojos de Artaud. Antes de bajar los párpados, sube las pupilas y veo sólo el blanco de los ojos. Los párpados caen sobre la blancura, un lento gesto de carne, y una se pregunta dónde están sus ojos. Él, el hombre que ha inventado dimensiones nuevas para los sentimientos, los pensamientos y el lenguaje.

Ojos azules de languidez, oscurecidos por el dolor y el arrebato. Amables anoche y, al final, vivaces mientras caminábamos. Un manojo de nervios, enredados.

Me fascina el misterio del ser humano. Tenía que resolver el enigma de Allendy. Me entusiasmaba descubrirlo. Y ahora tengo la clara sensación de estar corriendo...

Henry y yo somos tan *conscientes* de las mudanzas de la vida, del fatalismo, de la necesidad de la perfidia; tan triste y prudentemente conscientes, curándonos mutuamente las heridas mediante el gran milagro de nuestra *unión* fundamental.

Me reí al detectar, entre las verdaderas emociones de la carta de Padre, dos mentiras y una frase teatral. ¡Mi amado Padre! Qué *sursaut* de alegría cuando leí: *« Anaïs, ma fille! Ma chérie...».*

Lo que de nuevo encuentro difícil de soportar es mi soledad. Permití que Allendy orientara mi vida, la juzgara, la equilibrara. El tiempo que duró mi sometimiento fue dulce.

Pero cuando se hizo humano empleó su poder mezquina y equivocadamente. Sus celos se convirtieron en una oscura tiranía.

Esta noche, al teléfono, su voz era fría, preñada de furia.

De modo que, ahora, Allendy, mi dios, actúa como Eduardo. Estoy decepcionada. *Humanamente*, debiera sentirme complacida, halagada; pero no, lamento haber perdido a un líder.

No puedo poner esta fe en Henry porque sé que es un ser tan apasionado, tan imaginativo y tan ingenuo como yo misma. Allendy era la sabiduría, la prudencia. Lamento su transformación en *hombre*.

Me entristece haberme convertido otra vez en un ser independiente. Era profundamente placentero depender de su clarividencia, de su divina guía.

Helas!

¡Qué demonio hay dentro de mí!

Hoy vino Bernard Steele, el joven editor de Artaud.

La noche en casa de los Allendy fui muy irónica. Hoy no puedo resistir su mirada. Una mirada abierta, franca, sedienta, viva; y siento tres veces una especie de temblor, un terror sensual.

¡Ya no sé si es mi poder sobre él lo que me trastorna! Parezco como si flotara de un éxtasis a otro. Para mí, Steele es Eduardo *vivo*, un John joven, bello, pleno, de rasgos pesados.

Cesa nuestra guerra de ideas. Solos, nos sentamos un momento en el jardín y nos ponemos de acuerdo acerca de la expresión *modo de vivir*.

Estoy furiosa conmigo misma.

¡La mujer, la maldita mujer que llevo dentro! Asoma su cabeza. Sólo la artista es valiosa. La artista debe salvarme. Profundidades. Valores. Los traigo a un primer plano para combatir mi sensualidad y mi susceptibilidad.

Steele toca delicadamente la guitarra. La inteligencia de Steele. La admiración de Steele por Rank, también por Allendy. La raza de Steele. Un hombre dotado de múltiples elementos y contradicciones. Un músico. Un hombre lleno de conflictos y emociones. Tauro y Leo. Aristocracia.

Y me río.

Todavía no me había sucedido. Que me diera a un hombre que no amo. He sido fiel al amor.

Pero la coquetería, la inmensa coquetería. Y, con todo, nunca el juego. Y como Allendy ha modelado mi locura en sabias proporciones, ha ordenado un *diapasón* humano, una *liaison* francesa, medida, le vuelvo la espalda.

No me importan las proporciones, las medidas, el ritmo del mundo ordinario. Me niego a vivir en el mundo ordinario como una mujer ordinaria. A establecer relaciones ordinarias.

Necesito el éxtasis.

Soy una neurótica, en el sentido de que vivo en mi mundo. No me adaptaré a *el* mundo. Me adapto a mí misma.

Henry dijo el otro día: «En aquella conferencia, miré a Allendy y a otros hombres de mi edad, y me sentí tan joven, tan vivo. Me sentí tan joven. ¡Me parecieron cadáveres!». Henry es joven.

11 de abril de 1933

Un demonio. Un demonio dentro de mí.

Allendy se niega a morir. Sus celos despiertan en él la furia y la pasión. Me reprocha mi coquetería; me reprocha que lo ignorara durante la conferencia. Vio que me iba con Artaud. Vio a Henry sentado a mi lado. Me reprocha que juegue con él. Que deje de necesitarlo cuando se ha convertido en mi esclavo. Empieza a morderme, a acariciarme salvajemente. Me levanta en vilo. Nos tendemos en el suelo. Y está nervioso, nervioso, asustado. Y soy amable y comprensiva, y le hago reír, y hago que se sienta cómodo. ¡Yo estoy cómoda! Me río, realmente. No siento nada. No me comprende en absoluto. Cada palabra que dice es equivocada. Mejor así. Placer. Ninguna comprensión. Ira. Celos. Colisión. Todo carente de poesía. Sólo un hombre grande, hermoso y vital despertado a la pasión. En mí, coquetería: eso es todo. Cada cosa en miniatura. Me siento cínica y me doy cuenta de que me encaro con la realidad, que Allendy ha despojado a todas las cosas de su ilusión. Para él, soy la mujer más encantadora y seductora, una *petite fille littéraire*. Exploro un mundo nuevo y juego con él. Frío. No me entrego. Rebajo la importancia de la sexualidad. Mi centro está intacto.

Me encuentro con Henry y me entrego a él. Adoración. Henry se maravilla de que tengamos que vernos en la habitación de un hotel. Quiere *vivir* conmigo, *vivir* conmigo. Dice que su sentimiento por mí hace palidecer la animalidad, que, por primera vez, se ha entregado a una mujer más que sexualmente. Si yo soy una narcisista, Henry es un egoísta.

Charlamos, hablamos de June. Del sentido sagrado que June, Louise y yo tenemos de nuestros cuerpos narcisistas.

Pero ellas se han sacrificado inútilmente, sin nada a cambio. ¿Por qué?

Porque se conocen, porque tienen miedo de entregarse, se sacrifican inútilmente por alguien tremendamente orgulloso, para engañarse. Se esfuerzan por exteriorizarse, pero inconscientemente hacen los mismos gestos para preservar el centro, como hizo June.

June *quería* dar su centro a Henry. Henry quería darse por entero a June. Y ninguno lo hizo. Henry se opuso a los esfuerzos de ella para poseerlo totalmente; June se opuso al amor sexual de él, que *ignoraba* el centro de ella. June habría dado su vida para conseguir de Henry lo que yo he conseguido. Yo habría dado mi vida por conseguir el amor de una puta. Pero no ahora. Ahora sé apreciar el valor de lo que se me ha dado. Es lo que quiero.

Una vez dije que estaba hambrienta, tan hambrienta que quería *todos* los amores. No es verdad.

Voy a ver a Allendy simplemente porque no tengo el valor de decirle: «Mi ilusión se ha roto. Está muerta. Detrás del dios que hay en ti hay un francés incapaz de lo ridículo, lo exaltado, lo loco, lo fantástico, lo inmenso, lo peligroso, la destrucción, las llamas, la fiebre, el éxtasis».

Metro Cadet. Me apoyo en el brazo de Allendy. Me dice: «Ten cuidado, pueden vernos». Me río. Hablamos. He bebido un poco para darme fuerzas. Rue de la Boule Rouge. Dice Allendy: «He telefoneado pidiendo una habitación. Monsieur "Heden". Es un lugar tranquilo. No nos molestarán. No hay nadie, nadie que pueda vernos. Entremos». Oscuridad. Fuera, el día es gris. Oscuridad. *Rez-de-chaussée.* Una habitación en rojo. Una cama en un nicho. Oh, me gusta, me gusta. Cortinas, alfombras, postigos cerrados. Francés. Francés. Francés. Allendy me besa

apasionadamente. «Te ayudaré a desnudarte.» Experiencia. Aventura. Curiosidad. Lo desconocido. Miedo. Los miedos correteando a derecha e izquierda, dispersos, alarmados. Cuerpos desnudos. Allendy se parece al hombre de uno de los cuadros de Lawrence. Tanta carne. Suave, blanca. Sin nervios. Sus nervios. Están tensos, alertados por la experiencia. Descubrimiento de los cuerpos. Besos que se funden en ninguna parte. Carne sin chispa, destellos de mi pericia. Gestos, los necesarios; conocimiento. Calmo sus nervios y lo despierto. La suya es una sexualidad de carne suave, calmosa. ¿Es eso todo? ¿Es eso todo? Esta gordura y blandura, como la de un niño. Comedia, comedia. Hago la comedia de la crispación y el deleite. Para buscar la vida, para provocar la vida. Allendy está satisfecho. Se acabó. Sólo me interesa su satisfacción. Reímos y charlamos. Dice: «Siempre, después de hacer el amor, me siento profético. La próxima vez... pero no habrá próxima vez, dijiste. Dijimos, una vez. Sólo una vez».

Los celos. «Has estado con Henry. Lo noto. ¿Cuándo dormiste por última vez con Henry? Te lo diré. Lo sé. Fue el martes (¡exactamente!). Eres una mentirosa, siempre una mentirosa. Amo tus mentiras. Tan delicadas. Pero lo sé. Henry te envuelve.»

Lo cual niego.

En un momento me dice: «Tienes el cuerpo más amable. No he podido verlo con claridad. Siempre me ocurre. Veo las cosas como a través de una puerta de cristal, confusamente. Después, recuerdo... y gozo».

Esto me enternece. No sé por qué. La angustia del moribundo y del muerto, del asustadizo, de quien se aleja. Una frase del hombre que me conmueve. Soy sincera cuando salimos y veo sus ojos empañados. El día se ha puesto precioso, invadido de luz. Crece la alegría de Allendy. «Oh, me siento bien, me siento bien. Ha sido maravilloso y lo deseaba desde que te vi el primer día.» Luego, en el taxi, nos cogemos de las manos. Es tan amable y sentimental.

Cuando me separo de él, mi sinceridad crece, se expande. Sentada en un café, con Hugo, me viene a la memoria el contacto de su cuerpo y me conmuevo. Eso es todo. Una especie de lástima. Recuerdo sus historias: La mujer que se enfadó tanto porque él no se la folló inmediatamente y ya no quiso verlo más.

Con qué diferencia siento las carencias y el sufrimiento del hombre. Me lo tomo a risa, lo venzo. Y hago un regalo a cambio del tributo de su amor. Y me siento libre de deudas. Y me alejo alegremente, sin deber nada, independiente, libre. Un tanto irónica. Luego mi ironía se viene abajo como un globo desinflado, porque Allendy está angustiado, y yo lo perdono, perdono al mundo, a la realidad, a los engaños de las incapacidades sexuales. Armada de ironía, desarmada por la comprensión, porque tras las incapacidades de Allendy veo su gran falta de pericia con las mujeres, con la realidad, veo su miedo, la inseguridad y la angustia. Escucho todas sus preguntas: «¿Estás satisfecha? ¿He sido mejor que Eduardo? ¿He sido tanto como Henry?».

Quiso pegarme; así es como se excitaba con otra mujer. Empezó a golpear mis nalgas, zas, zas, y yo me reí. Pero, de pronto, se sintió *afectado*. Y se detuvo, aturdido por sus sentimientos, porque había visto las marcas de sus manos en mi «piel satinada».

—No irás a escribir esto en tu diario, ¿verdad?

—No. No. Además, te he disfrazado de astrólogo (en el libro «Alraune»). Y no voy a decir que me he acostado con el astrólogo. No me parece bien.

Cuando vio mis pechos, me recordó que ya los había visto antes. Nos reímos de mi coquetería.

Allendy *goza* con los celos. Ayer, lo más destacado de él fueron los celos, más importantes que la posesión. A Artaud, a Steele, a Henry y a Lalou los ve acechando a mi alrededor, y eso lo provoca.

Sexualmente, sólo conseguiré mi propia salvación cuando pueda ir sexualmente con hombres de quienes no quiera recibir ternura. Después de todo, si la suavidad me atrae es porque tengo miedo de la brutalidad. ¡Luego resulta que me disgustan la suavidad, la excesiva sensibilidad, lo sentimental, la entrega, la adoración!

Henry vino el otro día con William A. Bradley*, agente literario y amigo de muchos escritores.

Dr. René Allendy

Simpatía inmediata.

Bradley estaba entusiasmado conmigo, completamente loco. Encantado. ¡Estaba seguro de que mi escritura es interesante!

Hoy me telefonea. Ha leído mi diario de infancia. Dice que es notable. Su esposa y él han reído y llorado al leerlo. Tragedia. Es eso. Dice que tiene un tono trágico, tonos profundos, tan raros en una niña.

Vuelvo a ver a Millner, un ruso que escribe sobre Spinoza. Millner es el hombre que alabó mi libro sobre Lawrence antes de conocerme, y sólo cuando lo mencionó a Hugo supo que yo era su esposa. Dice que debería haber escrito la síntesis final de Lawrence. En lugar de eso, he iluminado el camino para los demás. Cree que me falta confianza, egotismo. Quiere que, durante un tiempo, exhiba mi *moi*. Quiere orientarme, enseñarme, formarme. Dice que tengo todos los elementos y desconozco mi propio valor.

—Siempre exige a la mujer alma y cerebro —afirma su esposa.

—Es ruso. Absolutamente ruso —dice cuando echa una ojeada a mi diario infantil—. Esa *tristesse*, esa precocidad. Tengo la sensación de haberla conocido hace siglos. Es como si supiera todo de usted. Quizá esté equivocado.

No lo sé. Miro a este hombre, tan intensamente inquieto, psíquico e intelectual, y me maravillo. Su admiración me ha desasosegado desde el primer momento. Anoche sentí su intuición, su enorme aprecio. Me siento incómoda y extraña en este nuevo papel de *receptora*. Estoy aturdida. Una sobreabundancia de aprecio. ¡Debo escribir para mantenerme lúcida, para mantenerme sana!

Tengo la impresión de ser sobrevalorada.

19 de abril de 1933

Viene Henry y trabaja en mi historia de «Alraune» con la *minuciosidad* que no poseo; me alaba, se pone histérico con las últimas páginas, que son una frenética orgía sensual, y se apasiona con ellas. Y nos sumergimos en un mundo que sólo existe entre Henry y yo. Es tan dulce entrar en su habitación para despertarlo, verme arrastrada a su cama, tenderme a su lado para una siesta y sentir sus manos que encienden otro fuego a las pocas horas. ¡Trabajo *entremedias*!

Henry nota las extrañas regiones muertas de Hugo, cómo responde un momento, se despoja del halo de lo aprendido, se aferra obstinada y tenazmente a la vida, y luego desaparece en la vaguedad, en la nada, del mismo modo que el ardor de Henry también se apaga y desaparece su entusiasmo. Estoy contenta, simplemente porque no creo ser injusta con Hugo; mis sentimientos son verdaderos. El gran amor fraternal que me mantiene a él unida responde a su inmensa amabilidad, su comprensión pasiva, su lealtad de discípulo, sus rasgos de ternura y sinceridad, su nobleza. Pero, por eso, oh, Dios, *necesito* a Henry. Para mí, Henry es el alimento. Para mí, Henry es la vida.

Dice que ninguna mujer ha escrito nunca como yo escribo. Se pone febril, se estremece con mis páginas sobre el lesbianismo.

Y cuando termino este libro de cien páginas apretadas, comprimidas, quintaesenciadas, no me siento exhausta, sino más llena que nunca, bullente de ideas. Escribiendo ya nuevas páginas.

Sólo puedo *entrar* en la realidad empujada por una gran exaltación. De otra manera no puedo moverme. En los momentos de serenidad, vuelvo a sentirme presa en la red de mis sentimientos delicados, de mis timideces, como si me rodeara una atmósfera extraña.

Admito mi anormalidad.

Hoy recibo de Henry unas páginas extraordinarias en las que ha reescrito mi prefacio a «Alraune», ampliándolo, realzándolo, diciendo cuanto yo quería decir, adivinando no sólo mi intención, sino sobrepasándola: una verdadera creación intermatrimonial, semejante a un hijo de *nuestra* sangre y *nuestra* carne. Me ha dejado sin habla.

Extrañeza. Cuando me analizo, siento una rotura de diamantes, que mis nervios se desatan. La sensación de que los gestos son sagrados se disuelve. ¿Sagrados los gestos? Quiero despojarlos de su sacralidad. Yo, que soy tan trascendentalista, he sido vencida por los gestos. Doy importancia a los gestos. Los gestos son mi último duelo con la vida. En el plano de la imaginación, yo reino. En el plano de la experiencia, *yo temo*.

La terrible sacralidad. El momento en la habitación roja, cuando *odiaba* estar desnuda y ver a Allendy, desnudo, lavándose la barba. Para mí, la realidad es como una violación. En toda mi lucha por esposar la realidad, he violentado algo esencial de mi ser que no entiendo. Tan sólo Henry... Y recuerdo algunos momentos difíciles, algunas parálisis.

¡El esfuerzo de vivir!

¡Si siquiera Allendy me entendiera!

Quiero hacer frente a la vida.

Mi gran defecto es mi sentido crítico. Sentido crítico. ¿No será que busco excusas a mi incapacidad para divertirme sexualmente, libremente? ¿Qué importa si Allendy es literal? ¿Y qué importa que Steele no piense como yo? Sexo. Quiero bañarme en el sexo, igual que Henry, sin sentido crítico. Mientras escribo la palabra pienso en Steele, vívidamente. ¿Otra probatura?

Qué demonio soy. ¡Cuántas contradicciones y puerilidades!

Lo que la mujer nunca dice al hombre es la calidad de su vigor sexual. La última mentira. Muchos caprichos míos con respecto a Allendy son para ocultar, sobre todo a mí misma, el amante fofo que me he buscado. ¿Quién se acuesta con magos? Los profetas son asexuados. Lawrence. Jesús. Y las mujeres los adoran. Las mujeres son masoquistas. ¡Qué gran verdad!

¿Qué soy? ¿No está gran parte de mi sensualidad diluida en el éxtasis de escribir, de la belleza, de las sensaciones no culminadas? ¿No he pasado gran parte de mi vida suspendida sobre el mundo o en sus márgenes? ¿Acaso no soy como Rimbaud, que sólo sabía ser inocente u obsceno, sin matices humanos intermedios?

Henry sobre «Alraune»: Me cuesta explicar las sutilezas que hacen tan enigmática tu escritura y sobre esto he llegado a una extraña conclusión. Creo que, en lugar de ser tan Piscis como imaginas, eres, por el contrario, una persona bastante ligada, atada, refrenada. De vez en cuando rompes las ataduras y te explayas con poder y elocuencia convincentes. Pero es como si primero, dentro de ti, tuvieras que romper diamantes, triturarlos hasta reducirlos a polvo, y luego licuarlos. Una extraordinaria obra de alquimia. Creo, además, que una de las razones por las que tan firmemente te has refugiado en tu diario es porque temes poner a prueba tu yo tangible en el mundo; seguramente, si lo que has escrito se ofreciera al mundo, ya habrías modificado tu estilo. Te has ido enconando, cada vez más protegida, cada vez más sensible, y esto produce venenos y gemas, coágulos, fantasmagoría sembrada por la neurosis.

Observo la agudeza y la intuición de Henry. Nunca le he hablado de mi neurosis. Qué visión tan clara la suya.

Esta noche comprendo que el diario es una lucha para fijar y captar a la persona más inaprensible del mundo. Eludo mi propia percepción. No cuento todas mis mentiras; llevaría

demasiado tiempo. No puedo escribir concentrándome en mí misma. Mis pensamientos se disparan en mil direcciones. Anoche, tres horas de charla con Henry. Y compruebo que mi amor por él es el *más impávido* de todos mis amores y actos vitales, porque en Henry todo está hecho para herir: sus fugas, entusiasmos, impresionabilidad, fantasías carentes de sentido crítico, sexualidades, contradicciones, marcialidad, brutalidad de lenguaje, franqueza. Y, a pesar de eso, entiendo y acepto todo. Por él quiero vencer mi sensibilidad.

Cada día debo decirme: «Valor, *audacia*, madurez, *haz frente* a la vida, *haz frente* al público como mujer, como artista. Endurécete, sé fuerte. Sé fuerte».

Cuando Allendy se vestía y habían estallado sus celos por Henry, se le ocurrió mentirme. Vi cómo se inventaba la mentira. Sabiéndome incapaz de tener celos, me dijo: «Tengo una amante que se enfadaría mucho si lo supiera».

Nunca ha habido, en todas las confidencias de Allendy, el menor asomo de una amante. Me ha contado que su vida estaba vacía, que su última experiencia con una mujer neurótica lo había asustado. Lo *creía* y lo *sentía* libre, porque la relación con su esposa es fraternal. ¡También sabía lo completamente enamorado que está de mí!

Me estaba poniendo las medias. Me detuve para hacer un comentario alegre. Me reí para mis adentros.

Más adelante, su mentira me fue de utilidad.

De hecho, cuando Allendy se inventó una «amante legítima», aunque sabía que era mentira, esta mujer inventada me irritó y quise suplantarla, aniquilarla. Es decir, aunque yo no quería a Allendy, podía imaginar e incluso sentir celos de otra mujer que lo poseyera. El mecanismo de los celos funciona habitualmente como un fenómeno distinto y separado del amor.

Cuando empecé a tramar el esquema para librarme de verme con Allendy el jueves, hice un plan mental, pero, cuando se lo expuse por entero, empecé a imaginar tan vívidamente cómo me habría sentido si yo hubiera amado a Allendy y hubiera descubierto que dividía su amor con otra mujer que sentí una profunda emoción, enteramente sincera.

Y entonces vi que Allendy entendía perfectamente la neurosis que no existía y me inventaba, que yo, al enterarme de que había otra mujer, quería retirarme, porque no quería exponerme al dolor ni quería (y esto es un toque maravilloso) herirlo con mi súbita actitud neurótica, porque le dije: «Sabes cómo he actuado siempre, conquistando al hombre, como conquisté a Eduardo, y luego castigándolo sádicamente, como hice con él aquel día en la habitación del hotel. Y nunca querré hacer lo mismo contigo. Quiero librarte de mi propia neurosis, que es peligrosa para ti. Te aviso con tiempo. Quiero que conservemos nuestra amistad».

Vi cómo me entendía Allendy, vi la belleza y suavidad de sus ojos cuando me dijo: «Te entiendo perfectamente. Necesitas lo absoluto, la pureza, la totalidad. Eres sensible». Me emocionó entonces y admiré su bondad, su ternura, su desprendimiento, su magnanimidad.

—Hace tiempo que lo sabía —añadió—. Sabía que eres una mujer que no puede jugar con el amor, pero me cegué, perdí la cabeza y me volví loco. Sabía *que* no podrías hacerme daño. Haré todo lo que digas. Seré tu amigo para siempre. Renunciaré al placer que me has dado. Te amo. Te entiendo.

Fui consciente de haber emocionado a Allendy con mi actitud más fingida y, sin embargo, empezaba a creérmela. Me costaba cada vez más tener en cuenta que Allendy no tenía ninguna amante. ¡Tan emocionada estaba con mi propia historia y la, sublime interpretación de Allendy!

Movida por su sabiduría y amabilidad, me dejé besar. Y me besó apasionadamente, suplicándome que el jueves tuviéramos una reunión de despedida, prometiéndome una *gran escena*, un drama, ¡prometiendo ser violento porque a mí me gusta el drama! Fue estupendo su *humor*. Volvió a ser el soberbio y jocundo Allendy del psicoanálisis (porque consentí en verlo el jueves). Se mostró radiante y bromista. Sus ojos eran extraños e *inquiétants* cuando dijo: «Te *pegaré*. Lo mereces. Y gozarás. Te pegaré fuerte, coqueta».

Aunque «pegar» es un tema recurrente en la conversación de Allendy (casi desde nuestro primer beso, recuerdo su pregunta: «¿Te ha pegado alguna vez Henry?»), cuando lo mencionó hoy, con la mirada centelleante, quedé impresionada. ¿Será que Allendy alcanza su expresión sexual más fuerte causando dolor, para compensar así su excesiva ternura por la mujer? Despertó en mí una vehemente curiosidad. Habló de la suprema voluptuosidad, habló como si *la conociera*. Recuerdo ahora también que mencionó a una mujer que quería que le pegaran y a la que a él le gustaba pegar. Estaba erguido, era otro Allendy, vital, reidor, demoniaco. Me estremeció. Nos besamos violentamente y sentí su deseo.

Camino de casa, empecé a reír. ¡El jueves prometía ser interesante!

Sé que en mi inconsciente hay un fondo de crueldad y miedo que hace que yo desee castigar y abandonar al hombre.

Henry paseaba arriba y abajo del estudio, criticando la historia de «Alraune» y haciendo sugerencias. Estaba tremendamente excitado con las pocas páginas del astrólogo. Pensaba que no había desarrollado del todo la idea. Empezó a hablar inspiradamente sobre la leyenda de Alraune: Tenía que hacer del astrólogo un alquimista que obtiene a Alraune de la combinación de una puta con el semen de un criminal —*una creación*—, del mismo modo que yo era la creación espiritual de Allendy. El alquimista se enamora de su criatura y Alraune intenta destruirlo. La idea de que cuando violas la naturaleza recibes tu castigo. Allendy destruido conmigo. Ha creado y producido una fuerza. Para el bien o para el mal. Y cuando surjo a la vida, me ama, no como debiera, como un padre, sino *carnalmente*, y luego me doy cuenta de que éste no es el vínculo del verdadero matrimonio, y me vuelvo a la Tierra, al hombre, a Henry.

Mientras Henry elaboraba esta historia, la leyenda, mi libro, sin conocer el conflicto real entre Allendy y yo (qué verdad es que él me ha creado, después me ha amado, luego me ha deseado, y yo sólo quería ganar a mi Padre y destruirlo, afirmar mi poder), mi cara mostró con claridad lo alterada que estaba. Y dije excitada: «Qué verdad tan grande». Henry, de pronto, tuvo una intuición. Se puso histérico. Habló entusiasmado del interés literario de esta escena, mostró un gran dolor e inmediatamente, una tremenda exageración, creyéndome, de pronto, capaz de *todas* las cosas, saltando al mismo tiempo de los hechos más fantásticos a los más realistas. Entiendo por realismo que me he acostado con Allendy, sin que eso significara *absolutamente nada para mí*. Y por imaginación, bueno, la verdad es simplemente que he sucumbido a un automatismo psicológico, una transferencia con todo lo que tiene de mecánica, *pero* que yo he revestido con una suma de sentimientos, porque yo doy sentimiento a todo. *Ni amor ni traición*.

Llegamos al tema de las mentiras. Me parece que sabía entonces por qué June y yo mentíamos:

1. porque, inseguras, temíamos que reveláramos que quizá no éramos admirables. Siendo narcisistas, también nos disgustaba mostrar lo que considerábamos un defecto o una debilidad.
2. por miedo a herir o hacer daño.

Ahora bien, June era incapaz de superar este callejón sin salida.

Yo sí podré, porque la *verdad* no hiere a Henry tanto como lo que imagina. La verdad no tiene ese aspecto monstruoso y terrorífico.

En cuanto a la seguridad en mí misma, es cierto que me falta de alguna manera. Henry y yo estamos convencidos de que mi literatura es un tejido de disfraces, semejante a la multitud de mentiras de June. Sus dobleces y mis palabras jeroglíficas, enigmáticas y simbólicas. Las invenciones de June y mis locas fantasías a través de las cuales nadie puede descubrir la huella de los hechos.

Mis negaciones y explicaciones causaron un efecto terrible en Henry. *Soy su esclava*. No sólo lamenté terriblemente el pasado, sino que odié violentamente a Allendy, y más a mí misma. No causar dolor a Henry me parece la ley más sagrada a partir de ahora. Al mismo tiempo, el valor literario de nuestra escena, los descubrimientos, el drama y las revelaciones, todo esto nos fascinaba, como si yo estuviera reviviendo para Henry cada paso de las complejidades de June, para desenmarañarlas entre los dos, yo, con mi experiencia, y Henry, con su apasionamiento intelectual por los problemas, porque June seguía siendo un enigma psicológico para nosotros dos.

¿Cómo voy a hacer esto sin herir humanamente a Henry, cómo voy a aportarle verdad y fidelidad absolutas?

El modo atenuado de prestarme a estas experiencias prueba el alcance de mi devoción por Henry, si bien me tientan las curiosidades, las debilidades, las piedades.

Todo lo que quería esta noche era recuperar nuestra confianza. Incluso me parece que las «infidelidades» sólo se han debido a la extraordinaria intensidad de nuestro amor. He pensado para mí que debo ser más fuerte, más experimentada para Henry. No debo engañarlo, de tal modo que yo pueda resistir sus engaños y dejarlo así libre. Todo revierte y se origina en Henry. ¿Entenderá él esto?

Esta noche me siento aquí rota, apesadumbrada. Ha ido con sus putas (¡sólo dos veces!) y no puedo ir a ninguna parte, porque no sé jugar con putas y las consecuencias de mis excursiones son siempre más serias.

Cuántas mentiras me gustaría borrar. Nuestra única gracia salvadora, el humor y la ironía de la *literatura*, el interés alejado de lo excesivamente humano.

Lo que más me conmovió fue cuando discutimos nuestros planes para el mes de junio (Hugo quizá vaya a Nueva York). Henry no quiere viajar ni ir a ningún sitio, quiere Louveciennes, a mí, su trabajo y los libros. Perfectamente contento. Soñando con ello. Y así acordamos que si había que hacer algún viaje, él iría solo, porque quiero que sea libre, libre de mí, libre para hacer lo que quiera. Quiero darle todo y hacerlo libre. Para él tengo todo el coraje y toda la prudencia. Ayer me

repitió: «Quizá pienses que June obtuvo el máximo de mí, pero has sido tú, tú la que ha obtenido de mí las cosas que quería June y no consiguió nunca». Y sé que es verdad.

Ahora se ríe de sí mismo, de su timidez antes de Louveciennes. De cuando se sentía un patán y quería liarse a patadas con todo lo que lo rodeaba porque le asustaba. Ahora Louveciennes es su propiedad, su amor. Ha vencido al miedo, al mundo. Aristocracia. Belleza. Todo lo que ansiaba profundamente y parecía detestar.

Artaud es uno de los personajes de mi vida literaria, como June o Louise. Tiene virtudes dramáticas, teatrales. Reconocemos una diferencia.

—Desdeño la realidad y me contento con dormir y soñar. Amo mis pesadillas —le digo.

—Sí —dice Artaud—. He observado que estás satisfecha con tu mundo. Eso es raro.

Y de pronto, me doy cuenta de que no es mi mundo onírico lo que me satisface, sino Henry, Henry en el mundo de mis sueños y Henry en la realidad. Casi me avergoncé de mi júbilo delante de Artaud.

Se va para asistir a su acostumbrada cena de los miércoles en casa de los Allendy.

Ahora, cuando pienso en Allendy, no veo la imagen de un psicoanalista vestido, imponente y enigmático, sino un cuerpo. Un cuerpo que no quiero. Lo que quiero ardientemente es ese mes con Henry.

Métro Cadet. Llego tarde; Allendy pensaba que ya no iría. Experiencia, curiosidad, comedia. Pero me gustaría un poco de whisky. A Allendy no le gusta que quiera beber whisky. Dice que nunca bebe por la tarde y ahora no lo va a hacer, alteraría sus costumbres. Al oírle esto, bebo con más ganas. Es cómico. *Allons done*. La habitación francesa, ahora de color azul. Postigos cerrados. Lobreguez. Lámparas y terciopelo. El nicho. ¡Como en los grabados del siglo XVIII! ¡La barba, lo francés y todo! El nicho de la cama.

Allendy no me besa. Se sienta al borde de la cama y dice: «Vas a pagar por todo lo que has hecho, por esclavizarme para abandonarme después. *Petite garce!».*

¡Y se saca un látigo del bolsillo!

No había contado con el látigo. No me atrevía a mirarlo. Gozaba con la furia de Allendy, con sus ojos de fanático, su ira, la voluntad que lo dominaba.

Me ordenó que me desnudara. Lentamente, me quité el vestido.

—Vas a jugar con los hombres, a torturarlos. Muy bien. Me has ganado y luego sólo puedo poseerte una o dos veces. Créeme, te vas a acordar. Ningún otro hombre te ha hecho lo que voy a hacerte, no se han atrevido. Henry no te ha pegado, ¿verdad? Voy a poseerte como nadie te ha poseído. Diablesa.

Mientras escribo esto, advierto la calidad de novela barata que hay en todo ello. Si yo hubiera leído más novelas baratas, me habría dado cuenta de inmediato, pero sólo las conozco de oídas.

Experiencia, curiosidad. Frialdad. No sé todavía cómo voy a reaccionar ante ese látigo. Cuando Allendy prueba con unos primeros azotes débiles, siento simplemente enfado y ganas de devolverle los golpes. No veo por ninguna parte la «voluptuosidad». Me pongo a reír. Mi orgullo se

siente gravemente herido. Es como si mi Padre me pegara. Me parece que debo ser astuta y mostrarme encantadora para desarmarlo.

Me he esforzado para no dejarme vencer por los latigazos de Allendy y me quito la combinación para impresionarlo. Al mismo tiempo, provoco su furia diciéndole: «No, no quiero. No puedes hacer eso».

—Te voy a hacer trizas —dice Allendy—. Vas a arrastrarte por el suelo y a hacer cuanto te ordene. Quiero que te rindas, que olvides tu orgullo, que olvides todo.

—No quiero.

—No tienes más remedio. Puedes gritar. Nadie en esta casa presta atención a los gritos.

—No quiero porque me dejarás señales. No quiero que Hugo las vea. ¡Ni tampoco Henry!

Cuando oye esto, Allendy me hace tender en la cama y me azota las nalgas, con dureza.

Pero observé una cosa: Su pene, después de toda esta excitación por su parte, después de los latigazos, forcejeos, caricias furiosas y besos en mis senos, seguía estando fláccido. Henry ya estaría ardiendo. Allendy empujó mi cabeza hacia su pene, como la primera vez, y luego, con toda la aureola de la pasión, me ensartó y me folló, no mejor que la otra vez. Su pene es pequeño y sin nervio. ¿Voluptuoso? A él se lo pareció. Fingí, hice la comedia. Dijo Allendy que había alcanzado el máximo placer. Jadeante, se tumbó satisfecho.

Pensé: Escribiré la verdad absoluta en mi diario, porque la realidad merece que se la describa en los términos más abyectos.

Faute de mieux, el cuerpo me dolía y ardía a causa del látigo. Había recibido una sensación en lugar de otra.

Lo que me divirtió es que yo hubiera sido capaz de engañar tan bien al Allendy ¡psicólogo, intuitivo, astrólogo! El hombre que, antes de nuestra cita, había dicho una frase tan tremenda como ésta: «Mi trabajo es cada vez más monótono. Es triste comprobar la semejanza entre los seres humanos. Ante una misma situación, reaccionan de la misma manera. Siempre el mismo comportamiento».

Sólo ve las semejanzas, ignora las variaciones maravillosas. ¡Pobre Allendy! Es la muerte. El conocimiento en lugar de la fe. ¡Yo tengo fe!

—Me siento bien —sigue diciendo—, me siento maravillosamente. Sabía que te gustaría. Que sacara al salvaje que llevo dentro.

Pues vaya salvaje. *Un sauvage á faire rire*. Y porque no fue real y profundamente salvaje, ¡esta noche describo lo ocurrido como una salvaje! La mujer sigue siendo una puta. ¡Sí, el hombre es el único que evoluciona! El sabio asexuado debe azotar a la salvaje para volver a la vida. Después de todo, me gustó aquel látigo. ¡Era viril, salvaje, dañino, vital! ¡Todavía me escuece!

Me pregunto si Allendy sabe lo inaprensible que he sido. Qué comedia he tenido que hacer para que me besara, me follara, cuando yo no estaba allí en absoluto. Qué intacta e ilesa me siento esta noche, acompañada de mi diario y de una carta de Henry. La realidad no hace presa en mí cuando es estúpida, ridícula, fea o débil.

Qué bien fingí para que luego, en el taxi, Allendy tuviera arrebatos de «pasión» (hablo relativamente) y se sintiera alegre.

Goza de la ilusión del «misterio». Dice que, cuando nos recuerden, nadie creerá que semejante escena fuera posible. Nadie. Me echo a reír. ¡No, nadie podría imaginarla!

—Por ejemplo, Artaud, no —dice Allendy con ánimo vengativo, porque siente celos de Artaud.

—¡Ni siquiera yo puedo imaginármela!

Allendy no ha entendido que lo que yo anhelo es únicamente la flagelación de la pasión y ser la esclava de un auténtico salvaje.

El trabajo de cada hombre es la *justificación* de un defecto, de una incapacidad. Una compensación. La sabiduría de Allendy, su evolución, su aniquilación mística en la totalidad, su deseo de morir son perfectamente comprensibles.

—De esta manera —dice—, llegas a una especie de vértigo.

Yo llego al vértigo cuando Henry abre la boca para besarme.

Si uno se libra de los terrores de la vida con el conocimiento, de los peligros con la prudencia, de las catástrofes con la objetividad, y descubre al mismo tiempo que todo lo que se vive es irrealidad y comedia, entonces digo, por Dios, mejor es morir, sufrir. Lo que hoy aborrecía, con Allendy, es que considere la vida como un drama que se puede manipular, controlar y falsificar, que crea que conocer el origen de la vida es destruir su esencia, que es fe, terror y misterio. Hoy contemplé el horror de la sabiduría. El precio letal que uno paga por ella.

La pregunta es: ¿Están hoy los hombres muertos porque han falsificado los orígenes de la vida, o han falsificado los orígenes de la vida porque están muertos y viven ilusoriamente manipulando la vida?

Esta noche estoy aterrorizada.

He atravesado el universo de la muerte. ¡Me ha follado la muerte!

1 de mayo de 1933

Hugo se va dos días a Londres. Henry viene inmediatamente. Conversaciones maravillosas. Pasión maravillosa. Me encuentro tan bien al lado de Henry. Es tan sano, tan sensual. Tan vital, que es simple, indiferente al vicio, la perversión o la estimulación artificial. Lujurioso, como yo. Fundamentalmente sano, es pura vitalidad gozosa. Sólo su imaginación es deforme, gigantesca.

Pero esto es lo que me dice: «El primer día en que te vi, tuve la sensación y creí que eras perversa y decadente. Y, aparte de *nuestra* experiencia personal, que no es perversa ni decadente, sigo sintiendo en ti una inmensa complacencia, de tal modo que uno tiene la sensación de que no hay un *límite* en lo que eres o haces —eso es la decadencia, ausencia de fronteras—, una complacencia perversa, ilimitada en la experiencia».

Es extraño cómo Allendy se ha alejado de mí: el hombre del látigo es un fantasma, desconcertante. En los momentos de calma, el fantasma es el sabio, el idealista, el psicoanalista compasivo, apareciéndose en aquel nicho de alcoba, en aquella escena de Grand Guignol de novela francesa, sin grandeza ni sinceridad. Veo al sabio flotando, descarnado, ojos de

firmamento. ¡Mi sueño! Veo el cuerpo, el cuerpo asexuado, que expresa con el látigo la ira de su propia frustración.

Todo esto a la luz crepuscular.

Si no le explico a Henry el esquema de mi neurosis es porque me siento como un criminal que necesita que se le dé una oportunidad en un nuevo país, con nueva gente. Es una manera de vencer el pasado. Lo que sí hacemos algunas veces es hablar, esforzándonos por entender a June, sobre las causas de las excentricidades en el vestir de June y mías. La malicia sexual de June (como la de Frieda en la vida de Lawrence).

¡Hablamos todo el día! Henry saca todo lo que sabe, lee y piensa. Habla para encontrarse a sí mismo, sus ideas. Lawrence, el sexo, su juventud, un millón de temas, exploraciones y descubrimientos. Si no hubiera sexo entre nosotros, seguiría habiendo mundos y mundos de apasionantes intereses compartidos, de desarrollos mutuos.

Esta noche, de todas las noches, es la que elijo para decir mi última palabra sobre Hugo, ahora que en mí no queda nada más de aquel sentimiento de reproche o agravio. *Todo se debió a la necesidad de justificar mi pasión por Henry*. Y lamento los defectos que atribuí a Hugo. *No tiene ninguno*. Es el más perfecto de los seres. Tuve grandes necesidades; le exigí injustamente. Esperé de él cosas inhumanas. Hugo me ha ofrecido una adoración divina e inmerecida. Se ha perdido a sí mismo por mí. Me ha servido, me ha entendido y me ha salvado. Le debo diez años de obsequios que pocos hombres habrían hecho a una mujer. Siento esta noche una especie de devoción intachable. Mis denuestos, mis acusaciones fueron monstruosas, injustas, reveladoras de mi falta de entendimiento, porque entendimiento significa aceptación. He torturado, atormentado e importunado a Hugo. Me ha dado el máximo. Igual que he torturado a Eduardo con exigencias injustas —*exigencias de lo imposible.*

Nunca he amado a Hugo de manera tan profundamente fraternal y firme como esta noche. Quizá parezca un sacrilegio. Es porque mi contento, por fin, sólo ahora me hace verdaderamente sabia y verdaderamente humana. Puedo decir que sólo esta noche he entendido el gran valor personal de Hugo, con independencia de mis necesidades.

Tarde: Mi guerra con la fragilidad. Si escribo demasiado, todo el día, mis ojos se cansan, se empañan, quedan inservibles. Por la noche, después de escribir, no puedo leer.

No puedo estar sin dormir. Debo calcular y economizar mis energías. Sé que mi energía se rebela contra mi voluntad impulsiva, se rebela ferozmente. Intento vivir sin enemistarme con ella. Me rindo a la marea del cansancio. Admito que el día es excesivamente largo para mi capacidad de resistencia. Duermo siestas para estar despejada hasta las diez o las once de la noche. Con todo, tengo que enviar a Henry a su casa después de dos días, para ocultarle mi cansancio. Es verdad que exagero mis defectos. Pero me humilla luchar contra una fragilidad que no es una enfermedad mortal. No puedo beber. Una noche de excesos me deja su huella durante una semana.

Por lo menos, en las crisis puedo contar con mi voluntad.

Con frecuencia me siento muy triste. Me digo que, aunque no existiera Hugo, no podría seguir a Henry. Sería una pesada carga para él.

No estoy hecha físicamente para una vida intensa, tengo que dosificarme: espaciar mis orgías, mis éxtasis, reponer fuerzas en el jardín, condenada a una comodidad y un descanso que no

quiero (¡detesto mis siestas!). Mi actividad mental, imaginativa y emocional me devora y no está a la altura de mi vitalidad física.

Tengo que moderarme. Río al pensar que he de decirme a mí misma: «Mañana viene Artaud, por lo tanto no puedo acostarme tarde. ¡Tengo que acumular energías!». Patético y ridículo. Me pongo furiosa. Si estuviera dotada de una energía normal, hoy sería una gran mujer.

La flagelación me ha dejado marcas de color malva.

A Boussie no le gusta «Alraune». Al principio me dolió, pero luego mi *confianza* me dijo que tengo razón y que Boussie está envejeciendo. No puede seguirme del todo. Se vuelve francesa: exige lógica, secuencia, verosimilitud, traduce las páginas con aversión inconsciente. Cuando las amigas empiezan a alejarse, significa que estoy haciendo algo, que estoy llegando a alguna parte. La oposición es buena. Tengo que aprender a enfrentarme con ella.

Regresa Hugo y empiezo a hacerlo divinamente feliz. Se acabaron las exigencias, ¡ni siquiera que deba acordarse de echar las cartas al correo o traer pan a casa!

5 de mayo de 1933

He encontrado a mi Padre, el dios, sólo para descubrir que no lo necesito. Cuando viene a mí, él, que ha marcado mi infancia tan profundamente, soy ya una mujer y me he liberado de la necesidad del padre-dios. Soy tan absolutamente mujer que *entiendo* a mi Padre-ser *humano* y vuelve a ser el hombre que es también niño.

Henry rompió las cadenas. Encaro mi amor maduro. Cuando mi Padre y yo nos encontramos verdaderamente, después de veinte años, no es un encuentro, sino darme cuenta de la imposibilidad de encontrarme con él en la Tierra salvo como hombre y mujer, en la perfección del sexo. El Padre que yo imaginaba, fuerte, cruel, héroe, torturador, es suave, femenino y vulnerable. Con él, también Dios se humaniza y es vulnerable e imperfecto. Desaparecen mis terrores, mi dolor, la pasión sacrílega. Encuentro un Padre que es sagrado. Encuentro la sacralidad. Puedo, como dice Henry, «reconciliarme» con Dios también, porque soy libre.

El amor de Henry fue la prueba suprema de mi *condición de mujer*. Fui fuerte en esa prueba. Encuentro a mi Padre y soy fuerte. Poseo mi propia alma, mi propia integridad, mi totalidad.

Mi Padre viene cuando he sobrevivido al cruel y ciego instinto del castigo; viene cuando lo he sobrepasado; se me da cuando no lo necesito, cuando me he liberado de él. Mi Padre viene a mí cuando ya no es el líder intelectual que anhelaba (Henry lo es ahora), el guía por el que he llorado (Allendy), el protector en quien se apoyaba mi niña interior (Hugo). Creó una niña y no supo insuflar en ella más que el terror y el dolor de la vida, como Dios hace, y ya he superado el terror y el dolor. Hoy soy yo quien está preparada para liberar a mi Padre del dolor y del terror de la vida.

Mi vida ha sido un prolongado *esfuerzo*, una lucha hercúlea para levantarme y sobresalir en todo, para hacer de mí un gran carácter, para crear, perfeccionar y desarrollar; una desesperada y angustiosa ascensión para borrar y destruir la obsesiva desconfianza en mi propia valía. Siempre apuntando más alto, acumulando amores que compensaran el terror y la conmoción inicial de mi primera pérdida. Amores, libros, creaciones, ascensiones. Frenética. Siempre intentando logros mayores, más profundos, estableciendo ideales, imágenes, apartando a la mujer de ayer para perseguir una nueva imagen. Cuando conocí a June, la absorbí y me convertí en todo lo que admiraba. Me convertí en June. Ahora siento de nuevo el comienzo de una nueva ambición. Me olvido de gozar de todo lo que tengo, ¡tesoros increíbles! Olvido que el lunes viene Bradley; el martes, Artaud, a quien reverencio; el miércoles, Padre; el jueves, Allendy; el viernes, Henry; el sábado, Steele. ¡No hay días suficientes en la semana! Tengo una lista de espera: Millner, Gustavo, Néstor, André de Vilmorin. Y mi gozo palidece ante la imagen de la madre de Louise, que tuvo amantes incontables y es drogadicta. Despierta de inmediato mi ambición desmedida. Me pongo de nuevo en camino, persigo nuevas dificultades, escalo nuevas cimas. Inquieta mientras haya tierras que descubrir, vidas que no viven. ¡Qué locura! Es un *veneno, una maldición*. Quiero gozar. Quiero detenerme y gozar. La gente ha sido consciente de mi esfuerzo, de la dirección inexorable y del propósito que me guiaba. Se acabó. Debe terminarse o me matará. Siempre: ¡Quiero! *¡Quiero!* Nunca: Tengo, *tengo*. Insaciable. Pero hoy me pongo freno, *y éste será el diario de mi gozo.*

Por la tarde. Pienso en la carne pulposa de Allendy, en la manera femenina que adopta cuando pronuncia la palabra *pura*, con una cierta languidez y gracia. Pienso en Allendy, el burgués furtivo que espera en la estación del metro, saturnal, sigiloso, la boca de mujer y los dientes laqueados brillando en la oscura barba, femenino, y en la extraña y lúgubre sensación de la flagelación. *Lo odio*. Me resulta repulsivo, pero repulsivo como la realidad, como la historia tenebrosa de un periódico, escena de Grand Guignol, repulsiva como las escenas de *Viaje al fin de la noche* que llaman la atención de una. Hay en mí, vigilante, una cierta curiosidad literaria y mórbida. Pienso en June flagelando al masoquista que se suicidó. Experimento el placer voluptuoso de Allendy al azotar mi propia fragilidad, el terrible engaño de aquel vértigo que conduce a una cópula casi lesbiana, un pene como un dedo o boca de mujer —frustración—, y aborrezco a Allendy con todo el aborrecimiento que una puede sentir, porque la senilidad y la impotencia se pervierten con la desviación, la sustitución. La misma trampa hecha a mis sentidos, con la sustitución del falo por el látigo, me enfurece y me hipnotiza.

¡No voy a ver a Allendy! ¡No voy a ver a Allendy! Ahora estoy segura.

Estoy fascinada por la mera contemplación de un acto de crueldad. Río al imaginar que Allendy llega a la estación del Metro Cadet, con su látigo en el bolsillo, y no me encuentra.

Al mismo tiempo, no tengo más remedio que recordar que se expuso, que me desveló sus secretos, su carne, sus dudas, sus miedos, y no puedo hacerle daño. Veo su cabeza inclinada mientras me dice: «Aquel primer abandono me marcó para toda la vida». Le escucho decir: «Antes de ti, todas las mujeres que he conocido *étaient des garces*. Putas». Tengo el enorme deseo de hacerle daño y, al mismo tiempo, humanamente, no puedo. Me ablando y me endurezco en el mismo instante. «Tu único defecto —dice Henry— es tu incapacidad para la crueldad.»

Bradley no puede imaginarme «sociable», sino tan sólo solitaria y protegida, desconocida. ¡Ilusión suya! Cuando le digo que mi vida está llena de incidentes, queda decepcionado. Me imaginaba completamente sola (quizá, también, regocijado por descubrirme).

Lo que me molesta es que parece que yo juegue con los sentimientos de la gente. Siempre se conmueven. Algo les despierta la piedad y, algunas veces, me siento como Henry. Desconfía del hombre que te compadece: Henry, que también conmueve a todo el mundo. Y June, la actriz, que le reprocha que haga el *rôle du martyr*. Me he preguntado a menudo si June P o fue la mentirosa menos hábil de los tres, pues tan fácilmente se descubrió.

¡Este esfuerzo en pos de la sinceridad siempre tuerce mi camino y me lleva a la insinceridad!

Yo esperaba al hombre de las fotografías, un rostro menos surcado de arrugas, menos tallado, más transparente. Lo encontré tan duramente grabado, tan pétreo; pero, en el mismo momento, me gustó el nuevo semblante, la profundidad de las arrugas, la firmeza de la mandíbula, la sonrisa femenina en contraste con la piel bronceada, de un tono casi apergaminado, una sonrisa con un hoyuelo vigoroso. La esbeltez de la figura, la gracia concentrada, la vitalidad de los gestos, el desgaire, su misma frescura, su aire juvenil. Un regusto de encanto inmaterial, de falso encanto. Un egoísmo supremo y descarado. Entramado de mentiras, de defensas ante acusaciones no pronunciadas; preocupación por la opinión de los otros, temor a la crítica; susceptibilidad; distorsiones continuas e inevitables; ingenio y palabra fácil; violencia de imágenes; infantilismo; encanto desarmante. Siempre encanto. Predominio del encanto. Corrientes soterradas de falsía, puerilidad, irrealidad. Un hombre que se ha mimado, que se ha protegido con algodones de la verdad, del dolor profundo, del vivir intenso y, con todo, preocupado por mis propios problemas esenciales: expansión, explosividad, miedo a la destrucción. Pasión por la creatividad y, en determinados momentos, una honda e inevitable crueldad. Ninguna psicología: «Es Nin», dice, con un repentino dardo de crueldad, de explosiones súbitas.

Manantial de sentimientos agotado por el fingimiento exagerado, por la inseguridad, por el egoísmo. ¡Mi Doble! ¡Mi malvado Doble! Encarna mis miedos, mis dudas íntimas, mis defectos. Caricaturiza mis inclinaciones. Algo cálido y humano dentro de mí lucha, lucha con su frialdad. Busco las *diferencias*. Veo que busca el dinero, que es interesado. Respiro aliviada. Nada tiene que ver eso conmigo. También me veo introspectivamente. Es ésa mi sinceridad. Conozco mis insinceridades. Me he alejado de cualquier imagen idealizada de mí misma. Padre aún carga con esta imagen. Se debe de creer amable, caritativo, generoso, altruista. No lo es, pero ¿por qué siente pavor de admitirlo, de reconocerlo?

Miro a mi Doble y veo un espejo: Mi puntualidad, una característica acentuada y marcada. La exigencia de puntualidad. La necesidad de orden, como un caparazón que me rodea frente a la posibilidad de desorden, de destrucción, de autodestrucción.

Cómo descarto los fragmentos de mi vida que no encajan en mi imagen deseada.

La necesidad de representar, de fingir.

El poder de él. Su poder para producir la ilusión de sinceridad por el hecho de engañarse a sí mismo. La desesperada necesidad de ilusionar a los demás, originada en la inseguridad del verdadero valor del yo. Cuando lo miro, mis mentiras me ponen enferma y me pregunto si son tan transparentes como las suyas. La larga explicación de cómo y por qué cayó enfermo y tuvo que irse al sur durante cuatro meses. La incómoda sensación que le obliga a este despliegue de

explicaciones antes incluso de que la otra persona muestre alguna duda sobre la necesidad de aquel viaje, o quiera saber su justificación. La necesidad de demostrar que trabaja muchísimo en algo absolutamente necesario, porque no está muy seguro de que su trabajo, o él, sea necesario, vital o valioso.

Orgullo. Orgullo inmenso, en conflicto con la necesidad de los demás, la necesidad de amar.

Cuando se acerca a mí, hablando y riendo, me siento intranquila, no parece que sea mi Padre, sino un hombre, un joven de encanto infinito y falsedad fascinante, laberíntico, fluido, inaprensible como el agua.

Nos mostramos alegres, festivos. Flirteamos como amantes. Le recuerdo que he dejado marcas de lápiz de labios en sus mejillas, que María Luisa* las verá. Soy seductora. Me dice: «Nunca has parecido tan definitivamente española como ahora».

Se ha rendido a su naturaleza hipercrítica. Olvida sentir, gozar. Sus sentimientos son repentinos, autocentrados, pueriles; o violentos y crueles, vindicativos.

Sólo me asusta en el momento en que recuerdo que, cuando era niña, siempre me parecía severo, disgustado, descontento y que su sentido crítico, su dureza, me aterrorizaban.

Ahora escapo de este terror devolviéndole la crítica. Mientras habla, me ocupo en detectar sus imperfecciones, las revelaciones de sus arrugas, las vanidades, las poses de un hombre siempre temeroso de ser descubierto, condenado. Crea siempre una defensa ante cualquier ataque.

Mi Doble, de quien siempre he huido con enorme terror, *quiere ser diferente*.

Lastimeramente, pregunto a Hugo: «¿Soy egoísta?».

He vivido para no ser mi Padre. Su existencia es una caricatura, un fantasma de mis dudas íntimas, de mi autocrítica, de mi enfermedad.

Mi enfermedad regresó ayer. *La pérdida de mí misma*. La tortura de los reflejos, de las semejanzas tangenciales. «Cuidas el jardín, pero con guantes, ¡por supuesto! Como yo hacía.» Entonces, si ambos cuidamos del jardín con guantes, quizá seamos también aprensivos con respecto a la pobreza. Nos da miedo la miseria, nos afecta como el lodo, luchamos desesperadamente para salir de ella, buscamos seguridad, protección. ¡Cobardes! Pero yo he sido valerosamente pobre, resueltamente pobre, quizá con la alegría inconfesada de vencer mi miedo al Padre. He hecho grandes sacrificios. Me casé con un hombre pobre. Nunca pensé que viviría con Henry alguna vez. El hecho real es que he sido impávida, capaz de inmensas devociones. A pesar de eso, de mi escrupulosidad para disponerme a destruir en mí cualquier apego exagerado al lujo, a la belleza, de los infinitos escrúpulos de conciencia, de las dudas, de la necesidad de llevar a cabo sacrificios como si tuviera que expiar una posible aunque inexistente culpa, es una enfermedad, una enfermedad. Vivo en oposición a mi Doble. Vivo con la caricatura de mis defectos con el propósito de disfrazarme con ellos.

Por la noche soñé que mi Padre me acariciaba como un amante y experimenté un placer inmenso. Me desperté para encontrarme con que era Hugo. También pensé durante la noche en las muchas semejanzas que hay entre mi Padre y Henry. Pero Henry ha roto las cadenas de mi servidumbre y devoción por mi Padre, siendo más grande que mi Padre dentro de su propia realidad.

10 de mayo de 1933

La visita de Artaud ha perdido su vivacidad, pero de momento me absorbió poderosamente. Hablamos apasionadamente de nuestra costumbre de condensar y tamizar con rigor las cosas, de buscar lo esencial, de nuestra afición a quintaesenciar todo en la vida y en la literatura, incansablemente. Discutimos sobre el psicoanálisis, al principio agresivamente. Se mostró implacable con su empleo pragmático, dice que sólo sirve para liberar sexualmente a la gente, cuando sólo debiera emplearse como una disciplina metafísica, para alcanzar el Todo. Descubrimos que, en un sentido, nunca lo necesitó tanto como yo, porque nunca perdió su equilibrio como yo. Sigue teniendo una conciencia lúcida y objetiva de su yo. Se alegró cuando supo que yo había nacido bajo el signo del agua. Dijo que se ajustaba exactamente a mi carácter, poseedor de una sustancia resbaladiza, como la de un pez, difícil de apresar, ¡pero que se siente! ¿Es ése el verdadero significado del título de mi primer relato, «La mujer que ningún hombre pudo atrapar»? ¡Henry es el único que ha podido hacerlo!

Empiezo, como Henry, a alegrarme cuando veo que las cosas no van bien, a buscar la armonía con menos intensidad, a dejar que las catástrofes y malentendidos se acumulen, estallen.

Pero no puedo hacerme a la idea de dejar a Allendy esperando en el Metro Cadet. Su voz suena con frialdad cuando le digo que iré a verlo a Passy y no a la estación de Cadet. La farsa y el juego de la flagelación me resultan cada vez más nauseabundos a medida que descubro tormentos y conflictos *reales* y más profundos.

Por la tarde. Allendy pone orden en mi caos. Dice que sigo teniendo un gran sentido de culpa, porque, por la naturaleza de mi sentimiento hacia mi Padre, desplazo la esfera del castigo y me castigo a mí misma, y sólo expreso mi culpa con respecto a mis mentiras, pequeñas travesuras y otras faltas, todas menos la única, como si eludiera el verdadero crimen o pecado con una larga enumeración de los pecados y crímenes pequeños y extraños. *Très bien*. Pero entonces decido emplear este sentido de culpa para liberarme de mi relación con Allendy. Exagero y acentúo mi culpa y me invento una escena con Padre en la cual él me pide que no tenga amantes, y le digo a Allendy que le he jurado no tenerlos, porque amo a mi Padre y su tiranía. Dejo que Allendy me crea la más obstinada e inflexible masoquista de la sexualidad.

¿Me cree?

Qué intranquilo se siente con mis mentiras, mis verdades, mi angustia convincente. Besa mis brazos y cuello y pone sus manos en mis piernas. Veo que lo tiento, que de nuevo está fuera de sí. Y me entristece. Todo porque no sé decirle brutalmente: «No te quiero como amante».

Se alegra porque piensa que mi Padre, por lo menos, desplaza a Henry. Esto hace que se refiera a mi Padre casi amistosamente: «Empieza a gustarme ese español que predica moralidad a su hija».

Cuando veo lo intensamente vulnerable que es Allendy, cuando escucho el tono anhelante de sus dudas ocasionales, me siento cada vez menos capaz de decirle la verdad al ser humano. Nadie tolera la propia derrota; todo el mundo, hasta un psicoanalista objetivo, se sentiría ofendido y herido mortalmente.

Todavía sentía el calor de las dos horas pasadas en el café con Henry, quien, para permanecer conmigo, me acompañó andando casi hasta la puerta de Allendy. Mientras caminábamos, planeamos su venida a Louveciennes el viernes por la noche, una hora después de que Hugo salga para Suiza y mi Padre para España.

Allendy corrobora mi intuición de que Artaud es homosexual, e inmediatamente me doy cuenta de por qué se sintió atraído por Hugo, una atracción que al principio me dejó confusa. Y, con sorna, dije para mis adentros: ¡Siempre un homosexual al fondo!

Me siento a esperar a mi Padre, plenamente consciente de su superficialidad.

El vínculo con mi Padre se ha roto. Es posible que Allendy me haya ayudado otra vez. Pero quien verdaderamente ha roto las cadenas ha sido Henry, por lo que él es. El profundo pozo de sentimientos de Henry, la gravedad, el peso de sus fervores, tan hondos y ricos.

Estoy soñando. Esto no es vivir. Mi Padre llega con los brazos cargados de flores y un delicado jarrón de Lalique. Con un talante sincero, porque ya está tranquilo. Confiado y amable. Y estamos juntos muchas horas, descubriendo nuestras semejanzas. He adivinado todo, lo mismo que él. María es Hugo. Adoramos la bondad, la perfección de ambos. Creamos armonía, seguridad, protección, un hogar, y luego nos impacientamos. Como tigres, dice Padre. Inquietos, vitales, temerosos de herir, de destruir, pero ávidos de vida, de renovación, de evoluciones. Cobardes ante la bondad, leales a Hugo y a María. ¡Discípulos y adoradores nuestros! Las dos personas que tienen poder sobre nosotros. El mundo quizá piense que somos nosotros los tiranos. Padre y yo sabemos cómo nos pueden esclavizar y encadenar la ternura, la piedad y la bondad de los demás. ¡Deseosos de que María y Hugo fueran crueles para poder serlo también nosotros!

—No necesitamos mentirnos —decimos.

Pero lo hacemos, vaya que sí. Debo mentir acerca de la visita de Henry esta noche, porque mi Padre no quiere que lo vea. Y él miente también, aunque no sobre cosas importantes.

Me dice: «Te has convertido en una belleza. Qué maravilla, ese cabello negro, los ojos verdes, la boca roja. Y se ve que has sufrido, a pesar de la serenidad de tu rostro. El sufrimiento lo ha embellecido».

Estoy de pie, delante de la chimenea. Mira mis manos. De pronto, retrocedo y empujo el jarrón de cristal contra la pared. El jarrón se rompe y el agua se derrama por todo el suelo. No sé lo que esto significa.

Me estaba diciendo: «En junio, cuando Hugo se vaya, tienes que venir conmigo a La Riviera. Te tomarán por mi amante, seguro. Será delicioso».

Habla de las enfermedades de los Nin como si fueran una propiedad de los Nin. El hígado de los Nin, el reuma de los Nin, la palidez de los Nin. Incluso hay orgullo en nuestras humillaciones. Orgullo. Orgullo. Y de pronto me doy cuenta de la enormidad de mi propio orgullo. Sólo que prefiero expresarlo con humildad. Soy humilde, pero, mientras más humilde soy, más orgullosa es mi alma, la dura alma de los Nin, la que desprecia el mundo que la hiere. Con qué intensidad sufro la pobreza, las humillaciones, tan profundamente que sólo un gran orgullo puede explicar las heridas, la profundidad de las heridas. Si no fuera orgullosa, no me sentiría tan mortalmente ofendida. Perdono las ofensas, pero en eso, también, hay desprecio por el mundo. Perdono y me

siento superior. Me humillo porque conozco mi orgullo. Soy demasiado orgullosa para darme, para confiarme, para revelarme. Prefiero una escritura esotérica, un diario secreto, una pasión única. Demasiado orgullosa para ceder a las relaciones ordinarias. Noble. Todo debe ser grande, noble.

Al ver a mi Padre, siento que este orgullo se despierta, fieramente, como una serpiente. ¡Ahora siento la tigresa! Bajo la bondad, los sacrificios y la piedad, un ardiente orgullo. ¡Estoy inmensamente orgullosa de mi Padre!

Entiendo en él, como en Henry, que el artista busque egoístamente la protección de las mujeres (que es, como ya dije una vez, como la búsqueda de un sostén, de un protector masculino, por parte de la mujer fecunda). Veo la sinceridad bajo el gesto aparentemente calculado. Entiendo en él, como en Henry, la necesidad de independencia, de estímulos, de putas. Me parece que sé ahora cómo debo interpretar a Henry y adivinar todas sus necesidades, partiendo del conocimiento que llevo en la sangre de mi Padre, de quien nada sé conscientemente, pues todo lo que sé de él son distorsiones y es evidente que nadie ha entendido a mi Padre, nadie excepto María, que lo adora.

Serena y gozosamente, Henry y yo caemos dormidos en la cama árabe. Mi primer pensamiento esta mañana ha sido telefonear a Padre.

—*Bonjour, mon très, très vieux chêne.*

—*Farceuse, va* —dice Padre alegremente.

Cree que durante la ausencia de Hugo, Madre está conmigo. Un embustero frente a otro embustero. Es Henry quien baja a desayunar mientras telefoneo a mi Padre.

Cuando rompí el jarrón de cristal y se derramó el agua, ¿hacía añicos una vida contenida, irreal y artificial, para dejarla correr libremente? Catástrofe y curso libre.

Padre dijo: «No me preocupaba ser viejo, sé que no soy viejo. Pero temía que llegaras demasiado tarde, cuando ya lo fuera. Temía que no me vieras lleno de vida y reidor, capaz de hacerte reír...».

¡Y, de pronto, sentí una oleada de admiración por mi Doble! Lamenté los años que no lo conocí, que no aprendí de él. Fui orgullosa y sufrí por no estar a la altura de su ideal cuando vine de Nueva York. Creí no estar preparada. Temí desilusionarlo. Junto con mi perdón, era mucha la necesidad de dar a Padre lo mejor que había en mí. Cuando me creí fuerte, pensé que había llegado el momento. Pero si hubiera sido humilde habría aprendido de él.

Ahora, sola, he llegado a ser lo que soy, y únicamente entonces hago donación de mí misma. Pero todavía tengo mucho que aprender de Padre. De la misma manera que tengo mucho que aprender de Henry.

Henry. Henry hace retratos míos a la acuarela. Habla y folla. Goza de la paz conmigo. Pero algunas veces estamos a punto de pelearnos. Henry, con su carácter belicoso, ataca mi impermeabilidad aristocrática, como si quisiera derribar esta última superioridad. Mi comportamiento siempre le ha chocado un poco. Dice que, la primera noche que vino con June, yo estaba sentada como una reina, reservada e impresionante. Mientras más tímida, más reina parezco.

Bromeamos y reímos. Le digo: «Puedes derribar todo, excepto eso. Siempre seré amable con las personas, pero nunca familiar...».

Me siento al lado de la chimenea, sobre cojines de color naranja. Henry pinta. Hay acuarelas en el suelo, libros abiertos sobre la mesa y notas y manuscritos sobre el escritorio. Con Henry siempre estoy en el paraíso.

De una de las cartas de Henry: Ahora sé que puedo realmente acabar algo. Antes, todo quedaba abortado por una causa u otra, supongo que por culpa mía. Ahora, ni siquiera un terremoto podría evitar que lleve adelante mis planes... No es Lawrence, soy yo quien hace sitio a... Pondré a Lawrence en alto y a cubierto de los lloriqueantes profanadores de tumbas que escriben sobre él. Si yo lo he enterrado, por lo menos lo he enterrado vivo.

14 de mayo de 1933

Henry y yo estábamos profundamente dormidos esta mañana cuando oímos la campanilla de la puerta. Fue Henry quien tuvo miedo, inmediatamente alertado por una extraña intuición. Iba a decirle, como otras veces, que no se preocupara, que debía de ser el panadero o el lechero. Pero, de pronto, oí la voz de Hugo que hablaba con Emilia. Se acercaba rápidamente. Henry saltó de la cama y recogió su ropa. Eché a correr para encontrarme con Hugo en la escalera, para detenerlo, para que Henry tuviera tiempo de llegar al cuarto de los invitados. La curva de la escalera nos salvó. En mitad de ella me encontré con Hugo. Lo besé, tratando de ganar tiempo. Dos escalones más y habría visto pasar a Henry.

Luego subimos. Pero Hugo había visto el sombrero y el abrigo de Henry en el vestíbulo. Una mirada de sospecha y una expresión de profundo disgusto aparecieron en su cara. Nunca le había visto aquella mirada, de *conocimiento absoluto*.

—¿Quién está aquí, Henry? —preguntó.

—Henry vino a verme ayer, y como era la noche libre de Emilia, tuve miedo. Por eso se quedó, porque tenía miedo.

Y entonces me fui otra vez a la cama, temblando, y empecé a hablar sin parar. Tuve la intuición de hablar de mi Padre, refiriéndome con entusiasmo a su encanto, a nuestros parecidos, hasta que Hugo, que siempre ha tenido celos de Padre, empezó a inquietarse.

—Cuando Padre vino el sábado —terminé diciendo—, se ofreció a hacerme compañía. ¿Hubieras preferido eso? Henry parecía una perspectiva menos peligrosa.

—Me pareció oír que Henry salía corriendo de tu habitación —dijo Hugo.

— ¡Qué imaginación tienes! ¿Crees que si te engañara, lo haría de una manera tan descarada?

Necesitaba creerme, pobre Hugo. Buscaba consuelo, apoyo, protección, seguridad, porque estaba cansado y preocupado con asuntos de dinero. Le di toda mi ternura. Calmé sus miedos, sus dudas, sus celos. Se fue al trabajo casi contento. Y entonces me fui a la habitación de Henry.

Henry y yo reemprendimos nuestro trabajo, nuestras lecturas. Luego telefoneó Padre: «Debo ir a verte, aunque sólo sea una hora». Tuve que apresurarme en darle el almuerzo a Henry.

No me gustaba que Henry pensara que lo echaba. Lo besé y me excusé pretextando que tenía que cambiarme de vestido.

—Tu vida es como el teatro —dijo Henry—. Ahora te preparas para el siguiente acto. Con qué rapidez tienes que cambiarte...

Mientras me tomo un respiro de diez minutos, entra en mi habitación. Había estado sentado junto al fuego, meditando, mirando su copa de licor. Entra y pasea inquieto a mi alrededor.

—Escucha, Anaïs, si las cosas estallan, déjalas que estallen. No trates de remediarlas. No te preocupes por mí. Puedes venirte a Clichy y ya nos las arreglaremos de algún modo. No tengas miedo ni te sientas aterrorizada. Me gustaría que todo estallara. Sería lo mejor.

Esta afirmación de Henry de no temer a las consecuencias, ahora que por primera vez goza de la seguridad que hace posible su trabajo, era una gran ofrenda. Una ofrenda generosa. Me conmovió. Lo tranquilicé. Le aseguré que nada me aterrorizaba. Pero me gustó oírselo decir. Se acercó a la cama y nos besamos. Me ha parecido extraordinariamente hombre y responsable.

Me compadece. Mis últimas palabras fueron: «No tengo miedo de nada».

Retrato de Anaïs Nin, tocada con un sombrero de piel, pintado por Henry Miller

Sólo estoy cansada.

Y viene Padre, resplandeciente, y nos entendemos, como un milagro. Veo que el equilibrio es el fundamento de nuestra naturaleza. ¿Es Padre quien va a impedir que me desate? Tengo la sensación de que, cuando estamos juntos, ambos somos *más fuertes*, igual que cuando estoy con Henry.

Padre, también, tiene celos del diario.

—Mi único rival —dice.

Henry advierte otra vez que nada en mi casa, por bella que sea, es inútil. Henry me ha visto martillear, reparar y escribir a máquina, colocar una lámpara, hacer cualquier cosa para que esté cómodo. «Qué cabeza tienes», me dice. De pronto, ayer, le dije a Henry que no me importaría en absoluto dejar de ser creativa en arte, que me contentaría con poner todo mi talento a su servicio, ser útil para su trabajo. No tengo la gran ambición personal de hacer una «obra», sólo vivir y someter esta vida a mi amor, al creador, a Henry.

La confianza de Hugh ya nunca será la misma. Ahora, en su subconsciente, existe la duda. No puedo olvidar su cara de aquella mañana. He perdido todo sentido de seguridad. *Sabe*. Fue la misma mirada de Henry Hunt* la noche en que Louise encontró a su amante en el cabaret. Una mirada verde, irritada, llena de odio. Me aterroriza. Le escribo a Henry: «No ha habido estallido, pero ya no habrá más confianza. No quiero ser una carga para ti, nunca. He decidido que tengas siempre tu seguridad y tu independencia. Mi vida está sujeta a tus necesidades. Gira alrededor de tus necesidades».

Escribo a Artaud y le envío un poco de dinero.

Me doy cuenta de que los *placeres* del amor no son nada para mí sin lo demás que lo rodea. No encuentro ningún placer en el «de-cinco-a-siete». Lo cual, definitivamente, comprende a Allendy y a los demás juegos. Eso está acabado. En mi sueño, humillé a Allendy por pensar que la vida es un juego.

Placer en otra parte. Placer en aliviar a Artaud de la servidumbre de sus necesidades materiales y, sobre todo, aliviarlo de su creencia en que el mundo está en su contra.

Recuerdo la broma de Allendy: «No juegues con Artaud. Es un perdedor, demasiado miserable».

Siempre es tan brutal, tan directo, creyendo que mi Padre quiere acostarse conmigo, yendo siempre a la conclusión y saltándose todas las *étapes*, igual que Henry se saltaba todas las constelaciones del lesbianismo. Dormir juntos es lo menos importante y lo más obvio, el modo más insatisfactorio y estúpido de imaginar continuamente la vida.

Me digo que estoy tratando a Hugh de una manera cruel e injusta. Pienso en su lealtad y me siento mezquina. Pienso en su vida y siento que la sacrifico a mi expansión. Me preparo para amarlo. Toda la tarde medito sobre sus virtudes. Lo veo estudiando astrología, como un santo. Oigo el coche, sus pasos, su voz. Lo recibo sonriente. Es joven, sereno. Pero lleno de deseo, excesivamente apasionado, demasiado pegajoso. Me someto a sus caricias. Mi cuerpo es indiferente. Pero entonces, ante su deseo, me rebelo. Aborrezco su boca sobre la mía. Y el dolor, los grandes y torpes estragos, siempre como una violación. Mi cara está retorcida de dolor, debo

ocultarla. Y finjo que los suspiros y gritos de dolor son suspiros y gritos de alegría. Afortunadamente, Hugh es rápido, como ave de pesadas garras, y estoy erizada de hostilidad y disgusto. Lo odio en este momento. Todo mi deseo de amar está destruido. Me gustaría hacerle daño. Tengo que repetirme: «No lo sabe, no sabe qué tortura es ésta». Pero lo odio. Y si unos momentos más tarde pierde algo o me pide un favor, siento una inmensa irritación por todos sus pequeños defectos, furiosa porque sea tan distraído, tan débil, tan descuidado, tan olvidadizo. Todos sus pequeños defectos me parecen insoportables porque no lo amo. Siento como si escupiera fuego. Me lavo rápidamente, enfadada. Me siento implacable. Cansada de dirigirme y controlarme en el amor. Cansada de fingir. ¿Es que no siente la frialdad de mi cuerpo contra el suyo? ¿Por qué me desea tan tercamente, tan ciegamente? No se da cuenta de nada. Es ridículo. Y tampoco tiene remedio.

Nuestra vida juntos es como una tumba. Cuando escucho música me imagino estallando violentamente. Sólo estallando. Llorando, gritando, gritando verdades, volviéndome loca.

Hugh está sentado, sereno, bajo la luz de la lámpara, trazando horóscopos. Inocente. Irreprochable. Ciego. Vacío. Aquí y allí, unas pocas islas de vida, regiones vibrantes. Pero grandes espacios de indiferencias vacías, de letargos. Ceguera y sordera parciales. Quizá eligiera yo esto como antídoto de mi superconsciencia. Pero ahora me he despojado de esta necesidad de comodidad, de serenidad pasiva, de fidelidad, de todo. No debo permitir que mi sacrificio sexual y el odio me lleven a la injusticia. Pero no se trata de un deseo de guerra, de un terremoto que nos haga pedazos.

16 de mayo de 1933

Charla con Joaquín, paseando ciegamente y sin rumbo fijo alrededor del lago. Palabras. Sin ver nada, totalmente absorbida por el dolor. Pidiendo a Joaquín que no juzgue a su Padre, porque es lo mismo que juzgarme y condenarme. Joaquín, furioso, dice que no hay semejanza en lo esencial, sólo en los detalles. Padre vive en un mundo inhumano. ¡Pero yo también! De pronto, me acuerdo de Henry y me conmuevo. «¿Lo ves, lo ves? ¡Eres humana!»

Joaquín habló de la mala conciencia de Padre (Padre sigue intentando justificar ante todo el mundo su abandono de Madre). ¿Cuánto tiempo hace de ese crimen? ¿Cuál fue el crimen? Sé que cuando me acuso con escrúpulos enfermizos de mi conducta con Hugh, no es por esta o aquella acción, sino fundamentalmente por un sentimiento de culpa que está en la raíz de nuestro malestar y nuestra escrupulosidad excesiva. Una autocrítica verdaderamente mórbida. Como, por ejemplo, cuando hablo con Henry de nuestras dificultades financieras y luego compro, por diecinueve francos, el pequeño castillo de cristal de «Les Ruines»[14]. Siento tantos remordimientos que, cuando él lo mira, digo que alguien me lo ha regalado. Soy consciente de lo violentamente que deseaba ese objeto, esa baratija, del hecho de que, cuando la compré, sólo tenía en cuenta mi deseo, hechizada por mi imaginación, consciente de que cuando volviera á estar sobria, no me sentiría feliz de haberme complacido.

[14] «Les Ruines» era el nombre de la casa en Arcachon, Francia, donde Anaïs Nin vio por última vez a su padre cuando se deshizo la familia.

Pero hay otros días en que he llevado bolsas llenas de libros, para venderlos y que Henry pudiera tener los libros que necesita para su trabajo. Llevo unas sandalias gastadas y sólo tengo dos camisones de dormir, pero le envío a Artaud doscientos francos y, al hacerlo, incurro en la ira de Hugh. Creo que la historia de la chuchería de los diecinueve francos explica muchas de las mentiras de Padre. Teme ser juzgado, no por los detalles de su vida, sino por algún hondo y secreto sentimiento de culpa que tiñe y permea toda su vida.

—No puedes ir a La Riviera con tu padre —dice Hugh—. Me perteneces.

Fuera del sexo, tan pronto como la posesividad sexual se acaba, puedo volver a mostrar mi ternura. Pienso en los gastos y me dispongo a renunciar al viaje.

Creo que, en lugar de ser delincuentes honrados, Padre y yo hemos sido demasiado cobardes para vivir nuestras vidas esforzada y resueltamente. Es decir, sin tener en cuenta los sentimientos de los demás. Hay dentro de nosotros, como en Henry, un núcleo traicionero, inhumano. Pero no nos atrevemos a exponerlo, a vivir con él. Siempre nos comprometemos con la vida humana. Padre soportó a Madre durante once años. Henry se vio obligado por June a abandonar a su esposa y a su hija y, más o menos, por mí, a abandonar a June.

18 de mayo de 1933

A la mañana siguiente de mi charla con Joaquín, me desperté vomitando, y durante todo el día fui presa de la fiebre, de temblores, como si me hubieran envenenado; tan débil, que me eché a llorar cuando Hugh me besó. Henry se ofreció a venir, pero no quería verlo. Henry es sólo para los días que tengo coraje. Henry me ama egoístamente, como yo a Hugh, no por mí misma, sino por lo que le doy. Cuando estoy enferma, creo que no puedo encararme con Henry, que se impacientaría con mi fragilidad. Porque con la enfermedad, experimento una crisis de hipersensibilidad: dudo de todo el mundo, temo a todo el mundo, con la salvedad de Hugh. Joaquín me telefonea, ha pensado mucho en mí. Madre *hace* cosas para mí, teje y hace recados, porque siente remordimientos y el deseo inconsciente de compensarme por su falta de entendimiento. Siempre estoy en deuda con ella, únicamente por *cosas*. Pero he dejado de ser esclava de mis deudas.

Allendy no ha hecho nada con mi hipersensibilidad. Estaba aquí, echada, escuchando música, vencida por todo, horriblemente *expuesta*, llorando de gratitud, sólo porque dispongo de Hugh, de una casa, de una cama, porque puedo descansar bajo techo. En mi delirio, imaginé que caminaba por las calles, que Hugh me había echado de casa por lo de Henry, que todos estaban contra mí. Allendy, furioso e implacable. Henry, ocupado con una puta. Todos crueles. Eduardo, frío y escurridizo; Madre, insultante, viperina, implacable y moralista; Padre, crítico y temeroso de que yo complicara mi vida. Hugh y María, infinitamente superiores, porque *sólo ellos han amado*.

21 de mayo de 1933

Lenta recuperación y despertar a la alegría y a la vitalidad, tras alcanzar las profundidades de la debilidad y el delirio interno. ¡Sol! ¡Calor! Horas largas de somnolencia. La voz sureña de Henry al teléfono. Euforia. Baño. Los placeres del agua, su frescura. Cuerpo sano y ligero. Inmediatamente pienso que Henry necesita dinero. Henry. Y escribo una carta a mi Padre. El reposo adormecido de un día de verano. Mi Padre, mi Padre. Polvos, perfume, ropa italiana (una nueva combinación de terciopelo negro con la parte superior ahuecada, de terciopelo florentino verdiazul con lunares dorados). ¿Quién llama? Abrid las puertas. La casa está de fiesta, cantando y oliendo a azahar. *¡Ole, Anaïs!*[15], Gustavo, radiante, y Néstor, con su bello rostro, bestial y negroide, sus negros ojos saltones, el gran pintor del agua y la tierra.

¡Cuánta alegría traen! Dice Gustavo: «Tu Padre, que nunca fue generoso, ya no es el mismo hombre. Eres verdaderamente su primera *aventure sentimentale*. Has barrido el suelo de sus pies, Anaïs ».

Estoy sentada, completamente quieta, inundada de alegría, saboreándola, estremecida y casi muriendo de tanto gozo. ¡Por fin puedo dar! ¡Necesitan todo lo que tengo! ¡Y nadie sabe todavía todo lo que tengo! ¡Mientras más amo a Henry, más llena me siento! Inagotable. Y puedo amar a mi Padre. Me necesita. No *lucha consigo mismo*. Tengo para darle sabiduría, alegría, una nueva experiencia, un estímulo. ¡Vida! Tengo regalos para mi Padre que él ansia.

—Nadie, nadie —dice a todo el mundo—, ni siquiera María, me ha hecho sentir tanto como Anaïs.

Mi pobre Padre. En un instante comprendí tantas cosas que me sentí abrumada. Necesitaba que volviera rápidamente. Hablé casi frenéticamente con Néstor y Gustavo acerca de la *fe*, de la fe que crea milagros. Milagros. Creo en la magia, en los milagros. Todo es extrañamente bello, pasmoso. La vida me deja sin aliento.

Vino Joaquín, nos cogió de sorpresa. Miró en mi escritorio, leyó las cartas de Padre, se fijó en la fotografía de Padre y recordé las palabras de Gustavo: «Estos dos no se entenderán. Cualquier intento de *rapprochement* terminará en tragedia. Es a ti a quien ama. Con Joaquín se trata de un compositor cuyo hijo también es compositor. Joaquín nunca amará a su padre».

Y tiene miedo de la influencia que Padre ejerce en mí, de perderme por su culpa.

*A Padre**[16]: Todo lo que he descubierto de tu vida y de ti responde a lo que yo necesitaba que fuera. Me doy cuenta de que lo he estado buscando confusamente en los demás, pero tú, sólo tú, llenas el gran vacío que he encontrado en el mundo. ¿Sabes lo que significó el jarrón de cristal roto? Representaba el mundo irreal en el que yo vivía. El barco, el mar. Siempre necesité huir, dejar el mundo atrás. Cuando regresaste, la realidad se volvió bella, completamente satisfactoria. Rompí la imitación, el sueño, el mundo muerto, artificial y coagulado. Como tú mismo escribiste: «¡Resucitada!».

[15] En español en el original. (N. del T.)
[16] En francés en el original.

Pienso continuamente en mi Padre. Nunca más volveré a reprimirme. ¡No más huidas! Me di cuenta de que abrí esta carta con la misma ansiedad con que abrí la de Henry:

Antes que nada, háblame de los planes de Hugh, porque sueño con nuestra escapada al sol y con tenerte para mí solo unos pocos días. Ambos merecemos esa divina alegría. Nuestros corazones, abrasados por cada llama, florecerán gozosamente. La buena semilla brotará en fuertes y sanos retoños bajo el calor ardiente de nuestras almas resucitadas. Fugitivos de un pasado doloroso, acudimos el uno al otro para forjar de nuevo nuestra unidad rota. ...Pero esa comunión extraordinaria exigirá horas y horas de efusión ininterrumpida, en soledad, entre el cielo y la tierra. Los dioses nunca habrán conocido mayor felicidad. Bendita seas siempre, Anaïs[17].

Esta noche estoy triste. Ironías torturantes de la vida. *Di a Henry todo lo que mi Padre necesita*. Dislocaciones. Ahora no puedo dar a Padre la misma plenitud de mi pasión. Estoy dividida. Con todo, es cierto que amé en Henry las semejanzas con mi Padre.

La contestación, la respuesta, me llega cuando me he gastado deseando.

Pero todavía estoy más llena que la mayoría de los seres. Suficientemente llena para responder al amor de Padre, ¡si no lo supero!

Sueño con hacerlo vivir, sentir, olvidarse de sí mismo, que conozca la alegría, el impulso, darme a él por entero, porque conozco el placer de darse uno mismo.

Mi gratitud rebosa. Suavemente, amablemente, hago que Allendy se aleje de mí. Dijo que temía dar rienda suelta a su mente, ¡tan vertiginosa y oscura! Le devolví su confianza, su serenidad, para él tan preciosas. Pero también le di momentos de vértigo. Una «amante deliciosa», dijo, pidiéndome que no lo abandonara del todo. Me di cuenta de que las mujeres no deben exigir sensualidad a los cristos y creadores. La amabilidad de Allendy era bella, suave, sin sexo, toda caridad. Me regala un gato callejero al que quiere pero no puede cuidar. Allendy es una mujer.

Para animarme mientras estuve enferma, Henry me envió la copia de una carta a Emil en la que describe por extenso su exuberancia, su bienestar, su alegría, sus paseos en bicicleta.

Le oculté mi mal estado de salud. Envié por él cuando estuve *bien.*

Cuando hablé con él, lo vi insensible, cruel, como quien no está interesado en nada, excepto en su propia vida y su trabajo. Vi su cara y me frené. Dije: «Pasas por uno de tus momentos de frialdad». Estaba tan vacío, tan absorto en sus cosas. No quise hablar más. Me encerré en mí misma. Intenté olvidar todo. Algo había muerto dentro de mí. Oh, tan totalmente, tan completamente egoísta. Bajó la cabeza. Lo sentía, pero lo dijo de manera poco convincente. No le importaba. Súbitamente, todos sus egoísmos se juntaron y me sentí abrumada. En un minuto, todos pasaron por mi cabeza, de igual modo que el hombre que se ahoga repasa toda su vida. El amor del supremo egoísta por la mujer que puede usar.

Temblorosa, agitada. Una rebeldía terrible, tanto más cuanto siempre excusé su egoísmo: ¡El artista! ¡El artista! ¡El monstruo!

No sé lo que me pasó. Algo —mi fe, mi ceguera— se había venido abajo. Estoy cansada, cansada hasta morir de dolor. Quiero el amor que merezco. Nada menos. Estoy agotada de dar, de

[17] En francés en el original.

vaciarme. De mi devoción constante por Henry. De fijarme perpetuamente como objetivo su bienestar.

Estaba en un período creativo de su vida y eligió a la mujer que exigía poco, ¡un día a la semana de humanidad!

Muy dentro, qué frío puede ser el calor físico: Todas las caricias de Henry, nada. Cenizas. Recordé las palabras de June: «Me di por entero y me hizo daño, me traicionó. Por eso busqué refugio en Jean».

Todo se agolpa a mi alrededor. En sus cartas a los amigos, después de los días pasados en Louveciennes, nunca una palabra acerca de *mí*, sólo lo que *obtuvo*, lo que *ganó,* lo que aprendió o descubrió. Louveciennes es un alimento. Yo soy un alimento. Mi amor es un alimento. ¡Estoy harta de esto! ¡Harta hasta la muerte!

Cuando hay ternura, o piedad, o solicitud, es *cosa del momento*. Naturalmente, en mi *presencia*, esas cosas florecen, y las creo. Me creía sus frases. Bastaba que dijera: «Quiero darte cosas».

Pero es sincero cuando dice eso. Lo sabe. Sabe que no *tiene* nada. Que el centro siempre es *él*. Por eso aborrece a las mujeres americanas, porque son egoístas, frías, descaradas, a la defensiva. No puedes esclavizarlas. Y yo he sido una esclava.

Hoy me he rebelado. Por supuesto que puedo perdonarlo. Siempre *perdono*. Pero quiero que la farsa termine, la farsa del amor. He visto con demasiada claridad la fealdad, la limitación de Henry. Tengo que liberarme de él, salvarme. ¡Dios mío, quiero amar, necesito amar!

Hugh está en Londres. Vi a Steele. Acepté su invitación de ir a su casa. Fui lo bastante débil y fui a ver a Henry para decirle que estaba harta, harta. Pero no estaba en su casa. Me telefoneó. Pero telefoneó hacia las tres, probablemente después de dormir a gusto.

Volvió a telefonear: «¡No entiendo todo esto! No sé lo que está pasando. Me echaste ayer como si fuera el jardinero. Tu tono es frío e imperioso. ¡Me asustas!».

Torpeza. Inocencia. Es siempre su respuesta: «No sabía, No quería decir, Nunca pensé». El, tan susceptible, que tan fácilmente se siente humillado, es *insensible* con los sentimientos de los demás. Hay en él grandes zonas de insensibilidad con respecto a los demás. *Nunca sabe entender a los demás.*

27 de mayo de 1933

Vino Henry. Me senté en el sofá y, en voz baja, le hice mis reproches, una larga acusación. Sin ira, con una gran tristeza. Siempre que le decía: «No me amas», estaba a punto de reír.

Pero, después de un rato, se sentó, confundido. Inclinó la cabeza. «No sabía que fuera tan malo», dijo en tono grave. Siguió con la cabeza agachada, con las venas hinchadas bajo la piel delicada. No pude soportarlo. Me acerqué a él, me puse de rodillas, escondí mi cara entre sus rodillas y me eché a llorar. Me besó en la nuca. Y dijo entonces: « Anaïs, de mi egoísmo, no sé qué decirte. No sabía que yo fuera tan malo. Pero de mi amor por ti, tienes que *creerlo*, eso es todo». Nos levantamos y me besó con tanto fervor que volví a creer, lo creí.

Y me tendió en el sofá y me tomó sencillamente, con una mezcla de hambre y ternura, deteniéndose para decir: «Dios mío, Anaïs, ¿no sabes cómo te amo?».

Lo sabía. También sabía que mis dudas y acusaciones eran exageradas. Había sido cruel un día, pero en el fondo estaba arrepentido, como se arrepiente un hombre. Era natural que él fuera la preocupación de mi vida y que la preocupación de su vida fuera su trabajo y él mismo, él mismo ligado a su obra. Simplemente, había sido demasiado mujer. Había necesitado una prueba de intimidad, porque casi todo el tiempo vivimos una relación madura, valerosa e independiente.

¡Pobre Henry! Estaba abrumado por nuestra escena. Está hecho para sufrir. Y el martes yo lo había irritado. Sintió celos de mi Padre y de Joaquín, de mi crisis. Quiso ser duro. Se negó a sentir.

Defendió su actitud en una carta prudente: «Fuiste rápida, ¿sabes? De ordinario no te sentías herida por mi gozo egoísta de la vida. Lo saboreabas».

Sospechaba que le había ocultado la causa real de mi crisis, que era otra cosa.

¡Tenía celos de mi diario! Le tenía miedo:

Sé que debe de haber sombras rodeando todas esas imágenes luminosas que me has leído. Debe de haber cosas crueles en tu diario, cosas mucho más crueles que, de saberlas, nunca admitiría yo. Lamento profundamente que ayer te fallara. Pero tengo que decirte que todo me parece confuso y misterioso. Llegué a tu casa muy animado, dispuesto a abrazarte enseguida, a amarte hasta la muerte. Pero luego, como pasa siempre —no es una novedad—, al entrar en la casa, me doy cuenta de que sólo soy un huésped, por más que sea un huésped privilegiado. No es mi casa y tú no eres mi esposa. Allí, al abrirse la puerta, veo siempre a una princesa que, por algún capricho secreto, se ha dignado ofrecerme su amor. Me siento un don nadie. Podría ser X. Todo es un regalo. Y una loca delicadeza me invade y me veo allí, de pie, estrechando tu mano, hablando de cosas intermedias, diciéndome que todo es maravilloso, que nada es real, que todo es un sueño. Me lo digo porque, aunque sé que merezco algo de la vida, no merezco todo lo que me das. E incluso cuando hablo tanto de mí mismo, lo cual debe de aburrirte mucho, es probablemente porque intento encontrarme a mí mismo dentro de la realidad de todo esto que me aportas cuando apareces en la puerta abierta y me saludas. No sabes qué gran momento es ése para mí. Entonces, me vuelvo tan humano que crece mi delicadeza. Y así fue ayer. Mi crueldad fue delicadeza. Tenía hambre de ti. Pude haberte arrancado el vestido cuando entraste y volviste a echarte en la tumbona; pude devorarte. Pero me senté enfrente de ti y hablamos. Hice un rodeo y me perdí, imaginándome contigo cinco minutos antes. Pero ayer tenías un aspecto terriblemente frágil; como si hubieras estado enferma. Y pensé que mi hambre devoradora podría parecer verdaderamente indelicada. Quise que tuvieras la mejor parte de mí. Así que hablamos, y lo que realmente te hirió fue que no te rodeara con mis brazos. Bien, fue una rara especie de insensibilidad la que me impidió hacerlo. No la insensibilidad que imaginaste. Pensé que mi «sentido saludable» disiparía todos los vapores de tu enfermedad. Pensé —supongo que eso es romanticismo— que estando allí, sentado contigo, te sentirías maravillosamente por dentro. Lo que deseaba realmente era tumbarte en la hierba e irme contigo. Todavía soy *naïf* y torpe. Me fui aturdido, algo complacido porque me echaras de aquella manera, porque a mí también me gusta cuando haces conmigo el papel de gran dama española. (¡El escritor Henry contemplando la gran escena! Resulta divertida: él, vestido de ciclista, y yo, con encajes y una capa, ¡ordenándole que se fuera!)

Cuando bajaba la colina me sentí muy feliz, porque te imaginaba subiendo a tu cuarto para escribir algunas páginas de tu «Alraune». Y, si echarme de aquella manera te ayudaba a escribir

más, para eso, Anaïs, siempre estoy a tu servicio. Siempre podrás hacer de mí una alfombra humana... para *tu arte*. Eso, Anaïs, debiera complacerte un poco. Porque creo que eres una gran artista. Y, en cuanto a esa personalidad tuya... es una gran personalidad. Incluso si no escribieras un diario... Hay días, como ayer, cuando no sabes lo que eres, artista, ser humano, personalidad o autorretrato... y haces que los demás se sientan miserables. Pero eso está bien. Yo lo apruebo. De vez en cuando *hay* que hacer que los demás se sientan miserables. Tienes momentos malos, como todos nosotros... y cuando escribí esa carta exultante a Emil, diciendo que me sentía lleno del Espíritu Santo, pensé para mis adentros qué misterioso es que estemos unidos en el Espíritu Santo. Tú eres el Espíritu Santo en mi interior. Tú me haces volar.

Su sana naturaleza, su sencillez, su buen humor me conmovieron. Citó a Lawrence: «No debiéramos mimarnos mutuamente. Debiéramos estar solos».

Aparecí inesperadamente en casa de Henry a medianoche víspera del sábado, después de cenar en casa de Steele y dejarlos, a él y a Artaud. Esperé sentada en la puerta. Henry llegó resfriado. Y, aunque pretendió encontrarse bien, poco a poco se *derritió* enteramente a mi lado, se mostró suave y tierno, *pidió* amor, pidió mimos, ¡exageró su resfriado! Y reímos, follamos y nos gastamos bromas. Fue un sábado mágico. Tenía que hacer un recado y Henry empezó con su truco de seguirme hasta que volviera Hugh. Nos perdimos por la ciudad como dos sureños, como convalecientes —dijo él—, muy juntos, muy tiernos, muy sentimentales. Comimos cuando tuvimos hambre, en la rué de l'Abbé Groult, en un pequeño *bistro*, tocino, ensalada y queso, y me emborraché con un vaso de vino blanco. Vi la luz radiante del sol sobre la arcada formada por el follaje de los árboles, parpadeante, cuando en realidad el día estaba gris. Sentí y vi la luz y el calor constantes. Quería hacerle un regalo a Henry por su resfriado y confesó que estaba loco por un fonógrafo. Fuimos a comprarlo juntos. Lo trajimos en un taxi. Llovía y nos tumbamos cómodamente en el taxi, tan contentos, tan tiernos, tan íntimos. Brazo sobre brazo. Nos fuimos a la cama y dormimos profundamente al calor de este mágico útero que nos acogía, nos mecía. Un útero de cálido afecto, como un sortilegio tropical. La ensalada, el tocino, el vino, las calles, el fonógrafo, el trayecto en taxi, la cama, todo reventaba de mágico contento, realzado todo por nuestro doble regocijo. Henry se expande, rosado, fluyente, bello en su esplendor, y yo siento su alegría, su apetito, su gozo. Me vuelvo hambrienta, arrebolada. Me da el sabor del regalo. En ninguna parte encuentro este mágico, bello y completo regalo. Juntos, un instante deviene el infinito.

Henry dice: «Nunca siento esto cuando estoy con Fred. Se gasta todo el dinero y no nos lo pasamos bien. Me aburre». Y, de este modo, añado mi dicha a la de Henry. Me desperezo, me arrellano, siento la dureza del banco del *bistro*, y digo que nunca he visto una mayonesa tan buena, que nunca me he sentido tan bien con todo. Con la gente, que habla como en *Viaje al fin de la noche* de Céline. La voz y la boca de Henry. Embriaguez. Este momento de claro y absoluto sabor a comida, color, aliento humano, totalidad. Porque me siento totalmente yo, allí, en el *bistro*, al lado de Henry. Es el final de todo desasosiego. No hay, como en cualquier otro momento o lugar, un solo fragmento mío que esté ausente, errante, desconectado, trágicamente rebelde, como la pieza de un rompecabezas que no quisiera encajar en el modelo. Durante un día estoy con Henry: una imagen completa, sin lamentos, sin pasado y sin futuro. Sin espacios oscuros que me rodeen, sin horizontes ni sombras. La vida encerrada en un día, y mi único pensamiento es el día, la hora, Henry, el taxi, la comida, y no quiero estar *en ninguna otra parte*, con *nadie más*, excepto

con Henry. No quiero un céntimo más de lo que tenemos, porque ya es suficiente para las necesidades del día, que son las únicas necesidades que tenemos. Qué sencilla la satisfacción de los deseos y esfuerzos de toda la vida de una. Ayer fue el darme cuenta de todas estas hambres oscuras, ese simple ayer, dando vueltas dentro de nuestro sueño profundo, para calentarnos mientras fuera llovía. Amor simple y único de Henry, despojado de adornos y literatura, cuando pocos días antes despertaba a la vieja y automática furia, al odio, sólo porque alguien escribió que June había hablado duramente de él, y escribió una carta melodramática que, veinticuatro horas más tarde, le produjo náuseas, porque *no quería decir eso*, y se dio cuenta de haber experimentado los últimos *sursauts* de un odio que es un «vínculo más fuerte que el amor», pero que provoca frases, literatura; consecuencias de la náusea.

Siento una inmensa piedad por Artaud, porque siempre sufre. Me doy cuenta de *cuan extremadamente raros son los momentos de bienestar físico que he conocido, e igualmente raros los momentos de alegría absoluta.* Quiero crear esos momentos para los demás. Sé que los nervios y la sensibilidad de Artaud se alivian aquí (recuerdo cómo era Henry cuando lo conocí, y ahora es un ser exultante, creativo y alegre). Es la oscuridad, la amargura de Artaud lo que quiero curar. Físicamente no quiero tocarlo. Pero amo la llama y el genio que lleva dentro.

29 de mayo de 1933

Estos días me siento profundamente sincera. Más seria que nunca, más contenta, más humana. No escribo. Mi imaginación pasa por un momento de reposo. Siempre atormentada, sí, por fantasmas, pero están relativamente dominados. Mis sentimientos. Mis sentimientos son más fuertes, más tiránicos. Soy presa de ellos. Salen a la superficie, explotan. Menos control. Pero en un fluir maravilloso. En resumen, tanto lo normal como lo anormal son fuertes. Siento la vida y siento el sueño, ambos absolutamente.

Ciclos neuróticos; pero la conciencia me mantiene a flote. Cuánto me cuesta mantenerme a flote y alegre. Henry me da una carta y mis dedos tiemblan cuando me dispongo a cogerla, porque temo que contenga una de esas frases que me ahogan, que me causan una herida insignificante, un rasguño, tan doloroso para mí. Temo su visión magnificadora. Soy tan feliz cuando acaba la tarde y no me ha herido. Entonces me pregunto si he sido yo quien le ha causado daño. Le duele que me vaya con mi Padre. Una palabra puede oscurecer el universo. No tiene nada de extraño que me conmuevan los sentimientos de Artaud, su falta de autoestima.

31 de mayo de 1933

Paso el día de tiendas. Me lleva tiempo, porque no tengo dinero, así que busco y camino durante horas. Pero cada día tengo que ir y ver a Henry. Tengo que hacerlo. Estoy más cerca de él que de mi pasado. Me gusta más llevarle discos que comprarme los guantes o las medias que tanto necesito. Me deprime ver aquella habitación gris de Clichy, la poca ropa que tiene, la cama

miserable. Siento en mi pecho el catarro y la tos de Henry. No puedo gozar de mi escapada a La Riviera. Pienso menos en el viaje, esa nueva aventura de colores, que en la cara de Henry cuando me dice que el café estaba doblemente bueno porque lo he hecho yo. Mis raíces humanas se mueven como algas. Tengo tal amor por su cuerpo, aun cuando esté enfermo, y bien sabe Dios cuánto odio la enfermedad. Siento tanto su ánimo inconsciente, sus humillaciones, su hipersensibilidad, sus pesimismos. Veo en él el mismo ser torturado de Lawrence, un ser a quien dar la paz, el mínimo dolor. Me alegra mi continua tortura, porque me hace consciente, profundamente consciente. Creo que, si tengo algún talento, es talento para amar. Este diario puede ser un manual de amor, de amor apasionado, de amor carnal, de amor comprensivo, piadoso, maternal, intelectual, artístico, creativo, inhumano, como mi amor por lo que escribe Henry.

Tenía razón Lawrence cuando escribió: «Sólo una mujer insatisfecha necesita el lujo. Una mujer satisfecha puede dormir en el suelo».

Bromeamos sobre esto. Cuando Henry me compra panecillos delicados, porque los prefiero, protesto y le digo que no me mime, que *estoy satisfecha*. Y es cierto, he sido muy feliz con mis zapatos gastados.

Esta noche, como tantas noches, me siento llena de Henry y sonrío al pensar que empecé adorando a Lawrence y termino venerando a un hombre tan parecido a Lawrence, como Mellors, como Somer;, realmente un hombre pequeño y poderoso, intenso, honrado, emotivo, marcial, instintivo, profundamente humano. Sólo que Henry es más grande como *hombre.*

1 de junio de 1933

Recibo la visita de Bradley, un hombre muy comprensivo que dijo muchas cosas interesantes. Sabe que un artista debe ser egoísta e inhumano. Dice que Lawrence fue débil; que por eso lo destruyó Frieda, por ser demasiado humano. Debió escapar, salvarse. Henry, también, permaneció demasiado tiempo con June. Yo fui demasiado humana con mi Madre y demasiado humana con Hugo.

Mientras Bradley me hablaba, recordaba vívidamente la de veces que he vuelto al viejo problema: el diario, el arte, qué incluir, qué decir, cómo decirlo. Bradley me dice: «Deja el diario a un lado. Limítate a escribir igual que hablas conmigo».

¡Es cierto que me hace hablar! No acaba nunca con sus preguntas. Su interés por mí y por mi trabajo es intenso y me conmueve. Me gustaría preservar todo. Me siento altiva, desconfiada, como delante del público. Me duele muy hondo darme en mis diarios a los demás. Sería como desnudarme en medio de la multitud. Cuando hablo, me doy cuenta de que miento imperceptiblemente para protegerme. Me visto. No deseo exponerme tal como soy. Las mentiras parecen un hábito, las pequeñas mentiras, más bien desviaciones, porque temo que no me entiendan y me asusta el dolor. Y luego, lo que no digo lo escribo en el diario. Me irrita que la gente no me entienda, pero es por mi culpa. La verdad es que sólo miro a los seres humanos en fragmentos. Henry, que tiene la parte mayor, Hugh, Allendy, Joaquín, Padre. Siempre encuentro la *mensonge vital* necesaria, la mentira que me separa de cada persona. ¿Tendrá Padre por sí solo la totalidad, como la tiene el diario? ¿Qué le ocultaré a Padre? Siempre hay un secreto y este secreto

crea el diario. Y ahora viene William Aspenwall Bradley y me ordena, en nombre del mundo, que revele todos mis secretos.

Antes de que llegara, empecé a abrir las cajas de hierro en las que guardo mis diarios. No pude abrir dos de las cajas. Una llave se rompió, y otra dio vueltas inútilmente en la cerradura.

¡Símbolos!

2 de junio de 1933

Un ser normal alcanza la felicidad, *cree* en ella y la mantiene hasta que realmente se destruye, pero un ser anormal alcanza sólo una felicidad relativa, en constante fluctuación.

Empiezo el día con un humor dorado que llevo como un huevo. Sólo que, en lugar de sentarme sobre él, lo llevo contra mi pecho, a la vista. Corro a casa de Henry para despertarlo, para regalarle mi huevo, para decirle que hace un día tropical, para sacarlo al sol. Le ofrezco mi humor como otro regalo. Pero Henry está deprimido a causa de su resfriado y porque alguien llama insistentemente a la puerta. No la abre porque estoy con él y porque, siempre que alguien llama a la puerta, Henry piensa que vienen a matarlo, a perseguirlo, a apresarlo. Tiene miedo. Toda su vida lo ha perseguido esa llamada a la puerta, esa sensación de estar perseguido. Oscurece su día. Lo convierte en un fugitivo, trastornado, deshecho. No pudo recobrarse.

Nos sentamos al sol y Henry empieza a divagar. Me pide que cuando vayamos de vacaciones no lleve mi diario. Le clavaría un puñal. Sí, porque el diario es un *personaje*. A causa de sus celos (está sobre la mesita de café) no quiere leerlo. Para Henry, cuando escribo en el diario es como si pusiera mi confianza en otro, ¡como una infidelidad! Y pienso en la de veces que me he dicho que iba a vivir sin el diario, salir de su refugio. Pero no lo hago. Porque es verdad, como le digo a Henry, que he confiado en él; pero también es verdad que sólo le digo lo que él *quiere* oír, y son muchas las cosas que no quiere oír, ¿y *quién* querría oírlas?

Por eso Henry dice que me vaya con él sin el diario, y el diario se queda sobre la mesita de café como una persona, como el último rival. Estoy aturdida, porque quiero de verdad confiar por entero en los seres humanos, salvo cuando, en un momento u otro, los seres humanos están preocupados, melancólicos, ocupados, desatentos y no muestran interés, ¡cosa que nunca me ocurre con el diario!

El mismo Henry decía hoy: «Cuando nos vayamos, nunca nos aburriremos, estoy seguro. Si llueve, nos meteremos en la habitación del hotel y te divertiré. Me parece que no lo he hecho bastante. He estado siempre tan preocupado. Nunca hemos descansado juntos ni gozado de nosotros mismos. Hay veces que lo lamento».

Al término de la larga tarde, le pregunto la hora a Henry, e inmediatamente piensa que me ha aburrido su conversación, ¡sólo porque tengo que irme! Y camina a mi lado hasta el metro, con la misma aflicción que yo siento cuando he disgustado a alguien y necesito arreglar las cosas antes de irme, porque sé que la disonancia resonará en mi interior, quizá durante varios días.

Sueño de anoche: Entro en una casa donde soy una sirvienta. La mujer me es desconocida. Al principio es muy brusca conmigo, dice que la única objeción que tiene que hacerme es que

parezco una *poule*, y me pide que no me maquille tanto para no llamar la atención de su esposo. Soy condescendiente y le digo que me empolvaré y me pintaré los labios imperceptible. Me enseña a hacer un postre de naranja. Primero corta la piel blanca de dentro, le da forma de algas y la coloca dentro de una pecera, donde empieza a moverse como una anémona marina, a hincharse y a suspirar, a hundirse y a mecerse. Tira también a la pecera las semillas de la naranja, que se mueven como joyas. Continúa preparando la naranja y me enseña cómo cocinar la piel exterior. Aprendo tan rápidamente y me gusta tanto que nos hacemos amigas. Me envía a hacer la compra y soy tan feliz con mi paseo que olvido comprar naranjas. Me paro en un bar donde veo una cesta llena, pero el encargado no quiere vendérmelas. Atraigo la atención de dos hombres que se parecen a los dos españoles que estaban ayer en el café y que se interesaron por mí mientras Henry bajaba a los lavabos. No les hago caso, pero, cuando me alejo, aparece un apache que me da 250 francos y me pide que lo siga a la habitación de un hotel. Se parece mucho a Careo.

Miro el dinero y me parece falso. Y me lo explico diciendo: «Probablemente es el nuevo dinero que están haciendo».

—¿Me da todo esto? —le pregunto sorprendida.

—Más te daré si vienes conmigo —dice el apache. Pero empiezo a pensar que, si me da tanto dinero, debe de ser porque está enfermo, sifilítico, y lo rechazo.

3 de junio de 1933

Artaud y yo nos sentamos en el jardín. Puso su mano en mi rodilla. Me sorprendió su calor. Nos miramos abierta y profundamente. Los dos nos sentimos intranquilos.

Más tarde, por la noche, inclinados los dos sobre un libro, puso su mano en mi hombro. Y me gustó. Parecía mucho más humano de lo que había sospechado.

Ahora entiendo en mí misma esta cálida espontaneidad que también he mostrado a Henry. El primer día en que Henry vino a nuestra casa, le dije, señalándole un estudio imaginario encima del garaje: «Podríamos arreglar este sitio y podrías venir a trabajar aquí». Y mi telegrama, cuando me escribió que su empleo en Dijon era intolerable: «Ven a casa, a Louveciennes».

En ambos casos, estos dos hombres, que han vivido mucho y son superficialmente cínicos, se sintieron afectados por mi sencillez y mi franqueza. Sorprendidos por mi hospitalidad. Si su cinismo y experiencia los inclinaba a interpretar mi invitación como sexual, al mismo tiempo mi tono los hizo inclinarse por una interpretación más romántica y más profunda. Lo que me hizo buscarlos fue la sensación fugaz de su timidez y mi intuición curiosamente acertada. Son los impulsos en que confío.

Cuando Henry puso por escrito los sueños en los cuales posee a mujeres imaginarias, a putas, o a June, sentí celos. Pero ¿qué sentiría Henry si supiera que en mis sueños me acuesto con todo el mundo? Después de la visita de Artaud, fue con Artaud. En mis sueños me rebelo como la puta amorosa que soy en realidad. Henry y yo, que nos tenemos, raramente soñamos con el otro, todo lo más con la crueldad del otro. Hay momentos en la vida en que tengo la sensación de esta pérdida de voluntad, esta pérdida de inhibición moral.

Henry y yo sólo la sentimos cuando nos dejamos llevar por nuestras sensaciones, por nuestra impresionabilidad. El otro día le dije que debíamos ser capaces de captar la atmósfera de los

sueños mejor que nadie, porque vivimos a menudo en ellos, y con esto quiero decir esa voluntad absoluta, esa sujeción al deseo que sólo nosotros experimentamos.

Para nosotros es fácil entregarnos. Sé muy dentro de mí que gozaría si me poseyeran Artaud, Steele y Néstor, tal como revelan mis sueños. Esta es mi verdadera e inconsciente amoralidad femenina; la voluntad enorme e inexorable que me impide hacer lo que es falso.

¿Cómo habría sido esta noche con Henry? Hugh y yo fuimos a un teatrillo, barato y obsceno. No había mucha gente. Mientras esperábamos a que empezara la función, nos sentamos en el bar. La acomodadora me dirigió una bella sonrisa. Le devolví la sonrisa. Se acercó y dijo: «Tenga cuidado al levantarse, no sea que enganche su vestido en el clavo. Esa silla tiene un clavo y su vestido es precioso». Se lo agradecí. Empezamos a hablar. Me contó la historia de su vida. Comparamos los precios de nuestros vestidos. El camarero me dio una rosa. Cuando nos sentamos en el teatro, la muchacha vino y me tocó en la muñeca: «Venga. La sentaré en la tercera fila».

Le dije a Hugo que le diera diez francos. Se los dio muy serio. Y le dije: «Tenías que haber sonreído. Dale otros diez, pero sonríe».

—¿Debo sonreír? —dijo Hugh—. Si se los di fue sólo por hacerte feliz.

Henry empieza a no querer saber. ¿Un amor más prudente? Con June era despiadado. Pero conmigo es confiado. Al principio me desconcertaba. Cuando Padre empezó a mostrar una intensa curiosidad, un gran deseo de *saber todo*, empecé a desear que Henry tuviera la misma curiosidad, aunque algo interior me dice que Henry teme herirse. Está harto del dolor, de las torturas, del ansia de poseer y ser poseído. Ahora acepta la vida; está más resignado. Es más viejo. En un sentido más profundo ha agotado el ruidoso amor romántico. Y yo no estoy preparada del todo para pasar sin él. La Anaïs prudente inspira un amor prudente. Y la Anaïs neurótica y desconfiada anhela un amor imprudente.

Comento todo esto con Henry. Dice que es una especie de confianza, que él cree en nuestro vínculo fundamental. No creía en June (ni June creía en el amor fundamental de Henry). Y si crees, lo demás se da por añadidura. No del todo, dice Henry, que ha escuchado con una extraña reserva mi charla con Artaud. La reserva con que me protejo cuando él habla de otras mujeres y trato de aparentar indiferencia.

Creo que mis escapadas son una defensa. La única vez en que me siento aliviada del amor demasiado humano por Henry, la única vez en que soy el tipo de mujer independiente y valiente que él necesita es cuando estoy enredada en amores más pequeños. De otra manera, sucumbo al sentimentalismo y quiero envolver a Henry, cuando lo que necesita es que lo dejen solo. Todos los hombres quieren que los dejen solos. Estar ocupados, llevar una vida llena, amplia, rica. ¡Es mejor para Henry! ¡Absolución!

Me entrego. Incluso si hubiera sido posible y hubiera preferido vivir sólo para Henry, ser su todo, su esposa, su amante, su criada, su compañera, Henry se habría cansado de una mujer perdida en él, perdida para ella misma. No puedo reconciliarme conmigo misma, resignarme a la vida como es. Siempre me rebelo y escupo fuego: ¿Por qué Allendy, el Tauro, la voluntad que necesito, es un débil sexual? ¿Por qué Artaud es drogadicto?

8 de junio de 1933

Hugh sale precipitadamente para Londres. Henry se viene a Louveciennes. Dejo a Henry para ver a Artaud, que me dice con semblante atormentado: «Soy clarividente. Veo que nada de lo que dijiste el otro día es verdad. Inmediatamente después de nuestra conversación en el jardín, te volviste fría y distante, tu rostro se hizo impenetrable. Eludiste mi contacto. Huiste. Oh, eres peligrosa, y siempre lo supe...».

—Pero no se trataba de un amor humano.

—¡Pero somos seres humanos! ¡Es monstruoso lo que esperas de un hombre!

Sabía que Artaud era un hombre enloquecido, enfermo, atormentado, y me interesaba, pero no humanamente. Y él, tan mórbido e hipersensible, también quería el trofeo que sabía que Allendy, Henry y Eduardo pretenden, y lo quería por entero... no sé por qué. Sentados en el café La Coupole, nos besamos, e intenté demostrarle que era sincera, que soy un ser dividido, que esto no era un juego, sino una tragedia, porque yo no podía amar imaginativa y humanamente al mismo tiempo. Y, lentamente, la historia de mi propia «locura», tan parecida a la suya, lo conmovió, porque los seres humanos le parecen espectrales y duda de la vida, la teme. Dijo que amaba mi manera de deslizarme, mi vivacidad, mi vibración... que yo era la serpiente emplumada... serpiente y pájaro...

Yo era sólo una hoja agitada por el viento, nada más. Y mientras más me suplicaba, diciéndome que sabía que yo tenía muchos amantes, más engañosa me mostraba; y mientras más descubría mi engaño, más fingía yo, sentada a su lado, tan cálida, tan loca, tan distinta a las demás mujeres, tan trágica... y los besos no me daban placer... sólo eran como hilos de araña para envolverlo, vacíos de sentimiento, empujados por alguna fuerza demoniaca para tentar, representar un papel y crear la ilusión de la intimidad.

Ahora sé que, una y otra vez, incesantemente, voy a parar a este callejón sin salida, para encontrarme con el mismo resultado, la posesión física. Y que no me interesa la posesión física, sino el juego, como un Don Juan, *el juego de la seducción, del enloquecimiento, de poseer a los hombres no sólo físicamente, sino también espiritualmente.* Exijo más que las putas.

Hoy me sentí diabólicamente complacida cuando Artaud me dijo: «He adivinado que Allendy te ama, pero ¿lo amas tú?». No quise contestarle. Definitivamente, hoy me sentí clasificada, categorizada como una especie de seductora que pocas veces se encuentra. Juego no únicamente con el sexo, sino con las almas, con las imaginaciones. La puta es una puta honrada. Seduzco los cuerpos y las almas de los hombres y juego con cosas serias y sagradas. Como Henry dijo una vez, amo el sacrilegio. Soy un nuevo tipo de hechicera. Los hombres de vida seria y profunda, que no son capturados por la puta, los hombres que menos se someten a la voluntad de la mujer, son los hombres que poseo. Soy un veneno que no sólo hace efecto en la carne, sino en manantiales más profundos. Vi a Artaud prisionero de la sacerdotisa inca, de la serpiente emplumada, del plumaje y la fluidez, de la astucia y el encanto. «Tan suave y tan frágil», dijo, y me miró con ojos absolutamente enloquecidos. «La gente cree que estoy loco.» Y supe en aquel momento, mirando sus ojos, que lo estaba y que yo amaba su locura. Cuando miré su boca, con las comisuras ennegrecidas por el láudano, una boca que no quería besar, por una curiosa estratagema de superimposición, recordé la frescura absoluta de la boca y el cuerpo de Allendy, la boca rosada de

Henry, sana, tan semejante a una fruta, y supe que de nuevo me sentía empujada a la muerte, siempre empujada a la muerte, al final, a las culminaciones, a las locuras. Que Artaud me besara era envenenarme, y conocí aquellos escalofríos de la vida espectral y me sorprendió que Artaud me considerara cálida y corpórea, que buscara inmediatamente dar forma, una forma definida, a nuestra relación. Me decepcionó que fuera tan concreto. Hubiera querido un amor como el de Eduardo, que no exige nada del cuerpo. Dije a Artaud que no me pidiera nada. «No había esperado encontrar en ti mi locura», me dijo. Hablaba como un poeta y me reí de mí cuando pensé en mi enorme ansia de poesía. ¿Estaba yo sentada allí, con Artaud, porque destilaba poesía, porque creía en la magia, porque se identificaba con Heliogábalo, el loco emperador romano, porque su teatro, su escritura y su ser estaban entretejidos, porque, en el taxi, hablaba como Hamlet y se apartaba el cabello del rostro sudoroso y deteriorado? Se ha apoderado de mi imaginación. Manda en ella. Camina, habla, lee, evoca momias, decadencia romana, drogas, locura, muerte. De nuevo, trataba de iniciar una experiencia, pasar por ella sin entregarme, y cada vez era más difícil. Entré en la vida de Allendy, le di un pequeño mordisco, lo saboreé sin apenas tocarlo. Pasé rozándolo y seguí mi camino. Oh, también la amargura del hombre engañado por mi inaprensibilidad. Y ahora me adentro cautelosamente en las regiones fantásticas de Artaud, y él, también, pone sobre mí sus pesadas manos, sobre mi cuerpo y, como la mandrágora al contacto con las manos humanas, *grito.*

Vuelvo a casa y me maravillo de mi amor intenso por Henry, por su boca, sus dedos, sus venas, su cuello, su blanco estómago, su pene, cada parte de su cuerpo. No hay momento de frialdad o retracción, nunca. Me fundo en mi interior. Todo lo demás es sueño, fantasía, juego, incluido el modelo, el rígido y fatal modelo que me empuja a vengarme de todos los hombres, excepto de Henry y Hugh, como la puta que sólo ama a un hombre y, fríamente, sin escrúpulos, le saca el dinero a los demás.

Sin embargo, le dije a Artaud que en mí no hay cálculo y eso es cierto. Todo cuanto hoy escribo es la explicación de actitudes, acciones y discursos que en el momento hice con entusiasmo, incondicionalmente. Mi conversación con Artaud en el jardín fue real. ¿Me oculto a mí misma mis motivaciones? ¿Preferí fingir con Artaud, o no es cierto que estoy hechizada por mi imaginación y no físicamente?

Cuando llegué a casa, me miré en el espejo y vi a la tigresa. La tigresa burlona, de ojos verdes. También fría. Fría. Artaud dijo: «Cara de piedra».

Cuando miré mi cara y vi allí la tigresa, dejé de dudar de ella. La acepté. Miré mi rostro y sonreí a la tigresa, invitadoramente, con tolerancia.

—¿Por qué, por qué invitaste a bailar a Steele? —preguntó Artaud.

—Porque dijo que le gustaba bailar.

—No, porque sabes que te ama y querías complacerlo, para luego herirlo.

El rostro del espejo, con su fría claridad de rasgos, con sus ojos transparentes, dice: «Sí». Quiero someterme a la certeza. No quiero disfrazar a la tigresa. *«Bonjour!,* zarpa aterciopelada, sigilosa. De caza, ¿eh?» De noche, salgo y bebo en el río. Jungla secreta.

No tengo sentimientos. Artaud me atormenta y Allendy me conmueve. Pero Artaud me dijo: «¿Sabes?, la cosa más pequeña me hiere inmensamente. El tono de tu nota, su frialdad, me llegan muy hondo. Me siento abatido con facilidad».

Ha sido un gran día para Henry y para mí. Durante el desayuno, en el jardín, planeamos instalar una imprenta en el espacio que hay encima del garaje, para imprimir sus libros. La idea, que estaba latente en mí, se le ocurrió a Henry y, algunas veces, la habíamos considerado vagamente. Pero está tan miserablemente tratado por los editores, tan humillado, tan desalentado, que estoy resuelta a que se lleve a cabo. Hacemos planes.

Henry está trabajando en su «Autorretrato». Está bronceado por el sol. Quiere venirse a vivir cerca de mí y de la imprenta. Está absorbido por su trabajo. También me mima, y me siento aquí, haciendo planes, soñando. Necesita independencia, libertad para expresarse, para poder expansionarse. También hago planes para tener yo mayor independencia. Henry y yo haremos juntos grandes viajes. Queremos ir a la India. Henry me presiona para que haga cuanto quiera. ¡Qué sería yo si pudiera expansionarme sin limitaciones! Me dice que huya de Hugh y de él, que me libere. Habla impersonalmente, exaltándose cuando habla de mis posibilidades. Pero sonrío. Nunca podré escapar de mis sentimientos, de mi creencia en que la vida no es libertad, sino amor, que el amor encadena, que ninguna liberación significa nada si han de sacrificarse tres o cuatro seres humanos. Soy yo quien crea los lazos, los muros, los amores, las devociones que me rodean. Soy yo quien dirige mi vida por los canales que me conducen y someten a Hugh, a Henry, a Joaquín, a los amores pequeños.

Una mujer que no hubiera visto a Henry desde que vivía con June, hace cinco años, lo encontraría hoy rejuvenecido diez años.

Cuando lo vi por primera vez, estaba mal de salud, hundido en el pesimismo y la amargura, frágil, cuando habitualmente tiene de una salud de hierro; perdido, roto. Recordamos este período. La habitación donde entré la primera vez: miseria, pobreza, hambre, los grandes y cansados anhelos. Dijo que tenía el vientre lleno de miseria, guerra y pobreza. Que estaba cansado de vagar de un lado a otro, de no tener hogar. Quería crear. Necesitaba serenidad, tiempo, seguridad. Y ha conseguido todo eso, y también un gran amor.

También yo he conseguido todo lo que necesitaba. También yo estaba hambrienta.

La tarde con Henry en el estudio acabó con una conversación infernal. Henry leyó la carta que Hugh me ha enviado, y la analizó despiadadamente, señalando su tono carente de vida, de brillo, tan convencional: «Querida mía... he pensado en lo maravillosa que eres», etc. Siempre he excusado la incapacidad de expresión. Pero Henry atacó implacablemente la vaciedad de Hugh, su aspecto fantasmal, su asentimiento, que yo tomo por comprensión, sus frases trilladas, dóciles, apagadas, automáticas; su conciencia desenfocada; su estado ausente. Y, sin que importe la naturaleza de la incapacidad de Hugh, Henry subrayó la verdad: que estoy enjaulada. Hugh no me da la libertad, la tolerancia que necesito. Me aprisiona humanamente. No hace lo que debiera si fuera cierto que toda su vida la vive para mí. Irreal, es irreal en todo, inmaduro, nebuloso. Sólo cuando le causo un gran dolor surge su vivacidad, su ira, su pasión (el incidente con John en el barco, su llegada inesperada el otro día, con la expresión inolvidable de su rostro).

Todo lo que Henry dijo me sobresaltó. Lo puse en duda. Pero sé que Henry fue justo, porque, por su propio interés, sería mejor que siguiera unida a Hugh.

En aquel momento fui fría, inhumana. Vi lo que mi vida sería sin Hugh: un esplendor. Tengo una visión infernal de mi libertad: un vínculo flexible con Henry. Me di cuenta de lo paralizada que estoy por las consideraciones humanas. Le dije a Henry: «Escucha, cuando publiques tu libro y puedas mantenerte por tu cuenta, escaparé; para entonces, Joaquín podrá cuidar de Madre».

Cuando bajé para acostarme, sabía que todo esto era inútil, que era incapaz de hacerlo, simplemente porque Hugh puede despertarse en mitad de la noche, como le ocurre a menudo, de humor mórbido, y no encontrarme a su lado para que le hable y lo acaricie, para que se calme y se duerma.

Al día siguiente, Henry dijo algo como: «Toda la literatura junta no llega a las tragedias, a las luchas de la vida. Al lado de ellas, la literatura palidece». En ese momento, la literatura nos pareció a los dos remota, insuficiente, y la vida humana insoportablemente vivida.

Sólo hemos aclarado algo de la conversación de anoche, que en un determinado momento viajaré con Henry durante meses. Hablamos de lo maravilloso de nuestra intimidad, de lo valioso de cuanto nos sucede cuando estamos juntos, y de que queremos eso. Queremos eso y nuestra libertad. Si hoy pudiera casarme con Henry, no lo haría. Lo quiero libre; lo necesita, y también necesita intimidad. Nací para entender las necesidades del artista, ¡probablemente porque también las tengo!

Incluso la ironía del artista sigue afectando a la historia de su viejo amor cuando se siente estimulado por el nuevo. Henry se enfada porque nuestro amor lo estimula a escribir sobre June y Bertha. Más adelante, cuando viva con otras mujeres, me recordará.

Siempre se asusta cuando le digo: «Si viviera contigo, ¿traerías a tu puta a casa?». —Por Dios, Anaïs.

—Pero lo hiciste, lo hiciste con tu primera esposa.

—Pero eso no podría hacerlo *contigo.*

Le asombra su fidelidad conmigo.

12 de junio de 1933

Tanto ha cambiado irrevocablemente en mí desde nuestra conversación sobre Hugo, aunque esa charla fuera en sí misma una deformación, una falsedad. Pero me provocó un «blanco fervor criminal». Mis velas están de nuevo hinchadas frente a una piedad amorosa que hace que pierda el rumbo de mi vida. Los sentimientos pueden volver a trastornarme, a retrasarme, pero, en último término, no tendrán poder sobre mí. Vi todo claramente, fríamente, con sorprendente sabiduría, con una total ausencia de sentimentalismo. La necesidad de expansionarme y de fluir tan lejos y tan profundamente como soy capaz.

Henry y yo miramos nuestra vida con ojos desnudos, y lo que vi fue otra vez un aislamiento final.

Ha escrito veinticinco páginas soberbias. Ha leído diez páginas de mi diario, las ha discutido durante una hora, queriendo estar interesado, y durante un rato mantuvo profundamente su interés, pero al final prefirió pintar acuarelas, leer para él en voz alta el *Satiricón*. Y todo está muy

bien. Eso no quiere decir que no me ame. Siento mi presencia en su cuerpo, en su mente, permeando su vida. Hablamos de nuestros viajes juntos y le dije todo lo que sabía acerca de la necesidad del artista de vagar, de devorar nuevas experiencias, de cómo lo entendía porque así lo sentía. Y luego, ayer, después de pasar una semana en Louveciennes, adiviné su desasosiego, le pedí que se fuera a París, y acerté. Necesitaba moverse, pasear, sentirse libre, vagar, y tuve razón. No me importó. Sé cuántas veces he querido abandonar Louveciennes, sólo para escapar.

Así que anoche le dije a Henry que se fuera y no me importa adonde fue. Me quedé contenta a solas, planificando mi trabajo, llena de ideas, convencida de haber escrito grandes páginas en mi diario, de que las escribiré mejores el día en que deje de cubrir mis emociones con velos de hipocresías ideales, queriendo conscientemente que las cosas sean nobles cuando en realidad son diabólicas. ¡Más verdad! Este vagabundo, Henry, es el hombre que amo, y ¿qué sería él si estuviera domesticado?

Irónicamente, da la casualidad de que hoy veo a Artaud. Pero ¿quién sabe si anoche Henry se fue con el mismo miedo a la intimidad y sus consecuencias (el dolor) que yo sentí? Me dejó después de leer mi diario sobre mi Padre y después de que yo le dijera que no podía ayudarme a copiar mi diario porque había cosas en él que le harían daño.

13 de junio de 1933

Locura. Cuando me presento en casa de Artaud, aparece noblemente, orgullosamente, con los ojos delirantes de alegría... He ido vestida de negro, rojo y acero, como Marte, belicosa, dispuesta a no permitir que me toque. Siento la tensión de su deseo, opresivo, obsesivo. Miro su habitación: como una celda, gris, desnuda. Miro las fotografías de su rostro asombroso, cara de actor, amarga, dura, cambiante... Hablamos y repito lo que dije antes, que no quería nada salvo el contacto de nuestras mentes, el intercambio de nuestros pensamientos, y él habla oscuramente contra mí. No recuerdo nuestra conversación. Todo giraba alrededor y dentro de mí. Se arrodilló. Se arrodilló delante de mí y habló violentamente, prendiéndome en sus ojos, y olvidé sus palabras. Todo lo que recuerdo es que me sacó de mí misma, de mis resistencias. Me senté allí, magnetizada, y mi sangre lo obedeció. Me besó vorazmente, fieramente, y me rendí. Mordió mi boca, mis pechos, mi garganta, mis piernas.

Pero no pudo. Hubo una pausa, muerta e intensa. Su rostro se contrajo, luego, glacialmente, se sentó.

—Vete —dijo—. Vete.

Duro, frío, brutal. Lo miré.

—No —dije—. ¿Por qué he de irme? No quiero irme.

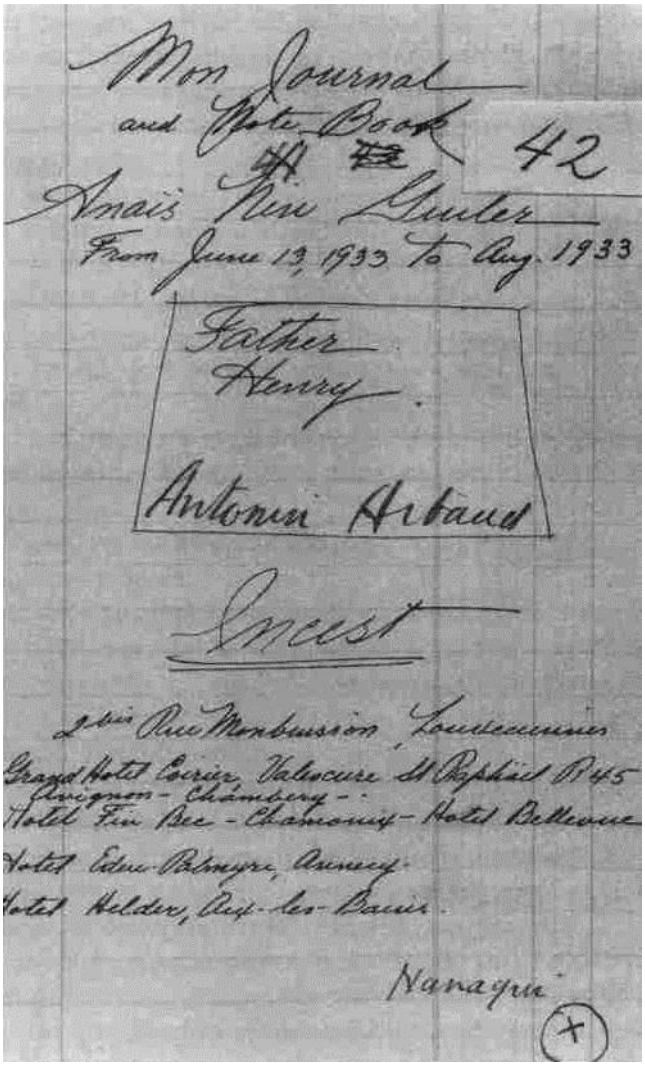
Le enjugué con mi pañuelo la cara húmeda y me puse de pie.

—Vete ahora, o más tarde, no importa. De cualquier forma, vas a despreciarme. Para ti estoy perdido. Tomo demasiado opio.

—No te desprecio. Todo esto no tiene importancia, ninguna importancia.

—Es de una enorme importancia para todas las mujeres.

—No para mí.



Cubierta del cuaderno
del diario número 42

Hablé sin apenas levantar la voz. Como si me supiera la escena de memoria. En el segundo que transcurrió entre la orden de Artaud para que me fuera y su «De cualquier forma, vas a despreciarme», floreció toda mi sapiencia amorosa, nacida del mayor de los dolores. Nunca tomé la impotencia de Artaud como ausencia de amor. Sabía que tenía que salvarlo inmediatamente de su humillación. Mientras permanecí allí, callada, después de aquella inútil efusión, casi sonreía.

—No tienes la misma reacción de otras mujeres —dijo Artaud.

Su humillación se había mitigado. Se levantó e hizo un gesto desesperado.

—Estoy absolutamente satisfecha, Artaud. No buscaba la conexión humana. Estoy cansada de eso. He sufrido demasiado. Olvidemos este momento. No significa nada. Los gestos no significan nada.

18 de junio de 1933

Fui a casa a ver a Henry. Le describí las virtudes y gestos dramáticos de Artaud. Me inventé muchas cosas, como que Artaud quiso que yo tomara drogas. Entretuve y apasioné a Henry. Yo estaba febril y él, celoso. Me dijo: «Tus ojos tienen un brillo lejano, como si hubieras hecho el amor».

No pude dormir. Artaud me acosaba; tenía que verlo otra vez. Le dije a Henry que se fuera la noche de la llegada de Hugo, y me encontré con Artaud en el Viking, en la misma mesa donde Henry y yo nos miramos por primera vez con amor. Estaba temblando. Y luego empezó una noche de éxtasis. Nos fuimos del café porque los estudiantes del Quatz Art Ball estaban alborotados y rompían nuestra exaltación (la última vez que los vi, Henry y yo estábamos en una habitación de hotel ¡y quise unirme a ellos!). Caminamos como en un sueño, en un delirio; Artaud, torturado con sus dudas y su loca charla sobre la eternidad y Dios, queriendo que yo lo sintiera físicamente, y yo, transportada, derretida, fuera de mí, tanto que nos paramos en los *quays* y nos besamos furiosamente, en un éxtasis como aquél con June, diferente, que nos elevaba en una ascensión delirante.

—Estoy viviendo el mayor momento de mi vida. ¡Es demasiado, demasiado! —dijo Artaud, caminando y dando casi traspiés de alegría—. Qué divina alegría, crucificar a un ser como tú, Anaïs, tan evanescente, tan elusivo. Qué éxtasis tenerte por entero, a ti, que nunca te das. *Mon amour, mon grand amour!*

Nos sentamos en un café y me arrulló con frases de infinita ternura, y yo estaba asustada de su fervor. Dijo: *«Entre nous il pourrait y avoir un meurtre».*

Carta a Artaud (remitida desde Valescure-St. Raphaël)[18]: Nanaqui, desearía revivir mil veces aquel momento en los *quays* y cada hora de aquella noche. Quiero sentir de nuevo tu violencia y tu dulzura, tus amenazas, tu despótico poder espiritual... todo el miedo que me inspiras, y la alegría desgarradora. Miedo, porque esperas tanto de mí... eternidad, lo eterno, Dios... esas palabras... todas las preguntas que me hiciste.

Contesté a tus preguntas amablemente. Si parecí evasiva fue sólo porque había demasiado que decir. Siempre siento la vida como un ciclo, una larga serie de acontecimientos, un círculo, y no puedo separar un fragmento porque a mí me parece que un fragmento no tiene ningún significado. Pero el conjunto parece trazado, fundido en un abrazo, confiado en el instinto de uno, en el calor y la fusión de los cuerpos. Creo completamente en lo que sentimos cuando estamos juntos. Creo en ese momento en que perdemos toda idea de realidad, de la separación e individualidad de nuestros seres. Cuando se cayeron los libros sentí alivio. Después de eso, todo se hizo sencillo... sencillo, grandioso y dulce. El *tú*, que casi produce dolor, ata tan apretadamente... el *tú* y todo lo que me dijiste... he olvidado las palabras; oigo la ternura y recuerdo que eras feliz. Todo lo demás es sólo la tortura de nuestras mentes, los fantasmas que creamos... porque, para nosotros, el amor tiene repercusiones inmensas. Debe crear; tiene un hondo significado. Contiene y dirige todo. Para nosotros tiene la importancia de estar mezclado y unido a todos nuestros

[18] En francés en el original

impulsos y nuestras inspiraciones... ¡Es demasiado importante para nosotros! Lo obtenemos confundido con la religión, la magia.

¿Por qué, antes de sentarnos en el café, pensabas que me distanciaba de ti, sólo porque yo, durante unos instantes, tenía el corazón ligero, alegre, y sonreía? ¿No aceptarás nunca esos movimientos, esas corrientes bajo el agua? Nanaqui, debes creer en el eje de mi vida; la expansión de mi yo es inmensa, engañosa, pero sólo en la forma. Desearía que leyeras el diario de mi niñez para que vieras cuan fiel he sido a ciertos valores. Creo que siempre reconozco los valores verdaderos... por ejemplo, cuando sé distinguirte como un rey en un reino que me ha perseguido durante toda mi vida.

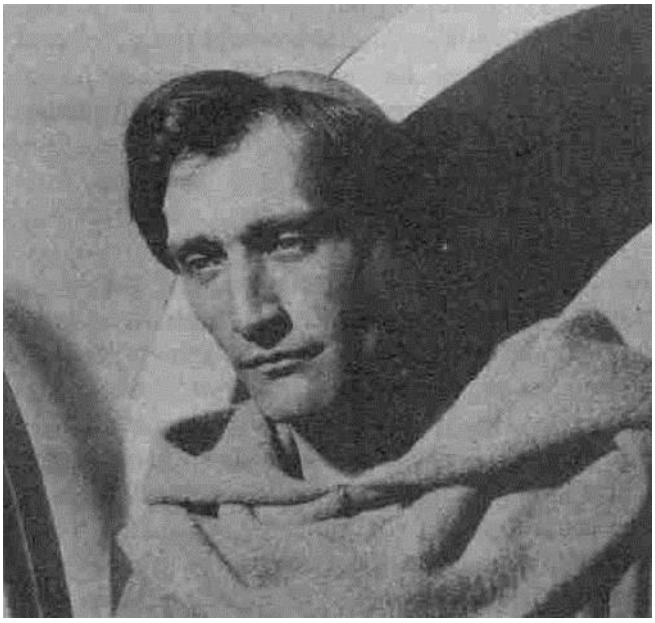
Nanaqui, esta noche no quiero remover las ideas... Sólo quiero tu presencia. ¿Te ocurre lo mismo, que eliges un momento precioso (nuestro abrazo en los *quays*) y te adhieres a él? Cierro los ojos y lo revivo intensamente, como en un trance, sin sentir ya la vida presente, sin sentir nada, nada salvo aquel momento. Y después, la noche, la procesión de tus gestos, y tus palabras, la fiebre, la inquietud, la necesidad de volver a verte, la gran impaciencia...

Segunda carta[19]: ¿Puedes aceptar mi espiritualidad, tan diferente de la tuya, porque es capaz de ascender a pesar de soportar un pesado lastre de vida y alegría? ¿No te atormentarás a causa de mis raíces humanas? No conozco la felicidad tal como se concibe ordinariamente, pero un día de sol, de calor, como aquel en que me esperaste en la estación del tren, me da una gran alegría, y aquel día hablaste como si lucharas contra la luz, porque amenazaba con diluirte. Dijiste: «Sólo tengo sensaciones dolorosas». Todas esas alegrías no cambian el centro de mi vida, y el centro es el *sentimiento trágico de la vida* que nos une.

No leo nada, salvo tu libro. Hablas del daño que hago. Me parece que soy cruel inintencionadamente, por una gran fatalidad. Causo daño sin querer y sólo a aquellos que me han engañado profundamente. No, eso quizá no sea verdad. Me gustaría decirte siempre la verdad, Nanaqui, y no tratar de justificarme.

De todas formas esto carece de importancia, porque no vivimos nunca dos experiencias idénticas, tú lo sabes. Cada nuevo contacto crea una nueva experiencia. Nunca me conocerás por mi pasado, sólo por lo que soy para ti y contigo. Y eso es así porque tú y lo que tú eres inspiran lo mejor en mí; tú conjuras y provocas un yo que los demás no conocen. Y con esto no estoy diciendo que deje de ser lo que soy, porque tengo mucho que ofrecerte. Nuestros «opuestos se atraen», nuestras virtudes se complementan, y es bueno. Creo que te traeré el sabor maravilloso de las cosas materiales, una fluidez nacida del calor y de mi facilidad para moverme como un río. Creo que, conmigo, te sentirás alienado con menos frecuencia. Te unirás a la vida porque te la ofreceré saturada de espíritu, y eso es un abrazo que también produce grandes milagros. Habrá menos niebla, menos dudas, menos angustia: la unión entre tú y yo se prolongará en una fusión simbólica de todos los elementos. ¡El agua es movimiento y en el agua se crea! Te amo.

[19] En francés en el original



Antonin Artaud, tal como aparece en el filme de 1928 La pasión de Juana de Arco

19 de junio de 1933

Estoy en Niza, sola. He huido de la madre de Hugo, de Artaud, de Henry, para ocultar mi derrumbamiento físico. Escribo cartas de amor a Henry, a Padre, a Hugo. No a Allendy, porque actúa por despecho, como una mujer. No acepta su derrota como un sabio. Y Artaud me preguntó: «¿Qué has hecho con Allendy? Le has hecho daño». Y: «¿Por qué das esa terrible impresión de maldad, de crueldad, de seducción, superchería y superficialidad? ¿Es sólo apariencia? Te odié al principio, como se odia a la tentadora todopoderosa. Te odié como se odia el pecado».

Me creo absolutamente inocente, pero he podido pecar. He cometido todos los sacrilegios. Y debo de ser todo pecado, porque incluso me siento libre de remordimientos. No siento ningún remordimiento por Hugo, por Artaud o por Henry. Y voy dándome cuenta de que ejerzo una especie de venganza sobre los hombres, de que una fuerza satánica me impele a conquistarlos y abandonarlos. No conozco la verdad. ¿Abandoné a Allendy porque sólo buscaba el placer de conquistarlo, o porque me defraudó? Sí que me defraudó y me desilusionó. La vida, o mi propia ingenuidad, me proporcionan bellas justificaciones. Cualquiera perdonaría mis traiciones a Hugh si supiera las torturas sexuales que he sufrido desde el principio. Incluso mi Madre conoce mis visitas desesperadas a los médicos, cuando pensé que había algo en mí que no funcionaba.

Soledad. Pretendo estar dividida, busco esta tensión y fluidez multilateral. Es mi auténtica expresión. Cuando camino a solas durante horas, acepto lo que soy. Dejo de censurarme y no permitiré que los demás me censuren. Obediencia al misterio, que el diario sólo pretende describir, no explicar.

Henry duerme dentro de mí como mi sangre y mi carne, duerme y se agita. Artaud acosa mi imaginación y despierta mi fiebre, despierta la eflorescencia sobrenatural que se esfuerza en el espacio, que aspira a lo alto.

Henry ha observado que, cuando vivo unos días con él, me hago más pesada, inerte y oriental —más espesa—, mi cuerpo se expande y la exaltación desciende en círculos perfectos y acusados, en pleamares y resacas.

Aquí, sola, camino con el cuerpo pesado y la conciencia ligera.

Sabía que algo estaba cristalizando en mi núcleo, que estaba resuelta a llevar la vida, igual que el dolor, a los demás, que sólo se lleva vida cuando se lleva dolor. Henry me escribe: «Aquel día danzabas como el viento a mi alrededor. Echo tanto de menos aquel fuego y aquella luz que desprendes. Las cosas parecen muertas desde que me fui de Louveciennes».

Vida y dolor. Agua, tierra, fuego, pecado.

El curso está trazado ante mí. No puedo detenerme. Recuerdo ahora vivamente la leyenda de Alraune. Alraune, creada, predestinada a la destrucción, como una posesa. ¡Oh, Dios!

Inmediatamente recuerdo varias escenas secundarias: Hugo que regresa de Londres tras diez días de ausencia, y siento como si fuera Joaquín quien regresa. Y sigo llevando dentro de mí la fiebre de las palabras de Artaud. Hugo y yo en nuestro dormitorio —su cuerpo desnudo, tan bello—, y yo tan fría, tan fría, tan fría que busco un pretexto para reñir, para retrasar su abrazo. Y Hugo, melancólico, que abre un pequeño paquete, mientras yo me lanzo a la riña, fingiendo que no he advertido su gesto. Está horrorizado porque, dice, nunca lo he recibido de aquella manera, y piensa que algo ha sucedido entre nosotros. De pronto, siento un arrebato piadoso. Pido excusas, me invento que estoy celosa y enfadada por la visita de su madre, me rindo a su abrazo y acepto su pequeño regalo.

Y hoy me dije: «Debe haber sufrimiento». El sufrimiento también es vida. Pero me tortura mil veces más que a los demás. Esta noche, la piedad me enloquece.

También Henry está sentado en un café, llorando porque me he ido durante dos semanas.

Toda mi alegría se ha roto. Me siento y escribo cartas a Hugo, cartas que me recuerdan las palabras de Henry refiriéndose a las de June: «Una carta como ésta lo borra todo».

20 de junio de 1933

Hago daño a Allendy escribiéndole impersonalmente. Hago daño a Eduardo escribiéndole sobre Artaud.

Escribo a Artaud[20]: Nanaqui, mi amor, te amo tanto que no quiero hacerte daño. He venido a decirte la verdad, tal como la conozco. He venido a pedirte que me olvides, que me olvides, que me borres de tu vida, porque es verdad que soy como te parezco. Causo daño y causo mucho

[20] En francés en el original

dolor, y todo lo que sé es que soy yo la que sufre más, más que aquellos a quienes hago daño. Es un misterio para mí, un misterio terrible y pavoroso que Allendy no ha sabido explicarme.

Escúchame. He traído vida, luz y calor a quienes he amado, pero también les he traído dolor. Allendy, en quien yo confiaba, creyó que yo era una santa, lo juro, pero también le he hecho daño. ¿Entiendes ahora por qué he escrito tanto sobre la leyenda de Alraune, la mujer creada por un alquimista? Las fuerzas naturales están envenenadas por las fórmulas científicas, y se crea a Alraune para destruir. Dos fuerzas chocan dentro de mí. Allendy cree que me estoy vengando por el terrible sufrimiento que he soportado.

Escucha, Nanaqui. De niña, adoré a mi Padre, en cuerpo y alma (siempre juntos, el cuerpo obediente al alma). Cuando tenía diez años, mi Padre nos dejó, abandonó a mi Madre y la hizo sufrir. Pero, para mí, fue a mí a quien abandonó. Ya era rara, en realidad no era absolutamente una niña, y tuve el presentimiento de que iba a dejarnos. En el momento de salir me colgué de él. Mi Madre no entendió mi desesperación.

No lo he vuelto a ver hasta hace un mes. ¡Veinte años! Me hice muy seria, he llorado durante años. Desconfié completamente de la vida. Me encerré dentro de mí y empecé una vida secreta en mi diario. Le volví la espalda a la vida real.

Fuimos terriblemente pobres en América. Posé de modelo para pintores. Cuando tenía dieciséis años, Eduardo, poeta y actor, se enamoró de mí. Como te he dicho, hasta hace un año mi vida física y sensual fue un largo martirio, porque mi alma no participaba. Los impulsos de mi cuerpo obedecían a los de mi espíritu. Eduardo era homosexual y su amor era incompleto. En aquellos momentos yo lo quería todo, necesitaba un amor absoluto.

A los diecinueve, me enamoré de Hugo, sobre todo de su carácter amable y sincero. No sé explicar por qué, pero nuestro matrimonio ha sido y es para mí un martirio físico; incluso así, durante siete años, le fui fiel. Hace un año, un estallido de angustia y pasión me desequilibró y me arrojó, primero, en brazos de una mujer, y luego en los brazos del hombre de quien te he hablado. Renuncié a la lucha estéril por un ideal.

Fue entonces cuando fui a ver a Allendy. Y empecé a obrar mal, a cometer todo tipo de sacrilegios. Allendy me dijo: «Aprende a disociar». Me desaconsejó que persiguiera lo absoluto, porque mi hambre de absoluto siempre me condujo a la catástrofe. Sentí un hondo desengaño. Todos aquellos compromisos, aquellas adaptaciones a la vida normal, me daban náuseas. Creo que soy peor de lo que la gente cree, y también que poseo mayores poderes de sublimación de los que piensan.

Te he expuesto los hechos lisa y claramente. Cuando te digo que pienso que hay pocas mujeres tan severas con ellas mismas como yo lo soy conmigo, creo que digo la verdad, particularmente porque siempre he sido muy tentada, muy solicitada y adulada. También es cierto que he esperado mucho de la vida y he sido cruelmente engañada. Paso momentos de gran amargura. Es verdad que el primer sobresalto doloroso, que me obsesionó durante veinte años, ocasionó que me encerrara, que me volviera elusiva, hipersensible, narcisista. Porque cada relación, cada experiencia humana, me parece cargada de tristeza. Sólo me siento feliz en mi imaginación. O llevando una vida como la del pasado año, una vida elemental de sol, tierra y fuego, una vida que no es mental, o muy poco mental.

Cuando te conocí, lo primero que te dije fue que no quería que estuviéramos juntos físicamente. Tenía mi vida realmente dividida. La he partido voluntariamente en dos. Estoy harta de sufrir, de ser tan terriblemente completa. Tengo miedo —no, terror— de desilusionarte,

Nanaqui, de hacerte daño, y lo más triste es que soy mujer, débil, aunque capaz de una gran devoción; soy una mezcla de todo, capaz de todo. Pero a ti, a quien siento tan lastimosa y dolorosamente sensible, no quiero herirte.

Tiemblo... hoy... demasiada gente es infeliz hoy por mi culpa. Es terrible, Nanaqui... He hecho sufrir a Hugo. Lo peor, lo peor que pensaste de mí aquel primer día es verdad. Tenías razón en odiarme, en huir de mí. Ódiame. Piensa que sólo soy una mujer frívola, cruel y casquivana. Aléjate. Dijiste que podías olvidar, borrar una imagen... Créeme, pues, que te mentí, que te miento ahora. Que me di tan por entero cuando era niña que aún estoy dolida. Que, desde entonces, la vida me ha parecido llena de terror y crueldad y que todo el amor que se me ha ofrecido ahora no puede reconstruir, recrear o devolverme la confianza.

Y, sin embargo, qué bien he sabido utilizar todo; cómo he usado y sublimado mis experiencias para entender a los demás. Me gusta emplear lo que he aprendido con mi propio sufrimiento para dar a los otros, para protegerlos. Amo la compasión, Nanaqui, porque cuando no estoy poseída por mi demonio, siento una compasión infinita, una piedad tan grande que me hace cobarde. Pude haberte hecho el mayor bien, porque, para alguien como tú, la gentileza y la amabilidad también necesitan que se impregnen de inteligencia. Hay que saber amar con entendimiento. El mayor bien y el mayor daño. ¡Ojalá no te parecieras tanto a mí, ojalá no esperaras todo de mí, todo, lo absoluto. Veo en ti mi propia falta de compromiso! Oh, Artaud, quienes dan luz y vida también hacen daño... Dime que me comprendes. Olvídame. ¡Te doy prueba de un amor extraordinario!

21 de junio de 1933

Echo la carta de Artaud al correo, llena de remordimientos por haber entrado en su vida. Luego, mi Padre me telefonea tan pronto como llega a París procedente de España.

Luego, Henry me escribe: Espero anhelante una carta. ¿Qué debo hacer? Me siento desgraciado. Hoy tendría que haber subido al tren, hacia el sur, para estar cerca de ti de alguna manera. Odio decirte que me siento miserablemente, pero ésa es la verdad. Quizá todo lo que quiero es saber de ti. Me parece que hace tanto que me fui de Louveciennes. Escríbeme enseguida. Todo me parece despreciable. *Odio* París. Odio todo el mundo. Jesús. No sé lo que me pasa. Te quiero... terriblemente. No soy capaz de hacer la más mínima cosa sin ti. Acabo de darme cuenta de que eres todo mi mundo. Que cuando hablaba tan fácilmente de mi autosuficiencia, no era más que un fanfarrón y un embustero. Estoy completamente desorientado...

Extraños días. Hacía mal tiempo, así que creé mi propio clima. Ignoré la ciudad, el hotel. Vivía dentro de mí, escribía cartas, soñaba, contenta.

Cuando llegué, encontré un telegrama de Padre. Hoy, sabiendo que estaba enfermo, le telefoneé. Todas las extravagancias que no nos podemos pagar. Son estas cosas las que a menudo me niego, violentamente, furiosamente, con la máxima severidad.

22 de junio de 1933

Hoy me desperté y me sentí inocente. Sentí que mi carta a Artaud surgió de mi exceso de escrúpulos. Que he exagerado el mal que hago. Que, realmente, no soy lo suficientemente valiente para hacer el mal... ¡Estoy sumida en la confusión!

A Artaud[21]: Creo que habrás notado un exceso de escrúpulos en mi última carta. Soy muy dura conmigo, Nanaqui, y siento sobre mí el peso de toda la severidad de tu alma. Que al principio me odiaras, tú, que tan intuitivo eres, me trastornó y me dolió mucho. Por ti he intentado mirarme cara a cara. Si se tiene un alma, ésta se muestra de diversas maneras, no mediante los hechos. ¿Qué ves ahora? Confío en tu clarividencia.

Mi preocupación es por tu felicidad. Ese fue el único propósito de todo lo que te escribí. Aguardo la absolución. ¿Sabes lo que significa buscar perdón? Allendy me perdonó completamente. Pero ¿y tú? Tus dudas han despertado en mí nuevas y terribles inquietudes.

¿Te acuerdas de la novela de Dostoyevski *Demonios*, que dice: «Me alegra tanto hacer el mal como hacer el bien»? No es eso lo que yo siento. Sólo siento una gran alegría cuando creo. ¡La mayor alegría que sentí la noche que pasamos juntos fue cuando me hablaste de tu felicidad!

Sí. Ninguna alegría el día en que Eduardo vino a Louveciennes, cuando Henry y yo estábamos en la cama. Ninguna alegría cuando le dije a Allendy «Te amaba» (en pasado), y me corrigió. Ninguna alegría el día en que dejé a Eduardo en la habitación de un hotel. Ninguna alegría cuando hago daño a Hugo. El demonio que me posee y me hace ejercer el poder, que me empuja a conquistar a los hombres, no me da alegría cuando destruyo. ¿Es eso prueba de algo?

Con el poder que tengo, cuánto mal podría hacer, sólo con decirle a Eduardo la verdad sobre él, Henry, Hugo y Artaud, y esta maldad la hago en mi diario. Mi maldad será póstuma. ¡Verdades despiadadas!

Sí, la maldad que no expreso, la escribo.

Done, soy al mismo tiempo una fuerza creativa y una fuerza destructiva. Estoy harta de mis inquietudes.

No pienso en Artaud como cuerpo. De su cuerpo sólo conozco sus ojos. Me gustan su delgadez, sus gestos. Se parecen a sus pensamientos. Cuando lo vi en la conferencia de la Sorbonne, desde lejos, parecía un poeta, en lo cual no hay nada de descripción corpórea. No quiero estar cerca de su cuerpo. ¿Por qué quiere él esta proximidad? Le miento acerca de esto. No lo deseo. Estoy enamorada de su mente, de la más sutil de las inteligencias, de todas las manifestaciones sobrenaturales. Me gustaría sólo escribirle, no estar con él. Es el genio de las abstracciones. Domina lo abstracto. Ahí me tiene presa con su hechizo. «Mi único objetivo es la relojería del alma. Doy cuenta tan sólo del dolor de un ajuste malogrado. *Je suis un abîme complet*.»

Me he arrojado a ese abismo de abstracciones.

Henry no puede soportar su soledad, y ha salido en bicicleta para estar más cerca de mí.

[21] En francés en el original.

Pienso en Henry en la carretera, comiendo a gusto en un restaurante barato, haciéndose amigo de los camareros y los trabajadores.

Demasiadas vueltas en mi cabeza... pensamientos amenazadores. Espero a mi Padre con impaciencia y una honda alegría. Mi Doble. Cuántos atajos habría encontrado con él. Pero también es un placer encontrarnos cuando ya estamos creados, cuando ya hemos crecido. Aunque él y yo nunca cristalizaremos. Siempre en movimiento.

Mañana. ¡Mañana empieza otra aventura!

23 de junio de 1933

Primer día de la historia de Padre[22]. El rey Padre llega después de superar un lumbago paralizador. Pálido. Sufriendo. Impaciente por llegar. Parece frío y formal, pero luego me entero de que está contrariado, que teníamos que habernos encontrado en la estación, formalmente. Oculta sus sentimientos. Su cara es una máscara.

Salimos enseguida a dar un paseo. Habla del «sistema» que nos hemos construido para vivir. El nuestro. Pero no hemos encontrado a nadie con quien vivir en él. Sirve para nosotros. Es un mundo en el cual estamos solos. Tenemos un modo peculiar de mirar las cosas. Según las normas comúnmente aceptadas, somos amorales. No somos sinceros con los seres humanos, sino con nosotros mismos. Para un desarrollo interior. Somos bárbaros y subliminales. Hemos vivido como bárbaros civilizados. Los más bárbaros y los más sublimados.

No dialogamos. Nos limitamos a certificar las teorías del otro. Nuestras frases encajan. No hay palabras tangenciales. Enfocados... en la misma actitud. Dice: «Exactamente. Siempre he querido ser completo, es decir, civilizado, pero también bárbaro; fuerte, pero sensible». Ha conseguido este propósito más que ningún otro hombre en el mundo. Toda su vida es una obra consumada de equilibrio, en la que se juntan los elementos más discordantes. Un equilibrio extraordinariamente delicado sobre el abismo más profundo. Reconozco en él al rey, al líder del mundo mental que he creado sola, y en el que Henry ha triunfado por su fuerza y vivacidad, y Allendy por sus abstracciones. Pero las similitudes, la completa síntesis final, está en Padre. Veo en Padre el todo, lo acabado, la plenitud creada. Estoy deslumbrada.

Hemos volado con nuestros pensamientos durante una hora. En el almuerzo estuvo sobrio y «doctor». De nuevo frío en la apariencia. Me di cuenta de cuánto me ha aterrorizado esta máscara. La voluntad tensa, el sentido crítico, la severidad. Cómo de niña sentía el oscuro terror de que este hombre nunca estaría satisfecho. Me pregunto en qué grado este sentido riguroso de mi Padre ha contribuido a mi deseo constante de perfección. Me pregunto qué oscuro conocimiento de sus exigencias, de sus expectativas, me llevó a los grandes esfuerzos que he hecho.

[22] Esta sección en el texto original va precedida de la anotación: «Chamonix, 8 de julio de 1933. Hotel du Fin Bec. *Chambre* 208». Siguen varias páginas de breves notas que, al parecer, sirvieron de base para este recuerdo coherente del encuentro de A. N. con su padre en Valescure.

No permitió que le ayudara a deshacer las maletas. Se sentía humillado por su envaramiento. Me trató como si fuera su novia. (Le dijo a María: «Debo ir a reunirme con mi novia». Acostumbraba a llamarme su «prometida» desde que, con dieciséis años, le envié una fotografía.) Vi su orgullo, su vanidad y también su disgusto por encontrarse débil, enfermo, incapacitado. Y en el mismo instante en que vi estos rasgos en mi Padre, los identifiqué claramente como míos. La coquetería. El miedo a la intimidad. El desordenado respeto por la ilusión. Sin embargo, no hubo un solo momento de desilusión en todos los días de su enfermedad. La soportó con gracia y dignidad. Aun cuando sentía un gran dolor al moverse, se bañó, se afeitó; su cabello estaba perfumado, sus uñas inmaculadas.

No insistí. Sabía que se iría rindiendo poco a poco a mi intimidad, a mis cuidados, a mi ternura.

Descansó un rato. Se reunió conmigo fresco, inmaculado, vestido con una acabada y sutil elegancia. Caminaba envarado, pero con la cabeza alta, burlándose de sus achaques. El personal del hotel, todos a su servicio, lo adoran, miman sus caprichos.

Me llevó en su precioso automóvil. Y vi que el coche era para él, como para mí, un juguete que confiere la sensación de poder. Estaba orgulloso de él. Atendimos primero las cosas sin las cuales no puede vivir: ciertas galletas, Quaker Oats para el desayuno, almíbar, etc. En esto, su mundo está inexorablemente ordenado. Orden. Orden en los detalles. La necesidad de tener las cosas a toda costa. Todo tan lógico, como parte de un vasto tejido. Las galletas, necesarias para la salud. Todo un universo dispuesto, en el cual la lucha contra la enfermedad es constante. El único defecto trágico de nosotros dos. La salud, que se niega a someterse a la tiranía de nuestras aspiraciones.

Vi en él una forma de ser rígida. Hay momentos en los que cedo, en los que puedo pasar sin todo. Su vida está más moldeada que la mía. Hay cosas que me gustan, como desayunar en la cama, los cigarrillos Sultane, los taxis, los perfumes, pero nunca me someto a ellas.

Luego, en el coche, Padre organizó los detalles de su vida. Y después recorrimos la costa, deleitándonos con la luz y los colores. Nos sentamos en una roca, frente al mar.

Fue el momento que había imaginado y visualizado, que había decidido llevar a la realidad. Y allí habló de sus aventuras amorosas, como yo lo hago, mezclando el placer con la creatividad, interesado en la creación, mediante el amor, del ser humano. Jugando con las almas. Y lo miré, miré su rostro. Y supe que me decía la verdad, que me hablaba como yo hablo a mi diario. Que se me abría. Este yo suyo era generoso, imaginativo, creativo. Y, en determinados momentos, inevitablemente falso. Abandonó a la mujer cuando ésta cesó de tener un significado, porque no la amaba, como yo no amaba a Allendy ni a Artaud.

Por la noche. En su habitación. Me cuenta su vida con Madre. Es una revelación y sé que todo es verdad porque reconozco los rasgos de Madre que hicieron posible una vida semejante. Estoy profundamente trastornada. Primero, porque es raro descubrir la vida sexual de los propios padres. Segundo, porque Madre me pareció una puritana... siempre. Tan reservada, tan antipática, tan sigilosa con respecto al sexo. Religión. Moral. Burguesía.

Joaquín Nin a finales de la década
de 1920 o principios de la de 1930

Y ahora descubro una guerra, una guerra sexual, como la que hubo entre Lawrence y Frieda, entre June y Henry. Padre tratando de elevarse como artista; Madre, la araña, voraz, bestial, nada voluptuosa, naturalista, nada romántica. Destructora de ilusiones. Desaseada, sucia, sin coquetería ni gusto. Llegó a quitarse la peluca delante de Padre, mentir acerca de los quimonos. Lista terrible de detalles crueles. Olor a sudor, olor intenso a sexo no lavado. Estas cosas torturaron a mi Padre, el aristócrata, afectado además por un sentido agudo del olfato, por su pasión por los perfumes y los refinamientos. Paños de la menstruación olvidados en la mesilla de noche, ropa interior que no se cambiaba cada día. Voraz entonces, despertada a la sexualidad hasta la exasperación por el ardor de mi Padre (y aquella noche descubrí su ardor, lo sentí), porque era capaz de poseer a mi Madre varias veces al día, después del duro trabajo, después de visitar a una amante para calmar las sospechas de ella. Madre *no entendió nada*, no se podía razonar con ella, era primitiva en sus celos, irritable, tiránica. Surgieron terribles discusiones entre ellos. Escenas violentas en las que Padre agotaba las energías que necesitaba para otros propósitos. Finalmente, para tener paz, se rindió. Leía durante las comidas para evitar las riñas (éste era un detalle que yo interpretaba como de indiferencia hacia nosotros).

Los hijos le impedían abandonar a Madre. Padre tiene fuertemente arraigado el sentido español de tribu, de paternidad, de lo sagrado de la familia.

No puedo escribir toda la historia de la vida de Padre, tal como me la contó. Lo que quiero es describir al rey, al visionario solitario y obstinado, visionario de equilibrio, de justicia, de lógica, de trascendentalismo.

De pronto, una chispa de ironía divertida ocupó el lugar de la piedad que había sentido por este matrimonio. Estábamos hablando de nuestro sentido diabólico. Le conté a Padre que me había

gustado estar con Henry y con Eduardo en la misma habitación del hotel (¡no al mismo tiempo!) y le pregunté el porqué. Este simple relato le reveló todo un mundo. Sonrió: «Yo lo he hecho también», dijo. Vi que lo que le había dicho repercutía en él, revelaba secretos. Un secreto, un pacto irónico de similitudes entre nosotros.

Cuando lo dejé, lo besé filialmente, sin los sentimientos de una hija. Súbitamente, inclinó la cabeza y me besó en el cuello.

Cuando iba por el pasillo hacia mi habitación, estuvo mirándome, pero no lo supe. Antes de entrar en mi habitación, me volví, esperando verlo. Estaba lejos, en la oscuridad, y no lo vi. Pero él me vio cuando me giré.

A la mañana siguiente no podía moverse de la cama. Estaba desesperado. Lo rodeé de alegría y ternura. Finalmente, deshice sus maletas mientras me hablaba. Y continuó con la historia de su vida. Nos trajeron la comida a la habitación. Yo llevaba mi *negligé* de satén. Las horas pasaron velozmente. También hablé yo y le conté la historia de la flagelación. Cuando le dije que permanecí distanciada, observando la vulgaridad de la escena, Padre se quedó atónito. Como si también pulsara un resorte de su propia naturaleza. Hubo un momento en que creí que no me escuchaba, absorto en el sueño de su descubrimiento, como a mí me pasa con la gente. Pero, entonces, dijo: «Eres la síntesis de todas las mujeres que he amado».

Me miraba constantemente.

—Cuando eras niña —dijo—, estabas maravillosamente bien hecha, formada. Tenías tal *dos cambré*. Me volvía loco tomando fotografías tuyas.

Pasé todo el día sentada a los pies de su cama.

—¿Crees en los sueños? —me preguntó.

—Sí.

—Tuve un sueño contigo que me asustó. Soñé que me masturbabas con tus dedos ensortijados y que te besaba como un amante. Por primera vez en mi vida me sentí aterrorizado. Fue después de visitarte en Louveciennes.

—Yo también he tenido un sueño contigo.

—No te siento como si fueras mi hija.

—No te siento como si fueras mi padre.

—Qué tragedia. ¿Qué vamos a hacer con esto? Conozco a la mujer de mi vida, al ideal, ¡y resulta que es mi hija! Ni siquiera puedo besarte como me gustaría. ¡Estoy enamorado de mi propia hija!

—Todo lo que sientes lo siento yo también.

Tras cada una de estas frases había un largo silencio. Un pesado silencio. Una gran simplicidad de frases. Ni siquiera nos movíamos. Nos mirábamos como en sueños, y yo le contestaba con un raro candor, directamente.

—Cuando te vi en Louveciennes, estaba terriblemente preocupado por ti. ¿Te diste cuenta?

—Estaba trastornada contigo.

—Trae aquí a Freud, a todos los psicoanalistas. ¿Qué pueden decir de esto?

Otra larga pausa.

—Yo también he tenido mucho miedo —dije.

—No debemos permitir que este miedo nos impida actuar con la naturalidad que debe haber entre nosotros. Cuando tuve más miedo, Anaïs, fue cuando me di cuenta de que eras una mujer liberada, *affranchie*.

—Ya he tenido que frenarme algunas veces.

—Sentía unos celos desesperados de Hugo.

Padre me pidió que me acercara. Estaba echado de espaldas y no podía moverse.

—Déjame besar tu boca —dijo.

Y me rodeó con sus brazos. Dudé. Me torturaba la complejidad de mis sentimientos. Quería su boca, pero sentía miedo, como si fuera a besar a un hermano. Tentada, al mismo tiempo asustada y deseosa. Tensa. Sonrió y abrió su boca. Nos besamos, y aquel beso desató una oleada de deseo. Yo estaba inclinada sobre su cuerpo y sentí su deseo en mi pecho, duro y palpitante. Otro beso. Más terror que gozo. El gozo de algo innombrable y oscuro. Era bello, como un dios, y femenino, seductor y cincelado, duro y suave. Pasión intensa.

—Debemos evitar la posesión —dijo—, pero, oh, déjame besarte.

Acarició mis pechos y se me endurecieron los pezones. Me resistí, dije que no, pero mis pezones se pusieron duros. Y cuando su mano me acarició —oh, qué sabias eran sus caricias— me derretí. Pero, durante todo el rato, una parte de mí seguía dura y aterrorizada. Mi cuerpo se entregaba a la penetración de su mano, pero resistía, resistía al placer. Me resistí a mostrar mi cuerpo. Sólo desnudé mis pechos. Me sentí tímida y retraída, pero apasionadamente conmovida.

—Quiero gozar, gozar —decía él.

Y sus caricias fueron penetrantes, sutiles; pero yo no podía y quise escapar de él. De nuevo me eché sobre él y sentí la dureza de su pene. Lo descubrió y lo acaricié con mi mano. Vi cómo se estremecía de deseo.

Con una extraña violencia, me levanté la *negligé* y me puse encima de él.

—*Toi, Anaïs! Je n'ai plus de Dieu!*

Extasiado su rostro, y yo frenética por el deseo de unirme con él... ondulándome, acariciándolo, pegada a su cuerpo. Su espasmo fue tremendo, con todo su ser. Se vació por entero dentro de mí... y mi entrega fue inmensa, con todo mi ser, sólo con aquel rincón de miedo que me impedía el supremo espasmo.

Entonces quise dejarlo. Todavía, en alguna región de mi ser, una repugnancia. Y él temió mi reacción. Quise echar a correr, dejarlo. Pero lo vi tan vulnerable. Había algo terrible, impulsivo, al verlo allí, tendido de espaldas, crucificado, y sin embargo tan poderoso. Y recordé que en todos mis amores hubo siempre un rechazo, que yo temía tanto. No podía herirlo con mi huida. No, no después de tantos años del dolor causado por mi último rechazo. Pero, en este momento, después de la pasión, tenía que, por lo menos, retirarme a mi habitación, quedarme sola. Me sentía envenenada por esta unión. No podía gozar de su esplendor, de su magnificencia. Un sentido de culpa pesaba sobre mi alegría, y continuaba pesando, pero no podía revelárselo. Era libre —apasionadamente libre—, con más años y más coraje que yo. Aprendería de él. ¡Sería por fin humilde y aprendería algo de mi Padre!

Me fui a mi cuarto, envenenada. Soplaba incesante el mistral, seco y cálido. Así llevaba días, desde que llegué. Destrozaba mis nervios. No pensé en nada. Me sentía dividida, esa división me mataba, la lucha por sentir la alegría, una alegría inalcanzable. La irrealidad opresiva. De nuevo la vida retrocediendo, eludiéndome. Tenía al hombre que amaba en mis pensamientos; lo tenía en mis brazos, en mi cuerpo. Tenía la esencia de su sangre dentro de mi cuerpo. El hombre que busqué por todo el mundo, que marcó mi niñez y me perseguía. Había amado fragmentos de él en otros hombres: la brillantez en John, la compasión en Allendy, las abstracciones en Artaud, la fuerza creativa y el dinamismo en Henry. ¡Y el *todo* estaba allí, tan bello de cara y cuerpo, tan ardiente, con una mayor fuerza, todo unificado, sintetizado, más brillante, más abstracto, con mayor fuerza y sensualidad!

Este amor de hombre, por las semejanzas entre nosotros, por la relación de sangre, atrofiaba mi alegría. Y de este modo, la vida hacía conmigo su viejo truco de disolución, de pérdida de lo palpable, de lo normal. Soplaba el viento mistral y se destruían las formas y los sabores. El esperma era un veneno, un amor que era veneno...

Cuando, a la mañana siguiente, le dije que quería huir, que sentía mis frenos, mis dudas, dijo con sencillez: «No puedes hacerlo. Debes ser más fuerte que eso. Debes tener valor. Estamos viviendo algo tremendo, fantástico, único...».

—¿Y si me resisto?

—Te seduciré —dijo sonriendo.

—¿No te arrepientes de nada?

—¡De nada! Anoche fue la fiesta de San Juan. Una bella noche para nuestra unión. Quemamos todos nuestros prejuicios. Nos inflamamos con una pasión nueva. Nunca, nunca sentí algo tan absoluto. ¡Cómo me di a ti por entero! Ahora descubro que todos mis demás momentos amorosos estaban incompletos, eran un juego. Anoche supe lo que es el amor. Vertí todo mi ser dentro de ti.

Me pareció todo demasiado maravilloso para destruirlo.

Pasamos otro día en su habitación. Se movía con dificultad y dolor, pero se afeitó y se bañó. Se sentó en un sillón y me leyó su manuscrito sobre opiniones y esbozos musicales. Intercaladas, había notas autobiográficas y poesías, poemas románticos. El libro, en su conjunto, era romántico, idealista, no tan musculoso y dinámico como su propia vida. La obra maestra es su vida.

Por la noche... caricias. Me pidió que me desnudara y me tendiera a su lado. Su flexibilidad acariciadora y la mía, las sensaciones que nos recorrían desde la cabeza a los pies, las vibraciones de todo tipo, miles de vibraciones nuevas... una nueva unión, delicadezas al unísono, sutilezas, exaltaciones, conciencia agudizada, percepción y tentáculos. Una alegría extendida en círculos amplios, para mí una alegría sin clímax a causa de aquella retención profunda e interna. Y, a pesar de faltar el clímax, reveladora por su misma ausencia de la intensidad que podemos llevar él y yo al halo, a los rayos y al arco iris de un clímax.

Nos sentamos y charlamos hasta las dos o las tres.

—Qué tragedia que te haya encontrado y no pueda casarme contigo.

Era él quien se ocupaba de hechizarme. Era él quien hablaba, quien se mostraba anhelante, quien desplegaba todas sus seducciones. Y era yo la cortejada, magníficamente.

—Qué bien que sea yo quien te corteje —dijo—. Siempre me han buscado y cortejado las mujeres. Yo me he limitado a ser galante con ellas.

Historias interminables sobre mujeres. Hazañas. Enseñándome al mismo tiempo las últimas experiencias amatorias, los juegos, las sutilezas, las caricias nuevas. Hubo momentos en que tuve la sensación de que era realmente Don Juan, un Don Juan que había poseído a más de mil mujeres, que yo estaba a su lado aprendiendo de él; mientras alababa mi gran talento, se asombraba de mi sensibilidad amorosa y de lo maravillosamente que sabía sintonizar con él y responderle. Asombrado por la dulzura de mi miel.

—Caminas como una cortesana de Grecia. Parece como si ofrecieras tu sexo cuando andas.

Cuando atravesé el oscuro pasillo hacia mi habitación (con un pañuelo entre mis rodillas, porque su esperma es superabundante), soplaba el mistral y sentí un velo que me separaba de la vida, de la alegría. Todo esto se había desarrollado como debía, gloriosamente, pero sin la última chispa de alegría, porque en ciertos momentos fue el amante desconocido, el español encantador, experto en seducciones, amante enamorado de su mente, de su espíritu, de su alma, mientras que en otros momentos fue demasiado íntimo, demasiado parecido a mí, con los mismos retraimientos de miedo y falta de confianza, el mismo *survoltage*, la misma sensibilidad exacerbada. Y lo que me causó temor fueron algunas observaciones: «Me gustaría sustituir a tus otros amantes. Sé que podría hacerlo si tuviera cuarenta años en lugar de cincuenta y cuatro. En unos pocos años, quizá, ya no habrá más *riquette*, y entonces me abandonarás». Me resultó insoportable su inseguridad, en él, el león, el rey de la selva, el hombre más viril que he conocido. Porque estaba asombrada de haber encontrado una fuerza sensual mayor que la de Henry, y verlo todo el día en estado de erección, con su *riquette*, su pene, tan duro, tan ágil, tan intenso.

La noche siguiente se sintió más libre para moverse y se puso encima. Fue una orgía, y me penetró tres y cuatro veces sin pausa, sin retirarse. Su nueva fuerza, nuevo deseo y nuevo triunfo se sucedían como oleadas. Me sumergí en el placer sin clímax, velado y difuso, en la bruma de las caricias y languideces, en la excitación continuada, experimentando por fin la pasión por este hombre, una pasión fundada en el respeto y la admiración. Dejé de preocuparme por alcanzar mi propio placer. Me entregué a conseguir el suyo. Le dije que habían sido las noches más bellas de mi vida y, cuando se lo dije, vi que deseaba saber ardientemente que así había sido. Derramé amor, adoración y pericia. Y la cuarta noche fue de nuevo diferente. No quiso creer en el exceso, en el agotamiento. Quería mantener la exaltación elevada. Le hablé del cuadro de *Lot y sus hijas*. Dijo: «Todavía eres una niña». Pero recordé lo que dijo la primera noche: *«Je n'ai plus de Dieu!»,* he perdido a Dios.

Amainó el mistral. Nos reímos del gasto en pañuelos. Nos reímos de las palabras obscenas que le enseñé en inglés. Empezó una larga perorata, fantaseando y haciendo juegos de palabras sobre lo que le diría a Madre: *«Tu m'as pris souvent, mais tu ne savais pas comment me prendre. Anai's sait. Je voudrais l'épouser»*[23]. Nos reímos de las caras que algunos pondrían si se enteraran.

[23] «Me has tomado a menudo, pero no sabías cómo tomarme. Anaïs sabe. Me gustaría casarme con ella.»

Gracias a su fuerza de voluntad fue mejorando. El primer día en que pudo bajar para almorzar, se vistió a la perfección, y con su piel de alabastro, sus ropas, su grácil figura (tiene manos y pies pequeños) y su sombrero flexible, parecía tan grandioso, tan aristocrático, tan irreal como un grande de España, como un rey; caminando despacio bajo el sol tropical, me enseñó la vida de los insectos, los nombres de los pájaros y las diferencias de sus cantos, de tal modo que el mundo se llenó de nuevos sonidos, y ahora, adondequiera que vaya, no puedo oír los trinos de las golondrinas sin acordarme de él, de su andar y de su cara iluminada por el sol. *Le Roi Soleil*.

Una vez nos sentamos bajo el sol llameante, solos en el jardín. Se sentó delante de mí. Observó que una de mis medias estaba arrugada. La estiré y me ajusté la liga. El espectáculo lo estremeció. Me mostró su pene, tenso. Me pidió que me levantara el vestido. Lo obedecí y empecé a ondularme, moviéndome como si esperara que me alanceara. Cuando ya no pudimos resistir más la excitación, fuimos a su habitación, me tiró sobre la cama y me tomó por detrás.

—*Qué picara* —dijo—. *¡Tan picara como su padre!*[24] ¿A quién te pareces, pequeño diablo? ¡A mí no!

Una noche paseamos por la terraza, a la luz de la luna. Parecía como si tuviera veinticinco años, como Joaquín.

—Hasta tu altura es la que había soñado —dijo—. Siempre quise una mujer que tuviera sus ojos al nivel de los míos. Y hete aquí, alta, soberana. Un sol. Eres un sol. ¡No sólo me igualas en altura e ideas, sino que, a veces, me superas! ¡Una igual! He encontrado a mi pareja.

Y luego:

—Un equilibrio tan sutil. Podríamos romperlo fácilmente. Nuestro equilibrio pende del hilo más sutil. Tanto más maravilloso si podemos mantenerlo. Busca la luz, la claridad. ¡Sé cada vez más latina!

Cuando el sirviente trajo el correo y Padre vio que había cartas para mí, dijo: «¿También voy a tener celos de tus cartas?».

Ultima noche. No quiso que fuéramos a su habitación. Nos quedamos y hablamos con la gente. Cuando estuvimos en la cama, desnudos, juntos, empezó a sollozar. Me emocioné. Estaba perpleja. Nunca nada me cogió tan de sorpresa*. Él, él,* llorando porque íbamos a separarnos. Diciendo: «Ahora me ves tan débil como una mujer».

Otro hombre. El hombre sensible y sentimental. Y yo, envuelta en el sudario de la irrealidad, me di perfecta cuenta de que en el amor siempre hay uno que da y otro que recibe. Y qué incómoda y extraña me siento cuando recibo. Violenta. Sí, era él quien daba, dándose a sí mismo. No pude dormir. Me sentía falta de generosidad. Había sido él quien había llorado. Me desperté temprano. Corrí a su habitación. Sentía las agudas punzadas del remordimiento. Estaba desconcertada de que fuera yo la que se iba, aunque él, a solas, entendería por qué. Miedo a la desilusión, miedo a mi decaimiento físico, a ser menos bella, ser menos de lo que él esperaba. Siempre la huida de la experiencia más valiosa en un determinado momento. *Trop pleine*. Como él, que quiere que todos los éxtasis permanezcan en suspenso, nunca saciados de amor. Miedo a saciarse. Siento que nuestro éxtasis ha estado calculado perfectamente en el tiempo, que, como él ha sido tanto para mí, también él necesita un descanso.

[24] En español en el original. (N. del T.)

Para llevar a cabo mi huida, que también significaba cumplir mi palabra con Henry, tuve que mentir infinitamente a todos. Una red de mentiras. Padre tenía que creer que volvía a París. Hugo entendería que no podía volver por razones de salud. Pero, si decía que volvía a París, tendría que visitar a la esposa de Padre. Por eso le dije que me iba a Londres, con la familia de Hugo. Hugo debía pensar que me iba a las montañas. Pero Henry me esperaba en Aviñón. Nunca aborrecí mentir tanto. Estaba aprisionada a la vez por todos mis engaños. No quería que mi Padre supiera que me iba con Henry después de haber estado con él durante nueve días. No quería que Henry supiera que no deseaba reunirme con él.

Cuando mi Padre desapareció de la estación, me sentí invadida por una gran tristeza y frialdad. Me senté inerte, obsesionada por los recuerdos. Asfixia. Humor plomizo. Tumulto, nerviosismo, caos. Dejo al hombre que temía amar, amor *contra natura*. A partir de ese momento, la realidad se hundió en el mar. Viví en sueños. Iba al encuentro de un hombre a quien amaba humanamente, amor natural. Necesitaba claridad, totalidad y definición, pero me eludían. Durante cinco horas pensé en mi *padre*[25]*-amour*... desenfocada... aturdida.

2 de julio de 1933

Cuando encontré a Henry en la estación, me gustó su boca, abultada y suave. Pero su abrazo en el hotel no me conmovió. Estaba aterrorizada. Éramos extraños. No lo encontré cambiado, sólo más pálido. Estaba obsesionada con mi otro amor. Demasiado tarde. Ahora estaba con Henry. Y, por primera vez, lo miré sin ilusión. Vi que nuestra armonía se había conseguido gracias a mi adaptabilidad. Sintonicé con Henry. Cerré muchas regiones de mi mente. Entré en su mundo. Lo amé apasionadamente. Pero, de súbito, me parecía que su pensamiento era terriblemente diferente. Ese pensamiento, tan impreciso, tan desenfocado, tan indisciplinado, tan difícil, lo había aceptado, entendido y amado.

Quedé destrozada por este descubrimiento. Traté de olvidarlo. Pensé que Padre me había hechizado, que alguna mañana me despertaría y encontraría al Henry *total, completo.*

Paseamos por Aviñón. Aparento alegría, ternura. Tiene tantas necesidades; es digno de compasión. Compramos ropa para él. Está en su elemento, paseando sin rumbo, viviendo en las calles.

Todo el rato estoy obsesionada, sombría, horrorizada. Mi pasión por Henry se está muriendo. El también, física y sensualmente, ha decaído. ¿Se debe todo a mi cambio? ¿Es mi Padre quien me obsesiona y oscurece y eclipsa a los demás?

Y encima el esfuerzo para engañar a Henry. Me mata. Mientras estoy con él, las cartas a mi Padre las tengo que echar al correo en Londres, por medio de un amigo. Escondo mi diario y mis cartas dentro del colchón de nuestra cama, cuyo forro he abierto con una cuchilla de afeitar.

Quiero que Henry disfrute de un viaje alegre. Escondo mis sentimientos.

[25] En español en el original. (N. del T.)

Dos días en Aviñón. En Chambéry, caigo enferma. Trastorno biliar. Y yo, que no quería que Henry me viese enferma. Para desilusionarse, enfadarse, decepcionarse. Le digo que se vaya. Paso la enfermedad sola, secretamente. Siempre que vuelve estoy vestida, empolvada, perfumada. Grenoble, Chamonix. Mareos. Hambre. Fuerza de voluntad para poetizar ante él mi enfermedad. Y lo consigo. Ha sido libre; no se ha sentido deprimido ni cohibido. Cuando regresaba siempre me encontraba alegre, vestida.

Y la prueba de estar enferma e inválida delante de Henry la supero perfectamente. Le sorprendía todo. Nunca había visto de esta manera a una mujer enferma. Se comportó con mucha ternura, muy preocupado. Repetí la «enfermedad» de mi Padre conmigo. Siempre he pasado la enfermedad de la misma manera, siempre con la polvera, el espejo y el baño, a pesar de los mareos.

Luego quise estar restablecida para ir con él al cine. Pero fui con fiebre. Luego fui con él en bicicleta, paseé con él e incluso, la última noche, bebí con él. Para complacerlo. Y su alegría me complació. Era como la de un niño. Una habitación modesta le parecía lujosa; nuestro baño, palaciego; Chamonix, un paraíso. Lo cargué de regalos, lo rodeé de ternura; y mi melancolía, la desesperación que me atosigaba, escondidas.

¡Henry!

No quiero hacerme preguntas. No quiero analizarme. Dejo que las cosas ocurran.

Henry llevaba en su bolsillo, mientras paseábamos en bicicleta, frenéticas cartas de amor de Hugo. Y él mismo echó al correo mis cartas de amor para mi Padre.

Habría querido terminar mi diario sin la confesión de un amor prohibido. Por lo menos, quería que mi amor incestuoso quedara sin escribir. Había prometido a mi Padre el más absoluto secreto.

Pero una noche, aquí en el hotel, cuando me di cuenta de que no había *nadie* para hablarle de mi Padre, me sentí ahogada. Y empecé a escribir otra vez, mientras Henry leía a mi lado. Era inevitable. No podía eliminar mi diario cuando alcanzaba el clímax de mi vida, en el preciso momento en que más lo necesitaba para conservar mi sinceridad, por grande que fuera mi crimen.

Todo me asfixiaba. Necesitaba aire, necesitaba liberarme. De nuevo debo conseguir mi liberación, esta vez sola. Nadie puede enseñarme a gozar de mi trágico amor incestuoso, a quitarme las últimas cadenas de culpabilidad. Y mi diario me aparta de la locura. Necesito este orden. Estoy más enferma, más neurótica que nunca y debo conservar mi equilibrio.

Henry se ha ido. Fue como perder vida, alegría, realidad, simplicidad. Me da lo que mi Padre no puede darme, porque mi Padre soy yo y Henry es el *otro*, el único otro con quien he conectado. ¿O fue una ilusión?

El ritmo físico de Henry me resulta excesivo. Así que hoy me quedo en cama para recuperarme. Qué tara, esta fragilidad mía. Y estoy triste. Escribir me hace bien. Es una especie de orden. Ahora vendrá Hugo para que lo haga supremamente feliz, en expiación. Ha estado nervioso y desesperado durante tres semanas, viviendo con su madre. Tan torturado. Y me escribe apasionadamente. Soy su única alegría. Y busco por todas partes una habitación que le agrade. Me preparo para él. A él y a Maruca, mi Padre, bromeando, los llama nuestros «garajes». Pero los dos

sabemos que, gracias a su protección, les debemos nuestras vidas. Qué ironías. Hugo me protege y, gracias a él, puedo hacer el papel de madre con Henry y Artaud. No sería nadie sin Hugo. «Princesita, te serviré, te amaré y te mimaré hasta mi último suspiro.»

Henry, porque está desvalido, porque es irresponsable como un niño, me exprime. Ingenuamente, dice: «Siempre que necesito algo, me lo compras. Vi que mirabas los perfumes y, aunque hubiera podido, no te los habría comprado. Acostumbraba a decirle que no a June. No podía entender sus caprichos».

Es irresponsable, inútil. Alguna vez piensa y siente sin egoísmo, pero no sabe actuar generosamente. Vuelve de su paseo en bicicleta: «Pensé que debía haberme quedado contigo y leerte». Pero lo conozco demasiado bien. Me río y lo echo de la habitación.

No sirve para nada. No sabe cuidar de sí mismo. Sólo sabe; escribir y follar.

Sigo acostada, haciendo planes para protegerlo. Pero no lo deseo. Recuerdo el momento en que salí del baño y me dijo que parecía una Venus de Botticelli, o una griega. Y, de pronto, lo miré y su fealdad me hizo daño, esta fealdad tosca me hizo daño, esta fealdad tosca que yo había amado. Sentí una gran nostalgia de la belleza de mi Padre, mi Padre el griego.

Siempre el eterno desplazamiento: el amante se convierte en hijo, y el nuevo amor en rey, le *Roi Soleil.*

Le Roi Soleil, que me dijo que, de niña, se enfadaba porque yo mentía como un árabe, porque tenía la impresión de que yo siempre tenía pensamientos secretos en la cabeza que no quería o no sabía expresar. ¡Y porque yo era una *enfant terrible*, tiránica y muy temperamental!

—Para nosotros —dijo—, el habernos descubierto el uno al otro nos procura una especie de paz, porque nos ha traído la certeza de que tenemos razón. Juntos, somos más fuertes. Tendremos menos dudas.

Esto me pareció profundamente cierto. Intelectualmente, yo estaba en reposo. Vi en él adonde nos llevaba el camino que habíamos elegido. Vi que era tan incomprendido como yo. Cómo este control, esta dirección, serían criticados como superconscientes. Pero eran instintivos, porque en mi caso obraron *contra* mi ambiente y mi educación. Es cierto que en nosotros existe, como él dijo, el genio para orientarnos. Yo sola logré salir del catolicismo, de la burguesía de mi madre, del ambiente estúpido de la vida americana en Richmond Hill. A solas encontré a D. H. Lawrence. A solas lo situé críticamente. Encontré a Henry. Encontré mis formas de decorar, mi manera de vestir, mi modo de vida.

Padre también dijo (igual que Gide) que leemos para confirmar nuestros pensamientos.

Nuestra gran tragedia fue que encontráramos adoradores, pero no iguales. Tenemos la sensación de ir siempre delante. Mi Padre hizo cosas hace veinte años que sólo hoy son de práctica común. Yo también me he adelantado a modas y estilos. Y sé que hay en «Alraune» una cualidad que sólo se apreciará mucho más adelante. Incluso en el amor se nos entiende con mucho retraso. Sé que Henry se despertará un día lleno de atroces remordimientos, porque, aunque me ha amado lo mejor que ha sabido, eso no ha sido suficiente. Percibe confusamente que soy la llama de su vida, pero ignora cuánto podría haberse alimentado de ella si hubiera estado dispuesto para más. Ha alcanzado sus más altas cimas intelectuales, pero no encuentra oxígeno en ellas. No puede permanecer allí. Hay numerosos puntos de ceguera en Henry, y el mayor es su falta de comprensión. Hizo sus mejores esfuerzos con Lawrence y conmigo. Al

principio, cuando llegué a Aviñón, ardiente como una brasa, hablando febrilmente, hizo lo mismo que Hugo ha hecho: apagarme. Pero lo comprendí, porque eran celos. «Debo de parecer un torpe, después de los días que has pasado con tu Padre.» Esto hizo mella en mí y enseguida bajé el diapasón, pero me dolió que Henry no hiciera el menor esfuerzo por entenderme, que me obligara a compartir su interés por los cafés, el Benedictine, la música vulgar, los transeúntes, las puerilidades, las caras, las apariencias, la comida, cuando dentro de mí llevo un material tan fecundo. Me apagó. El extrovertido. Cafés por todos lados. Bebidas. Comidas. Transeúntes. Siempre. Me gustó la primera vez, como novedad. Las calles, las putas, las películas. La charla intrascendente. Sí, sobre gente intrascendente. No importa que Fred sea imbécil, Henry sabe soportarlo. Todo junto y revuelto. Necio, sin sentido crítico. Todo esto se atenuó cuando Henry empezó a trabajar. Se acabaron los cafés. No me importó mucho, nunca me divirtieron y no soy tan necia. Me hizo bien. Las payasadas de Henry y su humor espeso. Su estupidez. En Aviñón fue insoportable. No supo estar a la altura de mis grandes necesidades.

Tras varios días en esta situación, empecé de nuevo el diario.

¿De qué sirve decirle todo esto a Henry? He aprendido a no luchar con las limitaciones de las personas, a dejarlas como son. A no torturarlas. Me dije: «Ese es Henry». Y lo acepté. Traté de recuperar la alegría que sentí al principio, cuando nos sentábamos juntos en los cafés. Alegría, alegría de nada. Y me aburría. Me aburría. El interés de Henry por la chaqueta verde de un guía, por el color rosa de una casa, por la camisa roja de un hombre, por el andar de un niño, por cualquier nadería terminó por aburrirme. Él, el hombre que no ofrecía ninguna resistencia a la vida, que sólo buscaba disfrutar, disfrutar. De pronto, me di cuenta de que yo había alcanzado el fondo de este disfrute y seguía hambrienta. Que había sido en mi escapada con mi Padre donde había encontrado alegría, una alegría más austera, más creativa. La realidad, las calles, la gente, todo lo que componía el mundo de Henry no podían alimentarme.

El diario ha completado siempre las insuficiencias de los seres humanos.

Henry se quedó sorprendido cuando empecé a escribir. Me miró perplejo. Ojos azules sorprendidos. Yo había proclamado riendo la muerte del diario. No relacionó su renacimiento con su propia incapacidad para recibir mis confidencias (la escena en el jardín de Louveciennes, cuando lo eché, *ése* fue el comienzo de su incomprensión). Cuando me siento melancólica (pocas veces y espaciadas), me pregunta si estoy enferma.

Soy yo quien está cambiando otra vez, no Henry. Dice para sus adentros: «Tu único defecto es que te satisfaces con demasiada facilidad». Cuando Henry me dio lo que creí que era la máxima fusión que un ser humano podía alcanzar, no esperaba que nunca fuera a conocer una unión mayor, o un ser humano a quien pudiera hablar como a mi diario.

La mayor armonía alivia las insuficiencias del otro. Creé a Henry tal como lo necesitaba. ¡También *inventé* a Henry! Amé al Henry que podría haber tenido mayores resortes, mayor fuerza, mayor voluntad.

¿Sabía él por qué ayer, cuando se fue en el tren, lo miré con tan inmensa tristeza...?

Lo que siempre hace que me conmueva y lo perdone es su humildad. No tengo reproches que hacerle, sólo tristeza. Soy yo quien hace todos los esfuerzos por comprender.

11 de julio de 1933

Anoche me sentí mal del corazón y pasé una gran ansiedad. Pensé que iba a morirme, sola en esta habitación de hotel, y me preocupaba el diario, dudando en levantarme y quemarlo. Si tuviera tiempo antes de morir para quemar todos los volúmenes... Esta mañana me sorprendió estar aún viva.

Quiero ir a ver a Rank para que me dé la absolución de la pasión por mi Padre.

Cuando le diga a Henry *toda* la verdad (cuando le dé todos mis diarios para que los lea), no sabrá entender *todo*. El *entendimiento*, pues, sólo existe en las relaciones de *sangre*. «No fracasarás en entenderme, como fracasaste en entender a June, porque yo sé cómo explicarme.» Así eduqué el entendimiento de Henry.

Hoy medito en los fracasos. Es injusto. Probablemente para justificar mi cambio.

Entendimiento *quiere decir* amor. Mientras más entiendo a Henry, más abarco y amo. Son interdependientes. Henry ama, pero ama defectuosamente. Su amor por el mundo, su pasión de artista por el mundo, está igualmente deformado por su falta de conocimiento.

Con todo, sentada con él en un café de Aviñón, le dije: «Me das cosas que nadie más me ha dado». Me había llevado por la calle de las putas de Aviñón, un panorama único y fantástico, como en *Maya* [la película], terrorífico, abyecto, dramático, increíble, lleno de humo, espeso, vulgar, colorista.

Hasta su humildad es inoportuna. Pide excusas cuando no debe. Realmente posee el genio de la imprecisión. Mente ahogada en sangre. Lo necesité. Me enriqueció. No me entendió, pero me alimentó.

¿Por qué empleo el tiempo en pasado?

Henry no ha muerto. Está en camino, con los pantalones que le he remendado, el cepillo para el cabello que le he lavado, el manillar de bicicleta que me di cuenta que necesitaba, porque lo amo humanamente y quiero que sea feliz, y así atendido, con sus necesidades mínimas cubiertas, necesidades adivinadas, las humanas y no humanas, no se imagina que esta noche lamento tener que escribir en el diario porque no puedo hablar con él. Y que estoy pensando en mi *Roi Soleil*, que ha soportado su soledad durante cincuenta y cuatro años. Qué tarea tengo por delante, explorar toda la vida de mi rey, todos los recovecos de su mente. El terror me produce escalofríos. ¿Es esto vida o muerte? ¿Es este amor por mi Doble la vuelta al amor a mí misma? ¿Es falta de resistencia a las dificultades y dolores de la vida con el Otro, el Tú, *le Toi*? ¿Es siempre el *moi*, mi Padre, mi mitad masculina?

16 de julio de 1933

Annecy. Un Hugo muy apasionado, y yo, conmovida por su adoración. Me entrego enteramente a sus necesidades. Y, súbitamente, me doy cuenta de que me trata como un protector. Para él, soy asustadiza, pequeña, delicada. Yo lo protejo más espiritualmente. Poseo *entretien*, alegría,

inventiva, brillantez. El es pesado y sombrío. Cuando me echo en sus brazos, me siento segura. Es grande, todo mío. Conozco todos sus pensamientos y en ellos sólo existo yo. Vive para mí. Todo es sumamente sencillo.

Contemplo asombrada nuestra vida. Todo es cariño, cariño y armonía. Ternura, regalos, protección. Hugo me trae regalos, me cubre de regalos. Y me trata como a una amante. Vive un romance. Me mima. Y hay que librarlo de su tristeza. Le ayudo. Lo hago feliz. Su inmensa adoración me conmueve. Encuentro amor que dar a su boca (todavía la boca más bella que he conocido), y me encanta dormirme en sus brazos. Su propia fragilidad iguala la mía. Tiene dolores, molestias. La altitud no le deja dormir. Afectó mi corazón. Nos mudamos. Aquí, en Annecy, la humedad le ha provocado una neuralgia facial y dolores de oídos y muelas. A mí me produjo una neuritis. Nos vamos a Aix-les-Bains. Pero no soy feliz. Nunca soy feliz. La buena salud de Henry me abruma y la depresión de Hugo es una carga. Echo de menos la risa de Henry. Me siento bien con él, incluso cuando estuve enferma; si me quedé sola fue para ocultarle mi enfermedad. No simpatiza con lo que no conoce y, aunque lo intente, no sabe.

Mi vida parece aprisionada. De nuevo, nunca estoy donde quisiera estar y en el momento en que quiero. No viví por completo mis días con Padre y ahora me pesa. Fueron días velados. Mis días con Henry también estuvieron velados. Soy incansable. Necesito moverme. Sin embargo, quisiera descansar en algún sitio. Y soy neurótica, lo sé, tanto como asustadiza. Creí morir durante el viaje. Lloraba cuando el autocar se acercaba al borde de los precipicios. Me fallaba el corazón. Sueño continuamente. He perdido mi alegría. En el camino he olvidado a Artaud y a Allendy.

Aix-les-Bains. Poco a poco, Henry vuelve a llenar mi ser, como algo suave, humano, y el *Roi Soleil*, irreal, perfecto, se retira a regiones más enrarecidas. El velo se apartó el día en que llegamos a Aix-les-Bains y me liberé de mi melancolía. Por una razón que ignoro, las cosas empezaron a ir bien. Desapareció la depresión de Hugo. Desde la ventana del hotel vimos el solárium. No sé por qué, pero tuve inmediatamente una visión de salud. Creí en aquello, en esa máquina de acero, parecida a un avión, que regula los baños de sol para la neuralgia.

Aunque estaba sumamente cansada, subí andando una empinada colina para ver al médico. Esta mañana estaba deseosa de ir allí. ¡El sol! ¡Mi fe en el sol! Una fe ilimitada. Tendida al sol, pensé en Henry, sentí a Henry. No siento a Padre de la misma manera, lo *pienso*. Me domina mentalmente. En sentimientos, estoy ciega. Quizá tengo miedo a sentirlo. No lo sé. No quiero saberlo. Me acordé de la idea de Jung sobre la prudencia: dejar que ocurran las cosas.

Así que dejo que las cosas ocurran. Me entrego al sol. Soy feliz. Escribo a Henry. Duermo a pierna suelta. Y vamos al casino después de cenar y, con 80 francos, gano 525. Me voy inmediatamente. Hugo y yo nos sentimos alegres, felices. Encuentra vulgar a la multitud, pero soy feliz. Peor es la gente esnob.

Cuando veo una carta de Padre en la oficina de correos, me siento estremecida de un modo no humano. La leo y me pregunto: ¿es posible que mi Padre me ame más que yo a él? ¿Hay siempre una desigualdad de algún tipo? Nuestro amor —el de Padre y el mío— no es natural. ¿O es que me produce miedo?

21 de julio de 1933

Me hubiera gustado copiar aquí mi primera carta a mi *Roi*, escrita en un pequeño hotel de Aviñón, en su mísera terraza de café, mientras Henry se estaba comprando una camisa y unos zapatos. Una carta surgida de un impulso irresistible, de una sola tirada, cuatro páginas en donde le digo lo que para mí significa, páginas apasionadas que lo hicieron sumamente feliz.

Y cada carta que nos enviamos es un esfuerzo en busca de lo superlativo, de lo extremoso. Las suyas, sentimentales, románticas; las mías, exaltadas.

Al mismo tiempo, recibo una de Henry, escrita en el tono irritable y petulante de Lawrence, tan contradictorio. Y siempre tan egocéntrico. Y siento cansancio por todo lo que hago para aumentar su contento, cansancio de inventarme sus viajes, de sugerir, de dar, de adivinar, para hacer realidad todos sus deseos. Y por primera vez me aventuro a lo que yo llamo «ser dura»: «Henry, no había nada de malo en Turena o Carcasona. Era tu humor. No digas nada malo de sitios que no has visto». (Se fue al cine y vio otros lugares. Luego se lamentó diciendo que «había pasado de largo en los lugares adecuados».) «Esos sitios también te habrían parecido mal.»

En su primera carta decía: «El momento culminante del viaje —tú, tus complacencias— la paz en Chamonix». Quizá su disgusto y mal humor se deban a mi ausencia. Pero siempre me está necesitando porque lo hago feliz, por lo que le doy, no por lo que soy. ¡Mi complacencia! Morbosidad.

No tengo más remedio que comparar las dos cartas. Mi *Roi Soleil* escribe: *«Hay momentos en que siento una nostalgia de ti, toda, tan intensa que hace daño»*[26].

Pero luego, hoy, recibo dos libros de Henry. ¿Y ahora? ¡Necesito amor!

Flujo. Evolución. Movimiento. Tengo hambre, tengo hambre.

Se me ha desatado una pasión por el juego. Cada noche me visto. Hugo me dio 50 francos y gané 530 en las primeras jugadas. La segunda noche, con 30, gané 300. Me puse febril y me estremecía con las travesuras de la bola en la ruleta. Desperté a Hugo en mitad de la noche para decirle: «Mañana jugaré al número cuatro». Lo hice y gané. ¡A la primera jugada!

El sol. Cuerpo al sol, en un trance deslumbrante de luz plata y oro disuelta en calor. Una siesta lujuriante. Oficina de correos. Los paseos en bicicleta. El lago de Bourget que inspiró a Lamartine. Café en la alegre cafetería modernista. Y la *boule.*

Sueños, sueños con Henry, que me abandona, y yo corro sollozando por los bosques. Sueños, chupando el pene de Artaud, abierto como el extremo de una bolsa de caramelos, con sólo unas pocas gotas de esperma, saladas. Sueños cuando estoy despierta: Septiembre con mi Padre.

Y finalmente terminé por reprochar a Henry que me apagara en Aviñón, porque sintió celos al ver que reanudaba el diario. Antes de su carta petulante, le había escrito tiernamente diciéndole que lo echaba de menos. Septiembre con mi Padre, pero no sola. Agosto, impresión del libro de Henry, alimentar a Henry, inflamarlo. Amarlo, pero sin mucha fe, sin la satisfacción suprema. Encuentro desagradable con Allendy. ¿Qué mentiras inventaré ahora para disfrazar y atenuar mi indiferencia? ¿Qué mentiras a Artaud?

[26] En español en el original. (N. del T.)

La gente se zambulle en el lago. Cuerpos bronceados. Radios.

Carta de Hugo a Padre[27]: Anaïs ha vuelto radiante de Valescure, porque ha encontrado de nuevo a su padre, un padre nuevo, joven, que existe para ella por primera vez en su vida. Un padre recién nacido, si le parece, pero, al mismo tiempo, el padre de sus sueños. Siempre ha soñado con un padre del que pudiera sentirse orgullosa, que respondiera inmediatamente a las mil y una preguntas que se hace cada día, preguntas que sólo alguien como usted, alguien que ha vivido tan intensamente y está dotado del verdadero genio de vivir, podría contestar. Siento como si yo también hubiera ganado un padre y un hermano al mismo tiempo, y me siento feliz...

Lui. Le Roí Soleil.

En los momentos de amor, sin las gafas y la larga cabellera alborotada, me asustaba al ver en él a una mujer. Una mujer griega. Los ojos miopes desenfocados, como los de una mujer a punto de desmayarse. Esta rara sensación me perseguía. Cerré los ojos.

Henry escribe: Nos han enviado al mundo para estar en él, para formar parte de él, para ser alimentados y alimentar. El deseo de Lawrence de modificar a los hombres causa más estragos que beneficios. Es ciegamente egoísta y neurótico. He observado que el deseo de reformar al hombre aleja al hombre de su vecino en lugar de acercarlo. Conduce al aislamiento. A preocuparse por el yo. Cuando uno se harta del todo de ayudar al hombre, uno vuelve al rebaño y es entonces cuando verdaderamente ayuda, sólo con su presencia, porque, entonces, la suma de experiencias, de sufrimientos, de autoanálisis y luchas anímicas han madurado al individuo, y puede ayudar porque habla y actúa como resultado de su madurez, de su sabiduría consciente, y no mediante preceptos, ideas y fórmulas. Pienso que, quizá, la raíz de todos los desacuerdos entre «amigos» (un tema tan caro a Lawrence y a Duhamel) es el tipo de idealismo que contiene.

Me gustó todo lo que dice y aplaudí.

Añade Henry: De nuevo se trata de algo demasiado sacralizado, demasiado privado, demasiado aislado. El amor puro, la amistad pura, son ideales. Pueden darse alguna vez, y son cosas muy bellas a tener en cuenta. Pero no son propósitos. Son fenómenos accidentales... Cuando [estos] dos hombres [en *Salavin* de Duhamel] hacen un pacto eterno, se están marginando del resto de la humanidad, lo cual es un pecado... Esposo y esposa hacen lo mismo cuando se juran amor hasta la muerte. Se exprimen mutuamente hasta agotarse. Después de un tiempo, se encuentran cara a cara como conchas vacías.

Hugo y yo cometimos el error de los idealistas. Pensamos que habíamos encontrado algo ideal y nos aislamos. Frente al mundo. Solos, los dos, durante años. Y fue malo para nosotros. Yo, por ser codiciosa, empecé a exigir, a exigir más, a devorar a Hugo. Desde que lo he dejado solo y yo me relaciono con más gente, somos más felices.

[27] En francés en el original.

Tan pronto como volví a poner en orden mis sentimientos, recuperé la calma. Henry se situó como amor humano *y le Roi Soleil* como el ideal, el no humano, el rarificado. Vi otra vez a Henry en los momentos culminantes y más tiernos, con todo el calor que compensa la sutileza, con toda la madurez humana que sustituye al entendimiento.

Empecé a vivir otra vez. Incluso no me hizo daño perder en el casino. Y aquel sentimiento, aquel divino sentimiento de liberación del amor único, con el que nunca puedo contar, el sentimiento de la *seguridad en la multiplicidad.*

Una noche [Padre y yo] hablamos de nuestras vidas: dice que sabe que seguiré teniendo amantes, porque soy joven y ardiente y porque no puede casarse conmigo; que lo entiende y no afectará a nuestro amor. Y yo me enfadé porque sabía que era verdad. Y le di la misma libertad. Había aceptado desde el principio la idea de su carrera donjuanesca, separándome de las demás mujeres, consciente de mi situación singular. Dijo: «Qué maravilloso final para mi carrera amorosa si pudiera dedicarme exclusivamente a ti. Si me hubiera casado con una mujer como tú, que lo tiene todo, le habría sido fiel».

Sé que ya no creo en el ideal de la fidelidad. Es falta de madurez. Espero que él continúe con su vida, como yo he continuado con la mía.

Todo este amor incestuoso sigue aún tras un velo, es un sueño. Quiero hacerlo realidad, pero se me escapa.

Complejo de culpa, diría Allendy. Necesito a Rank. Necesito una mente más poderosa que la de Allendy. Quiero hablar con Rank. Sobre arte, creación, incesto. Quiero librarme de la culpa. Quiero enfrentarme a una gran mente y rastrearla. Sondearla.

Revelación asombrosa. La astrología. La astrología revela que la luna [de Padre] está en mi sol, la atracción más poderosa entre hombre y mujer.

Cuando Hugo me enseñó esto, el fatalismo ahogó los últimos vestigios de culpa. Y sentí un profundo respeto. El miedo, inmenso y ciego, fue sustituido por un profundo respeto. Empiezo a mirar con atrevimiento, cara a cara, mi amor incestuoso.

Todo quedaba ordenado. Yo sólo obedecía a mi destino. Ese destino había dispuesto un matrimonio bastante irónico, un matrimonio imposible en la Tierra. No supe advertir todo el portento de las palabras de Padre cuando dijo: «Esto es una tragedia». Qué tremendo matrimonio. *Beau à faire peur*. Estoy deslumbrada. He estado deslumbrada todo el tiempo. Volver con Henry era lo humano, lo familiar, después de la atmósfera enrarecida —el sueño— y el aire irrespirable.

Humores cambiantes. Piedad. Amor. Mi rebeldía contra la afición de Henry por lo sucio. Recuerdo con qué frecuencia he abierto mis piernas preguntándome si me iba a traer la sífilis. Resentimiento contra sus irracionalidades. Deseo de pelearme. Luego remordimientos por el amor a mi Padre... y mi entrega.

Dice Henry de sí mismo que es un cobarde. Que necesitaba el coraje de June para experimentar, para vivir. Que me necesitaba para pensar. Y, a causa de su dependencia, siempre será un hombre humillado, vengándose mediante la literatura, de igual modo que yo me vengo aquí por mis sacrificios, mis mentiras heroicas, mi caridad, mi compasión, mis complacencias, en el más cruel de los documentos.

No deseaba de ningún modo pelearme con Henry. Podría matarme. Pero, a medida que mi pasión disminuía, se despertaba el antagonismo. Acostumbraba a creer que sólo podía encontrar vida en la infamia, en los bajos fondos, en el peligro, en la suciedad. Acepté el mundo de Henry por la vivacidad de Henry. Y ahora descubro que estaba equivocada. Hay hombres sensuales que no corren el riesgo de coger la sífilis. ¡Hay sensualistas higiénicos! ¡Mi Padre! Y sentí rencor por todo lo que había aceptado por mor de la lujuria de Henry. Y todo lo que había admitido, mi creencia ingenua en que tenía que admitir la sífilis, la suciedad, con sensualidad, porque el mundo parecía dividido entre hombres puros: Allendy, Eduardo, Artaud, o Henry. Y Henry era el único que estaba vivo.

Pagué mi tributo a la vida humana. Acepté toda la vida, con las putas y el riesgo, porque amaba. Amaba con lujuria, humanamente. No sentía asco de nada.

Nueve días me han cambiado.

¿Por qué esperé cambiar la vida de Henry, una vida tan miserable? ¿No había hecho nada por él? Cuando lo deje, ¿volverá a ser el mismo que cuando lo conocí? Todavía predica la muerte, la destrucción, el fuego, la lepra y la sífilis. Aún está atormentado por la ira, agobiado por rencores, inyectado en sangre por las humillaciones. Y ha recibido todo lo que un hombre puede desear humanamente de una mujer: Fe, pasión, aliento, aprecio, comprensión, adoración, paz, seguridad, armonía. Pero nada puede curarlo.

La melancolía, mi enemigo monstruoso. Después del casino y el café regresé en la cálida noche y me quité el ligero vestido. Y supe que también había vuelto a mis preocupaciones, que sólo había escapado de ellas durante unas pocas horas. Debo conseguir que se publique el libro de Henry. Debo hacerlo por él. Debo entronizarlo en la seguridad antes de abandonarlo. Darle fortaleza.

A Padre[28]: ¡Por tu horóscopo puedes ver qué razón tenía al coronarte como rey! A veces recuerdo frases o palabras que me has dicho y las exploro, pienso en ellas. Una frase tuya tiene una vasta repercusión en mí; está llena de significado.

Entretanto, he dado una gran intimidad a Hugo y dos o tres charlas «teóricas», en las que le digo todo, excepto las relaciones sexuales, y discutimos sobre lo que no me ha satisfecho de cada hombre. Todo tan frío, mental y prudente. Hugo cree que he sido la madre espiritual de Henry. Sus celos, sin embargo, son ciegos. No tiene celos de Padre (su mayor rival); cree que Henry es un moribundo (oh, esto está más cerca de la verdad; Henry, para mí, se muere cada vez más). Teme a Artaud. Sí, yo pongo una cortina de humo, como dice Henry. El resultado es que Hugo está tranquilo y feliz con su ración de amor, verdaderamente inalterable, un amor que sigue su rutina con algo, para mí, de fidelidad milagrosa.

Pero es cierto, tal como le digo a Hugo, que, al final, su amor es el único en el que creo y confío. El de Padre aún me asusta. Exige coraje. Igual que el secreto de mi matrimonio exige confianza.

[28] Esta carta y todas las cartas subsiguientes de Anaïs Nin a su padre, recogidas aquí, están en francés en el original. De igual modo, las cartas del padre a Anaïs Nin están en francés en el original.

Cuando amé a John, sucumbí al dolor. Morí. Ahora estoy aprendiendo a defenderme de él. Henry me hizo sufrir bastante. Estoy harta de sufrir.

Último día en Aix-les-Bains. Salud recuperada, pequeñas y múltiples victorias: un Adonis en Chamonix, el príncipe Nicolás de Rumania, un gigoló; el doctor del solárium, el ayudante, camareras por todas partes, *garçons* en los cafés. Cubierta de regalos de Hugo para compensar la pasada inexpresividad.

Predicciones astrológicas para estos meses: favorables para viajes, trabajo y amor. El conjunto de 1933, bueno, y 1934, mejor.

La salud de Hugo está mejor que nunca, un alivio para mi constante ansiedad.

Astucia. Hugo me dejó en Munich sin un céntimo, porque compró mi billete de tren, dio la propina al maletero y envió un telegrama a Natasha para que fuera a buscarme a la estación. Pero tan pronto como volvió la espalda, le pedí el telegrama al conserje para rectificar un error y volví a escribirlo, pero para Henry.

Miro a mi alrededor, cuando me dejan sola en la cocina de Henry, como si mirara todo por última vez. Miro atentamente la pintura humorística de Fred, una pareja haciendo el amor en un banco, delante de un *urinoir*, con carteles de *Maladies des votes urinaires y Chocolat Meunier*. Miro el menú colgado de un clavo: *bouchées à la reine, pâté de foie gras truffé, dinde aux champignons*. Miro la vida bohemia, el Quatz Art Ball, la cesta ceñida por un corsé, el folleto sobre «Instintivismo», como si me despidiera de ellos. Miro el abrigo de Henry sobre el respaldo de la silla, veo la forma de los hombros y los costados, sintiendo su cuerpo, sin el agobiante dolor de los asfixiantes celos. Despidiéndome no de Henry, sino del inmenso dolor de los celos. Llevándome sólo las alegrías que me da. Separando y apartando todo lo que le unía a mí, la oscura dependencia, la pasión torturante, para que pueda mencionar a June o a sus putas sin mancharme de sangre.

Quiero gozar de Henry.

Me despido no del pasado, sino del dolor del pasado. Sólo el humor del boceto de la pared y el profundo surco fluyente de un amor maduro, sin ilusiones y sin exigencias, el surco en el que entré tan pronto como vi a Henry en el andén de la estación, olvidando las exigencias, las exaltaciones críticas que traen muerte a nuestras alegrías.

Henry es feliz. «Ahora me conecto. Soy como una enorme rueda que no puede girar hasta que vienes con tu pequeño y limpio aparato. Nada más que un ligero toque, y ya me pones en marcha. Debo admitir que, como Lawrence, no puedo hacer nada sin una mujer detrás.»

Y la ironía de todo es que, por un milagro, me ha sido fiel.

Gozar, gozar y amar, no hay que ser crítica. Hay que cerrar los ojos a todas las benditas imperfecciones humanas.

A Padre: Casi me pongo a llorar al abrir tu carta en Aix-les-Bains. Esa ocurrencia de escribirme cuando he de irme ha sido tan delicada, tan increíblemente sutil. Es algo que he hecho por otros y

que soñaba que hicieran conmigo, pero el amor de los otros es tan diferente. Hay que saber amar, ser solícito en el amor, como tú tan bien sabes. Estoy más afectada de lo que puedo decirte, por lo que tu gesto representa, por este detalle significativo. En aquel momento, cuando llegó tu carta, me pareció que, de pronto, me recompensaban por todo el arte y la ingenuidad que he puesto en amar durante toda mi vida. Es dulce recibir, dulce recibir algo que viene con tanta delicadeza, tanta ternura, con una solicitud que me envuelve tan sabiamente, una virtud únicamente tuya. Te beso hoy agradecida porque existes, dando gracias, no a Dios, sino a ti, a ti mismo, por tu esfuerzo grande y creativo.

Por la tarde. Entrar en la casa es entrar en la aurora, en los colores del alba, en los tonos del ocaso, en la música, en el perfume, en la quintaesencia del exotismo, en un útero meloso, en un palanquín de algodón, en pieles y sedas, en la armonía.

Me quedo en el umbral y vivo el milagro. Olvidé que yo había hecho la casa. Estaba hechizada, como ante la obra de otro. Una caricia de colores y texturas, una hamaca.

Mi alegría y energía resplandecieron. Empecé a ordenar el reino, a organizar, a administrar, a trazar a mi alrededor un tejido tupido de actividades. Me prodigué con mi fuerza. Nadé por un mar de los Sargazos de papeles. El teléfono no dejaba de vibrar. Múltiples hilos. Expansión. Fuerza en el cuerpo y fosforescencia en la mente y el cuerpo.

Papeles. Trabajo. Compromisos. Cartas. Me gusta todo. Me gusta vivir, moverme. Embriaguez. Me siento embriagada. Mañana, los copistas y Allendy. El jueves, Artaud. El viernes, Henry. Mentiras piadosas para todos. A Henry, para atenuar los celos que siente por mi Padre. A cada uno le doy la ilusión de ser el elegido. Si se pusieran juntas todas mis cartas, revelarían asombrosas contradicciones. Incluso le digo a Henry: «Hablo mucho de mi Padre, pero eso no significa que me importe tanto como tú». Porque imagino que la gente necesita estas mentiras *mensonges vitaux!* La verdad es vulgar y estéril. Le digo a Allendy: «Acabo de llegar. ¿Cuándo puedo verte?», como si fuera el primero a quien llamo, y ya me he acostado con Henry.

Humor. Cuando Padre me dice una mentira piadosa como «Es la primera vez que he necesitado dinero» (para estar conmigo, para hacerme regalos), detecto su falta de sinceridad. Padre ha necesitado dinero miles de veces, igual que yo. Hasta es posible que haya escrito lo mismo a otras mujeres. Y sonrío. Destilación. Todo el incienso que he ofrecido a los demás se me devuelve ahora. Me ofrecen todas mis mentiras y trucos, como si no supiera detectarles. Mientras me escribe, lo más probable es que Delia*, o cualquier otra mujer, esté sentada o echada a un metro de distancia. Puedo oler el perfume de ella. Traición, oh, la traición de la ilusión. Crear la ilusión y el desengaño. ¿Quién va a destilar la verdad de los demás? ¿Debemos mentirnos entre nosotros? No es eso lo que quiero. Seré la primera en decirle la verdad. Toda. Mis huidas, mis mentiras. Henry. Luego sonreiré y escucharé su historia. Padre, evítame esas mentiras que hemos de decir a otros más débiles que nosotros, esa deformidad de nuestra naturaleza para ilusionar a los demás. Seamos valientes, tú fuiste el primero en pedírmelo. ¡Apartemos los celos de nuestro amor!

Este diario es la prueba de mi ansia tremenda y devoradora de verdad, porque al escribirlo amenazo con destruir todo el castillo de mis ilusiones, todos los regalos que he hecho, todo lo que he creado, la vida de Hugo, la vida de Henry. ¡Todos aquellos que he salvado de la verdad quedan destruidos aquí!

2 de agosto de 1933

Ha empezado el trabajo. La señorita Greene copia el manuscrito sobre June; si no fuera así me vería como un perro que intenta morderse el rabo. Yo me ocupo de la narrativa.

Anotaré aquí los temas elegidos para repetir, como el del teatro chino, viendo entre bastidores la elaboración de la ilusión. Comparar con el proceso del psicoanálisis. Ir entre bastidores, detrás de la ilusión. Y su efecto sobre mí.

Poner de relieve las semejanzas entre mis amantes y mi Padre. La continuidad de la imagen de Padre a pesar de su aparente contorno borroso.

¿Moral del diario? ¿Qué necesita el mundo, la ilusión que di a la vida o la verdad que expresé escribiendo?

Cuando me ocupé de soñar en satisfacer los sueños de la gente —de satisfacer el hambre de ilusión—, ¿es que no sabía que era el hambre más dolorosa y más insaciable? ¿Qué me empuja a ofrecer ahora la verdad en lugar de la ilusión?

Escena con Artaud: «Antes de que digas nada, debo decirte que al leer tu carta sentí que habías dejado de amarme o, mejor dicho, que nunca me has amado en absoluto, que eras presa de otro amor. Sí, lo sé. Adivino que es tu padre. De modo que todas mis dudas con respecto a ti eran ciertas. Tus sentimientos son inestables, cambiantes. Y este amor tuyo, debo decírtelo, es una abominación».

Un Artaud venenoso, amargo, de boca fea, tensa, todo furia y rencor. Repulsivo. Lo recibí con tristeza. Dijo que había observado mi tristeza, pero que no le afectaba. Y enseguida logró que me enfadara y me mostrara implacable. Me acusó de crueldad cuando realmente había sido sincera. Mi lástima desapareció por completo. Lo miré fríamente y lo examiné. Dios mío, éste era el hombre que yo había besado, éste era el hombre que esperaba de mí un amor exclusivo. Me insultó amargamente: «Das a todos la ilusión del máximo amor. Además, no creo que sea yo el único a quien hayas engañado. Sé que no sólo amas a tu padre con una pasión repugnante, sino que en este momento hay uno o dos hombres en tu vida. Me parece que hay algo con Allendy e incluso con otro hombre... créeme, no es que haya oído ningún chismorreo...».

Era tan intuitivo en todo esto, tan clarividente, que no negué nada, pero, cuando pronunció la palabra *abominación*, le dije colérica: «No, el amor más puro. Y si no crees en mi pureza es que no me conoces».

—No, no te conozco. Creo en tu impureza absoluta.

Mientras hablaba caía sobre mí su terrible veredicto. Me disgustó su mezquindad y su rigidez. Pensé que Henry se habría tomado esto de una manera muy diferente. Hugo también. Pensé en lo maravillosamente maduro que había sido Allendy. Me disgustaban las frases medievales de Artaud, su falta de imaginación. Como un Savonarola, con sus dioses, sus eternidades e impurezas. Me alegró que no pudiera conmoverme. La verdadera crueldad sólo estaba empezando en el desprecio que yo sentía. Intentó ofenderme, vengarse, pero de una manera mezquina. Como una mujer. Como un niño también. Qué desilusión. No pude sentir lástima. Sí, era sincero y había

esperado todo, lo había hecho caer desde lo más alto. Pero no podía evitarlo, lo veía actuar como una amante despechada, vulgar y ruidosa, con un revólver en la mano. No había ninguna belleza en su dolor.

Allendy también lo sabía. No negué nada. Creo que sentí placer al confesar mi amor, pero sólo Allendy supo su consumación física, porque necesitaba un confesor. Volvió mi antigua dependencia. Se mostró compasivo, noble y generoso. Confié en él. Es leal y sabe guardar un secreto.

Lo que me asombró fue la entereza con que rechacé otra cita con Allendy y la entereza con que actué frente a Artaud, cuando antes no habría sido capaz de decir no. Como si mi amor por mi Padre me hubiera dado el coraje para vivir sin miedo. Nadie más iba a sufrir por lo que Artaud define como mis «oscilaciones tenebrosas». En cualquier caso, se acabaron las excusas, se acabaron las justificaciones. Si para algunos soy perversa, monstruosa, *tant pis*. Lo único que me importa es mi propio juicio. Soy lo que soy.

Artaud. Lo que pasó con Artaud es que parecía lastimoso, insignificante. Estoy harta de los hombres que inspiran lástima. Mi Padre no inspira lástima. Sabe defenderse muy bien; es valiente, noble.

Ahora que Artaud ha pronunciado su anatema (con la furia de un monje castrado) y me ha declarado un ser peligroso y maléfico, ahora, ¿qué?

Me acusó de vida «literaria», de vivir románticamente. ¿Por qué no vivir literariamente, por qué no, si así perfecciono la realidad?

Cuando uno se hace más fuerte, se hace malo. Es el débil quien sufre. Temo que sentí un cierto placer en torturar a Artaud. Fui irónica y le devolví el golpe. No quiero que me acusen.

5 de agosto de 1933

Conversación con Henry acerca de mis mentiras. Y le suelto este discurso que me había estado dando vueltas en la cabeza durante días: «No voy a mentir más. Nadie ha agradecido mis mentiras. Ahora sabrán la verdad. ¿Crees que a Hugo le va a gustar más lo que he escrito sobre él que lo que le decía o le daba a entender con mis evasivas? ¿Crees que Eduardo prefiere saber lo que pienso de él a lo que le he dicho? Nunca supe decir a nadie "no te amo". El error que cometí fue querer abarcar demasiado. No podía alimentar cinco fuegos. Tenía que desatender a alguno, y por eso me han odiado. Sobrevaloré mis fuerzas. Cuando decía una mentira era una *mensonge vital*, una mentira que daba vida».

En este momento, Henry y yo nos miramos como antes, en una plenitud maravillosa. Ha sido todo un día de encuentro. Primero lo esperé con entusiasmo y fui a buscarlo a la estación. Dijo: «Tuve la premonición de que harías esto». Me tomó del brazo y paseamos bajo el sol. Y luego, en la casa, nos deseamos inmediatamente y nos sentimos felices y próximos en el sofá. Henry, anhelante y apasionado. En el jardín dijo: «He estado de un magnífico humor, todo el tiempo, desde que volviste. Cuando estás conmigo, todo va perfectamente».

—A mí me pasa igual.

Me sentía feliz de haber recuperado nuestra armonía, nuestro intercambio estimulante.

Padre y Henry están ahora maravillosamente equilibrados, como la eterna dualidad de mi propio ser. Uno es el ideal absoluto, no humano; el otro, el humano.

Y es igualmente cierto que la confianza de Henry en mí, su amor, me ha dado vida e inspiración, toda la fuerza y todas las alegrías, cuando no tenía nada, salvo la tierna seguridad de mi matrimonio.

Esta noche, mi amor por Henry está tan profundamente enraizado que no hay ninguna necesidad de desplazamiento, sólo de expansión. Hay dentro de mí un pozo grande, inagotable, capaz para los amores ideales y los humanos, *un foyer immense*. Me parece que cuando amé a Artaud durante unos días, lo amé mejor —quiero decir con más talento— que cualquier otra mujer hubiera podido en toda una vida. Le di un momento elevado, por más que fuera un espejismo. Y a Allendy, durante unos meses, una percepción, una reflexión y un calor que son poco corrientes. Ambos han experimentado algo que nunca más volverán a experimentar. ¡Condenso mis regalos, en lugar de prolongarlos!

Un rasgo de cobardía. Siento desprecio por mí misma cuando, para excusarme, trato de justificar mis cambios de sentimiento poniendo de relieve los defectos de los demás. Cobarde, cobarde.

Henry me ha dicho hoy algo muy sensato: «En lugar de acentuar el idealismo y la necesidad de ilusión en los demás, ¿por qué no los ayudas enseñándoles a esperar menos, sin engañarlos?».

7 de agosto de 1933

Todo con Henry como antes. Ninguna alteración en nuestra pasión o en nuestras charlas. Viene para ayudarme, o con la intención de ayudarme. Luego confiesa que preferiría no hacerlo, y nos reímos de su egoísmo descarado. Prefiere sentarse y copiar un pasaje de la carta de mi Padre sobre Lawrence, porque está relacionada con su trabajo. Le interesa. Me río, porque, cuando un hombre es tan honrado, una sólo puede reírse.

Hay tanto acuerdo y alegría entre nosotros que los pensamientos de Henry revierten otra vez en nuestra inseparabilidad. Y, de nuevo, me pregunta: ¿Viviría con él si pudiera? Le gusta oírme decir que sí. Y ríe con una alegría histérica.

Carta a Padre: Me gustaría tener tu consejo, tu opinión con respecto a mi diario. Necesito tu juicio, pero, para tenerlo, tendría que mostrarte unas páginas recientes. En estos días siento como si renunciara a ser escritora. De pronto, encuentro desagradable exponer los sentimientos que he tenido, aunque sean muy lejanos, aunque ya estén muertos. Sacrilegio. Siento nostalgia de ser una mujer sencilla, cuya vida sea secreta hasta para ella misma.

Es curioso: toda mi vida la he pasado bajo una gran influencia, la tuya. Ahora, sin embargo, es como si quisiera empezar de nuevo. Comienzo con una nueva franqueza, quizá porque veo más claramente la dirección que quiero seguir. Sí, es extraño, tú me hablaste de edificar, como si supieras perfectamente la construcción que yo estaba a punto de emprender. No hablamos del futuro, sólo del pasado. Pero lo que hablamos ha causado una renovación dentro de mí.

Lo que ocurre es que al trabajo que hago, aparte del diario, le falta lo genuino que éste tiene. Una página del diario es más emotiva que mis páginas de creación artística. Y, de vez en cuando, siento el ánimo de dejarlo —anónimamente— tal como es, terriblemente humano, sencillo y directo, como un esfuerzo sobrehumano para compensar las mentiras de cuentos de hadas que pensé que debía ofrecer al mundo. Fue un error que nos educaran con cuentos de hadas. He intentado hacerlos realidad para los demás, y eso es peligroso. Una pierde su propia alma.

8 de agosto de 1933

Bradley es un crítico agudo, un pensador leal, honesto, sin miedo. Realmente «ha hincado el diente» en mi obra, con ánimo de ayudar, incitar, impulsar y exigir. Me estimula y me interesa. Ve las cosas con claridad y pragmatismo. Se nos pasa el tiempo hablando. Me ayuda a aclararme y me gusta confiar en él. Conversando con él, me doy cuenta de que he llegado al final de un ciclo. Mi vida, que empezó con mi pasión por Padre, termina con la misma pasión. Y *termina*. El ciclo se ha cerrado. Ahora entro en la calma y el trabajo (exactamente igual que Henry).

Desde que he vuelto estoy obsesionada con mi trabajo. Me he consumido. Mi cabeza se siente inmensa.

Algo se ha cerrado artísticamente, por lo menos el tema de mi vida, la novela de mi vida. El resto se redondea, se pule, se esmalta.

Fui sincera con Bradley y entendió perfectamente lo que le dije acerca de mis mentiras.

Ahora, dijo, el círculo ampliado de mi invención de la vida coincide con el círculo de mi trabajo, los dos se funden en uno. Ahora quiero vivir como escribo en el diario y escribir como vivo. He terminado con ciertos espejismos, ciertas mentiras. Ahora soy una artista, como le digo a Henry, dedicada al trabajo, porque estoy en paz. Una escribe en paz. Mi gran tema ha llegado a su fin, o a cerrar el ciclo.

Mientras escribo una carta a Henry para animarlo por las vacilaciones de su editor, me telefonea para no decirme nada. Sólo me telefonea. Piensa en mí. ¿Cuándo voy? Sí, está trabajando.

Mientras me visto, recuerdo algo sobre lo que nunca he escrito: el tema de los celos. Cuando Henry dice: «El lunes fui a casa de Lowenfels y había gente», mi corazón deja de latir un segundo. Espero. Imagino que va a decir: «Había una mujer, una mujer estupenda. Se parecía un poco a June». El momento de espera es afilado, contengo la respiración. Cuando termina la frase diciendo que habló con Fulano de Tal, es como si me desataran un nudo en la garganta. Cuando lo encuentro leyendo un poema de Lowenfels, me siento herida en contra de mis deseos. Cuando le oigo repetir la opinión desacertada de Lowenfels sobre su obra, sin que Henry deje de sentirse feliz.

Debido a esto, busco en las caras de los demás señales de estos celos. En cuanto noto en la cara de Allendy —un estremecimiento de la voz— el menor signo de alteración, me pongo en guardia. Doy un rodeo. Esta preocupación hace estragos en mi sinceridad. Allendy me dice: «Estoy libre el

jueves. Salgamos juntos, sólo para tomar el té, ya que no deseas otra cosa». Y Artaud va a venir el jueves. Sé cómo va a sentirse Allendy si se lo digo, así que miento. Y una mentira arrastra a otra.

Hoy he llevado mi talante sincero a la consulta de Allendy. Le dije lo que había hecho con Artaud y por qué. Cómo empezó por lástima. Que no hubo amor. Es demasiado noble para torturarse con las sospechas de Artaud. No iba a engañarlo. Así que se lo dije. Quiero las cosas claras y sólidas. ¿Le hacen menos daño? Lo miro. Antes fui con él evasiva, con rodeos; ahora me revelo tal como soy. ¿Qué sucede? Allendy se siente molesto, pero también aliviado. Tiene algo que decirme. Me revela que Artaud le mostró la primera carta que le envié, jactándose, y se refirió al tono cálido en que le escribí. Tuvo que ser Allendy, Allendy que no es poeta, quien le dijera: «Interpretas las cosas con excesiva crudeza». ¡Artaud y su mundo abstracto y sutil! En su vida, puritano, provinciano, montparnassiano. *Une vieille fille.* Y de este modo, entiendo con más claridad la escena con Artaud. El, tan literal, incluso aquel día en el jardín, interpretó mi simpatía como amor. Y yo, tan idealista. ¡Qué ridiculez!

Ahí es donde pierdo mi confianza. Y esto me asusta, porque aún no actuó con lucidez. Pero pensé que siempre lo sabía. Al creer a Artaud, seguía creyendo en la *literatura*. Aún sigo creyendo que la mente capaz de ciertas frases no puede pensar de modo diferente en la vida.

A este respecto, soy asombrosamente sincera.

A Padre (en respuesta a su carta pidiendo que me reúna con él en Evaux): ¿Qué es lo que quiero? Verte lo antes posible, estar de nuevo contigo. Anoche me preguntaba cómo podría esperar hasta octubre. Y aunque ahora puedo escribirte, en secreto, guardo todo para los momentos vitales. Lo que necesitamos es vida, no cartas. He dejado de pensar, sólo siento. Te siento más próximo, más humano, más vivo. Aguardo para revivir los momentos de Valescure, sentir de nuevo tu dulzura y tu fuerza, los miedos y los placeres intensos, aguardo a resolverlo todo, a dejar que todo se funda en tu abrazo, en la confianza, en el calor, en la fusión viva.

La otra noche cené con Henry en Clichy. Vino, música, libros.

—Tengo tantas cosas en esta habitación —dijo Henry— que podría hacer aquí toda mi vida.

—Para eso es un hogar —dije—, para tener en él todas las cosas preciosas que necesitamos, nada más.

—Nunca ha sido así para mí. ¿Sabes?, Anaïs, he estado en muchos hogares, y nunca he visto uno como el tuyo. Ninguno me dio la misma sensación. Tú entiendes lo que es un hogar.

Cuando le dije a Henry que iba a ausentarme durante una semana, se sintió herido.

—Esto es demasiado, demasiado —dijo—. Tenías que haberme preguntado si te dejaba ir.

—Henry, rétenme, rétenme. Sí. Pídeme que me quede.

Sentí su amor, su caricia. Me traspasaba.

Pero escribí a Padre diciendo que iría.

No me torturo con preguntas. Me dejo llevar por el flujo eternamente doble.

Le digo a Hugo que tengo la extraña sensación de que el amor de Padre es de alguna manera como el amor narcisista que el artista necesita para sobrevivir. Ha puesto su genio en su vida y sólo le falta dejar la expresión de su vida, y soy yo, la escritora, quien hará que sobreviva.

—Tengo también esa sensación —dice Hugo—, que sobreviviré gracias a ti.

Me parece que hay tanto que se me escapa, que vale la pena el empeño que pongo en escribir. Hoy recordé a Padre, de pie en la estación, mientras mi tren se alejaba de Valescure. Estaba de pie, al sol, al principio cómodamente, con el cuello de la camisa abierto, las piernas separadas, los brazos colgando, balanceándolos. Soñador. Distante. En otro mundo. Lejos de la vida, como yo cuando la vida es superaguda, trazando, respirando, secretamente, misteriosamente, lo que surgirá más tarde, como una flor japonesa de papel en el agua, abriéndose sola, lentamente, más tarde.

Me pregunto si mi ansiedad por conservar las cosas no se debe a la duda de mi memoria. Sigo adelante. Olvido.

Como las anotaciones de Proust, una prueba de mala memoria.

No. Recuerdo con minuciosidad determinadas cosas que sólo dejan de atormentarme cuando las escribo. Cuando escribo una cosa dejo de temer su pérdida. Es un amor insano por la vida, por la vida humana.

Me duele recordar, en medio de un día, aquella tarde cálida en mi habitación, con Henry echado en el sofá, mientras me vestía y me perfumaba para una cena. La textura de aquel día, los colores, la temperatura. Tengo todo eso en mi diario. Pero, a menudo, siento una punzada y me pregunto: ¿lo tengo?, ¿no se habrá desvanecido? ¿No se habrá hecho pedazos o ensombrecido? ¿Y qué pasa si lo busco en el diario y sólo encuentro palabras vagas, palabras sin sentido? Y todo me produce un dolor agudo. La esencia, la esencia humana, siempre evaporándose. No puedo resistir el paso de las horas.

Cuando Henry dice: «Poseemos todo lo que Lawrence escribió acerca del matrimonio; hay entre nosotros ese sutil equilibrio...». Sí. Aire. Espacio. Movimiento. Nacidos de la prudencia. Hemos envejecido; él, después de June; yo, después de Hugo. June y Henry queriendo devorarse, aprisionarse mutuamente. Hugo y yo inseparables. Hugo me decía anoche: «Me gustaría comerte, estar seguro de ti». Es su única manera de tenerme segura.

18 de agosto de 1933

Funciono como una orquesta, con todos los instrumentos al mismo tiempo. Los timbales son los telegramas de Padre. Padre, otra vez enfermo, que me pide que vaya inmediatamente, de modo que tengo que poner toda mi vida patas arriba y correr a su lado. Padre. Padre. Los latidos de mi corazón en la sangre. Hugo protesta débil, tristemente. Abandono la belleza de Ana María, a Henry con un talante luminoso e inspirado, deslumbrado por la realidad, arropado por sus ilusiones. A Allendy, amoroso y profesional, que repite mecánicamente todos los clichés del psicoanálisis con un zumbido monótono: complejo de culpa, odio a la madre. Casi me duermo. Las fórmulas y los análisis han perdido su realidad. Vivo demasiado deprisa; caen los frutos,

demasiado pesantes en las ramas. Me dirijo a casa en el coche, con Hugo, miro el cielo, un cielo de nubes horizontales, y a través de él busco la liberación infinita de mis sentimientos y mi expansión.

Tengo con Eduardo una charla fantástica, en el curso de la cual le prometo que mantendré dominado mi Marte, que me sentaré en una mecedora, abanicándome como una criolla, esperando que él actúe, escriba y viva. Y ante mi nueva sinceridad, admite que está cansado de la suya y quiere embarcarse en una sucesión de mentiras. Parece que le gusta mi sinceridad. Un fuerte viento, soplando sin temor. Le digo llena de orgullo: «Mi Padre y yo somos amantes...».

Reboso. Hablo demasiado. Amo demasiado. Necesito trabajar. Me gusta la confusión de mi cabeza, porque un torbellino de sentimientos confunde mi mente y destruye su dominio. Quiero vivir de mis sentimientos. Artística y humanamente, son mejores que mis análisis.

Sin comentarios. El análisis está muerto.

Mientras copio mi diario para Bradley, me voy dando cuenta de que mis *sentimientos* eran lo más inteligente que tengo. Cuando me dejo fluir soy más sabia. Si reflexiono, si analizo, no soy tan buena como Gide o Proust. Como dijo Fraenkel*: «Todos podemos pensar. Pero es la singularidad de las ideas lo que cuenta. Tú, Henry, no tienes una manera de pensar, de sentir única o individual».

Mis ojos se han cerrado. Los ojos de mi mente fría.

Sentir, fluir sin destruir con la disección el rocío que cubre los acontecimientos. El rocío. La noche. La humedad de las cosas y de los seres humanos.

Y pienso en la inconsciencia de Henry. Cuántas veces, tristemente, he deseado que fuera consciente. Una bella hora parecía flotar pasando a su lado, impresionando tan sólo sus sentidos... y él parecía ignorarla. No tendía su mano. He esperado con frecuencia una carta suya analizando esa hora, captándola... Esperaba el sabor recordado, que nunca vino. Siempre he saboreado el recuerdo a solas. He rehecho la charla, la hora, he manejado de nuevo los colores, los olores, el abrazo.

25 de agosto de 1933

Beso en mi cuarto de Valescure. Mi Padre recoge un escarabajo del camino para que nadie lo pise. Habla de fracasos, de música desde un ángulo filosófico. Abandona sus costumbres durante el viaje. Indolencia y tolerancia. St. Canna y calor. Su *asombro* ante todo lo que sucede es igual que el mío.

Lo amo cada noche por diferentes razones. Su ingenio. Invenciones fantásticas. Tristeza por la injusta opinión de Madre. Escrupulosidad enfermiza por el dinero. Su preparación de mi baño en Alès.

Cómo me atemorizaban su reserva y su sentido crítico. Me ponían enferma enseguida. Lado placentero. Bromas sin fin. Pregunta si me he acostado con Henry. Mi primera mentira. No. No, la tercera. Codos sobre la mesa. Paseos con la cabeza inclinada. Sólo le gusta expresar por escrito sus sentimientos, sus cumplidos. Pero sé que cuando dice *«C'est bien»*, todo es perfecto.

Su opinión sobre Henry, sacada de nuestras charlas, aunque nunca lo he criticado: «Henry es un debilucho que vive a costa de tu virilidad».

Esto me deja asombrada.

—¡Sensatez, sensatez! —grita.

Me quiere sana, fuerte, con amantes que estén a mi altura.

Mi desesperación al despedirme. Su tristeza la noche anterior. Sus ojos soñadores. Su potencia. Sus palabras sobre Maraca, imitando nuestro modo infantil de hablar. *Suis facée. Meddé.* (Estoy enfadada. Ayúdame.) Así decía yo de niña.

Dice que no podría soportar que se supiera nuestra unión física. Eso mataría a Maruca. Que somos suficientemente crecidos para recordarlo todo. Que no hay necesidad de escribirlo. Pero sé que no es verdad. Cuando releo el diario me llevo muchas sorpresas. La fidelidad a los matices de la continuidad y progresión sólo se consigue con la anotación diaria. Para mí es un imperativo. Y una especie de suprema traición. Porque Padre me ha pedido que no escriba. La fidelidad al diario parece obligarme a escribir cada vez, a pesar de los débiles reproches de Eduardo, la ansiedad de Hugo, los miedos de Henry, las quejas de Joaquín y, finalmente, mi promesa a Padre.

Louveciennes. Por la tarde. Estoy triste, triste, triste. No puedo soportar dejarlo. Estoy obsesionada con él, sólo con él. No quiero nada ni a nadie más.

No lo he amado bastante. Ha surgido ante mí como un gran misterio. Me ha deslumbrado, espantado.

30 de agosto de 1933

Viene Henry y, misteriosamente, la continuidad de nuestro amor sigue sin romperse. Fluye como un río, instintivamente. Puedo romper con el Henry de mi mente, el Henry que los demás ven. No puedo romper con el Henry cuya voz oigo desde el jardín y estremece mis entrañas.

Cuando Henry se va, recuerdo las palabras de Padre: «Debemos ser solos, tú y yo. Nadie más. Concentración. Ningún Henry».

—¿Qué más puedes querer —me dijo— que un marido caballeroso y un amante ardiente?

Nadie conoce a Henry, que me habla tan juiciosamente como habla a los demás de modo destemplado y torpe, como si la temperatura y el clima de mi confianza lo refinaran. Lo miro y es un todo, con la voz de su obra, el tono de su propia seguridad, de sus certezas. Es pálido y sereno y, sin embargo, fogoso, concentrado.

Lo miro delante de Fraenkel, y lo veo encendido, nervioso, tartamudeante, parece disperso, perdido. Tambaleante y confundido. Sí, perdido. Cuando está mejor es con su obra y conmigo. Lowenfels tiene que decirle: «Cállate. Sabes que no quieres decir lo que dices».

Carta a Padre: No pude escribirte anoche. Pienso en ti constantemente. Me desperté rodeada de tus sueños. Con tu imagen cerca de mí, trabajo tan sólo con la mitad de mi mente. Todo, todo lo demás se ha desvanecido. Mi trabajo es para ti. Desearía que fuera más hermoso. Mi diario es

para ti. Por ti quiero hacer, haré esfuerzos renovados, cualquier cosa que te produzca alegría. Hay veces en que siento que lo absoluto que me das me sobrepasa, me desborda. Por eso no debe sorprenderte que te ame cada hora del día, no ciegamente, sino porque eres hermoso y tú mismo cada minuto, siempre, incluso en esos momentos que te causan embarazo. ¿No sabes todavía lo que es ser amado por ti mismo, completamente, por ese misterioso *tú* que aparece cuando piensas que eres menos hermoso, menos adorable? Con infinito y valiente esfuerzo has añadido a tu ser todas esas hermosas perfecciones; pero, aunque hoy te despojaras de ellas, como de una prenda de encajes, permanecería tu quintaesencia en el eje, en el corazón que emite tantas aspiraciones, tantas creaciones. Tu ser incandescente, tal como lo veo, mi gran, gran amor. Por eso puedo pensar en ti en el momento en que yaces enfermo, cuando más derrotado te sientes, y cuando estás menos derrotado. Me gustaría que mi carta te llegara en ese momento, porque lo que te distingue de los demás hombres es tu eterna preocupación por los sueños de los demás. Pero no eres consciente de los sueños que tú mismo impartes y por esa razón quiero revelártelos. No sabes que enseñas a superar los momentos más desalentadores de la vida con una rara nobleza y tenacidad. Otro se deformaría, o su imagen se deformaría, ante los acontecimientos externos. Pero nunca tu imagen. Lo transformas todo, sea la enfermedad o la fatiga; prestas a todo otro color, siempre otra hermosura.

Dijiste: «Cuando pienses en mí, recordarás todo esto con pesar». Y esta noche pienso que daría cualquier cosa por estar a tu lado en cualquier momento de tu vida, porque todos ellos son hermosos. ¡Y qué maravilloso es poder admirar a quien se ama! A plena luz del día, con entera lucidez. Como se mira al sol. Y así vendré a verte cuando sea de mañana y, por la manera de mirarte, sabrás que te amo, que tu voz me conmueve y también tus ojos, y tu brillante sonrisa, y el sonido de tus pasos. Voy a verte y me siento feliz, temerosamente feliz, porque estoy cerca de ti.

Me gustaría que nuestro amor fuera también un gran descanso. Nuestras vidas están llenas de esfuerzos, de combates hercúleos para ascender, para superarnos a nosotros mismos en todo, para engrandecer nuestras almas, para perfeccionarnos, desarrollarnos, evolucionar... Difíciles ascensiones, casi dolorosas, aspirando siempre más alto, siempre persiguiendo nuevas visiones, rechazando lo que fuimos el día anterior.

Olvidamos gozar, gozar de todo lo conseguido. Me gustaría descansar en ti, contigo. Amo nuestros momentos de serenidad y tu manera de hacerme reír. ¡Y cómo puede ser tu risa! Será nuestro *sabbat,* pero no un domingo, sino un séptimo día que nosotros inventaremos. Al alba del séptimo día, mientras comemos nuestros Quaker Oats, tú dirás: «Es bueno». Y sabré que puedo ser feliz, porque será el juicio definitivo que de ti esperaba. Y tú, cortésmente (porque eres divinamente cortés), deberás admitir también mi «Es bueno». No deberás ser irrespetuoso y decir: «Oh, no sabes nada. Estás enamorada». Proclamo que eres grande, que no hay nadie en el mundo como tú. Voy a sentarme en tu cama y extenderemos delante de nosotros todo lo que tenemos, todo lo que poseemos, en lugar de nuestro eterno «Deseo, necesito». No más pesares ni pensamientos; por ejemplo, que no has hecho, creado o dado lo suficiente. Serán los días de nuestro gozo. Nos alimentaremos de gozo. Y luego, como consecuencia de ese séptimo día, crearás una música tan maravillosamente bella que yo te recompensaré con otro séptimo día y una mañera de mirarte que será inconfundible. Pero, por hoy, estate contento. Descansa. Diviértete contemplando al hombre que amo. Y no soy fácil de complacer, pues me ha costado veinte años encontrarte. Tenemos una debilidad por los fantasmas; tan pronto como vemos pasar a nuestro lado una nueva perfección, salimos tras ella, olvidando el almuerzo o la cena.

Durmamos un poco, gozosamente, mientras estás en Evaux. Me acusarás de cantarte canciones de cuna. Pero eso es porque creo que los dos hemos abandonado «la dirección de los recelos».

Te beso suavemente en los ojos, cuya mirada me hizo llorar cuando te dejé. Siento que tu mirada penetra toda mi vida. En todas partes veo tu imagen. Solamente.

31 de agosto de 1933

Hugo se va a Ginebra y la primera noche no envío a buscar a Henry. Ahora me parece que mi Padre lo sabrá, lo sentirá. Toda mi atención está fija en escribirle cartas cada día, cartas de amor que cubran e iluminen su enfermedad, sus días grises, su soledad. Estoy obsesionada con él. Me gustaría verter sobre él el amor que le di a Henry, aun cuando sé que no es el mismo amor. Busco nuevas palabras, nuevas regiones y nuevos sentimientos. Es tan diáfanamente diferente.

4 de septiembre de 1933

Cada día crece la distancia que me separa de Henry, causada por su gran falta de comprensión. No comprendió a June, y a mí me comprende a ráfagas. No comprende a Lowenfels ni a sí mismo. Vive constantemente en un mundo deformado. Inspiraciones, creaciones, invenciones, mentiras, demencia.

La tarde con él en casa de Lowenfels me aburrió, no me dio nada, me dejó con las manos vacías y terriblemente desilusionada.

Miré a la esposa de Lowenfels y pensé: si Henry la amara, no me importaría. Ahora no piensa en ella, pero ella lo desea, lo cual significa que puede tenerlo más adelante (si yo lo abandonara), por ser él tan débil, tan complaciente. Estaba erizada, celosa de mí. Me sentí cansada. Me gustó ella, su tipo, su atrevimiento, su carácter dominante. Demasiado cansada para hacer nada, salvo escribir a Henry.

Veo en mi Padre la imagen de mis años de espera, de mis años solitarios, una imagen severa de soledad, aliviada por el entendimiento de la sangre. Padre, el creador, tuvo que dar nacimiento a la mujer a quien habría de entregar su alma, y sólo podía ofrecer su alma a su propia imagen, o a su reflejo, a la niña nacida de él.

Contesta a mi carta: No intento siquiera contestar a tu carta, tan hermosa y conmovedora, de esta mañana. Dudo mucho que posea todos los tesoros que tu amor me atribuye. Pero, si no soy como me ves, sí que es cierto que toda mi vida he querido ser algo muy parecido, una aproximación. Si, durante toda mi vida, mediante un esfuerzo sobrehumano y constante, sin miedo y sin arredrarme, he luchado contra todo y contra todos, si he modelado mi alma, cincelado mi espíritu, sublimado mi corazón y armonizado todas las vibraciones de mi ser, era éste el oscuro propósito que he perseguido, sin apenas atreverme a confesármelo. Pero, después de cada etapa, me decía: ¿por qué este esfuerzo y para quién? Porque la gente que me rodeaba, extrañamente,

no sabía leer mis propósitos, mis intenciones ni mis deseos; todo se malinterpretaba o malentendía. Sufrí horriblemente, sin que en ningún instante se me ocurriera elegir otro camino. Una fuerza secreta me alentó y me guió, y también mi innata necesidad de belleza, de orden, de ritmo, de amor y poesía. Mi vida, dolorosa por el esfuerzo sostenido que exigía, era hermosa por esa misma razón.

Sin embargo, ¿por qué y para quién? Y los años pasaron, pacíficos o trágicos, luminosos o pálidos, breves o agonizantemente largos, sin que en ningún instante me desviara de mi voluntad de elevarme y expansionarme, ensanchando el círculo que me rodeaba, pero encontrándome cada día más solitario. ¿Estaba solo? No. En verdad, llevaba conmigo un mundo de maravillas, más rico, más numeroso y más diverso que todas las muchedumbres humanas y, ciertamente, más auténtico. Luego, de súbito, inesperadamente, viniste hasta mí y, gracias al amor, adivinaste todo esto, lo aprehendiste todo, entendiste todo, hasta lo más profundo de mi ser. Cada fibra mía resonó a tu llamada y exhaló su música; cada fibra, incluso aquellas que pensé que estaban para siempre dormidas. ¿Un milagro? No. Tenía que suceder así. El «por qué» y el «para quién» habían encontrado su respuesta. Alguien entendió la más hermosa parte de mi registro musical, aquel que nunca fue compuesto ni escrito: mi sinfonía, la sinfonía de mi alma completa. Y, de pronto, todos los sufrimientos, todas las fealdades, todas las decepciones, se desvanecieron, transformados en belleza generosa y viva. Todo está corregido, todo recompensado, todo iluminado; e incluso la muerte, al final de la carrera, quedará ennoblecida. Gracias, querida Anaïs.

A pesar del tono bromista de Padre, me estremecí. Lo miré con miedo. Temí ver una cara de anciano, pero no, no, parece más joven que Henry. Henry, después de nuestras orgías, parece destrozado, con las ojeras hinchadas. Padre, no. Arrugas únicamente, una arruga de ansiedad entre los ojos. Unas pocas arrugas en la frente, pero su cuerpo es hermoso, muy hermoso, con una piel de mujer, y los poderosos músculos ocultos, que sólo muestra cuando quiere, y el brillo indomable. No, no, no puede hacerse viejo ante mis ojos.

Cuando llegué a Valescure vino a buscarme solo, pero era imposible leer en su rostro cuáles eran sus sentimientos. Siempre la máscara impenetrable, la frialdad. A veces los ojos mostraban una mirada tierna, parpadeante. Y en el momento de amar, la cara se exalta, se transforma completamente, femenina, jubilosa (aunque nunca se distorsiona) por el erotismo, una alegría luminosa, de éxtasis, la boca abierta.

Sólo después supe que no pudo dormir la noche anterior y que tampoco pudo dormir la noche anterior a nuestra salida para Evaux-les-Bains.

En el coche me acarició ligeramente, pero nos frenaba la idea de ver pronto a Maruca. Maruca, tan rolliza y bien hecha, una tanagra, una tanagra con cara de muchacho, la nariz respingona, vocecilla de niña, directa y franca. Me gustó inmediatamente, ¡como un hermano! Me recordó a Thorvald. Los mismos gestos, rápidos y resueltos, la misma sencillez. Es afectuosa y yo lo fui con ella.

Me lleva a mi habitación. Nos sentimos un poco intimidadas. Mira cómo me quito el sombrero, no con mirada crítica, como hacen las mujeres, sino con curiosidad afectuosa, contemplando en qué se ha convertido la niña que conoció en Arcachon y que durmió en su cama.

Le doy el perfume que he traído, con la esperanza de que me quiera. Nos sentamos los tres en la habitación de ellos y hablamos.

Cuando vuelvo a mi cuarto para coger una foto, Padre me sigue y permanecemos pegados el uno al otro, sin atrevernos a besarnos, sólo cuerpo con cuerpo. Y Toby, sí, Toby, siente mi presencia y se despierta. Toby, que levanta su cabeza cuando le hablo. Así que Padre tiene que esperar a que se calme la agitación de Toby.

Mientras Padre duerme, Maruca y yo charlamos. Expansiva, natural, femenina.

Maruca, Delia y yo estamos en la habitación de Padre. Maruca y yo hacemos sus maletas. El va marcando los mapas de carreteras. Dice: «Esta noche no podré dormir». Yo contesto: «¡*Papito*[29], no te parezcas a tu hija!».

Delia, que, cuando él le habló de la primera visita que me hizo, le dijo «Va a enamorarse de su hija, tenga cuidado», me está mirando. Tiene los ojos brillantes y, bajo su aspecto de mujer de cincuenta años, se adivina la niña que lleva dentro. Esta tarde me parece que todas las mujeres son jóvenes e inocentes, que sólo yo cargo con una pasión cuyo rostro debe de parecerles monstruoso, que se me nota en la cara y se interpone entre Maruca y Padre de modo manifiesto.

Duermo con las piernas separadas, deseando a Padre.

Por la mañana Maruca me dice: «Te daré una manta para que tu padre pueda echarse una siesta sobre la hierba después del almuerzo. Oblígale a que se eche, Anaïs; necesita reposo».

Siesta después del almuerzo en la habitación del hotel, en St. Canna. Calor. Hambre e impaciencia. Está como un acero brillante y ardiente.

Noche en Alès. Reímos porque hay una feria ruidosa bajo nuestras ventanas. Oímos la *Habanera.* Intensidad. Inmensa intensidad interior.

Por la mañana, él me prepara el baño.

Habla de temas generales. Después, se refiere más directamente a Henry y, por un instante, me pregunto si está celoso. Pero sus celos nunca hacen que sea injusto.

—¿No soy yo suficiente? —pregunta.

Miro sus dos aspectos: uno de severidad y otro de súbita ternura. Hermoso cuando se sienta maravillado por lo que nos ha sucedido. Totalmente maravillado. Luego, es joven, tan joven. Y ambos soñamos con ojos claros, exaltados, visionarios.

El orgullo lo mantiene callado. Hay veces en que escucha con una máscara impenetrable. Horas después, o días más tarde, todavía se acuerda: «No te lo dije al principio, pero sentí escalofríos cuando me contaste el episodio de la flagelación. A cuántos peligros te has expuesto».

O, después de hablar un poco del horóscopo, me dice de pronto: «La astrología ha trastornado mi idea sobre el destino. Me hace creer en las fuerzas cósmicas».

En Issoire, voy a su pequeña habitación. Está a oscuras. Dice, como Henry: «Siempre estás húmeda; pronto me harás *cocu*». En la oscuridad, me habla de su correspondencia con Seriex, el pintor. Siempre en un tono de humor fantástico.

En la enorme habitación del hotel de Alès, cuando se sentó en el borde de la cama para quitarse los calcetines, descubrí la belleza de sus pies. Pequeños y finos, tan delicados como los de una mujer.

[29] En español en el original. (N. del T.)

Una tarde, sentada junto a él mientras leía, sentí la dulce liberación de mis sentimientos sensuales. Era la primera vez que me compadecía de él desde que establecimos nuestro vínculo sensual, porque hasta entonces yo estaba sometida. Mi amor era sometimiento, sumisión, con una mezcla de temor y alegría. Un impulso frenado por misteriosos obstáculos. Algún defecto en mi confianza. Y ahora me acercaba a él voluntariamente. Poco a poco, con aquella ternura que por sí sola da audacia a mi amor.

Padre me producía respeto. Cuando vi sus pies se convirtió en un ser humano. Cuando lo vi sudando en Evaux, me gustó enjugarle la cara. La perfección posee una incandescencia diamantina que aterroriza. Henry tenía ese miedo de mí.

Intimidad. En Evaux busqué la intimidad con este hombre que nunca se ha entregado por miedo al dolor y por orgullo.

Cada noche lo amé por distintas razones. Su fantástico ingenio. Su modo alegre de narrar historias, sus improvisaciones.

Despertó mi conciencia racial. Recuerdo que una vez le dije a Eduardo: «Para amar, ningún idioma me llega tan hondo como el español. Sin embargo, nunca he oído palabras de amor en español».

Cuando Padre dice *«Ven, ven, mi alma»* o *«¿Me quieres de amor?»*, las raíces, las raíces de mi sangre se estremecen. Mi sangre tiembla. *«¡Ven, ven!»*[30].

En el centro de la confianza, la sabiduría, la sabiduría de sus años. Me río. No tengo nada, salvo confianza. De él sólo temo su sentido crítico, frío, letal. Lo mejor de mi amor por Henry era, por ambas partes, la confianza y la falta de sentido crítico.

En nuestra última noche, poco después de nuestra unión, la tristeza, como un velo, cubre su cara. Una tristeza súbita y absoluta. Lo miro, y yo, que lo veo con los tentáculos de mi propio conocimiento, sé que, bajo la superficie de este hombre, hay misterios, profundidades insondables, regiones desconocidas que se extienden hasta el infinito. Inaprensibles. Miro su tristeza. La conozco. Es la conciencia inmediata, instantánea de lo que está ocurriendo y que, con tanta frecuencia, envenena mi contento.

La llama sensual. Anhelo una noche con Henry. Una noche entera. Y hago trampas para conseguir esa noche.

En Clichy, leo sus últimas páginas. Henry dice: «Empleas todos tus superlativos con estas páginas. ¿Qué te va a quedar para mi próximo libro?». Pero no espera mi respuesta. Me besa.

—Hazlo durar —le digo.

Pero nos excitamos tanto que es imposible. Y caemos dormidos juntos. Toda la noche siento su cuerpo cercano. No dormimos bien, pero es una gloria estar allí. No estoy cansada. Por la mañana, bien temprano, atravieso toda la ciudad corriendo para estar en Louveciennes a tiempo del desayuno de Hugo.

[30] Las frases en cursiva aparecen en español en el original. La frase «¿Me quieres de amor?» más parece español del siglo XV o español indoamericano actual. Supongo que esto se debe al origen cubano del señor Nin. (N. del T.)

Hugo se siente muy contento porque le dejé una nota prendida con un alfiler en la almohada: «Hubiera preferido quedarme contigo. Siento haber prometido que iría hoy. Buenas noches».

Corro a mi máquina de escribir y escribo a Padre.

Bailo.

Viene Eduardo. No estoy cansada. Paseamos juntos. Nos sentamos en la muralla del foso del castillo. Como niños extasiados, puros, jugando ilusionados.

—¿Ves esas bayas blancas? Deberías tener los ojos como ellas —dice Eduardo.

—Pero esas bayas tienen flores. Si yo tuviera los ojos así, con flores, vendrías y las cortarías, y cuando Hugo volviera a casa, preguntaría: «¿Quién le ha cortado los ojos a mi esposa?».

Allendy, Eduardo, Henry, todos comentan lo bien y saludable que se me ve. Esta mañana, al amanecer, Henry me miró extrañado: «No pareces una persona que no ha dormido en toda la noche».

Nunca me he sentido tan bien. Oh, Dios, es increíble. Tan fuerte. Escribo a máquina durante horas. A este paso, en una semana, habré copiado diez volúmenes. Intento acabar las copias para poder guardar bajo llave los diarios, para siempre.

Días culminantes.

Sensual, creativa. Siento la llama del sexo, la llama de mi mente, las llamas de mi sueño. Una vida como una hoguera. Poder. Pensamientos aleteando en el aire, cortando el aire con alas de acero. Deseo flotante al ritmo de las algas. Sueños y fantasías como remolinos de viento, y risas.

—Eduardo, querido, lo hemos intentado todo. Tengamos ahora una relación homosexual.

Lo que hay en su mente: Sólo un hombre como el padre de ella, cuyo horóscopo dice que es un sensualista ardoroso, podría satisfacerla.

Durante la *nuit blanche* pienso: Henry, mi amor, ahora sé amarte mejor porque no puedes hacerme daño. Sé amarte con más alegría. Más despreocupadamente. Puedo resistir espacio, distancia y traiciones. Sólo el mejor, el mejor y el más fuerte. Henry, mi amor, vagabundo, artista, infiel, que me has amado tan bien y tanto. Créeme, nada ha cambiado en mí hacia ti, excepto mi coraje. Mi cabeza es fuerte, pero, para entrar en el amor, necesito milagros, los milagros del exceso, al rojo vivo, ¡y dualidad!

Tiéndete aquí, respira en mi cabello, sobre mi cuello. De mí no recibirás ningún daño. Ninguna crítica, ningún juicio. Te llevo en mi seno. Ninguna madre juzga la vida que se agita en su seno. Tú, que escribiste aquellas palabras: «Mediante algún accidente insondable, te encuentras fuera de las paredes del útero y nunca puedes regresar, nunca, por más que reduzcas tu tamaño. Has sido expulsado, estás fuera, y tu equipaje te sigue al poco, una bolsita sanguinolenta que contiene cosas sin importancia. Y te sientas en el umbral del seno de tu madre».

9 de septiembre de 1933

A Henry: Anoche me quedó pendiente algo de poca importancia, después de leer que piensas que June se sacrificó por ti al confiarme tu cuidado. Henry, ¿crees realmente que yo, por ejemplo,

dejaría de cuidarte y te confiaría al cuidado de otra mujer, mientras me quedaran fuerzas para hacerlo y mientras te amara? ¿Y por qué June dejó de cuidarte antes de que yo apareciera?

Padre acostumbraba a llamarme, en broma, *«petite poire»*, «ingenua», «prima» en argot. Sí, a veces la gente cree que hago el primo con Henry, por su inocencia y candor fingidos, por su irresponsabilidad. Lo que él confiesa, yo se lo perdono. Y lo que pide que se le perdone, yo lo olvido. Puedo hacer el primo con Henry como él, todavía, hace el primo con June. Nuestra confianza es a prueba de fuego y agua.

Su tristeza por mi marcha, cuando me vaya a Valescure en octubre, en lugar de pasar un mes con él, tal como habíamos planeado desde hace un año, es auténtica, sólo atribuible a su amor. Sin embargo, por amor es incapaz de gastar menos dinero en discos cuando ve que estoy en las últimas. Su pasión por la música me parece maravillosa e inmediatamente me parece correcto lo que hace. Sus notas están bien encuadernadas, mientras que yo no puedo pagar a la copista para que pase mis diarios a Bradley. A pesar de todo esto, su trabajo da gloria, su trabajo es más importante que el mío. Estoy absolutamente segura de su genio. Cuando leemos aquellas páginas, su perfección rebasa cualquier cosa. Todo lo demás pierde importancia. También los discos las alimentan, como las películas y los cafés.

Y de este modo todo queda absorbido por su trabajo, que justifica mil veces al hombre.

10 de septiembre de 1933

Sueño: Estoy en un tren. Mis diarios están en la maleta negra. Recorro los vagones. Viene Hugo y me dice que la maleta con los diarios ha desaparecido. Ansiedad terrible. Oigo decir que un hombre ha quemado mis diarios. Me pongo furiosa, dolida por la gran injusticia. Pido que se lleve la maleta a los tribunales; el hombre que ha quemado los diarios está allí. Se parece a Joaquín. Espero que el abogado que me defiende y los jueces vean inmediatamente que este hombre ha cometido un gravísimo delito, que no tenía derecho a quemar mis diarios. Pero los abogados no hablan. Los jueces parecen apáticos. Nadie dice nada. Tengo la sensación de que el mundo está en mi contra, que debo hacer mi propia defensa. Me levanto y pronuncio un discurso elocuente y apasionado: «En esos diarios pueden ver que fui educada en el catolicismo español, que mis actos posteriores no fueron pecaminosos, sólo una lucha para reaccionar contra mi prisión». Hablo y hablo. Me doy cuenta de que todo el mundo reconoce mi elocuencia, pero nadie dice nada. Uno de los jueces me interrumpe para corregir mi lenguaje. Digo: «Naturalmente que sé muy bien que no puedo hablar un francés jurídico puro. Le ruego que perdone las inexactitudes». Pero esto no impide que continúe con mi apasionada defensa y acusación. Pero todo el mundo permanece inerte. Mi gran desesperación termina por despertarme.

Sueño la misma noche: Henry me dice: «Sabes que un escritor lo necesita; esta semana he ido con cinco putas y con una mujer que no es puta; era más bien brillante, parecida a ti». Me lo dice con un gesto malicioso, como hace a veces cuando se confiesa. «Tengo deudas, porque he comprado más discos.» Desesperada, empiezo a sollozar. Me pongo las manos en las sienes y grito: «Oh, dame drogas, por favor, dame drogas. No puedo resistir esto».

14 de septiembre de 1933

Henry, en contestación a mi nota sobre June, me dijo: «Tienes toda la maldita razón. Pero tengo que engañarme para escribir mi historia. Es la historia de un loco que, además, está ciego».

Hugo dice que hago cosas para escudriñar en la cabeza de la gente. Demasiado complicado, dice bromeando. Proporciono a mis enemigos los instrumentos con los cuales pueden atacarme después, por mis excesivos escrúpulos con respecto a mí misma, como mis bromas sobre mis celos o mi aceptación ante su hermana de los errores cometidos con Hugh y Eduardo. Nadie se pone a merced de los demás como yo lo hago. Nadie es tan sincero como yo cuando admito que soy una embustera. Pero cuando los demás emplean mis confesiones contra mí, a mis ojos ya están perdidos.

Maruca me llevó a casa de Padre. Vi allí una fotografía suya, de cuando tenía treinta y cuatro años. Me enamoré de esta imagen por su fuerza interior. El rostro antes de que el QUIERO se afirmara. El rostro de su éxtasis, de su momento amoroso.

Me aturdió y me entristeció.

He colocado la fotografía sobre mi escritorio. Es un rostro que sólo veo cuando está en mis brazos, la *mujer* que tanto me sobrecogió en Valescure.

Y luego me di cuenta de que me estaba enamorando de un reflejo, de una sombra, de un rostro que se está desvaneciendo, y me invadió todo el horror del envejecimiento de Padre y sentí escalofríos. Su edad. Y sentí nostalgia de un rostro, de una suavidad que ha pasado, del cual sólo capto su reflejo en el momento de acariciarnos. Mi padre era, a los treinta y cuatro años, el amante de mis sueños. Hoy veo su cristalización y la amo, pero también la odio; la amo como se ama la sabiduría. Odio su cercanía a la muerte, como odio el desapego de Allendy, la saciedad de experiencias de Henry. ¡Soy siempre demasiado joven!

Lo que me hace capaz de dar a Henry la indulgencia, la libertad y la indiferencia que necesita son mis propias infidelidades. Si soy la única entre sus amigas y amantes que no espera desesperada un retrato justo de ella misma, es ¡porque sé que puedo hacer mi retrato mejor que el mismo Henry! Lo que hace que yo sea la compañera adecuada de Henry es que puedo reírme de él ahora que no dependo de él humanamente. Y así sé estar a la altura de sus payasadas y conservar mi buen humor. Estoy empezando a querer herirlo. Estoy contenta de haber herido a Eduardo. Y estoy contenta de saber que puedo herir a Henry en cualquier momento.

Lowenfels está dolido por el retrato que Henry ha hecho de él. Cuando lo alaba, es falso; cuando lo caricaturiza, también es falso. Henry está verdaderamente loco, de un modo intenso.

Esta noche voy a castigarlo por su costumbre de deformarme delante de sus amigos, como hizo con June. No sabe ser sincero ni admitir admiración o amor cuando está comido por los celos. Siente celos porque Lowenfels me admira, así que finge que no me admira. No voy a aparecer por Clichy como le había prometido. Y quiero gozar con esto; quiero empezar a torturar a Henry. Le escribe a Lowenfels: «Una copia al carbón para mi patrona» (es decir, yo). Luego me explica: «Y

esa línea dura y cruel acerca de mi "patrona" está escrita a propósito. De otra forma, habría caído en sus garras». Lo cual significa*: Sin eso, Lowenfels sabría que yo te amo y me habría atormentado. De esta manera, aparento que no me importa.*

Aunque lo entiendo, quiero que Henry sufra un poco.

17 de septiembre de 1933

Me lo pasé bien. Anoche, a las nueve, pensé: ahora Henry empieza a impacientarse. Y a las diez: ahora Henry estará un poco preocupado.

Hoy me dio la risa. Ya no estoy enfadada. No sé de dónde he sacado este fondo inagotable de tolerancia con Henry. Creo que está un poco loco. Escribe páginas grandiosas. Siempre hará las cosas más inexplicables, más estúpidas, más bajas, más vulgares y más innobles. Vive para negar la lógica, la nobleza, la moral, lo humano. Y me río. Qué tontería, Dios mío. Qué niño tan perverso y tan irresponsable. Es sólo divertido, errático, contradictorio. Tiene que decir lo contrario de lo que siente y piensa. Es simple terquedad. No vale la pena enfadarse por eso. Sólo tonterías. Mi pobre Henry. ¿Por qué no puedo enfadarme con él más de un día?

Telefonea.

—¿Qué ha ocurrido, Anaïs? He estado preocupado.

—Nada. Salí con otro.

—No entiendo.

Nunca se imagina que haya podido estar enfadada.

—¿Puedo ir para que me castigues? —me pregunta.

Lo esperé regocijada. Sabía que no estaba enfadada, que entendía a Henry demasiado bien para enfadarme, pero me gustaba el juego. Vigilé la llegada de Henry a la casa. Tan pronto como apareció en la puerta, supe que siempre lo perdonaría. Siempre.

Me di cuenta de pronto de que si dejaba de creer en mi Henry, se encontraría perdido, no podría encontrarse más a sí mismo, no sabría dónde estaba. Ahora cuenta con mi confianza. Si digo que sus afirmaciones crueles son tonterías, si no me dejo engañar por sus mentiras, seguirá entero. El recelo de los demás es lo que lo hace tan terco.

—¿Te has burlado de mí? —volvió a preguntarme, ahora seriamente. Sonreí, e insistió—: ¿Saliste anoche?

No le contesté. Hicimos el amor. Después de las caricias, le dije: «No me burlé de ti anoche». Y eso fue todo.

Aquí casi perdí mi deseo de hacer sufrir a Henry. Es verdad que siempre es honesto. Me cuenta todo. Pero ¿no es ésa otra manera de hacer daño también?

Realmente me es imposible atormentar a Henry. Es como aliarme con el mundo contra mi propia carne y mi propia sangre. No puedo ponerme contra él porque me siento muy cerca de él, terriblemente cerca. Hoy, por jugar, fui más dura que nunca, pero no obtuve ninguna alegría. Siempre estoy a su lado, *con él*, contra el mundo. Me río con él, incluso si es en contra mía.

19 de septiembre de 1933

Henry rebosa de ideas con un júbilo enloquecido, ideas burlonas, grotescas; su modo de comprender a la gente se parece a las figuras de los africanos primitivos, deformidades de la imaginación para imitar el sentimiento, no el objeto, para conseguir la visión interna de la persona, no la observación de la realidad, igual que hago yo, que trato siempre de llegar a lo más hondo de Henry, a través y más allá de la realidad.

El estímulo tramposo de lo nuevo. Lowenfels no dice nada nuevo, nada que Henry no haya leído u oído ya de Fraenkel o de mí, pero es la experiencia con un hombre. Me río para mis adentros de las banalidades de Lowenfels. Siempre que Henry anuncia «Lowenfels dijo algo bueno», espero y no hay nada nuevo. Pero para Henry sí. Y pretendo ahora justificar a Henry. Lowenfels es un charlatán. Pero no importa. Henry se alimenta de cualquier cosa. Hasta de las sobras de la basura. Pero luego es el productor, el generador, el inventor. Es realmente, la mayor parte del tiempo, el hombre más solitario del mundo.

La cuestión estriba en saber si, para ser lo que hoy es Henry, mi amor le ha dado más fuerzas que irritación, guerra y dolor. Necesitaba lo que le he dado y lo que June le dio. Cada una con su karma, bien lleno, bien representado, plenamente realizado. Ojalá sea yo tan fecunda en mi papel como June lo fue en el suyo.

Bradley es un sádico literario. Goza con las sátiras, las críticas malhumoradas, las atrocidades.

—Henry —dice— no aparece como un personaje. El perfil de su trazado y escritura es excesivo, superintenso, exagerado, inhumano...

Se lo discuto.

—No puede negarse que hay una gran afinidad literaria entre tú y Miller. Tu escritura es la contrapartida femenina de la suya. Pero tenéis las mismas virtudes y los mismos defectos. También él posee elementos maravillosos que no encuentra manera de expresar. Estás absolutamente en el camino equivocado, el romanticismo, los simbolistas. Algunas de estas páginas podrían ser de 1840.

Pero ahora llega su verdadera queja. La esperaba, la había adivinado, aunque, por un momento, mientras hablábamos, la perdí de vista. Incluso le había dicho a Henry cómo se sentiría Bradley.

—Por supuesto —me dice—, el problema es que conozco a Miller. Habría sido mejor que no lo conociera, porque comparo continuamente tu retrato, y no estoy de acuerdo con él. Creo que lo supervaloras, que te lo has inventado.

Sin embargo, los ataques despreciables y mezquinos de Bradley despiertan mi espíritu de lucha. ¡No puedo perdonarle la efectividad de sus condenas injustas, estrechas y literales! ¡Pero voy a

trabajar con furia vengativa contra todo el mundo! ¡Para demostrarles que soy una escritora que tiene derecho a escribir sobre dos escritores!

Mi atracción por Artaud, tan enfermizo e impotente.

En estos días, cuando mi cuerpo ha gozado de mejor salud, me han invadido los pensamientos más mórbidos y me he complacido y solazado con ellos. Me he convertido en una experta en detectar las señales de los celos en los demás. El más imperceptible temblor de un párpado, la sombra fugaz de una pupila, un punto de luz, todo esto lo capto inmediatamente en el rostro más inexpresivo. En una habitación donde no veo todo lo que ocurre, siento cosas e interpreto la palabra más breve, más ligera, como reveladora del deseo inconsciente.

Mi afición a asomarme a un balcón que da a dos calles. Casas en una esquina, sentimiento de dualidad, dos calles separadas, partición y alegría, como si sólo entonces conociera la totalidad. Hace tiempo, vi en un sueño un balcón parecido que pertenecía a Proust. Da la casualidad de que Bradley tiene uno, y su habitación, la habitación de mi sueño, también tiene las paredes cubiertas de libros. Una profecía.

Estoy sobrecargada de sueños y melancolía. No quiero ir a Valescure. No me entiendo.

¿Viajar? Para viajar, a una le tiene que gustar el cielo, el campo y enamorarse de las ciudades, pero hay que mantenerse alejada de los individuos. El remedio, el secreto de la felicidad, es eso: amar el universo con sus aspectos cambiantes, sus maravillosas antítesis y sus analogías aún más maravillosas. El mundo exterior se convierte así en una fuente inalterable de alegría, y es tanto más perfecto cuanto más somos su único espejo; el aturdimiento y las heridas sólo provienen de los seres humanos.

—No es el Olimpo, sino sólo Montparnasse —dice Bradley—. Tiendes a ennoblecer y embellecer todo.

Está completamente equivocado. Somos más grandes que Montparnasse por nuestra visión de nosotros mismos, de las cosas, de los niveles. Si soy culpable de exageración, también es cierto que puedo ir a Montparnasse y experimentar cosas que nadie podría. Y Henry no es Montparnasse, Henry no es Drake [Lawrence], ni Farrant, los drogadictos, ni Titus* [Edward], ni el perro de Titus, ni los fracasos, ni los pequeños artistas que hablan solos para convencerse de que viven.

Quiero rendirme, ceder al ímpetu de mi sueño, como en una corriente, una fluidez psíquica sin pensamiento. Mi mente era sólo para los *otros*, una garantía para ellos. Dejemos que se hunda.

Estoy contra mi Padre porque es todo mente y razón.

Quiero vivir sola en habitaciones de hoteles desconocidos.

Perder mi identidad.

Mi memoria.

Mi hogar, mi esposo y mis amantes.

21 de septiembre de 1933

—¿Es eso todo lo que vas a enseñarme? —pregunta Bradley.

—Eso es todo lo que hay de esta historia —contesto.

—Entonces, ¿qué te ha estado copiando Mademoiselle R. durante todo este tiempo? ¿Por qué no puedo verlo?

—Eso pertenece a otros temas. No a June y Henry.

Es curioso. ¿Curioso de qué? ¿No de literatura?

Clichy. Henry. En el tren, leí sus últimas páginas, sobre China, sobre la sastrería, sobre un paseo en bicicleta, y las encuentro sonoras, suaves, inspiradas. Borran mi enfado por las banderillas de Bradley. Pero, cuando vi a Henry, le leí todo lo que yo había escrito, y nos reímos juntos, le arrancamos el cuero cabelludo a Bradley, lo hervimos y lo estofamos. Henry acertó en señalar la verdadera causa de mi furia: «Bradley es afeminado, lucha como una mujer, con pequeñas trampas; y éstas, como las insinuaciones taimadas y las burlas mezquinas de Eduardo, tienen la virtud de que me sienta como un hombre enorme y apoplético, incapaz de matar una mosca».

Henry me pidió diez francos y salió a comprar Benedictine. Reí histéricamente. Nuestros estados de ánimo obraron otra vez como el vino y la droga, como una sobredosis. Fuerza, sarcasmo y humor.

Pegado a la puerta del retrete de Henry había un papel con su nombre y dirección cuidadosamente impresos.

—¿Temes olvidar tu nombre, quién eres? —le pregunté.

—Me inspiras ideas —dijo Henry.

Henry no le enseñó a Bradley una carta violenta que le escribió en defensa de los diarios dos y tres [de la infancia], porque le pedí que no lo hiciera. Dice: «Me pediste que no lo hiciera», y obedece. Pero, como un niño que goza haciendo travesuras, algunas veces le gusta gastarme bromas con Fred y Rudolf Bachman*. Y me río complacida, porque estoy segura de que lo hace para divertirse. Y, cuando actúa como un insensato, destructivamente, casi siempre puedo encontrar la razón en sus celos.

Me amoldo a mi estado de ánimo somnoliento, cedo al influjo de vagos sueños, acepto la relajación de la voluntad y el razonamiento. Me fundo con el mundo.

Ha dejado de interesarme la piedad. Ya no intento corregir las cosas. Cuando Henry Hunt me contaba ayer las dificultades de su vida con Louise, no sentí piedad ni deseo desesperado alguno de echar su carga sobre mis hombros. Sentí curiosidad, interés, pero sin conmoverme. Le ofrecí comprensión y ayuda, pero sin sentimientos. No voy a intentar curar a Louise. Me complacen los inconvenientes que sufren. Me complacen los oscuros conflictos. Me siento distanciada y diabólicamente divertida. No siento la necesidad humana de mejorar y armonizar, de aliviar el dolor. Algo dentro de mí se ha endurecido con la indiferencia del artista, la indiferencia de la que

escribe Henry. Dejo que siga el espectáculo, que el drama siga su curso. Dejo que ocurran los accidentes. Desde que no tengo piedad por mí misma, porque soy más fuerte, siento menos piedad por los demás, lo cual prueba que he estado todo el tiempo compadeciéndome de mí misma en los demás. Una crueldad novedosa. Cuando Henry se va, no estoy agotada. Continúo tranquilamente con mi trabajo.

Sirvo para entender y explicar a los demás. No sirvo para explicarme a mí misma. Me pierdo en el camino. En esto, cualquier revelación es autorrevelación esporádica, no racionalización. Calla, razón. Deja que los actos y los sentimientos hablen por ellos mismos.

Domingo por la tarde

Qué cómico sería que Padre y yo estuviéramos casados. No podría engañarme ni yo a él. Pero pareceríamos inocentes. ¡No sé qué mentiras quedarían por inventar! Llegaría a casa y me diría, como le dijo una vez a Maruca cuando le preguntó dónde había estado: «Pero cómo, vengo de estar en los brazos de una rubia estupenda». Y Maruca se echó a reír, incrédula, cuando aquello era como una de mis divertidas confesiones que nadie se toma en serio, como cuando le dije a Ana María: «Probablemente Hugh no te ha invitado a montar a caballo porque su esposa está celosa y se lo ha prohibido». (Lo cual era verdad, pero Ana María se rió porque no se lo creía.) Pero dudo que Padre y yo nos riéramos tan sinceramente como debiéramos. ¡No le gustaría que emplearan con él sus propios trucos!

Sospecho que Padre hace el amor con Jeanne mientras yo me acuesto con Henry. Los dos deseamos siempre poner fin a nuestras carreras amorosas —un fin ideal, ¡un sueño de fidelidad!—. Pero es sólo humo.

¿Quién de los dos será el primero en admitir la verdad?

¡Se necesita mucho valor para admitir semejantes verdades, porque uno teme la venganza!

Tan pronto como uno es fuerte, acepta las consecuencias. Nadie se compadece de los valientes y fuertes. La gente los combate. (June nunca mereció compasión.) Hoy soy más fuerte. Por lo tanto seré tratada con menos amabilidad.

25 de septiembre de 1933

Mi rebeldía contra Padre, mi súbita afirmación de independencia, va dirigida contra su influencia restrictiva. (Me opuse a Allendy por el mismo motivo.) Mi Padre ha empleado con demasiada frecuencia el «no hagas» y el «mejor sería». Excesivamente. Enseguida me resisto. Estoy en el período afirmativo de mi vida. La independencia es más fuerte que mi amor. Que las cadenas del amor.

Henry ha trazado y escrito el plan cósmico de sus novelas, un plan conmovedor, filosófico, metafísico, inspirado en la astrología. Está animado por el orden y la organización. Lo encuentro severamente vestido: camisa blanca, traje formal que le ha enviado su padre (uno que se puso un

día que quisimos darnos aires aristocráticos), ¡y se ha cortado los pelos de la nariz! Parece sobrio, frágil, espiritual, noble. Y tierno. Ha observado que nunca en su vida había escrito más y mejor.

—Es desde que estoy contigo —dice con una gratitud amplia y amable—. Escribo sobre violencia y odio. A pesar de eso, soy el hombre más feliz de la Tierra. Me siento siempre alegre.

—Soy tu amortiguador de golpes —le digo.

La virulencia de Bradley ha tenido el efecto de acentuar mi conciencia del rasgo de *anotación* que distingue a mi diario. Quizá mis enemigos digan que lo que presento como literatura son anotaciones. Mi vida ha sido una larga serie de anotaciones y el resultado ha sido escribir poco. Le debo a Bradley haberme dado cuenta de esto.

Con qué facilidad se llenan de lágrimas los ojos de Henry, compadeciendo a Lowenfels porque tiene que trabajar. Estas simpatías epidérmicas no me las tomo en serio, no más que algunas de mis propias impresiones fugaces, olvidadas al día siguiente. Henry y yo somos los grandes vibradores *par excellence*. Vibraciones constantes. Mediáticos, fluidos, dóciles, receptivos.

La única diferencia entre el loco y el neurótico es que éste sabe que está enfermo. El neurótico no es necesariamente débil porque quiere. Recuérdese. Es que su aparato vibratorio es demasiado sensible.

Sueño con la palabra *joder* —español para *fuck!*—, que me enseñó Padre.

Por la tarde. El grave problema del dinero, la presión de las deudas desbaratan el plan de irme a Valescure. Entonces me doy cuenta de que no me duele estar sin ver a Padre durante un mes. Le escribo una carta desesperada. Hugh no va a Nueva York. Habría querido libertad. Hubiera visto a Padre durante diez días.

Sin embargo, estaba en contra de Valescure —el Grand Hotel—, con gente todo el día: Maruca, Delia y la madre de Maruca. Cenas en el hotel, el Padre tan formal, todo tan brillante y vacío cuando no estoy a solas con él. Esta noche recuerdo escenas que me torturan, expresiones de su rostro. Qué dolido debe de estar. Sé cómo imagina —igual que yo—, cómo se impacienta, cómo ensaya en su mente todas las futuras escenas. ¡Cuánto se destruye cuando personas como nosotros no pueden materializar sus planes! Porque vivimos en ellos como si fueran sólidas realidades. Nos encerramos en ellos.

Tomo notas mientras copio el diario, pero es como correr detrás de una misma, porque escribo las páginas nuevas con la misma rapidez con que copio las antiguas. ¡Nunca me alcanzaré!

Mientras copio el volumen treinta y tres, imagino lo cruel que sería darle a Henry los cuatro o cinco volúmenes que se refieren a él y a nuestro amor, justo antes de despedirme de él para siempre (digamos, la víspera de mi viaje a la India), para que lo leyera aquella noche, a solas, a sabiendas de que yo me había desvanecido.

Cuando me voy de Louveciennes dejo sobre la cama otra bella nota para Hugh. Vino a casa a medianoche y la nota le permitió dormir pacíficamente. Llegué a la mañana siguiente, a la hora del

desayuno. Y mi buen humor borra todo el daño que puede causarle mi exigencia de libertad. Digo alegremente: «Ya ves lo bueno que es dejar el gato fuera...».

Después de esta noche fuera, estoy contenta.

Con todo, he estado enferma, enferma de pesimismos, obsesiones, susceptibilidades. Continuamente me hiere una cosa u otra, fruslerías que no sé quitarme de encima. Tengo la sensación de que la gente se burla de mí, me ignora, me malentiende. Voy acumulando las pequeñas quejas y olvido toda la admiración, los cumplidos, los triunfos. El enfado por una pequeña ofensa me dura todo el día. Si André [de Vilmorin] se muestra irónico, temo que sea a mi costa. Creo que no hablo bien, que mi ironía sólo aparece en mi escritura. Si Louise olvida ofrecerme un cigarrillo, me ofendo. La hostilidad de Lillian me trastorna. Tengo celos de que Henry escriba tanto sobre Lowenfels cuando he pronosticado que Lowenfels se derrumbará pronto. Entiendo que los personajes secundarios son los que describimos mejor (escribí de June y Louise mejor que Henry). Sufro a causa del trabajo de Henry, que es un continuo recuerdo de escenas con setenta y cinco mujeres (¡y dice que no menciona a las mujeres con quien simplemente se ha acostado!).

Destrozada por estas minucias, voy a Hugh y me siento desalentada, por mí, por mi hipersensibilidad. Me pongo a trabajar. Juro que no volveré a salir de Louveciennes, que me retiraré del mundo, que voy a vivir sola, porque la vida es demasiado difícil, demasiado dolorosa.

André de Vilmorin monologa conmigo sobre la dualidad, su propia dualidad. Lo expresa claramente: «El conflicto sólo surge cuando una mitad asume la responsabilidad de juzgar a la otra mitad. La solución es no proceder desde ningún principio de moralidad, sino desde la sinceridad. La sinceridad con uno mismo...».

Hace años que descubrí esto, pero sólo he vivido así durante unos meses. Una cierta estimación crítica que en otro tiempo me hacía continuamente —una estimación moral o, más exactamente, una estimación hecha para satisfacer mi autoestima— ha muerto. Ahora nunca hago un juicio.

30 de septiembre de 1933

He aprendido a vencer mis momentos de mal humor. Huyo de ellos. *Change d'air*. Esta mañana, cuando me desperté, creí que mi humor trágico me ahogaba. Copié quince páginas y luego telefoneé a Henry. Busqué su risa, su traje blanco de pintor, su buen ánimo. Había estado escribiendo de un modo bastante absurdo sobre la noche con los Lowenfels, con el humor de las palabras esotéricas y extravagantes.

Para mí, que vi la noche fríamente a causa de mis celos, es un milagro lo que Henry ha hecho de ella. (Mis celos están muy claros y definidos: Que Lowenfels sea el poeta en la obra de Henry, cuando soy yo la verdadera poetisa, aún me duele. No puedo dejarme suplantar por una persona sin valor como Lowenfels.) Estoy sentada en el Café du Rond Point, tratando de entender que Lowenfels es una marioneta y Henry necesita apoyarse en algo para escribir. El punto de partida es lo que menos importa.

Un demonio maligno me empujó a copiar el diario bajo la mirada de Hugh. Me arriesgué con el corazón palpitante, aterrorizada cuando tuve que bajar y dejar mi trabajo, pero sintiéndome incapaz de obrar de otra manera. Sentí un júbilo diabólico: Si lo lee, pensé, dejaré que ocurran las cosas. Espero la catástrofe. *Deseo* la catástrofe y la temo. Quiero que las cosas ardan y se desmoronen a mi alrededor. Cada vez que salía de la habitación, miraba a Hugh. Estaba sentado, rodeado de sus libros de astrología. No se moverá, pensaba; está demasiado absorto. Y bajé las escaleras con ansiedad voluptuosa. Volví corriendo. Hugh seguía leyendo tranquilamente.

Pasó el día. Fuimos a dar un paseo a caballo por un bosque cálido y luminoso. Reímos. Volvimos acalorados y sedientos.

Vino la criada nueva. En medio de mi tarea con la máquina de escribir, me llamó para que la ayudara. Estaba yo en la cocina cuando apareció Hugh. «Ven conmigo arriba. Dile a la criada que retrase la cena.» Estaba pálido, convulso. Lo seguí escaleras arriba, hasta el estudio, con una alegría inexplicable. Ha leído. ¿Qué ha leído? ¿Qué pasará ahora? Quiero que me eche de casa.

Hugh se detuvo en medio del estudio.

—Lo sé todo. He leído eso —y señaló al diario abierto donde relato mi encuentro con Henry, durante una hora, en la habitación de un hotel—. Te perdonaré. Pero no me mientas más.

Y se sentó, atormentado, abrumado. Y cuando vi su cara, empecé a mentir con elocuencia.

—Sólo has leído el diario inventado. Todo es invención, para compensar todo lo que no hago. Créeme, soy un monstruo, pero sólo imaginativamente. Cuando quieras, puedes leer el diario *verdadero*. Pregúntale a Allendy. Está al tanto del diario inventado. Me llamaba *la petite fille littéraire.* Necesito escribir estas cosas. Tengo demasiada imaginación erótica y, de esa manera, acabo con ella. Te enseñaré la diferencia que hay entre verdad y literatura. ¿No ves que, si fuera *verdad,* no te hablaría tan tranquilamente? Estaría desesperada. Pero mírame; soy inocente. No podría escribir a tu lado si no fuera inocente...

—Déjame ver el diario verdadero.

—Lo haré, pero hay tantas tonterías en el otro, tantas locuras.

Y le hablé de las páginas del diario sádico, el que de verdad me había inventado. Me burlé de ellas.

—Bradley me criticaba por eso. Decía que lo que escribí sobre June sonaba a verdad y que lo que escribí sobre Henry era literario. Precisamente, para que veas, viví realmente el episodio de June, pero no el de Henry.

Y sigo hablando, sin parar, seriamente, fantaseando. Y dejo para después enseñarle el diario «verdadero». Mi rostro está sereno y triste. Veo que Hugh va recobrando la confianza. Me burlo de la necesidad que tengo de una vida imaginaria.

—Oh, por eso, sí, estoy deseosa de admitirlo. Necesito imaginar un montón de cosas, todas llenas de animación, con mucha actividad. Tengo que ponerlas por escrito. Así quedo satisfecha. Sabes que algunos de los cuentos más eróticos están escritos por hombres castos. Bueno, pues llevo esta vida contigo e incurro en *débauches* al escribir. Nunca tienes tiempo de estar al tanto de lo que hago; de haber podido, te habría enseñado todo esto. Recuerda que varias veces he empezado a explicarte...

Hablo febrilmente. Quiero que recupere la confianza. Mi deseo destructivo se ha disipado, aunque muy dentro me sigue royendo. Destruir esta vida para vivir otra.

Habría necesitado que Hugh se enfadara, pero había dicho: «Te perdonaré». De modo que, aunque supiera la verdad, me perdonaría y permanecería aquí. Aquí, protegida, amada, perdonada. Fue la palabra *perdonar* la que me obligó a mentir, a representar una comedia. Su actitud de persona rota, triste, sin rencor, sin egoísmo. Sufriendo, nada más, como un animal. Y, como un animal, creyendo en mi voz, en el toque de mi mano, en la voz, no en las palabras. Estaba tranquilo, leyendo astrología. El golpe —fue como golpear a un animal— lo había aturdido tanto, había sido tan inhumano, que lo había confundido.

—Te creo, gatito. Te creo. Pero ¿no te hace daño todo esto?

(¡En ningún momento piensa en él!)

El deseo de que arda todo, de arrojarme a las llamas. La sensación de que la vida me hiere, amargamente, que quiero destruirla, retorcerla, quemarla conmigo. Que quiero defenderme y devolver los golpes con tanta fuerza que corte todas las cabezas, que destruya y aplaste toda la perfección, toda la falsa calma, toda la ridícula belleza, todo el barniz superficial de la vida, su constante música burlona, sus colores, sus ropajes, sus escenarios, toda la parafernalia que nos engaña y nos ilusiona, prometiéndonos voluptuosidad y descanso. Odio la guerra, esta guerra que es la vida, y quiero tener la última palabra del horror, un horror tan grande que sea el final. Ah, el final, busco un final, estoy llena de banderillas y bramo y respiro fuego, estoy furiosa de tanta persecución y duelo, de tantas escenas de irónica elegancia. Oh, la ridiculez de nuestras escenas, nuestras guerras de encajes y terciopelo, nocturnas para aprovechar la oscuridad, musicales para exponer el alma desnuda, tan bellas para que vibren las fibras nerviosas y el dolor cale más hondo. Toda la vida, una lenta guerra, y la quiero toda en una hora de horror, pero una hora que tenga un final. Quiero un final, aunque sea el desmoronamiento de las piedras, la calcinación de la carne, la sofocación de los gritos, el final, el final, el final. ¡Clamo a la muerte!

2 de octubre de 1933

¡Qué ironía! Esta histeria me vino con el período, un fenómeno puramente biológico. Hoy me río. Y, al mismo tiempo, me asusto de mi intensidad y obsesión por los celos. Anoche, después de escribir, leí a Hugh la última página y me puse a llorar. Fue muy tierno. Al besarme, se inclinó sobre el diario, donde pudo haber leído mi mentira.

Vino Eduardo. Dedicamos una hora a la astrología. Mencionó algunas fechas y yo las busqué en mis diarios, las fechas de mis obsesiones, neurosis e histerias. Coincidían perfectamente. En determinados días maléficos huyo de las malas influencias mediante el trabajo intenso o la sublimación. (El relato de «Tishnar» lo escribí un día de depresión en Caux.)

Por la tarde. Termino con un suspiro de satisfacción sobre la máquina de escribir. Henry me ha telefoneado. He escrito a Padre. He salido del infierno. Otra vez el sol. He trabajado como un demonio. Treinta páginas copiadas, más que un taquígrafo.

Hugh me dice: «Aquí tienes quinientos francos. Te tienen que durar siete días». (¡Y, de éstos, Henry necesita trescientos!) Como el avestruz, escondo la cabeza bajo la arena. Tengo que dedicarme a mi trabajo. Tengo que hacerlo. No sé cómo ganar dinero. Debo intentarlo por medios

naturales. Me gustaría ser una *cocotte* de gran estilo. Ninguna idea de sacrificio. Sólo la aventura. Pero Henry necesita un traje de invierno y Hugh un quimono de lana.

Allendy dijo que odio al Padre porque lo acuso de mi complejo de culpa. ¡Cargo sobre los demás mi culpa en lugar de destruirme! A eso lo llamo falta de nobleza. No me castigo. Simplemente, me rebelo contra el Padre. Pero esta noche mi odio está muerto. Miré su fotografía de cuando tenía treinta años. Pensé en su estoicismo, en la voluntad con que domina sus caprichos, su caos, su melancolía. Padre y yo damos lo mejor al mundo. Pensé en su fantasía y alegría cuando está más triste. Cómo me he derrumbado este año, exteriorizando mis caprichos, y cómo rechazo este yeso de estoicismo sobre mi cuerpo y mi cara. Quiero gritar, rodar por el suelo, emborracharme. Quiero escapar de mi propia concha. Afuera. Eduardo mencionó, mientras leía mi horóscopo, mi terrible timidez. Pensé que, en casa de Lowenfels, a causa de mi timidez, apenas hablé, ¡y le envidiaba su borrachera! ¡Pensé que mi horóscopo revela un toque de genio o locura! Mi locura son los celos. He de ir con cuidado. Vivir hacia fuera, expansionarme, amar a muchos, evadirme así de la obsesión. En cuanto me acerco demasiado a Henry, me obsesiono con él y los celos. Debo pensar en otros, amar a otros, desparramarme.

Me pregunto: ¿qué profundidad tienen los celos de Padre? Los dos, tan enigmáticos, tan secretos, pero, oh, en el fondo, qué infierno llevamos dentro. ¿Hay dentro de él tanta oscuridad como dentro de mí? ¡Con qué desesperación busca el sol, la belleza y la armonía! Sí, para curarse, para mantener su equilibrio. Huyo de mi infierno. Sin embargo, cómo me ahogó el sábado por la noche, después de un día alegre con Hugh, ¡la astrología, el bosque y el paseo a caballo!

Ahora me lo paso bien con la leyenda de Henry de «Cronstadt», Lowenfels. La ha estado añadiendo. Yo estaba melancólica. Dije: «Estas cosas hacen que me enfade con la literatura, son tan falsas». El personaje de Cronstadt, inspirado en Lowenfels, es inmenso y asombroso. Y veo cada vez más la desproporción entre el personaje y el modelo. Pero Bradley cree que yo he hecho lo mismo con Henry.

Busco refugio en diversiones intelectuales. En este diario «verdadero», que escribiré para Hugh, que me divierte como un tour de force. Si yo muriera y se leyeran los dos, ¿cuál sería yo ? Lo empiezo esta noche.

A Henry: Mi imaginación está toda encendida con ese diario «verdadero» para Hugh. No sabes cómo me gustaría escribirlo todo de golpe. Empecé esta noche. Cinco páginas. Todo arte y astucia. Puede resultar una obra maravillosa de confusión, los dos lados de una misma actitud, y se me hace tan real mientras lo escribo (por ejemplo, la determinación de que nunca me poseas, porque los hombres recuerdan más a la mujer que no han poseído), que creo que si leyeras este diario podría casi convencerte de que nunca me has tenido. Enfrentarse con los dos diarios podría llevar a un hombre a la locura. Me encantaría morirme y contemplar a Hugh leyéndolos.

6 de octubre de 1933

Me siento infernalmente sola. Lo que necesito es alguien que pueda darme lo que doy a Henry: esta atención constante. Leo cada página que escribe, continúo sus lecturas, contesto sus cartas,

lo escucho, recuerdo todo lo que dice, escribo sobre él, le hago regalos, lo protejo, estoy dispuesta en cualquier momento a renunciar a todo por él, sigo sus pensamientos, intervengo en sus planes. Un desvelo apasionado, maternal e intelectual.

El. Él no puede hacer esto. Nadie puede. Nadie sabe *cómo*. Es un arte, un don. Hugh me protege, pero no responde. Henry responde, pero no tiene tiempo para leer lo que escribo. No capta todos mis estados de ánimo ni escribe sobre mí. Padre no puede intervenir en mi obra. Sólo es solícito, como una mujer. Todo lo consigo en fragmentos, de modo incompleto, insuficiente, tentador. Y me quedo sola, y he de volver a mi diario para darme la clase de respuesta que necesito. Tengo que alimentarme yo misma. Tengo amor, pero no es suficiente. La gente no sabe *cómo* amar.

¡Dejo a un lado mis sentimientos! Corro a ponerme mi nuevo y viejo abrigo verde, un viejo abrigo teñido para que parezca nuevo, y me adentro en la amargura del otoño. Camino por calles heladas, ¡buscando en las tiendas la mejor almohada de plumas para Henry! Llego a Clichy y encuentro lo que esperaba, un Henry despeinado y somnoliento. «¿Qué quieres para desayunar? Tocino y huevos. Ahora salgo y te traigo tocino y huevos.» Y salgo corriendo y vuelvo corriendo, y hago café. Y Henry dice: «Es lo que necesito, una mujer en la casa. Me he despertado momentos antes de que vinieras. Quería dormirme de nuevo, pero me he despertado pensando en lo infernal que es despertarse y verse solo. ¡Y has venido!».

Con el desayuno, ingerimos sus últimas páginas sobre la leyenda de Lowenfels-Cronstadt. Nos reímos. Le pido que me deje ver *Primavera negra* y capto su orden impresionista, buscando dónde debe empezar, porque sé que la voz de Henry sólo se afirma después de unas cuantas páginas y que las primeras notas son siempre un poco vacilantes. Coso una funda de almohada mientras me pone los nuevos discos. Me enseña en un mapa de Brooklyn las calles donde él actuaba.

Estaba cansado porque se había acostado tarde. Nos echamos en la cama y nos besamos suavemente. Se durmió. Lo arrullé para que se durmiera, pero, una vez dormido, sentí mi oscura soledad. Me preparé para irme. Me había pedido que pusiera el despertador para la hora de comer. Mientras me empolvaba la cara, pensaba que antes moriría que dormir estando al lado de Henry. No podría dormirme.

El ruido de la puerta, cuando me iba, lo despertó.

—¿Te encuentras bien, Anaïs?

Necesitaba llorar. Me acerqué a la cama. Me arrodillé para besarlo. Luego me ahogó la desesperación y escondí la cara.

—Me siento sola, Henry.

Sola. Me siento sola, hambrienta, ¡tan sola que nadie podrá curarme nunca! Pero Henry creyó que me sentí sola únicamente durante unos momentos, porque se había dormido.

En la calle, lloré. Y lloro ahora mientras escribo.

Henry me escribe: No sabes lo que tus palabras me hicieron: «¡Me siento sola!». No quiero que vuelvas a decírmelas nunca. En lugar de decirme esto, debiéramos afrontar todo. Te necesito y pienso que es un crimen que aplacemos las cosas indefinidamente... Es un crimen que vivamos separados. No sé cómo hacerlo. No quiero que vengas para sufrir. No tengo nada. Pero, si encuentras una manera, cuando y como quieras arreglarlo, hazlo. Te amo y quiero que seas feliz...

A Henry: Tu carta ha sido un hermoso regalo. Esperaba que no te dieras cuenta de que, cuando dije que me sentía sola, no era porque te hubieras dormido. Era una soledad inmensa, irresistible en aquel momento. Te escribí cuando volví a casa diciendo que me entristecía escribir, y no era eso. No quería descubrir lo otro. Pero lo has adivinado. No, Henry, no hay escapatoria, ¿y de qué sirve que vaya a verte en mis momentos de coraje? No sientas angustia. Volveré a estar alegre en cuanto esté a tu lado, y me durará unos cuantos días.

Iré el martes a desayunar y por la noche, para trabajar contigo, para estar contigo. Iré solamente como el viento del sur.

Reía y charlaba con Henry. Luego hubo un silencio. Y en medio de ese silencio pensé: Lo que soy, lo que digo, no lo sabes ahora, en este momento. Tu mente está en el pasado. Pero todo lo que soy, todo lo que digo, lo captas ciegamente, y lo seré y lo diré más tarde. Viviré ahora para ese recuerdo que tendrás de mí. Más tarde, cuando exista una distancia entre nosotros, lo recordarás vívidamente. Te herirá entonces, como me hiere a mí, ser tan consciente del hoy, tan consciente de este momento, con la suprema angustia de conocer y reconocer la cara de cada momento sin la atenuada suavidad de la distancia. Entiendo y veo con demasiada rapidez. Cuando me llevas por las viejas calles, estoy viviendo no sólo en la alegría, sino más allá, lejos, hacia la futura ausencia de ella.

—No dices nada. ¿En qué piensas?

¿Y por qué me invento una respuesta, una respuesta trivial, para proteger mi pensamiento, su desolación y su crudeza?

Dos sentimientos absolutamente enfrentados. Uno de crueldad. No querer saber nada de los problemas económicos. Mi deseo de escribir, de dejar que todo lo demás se vaya al diablo. Dejar que Hugh cuide de nosotros. Resuelta a escribir el libro sobre June. Un deseo que ha tomado forma en mi cabeza. Furiosa cuando leo en la carta de Padre que ha estado sacrificando su tiempo a la madre de Maruca, con paseos en coche y cines. Vida burguesa. Ideales burgueses. Henry es el único artista verdaderamente egoísta. Amoral.

Al mismo tiempo, pregunto a Henry: «¿Te gustaría que yo no escribiera?». Y le escribo una carta para decirle que por él quiero dejar de escribir. El otro día, cuando fui a verlo, estaba preocupado por su falta de dinero. Lo consolé. «Atente a tu karma. Lo que mejor sabes hacer es escribir. Lo mío puede esperar. Soy más joven y, además, lo tuyo es más importante. Trabajaré para los dos.»

No intento hacerlo. No sé por qué lo he dicho. Ya no tengo escrúpulos. Le doy a Henry el dinero de Hugh. Siento brotar las semillas de mi libro. Estoy harta de sacrificios, soy una artista. Hoy he trabajado diez horas, parando sólo para almorzar. Tenazmente. Terminaré rápidamente este libro. Me siento herida por Bradley, por Henry, por todo el mundo, y eso me pone furiosa y me fortalece. Estoy sola. Ni Padre ni Henry ni nadie pueden seguirme, comprenderme completamente, acompañarme. Mi diario y yo. He sido otra vez demasiado femenina. Hoy me siento dura, fuerte y solitaria. Tan solitaria que me da miedo. Soy tan necia en todas las cosas. Una necia solitaria.

Henry escribe: He terminado de leer las páginas de la carpeta negra para Bradley. Ahora puedo entender un poco mejor la irritación de Bradley, su afán por encontrar defectos, su exasperación. Olvidó que era un diario que se ha resumido. La historia le interesó, como interesará a todos en todo el mundo, desde China a México. Una historia maravillosa. *Pero un mal diario*. Es decir, si se juzga sólo por estas páginas. Y la escritura del diario echa a perder la historia, la ahoga...

A Henry: ¿Sabes qué pienso de tu crítica? Que estaría bien si viniera de Bradley, de un extraño o del mundo. Pero, viniendo de ti, es equivocada... Quizá pienses que no he hecho un tratamiento suficientemente vigoroso, que, como tú dices, necesito endurecerme... Quizá pienses que nos hemos mimado demasiado, pero entonces es que olvidas que estábamos de acuerdo en que el mundo nos iba a dar muchos palos y que lo que necesitábamos era apoyarnos mutuamente. En eso, me has fallado... Una carta gélida. Gracias. Yuna respuesta fría por mi parte. Está bien. Así me quedo otra vez sola y, como te habrás enterado al leer mi diario, cuando estoy sola, soy fuerte[31].

13 de octubre de 1933

Le di a Henry mi carta para que la leyera. Se quedó sorprendido y, como es su costumbre, se rió al final, una risa un poco triste. Volvió a la carga y se mantuvo en sus trece. Pero añadió cosas peores: Que mis defectos habían echado a perder la historia, ¡que era una chapuza! Le hablé con lágrimas en los ojos, pero serenamente. Luego comprendió la tormenta emocional que yo estaba atravesando. Comprendió que yo pensaba que había perdido su fe en mí. Cuando yo creía que tenía fe en mí, aceptaba muy bien sus críticas sobre mi novela de John y «Alraune». Lentamente, mi inteligencia se sobrepuso a mi feminidad. Henry se mostró firme, pero también amable. Dijo: «La lealtad de la mujer es siempre diferente a la del hombre. Tú eres leal conmigo; yo soy leal a una verdad. Si estoy de acuerdo con Bradley, lo digo. Y en cuanto a mis nuevos entusiasmos, lo eran sólo en la superficie. Siempre vuelvo a ti, y tú lo sabes. Sabes que creo en ti».

Mi pobre diario, ¡estoy tan enfadada contigo! ¡Te odio! Mi placer por las confidencias me ha vuelto perezosa. Es un placer tan sencillo el de escribir aquí. Y hoy he visto que el diario sí que estorba a mis historias, pues te digo las cosas despreocupadamente, con descuido y sin arte. Todo el mundo te odia. Me has impedido que sea una artista, pero, al mismo tiempo, me mantienes viva como ser humano. Te creé porque necesitaba un amigo. Y al hablar con este amigo, he desperdiciado mi vida.

Sin embargo, pobre diario mío, si no te hubiera considerado como el único interesado en lo que me ocurre, nunca habría escrito en absoluto porque, de cara al mundo, un mundo que no me daba nada más que tribulaciones, no podría haberlo hecho. Escribir para un mundo hostil no tenía para mí ningún sentido. ¡Escribir para ti me dio el ambiente cálido que necesito para florecer! Por eso no puedo odiarte, pero ahora que he hecho las paces con el mundo, ahora que puedo dirigirme a él como artista, debo divorciarte de mi trabajo. No abandonarte. No, necesito tu compañía. Incluso después de haber trabajado, humanamente, miro a mi alrededor y ¿con quién puede

[31] Véase *Una pasión literaria*, *op. cit, págs.* 214-223, para el texto íntegro de esta larga correspondencia.

hablar mi espíritu sin temer la incomprensión? ¿Dónde encontrar serenidad y alivio al dolor? ¡Todo lo demás, por todas partes, es guerra, y todo lo demás exige mucho coraje!

Ayer escribí las primeras veinte páginas de la historia objetivada de June. Por primera vez me he vuelto objetiva.

16 de octubre de 1933

Eduardo debe añadirse a mi colección de extraños personajes, mi mórbida «Alraune» y el universo de la locura. Compra libros que nunca lee; empieza horóscopos que nunca termina; compra tubos de pintura con los cuales nunca pinta; compra ropas de obrero y una capa española que nunca se pone; toma notas para un libro que nunca escribe; tiene celos de la mujer que no desea; necesita a las mujeres, sólo para dejarlas, sin conocerlas.

Neptuno, raro Neptuno, ascendente de June, Louise, Artaud, Eduardo y mío.

Escribo mi libro neptuniano al mismo tiempo que la «historia» humana, y también añado carburante al diario.

A Eduardo: Hoy quisiera coronarte con algo. A mis ojos, te has convertido en un personaje. Quieres un papel definido en la vida. ¿No estás contento con *ser*? Deja el llegar a ser a un lado. Anoche me inspiraste. El otro día, en el café, te dije que intentaba empezar a estar a gusto contigo. Eso quiere decir que siento por ti una nueva clase de amor. No humano. Estoy preparando mis colores para darte vida como personaje, como leyenda.

19 de octubre de 1933

A las cuatro, salí de Louveciennes con una pequeña maleta. Dejé prendida en la cama una nota para Hugh, la nota que espera encontrar por la noche antes de irse a dormir sin mí. Era como marcharme de viaje, a otra vida, para convertirme en esposa de Henry. Empieza por tomarme lujosamente. Se muestra mimoso porque está resfriado. Comemos juntos. Me toma. Lee mis últimas páginas y está satisfecho de mi técnica. Orgulloso de mi valor. Calles tenebrosas. Dormimos como un par de serpientes. Desayuno. Charla. Digo que tengo que irme, pero seguimos hablando. Henry dice: «Ahora debes quedarte para el almuerzo». Después del almuerzo se muestra soñador, fantástico. Y, juntos, empezamos a inventarnos nuestro cuento de hadas astrológico. Le doy ideas. Luego, otra vez a la cama porque hace frío. Hasta las cinco no puedo volver con Hugh, Madre y Joaquín, deslumbrada, jubilosa, llena de ideas.

Al día siguiente, otra vez al trabajo. Pero lo que me persigue es el momento en la habitación de Henry, pensando: debo estar aquí. Con Henry podría olvidar fácilmente la otra vida. Es duro para mí recordarlo ahora. Esta es real. Y la otra es irreal. Aquí estoy en mi hogar.

Por la noche, ebria de fantasías, empiezo el cuento de hadas.

Hoy, trabajo.

Estoy redactando notas, muy consciente de lo que hago. Este es mi cuaderno de notas. Mi historia me cuesta sudores, y cuando llego a ti estoy agotada. Cuando soy la esposa de Henry, olvido por completo a Hugh y a mi Padre. Cuando estoy con Padre, olvido a Hugh y a Henry. Cuando estoy con Hugh, pienso en mi Padre y en Henry.

Disonancias con Padre. Le escribo dos cartas dándole noticias de Thorvald y de mi charla con Joaquín. El interés de las noticias se pierde para Padre porque nuestras cartas se cruzan. Este era el punto esencial: que, al haberle escrito sin esperar su respuesta, causé un desorden que le resulta doloroso.

Este mes de octubre me ha probado definitivamente que no puedo vivir *con Henry solamente*. Es una compañía demasiado precaria. Me deja tan sola como la incapacidad de Hugh para responder. Intenté que él reemplazara a mi Padre, a mis amigos. No puede ser. Estoy contenta de que haya terminado. Empieza de nuevo mi propia expansión: Padre, Néstor y amigos, a derecha e izquierda, compañía. Siento una gran necesidad de absolución. Es una tontería.

27 de octubre de 1933

Todo marcha bien cuando comparto mis amores como antes, en fragmentos y por separado. El amor único es demasiado peligroso, demasiado femenino. Henry no es un hombre, es un artista. No debo esperar todo de él.

Día y noche, toda la noche, con Henry. Todas mis dudas y temores se calman con su pasión, con su ternura. Estoy totalmente impregnada de él, casada con él. Está solo. Me quiere. Debemos vivir juntos. Esto se está convirtiendo en una tortura. Me siento triste esta noche; vacía, sola. Cuando estoy con él no tengo miedo. Hace que me sienta alegre, madura y valerosa. ¡Qué tres días éstos, antes de que vuelva mi Padre! Desearía que se murieran todos, Hugh y Padre, y poder vivir con Henry. Es a Henry a quien amo de esta manera criminal. Locamente. Cometería crímenes por él. Otra vez la locura. Esta mañana, acostada a su lado, pero despierta, miré cómo dormía. Tan contenta de estar allí, tan feliz de poder estar allí, despierta durante tres horas, sin cansarme. Henry estaba allí. Es todo lo que quiero.

En el cine nos cogemos de la mano. Todo esto está *fuera* del libro[32], la obra de arte, razón de más para conservarlo aquí. En el libro, comedimiento, eufemismos y artificios. Pero necesito un lugar donde pueda gritar y llorar. En algún momento del día necesito ser la española salvaje. Aquí anoto la histeria que la vida me produce. El desbordamiento de una extravagancia indisciplinada. Al diablo con el buen gusto y el arte, con todos los frenos y barnices. Aquí grito, bailo, lloro,

[32] El «libro» acerca de H. M. y June se convirtió más adelante en el relato «Djuna», que figura en la primera edición de *Invierno de artificio* (París 1939), eliminado de las siguientes versiones del mismo título.

rechino los dientes, me vuelvo loca, en mal inglés, en un caos. Me mantendré cuerda para el mundo y para el arte.

A Henry le divierten las cosas que le hago decir en el libro.

—No me sentimentalices —dice.

—No lo haré. Ya lo verás. Ojalá sepa mantenerme lo suficientemente fría para usar también mi ironía. Tengo un fondo de ironía que no puedo explotar a causa de mi severidad exagerada. (¡Otra vez el sentido trágico español!)

No se alegró cuando supo que mi Padre iba a volver. Se enfadó cuando le dije que Padre piensa enviar un piano a Louveciennes para trabajar allí los fines de semana.

28 de octubre de 1933

Ahora veo el lado cómico de estos estados de ánimo tan pegajosos. Henry los tiene, yo los tengo, aunque no siempre en el mismo momento; ¡pero son inequívocamente los mismos estados de ánimo!

Sintió envidia de la felicidad de los Lowenfels. No necesitan salir porque se tienen el uno al otro.

Hugh leyó una lista de síntomas neuróticos y dijo que los tengo todos. Empezando por la inquietud. Me leyó la lista de las causas. ¿Cuál era la mía? Con habilidad, se la señalé: el conflicto entre los deseos del yo ideal y el yo instintivo. Me gustaría una vida bohemia, pero no quiero hacerle daño. Hugh comprendió que estos deseos, estos deseos insatisfechos, son causa de mi inquietud y neurosis. Que el compromiso (una noche a la semana) sólo puso de relieve el choque entre ellos. Las transiciones rápidas trastornan mi equilibrio y mis nervios. Dijo que él ya me había dado mucho, pero que mis propios sentimientos, mi propia conciencia, me hacen perder la calma. Ofreció darme más tiempo. Fue generoso y clarividente.

—Todo es por mi propio interés. No quiero que me odies o desees mi muerte.

¡No sabe que la he deseado! Me divirtió su mente de jugador de ajedrez y su listeza. ¡Es adivino! Leía y hablaba con sabiduría budista.

—Quiero que estés contenta y satisfecha, de modo que, cuando vuelvas a mí, vuelvas completa. De otra manera, tu atención se aleja y se esfuerza por otros deseos. Tu imaginación está ocupada por tu conflicto, no por mí.

Hice creer a Hugh que mi vida bohemia no es sexual.

—Ya veo —dijo prudentemente— que has sublimado tu atracción sexual por Henry. Cuando dices que tu escritura es la esposa de su obra, resulta muy revelador. *Todo es sexo*.

Y, de pronto, me pareció ridículo que Hugh sufriera por un mero gesto físico y, sin embargo, aceptara las andanzas de mi imaginación y de mi fantasía.

30 de octubre de 1933

Sueño: Doy una gran fiesta. Se sirven grandes fuentes, como en la película de Enrique VIII. Estamos en el patio, con gente muy diversa, y levanto la mirada a los balcones de una casa. Ha caído la tarde. Veo que se abre una ventana y descubro una sala llena de gente que se prepara para una fiesta. Llamo la atención de la gente que está esperando la llegada de alguien. A la derecha de la ventana hay un trío musical a punto de tocar. La directora está de pie, junto a la ventana. Es una mujer menuda, delgada y vieja. Cuando da la señal de empezar, una mujer sale al balcón y camina a lo largo de la fachada, de balcón a balcón, hacia otra ventana. Todos los balcones están conectados. Se abre otra ventana y aparece el hombre a quien se da la fiesta. Es viejo, se parece a Paderewski, y va vestido como Cristo. Camina como un sonámbulo, con los brazos extendidos hacia delante, como si estuviera ciego, detrás de la mujer. Cuando llega a la ventana donde tocan la música, pasa delante de ella y sigue hasta otra ventana, donde ve algo que lo aterra. De pronto ya no hay balcones, y cae desde la altura de varios pisos hasta el patio. No siento ninguna emoción. Tengo la idea de que lo que le ha asustado es una mujer con una espada. La fiesta en mi suntuosa casa continúa. Estoy en una sala con varias mujeres. Una de ellas ha estado bailando y está acalorada y sudorosa. Le ofrezco secarle el cuerpo porque deseo gozar de su desnudez, pero lo rechaza. Ninguna ansiedad en el sueño. Animo generoso.

Asociaciones: Jeanne, la mujer de quien Padre estuvo casi enamorado, es directora de orquesta. Pero es alta. Comparé a la directora de orquesta del sueño con Jeanne y Maruca. Anoche, leyendo a [Wilhelm] Stekel, pensé en el ascetismo de Padre. La higiene excesiva y las dietas alimenticias son una forma de ascetismo. El debe de ser el músico parecido al Cristo del sueño. Probablemente tengo celos de las dos mujeres y deseo que estén muertas y no en la fiesta. Mis sueños son siempre muy *teatrales*, en contraste con los de Henry, que suelen ser realistas y naturales. Los colores, los detalles de los vestidos, el ambiente, destacan siempre. *Siempre irreales*. ¿Revela esto mi sentido de lo irreal?

Hoy recibí una carta quejosa de Padre: Teme el regreso a su casa, a sus alumnos, a sus responsabilidades. Teme enfrentarse con los problemas, problemas de dinero, de organización de la casa. Teme la invasión de la gente, los ruidos, el dolor.

Teme la vida.

Lamenta su soledad, el mar, los árboles. Se aferra a ellos como yo me aferró a Louveciennes...

Esta carta me conmovió, como el descubrimiento de sus delicados pies.

Henry telefonea.

Me gustaría darle a Henry una habitación aquí y seguridad en su vida. Y a Padre, una habitación y un piano, una huida de su vida burguesa. Cuando se trata de los demás, estoy llena de valor. Un día, por Henry, mataré un dragón.

Pero volvería a Hugh con mis heridas. Incluso le pediría que me ayudara.

Comedia. Todos tememos y tenemos gran necesidad de la dualidad para enfrentarnos con la vida. El amor es un reconocimiento del Tú. La necesidad del Tú. De una forma o de otra, siempre me desoriento en mitad de la montaña. No creo que vaya en busca de un hombre, sino de un dios. Empiezo a sentir el vacío que debe ser la ausencia de Dios. He deificado al hombre. Uno tras otro,

he clamado por un guía, un padre, un líder, uno en quien apoyarme. Tengo un marido, un protector, amantes, un padre, amigos, pero aún me falta algo. Debe ser Dios. Pero aborrezco la abstracción de Dios. Quiero un Dios de carne, el Dios encarnado, con fuerza, con dos brazos y un sexo. Sin imperfecciones.

Lo cual prueba que he mezclado mi amor divino con el humano, que no quieren mezclarse y, cuanto antes separe a Dios del hombre, mejor será para los hombres que amo. He amado al genio que tan cerca está de la divinidad.

Pude amar a Henry sin obstáculos porque es el dios de lo humano, es divinamente imperfecto.

Pero mi Padre no es humano y debería de haber sido Dios. Es él quien impone la perfección, quien ha iniciado a los dioses, quien no siente amor alguno por la naturalidad humana. Pero, al final, es como yo: un hipócrita. El yo ideal exaltado. Un poderoso yo instintivo oculto.

Amo a Henry por su sinceridad. Henry dice: «Soy un ladrón. Un embustero. Un bruto. Un sádico. Soy un cobarde».

Padre y yo decimos: «Sin que importe lo que soy, mira, esto es lo que me gustaría ser. Acepta y ama mi intención».

Nuestra intención es la perfección.

Pobres hipócritas divinos.

Somos simuladores.

No *nosotros*. Cada día me vuelvo más sincera. Me niego a simular. Sé, por ejemplo, que miento a Hugh sobre las causas de mi neurosis, miento ignominiosamente. Pero no importa. Le digo que mi vida con él es real y que lo demás es un juego. Sé que permanezco con él porque soy cobarde, porque no me atrevo a mostrarme a él como soy. Me gustaría dejarlo, ganarme la vida y vivir con cualquiera que me plazca. Debería decirle a mi Padre que no lo amo, que el amor que le di era narcisista, como el que él me da. El amor de quien *puede entender*, responderte, apaciguar la soledad. Todo aquello que es verdaderamente *suyo* y no mío (su ciencia, su orden, su razón, su lógica) no lo amo. No como amo en Henry toda clase de rasgos, los más variados, que le pertenecen y no tienen ninguna relación conmigo.

Cederé ante mi Padre cuando vuelva, saliendo de su soledad, con el amor de acercarme a mi propia soledad, un amor por estas secretas cualidades suyas, que yo amo porque son semejantes a mis cualidades secretas. Lo amo por los miles de ojos adivinadores con que quiero ser amada. Es el *malestar* del amor, no su fruto. Es cuando el yo de uno está tan oculto al mundo, el habla de uno es tan ininteligible y la soledad tan agotadora que sólo el Doble de uno puede penetrarnos.

Cuando pienso en esta carta de Padre, con su frágil melancolía, sé que no voy a decirle lo de Henry. Sé que le mentiré y que mis mentiras me pondrán enferma.

Henry es el más valeroso y, sin embargo, vivió aterrorizado por June. Siempre espera que yo lo castigue; tiene miedo en las calles. Y su gran miedo, su miedo obsesivo, es la *pobreza*. Yo no temo la pobreza, sólo temo que me quiten el amor. Y miedo a la enfermedad.

A medida que la llegada de Padre se acerca (sale mañana de Valescure), me voy disponiendo y afinando para él. Escucho un piano en la radio e imagino su cuerpo griego bronceado por el sol, su fría brillantez, su rostro de máscara imposible que sólo se mueve por la pasión. ¡Cuánto esfuerzo para aparentar fuerza de voluntad!

Mi Padre femenino.

Y mi cuerpo femenino, habitado por un alma masculina, vuelve a torturarse con el conflicto.

Pero, en medio del tormento, empiezo a reírme de mí misma. El pequeño monstruo tiránico, cuidadosamente escondido en su nicho de suaves seducciones y sonrisas. Después de todo, todo cuanto pido a mis matadores de dragones es amor, ¡y en eso están superdotados!

Un día debo investigar la historia de Miralles*. Cómo quedó hechizada mi imaginación con la carrera de Miralles como bailarín. Historias de bailes, viajes a Rusia, ballets en las grandes óperas y salas de conciertos de todo el mundo, la atmósfera acre de los camerinos, el olor de las bailarinas, la nueva experiencia que para mí fue sentarme en los cafés, el hotel sórdido de Miralles, sus ropas vulgares y chillonas; que yo dejara que me besara y me contemplara un día en su habitación. Puedo verme bailando con el pobre Miralles aquí y allí, compartiendo su vida vagabunda, viviendo en sus habitaciones sórdidas, con vestidos españoles y fotografías tamaño tarjeta postal de Lola, Almaviva y la Argentinita. En zapatillas y quimonos floreados, abriendo la puerta a...

¿A quién? A Hugh, que me ha encontrado. Y quiero ser una amnésica que ha olvidado nombre, hogar y esposo.

Pobre viejo Miralles, que pudo haber encantado mi vida con sus aventuras vulgares. Al subir al autobús para ir a Clichy me puse a temblar.

Mi Padre habría dicho con dolor: «¿*Quién* eres? ¿Has olvidado tu clase, tu estirpe, tu nombre?».

Hugh: «Olvidas tu origen místico, no humano».

Y Henry diría: «Y tu inteligencia, ¿cómo puede significar algo para ti una vida como ésa?».

Ilusión. Miralles tenía asma. Ahorraba dinero para retirarse a Valencia. Era bueno, hogareño. Acostumbraba a decirme: «Sabes, no tengo los vicios de los demás. Seré bueno contigo». Mientras me contaba sus historias, resplandecía. Bailaba con renovado vigor. Rejuvenecía. Se compró un traje nuevo. Me adoraba.

Cuando desperté de mi amnesia, se había borrado. Se había vuelto gris y ceniza.

Murió el año pasado de asma, en la habitación del hotel.

31 de octubre de 1933

Juego con esta idea de la amnesia, que es sólo una atrofia del yo «ideal», el yo crítico, su asesinato para vivir liberada de escrúpulos. Sé cuándo me dejo hipnotizar (por Allendy, por Artaud). Cuando me despierto a mi relación con Hugh, o con Henry, me despierto como de un sueño. No me acuso. Me niego a tener ninguna responsabilidad (y, por lo tanto, a sentirme culpable). Es sólo una comedia que represento con mi conciencia. Y veo que me hago cada vez menos preguntas, que, lentamente, el yo ideal se va convirtiendo en una figura ridícula. Me río de él. Y sigo viviendo, sintiendo náuseas sólo cuando me enfrento con el dolor humano (el pesar de Hugh, el dolor de Henry el día que creyó que había adivinado que yo había sido la amante de Allendy). Entonces me despierto con remordimientos agudos e irresistibles. Pero casi siempre me parece que he olvidado a Artaud y a Allendy, como Henry se olvida de sus putas. Tengo el poder de olvidar. ¿Reprimir, diría Stekel?

1 de noviembre de 1933

Caricatura de Hugh: Se acaricia la nariz con los dedos. Pierde la pluma que ha estado usando. Pierde el libro que ha estado leyendo. Olvida, en el banco, una carta que quería enseñarme. Olvida, en casa, la llave de su despacho. Pierde su *briquet* y su pitillera. Cuando salimos con unos amigos, olvida los cigarrillos. Cuando compramos algo, se lo olvida en el coche. Siempre llega tarde. Cuando baja a desayunar, el desayuno está frío. Cuando se afeita, el agua ya se ha enfriado. Desorden. En sus papeles, efectos y cuentas. No recuerda lo que oye. Es melindroso y caprichoso con la comida. Es poco optimista.

Todo esto no es nada. Henry tiene muchos más defectos. Pero cuando ya no hay amor ni entusiasmo...

Quiero que se publique mi libro y sentirme libre. La cobardía me retiene aquí. Cuando miro a Hugh pienso que nunca podré decírselo. Y su protección me conmueve. Cobardía. Cobardía.

Anaïs Nin, vestida de bailarina española, hacia 1930

Decisión: Tan pronto como se publique el primer libro de Henry, y el mío, me voy a vivir con Henry. Con nuestros dos libros no vamos a morirnos de hambre y siempre puedo buscar un trabajo.

Haré que Padre le dé algunos alumnos a Joaquinito para que pueda cuidar de Madre.

Buscaré una mujer para Hugh que lo haga feliz.

Romperé con todos los lazos sociales, con todos mis amigos aristocráticos.

3 de noviembre de 1933

Padre es tan tímido cuando llega que va leyendo desde la puerta del jardín a la de la casa, y luego se pone a hablar y hablar como June, para disfrazar su timidez, su desasosiego.

Un torrente de palabras.

Lenta y gradualmente, con mi serenidad, logro que se sienta cómodo. Vuelve a ser natural. Y, gentilmente, empieza a hacerme el amor.

Apenas me siento amorosa. Me entrego a su placer. Alegre, indiferentemente. Es un amante muy experto. Y delicioso. Todo es ligero y termina pronto.

Estoy mucho más interesada por su estado de ánimo; trato de definirlo, de olisquearlo, para ponerme a tono con él. Compruebo que hoy no tiene sentido de la realidad, que está deslumbrado por su regreso, aturdido por las realidades, incómodo y alarmado.

Le pido que no me trate como a una mujer corriente, que continúe su vida como antes, gozando de otras mujeres, que el amor debe ser grande y ensanchar su vida, no estrecharla.

—No —contesta—. Nunca volveré a hacer todo eso. Quiero que este amor sea la apoteosis de mi vida. Es demasiado grande para echarlo a perder con otras aventuras. Debe permanecer limpio, único.

Y, cuando me pregunta, he de contestarle de la misma manera idealista.

Como sólo puedo juzgar a mi Doble juzgándome, creo que quiere hacer de nuestro amor el final idealizado de su carrera de Donjuán; pero no creo que pueda hacerlo. Se verá envuelto, como yo. Me mentirá, por las mismas razones por las que yo le miento. Sólo me pregunto: En nuestro caso, ¿significa la edad de Padre alguna diferencia? ¿Está cansado de su soledad y de sus aventuras amorosas? ¿Necesita comprensión en lugar de diversiones sexuales? ¿Hay, por lo tanto, alguna verdad en lo que afirma? Y, si es así, ¿cómo voy a ser la primera en destruir su ideal?

Otra diferencia. El narcisismo de Padre está mucho más arraigado que el mío; por lo tanto, su egoísmo, que puede expresar conmigo, es más fuerte que el mío, porque yo amo el *Tú*, a Henry, más que a mí misma.

También me amo en Padre. Sus modos distanciados, que entiendo tan bien, su dificultad para entrar en la vida, en la realidad, su nerviosismo y sus timideces. Despiertan mi profunda compasión.

Cuando estábamos en el pasillo, mientras Hugh sacaba el coche, di el gritito que daba a menudo cuando me acariciaba con demasiada fuerza: *¡Ay, ay, ay!*

Rió complacido, abiertamente. *«Comme tu es naturelle, comme tu es véridique!»* (¡Admirado, porque le es tan difícil ser real!) Y me arrastró a su juego: *Penétrable, enveloppante, caressable... surréaliste!*

En el coche tomo su brazo. Y se siente complacido, pero flotando en la bruma de sus sentimientos. La vida le llega de lejos, su mirada es soñadora. Parece un niño muy atractivo. Habla mucho para rellenar los huecos de su descoordinación.

Lo observo inquisitivamente, como si me mirara en un espejo. Se despide de nosotros y pienso: Cuando llegue a su casa se arrepentirá de no haber hecho esto o lo otro. Pensará que no me ha agradado; ¡enrojecerá al recordar los libros que cayeron sobre nosotros cuando nos acostamos juntos (el horror de algo equivocado, la incomodidad)! Deseará haber dicho esto o lo otro. Olvidará que me gustó que me viera tan bella después de haber hecho el amor. (¿Por qué? Sí que parecía transfigurada, aunque no había sentido nada.) Quizá lamente que yo le ofreciera la oportunidad de ser sincero y prefirió mentirme. Conozco toda esta manera de pensar. ¡Y siento tanta compasión!

Llegué demasiado pronto a casa de Henry y no estaba. Me senté en su cama y terminé el libro que estaba leyendo, Maryse Choisy sobre [Joseph] Delteil. Luego, inquieta, eché un vistazo al manuscrito de mi «Alraune» que estaba sobre el escritorio de Henry. Y vi que había escrito esta nota: «Todos los pasajes descriptivos estupendos. Servirían para el *cinéma*. Empezando por la escena de la pecera gigante».

Al llegar, entablamos una conversación acalorada.

Cuando mi excesiva emoción rebosa, mi estilo sufre. Como si le tambalearan las piernas. Ha de aprender a soportar el peso de mi vitalidad. Tanta fuerza rompe los cristales de las ventanas. Y los cristales rotos traen oxígeno, no arte. Ahora mismo estoy llena de oxígeno. Y el arte sufre. Me parece que todavía soy demasiado joven.

Caricaturizo a Hugh cuando lo que debiera hacer es caricaturizar mis debilidades. Se comporta con más nobleza que nunca, y eso es lo que me irrita. Procura no despertar en mí un complejo de culpa. Me recibe con una sonrisa cuando esta mañana llego para el desayuno. Pero mi voluntad está puesta al servicio de mi decisión y trabajo para ese fin. Debo dejar de ser sentimental. Soy desagradablemente sentimental. Me ablando fácilmente. Cuando llego a casa, Hugh está resfriado. Pero también lo está Henry.

Voy a ser menos sentimental y a tener mejor humor. Quiero domeñar mi sentido trágico de la vida, que es exagerado.

Sueño en Clichy: Después de vivir muchos años con Hugh, decidimos casarnos por la Iglesia. Me visto de blanco, con un velo. Pero observo que mi vestido es pobre. Cuando llego a la iglesia veo que no hay fiesta. Echamos a correr y me doy cuenta de que no me han dado el habitual ramo de flores. No estoy triste, sólo un poco irónica. En el taxi, con toda la familia, digo riendo: «Es como la boda de un obrero». Después de la boda, trato de hablar por teléfono con Henry para que me vea con mi vestido de boda.

En otro sueño tenía que ir a vivir a Clichy y era muy feliz.

Sueño después de la visita de Padre: Padre y yo estamos sentados en mi gran cama. Oímos un ruido ensordecedor, tan alto que es torturante. Miro por la ventana. Veo a un hombre que entra en la casa con un pesado rodillo para cortar césped, con el cual va a aplastarme. Intento cerrar la puerta del dormitorio para que no entre, pero no puedo porque al mismo tiempo intento cerrar la ventana. Ansiedad.

Sensación definida de algunos acontecimientos próximos a mí, reales, realmente experimentados, mientras otros son confusos. Hay que distinguir entre los aspectos oníricos y los aspectos reales. Con Henry todo se hace cálido y real. Con Hugh las cosas son difusas y mentales. Con Padre también son confusas, además de extrañas, como algo que ocurre en el agua o en el cielo. A Henry lo siento con todo mi ser, intensamente, enteramente, siempre: sexo, compasión; con la mente, con la psique. Padre, Hugh, Eduardo y Allendy son fantasmagóricos.

Los nuevos zapatos de obrero de Henry. El olor de Henry. Todo es milagrosamente real. Sus defectos, su naturalidad, su hambre, su somnolencia, sus dolores. En dos o tres sueños, vivo con él plenamente contenta. Me gustan sus zapatillas de lana y su basta corbata de lana.

Henry es el único que me ha dado una vida humana.

7 de noviembre de 1933

Ayer, al despertarme, me sentí muy animosa; tenía pendientes en mi lista tres asuntos peliagudos: visitar a Otto Rank, reconciliarme con Bernard Steele y ver a Edward Titus para pedirle dinero. Sopesé los tres y me pregunté por dónde empezar. Decidí que primero debía sacar a Steele de sus celos, de su egoísmo. Pero no estaba.

Titus estaba en el sur.

No recuerdo cómo supe que el Dr. Otto Rank vivía en París, en el boulevard Suchet. Primero le envié a Henry y hablaron largamente sobre historia, literatura, antropología y el libro *Arte y artista* de Rank, pero no del análisis que yo creía que necesitaba Henry.

Ahora, llevada por mi impulso, decidí llamar a la puerta de Rank. Esperaba pasar un mal rato explicando a la criada que me dejara verlo. Había oído que estaba muy ocupado, que atendía a muy pocos pacientes y que sus honorarios eran muy elevados. El corazón me saltaba del pecho y tenía las manos heladas.

Por pura casualidad fue él quien abrió la puerta. «¿Sí?», dijo con su duro acento vienes, envolviendo la limpia e incisiva palabra francesa en un crujido alemán, mordiendo las palabras como se muerde la punta de un cigarro, sin soltarlas de la boca como hacen los franceses. Las palabras francesas se envían al aire como palomas mensajeras, pero el francés, o el inglés, de Rank siempre se mascaba, lo vomitaba.

Era bajo, de piel oscura y cara redonda; pero en realidad sólo vi sus ojos, que eran hermosos. Grandes, oscuros y ardientes. Con mi obsesión por elegir los rasgos hermosos o amables y mis anteojeras para no ver lo que no admiro o no me gusta, me fijé únicamente en los ojos de Rank y eludí su fea dentadura, su escasa estatura.

—Entre —dijo, y me precedió hasta su consultorio. Era una sala espaciosa en la esquina de la casa, con vistas al Bois. Paredes cubiertas de libros. Sillones cómodos y un sofá. Parecía muy afable y accesible.

Hoy lo veré a las tres.

Hice también un gesto para reconciliarme con Bradley. Por varias razones: primera, para disciplinar mi orgullo exagerado; segunda, porque quiero alcanzar el éxito, publicar e independizarme; tercera, porque no me gustan las rupturas y las discordias, a no ser que haya verdaderos motivos. Hoy sigo teniendo coraje y el ánimo resuelto. Y hago uso de él. Escribo una carta a Titus.

Conversación con Rank. Me pidió un relato claro y completo de mi vida y trabajo. Le dije que el artista puede hacer un buen uso de sus conflictos, pero que me parecía que, actualmente, yo gastaba demasiada energía en dominar una confusión de deseos que no sabía resolver. Que necesitaba su ayuda.

Inmediatamente supe que hablábamos el mismo idioma. Rank va más allá del psicoanálisis. Dijo: «El psicoanálisis subraya lo que la gente tiene en común, yo subrayo las diferencias. Los psicoanalistas intentan que los pacientes recuperen un determinado nivel de normalidad. Yo intento que cada persona se adapte a su propio universo. El instinto creador es algo aparte».

Entendió el *más*: Hay *más* en mi relación con mi Padre que deseo de vencer a mi Madre. Hay *más* en mi relación con Henry que sacrificios masoquistas o necesidad de vencer a otra mujer. Hay —más allá de la sexualidad, más allá del lesbianismo, más allá del narcisismo— creación, *creación.* Me preguntó: «¿Qué *produjo* usted durante el período de extrema neurosis que siguió a su aventura con John? Eso me interesa». Captó inmediatamente mi *núcleo*; dijo que las historias de huérfanas que escribí de niña no podían explicarse simplemente como el deseo criminal de eliminar a Madre a causa de mis celos, y a Padre por mi amor inconfesable. Quería crearme a mí misma. No haber nacido de padres humanos.

Cuando empleé términos de psicoanálisis, sonrió con algo de ironía, como si fueran insuficientes. Sentí la amplitud de su pensamiento, que sobrepasa la medicina para adentrarse en el universo de la metafísica y la filosofía. Nos entendimos con medias frases.

—No espero —le dije— que solucione mi vida de modo tangible, que me diga si debo vivir con mi esposo, con mi amante o con mi Padre, sino que me ayude a estar en paz conmigo misma.

Y, al ver su rápido gesto de asentimiento, sentí que respondía a sus pensamientos.

—Sus energías —dijo Rank— han de poder fluir dentro de su obra.

—Lo que me hace dudar —dije— es mi instinto destructivo. Para crear mi vida con Henry, destruyo a mi Padre, a Hugh, a mi Madre y a Joaquín. Ese es el impulso que temo, aunque todo me lleva hacia Henry.

Entendió muy bien mi cansancio de todas las mentiras y deformidades a que me obliga la vida diaria y comprendió mi necesidad de absolución.

Lo curioso fue mi disposición de ánimo antes de hablar con Rank.

Anotación escrita en el tren: En el trayecto para ir a ver a Rank, *je máchonne des fourberies*. En lugar de coordinar las verdades, empiezo a inventarme lo que voy a decir a Rank. Ensayo

discursos, actitudes, gestos, inflexiones y expresiones. Me veo hablando y me pongo en el lugar de Rank, juzgándome. ¿Qué debo decir para crear este o aquel efecto?

Medito las mentiras, como otros meditan antes de la confesión. Pero voy a verlo para *confesarme*, para que me ayude a resolver mis conflictos, que son demasiado numerosos y que no consigo dominar mediante mi escritura. Me preparo para una farsa, como la que representé para Allendy.

Me preparo para deformar, y todo para interesar a Rank, y también por mi propio interés, porque me interesan mucho las complejidades. De hecho, voy a ver a Rank para divertirme, no para resolver, sino para magnificar y dramatizar mis conflictos, para ver todo lo que contienen, para captarlos por entero. Sé que mi experiencia con Allendy añadió un nuevo conflicto a mi vida, y que el anterior sólo se resolvió con la aparición del nuevo. Estaba mal situado. Quiero decir que no creo que dejara de ser masoquista ante la situación de June y Henry, sino que compensé mi dolor con mi interés por Allendy y mi conflicto con él, que hizo desaparecer mi obsesión absoluta por Henry y June y me dio la necesaria energía y estímulo para sentirme fuerte.

Quiero seguir haciendo trampas. De nuevo estoy en un callejón sin salida. Anhelo vivir con Henry y no puedo por tres razones fundamentales. Así que cambio de terreno. Dado que el conflicto es insoluble, me interesaré por mi relación con Rank.

Allendy no se interesa por la literatura, el arte o los artistas. Esa es su gran limitación. La *«Petite fille littéraire»* no disponía de mi vital preocupación por las direcciones y desviaciones de mis instintos creativos. Pero él fue mi desvío salvador. Necesitaba desviarme.

Ignoro si esta actitud, antes de ver a Rank, denotaba simplemente mi deseo de embarcarme en una aventura intelectual (con cierta despreocupación, esquivando la tragedia) o si era una forma de resistencia irónica a lo que presentía que iba a ser una influencia vital.

Pero, cuando me senté delante de Rank, fui tan sincera como antes lo había sido con mi diario. Me comporté con naturalidad, no demasiado trágica, no demasiado mental, preocupada sobre todo por salvar y desarrollar a la artista, porque soy consciente de que mis problemas amorosos me absorben más allá de lo razonable.

La confusión crea arte. La confusión excesiva crea desequilibrio.

Rank me dio enseguida la impresión de ser curioso, vivaz, inclinado a la exploración y a la experimentación, a abrir caminos, al anarquismo, a desenvolverse libremente por extensos espacios libres.

El 8 de noviembre de 1933, Rank me pidió que abandonara mi diario y que lo dejara en sus manos. Me liberó de mi opio.

Fue un golpe atrevido. Me dejó aturdida. Fue una violación. Pocos momentos antes de oscurecer, sentada en el parque, había estado escribiendo las mentiras que pensaba que podían interesar a Rank. Temía que no fuera a interesarlo suficientemente y quería dramatizar mi vida. Había oído que sólo se ocupaba de los casos que le interesaban. Y había confiado al diario las mentiras que iba a contarle. Y ahora quería tomar posesión de todos mis secretos.

Durante años, cuando visitaba a Allendy, llevaba conmigo el diario, y nunca manifestó el más mínimo interés por él.

El Dr. Rank vio mi aturdimiento y añadió: «Si lleva el diario consigo y lo trae aquí, es porque quiere darlo, quiere que alguien lo lea. Es su última defensa frente al psicoanálisis. Es como una

isleta de tráfico en la que desea permanecer. Si quiere que la ayude, no quiero que disponga de una isleta desde donde pueda vigilar y controlar el análisis. No quiero que usted analice el análisis. ¿Me comprende?».

Recuperada del sobresalto, empecé a sentir júbilo, un júbilo femenino, como el de una mujer a quien un hombre posesivo le pide todo: Quiero tu cuerpo, tu corazón, tu alma. El Dr. Rank me estaba pidiendo todo de una sola vez. Sentí júbilo porque reconocí su poder, su dominio. ¿No era poder y dominio lo que estaba yo buscando? ¿No había venido porque me sentía perdida, confundida, trastornada? El Dr. Rank era lo suficientemente inteligente para darse cuenta de que el diario era la llave. Deme las llaves de la ciudadela, ahora. Yo siempre conservé una isla, inviolada, para analizar al analista. Nunca me había sometido.

Puse el diario sobre la mesa. El Dr. Rank no se mostró grave ni solemne, sino ágil, rápido y brillante, como en un juego de ingenio. Resplandecieron sus ojos, como si el inconsciente fuera un adversario listo y un placer el acto de detectarlo, un inspirado juego de ajedrez.

«Su juego: ahora le toca mover, Anaïs Nin.»

Ahora el diario estaba sobre la mesa. Sabrá que quise mentirle, pero también sabrá que fui del todo sincera desde que me abrió la puerta.

No me siento derrotada. Creo que he elegido a un guía prudente y valeroso.

Pero eso no fue todo lo que me pidió la primera noche. Cuando barajé mis cartas —Hugh, Henry, Eduardo, Allendy, Padre—, dijo: «No puedo ayudarla a menos que no se aleje de todos ellos, que se aísle, hasta que se calme y vuelva a integrarse. Está sometida a una gran presión».

—¿Cómo puedo aislarme? ¿Quiere decir que no viva en mi casa?

—Durante unas semanas, por lo menos, quiero que no vea a ninguno de ellos. Sí, que viva sola.

Esto me aturdió más que tomara posesión de mi diario. No podía imaginarme persuadiendo a Hugh para que me dejara vivir sola, ni siquiera durante una semana.

Los ojos del Dr. Rank seguían brillando; habló en tono sincero, confiado. Le dije que lo intentaría.

Enseguida empecé a hacer trampas en el juego del análisis. Vi que esta receta podría permitirme la satisfacción de uno de mis deseos más sentidos: vivir continuamente con Henry y trabajar juntos en nuestros libros. No era un acto disparatado, porque yo no estaba en conflicto con Henry y, juntos, nos estimulamos para escribir. No podía yo imaginarme en una habitación de hotel y mi solo contacto con el Dr. Rank.

Hugh dio su consentimiento a la extraña petición del Dr. Rank.

Henry, que entonces vivía en un hotel de chulos y putas de Montmartre, estuvo de acuerdo en mudarse a cualquier hotel que yo eligiera. Y elegí uno que me pareció moderno y atractivo, pero no lujoso, y tomé dos habitaciones adyacentes [en 26, rué des Marronniers]. (Como supe después, se trataba de un hotel en Auteuil, famoso porque en él vivían parejas esporádicas y queridas de lujo, con un pretendido aire hogareño. Mi elección fue la adecuada a mi situación, pero sorprendió a mi Padre, que, probablemente, tenía buenas razones para conocer el hotel.)

Henry hubiera preferido el ambiente de su barrio. Pero se instaló contento de poder trabajar, y yo contenta de poder trabajar y visitar al Dr. Rank. Fue entonces cuando comprendí que Henry no me daría el apoyo emocional, la continuidad o el refuerzo en el momento de necesitarlo.

14 de enero de 1934

Ahora me siento igual que si escribiera apuntes en un cuaderno, con sólo la esencia humana, que siempre se evapora, con el material que no sirve para las novelas, el que la mujer que llevo dentro ve y ama, no con el que la artista lucha. Un cuaderno de apuntes, sin obligación ni continuidad.

Nunca escribiré [aquí] algo que pueda situarse en «Alraune», «El Doble» o en la novela. No voy a entregar todo a un cuaderno de apuntes.

No escribo en ningún otro libro donde pueda situar el retrato del Dr. Rank. Y este retrato me persigue, me desazona, mientras trabajo en la novela. Y este retrato debe escribirse.

Retrato del Dr. Rank: Impresión de su agudeza, viveza, curiosidad y espontaneidad. Lo opuesto a la fórmula preparada, automática y mecánica. La sensación de que va a crear, que enseguida va más allá de los detalles, que no parte de ellos para avanzar. Su creencia en considerar las diferencias y no las semejanzas entre los seres humanos; que diga con sus palabras lo que yo había pensado. Impresión de una aventura mental distinta con él. El fuego que pone, como si sintiera, como yo siento, el gran estímulo que nace de las aventuras, las exploraciones y los combates mentales. Se alegra con ellos. Esta intensa actividad mental, esta alegría, me alivia de inmediato de esa obsesiva fijación en mi propio dolor, ese terrible nudo neurótico que ata mis facultades en un círculo vicioso.

Inmediatamente sentí el aire, el espacio, el movimiento, la vitalidad, el gozo, el gozo de detectar, observar, adivinar, el gozo de la enorme amplitud de su mente. La delicada destreza y el poder musculoso. Los colores fugazmente cambiantes de sus estados de ánimo. El rápido ritmo de sus pensamientos, porque es intuitivo y sutil.

Confío en él.

Confío en él con la verdad, que tan raramente doy. Quiero dársela realmente.

Siento una inteligencia que sus sentimientos hacen clarividente. Siento al artista.

Le digo todo. No me aparta de mi trabajo. Al contrario. Me capta por medio de mi trabajo.

Ya conoce el conflicto en el que me debato. Sabe que quería romper con mi Padre y con Hugh, vivir valientemente con Henry. Sabe que temo la locura. Sabe todo lo de mi diario.

Cuando me despido de él, estoy deslumbrada por su golpe atrevido y por la agudeza con que lo ha asestado. De una sola vez. Camino desposeída de mi diario, que soy yo. Dice que le he dado este yo para preservarme, para reintegrarme, para recuperar mi plenitud.

Me siento completamente en sus manos. Es increíble. Me ha pedido que no escriba sobre el análisis porque sería como estar en una isleta de tráfico. Ha entendido rápidamente el refugio que para mí representa el diario, el papel de personaje con cuyo diálogo me ayudo a resistir la invasión del yo. Ha entendido que el diario es una coraza que me protege, un arma defensiva. Pero también ha entendido que contiene la *verdad*, y que esta verdad, que me siento obligada a decir de alguna manera, puedo decírsela a él, tal como la he escrito en ese diario que ahora guarda. Hablé con Rank como hablo con mi diario.

Sonríe jubilosamente cuando hace un descubrimiento. Quiero que triunfe. Siento su simpatía, tan expansiva. Quiero contarle todo.

Tengo la impresión de que supo dar enseguida con todos los puntos vitales. El diario y mi Padre, la relación entre los dos. Empezó a hablar sutilmente del tema del Doble, diciendo más de lo que ha escrito en su libro *Don Juan: Une étude sur le double*, explicándolo, ampliándolo, tratando el tema desde una gran diversidad de aspectos. Dijo que, en primer lugar, yo había escrito el diario para sustituir a mi Padre, imitándolo inconscientemente e identificándome con él. Dijo que las tendencias lésbicas eran probablemente más imaginativas que físicas, ocasionadas por mi identificación con el Padre. El diario se origina, pues, en la necesidad de cubrir una pérdida, de llenar un vacío. Poco a poco el diario se convierte en un personaje; luego lo confundo con la sombra, *mon ombre* (¡mi Doble!), con quien quiero esposarme...

20 de enero de 1934

No podía continuarlo. Sentía la influencia de Rank, su certeza de que el diario no me hacía ningún bien. Supe inmediatamente que le mostraría todo esto, que todo le resulta transparente porque yo deseo que lo sea. Hoy también comprendí que era porque el análisis estaba llegando a su fin e iba a perder a Rank, por lo que me sentía empujada a recrear para mí a Rank mediante su retrato.

Tan pronto como supe que iba a ver a Rank el lunes, perdí el deseo de seguir escribiendo.

Al mismo tiempo, sigo siendo romántica. No es que contemple el suicidio de Werther; he superado la religión del sufrimiento fatal. Pero todavía necesito la expresión personal, la expresión personal directa. Cuando termino de escribir diez páginas de la novela humana, sencilla y sincera, cuando he escrito algunas páginas de la corrosiva y fantástica «Alraune», cuando he hecho diez páginas del laborioso y minucioso «Doble», sigo sin estar satisfecha. Siempre hay algo que me queda por decir. Y lo que tengo que decir es algo que realmente no tiene que ver con el artista o el arte; es la mujer la que tiene que hablar. Mi mundo sigue estando formado por Rank, Henry, mi Padre y Hugh. ¡Estoy inmensamente interesada por la clase de sonrisa que aparece en el rostro de Rank cuando hace un descubrimiento!

Me parece que podría escribir mi cuaderno de apuntes *después* de mi trabajo con lo que rebosa. El rebosamiento de lo *personal* y femenino. Los sentimientos que no son para los libros ni para el arte. Todo lo que quiero, no para luchar, sino para gozar. Mi vida es una serie permanente de *esfuerzo*, autodisciplina y voluntad. En el cuaderno de apuntes, pruebo, improviso. Incidentalmente, a veces, cuando improviso, compongo.

Empecé con el retrato de Rank porque no encajaba en otro sitio. Probemos.

Rank: Guardo un recuerdo borroso de vigorosidad, de conversaciones consistentes. De penetración. Los contenidos por sí solos son confusos. Imposible analizar su manera de analizar a causa de su espontaneidad, su imprevisibilidad, su atrevimiento, su hábil oportunismo. No advierto que sabe lo que voy a decir después ni que espera que haga esta afirmación que, por lo tanto, me ha sugerido. Espera, libre, presto a saltar, pero sin tener preparada la pequeña trampa que se cierra con un tópico o lugar común. Espera, libre. Y el rodeo de lo obvio empieza con la

expansión hacia lo mayor, lo más, lo superior, lo más lejano. Arte e imaginación. Siempre con esa alegría y viveza.

Me detuve un momento para buscar el orden y progreso de nuestras conversaciones. El orden impuesto por la realidad. Pero como Rank no cree en esa secuencia literal, percibo un orden nuevo, que es la elección de los acontecimientos dictada por el impulso sobresaliente del recuerdo, el relieve creado por el sentido de la totalidad. No hay una escala de progresión temporal.

Eso significa, de nuevo, el golpe mortal al diario, a cualquier secuencia rigurosa.

Perspectiva indiferente.

Sí, todo ha cambiado. Hay una visión preRank y hay un nadar postRank. Quizá, por fin, me ha hecho nadar en la vida, en lugar de tener acuarios. Los acuarios son signo de quietud. El amor a cosas tan grandiosas, tan sobrecogedoras, me paralizaba de miedo.

Avançons. II y a de l'audace au désordre, des lacunes dans la mémoire.

Lo que recuerdo es el día en que descubrió dos cosas: mi amor por la verdad exacta en oposición a las deformaciones artísticas, y el hecho de que fuera niña, esposa y amante, pero que, inadvertidamente, había eludido a la mujer. La pasión de Henry no había hecho de mí una mujer.

Cuando Rank dijo esto, se me reveló el aspecto material y literal del psicoanálisis y el trascendentalismo de Rank. La liberación del instinto sexual no crea madurez, no crea a la mujer. Los gestos sexuales no maduran el alma neurótica de la niña. Esto lo había sentido yo intensamente cuando me rebelé contra la petición de Allendy de aceptar con ligereza las relaciones «de-cinco-a-siete», como un paso hacia una visión normal, no trágica, del amor. Según él, para normalizarme tenía que actuar como una mujer normal, desde fuera hacia dentro. Y mi naturaleza se rebeló contra la falsedad de esto. Me conmovió escuchar a Rank hablando profunda y seriamente de la transformación desde dentro hacia fuera. Restituir el sexo a su lugar sagrado y secundario: quiero decir como un gesto que surge desde lo más hondo del ser, como expresión necesaria —la necesidad de la creación por parte del artista— que no puede ser obligada, y que, cuando es obligada, queda privada de su efectividad como expresión de madurez, de madurez emocional.

Las repercusiones de esta conversación fueron mágicas. Sentí, de pronto, una gran serenidad. Desaparecieron mi tensión y nerviosismo. Fue como si, con un conjuro, hubiera evocado a la mujer. La artista dejó de escribir. Me sentí llena de una gran actividad femenina. Hice aún más por Henry; quería servir a Henry, vivir mis deseos más hondos por el Tú, quienquiera que fuera, pues todo lo que sé es que él es, definitivamente y sin ninguna duda, el genio cuya esposa quiero ser.

Un gran cambio en mí, pero ningún cambio a mi alrededor. Rank adivinó que esto sucedería, que la mujer no encontraría una salida. No puedo hacer más por Henry, salvo convertirme en su esposa. Hago cosas por él continuamente, pero no como podría hacerlas una esposa. Rank no me necesita. Es autosuficiente en su trabajo, le tiene cariño.

Pero, durante unos días, gocé de lo que me sobraba de mujer. Rank advirtió el cambio de talante.

Hablamos de mi necesidad excesiva de verdad, de mis recelos por mi propia imaginación, del miedo a que, si no describo al instante un hecho, se deformará inmediatamente en mi cabeza. Mi

gran pasión por la exactitud, porque sé lo que se pierde con la perspectiva y el arte. El deseo que tenía de ser veraz con respecto al momento inmediato, al modo inmediato. Rank cuestionó la validez de esto. El artista, dijo, es un deformador, un inventor. No sabemos qué es la verdad, la visión inmediata o la última. Le expliqué cómo deformaba Henry y que nunca entendía las cosas como eran. Rank dijo que ésa es la naturaleza del artista. El genio es inventiva.

Luego hablamos del realismo de la mujer, y Rank dijo que quizá por eso las mujeres nunca han sido grandes artistas. No han inventado nada. Fue el hombre, no la mujer, quien inventó el alma.

Le pregunté si los artistas cuya obra es falsa, como una artificiosa excrecencia vinculada a su propia verdad personal, los artistas artificiosos, son más grandes que los artistas sinceros. Rank dijo que ésta era una pregunta que no había sabido todavía contestarse. «Quizá, para contestarla, tenga que escribir un libro para usted.»

Aquello me produjo una inmensa alegría, poco natural.

—Eso me gustaría más —le dije— que terminar mi novela.

—Es la mujer la que habla —dijo Rank—. Cuando la mujer neurótica se cura, se convierte en mujer. Cuando el hombre neurótico se cura, se convierte en artista. Veamos quién gana, si la mujer o la artista. De momento lo que usted necesita es convertirse en mujer.

Fue para mí el momento más jubiloso del análisis. También cuando sentí o adiviné al Rank hombre, detrás del analista, el hombre cálido, compasivo, adivinador, amable, expansivo. Detrás de su mirada, que al principio me pareció analítica, vi los ojos de un hombre que había conocido el dolor, grandes contrariedades, que entendía los más tenebrosos y profundos abismos, los más tristes.

Fue sólo un relámpago. Fue como si él también gozara del amable momento humano. Sabía él, quizá, que la mujer se desvanecería pronto, porque no había ninguna función para ella, que la función de la mujer es vivir para un hombre y que eso me estaba negado; que vivir fragmentada entre tres hombres era la negación de la mujer. Y que yo sería arrastrada de nuevo al arte.

Cuando escribo noto que me faltan los acordes. Para mí, las aventuras de la mente, cada inflexión del pensamiento, cada movimiento, matiz o descubrimiento es una fuente inagotable de júbilo.

Rank tiene la virtud mental del salto. Es apasionante ver cómo me arrincona, cómo me ataca y cómo agranda los problemas, como un creador que está allí para añadir, inventar, multiplicar y expansionar y no para analizar hasta la nada. No arrasa el terreno con el análisis; explora y se adentra rápidamente en la vida, la ilumina, en parte porque no busca una conclusión definitiva y estática. No trabaja para una determinada finalidad de juicio, sino que provoca, despierta, estimula, enriquece. Lo veo como el hombre de los ojos siempre muy abiertos. «Lo ve, lo ve, ¿eh? Y hay más...» Siempre hay *más*. Es inagotable. Cuando se encoge de hombros sé que ha descartado lo no esencial. Tiene el sentido de lo esencial, lo vital. Su mente siempre está concentrada; su comprensión nunca titubea. Expansión. Jocunda fertilidad de ideas. La virtud de elevar el incidente a su destino, de hacer que la corriente vital fluya.

Todavía me pregunto si no es la *presencia* del Rank hombre la que imparte la sabiduría que ofrece. Me cuesta trabajo retener las frases exactas. Su presencia, su ser, transmite toda clase de sutiles enseñanzas. Derrota al pasado y a su obsesiva y apretada garra, más por su entusiasmo, su interés y productividad, su exploración de ideas nuevas, su lucha contra los convencionalismos, que por una simple afirmación. ¡Es su vivacidad la que entona los cantos funerales! Sugiere vastos

y fugaces panoramas: el cósmico, el colectivo, el no egoísta. (Por cierto, es un hombre sumamente individualista que no es egoísta.)

Lo más sobresaliente es el don de Rank para extraer la esencia —la quintaesencia— del pensamiento. De sus libros podrían hacerse cientos. Con todo, lamenta no haber escrito una novela, ¡una novela que fuera sólo material destilado, disuelto, inflamado!

Seduje al mundo con un rostro cargado de tristeza, con un libro cargado de pesares. Y ahora me preparo para abandonar esa tristeza, ese pesar. Voy a salir de la cueva de mis libros protectores. Salgo sin mi libro. Me mantengo de pie sin muletas. Sin mi lástima enorme y difusa por los demás, y en la cual veía proyectadas las sombras de una mayor lástima por mí misma. Ya no siento más lástima, lo cual significa que ya no necesito recibirla.

Esta noche pienso en un autorretrato que aparte a mi yo de la disolución. Pero no estoy interesada en esto, o quizá mi yo ha sobrepasado la resurrección. Estoy gastada, desperdiciada, perdida, dada, vacía.

1 de febrero de 1934

—Realmente, Lawrence me importa un pito —dice Henry—. Soy yo quien busca su sitio, quien se explica.

Está instalado en la habitación aterciopelada, alfombrada y cómoda del 26 de la rué des Marronniers.

Me siento a la máquina, escribiendo al dictado para ayudar a Henry a que clasifique sus citas. Examiné con él el orden del libro [sobre Lawrence]. Deja que pruebe mi clasificación. Me pregunta: «¿Queda bien?».

Estos días, juntos, cuando estoy absorbida por Henry, están bien. Pero, cuando nos separamos, siento que otras cosas me empujan a alejarme, y eso me duele. Las exigencias de Hugh, la vida de Hugh, la casa, los criados, la familia, Padre.

Una letanía de cansancios.

La pérdida del yo.

Fue Rank quien me divorció, quien me aisló. Rank preguntó: «¿Es mayor su amor por Henry que el deseo de escapar de su Padre, en busca de lo opuesto, alejándose de él? Mire su relación objetivamente».

No hay ninguna objetividad. Sólo instinto.

Ciego instinto.

Me alejo de Hugh. Me alejo de Padre. Nunca de Henry. Oscilo, pero no me alejo, nunca.

He cambiado. Nada a mi alrededor ha cambiado. Soy más mujer. Y, desde entonces, así he permanecido.

Objetos. Casa. Comida. Belleza. Personas. Seres humanos.

Por encima de todo esto hay hombres que discuten, hablan, hablan y hablan. Creo que estoy furiosa como mujer. No mejor que June o Frieda.

Todo el daño tiene su origen en mí. Envio a Hugh a Allendy. Hugh envía a sus hermanas. Envío a Hugh sabiendo que Allendy me ama. Envío a las hermanas de Hugh sabiendo que sabrán que Allendy me amaba, que en todas partes se enfrentarán a mis triunfos.

No me estoy denigrando, sólo trato de aproximarme a la verdad. Pero siempre hay dos verdades. He intentado que Hugh se libere de mí (para irme con Henry), liberarlo del amor de sus hermanas, liberarme de mi sometimiento a Padre.

Lo que hice fue conquistar y derrotar a Allendy, despertar el odio de las hermanas, caer en brazos de mi Padre, inclinar más que nunca a Hugh hacia mí, porque me eligió por segunda vez en contra de su familia.

4 de febrero de 1934

Sentada entre Hugh y Donald Killgoer*, que cree en mí implícitamente, y escuchando lo que piensan (de la traición de Elsie a Donald), viendo su furia, su odio, su humillación, y, sabiendo que yo he hecho cosas cien veces más terribles y más inteligentes, más nobles y más tremendas, todo en mucha mayor escala, siento ganas de reír. Si, de pronto, confesara todo, Hugh se retorcería las manos, como hizo Donald, hasta restallarle los huesos, y desvariaría, como Donald, me maldeciría y querría matarme, como Donald quería matar a Elsie, diciendo: «Si me hubiera dicho la verdad. Son sus mentiras lo que no puedo resistir, sus mentiras y supercherías».

Trabajo en tres historias al mismo tiempo. Cada día, en les Marronniers, escribo unas cuantas páginas de la novela de Henry-June, la versión final [«Djuna»]. Y en un estado de locura, de nervios, obsesionada, escribo «Alraune», añadiendo páginas enfermizas y monstruosas. Siempre que vuelvo de casa de Padre, escribo unas pocas páginas de «El Doble», una historia que Rank alimentó e inspiró con su clarividencia del drama[33]. Esta noche, después de visitar a mi Padre, he añadido dos páginas basadas en mi incredulidad, en mi falta de fe en su pretendida fidelidad, porque lo juzgo por mí misma. Mi Doble no puede engañarme.

5 de febrero de 1934

Sentada aquí, esperando a Louise, después de trabajar cuatro horas con Henry en el esquema de su libro. Dije: «¡Traza un esquema!». Soy ágil y siempre sé lo que hay que arrojar por la borda para no sobrecargar nuestras alas. Pero no se fía de mí como hombre porque no tengo el conocimiento visible. Aun así, veo, sé, y siempre alcanzamos hermosas alturas, luchando con la inmensa cantidad de ramificaciones, expansiones y distensiones.

[33] «Alraune» fue una primera versión de *La casa del incesto*, y «El Doble» se convirtió en el título de un capítulo de *Invierno de artificio.*

Consigo la serenidad por agotamiento. Inercia del agotamiento. Bien. Me tumbo de espaldas y espero a que llamen a la puerta mientras escucho *El pájaro de fuego*. Olvido los detalles del drama de Donald porque es parecido al de Lawrence y Frieda, al de Henry y June, al de Padre y Madre. Y Donald, sin duda, terminará casándose con su verdugo. Me invade el distanciamiento de la madurez. Padre y su hambre de cono, como representando en la vida en lugar de vivir. Bah, eso es poca cosa. Busco el material real de la vida. *El drama profundo.*

6 de febrero de 1934

Seis horas de trabajo con Henry. Pensando con él, vigilando su actividad. Y encuentra tiempo y calor para las caricias.

Es tan hermoso el gran árbol del esquema. Henry, con un suave quimono de lana azul, pensando, fumando, hablando. Yo, sobre un cojín en el suelo, tomando notas, absorbiendo, aprendiendo, mirando cómo Henry devora a Lawrence con el fin de ofrecer algo que los demás sólo han rozado levemente. La mente de Henry, extrañamente plástica, imitativa, femenina. El genio es sensibilidad. Y el genio tiene un alma traicionera. Espero eso. En el fondo de mis alegrías hay siempre miedo, miedo a su inevitable crueldad.

Aquel período en la rué des Marronniers sigue siendo una especie de prueba. Rank se quedó con mi diario el 8 de noviembre. La mudanza me tuvo ocupada al principio, pero, una vez instalada, necesitaba cada noche mi diario como se necesita el opio. No quería nada, salvo el diario, para descansar en él, como en el seno materno. Pero también quería salvarme. Así que me esforcé y luché. Y me puse delante de la máquina y escribí.

Una lucha intensa.

Aproximadamente un mes más tarde, empecé el retrato de Rank en un volumen del diario, y Rank creyó que no era el diario lo que había resucitado, sino, todo lo más, un cuaderno de notas. La diferencia es sutil y difícil de captar. Pero la percibí. Consiste sobre todo en *no alimentar la planta neurótica.*

Inicié mi vida en les Marronniers. Trabajo. Gente. Ninguna comunicación con el yo. Y ahora ni siquiera Rank. Esto sólo pude conseguirlo reencontrándome a mí misma, perdida en mi Padre.

De hecho, mi conexión con Padre terminó en Evaux. Tuve un presentimiento de esta separación cuando lloré más de lo justificado por un mes de separación. Lo sabía.

Cuando nos encontramos en Louveciennes había malestar entre nosotros. Los dos fingimos (ambos con la misma naturaleza, engaño, amabilidad). Padre dijo que era el terror a ser sorprendido. Yo dije que era el ver de nuevo a Maruca cada día. Rank dijo que era la culpa.

Pero ¿cómo separarme de Padre sin hacerle daño?

Yo quería conseguir, a mi manera, que Padre admitiera poco a poco el malestar y señalarle poco a poco la posible causa. Pero es un embustero con una larga experiencia. Ni siquiera es sincero consigo mismo. Simplemente quedó en verse conmigo, en junio, en Evaux.

Le hice la escenita del «Tú no me amas», pura costumbre. Padre contestó con su habitual manera elocuente, con una escena de su propia condición impulsiva: «Tú no me amas, no me abandones». Lloramos, nos besamos, y desde entonces no he sentido ningún remordimiento o estremecimiento, ni siquiera celos. Una especie de fatalismo. Acabó el acoso del dolor, la culpa o la confusión. Me doy cuenta de todas nuestras diferencias y, en cuanto a las semejanzas, me sirven para hacer literatura. Me siento dura por dentro, porque Padre es menos honesto que yo en el análisis final, y es vano. ¡Vano y comediante!

En mi historia «El Doble», la tragedia se atenúa y el amor casi desaparece. Indiferencia ahora. La profunda desilusión, realmente, de que no es el hombre entre los hombres. Pero no puedo seguir un camino intermedio: O lo amo o lo odio. Ahora sólo lo odio.

Después de pasar la tarde con Henry, voy a casa a cenar con Hugh, Eduardo, Thomas (la «esposa» de Eduardo) y Donald. Y empiezo una viva descripción de mi tarde en casa de los Lowenfels: La tripa de la señora Lowenfels (el niño nacerá dentro de un mes), los seis gatos, la pregunta de la pequeña al padre y la intervención de Henry («Primero tienes que aclarar tus palabras»), el desorden, la charla alocada (entresacada de la tenida esta tarde), y divierto a todo el grupo con la viveza de mi descripción. (Lo del embarazo y la anécdota de la niña tranquilizan a Hugh.)

He inventado también que Caresse Crosby*, la editora, tiene una casa en Fontenay-aux-Roses, donde me invita a menudo a pasar la noche y donde puedo ir cada vez que Hugh se ausenta, porque allí puedo trabajar. Y digo que no tiene teléfono (para que Hugh no pueda localizarme). Esto me permite, de vez en cuando, quedarme toda la noche con Henry.

Durante el almuerzo, para divertir a Padre, describo esta casa como la vida que quisiera llevar en Louveciennes (Caresse Crosby sería la mujer que yo quiero ser, ¡una viuda rica y editora!). Allí la gente trabaja todo el día y sólo se reúne por la noche, para la cena. Luego leemos lo que hemos escrito y lo que planeamos escribir y nos criticamos mutuamente.

Vivo arropada por mentiras que no penetran en mi alma.

No estoy pervertida por mis mentiras como le ocurre a Padre. Mis mentiras son como vestidos. Mi alma permanece intacta; la concha del misterio puede quebrarse y surgir de nuevo al día siguiente. Pero siempre puedo ver la cara de mis actos al despertarme cada mañana.

En junio estoy dispuesta a revelar la verdad a mi Padre: «Somos demasiado viejos y sabios para seguir fingiendo. Gocemos de nuestra madurez y no seamos románticos. Seguirás siendo un Don Juan hasta que mueras, porque a ti te gusta la espuma de la conquista. Estás hecho para lo transitorio, no para lo absoluto. Entre nosotros sólo hay narcisismo, y yo ya lo he superado. Hagámonos el favor de no mentirnos mutuamente».

Pero sé que no tiene el mismo coraje que yo. Necesita admirarse. Y esto yo ya lo he superado.

Noche de histeria en les Marronniers.

Elegir entre quedarme en medio de la habitación y romper a llorar histéricamente, o escribir. La sensación de que, para abandonar mi ceguera, voy a declararme en rebeldía furiosa y salvaje contra mi vida, contra la dominación que en ella ejerce la ternura de Hugh, la dominación de mi

Padre, mi deseo de ser una artista libre con Henry, mi miedo a no ser físicamente fuerte para serlo, mi deseo de enloquecer. Miedo a la furia de mi fiebre y desesperación, a mi excesiva melancolía. Miedo a volverme loca. Entonces me siento ante la máquina de escribir y me digo: Escribe, mujer débil; escribe, mujer loca, saca afuera tus miserias, tus entrañas, vierte afuera lo que te atasca, grita obscenamente. Qué es la rebelión sino una forma negativa de vivir. Crucifica a tu Padre. Y es la mujer maldita que llevo dentro la causante de la locura, la mujer con su amante, su dedicación y sus cadenas. Oh, ser libre, ser masculina, puramente artista. Ocuparse sólo del arte.

Carta al Dr. Rank: Además de estar en deuda con usted por mi nueva vida, le debo mi enorme inspiración. Nunca seré capaz de decirle con qué intensidad he advertido y admirado la sutileza y prontitud de sus percepciones, su penetración y sapiencia, la profundidad de su simpatía. Le estoy hondamente agradecida. Y anoche usted triunfó plenamente. Tuve el diario en mi mano y no escribí en él, ni voy a hacerlo nunca. He puesto toda mi confianza en usted.

14 de febrero de 1934

Padre ha invitado a almorzar a Henry. Encuentro interesante. Padre sin naturalidad y Henry lleno de placeres naturales, de respeto, de humildad. Cuando llega, Padre le dice: «He aquí el monstruo, el fenómeno que ha creado Anaïs». Henry se sirve el postre en el tazón de lavarse los dedos, lo cual divierte a Maruca. Henry está emocionado por la casa, por los archivos de Padre y su laboriosidad. Desea una casa así, una vida organizada.

El mundo de los sueños se está convirtiendo en mi especialidad. Ahora Henry ha reunido todos los suyos y los está reescribiendo, los transforma, extendiéndolos como una conclusión de *Primavera negra*, recapitulando los temas del libro. Estuve atenta a los momentos en que salía del sueño.

Carta al Dr. Rank: Quiero confesarle algo: Cuando dije que estaba segura de que usted no iba a abandonarme, no era seguridad como usted piensa. Era porque mi esposo me ha enseñado que existen grandes afinidades entre su horóscopo y el mío. Por eso, hoy, cuando usted me dijo con tanta indiferencia que le dejara una nota con mi nueva dirección, me dio pena. Pensé: ¡Quizá he puesto demasiada fe en la astrología! Por favor, avíseme cuando se encuentre bien. Me gustaría serle útil, de la misma forma en que usted lo fue conmigo. El jueves estaré en la avenida Víctor Hugo, 49. Pero le telefonearé antes para saber cómo se encuentra. Con mis mejores deseos.

Como me doy cuenta del fervor con que me pierdo en los seres que amo, me esfuerzo en distinguir entre mí misma y Henry, en desenmarañar su trabajo del mío cuando se confunden. Debo salvar mi individualidad. El amor devora a la artista. ¿Es una buena señal?

Rebelión de la mujer artista, quien, porque comprende el trabajo del hombre y exige menos que nadie, no es tratada como mujer. La mujer primitiva, que exige toda la vida del hombre y que

aborrece su trabajo, obtiene todo lo que quiere. Yo tengo el amor de los egoístas porque encajo en los esquemas de sus creaciones. Y ya estoy cansada de amor egoísta. Cansada. Muerta de cansancio. No pido que el hombre renuncie por mí a su trabajo. Participo del trabajo, lo alimento, lo apoyo, pero, mientras menos exijo, más se me trata como a un compañero de trabajo. Y ya he tenido demasiado de eso. He hecho mi papel maravillosamente. Soy siempre la mujer a quien acuden los hombres cuando están hartos de la mujer primitiva. Pero esta mujer primitiva que había gritado, protestado furiosamente y exigido lo que le era debido, que destruía el trabajo y lo despreciaba, esta mujer ha sido la que ha conseguido la mejor parte de la vida de los hombres. Yo los tengo cuando desean crear, cuando necesitan paz y comprensión, y estoy cansada de mi hermoso papel. Me adulan y me alaban porque no soy *encombrante*, porque encajo en su nuevo esquema. Y me privan de la mujer que hay en mí.

Sueño: Llego al apartamento que hemos decidido alquilar en la avenida Víctor Hugo y empiezo a instalarme. Teresa* [la criada] está lavando en la cocina. Voy al dormitorio, entro y veo a un hombre durmiendo en la cama. Estoy muy sorprendida. Me voy de puntillas para no despertarlo. Voy a la cocina. Luego vienen dos hombres y se excusan porque no han abandonado el apartamento y dicen que lo harán ahora, y yo, muy amablemente, les digo que está bien, que no necesitan darse prisa. Son muy galantes conmigo, pero no los conozco. Uno de ellos se parece a Rank. Me gustaría invitarlos a que se queden, pero temo a lo que pueda decir Hugh. Miro afuera y veo que la casa está construida sobre un río. Delante hay un bello sendero de losas, bordeado de flores, pero está debajo del agua, cuesta abajo y no puedo caminar por él. Me dicen que el nivel del río ha subido un poco y ha cubierto el paseo, que veo transparente y muy poético bajo el agua. Luego voy al estudio y miro por la ventana. Miro los cimientos de la casa y veo que son muy sólidos, aunque el río corre por ellos. Cada hora o así la casa gira sobre sus cimientos, como el solárium de Aix-les-Bains, para seguir el sol. Contemplo las maniobras y me pregunto cómo es posible hacer esto tan ingeniosamente en un río lleno de barcas y de bañistas. Mi Padre, muy amoroso, está sentado conmigo en el sofá, justo delante de mi Madre. Veo que están empezando a reconciliarse. Se escriben mensajes en un bloc. Pero lo que escriben son nombres de personas de cuya lealtad dudan. Madre anota nombres y Padre niega con la cabeza. Luego es él quien escribe los nombres y Madre parece como si supiera que él está equivocado en cuanto a la lealtad de aquellas personas. Madre escribe la palabra *Alazabel*, y Padre dice que no. Me pregunto cuándo van a empezar a reñir, pero no lo hacen. Padre suda, es muy natural, tan natural como Henry, y eso me sorprende. Hay muchos gatos alrededor, y el perro, Banco. Quiero sacar a los gatos, pero le tienen miedo al agua. Pienso que es maravilloso que yo no sienta ahora miedo de vivir en una casa sobre el agua, con los diarios y todo lo demás, cuando antes me hubiera importado.

Asociación: *Alazabel* es el nombre de un miembro del cuarteto Aguilar, que son amigos de Padre. La casa sobre el agua se parece al castillo que vi en Turena, construido en medio de un río, lo cual me inquietó cuando lo vi. Imaginaba que podían arrastrarlo las aguas. Los gatos y el perro de casa, que acostumbraba a temer que se subieran sobre mí. Ayer planeaba invitar a Don a quedarse con nosotros, para disminuir los gastos del apartamento y porque es joven y está solo.

Rué des Marronniers. Habitación al patio. Música intermitente de un fonógrafo abajo, que toca *Please*, y del conservatorio. La mujer de la habitación de al lado se suena la nariz y suena como una trompeta. Una máquina de escribir grande. El mapa de Henry en el tablero de dibujo de

«World of Lawrence». Libro de Jung, Sumner sobre modos populares, *La montaña mágica* de Thomas Mann, el abrecartas de Padre, el archivo con las trescientas fichas que hemos rellenado juntos, Henry y yo. El despertador de Henry. Cuando está de humor sociable, trabaja en mi habitación y duerme conmigo. Cuando se siente independiente, duerme en su habitación y se va al café después de medianoche, cuando yo empiezo a dormirme.

No bebe. Cuida de su salud y se adapta a un ritmo más lento. Habla consigo mismo y escribe. Es ilógico y contradictorio. Pero todas las cosas pequeñas se pierden en la amplia expansión de nuestra vida en común. Todo se agranda en un fino y amplio movimiento, en curvas y ritmos. Hay una continuidad y una intensidad mágicas. Es la vida intensa que casi todo el mundo busca en vano. Todo lo demás es pequeño, fragmentado, superficial (Henry dice eso). En esta grandiosidad se pierden mis temores pequeños, mis rabietas, los pequeños problemas, las contrariedades. Puedo llevar esta vida aumentada y la doy a mi yo *aumentado.*

4 de marzo de 1934

Fui a ver a Hugh, que me recibió como a una amante nueva y preciosa. Llegamos a una importante decisión: conservar Louveciennes y vivir allí de abril a octubre, y luego cerrar la casa para vivir en París desde octubre a abril.

El miedo de perder Louveciennes me había atormentado. Louveciennes, el símbolo de la *creatividad en vida*. Hogar. La base para la creación y la vida. *Un foyer*. Sueño de vivir allí con Henry y de atraer allí a todo el mundo. Sueños que estoy resuelta a llevar a cabo.

6 de marzo de 1934

Terminé la novela. Sólo necesita unos pequeños retoques y las correcciones de Henry. De mil páginas del diario ha salido una novela corta. Mucho del diario queda eliminado por el arte. Vamos a ver en qué se convierte «El Doble», que es la experiencia que sigue al episodio de Henry-y-June. Es más breve en el diario y más extenso en literatura. *Allons voir.*

Richard Osborn escribe a Henry: El otro día fui al cine y vi a Kay Francis en *Mandalay*, y me pareció igual que Anaïs: alta, lánguida y bella, con ojos sorprendidos y un alma intensa y apasionada, voz fina y ceceante, directa, tímida, pero sutil; la clase de mujer que, cuando un hombre parece que tiene fuera las entrañas, puede volver a ponerlas en su sitio.

Henry y yo hemos creado un mundo, pero nadie más, salvo Rank, tiene sitio en él. Henry está harto de Lowenfels, harto de todos. Cuando lo conocí, no le importaba si un amigo no encajaba en su mundo, del cual era menos consciente. Aún no había nacido.

8 de marzo de 1934

Me vengo abajo con las críticas. Soy tan cobarde que no puedo soportarlas. Pienso entonces que Henry está defraudado y que mi libro no vale nada. Pierdo la confianza en mí misma. Sólo siento un terror inmenso, una desmoralización completa.. Mi mayor debilidad. Diablos.

Al día siguiente me deshago de todo el libro y trazo un plan diferente. Tengo ganas de quitarme de encima este libro. Me está devorando.

11 de marzo de 1934

He hecho un gran cambio. Un cambio atrevido. Me he inventado toda una escena con Henry, a la que llamo «el fracaso del narcisismo».

12 de marzo de 1934

Aparición de la tigresa. En el camino a casa de Padre sabía que iba a explotar y que no dejaría que se fuera a España sin informarle de que lo había abandonado —para adelantarme a él—, para reírme de su estúpida caza de conos, para hacerle sufrir antes de que él me lo hiciera a mí.

Los dos tigres. Le di los billetes de tren que había encargado a Hugh y le dije: «No se los enseñes a Maruca, porque el agente de viajes escribe aquí que no hay compartimientos para *dos* en este tren».

El dolor de todo esto me tiene sin cuidado. Sólo pienso en el libro que quiero escribir, el libro más difícil y más terrible. En lugar de escribir en el diario, me apresuro a añadir cuatro páginas con nuestra conversación, fría y exactamente. Anoto con frialdad todo. Sin que me importe. Me siento aquí y pongo la radio: jazz. Muy dentro de mí, me importa, pero no quiero que me importe. Quiero ahogar la lástima. Me siento dura y llena de crueldad. De una inmensa crueldad. Quiero telefonear a Padre, que oiga el jazz, y decirle: «Aquí estoy. He estado viviendo con Henry a pocas manzanas de tu casa. Delante de tus propias narices». Delante de las narices de Allendy. Delante de las narices de todo el mundo. Ahora me he convertido en una tigresa. Haré sufrir a los hombres. Escribo, pues, mi libro, observándolo todo. Sin desperdiciar emociones. Sin neurosis. Arte. ¡Dureza, impersonalidad! Quiero escribir el libro sobre el incesto más infame, más duro y más real.

Puedo ver ahora con claridad el monstruo que llevo dentro. Hay demasiada dulzura en la novela de June-Henry. No hay en ella el suficiente espíritu demoniaco de traición que me empuja. La crueldad es necesaria.

Pero ahora la mía aparece como un rayo. La descargo por sorpresa sobre la gente. Sin que nada los advierta. Volcanes. Nada advirtió a mi Padre del golpe de hoy. Pensó que yo era más terrible de lo que él nunca ha sido, pero sé que no es así. También él es un tigre. Su sensibilidad y sus lágrimas, sólo debilidad. Como la mía.

Autoafirmación, injusta, cruel, necesaria. Debo ser sincera conmigo misma. Hay una salvaje dentro de mí, una mujer primitiva. Una salvaje. Nada de compasión. Tengo que estallar. No me

importa que Padre se ponga enfermo. Se pone enfermo para inspirar compasión. Trabaja hasta el agotamiento para la gloria, la vanidad, los títulos, para ser admirado; *no* para proteger a Maruca o para pagar su paso por la vida, porque, si fuera así, podría prescindir del peluquero en casa, de las visitas del médico a domicilio, del Chrysler, de las grandes propinas, mientras Maruca se priva de todo. Trabaja, oh, tan duramente, para viajar a todo lujo en Pullman, para alojarse en el Ritz. Asqueroso. Su vida no tiene sentido ni orientación profunda. Sólo forma, demostración, estilo, fachada.

Cómo le reprocho todo esto a Padre. Amargamente. Directamente. Cruelmente.

16 de marzo de 1934

Batalla ganada únicamente por mí. Parto final. Nacimiento de la diferencia entre Padre y yo, nacimiento, por lo tanto, de mi propia individualidad aislada. Padre me ha fallado. Cuando, después de nuestra escena, se puso enfermo, cuando me dejó ir a verlo por compasión, cuando dijo con aire teatral y trágico: «Delante de Maruca deseo demostrar que pedí un compartimiento doble», dejó de lado lo que había entre nosotros. No supo ver todo lo demás. Se refugió en la imagen que Maruca se ha formado de él, un hombre fiel, sencillo, honrado y sincero. Delante de ella, me dijo: «¡Lo que me duele es que me hayas llamado embustero!». Delante de Maruca, cuando él sabe que lo es. El ángel suave e inocente.

Pero yo estaba agotada por mi lucha. Desesperada, frustrada y sin esperanzas, empecé a sollozar histéricamente —deseaba irme— de pie, delante de una ventana abierta, necesitada de aire. Entonces vino el ser pueril, llorando débilmente, con la voz gimoteante y femenina que tanto detesto. Y nos reconciliamos. Me di por vencida; lloré. Nos reconciliábamos mientras me despedía de toda esperanza, de mi deseo de una relación absolutamente honesta. Quiere mentiras amables. Es débil y pueril. Habla otro lenguaje. Yo había intentado encontrar un igual y sólo encontré diferencias.

Estoy resignada, cansada, distanciada. Cansada de todo. He estado enferma y febril. La vida no tiene sabor. Sólo el sabor de la desilusión. No puedo saborear a Henry, ni esta casa, ni mi trabajo. Henry, también, es como la arena. Nada para construir. En ninguna parte, en ninguna parte podré construir una relación humana fuerte. Henry es un vagabundo, no un esposo. No se puede construir con él. Es «traidor hasta la médula». Debe serlo.

En consecuencia, el diario, el yo, la soledad, la singularidad. Al infierno con las relaciones humanas.

Mientras escribo mi novela, veo con alegría que es una avenida de escape de todos ellos. Escape. Huida.

La *escena* siempre encaja en el mismo modelo, el modelo de mi destino. Hago que parezca que sufro mi carencia de amor. El hecho de que yo sea quien engañe, quien traicione, nunca se me ocurre. Estoy fundida en un molde para recibir dolor, no puedo escapar a eso. Pero yo puedo causar dolor. Sólo con que revelara todo a Hugh, a mi Padre o a Henry. Pero no siento la tentación de hacerlo.

¡Rank! Echo mucho en falta a Rank. Es tan amable, tan comprensivo, tan sólido, tan serio.

27 de marzo de 1934

Envejecida, un poco fatigada, un poco irónica. Desinflamiento. Vaciada en la novela, y ya sé que no estoy satisfecha y que voy a escribir un libro mejor. Sintiendo que hay menos Dios en el hombre de lo que había creído; la necesidad de un dios no humano, de autodependencia. Sin embargo, no puedo acostarme con personajes no mitológicos como Don. Cuando dejo que se vaya a Milán sin darle lo que quería, este muchacho hermoso y magnético sabía que sólo podían poseerme las bestias mitológicas, los artistas, los magos, los poetas.

Ahora que sé que no habrá nada profundo entre Padre y yo, estoy hastiada de *toda* la vida. Parece que he llegado a un alto en el camino. La única avenida es el arte. Libros y más libros. Pero nada de introspección.

Sueño: Joaquín, o Hugh, se cae del caballo. Me lo traen cortado en pedazos en una bandeja de plata. Es un pollo. Miro las patas, la cabeza, las alas, todo a pedazos y digo: «No es posible que haya muerto». Se llevan la bandeja.

Alguien dice: «Aún respira».

Sueño: Rank y yo escuchamos un fonógrafo. De pronto, Rank coge la rueda de la aguja y la lleva sobre el disco, empujando, arañándolo, y yo admiro su fuerza. Dice: «Así sonará mejor la música». Dejo que me haga el amor y me siento muy feliz. Pero, súbitamente, me retiro y me miro en un espejo: *tengo barba*.

Interpretación de Eduardo: El disco es como el destino, girando fatalmente. Rank *interfiere* en el destino y, como un dios, lo modifica. Luego quiero someterme a él. Pero veo que soy un hombre. Deseo ser hombre para obrar como él.

Notas: Henry habla de que cada vez tiene menos cosas buenas para mí.

Sentimiento compasivo para Madre. Me convierto en mujer, en individuo y, luego, en *amiga* de mis padres, no hija. Comprensión de Madre, compasión, simpatía. Porque ahora estoy distanciada. Ya no necesito *luchar* por mi independencia. Amistad.

Amistad con Eduardo.

Discusiones con Henry por su sentido crítico. Peleo, pero razonablemente. Siempre llegamos a alguna parte y ¡siempre tiene razón!

Siento *menos amor* por Henry. ¿O es madurez? *Me importa* menos. Lo contemplo con un poco de ironía, con algo de tristeza. Estoy tremendamente triste, hasta el fondo. Distanciada. Hastiada. Pasiva. Indiferente.

Ya tengo en la cabeza el otro libro. Lo titularé *Don Juan y su hija*.

Todas las palabras de *queja* a causa de la salud. La salud, por supuesto, la hija de puta, siempre me falla. Mal humor; color amarillo; ningún sabor me atrae.

28 de marzo de 1934

Fecha importante: Henry y yo volvemos a nuestro plan original, ser nuestros propios editores. El plan que hicimos en el jardín de Louveciennes.

Kahane* ha fallado, tanto en el negocio como en su lealtad y confianza con Henry. Bradley ha llamado a Henry *poète maudit* y ha dejado de sentir interés por él.

En lugar de verlo otra vez frustrado (y no será una vez, porque cada libro que escriba le presentará el mismo problema), voy a romperme el cuello y a conseguir que publique. El y yo, solos, contra el mundo. Lowenfels, que es otro escritor con los ojos puestos en mí como fuente fructífera, tiene que ser eliminado. El instinto de Henry, también, recela de Lowenfels. Y, sobre todo, simbólicamente, tiene que permanecer solo. Pero yo haré todo el camino con él. En el fondo, necesita independencia. Y yo quiero dársela. Lo quiero libre y fuerte.

Una empresa íntima, dice él. El y yo, uno. Bailamos juntos, gritamos, reímos. Nos sentimos tan libres. Y nos enfurecemos al ver que todo el mundo pone obstáculos, hace sufrir, con los ojos puestos tan sólo en la ganancia: dinero. Todos están preocupados por el dinero, el miedo a arriesgarse. Qué adecuado es que Henry y yo dirijamos el trabajo directamente.

Tan pronto como Henry se siente libre, recupera el coraje y la ambición.

Mi intuición siempre se extravía porque tengo celos de *todas* las mujeres. Imagino que *cada* mujer va a quitarme mis amores. ¡Todos mis amores! ¡En eso, soy tan ciega como un topo!

Domingo de Pascua. Louveciennes. Aterrizo en la realidad con mi habitual absolutismo y exageración. La casa. Sucia y descuidada. Empiezo a limpiarla de arriba abajo, desde el ático hasta el sótano. Terrenal y doméstica. Manos sucias y estropeadas. Pero cada armario, cada rincón, queda limpio. Alegría saludable y exuberancia. Nada de pensamientos. Comida. Orden. Organización. Clasificación. Cuidado. Trabajo con las manos. Tan orgullosa de mi casa como de lo que escribo. Dispuesta a mirar mi libro con nuevos ojos, para darle el toque final.

Me siento terriblemente disciplinada y aterrorizada por el efecto de mi autoafirmación. El amor por Hugh se vuelve odio. No puedo soportar su proximidad, sus derrotas, su deseo por mí. Necesito independencia.

Terminada la dulzura hipócrita. Terminada la *adoración* del hombre, de todos los hombres. Nunca más la mujer esclava.

Llena de fortaleza, como la fortaleza de mis manos magulladas.

15 de abril de 1934

Ahora sólo toco los puntos sobresalientes. El análisis se ha terminado y estoy desolada por no poder hablar ya con Rank. Lo echo en falta, echo en falta su intensidad, su vivacidad; me siento muy unida a él.

Lo invito inmediatamente a cenar aquí, junto con Henry. Una noche decepcionante, con la glacial y árida señora Rank, que corta las alas de todos. Pero Rank habló como en sus libros (una sinceridad característica entre su manera de hablar y escribir). Henry, como de costumbre, rompió la tensión y suavizó la atmósfera con su gozo por la comida.

Adoro a Henry más que nunca. Es el hombre que nunca abusa de su voluntad; no retuerce o fuerza las cosas, sino que se deja ir y sólo desea la creatividad (el tema de Rank de la *volonté du bonheur*). Volveré a retratar a Henry en mi próxima novela. Siempre Henry.

Necesito de nuevo el diario para comunicarme con la verdad. Sólo ocasionalmente. Me he entregado a la ilusión. Vivo encerrada en mi trabajo.

Preparo un viaje a Londres para ocuparme de los libros de Henry.

El 7 de abril, envié mi manuscrito a W. A. Bradley.

Muy poca introspección. Una vez al mes me vuelvo definitiva y completamente loca, pero conscientemente. Locamente sensible, locamente celosa y tan desesperada por la desilusión que ansío drogarme y beber. Pero me dejo arrastrar. Y una mañana me despierto cuerda, sin motivo aparente.

Mi casa es un orden edificante. He tirado todo el lastre, manuscritos, copias, cartas antiguas, para sentirme ligera y en posesión de poco.

Pobre Madre, con su amor oscuro e instintivo. Ha sufrido sola. No mi Padre. No es lo suficientemente completo para sufrir.

Hugh hizo el horóscopo de Rank antes de conocerlo. Absolutamente exacto.

Telegrama de Rebecca West*: «Encantada de su próxima visita. Sigue carta».

22 de abril de 1934

Los celos son definitivamente una enfermedad. Porque Maruca se siente atraída por Henry, imagino que Henry le corresponde. Me torturo y obsesiono un día y una noche. Voy a ver a Henry. Me recibe en la cama, esperando que me acueste con él. Dice que Maruca es boba. Y mis temores desaparecen inmediatamente.

Vuelvo a casa para una cena importante y paso toda la velada alegre y suavemente. En mitad de la cena, sonrío recordando las caricias de Henry.

Toda mi felicidad está en sus manos. Dependo completamente de él. Es terrible y hermoso y trágico.

Se ha mudado al centro de la ciudad, harto del aburrimiento de Auteuil.

Paso la noche en la fea habitación, que a él le gusta por su fealdad. Recorro con él las callejas sucias y mórbidas. Se duerme preguntándome: «¿Estás bien? ¿Estás calentita?». Apenas nos despertamos por la mañana, nos abrazamos apretadamente.

Desayuno con Henry en el café que hay enfrente del Metro Cadet, ¡donde me citaba con Allendy!

Voy sola a Londres, por Henry, pero así huyo también de Henry, porque quiero mantener viva en mí la necesaria independencia para conservarlo. ¡Nunca he sido tan valerosa o tan grande en ninguno de mis amores!

25 de abril de 1934

Camino de Londres. Camino de toda clase de comprensiones.

Antes de irme, asesto un golpe cruel a Padre, dejando que Maruca le informe de que intento separarme de Hugh para casarme con Henry. Le cuento a Maruca todo mi amor por Henry, porque sé que se lo dirá a Padre. Le escribí una vaga carta de despedida, hablando del fracaso de nuestro sueño.

También, antes de irme, me gano a Kahane con un maravilloso discurso, y va a publicar *Trópico de Cáncer* de Henry, pero, eso sí, yo he de pagar la impresión. Estuve pletórica de coraje, determinación y elocuencia.

En la cresta de mi coraje, visité a Sylvia Beach, a Anne Greene y a Rank. Rank me aplaudió. Dijo, refiriéndose a este viejo modelo según el cual todavía vivo, el modelo del dolor, que finalmente podría acabar con él mediante el libro sobre Padre.

Ahora me llevo bien con toda clase de gente y no pido más que una especie de chispa humana.

Ya no asusto a la gente ordinaria, pero, *par contre*, me asusto de mí misma, porque la única manera de abandonar mi papel de víctima es haciendo que los demás lo sean. Me veo usando y engañando a Hugh, tal como June engañaba a Henry. Me veo haciendo daño a mi Padre porque él me lo hace a mí.

Pero sigo adelante. No me detengo a juzgar. Subo al tren, simplemente porque estoy llena de planes visionarios para Henry y para mí. Debo buscar a un hombre llamado Cecil Wilson, que apareció en un sueño para servirme. He soñado el número de mi próximo billete de lotería, el 1912 N.

Maruca, el ángel, me odia. Despierto en ella sus malos instintos, el miedo y los celos.

Me siento en una silla plegable, en la segunda clase de la cubierta de popa, contemplada tiernamente por un joven marinero inglés, y escribo unos pocos titulares telegráficos para mi diario. Sueño que Rebecca West y yo vamos a amarnos.

Llevo en mi carpeta de música el «Autorretrato» de Henry *(Primavera negra)*, y su manuscrito sobre Lawrence. Guardo el recuerdo de una despedida muy amorosa: la fea y hermosa habitación, su helada temperatura, pero la cama cálida, las manos cálidas y los celos de Henry por lo que será la «perpetua suavidad» de Londres.

Joaquín no puede leer mi novela a causa de sus celos por Henry. Maruca me dice que Padre está de un humor terrible; Hugh se me adhiere, lo mismo que Henry; Rank es tierno; soporto bien el recuerdo de Allendy; Eduardo está amarillo de celos: «No te pagaré el alquiler, Anaïs, porque no puedo resistir la idea de que mi dinero vaya a parar a Henry».

Tengo una tenia emocional. Nunca como bastante.

Bueno, pues ahí está Londres. Para devorarlo.

27 de abril de 1934

Ya todo arreglado, fui con el corazón palpitante a la mansión palaciega de Rebecca West. Cuando bajé del alto taxi londinense, el portero me puso una alfombra a los pies, como si bajara de la giba de un camello.

Salón estilo Imperio. Majestuoso y frío, con ventanales abalconados sobre Londres.

Rebecca West entra *en coup de vent*, ágil, ojos centelleantes.

—¡Oh, pareces una princesa rumana! —me dice.

Me bombardea con preguntas mientras nos sentamos delante de una chimenea con fuego eléctrico. Qué ojos tan brillantes e inteligentes de cervatillo. Pola Negri sin belleza y con dentadura inglesa, atormentada, con voz atiplada y forzada que hace daño al oído. Sólo coincidimos en dos aspectos, inteligencia y humanidad. Me gusta su redondeado cuerpo de matrona. Pero no hay nada oscuro en ella. Está desasosegada. La intimido. Se excusa por el desorden de sus cabellos, por estar cansada.

Almuerzo formal, elegante, con su hijo de diecinueve años. Estoy un poco incómoda por la atmósfera *encaustique* y de *grand monde*, que yo aborrezco. Aun así, cuando Rebecca habla, es real. Cuando no habla, brilla difusamente, zorra y madre de manos terrosas, vestida en un tono equivocado de verde, en una casa bellamente decorada que no refleja un alma particularmente individual.

Expongo mi misión. Hablo de los libros de Henry.

Rebecca empieza por invitarme a cenar para que conozca gente, un editor americano, un dramaturgo inglés, la sobrina de Somerset Maugham.

Cuando llego, Rebecca me parece una suntuosa mujer renacentista, con su vestido de terciopelo negro y guirnaldas de plata, y sus prominentes senos asomando por el escote cuadrado. Al levantarse, deja caer su pañuelo delante de mí y dice: «Dejo caer mi pañuelo delante de ti. Es un homenaje que te hago, ¿verdad?».

Esta vez el fuego de la chimenea es real. Las otras dos mujeres son muy decorativas. Es la sobrina de Maugham, y no Rebecca West, la que habla sin parar, jovial, vertiginosa, con ojos maliciosos y boca de fruta. Me encanta su vivacidad y me dedica su burbujeante atención. La charla es refinada, llena de frases despreocupadas como «sabes-realmente-no-me-importa-de-una-manera-u-otra», que yo tanto detesto, pero esa noche me gustó todo, como me gustaron el helado de color rosa y las galletas del mismo color, sabedora de que el color rosa formaba parte de la decoración y no añadía nada a las vitaminas. Rebecca West piensa y actúa como yo antes de conocer a Rank, un poco abstraída, un poco incómoda, queriendo brillar exclusivamente, pero aún tímida en el fondo para conseguirlo, nerviosa y hablando bastante menos bien de como escribe. Sentí una gran simpatía por ella, aunque no pude mostrársela, porque, una vez, cuando le dije: «No, no vendré a verte inmediatamente después de tu visita al dentista para sacarte una muela, porque estarás cansada», torció el gesto, se tocó el cabello en un ademán desvalido y contestó: «¿Tan mal aspecto te parece que tengo?».

Telefoneó a su agente, el señor Peters. Telefoneó a Jonathan Cape. Llevé los manuscritos a Peters. Ella no tenía tiempo de leerlos.

Hoy pasaré la tarde con ella. Luego, tendré que irme, porque mi acopio de coraje está disminuyendo. Estar sola en Londres (no quiero ver a nadie que no me interese realmente). Comer sola. Todo eso me duele un poco. Los hombres me persiguen con la mirada y hay momentos en que me siento tentada. Aventura. Todo resulta un poco menos de lo que había imaginado.

Sábado. Almuerzo con Rebecca. Su hijo está presente. Cada vez más desilusionada por su asexualidad, su dedicación hogareña y su último libro sobre san Agustín. No sé por qué esta gente y sus libros me dejan hambrienta. Siento una especie de dolor de hambre, también mental y emocional. Quizá más emocional que intelectual. Lo que quiero es vida y no ideas. Cuando le doy mi novela, es la Rebecca West emotiva la que quiero tocar.

Es muy posible que sea mi vida emotiva y sensual la que Henry ha despertado en mí, y que rechazo el alimento puramente intelectual. Paseo por las calles, como Henry hace, fascinada por las casas, las ventanas, los portales, por los rostros de un limpiabotas, de una puta, por la lluvia monótona, por una cena vulgar en el Regents Palace, por la taberna de Fitzroy. Sólo las miradas de los hombres cortan mis alas, porque creo que puedo ser convencida fácilmente y no quiero una aventura trivial. O quizá es sólo mi cobardía. Mi imaginación se desboca, pero no puedo ceder al interés de los transeúntes.

Como era de esperar, Rebecca West admiró el libro de Henry sobre Lawrence y guardó silencio con respecto a *Primavera negra.*

La última tarde trajo la vida.

Rebecca vino sola. Yo acababa de leer su libro. En el taxi hablamos tumultuosamente, interrumpiéndonos.

—¿Qué clase de educación has recibido? —me preguntó.

—Muy mala —contesté. Y le hablé de mi infancia.

—La mía fue igual —dijo.

—¡Pero siempre pensé que eras maravillosamente culta!

—Me hice a mí misma. Mi padre desapareció cuando yo tenía nueve años. Nos abandonó.

¡También ella! Un diluvio de preguntas. Estaba a punto de ingresar en la universidad cuando su salud se vino abajo. Era pobre. Actriz. Escribió críticas. Se escapó de casa con un hombre.

La cena en Ivy fue irreal. Yo estaba emocionada y no me sentía cómoda. No hablamos mucho, pero nos entendimos.

Rebecca me dedicó su libro: «Con amor a Anaïs Nin». Pidió excusas por expresarse con tanta familiaridad, aunque era esa misma espontaneidad lo que me fascinaba de ella.

Aquella noche apareció ante mí una nueva Rebecca, y yo me sentí agradecida, porque satisfacía mi deseo de ver a la gente desnuda y veraz, despojada de la aureola social y convencional, sin poses, mostrando sus emociones.

Su pasado y el mío crearon uno de esos caminos trazados por una flecha, y en un instante entendimos lo que normalmente se tarda años en entender.

Al despedirnos, nos besamos con gran afecto. Sus ojos centelleantes e inteligentes de cervatillo brillaron. Su voz irlandesa se hizo grave.

Me fui demasiado pronto de Londres. Llegada a la cima, sentí miedo. Lo cierto es que mi dinero se había terminado; lo cierto es que había visto a la gente que tenía que ver para ayudar a Henry; pero más cierto era que obedecía a un motivo de huida. Miedo de cansar a Rebecca, de desilusionarla.

Me produjo la mayor sorpresa que he tenido nunca con respecto a mis escritos. En mitad de la cena, me dijo: «Lo que no entiendo es que vengas a Londres con dos manuscritos de Henry Miller, cuando resulta que eres mucho mejor escritora que él, mucho más madura».

Me quedé sin habla. Protesté débilmente. Estaba aturdida. No. Deben de ser los prejuicios de Rebecca. No. No. Está equivocada.

Y sólo había echado una ojeada a mi novela, que había terminado por dársela cuando vi que era mi amiga, o creía que lo era.

Y ahora, sentada allí, me pareció que no quería oír hablar de Henry Miller.

Y pensé también que Henry, si se enterara, nunca me perdonaría por esto. De pronto, me di cuenta de que Henry no me querría si yo fuera más importante que él. Mataría su amor.

Fue con él con quien me quedé el sábado por la noche, después de escribir cartas a todo el mundo, haciendo trampas para quedarme con él.

Y me recibió jubilosamente, lleno de deseo. Había estado puliendo *Trópico de Cáncer*, reconociendo con humildad sus defectos, trabajando duramente.

Cuando repito a Hugh y a Eduardo lo que dijo Rebecca, dicen: «Naturalmente». Pero no los creo. Odian a Henry.

¿Y Rank? ¿Qué opina Rank de Henry como pensador? ¿Por qué me preguntó Rank un día «por qué Henry ha escrito sobre Lawrence, igual que tú, qué curiosa coincidencia»?

Su pregunta me ofendió, porque insinuaba una duda, una duda loca que a veces me asalta: Las mejores páginas de su «Autorretrato» están tomadas de «Alraune». Sólo que tienen siempre más poder, una expansión masculina. Pero es que los dos nos imitamos. Diablos. Todos nos imitamos.

A mí me inició Rimbaud. ¿No fue así?

La pregunta es: ¿Cuál es la importancia de Henry como escritor?

Si todavía no está hecho, si es inmaduro, poco pulido, desigual y defectuoso, es porque no le he dado todavía bastante.

4 de mayo de 1934

Esto no va. No puedo reescribir mi infancia porque ya la he escrito. Así que tuve la idea, mientras hablaba con Henry, de traducir el volumen uno del diario [iniciado en francés en 1914] al

inglés. Publicar el volumen uno y, luego, veinte años más tarde, la historia reciente del Doble, en forma de diario.

Me enfrento con los mayores problemas técnicos.

Alentada por la viva admiración que siente Bradley por el volumen uno.

Horace Guicciardi dijo: «He de decir que su libro se apoderó de mí. Tuve que acabarlo aunque no me gustaba el tema. "Mandra", por supuesto, es usted. Domina el libro aunque usted intenta borrarla. El hombre es irreal, confuso. Sólo es importante porque es el hombre que usted ama. Uno se siente profundamente interesado por la mentalidad de Mandra. Es un libro muy femenino, posee la lógica de la emoción».

Camino feliz por las calles meditando sobre mi nuevo libro.

Bromeo con Henry por llenarme la cabeza de calles. Pienso en calles. Me dejo vivir. Quiero conocer a mucha gente, poseer un mapa de realidades, igual que Henry posee su mapa de París y Brooklyn.

Soy yo quien le ha enseñado a Henry que las calles, por sí solas, no tienen ningún interés, que hay que transformarlas con algún drama, con alguna emoción. Soy yo quien ha despertado al hombre que pasea por estas calles, que ya no son mapas anónimos, sino mapas de realidades, materias, formas y significados.

Hugh, sintiendo mi independencia, acude a Rank y se entrega a sus cuidados.

14 de mayo de 1934

Inquietud, nueva búsqueda de lo intenso, fiebre, confusión. Todo parece moverse con lentitud. La correspondencia con Rebecca West es imposible. Como June, sólo le gusta enviar cables y telegramas.

Veo a mucha gente. Otra vez anhelo de sensaciones. Imagino. Deseo. Siento una enorme curiosidad.

Siempre que me siento triste por mi Padre, escribo. Cuando lo echo de menos, escribo. Cuando siento remordimientos, escribo.

18 de mayo de 1934

Provoqué la maldición de los dioses. Me dolió tremendamente saber la opinión de Rank después de leer el libro de Henry sobre Lawrence: «¿*Dónde* está Henry en todo esto?».

Me he dado finalmente cuenta de que he estado cegada por el gigantismo de Henry, sus largos discursos, su acumulación de notas, sus tremendas citas, etc. Es una tragedia, porque Henry es víctima de él mismo, se ha engañado, como me ha engañado a mí. Hemos vivido sobre una inmensa ilusión. Una vez dijo: «Me pregunto si estoy diciendo algo».

Por supuesto que aún no estoy persuadida de que Henry no haya producido nada. Que Rank juzgue el contenido y Rebecca el fracaso artístico deja todavía un ser no creado, no formulado, que lucha por nacer, y a quien aún no he dado a luz.

Todo esto es lo más trágico para mí, porque coincide con el momento en que descubro que llevo en mi seno la simiente del hijo de Henry. Estoy embarazada desde hace cinco o seis semanas. Y lo sé con seguridad desde hace dos días. Sé que es el hijo de Henry, no de Hugh, y debo destruirlo. He sentido la mezcla más terrible de emociones, orgullo de ser madre, mujer completa, de amar una creación humana, las infinitas posibilidades de la maternidad. He imaginado a este pequeño Henry, lo he deseado, rechazado, sopesado frente al amor (es elegir entre el niño y Henry). Triste, dubitativa, herida, aturdida. He aborrecido la idea de destruir una vida humana. He vigilado la transformación de mi cuerpo, la hinchazón de los pechos, el peso del vientre, la sensación de que me tiran hacia abajo, el crecimiento, la transformación. He deseado la serenidad en la cual sólo puede nacer un niño. Ahora, en este momento crítico de mi vida, no puedo tenerlo. Henry no lo quiere. No puedo dar a Hugh un hijo de Henry.

Cuando Henry y yo hemos fracasado en crear obras de arte, creamos un hijo. Me abruma, me siento atada a él, me aterra. Me trata con respeto y ternura. Pero prevalece su ego. Es el niño que no quiere tener un rival. Y yo permanezco en un misterioso *carrefour*, dudando, matando al niño por amor a Henry y por Hugh.

Estoy atemorizada y toda la maldad y la pasión han quedado acalladas. Ya no soy la virgen, la artista estéril, la amante, la mujer diabólica y semihumana, la mujer en plena floración. Para matarse. He vivido imaginativamente la maternidad. Aún la sigo considerando una abdicación, como la abnegada y suprema inmolación del ego. Se me ofrece esto en el momento en que he despertado más como artista, como solitaria, como mujer desparejada.

¿Por qué desparejada? ¿Dónde está Henry? Henry parece convertirse en el niño. El niño inmaduro, autodestructivo, que debe jugar mucho, dormir mucho, beber mucho, estar en la calle, irresponsable e inconsciente.

Oh, Dios. Oh, Dios. Oh, Dios.

Por la noche. Me niego a seguir siendo madre. He sido la madre de mis hermanos, del débil y pobre Hugh, de mis amantes, de mi Padre. Quiero vivir tan sólo para el amor del hombre y como artista. Como amante, como creadora. Nada de maternidad, de inmolación, de generosidad. La maternidad sería otra vez la soledad: dar, proteger, servir, entregarse. No. No.No.

Rebecca no ha sabido entender a Henry, ver más allá del caos, más allá de las luchas. Sólo lo ha sometido a un juicio estético. Lo antiliterario de Henry la ha ofendido. No ha entendido que Henry tiene mucho que decir. Yo entiendo todas las imperfecciones, todo lo no cristalizado, todo lo que está a medio nacer. Acepto la imperfección. No prefiero la gracia y la elegancia de Rebecca. Creo que sus observaciones son inadecuadas, como frases de una mujer frívola ante una gran catástrofe.

Y, en cualquier caso, no me importa. Si lo estoy, que me dejen seguir estando ciega. Lo único importante es amar, no criticar. La crítica es muerte.

19 de mayo de 1934

Lo que me he estado ocultando es mi extraña e ideal atracción por Rank. Siempre una sutil corriente subterránea, siempre una comprensión peculiar. Ciegamente, viví ciegamente. Hoy me obliga a descubrirme. Anoche soñé con un beso apasionado. Fui a él pensando únicamente en el beso. Y adivinó todo. ¿Por qué le dije: «Mi hijo nacerá en diciembre y podría ser como usted»?

Tantos momentos, cuando nos mirábamos sin hablarnos, trastornados. La noche en que me fui pensando que me amaba (el día en que a sus ojos me convertí en mujer). Había olvidado todo esto. Pero soñé que si un niño no estaba bien para Henry y para mí, un niño podría vivir en el hogar de Rank, porque Rank es padre, amante y creador. Henry es amante y creador, pero es hijo, no padre ni esposo. Rank me obligó a formular mis sueños: Un hijo de la sangre de Henry, pero como Rank. Un hijo que había que destruir por Henry. Un hijo que había deseado simbólicamente. Bromeé con Rank, diciéndole que su psicoanálisis me había dejado embarazada. Embarazada y fecundada por Rank. No lo sé. Todo es confuso. Temblé. Deseé. Sentí su amor. Soy feliz. Y ciega. Y fue él quien me preguntó: «¿Y cuál es mi sitio?».

El hijo, por ser sólo un símbolo, es innecesario. Algo tenía que florecer entre nosotros. Henry lo hizo florecer. Rank permaneció a la espera, pero nuestras mentes se entremezclaron. Me dio grandes alegrías y un mundo distinto al de Henry. Esta mañana fui con lilas a despertar a Henry. Se sintió inundado de una alegre ternura. Me besó tan amablemente. Desayunamos en la terraza de un café. Y yo estaba llena de mi sueño, llena de ese temor y esa alegría, tan extraños, que siempre se apoderan de mí cuando me divido, me fragmento y mi camino se abre a dos alternativas. No lo sé. Quizá sea sólo un espejismo.

Martes. Acoso de Hugh, que trata de imponer su voluntad sobre la mía, que pretende que conserve al niño, sorprendido por mi determinación, furioso porque no me inclino y obedezco. Ha empleado la astrología y, durante dos días, me abruma con negros presagios. Han destruido mi coraje, él, Eduardo y Earle, el astrólogo francés. Resistí; fui a la *sage-femme*, pero llena de presentimientos. No tenía el instrumento que necesitaba — no era lo bastante pequeño para mí— , así que he pospuesto la intervención. Pero ahora el acoso de los médicos franceses, católicos, el conflicto conmigo misma, y las mórbidas conferencias entre Hugh y Eduardo durante dos largos días festivos, han terminado por hundirme. Me siento deprimida.

Hoy veo a Henry y siento un enorme y creciente cansancio por su constante e irreprensible vida bohemia —películas, cafés, billares, películas, cafés, calles, calles, películas, cafés— en un giro continuo. Muy poco trabajo y nada de *recueillement.*

Rank viene a llenar una necesidad, un anhelo, una respuesta a mi seriedad, a mi intensidad. Quizá no sea un amante, sino un compañero que necesito mucho.

Con Hugh todo se desvanece. Ahora que su amor por mí ha dejado de ser neurótico, puede estar solo. Podría sobreponerse a mi marcha. Y soy prisionera de mis necesidades materiales. Ansiosa de libertad, pero no para ser la esposa de Henry, porque él es sólo creativo en un solo aspecto. En todos los demás, en la vida, en su entorno, en el reposo, en la diversión, es destructor, un elemento disgregador.

25 de mayo de 1934

Charla con Rank, una charla extraña, embarazosa, a la defensiva, como la de dos personas asomadas a un precipicio. Ve que ya no respondo a sus preguntas de analista. Pero también veo que no intenta distanciarme, como haría si creyera que estábamos presos del encanto psicoanalítico. ¿Cree que el encanto es real? Parece que los dos gozamos de la incertidumbre, de esta ausencia de gestos.

¡El encanto psicoanalítico! ¿O la realidad? Le pregunto a Eduardo, porque quiero hablar de Rank. Quiero oírme decir: «Me estoy enamorando de Rank». Eduardo hace esta afirmación diabólica: «Eres una especie de víctima de un inmenso drama psicoanalítico. Estos analistas —Allendy, Rank—, que no han vivido, te ven tan maravillosa, tan viva y tan interesante que no pueden seguir en su papel de analistas; se sienten capturados y buscan redimirse en ti, buscan la vida en ti, usan este regalo que les viene porque no tienen el coraje de rechazarlo. Buscas siempre un analista porque son las personas más elevadas, las más cercanas a Dios. Es tu destino. Eres una víctima y, a pesar de eso, una víctima jubilosa. Te gusta redimir a los demás».

Sí, pero no una *víctima*, porque ya llevaba dos días con Henry cuando fui a ver a Rank. Dejé a Henry frente a su máquina de escribir para ir a ver a Rank. Cuando regresé rebosaba de una alegría terrible, como en los días que volvía del abrazo de Artaud o de Allendy. La terrible alegría de engañar, extasiada por un nuevo amor y por otro, con la oscura sensación de un júbilo diabólico. Henry y yo jugamos al ajedrez. Su cara y sus manos me parecen siempre tiernas y carnosas. Lo veo siempre como carne de piel delicada, como no veo a ningún otro.

Jugábamos al ajedrez y pensaba en Rank, no como carne, no. Pensaba en *otra* penetración, *otra* infiltración, *otra* fusión.

Si Henry no es el escritor vivo más grande, ¿qué importa? Hemos vivido, hemos trabajado; hemos creado una ilusión, una vida. No sufriría aun cuando descubriera que no es escritor en absoluto. Es un ser humano. Es lo que es. Ya no creo en culminaciones, en el futuro, sino en ser. Ser. Hoy. Alegría. Vida humana. Con franqueza, la inmortalidad no me preocupa. Soy miope. Soy una mujer. Perdono por adelantado a Henry. Fue mi ilusión, mi invención. Siempre inventaré la vida. Es necesario.

26 de mayo de 1934

Henry a solas crea un ambiente para mí, un *clima físico* en el cual me desarrollo. Es como el sol. Me esclaviza este clima como esclaviza la Tierra. Suelo y sol. Pero aún tengo hambre de otras cosas, como el clima de la mente, el clima de los sueños. Henry los toca de vez en cuando, pero él es fundamentalmente terrenal.

27 de mayo de 1934

Visitas a la *sage-femme*. Té en el jardín en honor de Louise, que lleva una cinta dorada en el pelo y pendientes de oro.

Estaba también Madame Montagu, que quizá, algún día, sea la amante de Hugh. Yo lo empujo. Ella es bonita, tímida, sensible, y le ha impresionado mucho el astrólogo porque estudia astrología.

Henry, en el Hôtel Havane, escribe sobre excrementos, úlceras, chancros y enfermedades. ¿Por qué?

André [de Vilmorin] está sentado al sol y su perfil proyecta su sombra sobre el respaldo de la silla. Louise se le acerca y le dice: «¡Déjame besar tu sombra!».

¡Solamente la sombra! Yo no me contentaba con besar sombras. Exigía carne. Exigía carne y la consumación de la carne destruye los fantasmas. La detestable propiedad *curative* del puro vivir.

Rank. No quiero pensar en Rank. Estoy sentada aquí, como una planta, y sueño con gestos porque estoy harta de fantasmas. Besar sombras. Eso significa sangre como el jugo de una planta de goma, una muerte temprana, la locura.

Ya no estoy loca. No me perseguirán. Besaré a Rank. *Et tout s 'évanouira, tout fondra.*

30 de mayo de 1934

El martes decidí convertirme en psicoanalista, para hacerme independiente y mantener a Madre, a Joaquín y a Henry.

Protesté y me impacienté para sacar de la tintorería mi nuevo vestido azul jacinto. He de ver a Rank el próximo día con mi vestido nuevo porque va a besarme. Me fui a dormir llena de sueños, energías y deseos. Me levanté vibrante, valerosa, impulsiva. Y corrí a ver a Rank.

No pude hablar. Me levanté de la silla, me arrodillé delante de él y le ofrecí mi boca. Me abrazó muy apretadamente; no podíamos hablar.

Me hizo volver para hablar de mi trabajo. Era difícil hablar. No puedo pensar ni trabajar. Oh, Dios, no conozco un momento de alegría más grande que el de correr a un nuevo amor, ningún éxtasis como el del amor nuevo. Estoy suspendida del cielo; floto; mi cuerpo se cubre de flores, flores dotadas de dedos que me acarician intensamente, me hacen saltar chispas, me cubren de joyas y me estremecen de alegría, de aturdimiento. Música interior, embriaguez. Sólo tengo que cerrar los ojos para recordar, y el hambre, el hambre de más, la gran hambre, el hambre voraz, y la sed.

1 de junio de 1934

Hoy no fue tímido. Me arrastró hasta el diván y nos besamos salvajemente, como borrachos. Parecía fuera de sí y yo no podía entender mi abandono. No había imaginado una armonía sensual.

Salió de su locura para preguntarme ingenuamente: «¿Ha sido alguna vez como ésta?». Y desvió la mirada, como esperando una respuesta hiriente. «No», le dije, «todo es diferente». ¿En qué pensaba, en mis otros amantes? Y qué verdad es que es diferente; todo es *siempre* diferente.

Despertamos de nuestra embriaguez y entonces me habla sutilmente. Es astuto y sutil.

Extiende su mano, directamente, y aprieta mi mejilla, o mi cuello, no con suavidad, sino con fuerza. Y me gusta su dureza. Me gusta el animal que empuja hacia delante.

Me siento alejada de todas las personas, de Henry, de todo. Estoy hechizada.

Mientras habla, siento a este animal mitológico de piel oscura, tan potente, no de apariencia humana, sino animal, con la fealdad, la solidez y el nervio de la tierra, de mente tan ágil y abismal. Me fascina. Es oscuro. Y viejo. Es más viejo que yo.

Extraño. Habla de totalidad y parcialidad. Nadie puede vivir totalmente, no hay un absoluto. Para vivir, uno debe encontrar el equilibrio entre la emoción y la creatividad; él ha aprendido a hacerlo. Eso no significa no amar, no darse. En el equilibrio está también toda la entrega. El que es fuerte puede hacer un todo de las dos partes. Toda extremosidad es muerte. El arte me salvaba cuando daba demasiada emoción. La emoción me salvaba del exceso de arte. Sabía él que no podía vivir apoyándose sólo en una de las dos.

—Se alimentan mutuamente —dije.

Sabía también que se refería a los dos, porque esta vez yo buscaba un maridaje aún más cercano de ideas, más cercano que con Henry. Una búsqueda furiosa. La búsqueda del propio Rank. Inmediatamente, surgió impetuoso el encuentro de nuestras ideas. Tenía que entregarle un análisis de sus métodos. Pero le dije que no quería pensar en aquel momento. Había estado descubriendo el suave florecimiento de la vida.

—Bien —dijo—, entonces vas a emprender tu nuevo trabajo en un estado de semioposición. Muy bien. Eso significa que no va a devorarte. Estarás protegida. Y tu trabajo te protegerá de la emoción. Pero no habrá ningún conflicto, porque tu trabajo está en armonía... en armonía. —Contigo —dije.

Y entonces supe que Henry podía haberme devorado, pero que ya nada ni nadie iba a devorarme. Y que no quería morir en la miseria y en la monotonía que Henry había elegido para vivir, que yo quería vivir, vivir.

Salí de la consulta de Rank. Calentaba el sol. Caminé, caminé por el Bois, saboreando una y otra vez, recordando sólo las emociones. «¿Es para mí por quien te has puesto este vestido nuevo, que nunca te lo habías puesto antes?»

Anduve y anduve, pero ante mí el mundo vacilaba y temblaba como el panorama que se ve desde un avión en las películas.

Seguí el mismo camino por donde había paseado una noche de invierno, cuando deseaba a John, cuando anhelaba y me esforzaba por lo imposible, cuando sólo besaba el aire y las sombras, cuando la vaciedad de mi vida me aplastaba en cuanto me sentaba junto a la lámpara, en cuanto encaraba la realidad.

Hoy caminaba pletórica, rebosante.

Y al día siguiente recibí una carta, tierna y melancólica, de Padre: «Me has idealizado. Esperabas demasiado de mí. Sólo soy un pobre músico. ¿Dónde estás? No es tu culpa ni la mía. Tus ojos me persiguen».

Con esta carta en el bolsillo, llego a la habitación de Henry y me recibe con los brazos abiertos. Me besa como si fuera una mujer nueva. Ha odiado el mundo, la gente, por eso me ama más. Se aferra a mí. Hace planes para nuestra vida futura. Trabajará mucho mejor estando yo con él. Tendré mi «oficina», pero cerca de él.

La soledad, el aislamiento dejan de ser intolerables cuando estamos juntos. Estamos menos solos.

El choque de una conjunción recién nacida con Rank. Esta divina ternura con Henry. Jugamos al billar y no tolera que yo pierda. Sus ojos azules son inocentes y tristes. Me hace sentir su soledad y el refugio que soy para él. La madre.

La carta de Padre en mi bolso. Gira la rueda. Giro yo. Mi Padre llega dentro de pocos días. Aún no me he deshecho del hijo no querido. Me echo en la cama y quiero dormir, porque es demasiada la plenitud que me embarga.

Escribo páginas fantásticas para «Alraune», sobre la bailarina sin brazos (Helba Huara), sobre las facetas de los copos de nieve, sobre el beso a la sombra. Y leo ávidamente, con terror, sobre el *golem*, la estatua despertada a la vida.

4 de junio de 1934

Lo que hace que estos días resulten aburridos, para Henry y para mí, es que está reescribiendo *Trópico de Cáncer* para publicarlo. Está inmerso en un yo de su pasado, está tratando de recuperar el talante de cuando lo conocí, y ambos, él y yo, pensamos que quizá el nuevo Henry es una completa ficción, que *Primavera negra* y el ensayo sobre Lawrence nunca han existido. Nos sentimos oprimidos por el monótono pasado, la vida de periodista, la vida con el insignificante Fred y el asqueroso Wambly Bald*, las aventuras amorosas sin amor, las putas y los bidés. Y Henry, instintivamente, prefiere vivir en una habitación (también para recrear el pasado) que aborrezco, elegida casi para ser y sentir como antes. Y me rebelo en mi interior. La fealdad de la habitación, la tristeza del día, la ausencia de altibajos, y Henry, que trabaja poco, monótonamente, sin exuberancia.

Descubrimos esto el otro día. Y cuando vi que aspiraba a otra cosa, que deseaba salir de este fango, me sentí feliz.

Tienen gracia nuestros sueños. Aún me imagino ayudando a la creatividad de Henry. En el fondo no he perdido la fe, aunque mi exaltación se ha apaciguado. No siento ninguna amargura por el sudor, el trabajo y el esfuerzo que puse en el libro de Henry sobre Lawrence. Paciencia, paciencia.

6 de junio de 1934

Después de soñar toda la noche con una orgía con Henry, voy a verlo y lo encuentro deprimido y deseoso. En otras ocasiones no ha querido recurrir a las perversiones amorosas, pero hoy, después de muchas bromas y juegos insatisfactorios (que hoy no permito en el verdadero acto amoroso), se olvidó de sí mismo y, por primera vez, me he tragado su esperma.

Tuve que arreglarme rápidamente para llegar a tiempo a la cita con Rank.

Medio tumbados en el diván, conversamos, y continuó toda la magia.

—Para mí —dijo—, eres una mujer desconocida. He olvidado, o no me sirve de nada, todo lo que sabía de ti.

—Sí, soy una mujer nueva.

—Me parece que no debiéramos saber demasiado.

También lo pienso yo. Me parece que poseemos la lozanía, la frágil floración del verano. No debemos tocarla, es tan nueva y delicada.

Lo que no queremos es tocar el pasado, al menos mi pasado. Y le pregunto:

—Entonces, ¿no te parezco diabólica? ¿No te inspiro miedo? ¿No intentas analizarme de lejos, como un espejismo?

—De cualquier modo que hayas actuado antes, cosa que ignoro, no creo que vayas a hacerlo conmigo. No te lo permitiré.

Me río. Me gusta su «No te lo permitiré».

—He estado buscando un nombre para ti —digo.

—Yo también —dice Rank—. Y sólo se me ocurre TU. Cuando digo TU, te veo delante de mí.

Pero el pasado interfiere.

—Mi Padre llega mañana —le digo—. Abrázame fuerte, tenme contigo.

Dr. Otto Rank

—Veo que aún me necesitas —dice Rank—, pero no me importa.

—Sí, supongo que no sería tan valerosa si no me apoyara en ti un poquito.

Le entristece que lo necesite. Quizá eso le hace dudar de mi amor. Pero entonces le digo:

—Podría decirte astutamente, reprochándotelo, que no me necesitas. Y siempre he deseado que me necesitaran.

—Podría necesitarte demasiado —dice Rank.

—Quería darte el nombre del creador de Alraune, pero no quiero, de ninguna manera, ser tu Alraune...

Súbitamente, me besó, me besó vorazmente. Me tumbó debajo de él y nos besamos hasta olvidarnos de nosotros, pero sabíamos que teníamos que frenarnos, aunque no pudiéramos, y en mi locura me encontré otra vez bebiendo su esperma. Se arrojó sobre mí y me musitó entre los cabellos: «¡Tú! ¡Tú! ¡Tú!». Fue como un grito de sorpresa, de adoración, de júbilo, de éxtasis.

Me fui con el manuscrito de uno de sus libros, y volví a ver a Henry. Y le dije: «La mujer debiera alimentarse sólo de esperma». Y hablamos de psicoanálisis. Y Henry dijo: «Hazte pronto independiente para que podamos empezar nuestra vida pronto, pronto».

10 de junio de 1934

Llega mi Padre y me adelanto para besarlo, pasando por delante del empleado de los billetes, que me dice: «Está prohibido, ¿es que no lo sabe?».

Y sonrío al ver que no me emociona, que no siento nada por este maestro de escuela envarado e inhumano. Nada. Mi libertad, mis alegrías, incluso mi inesperada y absurda maternidad, todo tan rico. Y mi pobre Padre, como una momia, un alma seca, con todas sus medicinas, la hidroterapia y su materialismo funcional. Y su sensibilidad femenina. Sensibilidad, que no sentimientos.

¡Oh, soy libre! SOY LIBRE.

Así que me olvido de todo lo suyo. Al día siguiente me voy a ver a Rank. Tan humano. Tan humano, tan tierno, tan apasionado.

Mucho más tarde, almuerzo con Padre. Trata de desanimarme, de asustarme con mi trabajo, y termino por cautivar su interés, juguetonamente, demostrándole con qué rapidez me alejo de toda dependencia; tampoco lo necesito a él, lo cual debe aliviarlo, porque continúa gozando de su lujuria.

Y me voy corriendo para pasar la noche con Henry, y vamos al cine y empiezo a ver las zonas vacías de Henry, los mapas de París, los diccionarios y los inventarios, y me consuelo con el contenido grueso y significativo de Rank, que parece un cangrejo triste. Es curioso cómo a toda vida parece que le falta algo. A Rank le falta belleza, por eso, la noche anterior, bailando con Turner*, empecé a estremecerme y a temblar. Cerré los ojos mientras él parecía cada vez más un felino, y llegué a casa borracha y cantando, después de haber bailado como un negro para divertir a todo el mundo, en completo abandono.

Mi vida se parece mucho al jazz que estoy escuchando, sólo que en *profondeur*, y me gustaría saber qué secreto pesar quiero olvidar cuando giro tan aturdidamente. Parece como si, desde que

ha vuelto Padre, hubiera perdido un poco de mi alegría y él fuera una espina clavada en mi costado.

La rueda que gira, el jazz y el aturdimiento. Rank y su profundidad, su ingenio, su comprensión. Henry y su tendencia innata a la vida vulgar, como insensatos remolinos de tráfico. Hoy todo tiene un ligero tinte miserable, porque por mi vida corre el tenebroso veneno de mi Padre y él es el gran abortista, no la sage-femme, a la que voy a ver casi cada día.

¿Por qué el diario ha vuelto a la vida?

11 de junio de 1934

Cuando hace pocas horas, después de haber estado con Rank, respondí al abrazo de Turner, toda mi compulsión diabólica se me hizo monstruosamente clara. No amor, sino venganza, o amor y venganza siempre entremezclados; con todo, no empleo mis perfidias para que los hombres sufran. Nunca traiciono mis perfidias. Son exclusivamente para mí, como un conocimiento secreto y venenoso.

Le dije a Eduardo: «Traiciono a los hombres porque son traicioneros. Imagínate lo que sufriría ahora si me hubiera dado por entero a mi Padre; y, con todo, fíjate en lo que sufro por lo que le di a un materialista indigno, a un Don Juan de alma seca».

Y Henry, fíjate cómo traicionó a June y no dudaría en traicionarme en cualquier momento si eso le placiera.

¿Será Rank otra víctima o lo amo realmente? Soy como la puta que se da, pero permanece llena de rabia, de desprecio y amargura.

No lo sé. Me siento otra vez poseída, y mala. Me siento diabólica.

Eduardo me cuenta una fábula: «La bella y la bestia. Siempre eliges la bestia porque no estás segura de tu belleza, y vas llamando a las puertas con tu bestia, sorprendiendo a todo el mundo por el contraste, y dicen: "Mira la bella y la bestia", y así te sientes complacida».

¿Era Henry la bestia y a mí me complacía ser admirada a su costa, como víctima suya? («Eres superior a Henry.» «Eres demasiado buena para Henry.» «Escribes mejor que Henry»)

Otra vez diabólica. Quería a Rank para proteger a Henry, y ahora Rank detesta a Henry. Todo el mundo se vuelve contra Henry al ver que lo sirvo.

Oh, Dios, estoy totalmente confundida. No sé lo que soy. Llevo un demonio dentro de mí, lo siento. Siempre dos verdades.

12 de junio de 1934

Después de este momento de oscuridad, empecé a soñar de nuevo. Iba a ver a Rank, a verlo, necesitaba verlo. Todo lo veo turbio, pero me siento muy segura en mi ceguera. ¡El! Hoy me desperté alegre, con una alegría que sólo siento por él y, tan pronto como estoy en su habitación, es como si estuviera en un lugar mágico. Y cada vez que nos sentamos juntos nos sentimos segados por el mismo deseo de intimidad.

Dijo exactamente lo que siento: «Tengo la extraña sensación de vivir de una manera *inconsciente*. Cuando intento pensar en ti, no puedo. No puedo relacionarte con nada, con el análisis, con la vida ordinaria, con la realidad. Todo es como un sueño, vaporoso. Acabo de salir a dar un paseo porque habías dicho que querías salir a dar un paseo».

En medio de la confusión de sus palabras, adiviné su estado de ánimo, exactamente como el mío: Música, misterio. Sin palabras. Sin pensamientos.

—Como un sueño cálido, un sueño cálido y apasionado —dije.

Salí y esperé a Hugh, sentada en el jardincito que hay delante de la casa de Rank. Me senté al sol, como una planta muda, respirando y aumentando mi alegría.

Hugh me tortura, Henry me usa, mi Padre es cruel; pero dispongo de esta torre enjoyada con Rank, una isla remota y paradisiaca.

—Con tu ayuda, seré capaz de mantener el equilibrio este verano entre el análisis y la vida —me había dicho Rank.

Es extraño (o no, porque quizá yo estaba inspirada) que durante estos días fuera capaz de escribirle unas diez páginas, resumiendo el efecto de sus teorías, o actitud, sobre mí, y que le hayan gustado, que alabara la manera de expresarme, el modo en que he llegado al fondo del asunto. Es un conjunto frío, directo y compacto de notas, surgidas de sueños lánguidos y alegría física.

Me gusta complacerlo; me gusta darle lo maravilloso.

Un sueño prolongado y convertido en vida, eso es lo que siento. Mi vida es verdaderamente orquestal.

14 de junio de 1934

Lo que ocurre es esto, tal y como Eduardo y yo hemos descubierto: He estado viviendo un modelo angélico, pero sólo externamente. Diabólico por dentro. A medida que salen mis novelas, revelo el mal. Hasta el simple de Guicciardi dice: «Es evidente que la aparentemente callada Mandra es la que mueve todo el espectáculo del libro». Poco a poco me van descubriendo. Pero niego esta revelación y le digo a Hugh: «Lo que hay en la novela es mentira. Lo que yo te parezco es la verdad».

En ocasiones me gustaría mostrarme como un demonio, cuando veo cómo son amados los demonios (porque mi gran preocupación es ser cada vez más amada).

Cuando Padre y Hugh me atormentan —por celos—, me revuelvo y me defiendo con crueldad, *pero sólo en defensa propia*.

No quiero ser más masoquista, pues no hay más salida al masoquismo que el sadismo. Eduardo sabe que sólo un extremo positivo puede satisfacerme.

Callejón sin salida.

El arte. Poco a poco, mediante el arte, fundiré a las dos mujeres.

18 de junio de 1934

Busqué y conseguí la paz con mi Padre. Una bella tregua, o quizá la entrada en un nuevo plano. Aireada, explicada, confesada y también sincera con él. Me acusa de ser hiperfemenina. Admití mi hipersensibilidad. Dijo: «Nos amamos como nadie ha amado nunca. Y continuamos siendo amantes, pero la clase de amantes que se esperan para siempre. No he tocado a una mujer desde hace seis meses. No podía, después de ti. Y, con todo, comprendo que hayas vuelto con Henry. Eres demasiado rica, estás demasiado llena de vida. Eso no me hace daño, no, eso no me hiere». (Pero tembló su voz.)

Me juró fidelidad. No pregunto nada. Me doy cuenta de que tengo el *génie du doute*, así que no sé.

Paz.

Luego fui a ver a Henry, y estuvo tierno, apasionado, divertido. El, apasionado y también como un niño. «Una vez que pongo la confianza en alguien, es suficiente. Nunca creo que puedas hacerme daño.» Pero luego comprende mis sentimientos ocasionales de estar ofendida (casi siempre imaginariamente), lo cual muestra al Henry más viejo y más prudente.

Continuidad ininterrumpida. Sin embargo, durante cuatro días no pude, no quise verlo, después de ver a Rank.

No pregunto nada.

Hoy voy a ver a Rank y, por fin, me pregunta: «¿Qué hay de Henry?».

Soy sincera. Digo: «Los cambios exteriores de la vida van más despacio que los cambios interiores». Y no me excuso.

Henry jugaba con él y conmigo a ser un filósofo, un hombre sabio, un profeta. El filósofo es Rank. Me dice: «Podrás mejor que nadie hacer la síntesis de mi filosofía, porque no intelectualizas».

Henry es un niño y no crecerá más que lo que ha crecido conmigo en los mejores momentos. El mundo nunca lo verá en sus mejores momentos porque el mundo no es una mujer amorosa y crédula. Nadie, salvo la mujer que ama, ve nunca la máxima grandeza de un hombre.

Quizá sea cierto que soy yo quien mueve todo el espectáculo, pero también me muevo por mi papel, que pago con fe e ilusión, que el espectáculo existe gracias a mi fe.

20 de junio de 1934

Copio páginas del volumen cuarenta para la novela de Padre. Leo el manuscrito de Rank. Material maravilloso y profundo. Espero la eclosión del huevo, que se retrasa. Acepto la invitación a cenar de Anne Greene. Eduardo me dice que soy su «ánima» y se ofrece a mantenerme si abandono todo para escribir. Padre es feliz y amoroso. Le prometo convertirme, en el futuro, en la amazona que cree que soy. El jardinero trocea la madera de cajas, puertas y postigos viejos para la

caldera de la calefacción con el fin de no tener que comprar carbón, pero ya le he pagado a Kahane los primeros cinco mil francos para la publicación del libro de Henry.

Me preparo para dejar Louveciennes en septiembre, quizá para no volver más. Hugh ha aceptado que tenga un pequeño despacho donde trabajar, y donde viviré sola de lunes a viernes por la tarde. El viernes me reuniré con él. Acepta todo. Tengo una cierta manera amable de pedir las cosas. Igual que Henry, que me pide toda clase de concesiones, caprichos y regalos.

Los senderos del jardín están cubiertos de flores marchitas. La *sage-femme* me admira cálidamente, y Turner tiembla cuando le estrecho la mano. Madre y yo nos sentimos cercanas e íntimas, y Joaquín me vigila, como de costumbre, como si yo fuera una llama a punto de extinguirse, mientras mantenemos conversaciones fantásticas sobre su disciplina dominica de la vida.

21 de junio de 1934

Vivir sinfónicamente: Correr por la mañana a casa de Henry con el dinero de su alquiler, leer lo que ha escrito, dejarme besar; correr a buscar a Padre para pasear por el Bois con ternura y fantasía, recibir su beso en mi cuello, como su primer beso en Valescure, y oírle decir: «Soy tan feliz ahora que no estamos comprometidos»; leer a Rank y sentir con qué rapidez, en medio de una frase, siente el impulso de besarme, y con qué violencia me besa, estremeciéndome al instante. Motivo de besos y deseo, embriaguez en la sangre.

Vivir sinfónicamente: Escribir para Rank; escribir «El Doble»; escribir «Alraune»; escribir el diario.

Pensar más en el futuro, en el pequeño sitio que tendré en la misma casa con Henry —sus colores, la visión idealizada que tengo de él y que la realidad habrá de conformar—. Rodeada de hombres, de gente, flotando en la vida.

30 de junio de 1934

He encontrado *amor*. ¡He encontrado amor, amor, amor equivalente! Estoy bendecida por el éxtasis, por un nuevo éxtasis, una nueva clase de amor, un hombre nuevo, un mundo nuevo. Sueño. Cierro los ojos y sueño, y siento su pasión, lo veo ardida de pasión, veo el temblor de su boca. Lo veo regresar después de una llamada y súbitamente se abalanza sobre mí, empujando, y siento la fuerza del impacto. No puedo andar a su lado sin que me abrace. Tumulto, tumulto, éxtasis, ceguera. «No puedo dejar que te vayas. ¡Tú!» Y hace planes para que escapemos una noche al campo.

Algunas veces hablamos, hablamos y, de pronto, se inclina sobre mí y cierro los ojos; cierro los ojos porque cuando pone sus manos en mis senos me vuelvo loca.

Teníamos que hablar un día del pasado, porque estoy atada a él por un nudo. Intenté dejarlo atrás demasiado rápido, con demasiada violencia. Y volvió para ahogarme. Entonces lo busqué, necesitándolo como analista y como ser humano. No quería usarlo. Se puso contento por esto,

contento por el esfuerzo que hacía, pero era suficiente que no quisiera necesitarlo. Luego, entramos en un ritmo más natural. El sí analizó; nosotros sí hablamos. Le conté (con una sinceridad que en mí fue milagrosa) mi situación con Henry, la verdad: «Lo que sigue siendo fuerte es mi deseo de protegerlo. Es predominante. Paso noches con él; para mí es como un niño». Todo. Y cuando acabamos de hablar, nos sumergimos de nuevo en nuestra embriaguez.

«Ves», dijo, «no hay peligro en que hablemos, analicemos y filosofemos, porque esto es lo más fuerte, esto vence siempre». Y también cerró los ojos, extasiado en su interior.

Un día. Me despierto y escribo un prefacio para el libro de Henry. Traduzco. Copio para «El Doble». Escribo a Padre. Corro a París, a Rank. Corro a la panadería, compro pastas para Henry y bajo al apartamento de Madre, donde lo he instalado. Estoy radiante de alegría. Lo pongo ardiendo. No había podido trabajar. Está inmóvil, somnoliento, y se despierta al verme. En el camino, el portero me detiene para decirme todo lo de su hijito, que un día será pintor.

Después del té, corro a casa de la *sage-femme* y dejo a Henry dándole vueltas a mi prefacio, que le agrada. Le pregunto a la *sage-femme* las medidas del pie de su hija, para comprarle unas sandalias porque se va a la playa.

Vuelvo corriendo para cenar con Henry, y nos vamos al cine, pero todo el tiempo estoy soñando, soñando en las fuertes, fuertes caricias y en los milagros de las diferencias, en cómo la vida puede ofrecer sabores nuevos, caricias nuevas, frases nuevas, éxtasis nuevos. Me dice: «Contigo se aleja uno tanto de la realidad que casi es necesario comprar un billete de regreso. Tengo miedo de no regresar aquí nunca».

Y nos reímos del billete de regreso.

4 de julio de 1934

No esta noche, no mañana por la noche, sino la siguiente noche, Rank y yo la pasaremos juntos. Vamos a hacer una escapada. Quiere llevarme consigo. No necesita la ciudad, los cafés. Sólo necesita estar conmigo, en el campo. No podemos hablar cuando estamos juntos; soñamos, nos ahogamos en los sentidos.

7 de julio de 1934

¡Oh, diario mío, he encontrado a quien ama del modo en que yo amo! He encontrado a quien se pierde dentro de mí como yo me pierdo dentro de mi amor. He encontrado la plenitud que sólo proporciona la religión, una exaltación tan elevada como la religiosa. Es todo lo que quería, esta equivalencia y esta plenitud. Cuánto había deseado tener a alguien que me amara con la misma divina dedicación, con la continua exaltación que he puesto en Henry, porque eso era lo absoluto, la unidad. Busqué ese imposible, desesperadamente, con hambre. Y acepté a Henry como se acepta la vida. Pero esa exaltación, intensidad y gravidez, esa imposibilidad me vino cuando acepté la vida humana.

Siento que soy como una Santa Teresa del amor, que nadie conoció la exaltación, el fervor místico, la totalidad destructiva de mi amor. Cómo me quema y me devora. Y todo esto puede ir a Rank. Lo quiere; lo da; siente como yo. Da.

La palabra *amor* no es suficiente. Ambos estamos enfermos de alegría; verdaderamente morimos de alegría. Estamos rotos, enfebrecidos.

¡Ha habido tantos que han querido que yo renunciara a lo imposible! que aceptara las realidades del amor, sus limitaciones. Yo lo poseo. Y estoy poseída por él. Por primera vez soy incapaz de gozar con Henry, incapaz de pensar en nadie que no sea Rank. Estoy llena de él. Me despierto pensando en él. Su generosidad. Vivimos el uno para el otro. Echamos abajo los obstáculos. Nos amamos de un modo que todo el mundo cree imposible. Nos amamos imposiblemente. Y estamos abrumados, aturdidos. El éxtasis interior es tremendo, terrible. Certeza, perfección. *Mi* amor, no yo. Él no es yo, es el Otro, pero es el amor que me da —una fórmula única y extraña— un amor que nadie entiende, un amor que se llamaba neurótico, romántico. Él lo sabe.

Creía en el amor, pero en un amor no respondido, y por «no respondido» quiero decir no contestado *en el mismo lenguaje*. Henry ama a su manera. Creí que mi Padre me amaría a mi manera, pero no fue así. Pero Rank ama hasta la muerte. Ama generosamente. Ama.

La noche anterior a la que íbamos a pasar juntos no pude dormir. Estaba febril. Todo el día preparándome, consumida por la impaciencia, por las visiones de mi fantasía, por el ardor de mi sangre. Llegada la hora, lo esperé sentada en un café. Vino con muy mal aspecto.

—No podemos irnos —dijo—. Me he levantado de la cama para decírtelo. Estoy muy enfermo. ¿Estás enfadada? Me he torturado todo el día pensando en ti. ¿Estás enfadada?

—¿Enfadada? Dios, no. Estás enfermo y eso es todo lo que debe preocuparnos. Y has salido. No tenías que haber salido. Puede hacerte daño. Debes volver a casa. ¿Puedo ir contigo... verte un poco?

Me pidió que fuera un poco más tarde. Cuando llegué y se echó en el diván y yo me senté z. su lado, vi que tiritaba de fiebre.

—Tú. Estaba tan excitado. Y me da tanta vergüenza.

Lo comprendí muy bien. Recordé cuando Henry me ponía enferma, de antemano, por el nerviosismo, la espera, la tensión. Habíamos esperado demasiado tiempo.

—Te deseaba tanto —dijo—. La espera ha sido intolerable. No pude dormir en toda la noche —y luego, con un acento que nunca le había oído, en un tono que era como una caricia, dijo una palabra que odio, pero que, al momento, se convirtió en una bella palabra—: *Darling*.

Y otra vez, esta mañana, al teléfono, con toda su alma: *Darling!* y me pongo a temblar. Se está recuperando. Ya estará bien el martes, cuando Hugh se vaya a Londres.

No quería a Henry. No gozaba con Henry. Sólo lo quería a *él*. No me da miedo la terrible totalidad, el modo terrible que tengo de amar. Todavía no he aprendido a no creer.

A Padre: Voy a estudiar francés otra vez, te lo prometo; pero, de momento, no quiero escribir, sino hacer música. En el fondo, mi adorado Papá, no habrías sido feliz con una mujer como yo, porque soy una persona apasionada que sólo entiende la vida líricamente, musicalmente y cuyos sentimientos son mucho más fuertes que la razón. Estoy tan sedienta de lo maravilloso que sólo lo

maravilloso tiene poder sobre mí. Dejo ir todo lo que no puedo transformar en una maravilla. La realidad no me impresiona. Sólo creo en la embriaguez, en el éxtasis, y cuando la vida ordinaria me encadena, escapo, de una manera u otra. No quiero más prisiones.

Tú sabes vivir de las dos maneras. Tienes tiempo tanto para lo maravilloso (Valescure, Evaux-les-Bains) como para la vida ordinaria (como nuestro miserable invierno). Yo elijo siempre la luna, hasta para desayunar. Pero no aguanto los aspectos monótonos de la vida. Tiro por la borda las trivialidades de este mundo. Pensar así conduce directamente a la extravagancia. No, a la excentricidad, pero siempre a grandes pasos, con botas de siete leguas. Voy a intentarlo. Si eso me destruye, ¿vendrás a cuidarme?

¿Equilibrio? Un sueño imposible para mí, *Padre-amor*[34]. Porque yo nací bajo el signo de Santa Teresa y de las grandes cortesanas depravadas. De una o de las otras. El misticismo de la Tierra o de los cielos, pero siempre los extremos.

Eso en cuanto a las estrellas. No estés triste, Papá. Astrológicamente coincido con Bergson, George Sand, Santa Teresa y Rimbaud. Así que ya ves, en lugar de huir a África para librarme de la locura, como hizo Rimbaud, me dedico a la locura de los demás y me comporto lo mejor posible para no disgustarte. Pero dime, dime que me amas como soy. Libérame de la carga de tu idealismo, que me tiene por quien no soy. Lamento haberte decepcionado, pero, tal como soy, te amo como ninguna hija ha amado nunca a su padre.

13 de julio de 1934

Hugh se fue el martes, después de decir a Rank que nada podía persuadirlo de que yo fuera distinta a la mujer que él cree que soy, pintándole a Rank un increíble retrato de mi inocencia fundamental. A la misma hora en que subía al tren, yo estaba en los brazos de Rank. No pudimos esperar a Louveciennes, a estar solos. Me rendí completamente a un ardor que pensé alcanzaría las raíces más profundas de la expresión sensual. Mi exaltación, como una inmensa nube coloreada por el iris, se cubrió de ironía: *Une éducation sexuelle reste á faire*. Necesita educación sexual. Pero como una creadora, ponderé el material y lo encontré bueno: allí estaban todos los elementos sensuales, potencia, vibración, impetuosidad. Sólo faltaba la pericia. Mi nube no se marchitó. Caímos en un sueño e hicimos planes para la noche siguiente.

Louveciennes. Calor. Casa fría y oscura. El brillo del color y del sol. Yacemos en la cama. Demasiado rápido, es demasiado rápido, ignorante de la respuesta femenina; pero el amor es inmenso, el abandono para amar, la generosidad. Preparamos la cena alegremente, solos. Está contento. Nuestra conversación dista mucho de ser brillante. Intimidad. La busca constantemente. Bebemos champagne y le añadimos melocotones, como hacen los vieneses. La noche es suave, como pétalos florales. Somos como plantas, comiendo, riendo, meciéndonos. La poesía nos rodea por todas partes. Ninguna en su lenguaje. Caemos medio dormidos. La ventana está abierta de par en par a una belleza que me duele. Ronca. Mis sueños, como una respiración, invaden la habitación donde un hombre ronca. Sueños descontentos, no alimentados. Pero cuando quiero irme, me sujeta: «No te vayas. No me dejes. Te deseo. ¿Dónde estás? ¡Tú!». Me quedo allí echada, soñando, esperando. Su cuerpo emana un intenso fervor. Pero quiero estar sola.

[34] En español en el original. (N. del T.)

Finalmente, le susurro:

—Debo irme y dormir en la otra habitación. Aquí me siento incómoda. No puedo dormir.

—¿Por qué, por qué? —murmura.

—Podría venir alguien por la mañana.

(Pensaba en la mañana en que Hugh vino tan pronto.)

Me dejó ir.

Me fui a la habitación de Eduardo (estaba fuera) y me acosté.

Vida humana. ¿Aceptaré alguna vez la vida humana? El veneno de mis sueños. Estaba casi dormida cuando vino, llamándome.

—No puedo dormir —dijo—. Lo que has dicho de la mañana me ha despertado completamente.

Nos echamos a reír. Fui a su habitación. Me senté en el borde de la cama. No le conté lo del regreso de Hugh aquella mañana, para no inquietarlo. Le dije que tenía vagos temores de dormir en la misma habitación, aquí, en mi casa. Lo comprendió. Hablamos. Reímos. Me hizo echar a su lado. Luego, le invadió de nuevo una ola de deseo y me tomó apasionadamente, sin excitarme. Para él todo fue maravilloso. Sólo amé su amor por mí. No me cuesta trabajo acariciar y rendirme al fervor. Todo fue maravilloso para él: el desayuno en el jardín por la mañana temprano, la paz y la alegría que le doy, la expansión y la naturalidad. Su felicidad me dio felicidad. Sólo aquel sueño retenido en mi interior, el sueño lloroso e irónico, Rank tenía el pasito corto del Dr. Caligari. Su naturalidad era diferente a la de Henry.

Tenía todo el día ocupado.

Fui a ver a Henry. Estaba inerte, apático, melancólico. Pintando acuarelas, no escribiendo, viviendo como un sonámbulo. Bloqueado como Eduardo. Y encerrado en sí mismo.

Empezamos a discutir por nada, sin razón ni sentido. Pero, de pronto, me di cuenta de que era una escena de celos. Y las lágrimas asomaron a mis ojos. Sentí una angustia inmensa. Toda nuestra charla significaba en sus fríos ojos azules: *Me abandonas; sé que me abandonas*. Y habíamos hablado así, caótica, estúpida y ciegamente; pero yo sabía lo que nos decíamos. Henry era como Eduardo cuando lo atormento.

Nos reconciliamos por nada. Henry me sostuvo cerca de él. Vino a mí y gocé de él, y otra vez fue exactamente como si ningún otro hombre me hubiera penetrado o poseído nunca. Sólo Henry.

Me encontré con Rank para cenar. Su humor es vulgar. Hace juegos de palabras y dice tonterías. No es una alegría divina, sino chistes. No podía venir a Louveciennes porque su esposa le iba a telefonear. Me llevó en taxi hasta St. Cloud para que allí tomara el tren. Nos besamos en el taxi. Es fácil besarse cuando se ha encendido una vela entre dos personas, una costumbre. La desilusión no apaga todo al instante. El fuego tiene que consumirse. Además, amo a un filósofo trágico con un gran fondo de amor y patetismo judío. Su yo diario, su yo vulgar, *le pain quotidien*, está siempre un poco rancio. Sufro hambre por lo maravilloso.

No había tren hasta dos horas más tarde. Bajé andando la colina de St. Cloud. ¿Iría esta noche a tomar drogas? ¿Bebería hasta la inconsciencia? ¿Me hundiría en las tinieblas? Oh, qué amargura en mi boca. Y, luego, un grito, llamé gritando: «¡Henry! ¡Henry!». Caminando colina abajo, nostálgica de Henry. ¿Se había perdido? ¿Lo había perdido? ¿Lo había empujado yo?

Corriendo, cogí un taxi y fui a su casa. Había salido. El portero me dio la llave. Me metí en su cama. Leí. Esperé. A medianoche, oí la puerta de la calle que se abría por décima vez, pero sabía que era él. Un Henry callado, sorprendido, quizá sabedor de lo ocurrido... feliz. Le conté un montón de mentiras. No importaba. Sabía porque lo sentía. Nos dormimos abrazados. Nos despertamos abrazados. Todo fue como antes. Nos sentamos y trabajamos juntos en mi prefacio para su libro. Y Henry, milagrosamente, resucitó. Un hombre nuevo. Todo funcionó otra vez. Dijo: «Otra vez estoy despierto». No dijo: «porque has vuelto». Pero lo sabíamos. Porque había dicho: «me atormentaban los celos».

Quiso ponerse a escribir inmediatamente. Está alerta y feliz.

Y esta noche vendrá a Louveciennes. Hugh vuelve el domingo por la noche. La esposa de Rank regresó anoche, así que está prisionero.

Hasta que Henry me haga daño, hasta que me traicione, soy suya. He intentado liberarme de él muchas veces.

La mañana en que Rank y yo salíamos de Louveciennes, recibí una carta de mi Padre.

16 de julio de 1934

El domingo por la noche recibí a Hugh con afectación. El lunes por la mañana me desperté enferma, porque no quería ir al Psychological Center, no quería convertirme en analista. Pero fui por Rank[35].

Paseando al sol, camino de la Cité Universitaire, me sentí invadida por un ánimo griego —la vida del cuerpo en plena floración bajo la fragancia filosófica—. En la sala de conferencias, quince maestras de escuela y tres hombres dinámicos e interesantes: Rank, doliente, ojos negros, gesto suave; Hilaire Hiler*, grande, voz tonante, pletórico, como Erskine; [Dr. Harry] Bone*, frente amplia, ojos reidores, pose americana.

Pausa al final de la primera conferencia, que fue como el zumbido de una abeja.

Las discusiones son pragmáticas, aburridas, como todas las hábiles charlas americanas. No interesan por sus ideas. Rank está muy por encima, con sus inmensos libros cosmológicos, su inconformismo, su sutileza. Ahora, por un momento, puedo verlo como el brillante filósofo y el peligroso enemigo de Freud. Penetramos juntos en nuestra época no trágica. Pero allí está, en el fondo de sus ojos negrísimos y en el fondo de los míos, pero hoy nos reímos. Me río. He descubierto el humor, el placer.

Al final de la sesión, Bone viene directamente hacia mí, se presenta, habla y me pide que le ayude a elevar el nivel de las discusiones. Parece irónico, divertido, elegante.

Rank me había pedido que lo esperase: «¿Estás libre? Podemos almorzar juntos. Dentro de media hora nos encontramos en el Café Porte d'Orléans».

[35] El Dr. Rank había establecido el Psychological Center en la Fondation des États-Unis, Cité Universitaire, enfrente del Parc Montsouris, para impartir un seminario entre el 15 de julio y el 31 de agosto, principalmente para asistentes sociales en Psiquiatría americanos.

Llega corriendo. Pide pollo. Ya no estoy enferma. Me dice que tenga cuidado con Bone, que es demasiado elegante. Bone se ha dado cuenta enseguida de que yo, al menos, no aburro a Rank. Bone me ha parado a la salida: «¿Por qué no almuerza aquí, en la escuela?». El pollo está muy bueno y me río.

Rank me lleva a una casa encantadora, cerca del Parc Monceau.

No tengo excusa para no gozar. Rank se ha convertido en un amante conmovedor. Pero es que me siento retraída, fiel a Henry. Gozo de los abrazos y las caricias. Represento la eterna comedia. Espasmos sólo para Henry. En una expresión misteriosa de fidelidad, retengo el orgasmo, como hacen las putas. Es maravilloso que ya no sea tímida. Hubo un tiempo en que era fría por timidez; temblaba, con el cuerpo y el corazón fríos de miedo. El amor como prueba. Ahora todo es espontáneo y sólo mantengo encerrado el último secreto para el Uno, como la puta.

Acepto la vida como es, la fealdad, lo inadecuado, las ironías, en aras de la alegría, en aras de vivir. Es una comedia. Es vagamente ridículo y, en el mejor de los casos, el más apasionado está lleno de sentido hogareño. El sentido hogareño. El que mi Padre repudió a costa de la naturalidad. Siempre habrá demasiados días trágicos. Hoy río, despreocupada, dejando que los demás se preocupen. Pasando a otros la carga.

Ahora. Hago muchas preguntas a Rank. Hunde la cabeza en mi pecho y dice: «No puedo pensar cuando estás conmigo». Sólo se expresa con un amor sin palabras, ciego, inconsciente. Se funde dentro de mí, pero no advierte mi apariencia, el color, los detalles. Todo es una oscura unidad —de nuevo oscuridad— no representada, no exteriorizada, sin formular. Para él soy claramente sexo, sexo adornado con las demás cosas. La imagen que desea es la de la amante. Aprueba que yo no desee tener hijos, aborrece la figura de la madre. Soy resplandor, color, sentidos y vino, y eso me satisface, por mudo que sea (¡no las frases de Artaud!). Me ama con sus sentidos. Me siente. Hablar es secundario.

21 de julio de 1934

Hay ya un gran abismo entre el mundo que ve Rank y el mío.

Debo al amor de Rank esta gran exaltación, al igual que Henry debe a mi amor sus más poderosas ascensiones creativas. Miro su amplia boca con inmensa gratitud. Estoy viviendo un sueño de calor y ligereza.

23 de julio de 1934

El seminario no ofrece nada. Pero luego quedo con Rank y no puede esperar a la ceremonia del almuerzo. Me lleva en coche a la casa. Se arroja sobre mí. Me devora. Me muerde salvajemente.

Y luego almorzamos en la habitación, con las cortinas echadas. Almuerzo con champagne y risas.

—Tienes don para vivir —le digo.

—Pero nunca lo he usado —contesta—, nunca hasta ahora.

Y después del almuerzo nos volvemos a la cama y me desea y nos hundimos en un prolongado festín orgiástico de caricias.

¿Qué fortaleza interior y secreta me mantiene cerrada ante él? ¿Y por qué? Su pasión despierta todas las regiones externas de mi ser, pero no me hace enteramente suya. Pienso en Henry.

Esta mañana me siento enferma. Hugh se va a Dinard, pero no puedo tener a Henry porque no tengo fuerzas. Tengo que estar aquí, acostada, sola. Amo la vida y la vida siempre me mata. Físicamente. Hablo con Eduardo y descubrimos esto: Creo que, para Rank, soy June. Me ama con los sentidos. Puedo destruirlo. Ama el lado mío de June, el lado peligroso, rebelde y perverso. Lo he esclavizado, pero él no me ha hecho su esclava (por mi frigidez). No deseo crear con él. Eso lo ha hecho él solo, antes de conocerme. Casi me alegro al ver que está destruyendo su propia creatividad (socava el psicoanálisis, del cual vive). En la escuela habla para mí, no para los otros. Podría advertírselo, pero Rank quiere vivir. Soy alegría, cuerpo, expansión y peligro, movimiento, color. Ansia una especie de suicidio después de haber visto el definitivo error de todas las filosofías e ideologías. Teme las verdades que ha descubierto. No ayudan a vivir. Me ha conocido y ha perdido la cabeza. Para todo el mundo es evidente que, cuando entro en la sala, deja de escuchar a los demás. Arranca el teléfono de las manos de la secretaria cada vez que lo llamo. Salta por la ventana de la clase para venir a mi encuentro. Soy consciente de la alegría que me da este triunfo. Puesto que no puedo tener a Dios, dice Eduardo, tendré a los analistas, a quienes todo el mundo considera como dioses. Triunfos. Como triunfé sobre mi Padre. Pero no me doy a ellos. Me conservo para mí misma. ¿Hasta dónde podré ser June para Rank?

Eduardo y yo observamos que nunca he ido hasta el final de mis perversidades. No tomé drogas con June. Me adapté a la imagen que Henry tenía de mí, opuesta a la de June (pero a veces Henry se pervierte y dice: «Cuando vivas conmigo te haré llegar al final de las cosas». Y eso significa: «Para que sea la June que llevo dentro»).

Siendo la madre de Henry, no puedo ser June.

En cuanto al final: No lo alcancé con June y con Henry. Me detuve en alguna parte y escribí la novela. La novela es el *aboutissement.*

No llegué al final con mi Padre en una experiencia de odio y antagonismo destructivos. Creé una reconciliación y estoy escribiendo una novela sobre el odio.

Henry llegó hasta el final con June. ¿Puede escribir una novela? Tiene cuarenta y dos años, vivió ocho con ella y no escribió sobre ella.

¿Llegaré hasta el final con Rank? ¿Qué me detiene? Digo que la salud. Pero es la creatividad. ¿Me freno al borde de la destrucción y la autodestrucción con el fin de catalizar todo artísticamente?

Quiero sacar a la vida a la June que llevo dentro.

Eduardo me envió a su analista como ánima suya. Yo, como mujer, tendría el amor que él quiere del analista, el amor que desea su yo femenino. Así es como interpreto que me llevara al psicoanálisis a sabiendas de lo que sucedería.

Le dije hoy: «¿Debo ir ahora a Jung para conseguir otro trofeo?». Trofeos y no cura, sino más vida y amor. Esclavos. Eduardo adora a Jung. Sabe que Jung también sería humano conmigo. Y si

escribiera la novela de las ideologías de estos hombres y el drama de sus tentaciones por mí... Ellos son los sacerdotes y yo soy Tais. Sólo que no sé qué me impide ser June. ¿La compasión de escribir la novela o un cuerpo más débil?

Hoy me pongo enferma para no continuar viviendo. De no ser así, Henry estaría aquí, y mañana, la escuela; el martes, Rank, y el viernes, el viaje a Dinard. Etc. ¿O fue el champagne? Es igual, tengo el sentido, no de la tragedia, sino de la alta y perversa comedia. Poder.

Eduardo y yo continuamos girando la bola de colores. Escribo las novelas, quizá más para suplir las deficiencias de la vida. La novela era mejor que tomar drogas. Era mi droga máxima. Cuando la vida se convierte en un valle yermo, me detengo.

Odio al Padre. Guerra con el Padre. Inútil derroche de emociones. Mejor era escribir «El Doble».

La vida con Henry. Satisfactoria, por lo tanto no escribo una novela. Sólo puedo hacer su retrato vivo.

La idea de sacar a la June que llevo dentro, la mitad de mí que enseguida reconocí en June y que con tanta fuerza me atrajo.

La pasión de Rank es como un tóxico. Para vivir tan sólo los momentos intoxicantes de la vida. Pongo la música y mi sangre vuelve a danzar.

Música.

He leído parte del libro sobre la técnica de Rank. Le dije: «Me estoy enamorando de tus libros. ¿Tienes celos?».

—Eso depende de lo que te alejen de mí.

Sí, hay dos Rank. Rank el filósofo y psicólogo y Rank el ser humano. El ser humano sólo tiene una virtud: el poder de amar. Es lo que quiero. Quiero vino.

Los equivalentes que he encontrado del vino y las drogas son muy potentes, y dan vida, no muerte.

El psicólogo escribe: «Frigidez: una de las típicas expresiones de conato de parcialización llevado demasiado lejos...».

Pero, con qué perfección represento el papel de la «totalidad». Me conmuevo y respondo con cada partícula de carne y nervios. Represento sólo una comedia parcial. El calor está dentro de mí. Estoy suficientemente quemada. Doy lo suficiente para el recuerdo y para que sientan después nostalgia.

Así, biológicamente, expreso mi definitivo freno con Rank. Amando sólo parcialmente.

«De aquí se desprende la definición de que el placer es el resultado de parcialización exitosa.»

1 de agosto de 1934

Aquel viernes salí hacia Dinard absolutamente rendida, asombrada y emocionada por la sensualidad de Rank. Es tan voluptuoso e instintivo. Una vida confusa y carnal en aquella

habitación. Y luego, Henry; y luego, en Dinard, juego y gano; y el regreso con Rank y su apetito, y otra vez casi saciada de amor.

Un mundo confuso, no formulado —como el de Hugh—, sin palabras. Me sumerjo otra vez en una luz crepuscular, en una nebulosa. Rank, como Hugh, se pierde en mi carne y entrega su alma. Y yo me hundo también. No pienso, no hablo. Eduardo es el único que ve y sabe todo lo que ocurre. Vivo en un sueño. Sueño lleno de gente, de amor, de sensaciones. Sólo me despiertan los dolores más triviales —insultos imaginados, la más ligera ofensa de alguien—, y entonces vuelvo corriendo a buscar cobijo bajo las amplias alas de Hugh, cuando veo que, incluso en la cima más alta de mi vida, sigo siendo hipersensible y me invento los insultos.

Oscura y misteriosamente, actúo para Rank con los gestos de mi pasión por Henry, magnificando la ilusión de su completa posesión de mis sentidos; gestos y palabras repetidos, pero irreales.

He perdido las ganas de escribir.

2 de agosto de 1934

Depresión. Agotamiento. Cuando no veo a Rank lo echo de menos. Su intensidad, su gravedad, su oscuridad, su mutismo. Un mundo de somnolencia. He descendido a lo impulsivo, a lo instintivo. Con todo, Rank es rápido y vivaz. Me desconcierta, me arrastra, como hizo Hugh. Cavernas.

De pronto he dejado de luchar con Hugh. Me siento cercana a él. Jamás se asentará en la vida, en la claridad, en la expresividad. Los análisis lo han elevado a la astrología, a evolucionar allí. En la vida sólo está ausente, difuso, sin alegría, lento, tardo, olvidadizo, nebuloso. Que sea como es.

Nuestra habitación en la rué Henri Rochefort, cerca del Pare Monceau. Una casa tranquila donde una mujer bonita nos acompaña en el ascensor, sin mirar a nadie, sin hacer preguntas. La pequeña antesala, el dormitorio y el cuarto de baño como en los grabados franceses. Pedimos el almuerzo por teléfono y lo sirven en la antesala mientras permanecemos desnudos en la cama, fumando. Oímos la explosión del tapón del champagne. La criada ha desaparecido. Todo es como un juego. Río y estoy hambrienta. Rank come con rapidez; yo, lentamente, como Henry. Sus grandes ojos negros se mueven pesadamente en las órbitas. Parece como si mirara por encima de sus propios ojos, con la barbilla hundida. Son ojos pesados y tristes, como la amplia boca. No nos acabamos el champagne. No nos acabamos los cigarrillos. Su cuerpo es otra vez todo llamas, de la cabeza a los pies. Ahora se prolonga, se retarda, saborea la plenitud. Hace calor cuando nos despertamos. Nos bañamos juntos. Me dice que, cuando era niño, le gustaba coger peces con las manos, sólo con las manos. Y los capturaba. Me meto en la bañera con el reloj de pulsera puesto y nos reímos. Todo está a media luz porque todo es sentimiento. Nos hablamos con caricias. Nos acostamos en silencio, pero él hunde su cabeza en mi pecho. Y gruñe de placer. Como un animal escondido.

Cómo es que el roce de la carne genera un perfume y la fricción de las palabras sólo produce dolor y división. Formular sin destruir con la mente, sin falsificar, sin matar, sin marchitar. Eso es lo

que he aprendido de la vida, esa delicadeza y respeto de los sentidos. Ese respeto por el perfume será mi ley en lo que escriba.

Es el poeta que se afirma en su lucha con el psicoanálisis.

4 de agosto de 1934

Me siento junto al sensual Hiler, que me ha pedido que sea su amante y, si no, su analista y, si no, ¿me fumaría con él un *kif*?

Dentro de ocho semanas estaré viviendo al lado de Henry. Siempre Henry. Me gustaría fumar una vez con Hiler y acostarme con él, porque se parece mucho a John. También me gustaría esclavizar por completo a Bone, que tiembla cuando me acerco a él. Lo espera.

Pero paso mis tardes libres con Henry y sólo respondo a sus caricias.

Y anhelo ver a Rank para que me acaricie y me rodee. Hemos planeado estar en Londres al mismo tiempo.

He hecho las paces con Hugh, he aceptado sus limitaciones en la vida, en la vigilia. Siento ternura.

Me doy cuenta completamente de mi satisfacción humana y acepto mi soledad espiritual y mental. Poseo mi propia alma solitaria, aquí, en el diario.

Pero no puedo mejorar mi novela. He terminado la traducción del volumen uno [del diario] al inglés. Hago planes para viajar a Londres, donde nos ha invitado el presidente del banco. Veremos a Rebecca West. Planeo mi vida en octubre.

—Cuando vivamos juntos —dijo Henry—, no te dejaré ir por ahí de esa manera.

7 de agosto de 1934

Je brûle. Estoy ardiendo de deseos. De todos los sueños, de todas las sensaciones imaginables. También de ideas.

Ayer hablé con los Bradley como una antorcha; con humor y también con luminosidad en el tacto (¡qué metáfora!). Hablé abundantemente.

Y hoy pasé unas horas con Henry. Y, al mismo tiempo, echo en falta tremendamente a Rank. Lo veo en la escuela. No podemos encontrarnos. Hambre física. Estoy presa, presa. Soy consciente de que mi egoísmo, mi vanidad, mi engreimiento aumentan con mi fuerza. Todo se magnifica con esta expansión de mi yo. *Tant pis*. Divierto a los otros, los inspiro; ¡esas cosas no pueden hacerse con un *Yo* hinchado!

Henry lee mi novela y se enamora de mí otra vez. Dice que, si pudiera, no me cambiaría en nada. Ha llorado y reído con el libro. Buscamos juntos nuestro futuro hogar.

Y Rank revolotea en las lentes de mi fantasía mientras estoy con Henry. Rank, rápido, pequeño y tenso, oscuro y apasionado, como otra parte del mismo Henry, como una de sus caras, como un doble. Siento una extraña correlación; una mitad de Henry que se ha separado y me ama.

Mis senos están llenos y pesados. Las sombras se unen entre ellos. Tengo mucho amor para dar. Mucho, mucho. Estoy ardiendo, ardiendo como Juana de Arco.

«De este modo, la psicología se ha convertido en el peor enemigo del alma» (Rank).

Bradley piensa que quizá no tengo los años suficientes para abordar mi gran tema (la historia de Padre). Me sugiere que escriba la historia de alguien como ejercicio preparatorio. Me habría gustado ser la Reina de *Alicia en el País de las Maravillas* para gritar secamente: «¡Córtenle la cabeza!». Pero cuando añadió más adelante: «Me cuesta hablar ahora: aún no estoy acostumbrado a la dentadura postiza», rasgué el decreto de muerte. Aunque había cometido dos serios delitos. Puso a Blanche Knopf como árbitro de mi novela y ahora me dice despreocupadamente que es una mujer sin ninguna inteligencia.

Escucho el violín y sueño con las caricias de Rank mañana.

Sueño: Después de hablar con Eduardo acerca de mis sentimientos maternales con él, de ser como mi Tía, voy a verla. Observo que le han cortado el cuerpo por debajo de los hombros, por encima del pecho, y está clavada en una plataforma con ruedas. Su rostro es vivo y hermoso. Me arrodillo para hablar con ella, fingiendo que no advierto nada anormal, pero abrumada por la ansiedad y el horror y la sensación de que es a *mí* a quien le pasa esto. Me pregunto cómo puede estar viva, si no tiene corazón, y cómo puede comer y digerir. De pronto, Tía se pone histérica. Forcejea y se revuelca como un escarabajo, con la plataforma por los aires. Alguien la recoge y la coloca en su sitio. Me doy cuenta del esfuerzo que ha hecho, de su sudor y de que el vestido está mojado alrededor del cuello.

Este sueño me persiguió durante días, y su vivacidad y realismo me lo hicieron inolvidable. Rank: «La influencia de los sueños sobre la realidad es tan grande y aparentemente más significativa que la influencia de la realidad en los sueños».

La pasión de Rank por mí es contagiosa. Me pierdo en ella, cada vez más. Me arrastra. La habitación resplandece con ella. Me siento presa de su vibración. Es toda carne y silencio. Pero yo no tengo sus miedos. Tiene miedo de que no dure, de que me aleje de él. Se siente perdido y empieza a temer su intensidad. Sabe ahora que la vida sólo está contenida en estas dos o tres horas; se zambulle en ellas. Es lascivo, voraz. Cuando despierta, habla, y ya es otro. Me desenredo, vuelvo a estar sola. Siento menos ternura, menos simpatía que la que siento por Henry después de la pasión. Casi ninguna. Sólo la respuesta sensual. Ningún deseo de dar, ninguna ilusión desbocada. Sin embargo, cuando le pido que me excuse de ir a la escuela, dice tan sólo: «Te echaré de menos», y como entre el puñado de americanos de aquella escuela sólo pienso en él, iré mañana, para ver cómo se iluminan los ojos de este hombrecito desgraciado, para complacerlo. Pero odio la escuela como odio el mundo, como odio la sociedad, como odio todo, salvo el mundo individual que he creado, con muy pocos y selectos habitantes.

10 de agosto de 1934

He descubierto la miserable realidad, el significado de los improperios y desvaríos de Lawrence y Henry sobre la desintegración del mundo (para mí eran sólo palabras). ¡Desastre! El pesimismo de Hugh, de los hombres, los temores concretos de los hombres que pierden el poder y el dinero. He visto la ruina y el éxodo de los americanos, los cambios y estragos producidos por las condiciones del mundo. Vidas individuales sacudidas, envenenadas, alteradas. La lucha y la inestabilidad de todo ello. Me sentí aplastada. Me dolió durante un día. Y luego, con mayor terquedad, furiosa y desesperada, continué construyendo mi vida individual como si nada estuviera sucediendo. Me negué a compartir el pesimismo y la inercia universal. Me puse anteojeras y cera en los oídos. Seré a quien disparen mientras baila.

Bailar. Rank y yo, solos en el estudio de Chana Orloff*, que ha pedido prestado. Nos hundimos en el salvajismo. Embriagados. Su vehemencia me exaspera. Rank me envuelve, me envuelve toda, aunque, cuando me despierto de nuestra proximidad física, me despierto liberada de él. Es mi cuerpo el que está sitiado. Es mi cuerpo el que va hacia él, como empujada a caminar sobre las llamas. Voy a donde hay llamas.

Todo el mundo me ve arder. Una vez me pregunté quién era el Doble *negativo*, Padre o yo. Soy yo. El vive ascéticamente y me mira fascinado. *«Feux d'artifice»*, me dice. Sé que ahora lo hago reír con mis cartas, llenas de verbosidad y que le hago correr la sangre con mayor rapidez. Ya no puede ponerme un final. Nadie puede ponerme un final. Ni siquiera la desesperación del mundo.

Los ojos de Rank. Llenan todos los silencios. Su sentido de integración. Lo amo abandonándome, como la emoción de abandono que Henry me da. Qué dulce, también, la pérdida del yo.

Cuando despertamos, nos movemos, hablamos y la totalidad se fragmenta en estratos. Hay estratos en los que no nos encontramos. Su comprensión es infinita, como un mar, pero yo navego solitaria por él. El es todo, inmenso, pero no personificado o palpable, salvo en el amor. Grandes zonas de silencio, de lo inanimado, de lo inhumano. De pronto, cambia, y formula una idea sobre el ensayo de Henry acerca de Lawrence y la psicología femenina. Es afilado y agudo. Y luego vacila, y se derrumba en la selva de mis senos, mis cabellos, mis piernas. *Il veut se perdre, se noyer en moi*. Quiere perderse, ahogarse en mí.

Me despedí de la escuela (exactamente igual que hice cuando tenía dieciséis años y me fui de la Wadleigh High). ¿Qué es lo que quiero salvar de la mediocridad y falta de inventiva de esos sitios y esa gente? Mi mundo individual.

11 de agosto de 1934

Visito a Henry, que ha puesto todas sus esperanzas en nuestra vida juntos. Tomo quinina para precipitar el parto del huevo de Pascua. Recompenso a Hugh por haber sido anoche

encantadoramente pedante, atractivo y sincero. Cuando estoy sola todo el día no soy feliz. En esos casos, vuelven y me asaltan todas las locuras, las obsesiones y las amenazas.

Domingo. Ésta es mi droga y mi vicio. Éste es el momento en que empuño la misteriosa pipa y me complazco en mis divagaciones. En lugar de escribir un libro, me tumbo de espaldas y sueño y hablo conmigo. Una droga. Me alejo de la realidad para adentrarme en los reflejos, convierto los hechos en humo, en sueños lánguidos. Este impulso, esta fiebre que me mantiene tensa y con los ojos muy abiertos durante el día, se disuelve en el abandono, en la improvisación, en la beatitud y en la contemplación. Debo revivir mi vida en el sueño. El sueño es mi única vida. Busco en los ecos y en las reverberaciones la transfiguración que conserva la pureza del milagro. De otra manera, toda la magia se pierde. De otra manera, el hombre que hechiza mi cuerpo sólo muestra su deformidad, y la sencillez se convierte en herrumbre, herrumbre que se desprende de las articulaciones que sólo deben romperse bajo el peso del placer.

Mi droga. Todo lo cubre con una niebla de humo, deformante y transformadora como la noche. Para mí, toda la materia ha de fundirse de esta manera, a través de las lentes de mi vicio; de no ser así, la herrumbre de la vida frenaría mi ritmo hasta convertirlo en un sollozo.

14 de agosto de 1934

Me estoy enamorando de Rank. No puedo vivir sin verlo. Es hambre, hambre irresistible. Corro a verlo hoy. Es como tocar fuego. Me hace tremendamente feliz. En alguna parte, muy hondo, muy hondo en la oscuridad, estamos juntos. Me echo allí y me pregunto por qué soy tan feliz.

Rank me da la más esquiva de las realidades, la realidad del amor, del amor activo y explosivo. El amor lo abruma, le duele, como a mí, lo hiere; casi llora de alegría por el abandono y el éxtasis de una caricia. Un cariño tan inmenso que lo rompe.

June dijo, y lo sabía tan bien como yo, que ésta no es la manera de amar de Henry. Y ella también lo anhelaba. Es un amor femenino, exultante, entregado, absorbente, casi fantástico, anormal. En este pozo de mismidad, igual de temperatura, hay un fondo de duda y ansiedad y hay una alegría tan rara, tan rara. Solicitud. Todo sentimientos, todo generosidad, todo abandono, más allá de uno mismo, más allá de todos. Las estatuas [en el estudio de Chana Orloff] nos rodean por todas partes, todas de mujeres de vientres prominentes, embarazadas, de carnes redondeadas, senos maduros, maternidad, abundancia.

Miro el techo blanco, con la cabeza de Rank sobre mis pechos (ahora son auténticos pechos, llenos y pesados). Rank dice que está desesperado, que quizá se vea obligado a ir a América. Aquí no puede ganarse la vida. No quiere irse. ¿Qué vamos a hacer? Me siento golpeada, muy dolida. Sugiero otras soluciones. Le ayudo a hacer planes. Toda nuestra alegría está en unir nuestros cuerpos. No queremos cartas, charlas ni ideas. No tenemos nada que crear juntos. Su creación está consumada. Quiere vivir. Resucitado en la carne. Y la presión de la realidad es terrible.

Me he aferrado a mi «hijo», el Huevo. Abortar me ha llevado más tiempo que a ninguna otra mujer. La *sage-femme* se ha quedado perpleja. La concepción, a causa de la introversión de la matriz, era imposible. Sin embargo, ha ocurrido. El aborto tenía que haberse producido a las dos

semanas. A mí me ha costado cuatro meses. He amado la sensación del crecimiento en mi interior, el bienestar físico, la riqueza, el vínculo con la Tierra, la completa experiencia física del embarazo. Tengo sueños: De una mujer que arroja a su bebé al mar y me enfurezco con ella. De niños tullidos que no quiero mirar. Odio la destrucción. He amado esta semilla que llevo dentro.

Conscientemente, tomé mi decisión y la llevé a cabo. Inconscientemente, conservé la ilusión. La hinchazón del vientre, el sentimiento de expandirme, de plenitud.

Empiezo una carta a mi Padre y los sollozos hacen que la interrumpa. Frustración y desesperación. No es un *Padre*. Amo una imagen de él que no existe. Cuando está lejos, esta imagen empieza a obsesionarme. Sé que cuando está cerca es sólo tristeza.

No me encuentro bien. Vino Dana Ackeley, un amigo del padre de Hugh. Con una voz como la de John y la misma manera de pronunciar mi nombre. Por eso, cuando dijo: «Anaïs, es bueno este almuerzo», fue como si me cubriera de claveles rojos. No soy más que un mar de sensaciones, de sentimientos a la deriva.

15 de agosto de 1934

Veo a Henry imaginando y creando nuestra vida juntos, apasionado y alerta, planeando cómo venderá sus libros, cuánto trabajará; me alegra ver su alegría de tener «sexo, un hogar y comida, y ¡el mejor sexo!». Es tierno, pero también celoso: «¿Le dijiste a Rank que era nuestro hogar?»[36].

No se lo dije a Rank. Habría preferido vivir sola. De nuevo no hago exactamente lo que *quiero* hacer. Y mi ternura por Henry sobrepasa todo lo demás. Estoy atrapada. Ojalá pudiera olvidar a Rank y volver a lo absoluto. Todo para Henry. Ciegamente, fanáticamente. Siempre estoy atada, no me pertenezco. Pero todo está bien. El amor es una esclavitud divina. Amo. Amo. Amo. Tampoco podría dejar a Henry. No podría vivir sin Henry. Ni sin Rank.

21 de agosto de 1934

Siento por Rank una pasión real, una ciega hambre física. Todo cuanto nos rodea en el momento de acostarnos juntos no es tan importante como esa ardiente colisión. La había necesitado tanto, esa oscuridad e intensidad, ese flujo apasionado, puramente instintivo. No podemos hablar; ni siquiera podemos separarnos para hablar. Dice: «Precisamente porque he terminado mi creación sin ti, puedo amarte como mujer». Sólo como mujer. Pasión. Ninguna conversación. Ninguna creación. Ninguna madre. Ninguna comunión. Ninguna ternura. Sólo colisión y embriaguez, conjunción y un hambre física que con nada se sacia.

Luego dice: «Nunca me he reído con tantas ganas como contigo». Ha vertido toda su alegría dentro de mí, sus nuevas alegrías. Reído, ¿a la manera de los esquimales? (Los esquimales, en su extraña lengua, para decir que hicieron el amor, dicen «rieron juntos».)

[36] Anaïs Nin había alquilado un estudio en el 18 de Villa Seurat como «oficina» suya y vivienda de Henry Miller.

Hablando de psicología social y del doble, le pregunté que por qué sólo nos acordamos de Robinson Crusoe en su isla, cuando la realidad es que dos tercios del libro están dedicados a los viajes de Crusoe después de abandonar la isla. «Pero no olvides a Viernes», dice Rank. (El viernes es cuando acostumbramos a vernos. Mi noche libre es la del viernes; dentro de una semana y dos meses, a contar desde el viernes, me espera en Nueva York.) «Crusoe pudo soportar su isla desierta gracias a Viernes.»

22 de agosto de 1934

Me desperté al alba y le dije a Hugh: «Para mí el arte es un acto de amor humano. Si escribo la síntesis de la obra de Rank, será sobre su vida; no una intelectualización, sino una dramatización». Afortunadamente, Hugh estaba medio dormido y, en cualquier caso, como dijo Rank, el doble de Hugh, o su otro yo, no sabe lo que la otra mitad piensa o hace. Una mitad de él sabe todo lo que estoy haciendo; la otra mitad lo ignora. Estas dos mitades nunca se encuentran ni se comunican. Por lo tanto, no hay realización ni cristalización.

Viene Rank y habla de la vida. Habla de este amor que no llamamos amor, este amor más allá del amor que conocemos, inmenso, infinito, cósmico, no individualizado, indoloro, ilimitado, generoso, con un nivel de fluidez que ni él ni yo habíamos conocido nunca. No sabemos dónde vivimos, pero es el mundo más grande y elevado que hemos conocido.

—Hasta ahora me he negado la vida, o me fue negada, por mis padres primero y luego por Freud y por mi esposa.

Su entrada en la vida es un bello espectáculo.

Empezamos a hablar de la danza —Salomé—, a la que preferiría que me dedicara y no al análisis, porque está más cerca de la vida. Le cuento que me había comprometido con la Joselita para bailar otra vez en Pascua, compromiso que tuve que anular cuando supe que estaba embarazada. El hijo me impide bailar pero, luego, anteanoche, quise bailar para perderlo. ¡Una danza salvaje!

Rank insiste en que baile. Y la corriente de la vida es tan fuerte, tan impetuosa, que la acepto y vuelvo la espalda al arte.

Allendy me busca. Está triste, deprimido. Cree que va a morir. Cree que me ha perdido. Me tiende la mano, ruega, suplica, lucha. Dice que piensa que ha fracasado conmigo como hombre, que quiere otra oportunidad. Dos oportunidades más. Me ama. «*Ma petite Anaïs*, fuiste tú quien me pervirtió. Me invitaste, con toda tu imaginación. Representé para ti un papel, no estaba a gusto. No lo hice bien.»

—No quiero hacer comedias —le dije.

—Bueno, déjame ser yo mismo para recuperarte. Me diste la impresión de tener un complejo de inferioridad.

Me entraron ganas de reír.

Sueño: Voy a ver a mi Padre, con la cara tatuada y agujas clavadas para estar bella. Me siento muy bella. Pero cuando llego a casa, me miro en el espejo y me quito las agujas, la cara se me parte en fragmentos triangulares, hecha añicos. Corro junto a mi Madre: «¿Qué he de hacer?». Saca un peine y empieza a peinar mi cabello, que es blanco como la plata, y dice: «Dentro de un momento estarás perfectamente. Esto es todo lo que tienes que hacer».

27 de agosto de 1934

Mi vida será siempre una tragedia. Ahora estoy en Louveciennes, con Henry, empaquetando libros para nuestra casa, haciendo planes, clasificando manuscritos, y pensando todo el tiempo en Rank, nostálgica de su amor, esperando que Henry no me desee. Aunque he sido yo la que se ha hecho esta vida, no quiero vivir realmente con Henry. Hoy quiero vivir *sola*, porque amo a demasiados hombres. Es ahora Henry quien se aferra, quien siente celos, pero ¿no le he dado lo que exigía su egoísmo? Medio amor.

Martes. Visité a un médico, que descubre que la *sage-femme* no ha conseguido nada. Me han de operar y el niño tiene ya seis meses, está vivo y es normal. Será como un parto. Dentro de una semana. Había empezado a sentirme pesada y a notar temblores en el vientre. Me miro y veo mi estómago blanco y redondeado. Mis pechos están llenos de leche, una leche que todavía no es dulce. Cuando subo la colina para ver a Rank, pienso en el niño. Podría dárselo a Madre, y eso podría liberar a Joaquín. De otra manera no sería más que un obstáculo. No pertenece a mi vida con Henry; tampoco a Rank, que ya tiene un hijo y demasiadas cargas; no pertenece a Hugh porque no es su hijo y sólo podría causarle aflicciones. No pertenece a nada ni a nadie. Soy una amante. He tenido demasiados hijos. Hay demasiados hombres en el mundo sin fe ni esperanza. Demasiado trabajo que hacer, demasiadas personas a las que servir y cuidar. Yo ya tengo más de las que puedo soportar. Intento dar a Hugh, a Henry, a Rank.

Cuando llego a casa de Rank, lo encuentro triste y meditabundo. Se siente obligado a ir a Nueva York. Le ofrecen un empleo y mucho dinero. Tiene deudas. Pero querría quedarse aquí.

—¿Cómo voy a irme y ponerme a trabajar, sin vivir? Mi vida está aquí contigo. No quiero irme. Nunca busqué éxito. Y ahora menos que nunca.

Estos conflictos, que él ayuda a otros a resolver, los tiene que resolver solo. No puedo ayudarle. No es cuestión de seis meses o un año, sino de un período indefinido. ¿Por qué no voy con él como ayudante?

Lo seguiría a cualquier parte.

Sé que quiero irme con él. Me gusta su tristeza, su tenacidad, su afecto por los demás. Podríamos empezar juntos en Nueva York, trabajar juntos.

—Ojalá sea feliz en mi vida —dijo Rank.

29 de agosto de 1934

Después de ver a Rank tan triste, sólo durante una hora, sentí de pronto una gran angustia, una angustia inmensa. Hugh no llegaría de Londres hasta la medianoche. Telefoneé a Henry, que estaba en casa de los Lowenfels, y le pedí que viniera. Tardó en contestarme, dudando. Me sentí herida. Colgué bruscamente. Y me fui a Louveciennes. Pero esta mañana fui a buscarlo, con la intención de decirle que es un monstruo, recordando por alguna razón inexplicable al Henry que, mientras operaban a su esposa, se follaba a una negra encima de una mesa. Su crueldad. Pero el «monstruo» ya se había ido de casa de los Lowenfels la noche anterior, todo preocupado, y me había estado buscando en varios cafés, había vuelto al estudio a las diez y me estuvo esperando. Le dolía la cabeza y parecía completamente destrozado. Y todos mis sentimientos por su imaginada crueldad se desvanecieron. Estaba muy preocupado por el aborto y tremendamente afectado. Pero no dejé que me tomara. Pensaba en Rank, a quien tenía que ver a las tres.

Rank y yo fuimos al apartamento del boulevard Suchet, que está vacío. Y nos sentimos abrumados por la tristeza. Ahogó nuestro deseo. Su viaje a Londres durante cuatro días parecía un anticipo de su marcha a América.

Ninguno de los dos pudimos dormir durante toda la noche.

Estaba despierta, pensando que no podría vivir sin él, que de nuevo me había lanzado a una pasión puramente física, que se estaba convirtiendo en amor, esclavitud, totalidad. No sólo el momento de la posesión. También el dolor y la gravedad acompañan al amor.

No entiendo.

La violencia del sentimiento por Rank es casi aterradora.

Cuando se fue, paseé por el apartamento, inquieta y nerviosa. Haciendo cosas para sentirme ocupada. Pensé en lo raro que era que Rank viviera a una manzana de distancia del boulevard Suchet, y que mi vida estuviera tan vacía y fuera tan trágica. Vivía y trabajaba en un sitio por donde yo pasaba a menudo, paseando y deseando a John, imaginándome que John me besaba. Recuerdos. Mi vida en Suchet. La explosión de color y de danza, junto con el hambre del alma y los sentidos.

El lugar era precioso. Preparé la cama para recibir al médico al día siguiente. Estaba contenta por la dulzura y el decorado en que la Princesa va a abortar.

Me siento en el estudio y hablo con mi hijo. Le digo que debería estar contento de que no lo arrojen a este oscuro mundo, donde hasta las mayores alegrías están teñidas de dolor, donde somos esclavos de las fuerzas materiales. Me da pataditas y se mueve. Tan lleno de energía, oh, hijo mío, hijo semicreado que voy a devolver otra vez al *néant*, a la oscuridad y a la inconsciencia, al paraíso del no-ser. Te he conocido. He vivido contigo. Eres únicamente el futuro. Eres la abdicación. Vivo en el presente, con hombres que están cerca de la muerte. Quiero hombres y no una extensión futura de mí misma, una ramificación. Mi niño, aún no nacido, siento tus piececitos dando pataditas en mi seno. Mi niño, aún no nacido, está muy oscura la habitación donde tú y yo estamos sentados, como oscuro debe de ser para ti mi vientre, pero debe de ser más dulce yacer como tú en mi calor que estar como yo, buscando en esta habitación oscura la alegría de no saber, de no sentir, de no ver, la alegría de yacer, quieto, silencioso, en un calor y una oscuridad profundos. Todos nosotros buscamos continuamente este calor y esta oscuridad, este estar vivos

sin dolor, este estar vivos sin ansiedad, sin miedo, sin soledad. Estás impaciente por vivir; das pataditas con tus piececitos, mi niño, aún no nacido. Te conviene morir en el calor y la oscuridad. Te conviene morir porque no tienes padre.

Tú y yo, diario mío, con los frascos de medicinas, en el dormitorio suntuoso. Hugh ha salido a comprar medicamentos. Ha estado el médico alemán. Mientras operaba hablamos de la persecución de los judíos en Berlín. Le ayudé a lavar los instrumentos. Llevo el «hechizo» que Rank me ha regalado. Sueño con él. En esta misma habitación, hace unos años, sufrí el vacío de mi vida. ¡Ahora sufro la sobreabundancia! Me levanto tan alegre como si me fuera de viaje. Soy tan feliz que ningún dolor físico podría acobardarme. La vida está llena de milagros, hasta cuando veo los trapos ensangrentados. Recordé esta mañana el saludo que una vez me dirigió Henry: «He aquí la Princesa Berenjena». Y le telefoneé: «Ven a visitar el palacio de la Princesa Berenjena, donde nacerá el Príncipe Berenjena». Y una hora más tarde, abrí mis piernas a los instrumentos. El doctor me dijo que no podría tener un hijo sin cesárea. Soy demasiado menuda. No estoy hecha para ser madre. Me rodea tanto amor que me echo a llorar.

Eres un niño sin padre, igual que yo fui una niña sin padre. Has nacido de un hombre, pero no tienes padre. Este hombre, que se casó conmigo, hizo de padre mío. No puedo soportar que cuide de otro hijo y yo vuelva a ser huérfana. Este cuidado es el único cuidado que he conocido. Con todos los demás fui yo quien se encargó de cuidarlos. He criado a todo el mundo. Cuando hubo una guerra, lloré por todas las heridas infligidas, y dondequiera que hubo una injusticia, luché para devolver la vida, para re-crear la esperanza. La mujer amó y cuidó demasiado. Y dentro de esta mujer había todavía un niño sin padre, un niño que no murió cuando debía haber muerto. Había todavía, dentro, el fantasma de una niñita gimiendo eternamente, lamentando la pérdida del padre. Este hombre, que se casó conmigo, cuidó de ella, y ahora, si tú vinieras, lo tomarías como padre y este pequeño fantasma nunca me abandonaría. Llamaría en las ventanas; lloraría a cada caricia que yo te hiciera. Eres también el hijo de un artista, mi chiquito no nacido. Y este hombre no es un padre. Es un niño, el artista. Necesita todo el cuidado, todo el calor, toda la fe, sólo para él. No hay límite para sus necesidades. Necesita fe, complacencia, risas. Necesita adoración. Necesita ser el único en el mundo que hemos creado juntos. Es mi hijo y te odiaría. Y si no te odiara, odiaría tu enfermedad, tu llanto, y a la mujer que gestó al niño. Debo alimentar su creación y sus esperanzas con todo lo que tengo. Te apartaría. Huiría de ti, como huyó de su esposa y de su otra hijita, porque no es un padre. Se siente violento ante un niño humano con necesidades. No comprende las necesidades de los otros. Está demasiado lleno de su propia hambre. Te abandonaría y sufrirías como sufrí yo cuando me abandonó mi padre, que no era un padre, sino un artista, y un niño. Sería mejor morir, mi niño no nacido; sería mejor morir que ser abandonado, porque pasarías la vida persiguiendo al mundo por este padre perdido, este fragmento de tu cuerpo y alma, este fragmento perdido de tu misma intimidad. *No hay ningún padre sobre la Tierra*. El padre es esta sombra de Dios Padre proyectada sobre el mundo, una sombra mayor que el hombre. Adorarías esta sombra y tratarías de tocarla, soñando día y noche con su calor y su grandeza, soñando que te cubre y te acuna, mayor que una hamaca, mayor que los cielos, suficientemente grande para acoger tu alma y todos tus miedos, mayor que el hombre o la mujer, que una iglesia o una casa, la sombra de un padre mágico que no está en ninguna parte. Esa es la sombra del Dios Padre. Sería mejor que murieras dentro de mí, silenciosamente, en el calor y la oscuridad.

Hugh nos llevó en coche a la *clinique*. Me había afeitado y preparado para la operación principal. Me había resignado a la anestesia, aunque en el fondo me aterrorizaba. Recuerdos de otras anestesias. Sensación de opresión. Dificultades respiratorias. Ansiedad. Como el sueño del trauma del nacimiento. Miedo a la muerte. Miedo a rendirme a un sueño eterno. Miedo a morir. Pero me tiendo sonriente y hago bromas. Me llevaron en una camilla con ruedas al quirófano. Con las piernas atadas, levantadas, la pose del amor, en un quirófano, con el chasquido de los instrumentos y el olor de los antisépticos, y la voz del doctor y tiemblo de frío, pálida de frío y ansiedad.

El olor del éter. La fría insensibilidad corriendo por las venas. La pesadez, la parálisis, pero la mente todavía clara y luchando contra la muerte, contra el sueño. Las voces cada vez más confusas. La incapacidad de contestar. El deseo de suspirar, de sollozar, de murmurar. *«Ça va, madame; ça va, madame? Ça va, madame, ç a v a m a d a m e ç a v a m a d a m e……..»* El corazón late desesperadamente, ruidosamente, como si fuera a estallar. Luego te duermes, caes, ruedas, sueñas, sueñas, sueñas; estás ansiosa; sueñas con una taladradora entre tus piernas, pero insensibles. Taladrando. Te despiertas oyendo voces. Vómitos. Aumenta el sonido de las voces: *«Ça va, madame? Elle vomit. Faut-il lui en donner encoré? Non. C'est fini»*. Lloro. El corazón, el corazón me oprime y me cansa. Me cuesta respirar. Mi primera idea es tranquilizar al doctor, y le digo: *«C'est tres bien, tres bien, tres bien».*

Echada en mi cama. Al ver a Hugh, rompo a llorar. Vuelvo de la muerte, de la oscuridad, del miedo, de la ausencia de vida.

El doctor espera anhelante. A las diez, me vuelve a examinar, me palpa, me hace daño. Me agota. Tiene que volver a operarme a la mañana siguiente.

He hablado con Hugh de mi temor a la anestesia. Me ha pedido que no me oponga, que lo deje ir, que piense que es una droga, un amnésico. ¿No había querido siempre dragarme, olvidar?

Por segunda vez me rindo al éter. Me rindo al sueño. Me resigno a morir. Y la ansiedad disminuye. Me dejo ir.

Esta vez es más breve. El despertar es menos angustioso. Me he puesto una toalla, como la toca de una monja, para no mojarme el pelo.

Pienso que, si Rank hubiera venido, todo iría bien. Pero está en Londres. Hacia las ocho tengo varios espasmos. El doctor creyó que se acercaba el momento. Envió a buscar a una enfermera. Hice algunos esfuerzos inútiles. Me hizo daño con las manos. Sólo expulsé el globo que me había introducido durante la operación. Se había roto y, por lo tanto, era ineficaz. El médico estaba impaciente y me instaba a parir. Lo intenté sin éxito hasta la medianoche. Estaba agotada. Entonces, empezó a empujar con sus instrumentos. Fue el fin de mi resistencia. Le rogué que me dejara descansar un poco, que me dejara dormir unas pocas horas. No podía aguantar más. Y me dejó.

Dormí a rachas y llamé a Rank, lo llamé con toda el alma. Por la mañana vino el doctor y dijo que me dejaría descansar todo el día. Muy temprano le había pedido a Hugh que telefoneara a Rank para que viniera. Y tan pronto como lo hizo me sentí aliviada. Rank dijo que estaría en París aquella tarde.

Me peiné, me empolvé, me perfumé y me pinté las pestañas. Envié a buscar a Henry. Vino con cara ojerosa y desesperada: «Oh, Anaïs, qué tormento. Dios, no sé qué decir, pero te amo, te amo». Nos abrazamos. Luego vinieron Hugh y Eduardo.

Rank vino a las seis. Y sentí una alegría terrible, inmensa. Todo este amor me llamaba para que volviera a la vida. Vino. Rebosante de amor. Yo estaba iluminada. Reviví. Sentí su fuerza.

Domingo, tarde.

A las ocho me llevaron al quirófano. Estaba echada sobre una mesa. No tenía sitio para descansar las piernas, tenía que mantenerlas levantadas. Dos enfermeras se inclinaron sobre mí. Delante de mí estaba el médico alemán, con rostro de mujer y los ojos saltones llenos de ira y miedo. Estuve haciendo esfuerzos violentos durante dos horas. El niño que llevaba dentro tenía seis meses y, aun así, era demasiado grande para mí. Estaba exhausta. Las venas se me hinchaban con tanto esfuerzo. Había empujado con todas mis fuerzas. Empujé como si quisiera a este niño fuera de mi cuerpo para arrojarlo a otro mundo. «Empuje, empuje con toda su fuerza.» ¿Empujaba yo con *toda* mi fuerza? ¿Toda mi fuerza? No. Una parte de mí no quería expulsar al niño. El doctor lo sabía. Por eso estaba furioso, misteriosamente furioso. Lo sabía.

Una parte de mí permanecía pasiva, no quería empujar a nadie, ni siquiera a este fragmento muerto de mi cuerpo, hacia el frío exterior de mi cuerpo. Todo lo que en mí prefiere conservar, mecer, abrazar, amar, todo lo que en mí acoge, cuida y protege, todo lo que en mí aprisiona al mundo en su apasionada ternura, esta parte mía no quería expulsar al niño, ni siquiera este pasado que había muerto dentro de mí. Aun cuando amenazara mi vida, no quería romper, desgarrar, separar, abrirme, dilatarme y entregar un fragmento de vida semejante a un fragmento del pasado; esta parte mía se rebelaba y se negaba a empujar al niño hacia el frío, para que lo recogieran unas manos extrañas y lo enterraran en un lugar extraño, para perderlo.

El doctor lo sabía. Unas horas antes me amaba, me adoraba, me servía. Ahora estaba furioso. Y yo estaba furiosa, con una ira oscura, por esta parte mía que se negaba a empujar, a matar, a separar, a perder. ¡Empuja, empuja! ¡Empuja con toda tu fuerza! Y empujé furiosa, desesperada, frenética, con la sensación de que moriría empujando, que exhalaría el último suspiro sacando todo lo que llevaba dentro, y mi alma envuelta en sangre, los tendones ahogando mi corazón dentro y hasta mi cuerpo se abrirían desprendiendo humo, y sentiría la última mordedura de la muerte.

Las enfermeras se inclinaron sobre mí y hablaron entre ellas mientras yo descansaba. Luego empujé hasta que oí crujir mis huesos, hasta que se hincharon mis venas. Cerré los ojos con tanta fuerza que vi relámpagos y oleadas de rojo y púrpura.

Sentí un revuelo en los oídos, un latido, como si me hubieran estallado los tímpanos. Apreté tanto los labios que me salió sangre. Mis piernas se hicieron muy pesadas, como columnas de mármol, como inmensas columnas de mármol que aplastaran mi cuerpo. Rogué que alguien me las sostuviera. Una enfermera apoyó su rodilla en mi estómago y gritó: «¡Empuje, empuje, empuje!». Su sudor cayó sobre mí. El doctor caminaba arriba y abajo, furioso, impaciente: «Vamos a estar aquí toda la noche. Ya llevamos tres horas». Yo tenía la cabeza levantada, pero me había desmayado. Todo era azul, luego negro. Era como si los instrumentos brillaran delante de mis ojos cerrados. Cuchillos afilados en mis oídos. Hielo y silencio.

Luego oí voces, al principio demasiado rápidas para entenderlas. Se descorrió una cortina; las voces siguieron persiguiéndose, precipitándose como en una catarata, con notas agudas que dañaban mis oídos. La mesa rodaba suavemente, rodaba. Las mujeres estaban suspendidas en el aire. Cabezas. Cabezas colgadas donde estaban las enormes bombillas de la lámpara. El doctor

seguía paseando, las lámparas se movían, las cabezas se acercaban, cada vez más, y las voces llegaron más lentamente.

Estaban riendo. Una enfermera decía: «Cuando tuve mi primer hijo, me hicieron pedazos. Me tuvieron que coser, y luego tuve otro y me volvieron a coser y luego otro».

Las enfermeras hablaban. Las palabras seguían girando como en un disco. Seguían diciendo, una y otra vez, que la placenta no había salido, que el niño debía de haber salido como una carta en un buzón, que estaban muy cansadas después de tantas horas de trabajo. Reían de lo que decía el doctor. Decían que no había más vendas, que era demasiado tarde para comprar más. Lavaron los instrumentos. Hablaron, hablaron, hablaron.

—¡Por favor, sostengan mis piernas! ¡Por favor, sostengan mis piernas! ¡POR FAVOR, SOSTENGAN MIS PIERNAS!

Otra vez estoy dispuesta. Si echo hacia atrás la cabeza puedo ver el reloj. He estado luchando durante cuatro horas. Sería mejor morir. ¿Por qué estoy viva y lucho tan desesperadamente? No podía recordar por qué debía querer estar viva. ¿Por qué *vivir*? No podía recordar nada. Oía hablar a las mujeres. Vi ojos saltones y sangre. Todo era sangre y dolor. ¿Qué era *vivir*? ¿Cómo se siente el *vivir*?

Tengo que empujar. Tengo que empujar. Eso es un punto negro, un punto fijo en la eternidad. Al final de un largo y oscuro túnel. Tengo que empujar. Una voz que dice: «¡Empuje, empuje, empuje!». Una rodilla sobre mi estómago, y el mármol de las piernas, y la cabeza demasiado grande, y tengo que empujar. ¿Estoy empujando o me estoy muriendo? La luz arriba, la inmensa, redonda y cegadora luz blanca me está bebiendo. Me bebe. Me bebe lentamente, me absorbe hacia el espacio; si no cierro los ojos, me beberá toda. Me filtro hacia arriba, en largos hilos helados, demasiado ligera y, sin embargo, dentro de mí hay fuego y también nervios retorcidos, y no hay reposo en este largo túnel que me arrastra, ni en este empuje mío para salir del túnel, ni en este niño que me sacan, ni en la luz que me bebe. Si no cierro los ojos, la luz beberá todo mi ser, y ya no seré capaz de salir del túnel.

¿Me estoy muriendo? El hielo en las venas, el crujido de los huesos, este empuje en la oscuridad, con un pequeño rayo de luz en los ojos, como el filo de un cuchillo, la sensación de un cuchillo que corta la carne, la carne en alguna parte desgarrada, como ardiendo en una llama. Alguna parte de mi carne se desgarra y la sangre se derrama. Empujo en la oscuridad, en la total oscuridad. Empujo, empujo hasta que abro los ojos y veo al doctor, empuñando un largo instrumento que me clava con rapidez y el dolor me hace dar un alarido. Un largo alarido animal.

—Eso le hará empujar —dice el doctor a una enfermera.

Pero no. El dolor me paraliza. Quiere hacerlo otra vez. Me incorporo furiosa y le grito: «Si vuelve a hacerlo, no empujaré. ¡No se atreva a hacerlo otra vez, no se atreva!». El calor de mi ira me enardece; todo el hielo y el dolor se han fundido en mi furia. Instintivamente sé que lo que ha hecho era innecesario, que lo ha hecho porque está rabioso, porque las agujas del reloj siguen girando, que pronto va a amanecer, que el niño no sale, que estoy perdiendo fuerzas y que las inyecciones no provocan los espasmos. Ni los nervios ni los músculos hacen nada por expulsar al niño. Sólo mi voluntad y mi fuerza. Mi furia lo asusta y se retira y espera.

Estas piernas abiertas para el placer, esta miel que fluyó del placer, son ahora piernas retorcidas de dolor y la miel fluye con la sangre. La misma postura y la misma humedad de la pasión, pero ésta es para morir, no para amar.

Miro al doctor que pasea arriba y abajo o se inclina para mirar la cabeza que apenas asoma. Las piernas como tijeras y la cabeza que apenas asoma. Parece desconcertado, como ante un misterio salvaje, sorprendido por esta lucha. Quiere interferir con sus instrumentos mientras lucho con la naturaleza, conmigo misma, con mi hijo y con el significado que le doy a todo, con mi deseo de dar y retener, de conservar y perder, de vivir y morir. No hay instrumento que pueda ayudarme. Hay furia en sus ojos. Le gustaría empuñar un cuchillo. Tiene que vigilarme y esperar.

Quiero recordar constantemente por qué debo desear vivir. Soy puro dolor, sin memoria. La lámpara ha dejado de beberme. Estoy demasiado cansada para moverme, ni siquiera hacia la luz, o para girar la cabeza y mirar el reloj. Dentro de mi cuerpo hay fuegos, hay contusiones, mi carne está dolorida. El niño no es un niño; es un demonio tendido, medio ahogado entre mis piernas, que me impide vivir, que me estrangula, asomando sólo su cabeza, hasta que yo muera presa de él. El demonio yace inerte a la puerta de mi útero, bloqueando la vida, y no puedo librarme de él.

Las enfermeras empiezan a hablar otra vez. Digo: *«Déjenme sola»*. Pongo mis manos sobre el estómago y, muy suavemente, con las puntas de los dedos, tamborileo, tam-tam-tam sobre mi estómago, en círculos. Vuelta tras vuelta, suavemente, con los ojos abiertos y una gran serenidad. El doctor se acerca y mira asombrado. Las enfermeras se han callado. Tam-tam-tam, tam, en círculos suaves, en círculos suaves y tranquilos. «Como una mujer salvaje», susurran. Misterio.

Ojos abiertos, nervios tranquilos. Tamborileo suavemente en mi estómago durante un buen rato. Los nervios empiezan a estremecerse... una agitación misteriosa. Oigo el tictac del reloj... inexorable, ajeno. Los pequeños nervios se despiertan, se agitan. Digo: «¡Ahora puedo empujar!». Y empujo violentamente. Todos gritan: «¡Un poco más! ¡Sólo un poco más!».

¿Vendrán el hielo y las tinieblas antes de que termine? Al final del oscuro túnel brilla un cuchillo. Oigo el reloj y oigo mi corazón. Digo: «¡Deténgase!». El doctor empuña el instrumento y se ha inclinado sobre mí. Me siento y le grito furiosa: «¡No se atreva!». Vuelve a asustarse. «¡Déjenme sola, todos!»

Vuelvo a tenderme, tranquilamente. Oigo el tictac. Tamborileo, tam-tam-tam, suavemente. Siento que mi matriz se agita, se dilata. Mis manos están muy cansadas, tan cansadas que van a caerse. Se caerán y yaceré en la oscuridad. La matriz se estremece y se dilata. Tam-tam-tam-tam. «¡Ya estoy lista!» La enfermera pone su rodilla sobre mi estómago. Hay sangre en mis ojos, sangre, sangre. Un túnel. Empujo dentro de este túnel, me muerdo los labios y empujo. Fuego, carne desgarrada y ningún aire. ¡Fuera del túnel! Toda mi sangre se derrama. «¡Empuje! ¡Empuje! ¡Ya sale! ¡Ya sale!» Siento que resbala, la súbita descarga. Ya no hay peso. Oscuridad.

Oigo voces. Abro los ojos. Les oigo decir:

—Era una niñita. Mejor no enseñársela.

Recupero todas mis fuerzas. Me siento.

—¡Por Dios —grita el doctor—, no se siente, no se mueva!

—¡Enséñeme a la niña!

—No se la enseñe —dice la enfermera—. Le hará daño.

Las enfermeras tratan de tenderme. Mi corazón late con tanta fuerza que apenas puedo oírme repitiendo: «¡Enséñemela!». El doctor la levanta. Parece negro, pequeño, un homúnculo. Pero es una niñita. Tiene largas pestañas caídas sobre los ojos cerrados; perfectamente formada, brillando con el agua de la matriz.

Era como una muñeca o una antigua miniatura india, de unos veinte centímetros. Piel sobre huesos. Ninguna carne. Pero completamente formada. El doctor me dijo después que las manos y pies eran exactamente como los míos, y las largas pestañas. La cabeza era mayor de lo normal. Era negra. La niña había muerto, estrangulada, quizá, o a causa de las operaciones. Un día más y el tumor de su cabeza me habría infectado. Y yo hubiera muerto. Mirando a la niña en aquel momento, la odié por todo el dolor que me había causado y por haber sido una niña, cuando había anhelado un niño.

Sólo más tarde este arrebato de ira dio paso a una gran tristeza, a lamentaciones, a un largo sueño de lo que esta niñita pudo haber sido. Una creación muerta, mi primera creación muerta. El dolor profundo que causa cualquier muerte y cualquier destrucción. El fracaso de mi maternidad, cuando menos de su encarnación, la abdicación de un tipo de maternidad en aras de otra más elevada.

Pero todas mis esperanzas de una maternidad real, humana, directa y sencilla yacían muertas. La simple floración humana se me negaba, otra vez, por culpa de un sueño, de mi sacrificio en aras de otras formas de crear. Mi necesidad interna de producir floraciones más sutiles. La naturaleza confabulada para conservarme como Bilitis, como la Virgen. La naturaleza disponiendo de mi destino como mujer del hombre, no como mujer del niño. La naturaleza conformando mi cuerpo sólo para la pasión, para el amor del hombre. Esta niña, que significaba un simple y primitivo vínculo con la tierra, esta niña, prolongación de mi ser, ahora así desechada, habría vivido mi destino de amante, mi vida de mujer. Esta niña, que significaba autosuficiencia y alejamiento del hombre. Mi niña. Mi posesión.

Había llegado a ser una mujer tan completa que también llegué a ser madre, la madre independiente del hombre que ama, con su imagen en cuerpo y alma del hombre que ama. Pero, por el hombre, por Henry, por el amor de Henry, o por mi vida de mujer, maté a la niña. Para proteger a Henry, para ser libre, maté a la niña. Para no abandonarla, maté a la niña. No me di a la tierra ni a la larga tarea —toda una vida— de criar a la niña. Amo al hombre como amante y creador. Al hombre en quien no confío como padre. No creo en el hombre como padre. No confío en el hombre como padre. Me mantengo junto al hombre amante y creador. Con él he hecho una alianza. En el hombre, como padre, siento al enemigo, el peligro.

He reabsorbido a esta niñita, prolongación de Henry y mía. Ha de permanecer dentro de mí, como una parte mía. Vuelvo a recomponerme otra vez. Mi matriz no siguió dilatada, abierta, sangrando por una ofrenda generosa. Volví a la vida.

Cuando vi a la niña, pensé que parecía un Henry diminuto. La cabeza calva, la boca gruesa y abierta, la nariz, tan menuda, algo casi inhumano, sin apariencia de inteligencia, un poco monstruoso. ¿O era la visión del Henry hijo mío, a quien he dado forma definitiva, asociada con esta creación de mi misma sangre? Amor uterino, amor que no procede de esa llama entre las piernas, pétalo externo que florece en la boca de la matriz, sino más profundo, sobrepasando y adentrándose en el útero, como esa indita que salió deslizándose con tanta facilidad, como un pene flotando en mi miel desbordada.

Tuve que sentarme en la mesa de operaciones para ver a la niña. El doctor y las enfermeras estaban sorprendidos por mi vivacidad y curiosidad. Esperaban que llorara. Aún conservaba el maquillaje en mis pestañas. Pero después tuve que tenderme y casi me desmayo de debilidad.

En mi cama, cuando luego vi a Henry, lloré. Se quedó aterrorizado cuando vio rotas las venillas de mi cara. Bebimos champagne. Caí dormida. La gloria, la gloria del parto. El sueño del parto. Hugh casi se vuelve loco cuando oyó mis gritos.

Duermo. *Toilette* matutina. Me perfumo. Me empolvo. Tengo bien la cara. Puedo verla en el largo espejo egipcio que Hugh me ha regalado junto con un poema. Me pongo la chaqueta rosa de seda que me compró cuando pedí un vestido atractivo para el hospital.

Rank vino a las once. Nos dijimos muy poco. Vi a Henry, a Eduardo y a Hugh como en sueños. Una debilidad inmensa. Henry y Hugh han padecido como hombres primitivos, en sus entrañas, conmigo. Henry dijo que había tenido dolores terribles de estómago toda la noche.

Al día siguiente sufrí una intoxicación intestinal. Una mala noche.

Y el viernes todo estaba bien. Pero apareció un nuevo temor. Empiezan a dolerme los pechos. Vino Henry y me anunció la publicación de *Trópico de Cáncer*. Dije: «He aquí un nacimiento que me interesa más». Henry y Rank se encuentran. No siento nada. Sólo languidez. Todo el mundo estaba sorprendido por mi aspecto. La mañana siguiente al nacimiento: complexión pura, piel luminosa, ojos brillantes. Henry estaba abrumado. Atemorizado. Dijo que el verme lo debilitaba. Es vulnerable como una mujer. Llora y tiembla como una mujer. Eduardo me trajo una orquídea. La enfermera bajita del Midi abandonó a los demás pacientes para peinarme de modo adorable. Todas las enfermeras me besaron y acariciaron. Me sentí bañada en amor, lánguida, serena y ligera.

Y luego mis pechos se pusieron duros con la leche. Demasiada leche. Una cantidad asombrosa para una persona tan menuda como yo. Duros y dolorosos.

El jueves vino Rank, desesperado por su marcha a Nueva York.

Noche de pesadilla. Otra vez me sentí presa de alguna oscura amenaza. Creí que mis pechos quedarían estropeados para siempre. Ulceras. Las enfermeras inclinadas sobre mi cama me parecen malévolas. La manera de inclinarse, de examinarme, predice lo peor. Me afecta, me asusta.

No pude dormir. Me puse a pensar en la religión, en el dolor. Aún no se han terminado los dolores. Pensé en el Dios que con tanto fervor recibí en la comunión y a quien confundía con mi Padre. Pensé en el catolicismo. Me preguntaba: ¿dónde estaba Dios, dónde el fervor de mi infancia? Me cansé de pensar. Caí dormida, con las manos cruzadas sobre el pecho, como una muerta. Y morí otra vez, como había muerto tantas veces.

Morí y resucité por la mañana, cuando el sol iluminó la pared enfrente de la ventana. Un cielo azul, y el sol en la pared. La enfermera me ayudó a incorporarme para que viera el nuevo día. Me quedé allí, tendida, sintiendo el cielo, unida al cielo, sintiendo el sol, unida al sol, abandonándome a la inmensidad y a Dios. Dios penetrando en todo mi cuerpo. Temblé y me estremecí, invadida por una inmensa alegría. Frío y fiebre y luz, una iluminación, una visitación, en todo mi cuerpo, estremecido por una presencia. La luz y el cielo en el cuerpo, Dios en el cuerpo, fundida con Dios. Me fundí en Dios. Ninguna imagen. Sentí el espacio, el oro, la pureza, el éxtasis, la inmensidad, una comunión profunda e ineluctable. Lloré de alegría. Supe todo entonces. Supe que lo que había hecho estaba bien. Supe que no necesitaba dogmas para comunicarme con Él. No necesitaba más que vivir, amar y sufrir. No necesitaba a ningún hombre ni a ningún cura para comunicarme con Él. Viviendo mi vida, mis pasiones, mi creatividad hasta el límite, comulgaba con el cielo, con la luz y con Dios. Creí en la transubstanciación de la carne y la sangre. He llegado al infinito mediante la

carne y la sangre. Mediante la carne, la sangre y el amor, estaba yo en el Absoluto, en Dios. No sé decir más. No hay más que decir. Las grandes comuniones llegan con sencillez. Pero, a partir de ese momento, he sentido mi conexión con Dios, una conexión aislada, sin palabras, individual y plena, que me produce un inmenso júbilo y me da el sentido de la grandiosidad de la vida, de la eliminación del tiempo y de los límites humanos. Eternidad. Nací. Nací mujer. Para amar por encima de todo a Dios y al hombre. Separadamente. Nací a una gran serenidad, a un júbilo sobrehumano, por encima y más allá de todas mis tristezas humanas, trascendiendo el dolor y la tragedia. Este júbilo que encontré en el amor del hombre y en la creación culminó mi comunión.

Vino el doctor, me examinó y no dio crédito a sus ojos. Estaba intacta, como si nunca me hubiera ocurrido nada. Pude abandonar la clínica. Hacía un día suave de verano. Caminé con la alegría de haber escapado de las fauces de un monstruo.

A las cinco, salí para Louveciennes. El día era suave y acogedor. Me senté en una tumbona, en el jardín. Eduardo cuidó de mí. Soñé y descansé.

Un paseo por el bosque. Rank me desea y se atormenta porque no puede tocarme. La cena fuera, en el jardín. Rank roza mis rodillas por debajo de la mesa. Estábamos borrachos y hambrientos.

Louveciennes. Henry vino el lunes. Me encontró bella. Mi ritmo es lento. Me resisto a entrar otra vez en la vida, en el dolor, en la actividad y en los conflictos. El jueves, Henry y yo vamos al estudio que hemos elegido. Todo está empezando. El día es suave, pero fugaz, como un suspiro, el último suspiro del verano. Calor y follaje. Suave y triste, el fin del verano. Hojas caídas. Y mi amor por Henry, que muere suavemente, gentilmente, sin dramas. Mi amor, ¿duerme o muere?

17 de septiembre de 1934

Henry está feliz, seguro y, por fin, domesticado.

—No puedes imaginarlo, Anaïs: cuando estabas en el hospital, no podía comer ni dormir. Casi me vuelvo loco. Sentía tus dolores en mi estómago. Me echaba en la cama y me dolía todo el cuerpo cuando pensaba en ti.

Y me voy alejando. No siento su alegría. No siento el estudio. Todo es un sueño. Trabajé, martilleé, limpié, di órdenes, hice listas.

Me sentía débil, lánguida. Cuando íbamos por la calle, en la moribunda suavidad, escuché su voz y traté de recordar lo que otras veces su voz me hacía sentir. Me pareció que, simplemente, estaba cansada de amar, que estaba cambiando y descansaba en aquellos que me amaban. Intenté recordar. Cuando dejaba que las cosas murieran lentamente, a su tiempo, sin apresurar su destrucción. No puedo decirle a Henry que ya no lo amo. No puedo creer que ya no lo amo.

Al día siguiente, limpiando un armario del estudio, encontré una fotografía de Artaud, que había vivido allí. ¡Artaud, que tanto temía los *envoutements*, los hechizos y el mal de ojo, clavado

con alfileres en una fotografía! Para divertirme, la colgué en la cabecera de la cama y Henry se puso a reír. Henry, que estaba apesadumbrado porque había insultado a su editor. «Destruyo todo lo que has hecho.» El sol se filtraba en el estudio. Henry se rió de mis fantasías sobre Artaud. Pensé en Rank, que se va a Nueva York.

19 de septiembre de 1934

Rank y yo nos encontramos en el boulevard Suchet. Nos acariciamos violentamente, nos esforzamos en reencontrar nuestro placer. Pero todo estaba oscurecido por el dolor de la separación. Hablamos para buscar un elemento constructivo en su viaje. Siento un enorme disgusto porque, últimamente, sólo he pensado en mi amante, no en el *Dr*. Rank. No en el filósofo, sino en sus caricias. Pero ahora, ahora que me veré privada de él, ¿podré vivir con sus libros, con su creación?

Nos pusimos a reír, a reírnos del «Dr.» Rank. Sus ojos rieron. Me habló de un libro humorístico que quiere escribir sobre Mark Twain. «El suicidio del doble.» Empleamos el humor para luchar contra la tragedia.

21 de septiembre de 1934

Henry y yo trabajamos en el estudio. Almorcé con Louis Andard* y su esposa. Luego me encuentro con Rank y todo su humor ha desaparecido.

Fui con Teresa a limpiar el estudio. Llegué tarde, con la intención de quedarme toda la noche, porque Hugh está en Suiza. Pero Hugh, inesperadamente, envió un telegrama diciendo que llegaría a medianoche. Cené con Henry. Su decepción me puso triste.

23 de septiembre de 1934

Llegó Madre, disgustada porque no tuve el niño, sin preocuparse de mí o de mi sufrimiento, pidiéndome que pruebe otra vez.

A las tres fui a encontrarme con Rank, pero yo estaba de un humor sombrío y peligroso. Me rebelaba contra nuestro destino, lo odiaba por los sentimientos que había despertado en mí. Deseosa de herirlo, de traicionarlo, de olvidarlo, de destruirlo, porque se sentía obligado a dejarme. Miraba yo por la ventana, irritada y rebelde, y la tigresa despertó por completo. Pero cuando lo vi acercarse al apartamento, tan rápido, tan intenso, me derretí por completo. Sin embargo, cuando me estaba peinando, le dije: «Esta noche dormiré por primera vez en el estudio». Y vi que lo había herido. Mi estudio. Montparnasse. Henry.

En el estudio hice la cena para Henry. Nos sentamos y envolvimos los ejemplares de su libro y escribimos las direcciones. Estuvo amable y tierno. Y luego se puso a bailar salvajemente por todo el estudio, cacareando: *«Coquelicot! Coquelicotl»*. Riendo y bromeando con este nuevo nombre de

su Sir Thomas, que me ha robado. Nos despertamos con el sol, desayunamos tarde y arreglamos la casa.

Los Andard me llevaron a su casa en Sévres.

27 de septiembre de 1934

He pasado el día en París. Fui a un *voyant* que adivinó todo lo que tenía en mi cabeza. Predijo un viaje a América. (Luego supe que «telepatía» es la palabra que Freud emplea para la clarividencia, la lectura de la mano, etc., y ésa ha sido también *mi* explicación.)

A las cinco se me ocurre telefonear a Hugh. Y me cuenta que Rank ha telefoneado por la mañana temprano diciendo que es absolutamente necesario que nos veamos. Cuando le telefoneo me dice que vaya enseguida.

Voy corriendo a verlo. Ha pasado la noche y el día inquieto, nervioso. Y entonces, todo se desata, su sufrimiento, sus celos de Henry. Yo misma, la última vez que estuvimos juntos, sentí la necesidad de ser sincera y le dije que no era feliz en el estudio, que no deseaba este cambio, y le pregunté si quería que lo dejara.

Y él sabía que el estudio significaba Henry. No podía resistirlo. Hacía tiempo que habíamos cesado de hablar de Henry. Pero no podía mentir a Rank.

Dijo que no quería ser posesivo. Habría preferido que yo resolviera mi propia vida. Ser objetivo, ser el *Dr*. Rank. Pero no pudo.

Y yo amaba tanto su arrogancia, su locura, su impulsividad, que me conmovió. Su sufrimiento es como el mío con Henry. Su impaciencia. Veo continuamente en él este inmenso y abrumador cariño que yo di a Henry y que hace que el otro enmudezca por su propio poder. Sólo que yo no enmudezco con Rank. Me enardece. Y le contesto con toda mi alma.

Y al día siguiente llegó el clímax. Rompió la concha de mi frigidez. Me abandoné a lo absoluto del amor. Clímax. Tres horas de embriaguez, de palabras y de vértigo. El amante que hay en él es el más apasionado y conmovedor que he conocido.

Por la noche nos vimos otra vez, para cenar en su casa, con el Dr. Endler y Chana Orloff. Y él y yo estuvimos radiantes de absoluta alegría.

Henry me parece ahora tan antiguo, tan consumido.

La señora Guiler vive en Louveciennes, tiene una criada, desayuna en la cama, come los faisanes que cazan Lani y Louis Andard, escucha la radio, da órdenes al jardinero, paga sus cuentas con cheques, se sienta junto a la chimenea, copia el diario y traduce el primer volumen, sueña junto a la ventana y está impaciente por irse de Louveciennes.

La señora Miller pela patatas, muele café, barre, hace la compra, envuelve libros para Henry, camina por una calle adoquinada que parece italiana, bebe en copas baratas, usa los trapos desechados de Louveciennes, habla mucho, duerme largas siestas con el señor Miller, fuma una barbaridad y ve con malos ojos la cantidad de gente que entra y sale en el estudio. Gente estúpida.

Anaïs es presa del amor de Rank y quiere irse a Nueva York con él.

Rank sólo soporta la idea de Nueva York porque le he prometido ir. Lucha por convencerme de que vaya. Me preguntó si mi religión me ayuda. Le dije que, de alguna manera, elimina el concepto humano del tiempo. Lo amplía. Me parece que dos meses no son nada comparados con la eternidad.

Días de humor triste. Nos parece que no tenemos nada que hacer salvo devorarnos completamente.

—Pero, incluso así —nos decimos riendo—, temo que no digeriremos nuestros problemas.

El apartamento del boulevard Suchet, donde nos vemos, rebosa con las flores que recibí durante mi enfermedad y se marchitan en la chimenea. A veces las miro y deseo secretamente volver a los días de mi convalecencia, a los momentos serenos, de beatitud, antes de que la vida más fuerte y agitada presentara de nuevo sus elementos acerados e inexorables.

[5 de octubre de 1934][37]

Veo a Louis Andard en el Café Marignan. Andard es un hombre alto, tosco, de cuarenta y siete años, novelista, que ha vivido en la India y es el editor de Maurice Dekobra. Lo conocí en el tren, camino de Dinard. Se empeñó en que así fuera. Creyente fanático del *voyant* que visité. Metido en la propaganda por la paz. Marcó mi novela del modo siguiente: «Página 48: Me gustaría ser ese hombre». Cuando me visitó durante mi convalecencia, habló inspiradamente del predominio del sentimiento en la novela. Cree que la astrología predijo que nos conociéramos; me ama; dice que me esperará siempre, que me servirá; quiere darme dinero o cualquier cosa que necesite, dice que en su opinión no soy nada complicada, salvo por la Anaïs del diario de infancia que le hizo llorar. Me dice:

—Después de llorar tanto, ¿cómo es que tiene los ojos tan bellos? No quiero que llore más, nunca. Usted me asusta. Me preocupa. Cuando, aquel día en Louveciennes, vi al hombre de las mudanzas que se llevaba sus cosas al estudio, me pregunté si usted era feliz.

Caballeroso, idealista, de corazón amable, deseoso de elevarse, torpemente, pero con un cierto encanto.

No deseo escribir nada, salvo la marcha de Rank. Aunque hoy me dijo: «Después de aquella conversación con Hugh, después de saber que quizá te vea antes de diciembre, me siento feliz. Soy muy feliz. Es la primera vez en que me ilusiona ir a Nueva York. Alquilaré habitaciones para los dos, *my darling*, querida mía». Incluso al teléfono, su voz es acariciante, y su felicidad me estremece.

El domingo pasaremos toda la noche juntos en Ruán. Quería escribirle diez cartas, una por cada día en el barco. Pero no pude.

—Todo lo que tengo que decirte sólo puedo decirlo con caricias.

[37] Este fragmento aparece, en la versión original, a continuación de «6 de octubre de 1934», pero se ha preferido mantener el orden cronológico.

Se sobresaltó.

—Y yo, ¿sabes lo que iba a decirte? Exactamente lo mismo. Cuando no estoy contigo pienso decirte mil cosas. Pero cuando te veo las olvido y sólo te deseo. Me despierto por la noche y te echo de menos. ¡Siempre que nos vemos actuamos como borrachos! *Deux fous!*

El otro día posé para Chana Orloff con las señales de los mordiscos de Henry en mi cuello.

No puedo mentirle a Rank porque él lo sabe. Sabe que no romperé con Henry hasta que me vaya a Nueva York.

¡El jueves por la tarde, la señora Miller dejó a Henry y la señora Guiler llegó a su hogar de Louveciennes! Telefoneó al fontanero para que arreglara un escape de agua y limpiara la caldera, encargó carbón, escribió en su diario y conversó con un nuevo Eduardo, un chispeante, despreocupado, hablador y laborioso Eduardo.

Fue la *femme de ménage* de Villa Seurat la que me bautizó como «señora Miller». *«Votre mari...»*

Y Rank dijo: «Hugh es tu padre, Henry es tu marido y yo soy el amante».

6 de octubre de 1934

El lunes, 1 de octubre, la señora Miller hizo su maleta y se fue al 18 de Villa Seurat, después de almorzar con Madre y Joaquín y de pasear con éste por el Bois (un Joaquín flaco, serio y tierno, inspirado tras la visita de Manuel de Falla), y después de sentarse en el Café Marignan con Henry, Fred y el señor y la señora Andard, para discutir la posibilidad de que Andard publique el libro de Fred que yo le he dado para que lo lea.

Fred, Henry y la señora Miller han cenado juntos. Un Fred agradecido. Amigos otra vez, porque Andard, después de leer el libro de Fred, cree que Fred me ama y le ha conmovido la descripción que hace de mí. Dice que lo más probable es que le guste el libro porque figuro en él.

Henry exultante en su estudio, por la comida, la tranquilidad y el optimismo que le produce.

A la mañana siguiente salgo de Villa Seurat para telefonear a Rank y a Hugh. Rank me dice que vaya a verlo, que tiene noticias que darme, buenas noticias. Me apresuro en un taxi. Está radiante porque Chana Orloff quedó impresionada conmigo, con mi cabeza y mi cuerpo, y quiere hacerme una escultura inmediatamente. Está loca con mi belleza e inteligencia, y la señora Rank está de acuerdo. Rank está complacido, animado. Primero me resistí, me puse a la defensiva. He sido la víctima, al igual que la favorita, de pintores y escultores. Más poses, más cansancio, más sacrificios, más darse. No. Pero sólo fue un minuto. El entusiasmo de Rank, la poderosa personalidad y el talento de Chana Orloff me ganaron. Me gustaba aquella enorme mujer, tan hogareña y forzuda, con su obsesión por el tema de la maternidad. Así que prometí ir a verla. Rank dijo que compraría la escultura. Ha telefoneado a Hugh por segunda vez, imperiosa e imprudentemente. Un Rank imprudente, loco, que incurre en todos los gestos temerarios que me gustan.

A las dos treinta [del 3 de octubre], Anaïs fue a encontrarse con Rank en la habitación del Pare Monceau. Propuso la idea de pasar la noche con Rank camino de El Havre. Toda la noche. A él lo llevarían en coche hasta El Havre. Ella iría en tren. Y se encontrarían en alguna parte. En Ruán. Hicieron los planes.

A las cuatro treinta, la señora Miller posó para Chana Orloff, que vive en Villa Seurat. Orloff vino a ver el estudio. La señora Miller se presentó como «señora Miller» y descubrió su doble vida de un modo interesante, enigmático, vago y simbólico, riéndose para sus adentros por engañar otra vez al mundo, por crear un malentendido, por representar el papel de la señora Miller cuando estaba preparando una huida, un cambio.

Chana Orloff se sintió sorprendida, estimulada, interesada.

A las nueve, Henry se fue al café y llegó mi primer paciente: el señor Stanko, un peluquero, comunista. Un judío yugoslavo. Hice una investigación rápida y sagaz, no encontré ninguna neurosis y así se lo dije. Era el final del psicoanálisis, que ahora odiaba intensamente, desde que me convertí en mujer y perdí mi pretendida intelectualidad. (Rank dice que no soy una intelectual.)

Henry volvió y nos encontró, al señor Stanko y a mí, bebiendo café. Charla. *Voilá*. A Henry lo ha magullado mortalmente un perro y parece pálido y débil.

Hugh anhela que me vaya a Nueva York, porque así me alejo de Henry. Le he dicho que Rank es mi padre. Hugh teme más mi estudio, Montparnasse y a Henry que Nueva York y a Rank. Rank podría encontrarme un trabajo de bailarina.

7 de octubre de 1934

Un día extraño. A las cuatro, Hugh y yo fuimos al apartamento de Rank. Había allí gente que lo despedía. Iba vestida con un traje bermejo (el verde que había teñido) y un velo, y me sentía guapa. No nos pusimos tristes, porque pensamos en la noche siguiente. Todo el mundo le decía adiós. Se asomaron a la ventana cuando se alejó el coche de Rank. Hugh y yo nos quedamos en la curva, saludando con la mano. Hugh, Eduardo y yo nos fuimos al cine. Luego le pedí a Hugh que me llevara a la estación de St. Lazare porque «allí estaba la pandilla que me llevaría a cenar a casa de Kay Boyle», y luego al estudio. Llevaba en una maleta las cortinas del estudio, que dejé en la *consigne* hasta el día siguiente. Cené sola e intenté terminar la carta para Rank, queriendo que, al menos, tuviera una carta en el barco. Entresaqué algunas cosas del diario, para que se sintiera feliz. No tenía ningún deseo de concretar, como cuando amaba a Henry.

En el tren estuve soñando. Cuando me vio en la estación, dio un salto y corrió hacia mí y me besó apasionadamente. Me pareció que me amaba como yo había amado a Henry, con aquella llamarada saltarina de gestos.

Aquella noche nos besamos durante horas, nos acariciamos, enredados, soldados.

Le di el anillo que me regaló mi Padre, rompiendo así el lazo que me unía a él. Quiso darme el anillo que le había regalado Freud. Quería deshacerse de su padre.

Contemplamos la aurora.

Nos separamos sonrientes en la estación, pero sentí físicamente su marcha, como si me desgarraran la carne.

En el tren, leí un libro de Mark Twain, sin ninguna razón, sólo porque a él le gusta.

Llegué deshecha al estudio. Sentí con toda la fuerza la falta de sentido de mi vida con Henry. Cuando todo lo que queda se reduce a ternura es mejor que muera.

21 de octubre de 1934

Viernes, sábado y domingo en casa. Trabajo. Engraso y reparo los aparatos domésticos. Escribo cartas. Dirijo las reparaciones. Me preparo para dejar a Hugh y a Henry cómodamente instalados, y a Teresa en sus nebulosos quehaceres domésticos; llevo en mi maleta una colcha para el estudio, porque allí, también, debo continuar la comedia. No puedo abandonar aquel sitio sin acabarlo, no sea que Henry crea que ha de buscar otro lugar y siga soñando con encontrar un refugio. Me acaricia amorosamente, me ruega, me besa tiernamente. ¿Sabe que voy a dejarlo?

La ilusión del amor por Hugh y Henry. Eduardo sabe la verdad. Pasé el viernes por la mañana escribiendo a mi amor. Hago cuentas con Hugh para ver cuándo puedo irme. Hago casi todos mis preparativos discretamente, en calma; el ruido y el estallido de mi marcha pueden resultar dolorosos.

Hugh me compra un precioso chai indio porque me amó con uno puesto, una vez que una gente de Bombay me prestó uno para pasar la velada con ellos.

El *voyant* (¡o mi inconsciente!) definió a Hugh como *«une nature tributaire qui ne peut ríen faire seule»* (un accesorio por naturaleza que no puede hacer nada por sí mismo). Hacemos bromas de esta idea «inconsciente» y le digo a Eduardo ¡que debería visitar al *voyant* para que yo pueda saber lo que piensa realmente!

Rank me quiere como «la bailarina». Quiere el color, el olor, la ilusión y la vulgaridad. Hablamos de eso. Le tienta darme trabajo como ayudante suyo, para tenerme cerca. Y yo estuve tentada de aceptarlo, para estar cerca de él y sentirme protegida. Pero no es una relación de colaboración lo que queremos. Nada de tinta, papel, ideas y trabajo. Estoy al margen de su vida intelectual. (Sigue diciendo que no soy una intelectual.) De esta manera, su deseo forma una nueva imagen de mí, un nuevo yo, sacado de los elementos que estaban aletargados durante años, y recupero la danza, tan trágicamente abandonada. Recupero a la actriz.

Me siento a la mesa, con el chai indio sobre mi cabeza, y como higos y dátiles, que me gustan con delirio. Sólo me atemorizan mi timidez y mi nerviosismo.

El amor es el eje y el hálito de mi vida. El arte que hago es un subproducto, una excrecencia del amor, la canción que canto, la alegría que estalla, lo sobreabundante. ¡Eso es todo!

Tan alegre estoy que hundo en mi cabello un tenedor en lugar de una peineta española, y hablo del olor del escenario cuando todavía no he puesto los pies en él. Pero me ha bastado oír a Manuela del Río decir «El lunes, a las once, en el Studio Pigalle, Place Pigalle» para que me ponga a ensayar alguno de mis antiguos bailes. He cosido encajes negros a mi vestido de maja, he cedido mi papel a Henry porque, de momento, no quiero escribir.

Cuando sea vieja escribiré una novela, minuciosa y de relatividad sutil. Relatividad de las relaciones, la alquimia entre los seres humanos.

[24 de octubre de 1934]

Aunque miento a Hugh y a Henry, *sienten* que los abandono. Hugh me castiga privándome del dinero que necesito y Henry refugiándose en su trabajo. Una escena con Henry me hizo ver que no podría sufrir el apartarlo completamente de mi lado. Cuando hablamos de la posibilidad de venir conmigo a Nueva York, pensé que sería mejor perderlo allí, donde tiene amigos, en un país donde siempre podría desenvolverse. Pero a él le pareció que Nueva York significaba quedarse allí para siempre. Y eso lo asusta. Quiere quedarse en el estudio, que es su hogar. Quiere un sitio fijo para trabajar en paz y con serenidad. No quiere rodar de nuevo, sentirse desarraigado. Se puso muy triste cuando se lo dije. Y me asombró que yo pudiera hacer esta rara comedia de decirle que era absolutamente necesario que me fuera a Nueva York con Hugh, cuando la realidad es que iba por Rank. Vi el sufrimiento de Henry. Y también, en un momento de miedo, vi que pensaba en Lillian Lowenfels como alguien que podría prestarle dinero para ir a Nueva York. Había notado el deseo de ella de protegerlo. Vi todo el alcance de su debilidad, de su inconsistencia, de su naturaleza parásita; vi esto y, al mismo tiempo, el dolor de perderlo; sentí celos pensando que Lillian pudiera protegerlo, sentí la última atracción, los desgarramientos y las diferencias, y no podía aceptarlas. Sufrí durante días, callada e intensamente; fui toda nervios, miedos y ataduras dolorosas.

Sólo me sentí aliviada cuando Henry y yo, simultáneamente, decidimos que se quedara en el estudio mientras yo me iba a Nueva York. Le mentí sobre la duración de mi ausencia para que no se alarmara; le dije que serían sólo dos meses. Cuando creí que no me separaba de Henry definitivamente, me sentí aligerada.

Nada de esto afecta o altera mi amor por Rank, que me parece más allá y por encima de todo esto. Es algo tan poderoso y tan arraigado que nada puede impedirme que vaya con él.

Tantos conflictos. Escenas con Hugh, que la otra noche se puso histérico, y me decía llorando: «No puedo resistirlo, no puedo resistir que me dejes. No me abandones». No podrá ir a Nueva York hasta enero. Tendré para mí sola un mes con Rank. Me desespero, cada vez estoy más impaciente.

Pongo en una maleta mi nueva combinación de encajes, que me ha comprado Hugh, porque la ropa interior despierta en él sentimientos perversos. Dejé que me comprara la ropa interior más bella y más cara, me la hizo poner y luego me acarició. Me puso en un estado de intensa excitación, pensando yo todo el rato en que era Rank quien gozaba y me miraba. Y he comprado un precioso abrigo negro y un traje elegante para Rank, para Nueva York, para mi vida nueva.

Y ya he puesto en la maleta los manuscritos de «Alraune» y de «El Doble» y un nuevo cuaderno para el diario. Le envío por correo una fotografía mía, vestida con el chai indio, la única buena que me ha hecho Brassaï, para Nueva York y mi plan mítico de bailar, contra el cual me rebelé una noche a causa del pánico, del miedo al público, del miedo a enfrentarme con el mundo, un terror real de exhibirme públicamente. *Toujours la musique de chambre seulement.*

Me doy cuenta en el estudio de que no sería feliz con Henry *como esposa*. Quizá porque ya no lo amo. Pero más porque, cuando me tiene allí a su disposición, descubre su irracionalidad, sus manías y sus contradicciones, el ser caprichoso y *loco* que lleva dentro. Es tan difícil e ilógico que tengo que plegarme a su capricho por cualquier minucia. Me cansa su constante charla, sus razones alambicadas sobre ideas inútiles que no sabe relacionar. Me cansa su manera insultante de referirse a la gente, su «naturalidad» primitiva, su somnolencia. Duerme doce y catorce horas al día; no escribe nada, salvo cartas; come a cualquier hora, vive de cualquier manera.

Mientras voy y vuelvo en el tranvía, entre Villa Seurat y nuestro nuevo apartamento en el 41 de rué Versailles, escribo constantemente en mi mente, buscando trasponer y objetivar lo que en la vida me oprime insoportablemente y, sobre todo, la presión de mis conflictos.

Solicitada de tantas maneras. Me enfurezco cuando bailo con Turner y me excito sexualmente porque siento, mientras bailamos, que tiene una tremenda erección. Me irrita que pueda estremecerme sensualmente por sus ojos lánguidos y su sensual boca venusina, y por su deseo.

No me estremezco, sino que me aburro con Andard, que está enamorado de la muchachita del diario infantil y habla, vehemente y aburridamente, de mi pureza.

Conversaciones sensatas con un Padre complaciente, al que admiro en secreto. A medida que el problema del sexo se desvanece, aumenta nuestro entendimiento. Siempre fríamente.

Escribí a Rank sobre la *musique de chambre*. Me contesta: «No estoy muy seguro de que te guste mi posesividad, porque empiezo a sentir celos de tu danza, ¡después de leer tu carta de esta mañana!». (Mi primera carta, en la que ensalzaba la danza.) Ya siente celos de mi pasado, ¡lo único que puedo ofrecer a los demás!

Le escribo hoy: «Es curioso que me escribieras sobre la danza. Casi en el mismo momento, yo te escribía sobre algo parecido, lo cual ha tenido que complacer al posesivo TU. No hay nada más mágico que el pensamiento simultáneo. Porque hace que uno aprenda a vivir en el presente. Pero ¿cómo se puede vivir en el presente, cuando nadie te alcanza o está allí para contestarte?».

Turner me dice que he estado en su mente durante años. Primero me creyó orgullosa, luego rara, o quizá drogadicta e indiferente; luego sospechó que era lesbiana. Pensó que, por estar muy enredada en amores, era inaccesible. Dijo que en casa de los Guicciardi desperté en él una gran «ilusión», algo que creía ya había muerto para él. Anoche me gustó la boca abierta y temblorosa, la lengua presta a vibrar.

Oh, mi amor, Rank, mi amor, abrázame, tenme.

Cuento con la complicidad de Joaquín, que me trae las cartas y telegramas de Rank. Pero me hace ir los domingos a misa, donde todo me parece monótono y literal, sin relación alguna con mi trance místico. Pero Eduardo me dice que no he recibido ninguna otra visita de Dios, ninguna señal

más de comunicación mística, y piensa que quizá regreso al dogma y al ritual en busca de un nuevo éxtasis religioso. No. Pero es triste no recibir ningún otro signo de mi Dios. ¿Volveré a caer en el hombre, a adorar y servir al hombre? ¿Es que Dios está celoso y también me quiere toda para Él, y es *éste* el laberinto que me llevará a Jung?

¿Por qué mirar tan lejos?

2 de noviembre de 1934

Henry ha caído bajo el hechizo de un notable anciano [Aleister Crowley*], pintor fantástico y psicólogo, que se volvió loco en Zúrich, que habla como yo escribo en «Alraune», de un modo totalmente simbólico, y que continúa o acentúa mi influencia fantástica y poética sobre Henry. Henry tan blando, receptivo y emocional, me muestra ahora una extraña adoración. He vuelto a vivir a su lado.

Anaïs Nin con el chal que se menciona en el diario. Presumiblemente fue ésta la fotografía enviada en 1934 al Dr. Rank cuando éste se encontraba en Nueva York.

Me di cuenta de que todavía amo su calor animal y relajado, el contento que transpira, su poder para mantenerme en la Tierra. Este anciano vino a vernos, pero no quiso mirarme. Dijo que yo era mística, un animal poderoso, de mil años de edad, sólo luz, incandescente y pavorosa; que embrujaba el alma de los hombres y que no se atrevía a mirarme a los ojos.

Que antes de conocerme me había visto en sueños encerrada en un templo, con la letra U debajo. Vio mi fotografía con el chal hindú y le dijo a Henry: «¿Lo ves? Ojos de mística. Suspendida sobre la vida. Tiene la voz de alguien que se aleja. Nirvana». Y habló dirigiéndose a Henry, sin mirarme nunca.

Y Henry, por la noche, en la cama, deslizó suavemente la mano entre mis piernas y alrededor de mis nalgas, y dijo: «Quién iba a pensar que una mujer con ojos tan luminosos, una vestal, pudiera tener un culo tan rotundo, un cono tan ardoroso y un monte tan electrizante aquí mismo». Y nos lanzamos a una frenética jodienda, como en los viejos tiempos, con Henry susurrando obscenidades, y yo también, con una voz que nunca había tenido, como la de un animal.

Gruñendo y jadeando, los dos cálidos cuerpos, gimiendo y respirando pesadamente. Júbilo. Lo amo, amo a Hugh, y amo a mi pequeño y oscuro Rank, que me está esperando.

Soy consciente del nuevo poder que se expresa por entero mediante mis ojos —un nuevo poder místico—, una fuerza que vengo sintiendo desde mi trance. No tengo miedo a elevarme. Estoy en la vida. Estoy viva. Pero puedo dejar la vida. Viajo. Floto. Y regreso.

Pero Eduardo dice: «Si no colaboras con la religión, si insistes en permanecer sola, harás magia negra en lugar de magia blanca».

O quizá me vuelva loca.

7 de noviembre de 1934

Le envié una carta el martes por la mañana. Almorcé con Henry. Recaí en la antigua rutina de admitir todos sus defectos, su grosería, su tosquedad, su falta de comprensión, sus plagios. Me di cuenta de cómo toma prestado, copia, se apropia y roba. Lo conozco... demasiado. Sin embargo, lo miro con indulgencia, con humor, comprensivamente.

Este es mi trabajo.

Hacer, o crear, al hombre que amas, pero no un «él» obligado o falso, sino descubrir su verdad, su identidad, lentamente, mediante el amor y la adivinación, aceptando sus limitaciones. No intenté hacer un burgués de Henry, o un hombre poderoso. Henry, sólo que *más* Henry. Y por qué. No lo sé, pero lo mismo hago también con Rank. «Entiendes el *tú* que hay en mí.» Habla de su Yo recién nacido. De nunca haber hablado con nadie de su Yo. De haber dejado de ser el *Dr.* Rank.

Por lo tanto, paz y alegría con Henry. Fingiendo tristeza porque me voy, mostrando un pesar que no siento, que no es tan fuerte como mi deseo de estar con Rank.

Paz con Hugh mediante la satisfacción de su perversidad, su amor secreto por mi frigidez con él; astucia para volver la mirada a un pasado para mí vacío, pero aún poderoso dentro de él. Hugh, mi víctima, el dador.

Yo, comprando despiadadamente lo que necesito, sin escrúpulos. Comprando para mi nueva vida. Egoístamente, interesadamente. *Tomando,* aceptando.

Marcel Duchamp*. Libro de sus *notes*. Esbozos para un libro nunca escrito. Símbolo de los tiempos. Dijo Henry que le gustaría que se publicaran sus cartas. Y le dije: «Sí, tus cartas prepóstumas». Y nos reímos.

Rank había dicho: «Algún día, Henry descubrirá que no es un genio. Entonces, te echará la culpa».

Le digo a Henry que no tengo más remedio que ir a Nueva York y por un momento odio su pasividad. Quisiera que fuera activo, como Rank. Acepta todo sin protestar. Llora y escribe desesperadamente. Pero no sabría actuar. No actuaría contra Hugh ni contra Rank, ni en su propio beneficio. Ni contra June. Sólo sabe escribir con violencia, maldecir y joder con la primera mujer que encuentra al paso. Esta gran pasividad es la que ha hecho florecer todo cuanto llevo dentro. Esta gran efervescencia de disposiciones de ánimo que yo busco, su vivacidad, su complacencia con la vida. Amo su expresión física en reposo, su despreocupación, su indolencia. La voluntad que sólo se expresa de forma negativa, en oposición al Otro. Cómo se puede amar la manifestación física de un defecto. Pero cuánto necesitaba esa indolencia. Cómo me desató, me desanudó, me liberó, me lubrificó, me desmentalizó, me suavizó. Henry me ha hecho grandes regalos.

8 de noviembre de 1934

Escena con Andard cuando intento decirle que no hay ninguna esperanza. Palidece, se agita y tiembla. Y yo, sentada allí, tan fría, fingiendo que lo siento. No siento nada en absoluto. Pero está profundamente afectado. Ruega, suplica, dice que su vida está acabada, habla de su sufrimiento. *«Je ferais des folies pourvous, ma petite Anaïs »* Cometería crímenes por usted...

¿Gozo con esto, causando dolor? No. Me siento retraída. Quiero acabar con esto enseguida. Respiro aliviada cuando lo dejo. Una vez a la semana me ha estado sacando de paseo en su coche.

10 de noviembre de 1934

Si no me he vuelto loca con todo lo que me ha pasado estos días, nunca me volveré loca.

Las cartas de Rank, que me crispan los nervios; las crueldades de Hugh con el dinero; la irresponsabilidad infantil de Henry, sus debilidades, la lucha para lanzar su libro en contra de los temores de Kahane; el eczema de Padre y su boca amarga; la frialdad de Joaquín y su atrincheramiento religioso; la preocupación de Madre por su último amor antes-de-que-se-muera, y su forma patética de pedirme consejo; los nuevos enfados de Hugh, sus celos obsesivos, sus escenas de perversiones sexuales y mi frigidez; Rank que me llama; mi Padre que espera que yo dé señales de cansancio y prudencia.

Encuentro con el Abbé Alterman, a quien quiero seducir para privar a Joaquín de su fe e impedir que se haga monje; la conversación con él; los pensamientos de Tais; la compra de un severo vestido negro de lana y una gruesa trenza, como una monja voluptuosa.

Cablegramas a Rank: «Zarpo 15 Nov. para entrevista con usted»... y no con Balanchine, el maestro de ballet; el reflejo de Turner y la sensualidad sin significado; saber que después de Rank habré vivido todo lo que quería vivir, todo lo que quería del amor, la vida y el deseo, las alegrías del misticismo y la creación; saber que he pasado en mi vida por los dramas más profundos de la existencia; que después quiero soñar, dejar de vivir para mí misma, para lo cual no tengo valor, porque me afectan todos los sentimientos de los demás, porque no soy suficientemente cruel, y todo el mundo, incluso el que aparentemente despido con las manos vacías, lleva consigo una parte de mi carne y de mi fuerza.

Visitas vertiginosas y rápidas a pintores y escritores con Henry. Película, *Of Human Bondage*, donde la protagonista estalla de odio —odio sexual contra el hombre poético y doliente que la adora, y que la traiciona.

Ultima mentira a Hugh, que encuentra en mi bolso una carta de Rank, donde afortunadamente no se habla nada de *mi* amor, sólo del suyo, así que le digo tranquilamente: «Por supuesto que me ama, pero eso no es nada. También me ama Turner, y Andard, y Harvey*, como todo el mundo que conozco».

—¿Por qué te llama *Darling*?

—Bueno, ya te enseñé la carta de Andard el otro día. También piensa que puede llamarme *darling* porque me vio un día en el tren.

Así que se calma, es lo normal. Todo el mundo, es cierto, está sometido ahora a mi nuevo poder. Harvey (el marido de Dorothy Dudley) escribió una carta apasionada a Henry hablándole de mí. Me la tomé a broma. Y siento nostalgia de Él, desesperadamente, preguntándome cuánto quedará de mí después de esta lucha por vivir para mí misma, que es tan difícil, tan difícil, tan agotadora. Es lo que *quiero* contra la felicidad de Padre, Hugh, Joaquín, Eduardo y Henry. Un álgebra terrible, siempre.

Después de Rank, sólo viviré para los demás, lo cual es mi placer.

El psicoanálisis me salvó porque permitió el nacimiento de mi verdadero yo, que es religioso. Quizá no llegue a convertirme en una santa. Pero me siento llena y rica, y tengo mucho para escribir. Me contentaré con un poco de paz y un poco de recuerdo cuidadoso. No puedo instalarme definitivamente en la vida humana. No es bastante. Tengo que escalar cumbres aún más vertiginosas.

El psicoanálisis me salvó de la muerte. Me permitió vivir, y, si dejo la vida, será por propia voluntad, por no contener lo absoluto. Pero sigo amando lo relativo, la col y el calor del fuego, y una bella colección de pendientes, y Haydn en el fonógrafo, y reírme con Eduardo, y los chistes sobre Mae West, y el nuevo vestido negro de lana, de enormes mangas y el sensual corte desde la garganta a los pechos, y el brazalete y el collar de piedra azul incrustado de estrellas, y la ropa interior nueva, y el nuevo quimono de terciopelo negro, y el cajón del baúl lleno, con *Trópico de Cáncer* de Henry, con mi prefacio y la última carta de Rank, y el teléfono que no deja de sonar en todo el día, y la voz sensual e insinuante de Turner, y el breve aborto de dos horas de Emilia, que no cambiaría por mi soberbia aventura.

Amor.

Y el Abbé Alterman diciendo: *«Vous êtes une âme très disputée».*

FIN

NOTAS BIOGRÁFICAS

Aleister Crowley (1875-1947): Escritor inglés, pintor y mago, autoproclamado santo de su propia Iglesia Gnóstica. Sus *Confessions* aparecieron como las memorias de «el más notorio mago, satanista y experto en drogas del siglo XX».

Allendy, Dr. Rene Félix (1889-1942): Psicoanalista francés; autor de numerosas obras, entre ellas «Les théories alchimiques dans l'histoire de la médecine», 1912; *La psychoanalyse*, 1931; *Capitalisme et sexualité*, 1932. En 1926, con la princesa Marie Bonaparte, protegida de Freud, fue miembro fundador de la Sociedad Psicoanalítica de París. Interesado por la alquimia, la astrología y el misticismo, estuvo próximo al movimiento surrealista e inició varios proyectos de películas oníricas. Su esposa, Yvonne, fue tesorera del Théâtre Alfred Jarry, de Antonin Artaud, a finales de la década de 1920. Anaïs Nin fue paciente del Dr. Allendy en mayo de 1932. También analizó a Eduardo Sánchez y a Hugh Guiler.

Ana María: Hija de la tía de Anaïs Nin, Anaïs Culmell, y de Bernabé Sánchez, hermano menor de Eduardo.

Artaud, Antonin (1896-1948): Poeta francés, ensayista, actor de teatro y cine (notablemente como Marat en el filme de Abel Gance *Napoleón*, 1926, y el monje Massieu en el filme de Cari Dreyer *La pasión de Juana de Arco*, 1928); director y creador del «Teatro de la Crueldad». Durante muchos años fue paciente y protegido del Dr. Allendy, que lo presentó a los Guiler en marzo de 1933. Después de su primer encuentro regaló a Anaïs Nin un ejemplar de su *L'Art et la mort* (1929) y algunas páginas de su obra escénica en gestación *Heliogábah*. Hugh Guiler apoyó brevemente los experimentos teatrales de Artaud.

Bernard Steele: Editor nacido en EE.UU., copropietario de la empresa editora parisina Denoël & Steele, que publicó la obra del Dr. René Allendy y Antonin Artaud, así como la de otros muchos escritores surrealistas y de vanguardia.

BoussieHéléne Boussinescque: Educadora y traductora francesa que conoció a los Guiler en 1926 e introdujo a Anaïs Nin en la vida intelectual francesa.

«Caresse» Crosby (Mary Phelps Jacob) (1892-1970): Viuda de Harry Crosby (1898-1929), playboy americano, poeta y editor de la Black Sun Press. Continuó las actividades editoriales de su marido y mantuvo a numerosos escritores y artistas en Le Moulin du Soleil, propiedad campestre de los *Crosby* cercana a Ermenonville, a una hora en coche desde París.

Chana Orloff: Escultora de origen ruso, con estudio en Villa Seurat. Amiga y paciente del Dr. Otto Rank.

Davidson, señor: Hombre de negocios americano residente en Francia y cliente de Hugh Guiler.

Delia: Amiga de María y Joaquín Nin.

Dorothy: Amiga de Eduardo Sánchez; fue paciente del Dr. Allendy.

Eduardo Sánchez: (1904-1990): Nacido en Cuba, erudito aficionado, astrólogo, ocasionalmente actor. Primo bienamado de Anaïs Nin y primer amor romántico (véase *El primer diario de Anaïs Nin, 1920-1923; 1927-1932*). Llegó a París en 1930 y vivió temporalmente con los Guiler en la casa que tenían alquilada en Louveciennes. Introdujo a Anaïs Nin en el psicoanálisis, tras haber sido analizado él mismo en Nueva York por un discípulo del Dr. Rank, y la animó a escribir y a interesarse por D. H. Lawrence. (Véase también *Anaïs: Diario internacional*, volumen 9, 1991.)

Emil Schnellock (1891-1960): Artista gráfico americano y maestro que se graduó con Henry Miller en la Public School 85 de Brooklyn en 1905. Miller lo llama su «más viejo amigo» en América y sus *Letters to Emil* (editadas por George Wickes, 1989) contienen el texto íntegro de la larga carta sobre June a la que se refiere este libro.

Emilia: Criada española que sirvió muchos años en casa de los Guiler, y a quien Henry Miller se empeñaba en llamar «Amelia».

Ethel Guiler: Hermana menor de Hugh, que visitó a su hermano y cuñada en Francia en varias ocasiones, aunque los padres desaprobaron al principio su casamiento con Anaïs Nin.

Eugéne Jolas: Editor de *transition*, una influyente «revistilla» publicada en París, intermitentemente, desde 1927.

Fraenkel, Michael: (1896-1961): Americano de origen lituano, librero y escritor, establecido en París en la década de 1920 para vivir de sus inversiones y seguir una vida literaria. Con el sello Carrefour publicó algunos de sus libros y de otros amigos en la St. Catherine Press de Brujas, Bélgica. Entre otras propiedades, tenía la casa de Villa Seurat, 18, donde Henry Miller (que se inspira en Fraenkel para el «Boris» de *Trópico de Cáncer*) encontró refugio temporal en 1930, cuando vagabundeaba derrotado por París. En agosto de 1934, Anaïs Nin alquiló un estudio en el mismo edificio para que fuera su «oficina» y vivienda de Henry Miller.

Fred/Alfred Perlés: (1897-1991): Periodista y escritor austríaco. Trabajó para la edición parisina del Tribune de Chicago hasta su desaparición en 1934. Conoció a Henry Miller y a su esposa June en el primer viaje de éstos a Europa en 1928. Ayudó a Miller a sobrevivir en los primeros y difíciles días en París en 1930 y, desde marzo de 1932 hasta finales de 1933, compartió con él un apartamento de dos habitaciones en la avenida Anatole France, 4, de Clichy, al norte de París. Retrató a Anaïs Nin como *Pietá* en *Sentiments limitrophes*, su «novela-recuerdo» que, junto con otra obra escrita entonces, *Le Quatuor en ré majeur*, han vuelto a publicarse en Francia en 1984.

Gustavo Duran: Joven intelectual español y estudiante de música en París. Llamado a filas, se distinguió como comandante en el bando leal durante la Guerra Civil española.

Harry Bone: Psicólogo americano. Estudió y trabajó en el Psychological Center del Dr. Rank, en París, durante el verano de 1934.

Harvey, Harry: Americano expatriado, casado con la escritora Dorothy Dudley, quien, en la década de 1930, fue corresponsal de literatura y escena artística francesas para varias publicaciones de EE.UU.

Henry Hunt: Hombre de negocios francés, casado con Louise de Vilmorin.

Henry Miller: (1891-1980): Autor americano que empezó a escribir «seriamente» en 1924, pero no publicó su primer libro, *Trópico de Cáncer*, hasta 1934.

Después de seis años de frustraciones en Nueva York, donde su segunda esposa, June Edith Smith, antigua bailarina profesional, aportaba la mayor parte de los escasos ingresos, Miller se estableció en Europa en 1930. Su lucha por sobrevivir solo en París le proporcionó la materia prima para el libro que estaba escribiendo, cuando conoció a Anaïs Nin y a su esposo en diciembre de 1931. Hugh Guiler ayudó a Miller a encontrar un trabajo de profesor en Dijon en febrero de 1932, pero el trabajo duró poco, y Miller regresó a París, donde, en marzo de 1932, él y Anaïs Nin se hicieron amantes. Su estancia en Dijon inició una correspondencia que duró toda la vida *(Henry Miller: Letters to Anaïs Nin, 1965; A Literate Passion: Letters of Anaïs Nin and Henry Miller, 1932-1953,1987)* y el curso inicial de su relación íntima se recoge en el volumen *Henry y June*: *From the Unexpurgated Diary of Anaïs Nin*, publicado por primera vez en 1986.

Hilaire Hiler: (1898-1974): Artista americano, músico, narrador y, durante breve tiempo, copropietario y encargado del Jockey Bar de París en la década de 1920. En su estudio de la rué Broca, dio lecciones de arte a Henry Miller, y se interesó por las ideas del Dr. Rank que figuran en su libro *Arte y artista*.

Hugh (Hugo) Parker Guiler: (1889-1985): Nacido en Boston, pasó su infancia en una plantación de azúcar de Puerto Rico, donde su padre trabajaba de ingeniero. Sus padres, escoceses, lo enviaron para que se educara en Escocia a la edad de seis años, primero a Ayr, en Halloway y luego a la Academia de Edimburgo. Después de graduarse en Literatura y Economía por la Universidad de Columbia en 1920, empezó de meritorio en el National City Bank. En diciembre de 1924 fue enviado a la sucursal de París, donde se especializó en el departamento de Crédito. Conoció a Anaïs, entonces con dieciocho años, en un baile dado en 1921 en la casa de sus padres en Forest Hill, Nueva York, y se casaron en La Habana en marzo de 1923. La historia del noviazgo y la boda aparece detalladamente en los tres volúmenes de *The Early Diary of Anaïs Nin, 1920-1923; 1923-1927; 1927-1931.*

Jean Kronski: Nombre que da June Miller a una joven trastornada que acogió en Greenwich Village en 1926. Pretendiendo ser huérfana, poeta y artista, Jean terminó por irse a vivir con los Miller al apartamento de éstos en Henry Street. Miller trata de este *ménage á trois* en la novela *Lovely Lesbians*, titulada más tarde *Crazy Cock*, que se llevó a París y después empleó para otros libros. Ingresada en un establecimiento psiquiátrico, se cree que Jean se suicidó a principios de los años treinta.

Joaquín Nin-Culmell: Hermano menor de Anaïs Nin, nacido en Berlín en 1908. Estudió piano y composición en la Schola Cantorum y en el Conservatorio de París, y privadamente con Alfred Cortot, Richard Víñez y Manuel de Falla. Vivió con los Guiler en la casa de Louveciennes hasta que, en octubre de 1931, él y su madre se mudaron a un apartamento en París.

John Erskine: (1879-1951): Educador americano, pianista, novelista de éxito *(The Prívate Life of Helen of Troy, 1925)*. Fue el profesor de Literatura de Hugh Guiler en la Universidad de Columbia y más tarde amigo íntimo de Guiler y de su joven esposa, Anaïs Nin. En 1928, con su mujer e hijos visitó a los Guiler en Francia y Anaïs Nin se encaprichó de Erskine. Aunque la relación no pasó a más, precipitó la primera crisis importante en el matrimonio de Anaïs Nin, quien intentó reflejar su experiencia en la novela inacabada *John*.

June Edith Smith: (conocida también como June Mansfield): Nacida Juliet Edith Smerth en Austria-Hungría en 1902, uno de los cinco hijos de una familia emigrada a EE.UU. en 1907. A los quince años, dejó el instituto de Brooklyn para convertirse en bailarina profesional. En 1923, cuando trabajaba en el Wilson's Dance Hall de Broadway, conoció a Henry Miller, que estaba casado, tenía una hija de cinco años y trabajaba de director de personal en la Western Union. Se casó con Miller al año siguiente, después de que él consiguiera el divorcio de su primera esposa. Miller dejó su empleo y, durante los seis años siguientes, llevaron una vida precaria y aventurera en los márgenes de la sociedad, que proporcionó abundante materia prima para las últimas obras de Miller. En 1930, June animó a Miller a irse solo a Europa a escribir, prometiéndole ayuda económica que nunca cumplió. Conoció a Anaïs Nin en diciembre de 1931, en una de sus breves visitas a París y, de nuevo, en su última visita, en octubre de 1932. Se divorció de Miller en México en 1934.

Kahane, Jack: (1887-1939): Nacido en Manchester, dejó el negocio textil de su familia para ser escritor en París en la década de 1920. Autor bajo pseudónimo de novelas «verdes» para los turistas de habla inglesa, fundó Obelisk Press en 1930 para publicar obra propia y otros libros que habían sido o podían ser prohibidos por la censura americana e inglesa.

Killgoer, Donald: Joven escocés que vivió por breve tiempo en Louveciennes con los Guiler y fue paciente del Dr. Allendy.

Louis Andard: Político francés y editor de autores populares como Maurice Dekobra; en diversos momentos manifestó su interés por los escritos de Alfred Perlès, Henry Miller y Anaïs Nin.

Madre/Rosa Culmell de Nin: (1871-1954): Soprano de ascendencia franco-danesa. Conoció y se casó con el joven músico Joaquín Nin en Cuba en 1902 y se fue a vivir con él a Francia, donde nació su primer hijo, Anaïs, en 1903. En 1914, después de que su marido abandonara a la familia, se fue con sus tres hijos a Nueva York. Se mantuvo alquilando habitaciones de su casa de piedra roja en el West Side de Manhattan, y actuando como «compradora por correo» de su familia y amigos de Cuba. Más tarde regresó a Francia con la ayuda de Hugh Guiler, para que su hijo Joaquín continuara sus estudios musicales. Durante varios años, ella y su hijo Joaquín vivieron en Louveciennes con los Guiler.

Marcel Duchamp: (1887-1968): Artista francés, dadaísta, cuya pintura *Desnudo bajando una escalera* sirvió a Anaïs Nin como símbolo de su propio sentido de la fragmentación.

María (Maruca) Luisa Rodríguez: Estudiante de música, hija de un fabricante de cigarros de Cuba, segunda esposa de Joaquín Nin.

Miralles, Antonio Francisco: Bailarín español con quien Anaïs Nin estudió entre 1927 y 1929, y que le pidió que se fugara con él.

Natasha Troubetskoia, princesa: Emigrada rusa, pintora y decoradora, que conoció a Anaïs Nin en 1929 y le hizo varios retratos. Permitió que Anaïs Nin usara su estudio en París como lugar de encuentros y dirección postal.

Nellie/Comtesse de Vogüé: Aristócrata francesa y mujer de sociedad interesada por las artes. Participó en un proyecto de revista con el escritor Edmond Jaloux, planeó traducir y publicar algunos de los escritos de Anaïs Nin.

Néstor de la Torre: Joven pintor español, amigo de Joaquín, el hermano de Anaïs Nin.

Osborn, Richard: Joven abogado y escritor frustrado de Connecticut, que trabajó con Hugh Guiler en la oficina del National City Bank de París. Mantuvo a Henry Miller durante los primeros días sin dinero en París y sirvió de inspiración para «Van Norden» en *Trópico de Cáncer*. Presentó a Miller a los Guiler, a finales de 1931, prometiendo a Miller una comida gratis en Louveciennes.

Ossip Zadkine: Escultor nacido en Rusia que conoció a June Miller y a su amiga Jean Kronski en su única visita a París en 1929 y que luego acogió en su estudio a Henry Miller y a Anaïs Nin.

Padre/Joaquín J. Nin y Castellanos: (1879-1949): Pianista español, nacido en Cuba, compositor, musicólogo, autor de *Pour l'art* (1908), y otros escritos. Abandonó a su esposa, Rosa Culmell, y a sus tres hijos (Anaïs, Thorvald y Joaquín) en 1913 y más adelante se casó con una de sus alumnas, María Luisa Rodríguez. Hasta su reencuentro en Louveciennes, Anaïs Nin había visto a su padre (a quien llamaba «el Problema» en su primer diario) sólo una vez, en diciembre de 1924, cuando éste regresó a Francia después de diez años de exilio en EE.UU.

Paulette: Jovencita francesa que Alfred Perlès instaló en el apartamento de Clichy en junio de 1932 hasta que, un mes después, la reclamó su madre como menor de edad desaparecida de casa.

Rank, Dr. Orto: (1884-1939): Psicoanalista austríaco (nacido Otto Rosenfeld), quien, entre 1905 y 1924, formó parte del núcleo del movimiento psicoanalítico como protegido y señalado «hijo» de Sigmund Freud. Fue secretario de la Sociedad Psicoanalítica de Viena y editor de sus publicaciones hasta que su estudio exploratorio *El trauma del nacimiento* provocó la ruptura con Freud y sus conflictivos seguidores ortodoxos. En 1926, Rank, con su esposa e hija, se trasladó a París, donde continuó la práctica de su profesión hasta su traslado a EE.UU. en 1934. Para entonces ya había publicado la mayor parte de sus obras principales, entre ellas *Don Juan y su doble*, *Arte y artista y Das Inzest Motifin Dichtung und Sage* [El tema del incesto en la poesía y el mito]. Entre el 15 de julio y el 30 de agosto de 1934, dirigió un seminario especial para asistentes sociales en Psiquiatría americanos, el Psychological Center, en la Fundación Americana de la Cité Universitaire de París.

Rebecca West: (pseudónimo de Cicily Isabel Fairfield; 1892-1983): Escritora y periodista británica, autora de numerosos libros, entre ellos las novelas *The Return of the Soldier*, 1918, y *The Judge*, 1922; un ensayo crítico, *Henry James*, 1916, y una biografía, *St. Augustine*, 1933. Después de diez años de relaciones extramaritales con el escritor H. G. Wells, de quien tuvo un hijo en 1914, se casó con el banquero Henry Maxwell Andrews en 1930. Fue famosa como ardiente feminista y escritora prolífica.

Rene Lalou: Crítico francés, escritor e historiador literario que intentó una aproximación sistemática a la crítica como reacción al dadaísmo, surrealismo y otros ismos.

Rudolf Bachman: Refugiado austríaco en Francia que pidió ayuda a Anaïs Nin y a Henry Miller contándoles sus aventuras como vagabundo.

Teresa: Criada española de los Guiler que sustituyó a Emilia cuando ésta se marchó para casarse.

Thorvald Nin: (1905-1991): Hermano menor de Anaïs Nin. Ingeniero, pasó casi toda su vida en Hispanoamérica.

Tía Anaïs: Hermana de Rosa Culmell, casada con Bernabé Sánchez.

Titus, Edward: Editor nacido en Polonia y esposo de Helena Rubinstein. Estableció una librería e imprenta, At the Sign of the Black Mannikin, en la orilla izquierda de París, que publicó el primer libro de Anaïs Nin, su ensayo «no profesional» sobre D. H. Lawrence, en 1932. Titus también editó y publicó la revista literaria *This Quarter*, donde apareció la primera traducción inglesa (por Titus) de una parte del *Arte y artista* de Rank, y un famoso número especial dedicado a los surrealistas, editado por André Bretón.

Turner, señor: Hombre de negocios americano en París, cliente de Hugh Guiler.

Vilmorin, Louise de: (1902-1970): Aristócrata y escritora francesa. Aunque casada entonces con Henry Hunt, siguió íntimamente unida a sus dos hermanos, André y Roger. Conoció a Anaïs Nin en noviembre de 1931 y fue la modelo de «Jeanne» en algunas de las novelas de Anaïs Nin, sobre todo en el relato «Bajo la campana de cristal».

Walter Lowenfels: (1897-1980): Poeta y escritor americano que, con su esposa Lillian, vivió en París durante la década de 1920 y principios de la de 1930. Algunas de sus obras se publicaron bajo el sello Carrefour de Fraenkel. Aparece como «Jabberwhorl Cronstadt» en *Trópico de Cáncer.*

Wambly Bald: (1902-1989): Periodista nacido en Chicago que, entre octubre de 1929 y julio de 1933, informó de las vicisitudes de la colonia de habla inglesa en Francia en una columna semanal, «La vie de Bohème», para la edición parisina del *Chicago Tribune*. Una selección de estas columnas, *On the Left Bank*, apareció en 1987.

William Aspenwall Bradley: (1878-1939): Poeta y traductor americano establecido en Francia después de la Primera Guerra Mundial, se convirtió en agente literario. Con su esposa francesa, abrió un salón literario en su elegante apartamento de la lie St. Louis, que atrajo a numerosos escritores y editores ingleses y americanos.